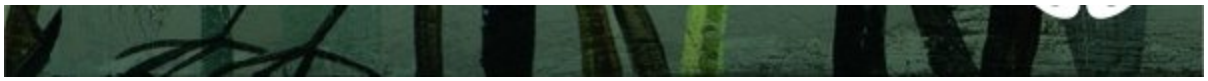

La palabra más hermosa
MARGARET MAZZANTINI


La palabra
más hermosa
MARGARET MAZZANTINI



OceanofPDF.com

Es de noche en Roma, todos duermen, pero el teléfono suena de repente. Una voz que llega de lejos invita a Gemma a un viaje a Sarajevo, la ciudad donde nacieron y murieron las emociones más hondas de su vida. Allí, entre los estallidos de una guerra cruel e inútil, hace dieciséis años nació Pietro, un niño que ahora la llama mamá y es tan hermoso, sano y egoísta como cualquier otro adolescente. Pietrono conoce bien su origen y no sabe que en las calles estrechas de aquella ciudad sitiada Gemma vivió una historia de amor de esas que se te pegan a los huesos y te cambian para siempre. Ahora, de vuelta a aquellas tierras, madre e hijo tendrán que enfrentarse a un pasado que esconde secretos, a unos cuerpos que aún llevan las huellas de un dolor antiguo, pero a lo largo del viaje también aprenderán palabras nuevas, esas que nos sirven para dar un sentido a nuestros errores y seguir apostando por un nuevo comienzo para todos.

OceanofPDF.com



Margaret Mazzantini

La palabra más hermosa

ePUB r1.0
Dermus 19.08.13

OceanofPDF.com

Título original: *Venuto al mondo*
© 2008, Margaret Mazzantini
Traducción: © 2009, Roberto Falcó Miramontes

Editor digital: Dermus (r1.0)
ePub base r1.0



OceanofPDF.com

A Sergio.
A los hijos.

OceanofPDF.com

Oh, ternura humana,
¿dónde estás?
¿Acaso solo
en los libros?

IZET SARAJLIC

OceanofPDF.com

El viaje de la esperanza

El viaje de la esperanza… palabras residuales, entre las muchas que se sedimentan en el fondo de un día. Las he leído en la farmacia, en un tarro de cristal junto a la caja, tenía la ranura para meter las monedas y la fotografía de un niño pegada con cinta adhesiva, uno de aquellos que hay que llevar lejos para que puedan operarle, un viaje de la esperanza, eso es. Doy vueltas sobre la almohada, entre resoplidos. Observo el cuerpo de Giuliano, inmóvil, pesado. Duerme como siempre, boca arriba, con el pecho desnudo. De vez en cuando lanza un pequeño gruñido, como una bestia calma que espantara mosquitos.

Esperanza, pienso en esta palabra que cobra forma en la oscuridad. Tiene la cara de una mujer un poco abatida, de aquellas que arrastran su derrota y sin embargo logran salir adelante con dignidad. Mi cara, quizá, la de una muchacha envejecida, detenida en el tiempo, por fidelidad, por temor.

Salgo al balcón, veo lo de siempre. El edificio que hay frente al nuestro, las persianas entornadas. El bar con el letrero apagado. Es el silencio de la ciudad, polvo de ruidos lejanos. Roma duerme. Duerme su fiesta, su pantano. Duerme la periferia. Duerme el Papa, sus zapatos rojos están vacíos.

El teléfono suena por la mañana, muy temprano. Los timbrazos me sobresaltan, tropiezo en el pasillo, tal vez grito para parecer despierta.

—¿Diga?

Se oye ruido en el auricular, como un viento que corre entre las ramas.

—¿Puedo hablar con Gemma?

La voz habla bien italiano, pero articula demasiado las palabras.

—Soy yo.

—¿Gemma? ¿Eres tú, Gemma?

—Sí…

—Gemma…

Repite mi nombre y se pone a reír. Reconozco esta carcajada ronca, desgarrada… Me asalta de inmediato.

—Gojko…

Hace una pausa.

—Sí, tu Gojko.

Es una explosión rotunda. Un largo vacío que se llena de detritos.

—Mi Gojko… —balbuceo.

—El mismo.

Su olor, su cara, nuestros años.

—Hace meses que intento ponerme en contacto contigo a través de la embajada…

Pensé en él unos días antes, mientras iba por la calle, sin que viniera a cuento, por un muchacho que vi y que tal vez se le parecía.

Hablamos un poco: ¿Qué tal todo? ¿Qué haces? He vivido unos años en París y ahora estoy de nuevo en casa…

—Están organizando una exposición para recordar el asedio… Van a incluir las fotografías de Diego.

El frío del suelo trepa por mis piernas y se detiene al llegar al estómago.

—Es una oportunidad.

Sigue riendo, como reía él, sin una alegría verdadera, más bien para mitigar esa tristeza leve pero que nunca se esfuma.

—Ven.

—Lo pensaré, sí…

—No tienes que pensar nada, tienes que venir.

—¿Por qué?

—Porque la vida pasa y nosotros con ella. ¿Lo recuerdas?

Claro que lo recuerdo.

—Y se ríe de nosotros, como una puta vieja y desdentada que espera al último cliente…

Los versos de Gojko… La vida como una larga balada. Ahora recuerdo su modo de tocarse la nariz, de aplastarla como cera blanda mientras recita esos versos que escribe en las cajas de cerillas, en las manos. Estoy en bragas, tengo los pies desnudos. Gojko está vivo, siempre ha estado vivo. De repente me pregunto cómo he podido renunciar a él durante todo este tiempo. ¿Por qué hay que renunciar en esta vida a las mejores personas en favor de otras que no nos interesan, que no nos hacen ningún bien, que simplemente se cruzan en nuestro camino, nos corrompen con sus mentiras y nos convierten en gallinas?

—De acuerdo, iré.

El fango inmóvil de la vida es ahora polvo y vuela hacia mí.

Gojko se regocija, grita de alegría.

Había polvo cuando me fui de Sarajevo, se alzaba removido por el viento gélido, se arremolinaba en las calles, borraba todo cuanto quedaba a sus espaldas. Cubría los minaretes, los edificios, los muertos del mercado, sepultados por las verduras, por los trastos, por pedazos de madera de los bancos arrancados de cuajo.

Le pregunto a Gojko por qué no me ha buscado hasta ahora, por qué no me ha añorado hasta ahora.

—Hace años que te añoro.

Su voz desaparece tras un suspiro. Se oye de nuevo el ruido del viento… de kilómetros de distancia.

De pronto tengo miedo de que se corte la línea y vuelva aquel silencio que ha durado varios años y que ahora me parece insoportable.

Le pido rápido su número de teléfono. Es un móvil; lo apunto en un pedazo de papel con un bolígrafo que no escribe. Tendría que encontrar otro pero me da miedo separarme del teléfono. El ruido es cada vez más fuerte. Veo un hilo telefónico que se rompe y cae entre chispas… Cuántos cables colgantes he visto en esa ciudad aislada. Arponeo el pasado, marcando fuerte la hoja, con el temor de perderlo una vez más.

—Te llamaré para decirte cuándo llega el vuelo.

Me voy a la habitación de Pietro, hurgo entre sus bolígrafos y repaso el número blanco. Pietro duerme, los pies le asoman bajo las sábanas. Pienso lo que siempre pienso cuando lo miro y está acostado, que la cama se le ha quedado pequeña y hay que cambiarla. Recojo la guitarra, tirada en el suelo junto a las zapatillas. Se enfadará, tendré que luchar para convencerlo de que me acompañe.

Me ducho y voy a la cocina, donde Giuliano ya ha preparado el café.

—¿Quién ha llamado?

No respondo de inmediato, tengo los ojos lacados, inmóviles. Bajo la ducha me ha parecido que tenía la piel dura como tiempo atrás, cuando me lavaba a toda prisa y salía de casa con el pelo mojado.

Le digo que era Gojko y que me gustaría irme.

—¿Así, tan de repente?

Sin embargo, no parece sorprendido.

—¿Se lo has dicho a Pietro?

—Está durmiendo.

—Quizá sea mejor que lo despiertes.

Tiene barba de un día, el pelo alborotado le ensucia la frente, se le nota más la calva en la coronilla. Durante el día siempre está impecable; es un animal de ciudad, de cuarteles, de archivos. Este desorden solo es para mí, y sigo creyendo que es nuestro mejor aspecto, el más fragante y secreto… el de los primeros tiempos, cuando hacíamos el amor y luego nos quedábamos sentados mirándonos, desnudos y despeinados. Somos marido y mujer, se me presentó en un aeropuerto militar hace dieciséis años. Sin embargo, cuando le digo que me salvó la vida vuelve la cabeza, se sonroja, dice que no es verdad, dice «fuisteis vosotros, Pietro y tú, quienes me salvasteis a mí».

Es un glotón. Se aprovecha de la situación, de mis ojos asombrados, y se come otro bizcocho.

—Luego no te quejes de que tienes barriga…

—Eres tú quien se queja, yo me acepto como soy.

Es verdad, se acepta como es, y por eso es tan hospitalario. Se levanta y me roza un hombro.

—Haces bien en ir.

Ha visto en mi mirada un atisbo de duda… De repente tengo miedo. Me he precipitado, he retrocedido demasiado rápido al pasado, al ardor de la juventud, que ahora solo me parece nostalgia. Tengo frío en el cuello, debo volver al baño para secarme el pelo con el secador. Vuelvo a ser yo, una muchacha derrotada a un paso de la vejez.

—Tengo que organizarme, tengo que ir a la redacción, no… no sé.

—Creo que sí lo sabes.

Dice que me llamará desde la oficina, cuando esté conectado a internet, tal vez logre encontrar billetes de alguna compañía de bajo coste, y sonríe:

—No creo que haya cola para ir a Sarajevo.

Voy a la habitación de Pietro y abro los postigos. Con un gesto brusco se tapa la cabeza con la sábana. Estoy junto a una momia.

Este año ha hecho el cambio, ha dejado los huesos de niño para convertirse en una garza desmañada que aún no controla bien sus movimientos. Ha empezado a mirar fijamente al suelo, como un buscador de oro, a salir de casa sin despedirse, a comer de pie frente a la nevera. En la escuela ha suspendido por pura desidia, se ha comportado con una estupidez abrumadora, no ha hecho el más mínimo esfuerzo; en los últimos meses, en lugar de hincar los codos, se ha encerrado en una arrogancia ridícula. Me vuelvo, enfadada, al oír su vozarrón hosco, que solo me busca para exigir, para reprenderme. ¿Dónde está aquella vocecilla quejumbrosa que me ha acompañado durante años? Podía hablar tan bien con ella, armonizaba a la perfección con la mía.

Ahora me da pena. Cuando duerme, cuando relaja el rostro, imagino que también debe de echar de menos aquel cuerpo gentil, devorado en pocos meses por el ogro de la pubertad, y que aún lo acecha en sueños. Por eso no quiere despertarse.

Me agacho, le quito la sábana de la cabeza, le toco el pelo, que se ha vuelto hirsuto, e intenta apartarme.

Ahora le escuecen los suspensos. Ahora que es verano y sale con la raqueta de tenis y sus zapatillas del 43, y regresa enfadado con sus amigos, mascullando que no quiere volver a verlos porque el año que viene no irán a la misma clase y le parece que han sido ellos quienes le han traicionado.

—Tengo que hablar contigo.

Se incorpora de golpe, con el torso desnudo.

—Tengo hambre.

Así pues, hablamos en la cocina, mientras unta unas galletas con Nutella. Se prepara unos emparedados que engulle de un bocado.

Tiene la boca sucia, ha llenado la mesa de migas, ha abierto mal las galletas porque ha desgarrado el celofán del envase.

No le digo nada; no puedo estar riñéndolo siempre. Asisto en silencio al banquete de mi hijo y luego le hablo del viaje.

Sacude la cabeza.

—Ni hablar, mamá; ve tú sola.

—Sarajevo es una ciudad preciosa…

Sonríe, une las manos, las agita y me mira con su cara simpática, astuta.

—¡Pero qué dices! Eso es patético. Yugoslavia no mola, todo el mundo lo sabe.

Me pongo tensa y me cruzo de brazos.

—Ya no se llama Yugoslavia.

Engulle otro bocado que gotea Nutella. La recoge con el dedo y se lo chupa.

—Da igual.

—No da igual.

Bajo la voz, al borde de la súplica.

—Una semana, Pietro, tú y yo… Nos lo pasaremos bien.

Me mira, y ahora es una mirada auténtica.

—¿Cómo vamos a divertirnos? Venga, mamá…

—Iremos hasta la costa, hay un mar maravilloso.

—Entonces, mejor nos vamos a Cerdeña.

Estoy haciendo un gran esfuerzo para no derrumbarme, y este idiota me habla de Cerdeña. Se levanta y se despereza. Se vuelve, le miro la espalda,

la pelusa de la nuca.

—¿De verdad que no te importa saber dónde murió tu padre?

Deja la taza en el fregadero.

—Qué coñazo, mamá…

Le estoy suplicando, entre balbuceos, con un hilo de voz. La misma que tenía él cuando era un niño.

—Pietro… Pietro.

—¿Qué quieres?

Me pongo en pie y vuelco sin querer el cartón de leche.

—¡¿Cómo que qué quiero?! ¡Era tu padre!

Se encoge de hombros y mira al suelo.

—Esta historia es un coñazo.

Esta historia es su historia, nuestra historia, pero no quiere escucharla. De pequeño era más curioso, más valiente, hacía más preguntas. Miraba a aquel muchacho que era su padre… aquella fotografía de Diego pegada a la nevera, sujeta con un imán, descolorida por culpa de los vapores de la cocina. Me abrazaba, no se me quitaba de encima. A medida que ha ido creciendo, ha dejado de hacer preguntas. Su universo se ha restringido a sus necesidades, a su egoísmo. No tiene ganas de complicarse la vida, de romperse la cabeza. Para él su padre es Giuliano, es él quien lo ha acompañado a la escuela, quien lo ha llevado al pediatra. Es él quien le dio un bofetón aquel día en la playa, cuando se tiró al mar en una zona poco profunda.

Me cepillo los dientes, me pongo la chaqueta y regreso a su habitación. Aún está en calzoncillos, toca la guitarra, con los ojos cerrados y la púa que rasga las cuerdas.

El viaje de la esperanza. Pienso de nuevo en aquellas palabras que me cayeron directas en los ojos por casualidad. Pienso en Pietro. La esperanza pertenece a los hijos. Nosotros, los adultos, ya hemos esperado y casi siempre hemos perdido.

—Pon tus cosas en una maleta pequeña, de mano.

No responde, silba.

Estamos en el coche, Roma aún no ha amanecido. Pietro está sentado detrás, lleva sus Ray-Ban y el pelo le brilla por la gomina.

«No puedes hacerle esto a tu madre», le dijo anoche Giuliano mientras cenábamos. Pietro llamó a su amigo Davide para decirle que no iría al curso de vela, que tenía que irse de viaje conmigo. El amigo debió de preguntarle cuándo volvía. Pietro apartó el móvil de la boca y me preguntó «¿Cuándo volvemos?».

Miré a Giuliano. «Pronto», respondí.

«Pronto», le dijo Pietro al amigo.

—Vuelve pronto —me dice Giuliano mientras nos besamos en el aeropuerto. Luego abraza a Pietro, le pone una mano en el cuello y lo atrae hacia sí. Pietro no opone resistencia, baja la cabeza y la apoya en la de Giuliano. Permanecen varios segundos así.

—Pórtate bien.

—Sí, papá.

Dejo la bolsa en la cinta y cruzamos al otro lado. Pasamos junto a la publicidad luminosa de Lancôme, de Prada Eyewear, las ruedas de mi pequeña maleta se deslizan tras mis pasos. Me detengo. Me vuelvo. Giuliano no se ha ido, sigue allí. Mira hacia la esquina por la que hemos desaparecido. Las piernas largas, las manos en los bolsillos como un chófer que espera a un cliente, una figura anónima en el vaivén de la gente. Como si, tras nuestra marcha, hubiera perdido su identidad. Tiene una cara diferente, inerte, los músculos parecen haber cedido. En un instante sopeso la soledad que le entrego. Me ve, de repente se anima de nuevo, agita los brazos, da un salto adelante y sonríe. Me hace gestos para que me apresure, para que me vaya. Me lanza varios besos, frunciendo la boca en el vacío.

Estamos en el avión. La guitarra de Pietro ocupa un compartimento entero, pero la azafata no ha puesto pegas, ya que la clase turista va casi vacía. En

cambio, la clase business está llena. Hombres de negocios con corbatas de marca, en lugar de las opacas y sintéticas de antaño. Nuevos ricos del Este, que han engordado con el dolor de su propio pueblo. Leen la prensa económica, comen platos calientes y beben champán.

Llegan nuestras bandejas, frías, pobretonas. Dos lonchas de jamón cocido ahumado, ensalada de encurtidos y un dulce envuelto en celofán. Pietro devora su comida y le doy también la mía. Llama a la azafata y le pide pan. En inglés, con un acento decente. Estoy muy sorprendida. Sonríe a la muchacha. Esta mañana está guapísimo, tiene los ojos esmerilados como el mar.

Estamos sobrevolando el Adriático. Pietro mastica y mira el azul que se extiende bajo nosotros; yo lo miro a él, el contorno de su perfil blanqueado por la luz que entra por la ventanilla.

La azafata regresa con el pan, Pietro le da las gracias y su voz áspera resulta incluso agradable. Las madres de sus amigos me dicen que es muy educado, me felicitan. Mi hijo es un gran hipócrita, solo conmigo se permite lo peor.

Le da un mordisco al dulce, un rectángulo mantecoso y glaseado. No le gusta y me lo ofrece.

—¿Lo quieres?

Le parece natural que tenga que comerme sus sobras.

—No, gracias.

Se queda con el bocado mantecoso, que se le derrite en las manos.

—No me gusta…

—Pues déjalo.

Coge los envoltorios vacíos de la comida que ha devorado y los deja frente a mí. Cierra la mesita y apoya las rodillas en ella. Se pone los auriculares y se arrellana en el asiento. Me lanza una mirada.

—Pareces un poco alelada.

Es verdad, estoy un punto ida. Mientras embarcábamos, he alternado los momentos de lucidez y dinamismo de viajera consumada con momentos de total alienación. He tenido miedo de perder las tarjetas de embarque, de no encontrar la puerta. Pietro, sin embargo, miraba a su alrededor con cara de

lince que escruta el mundo. No le importaba lo más mínimo que yo perdiera las tarjetas de embarque. Me ha dejado sudar y vaciar la bolsa.

«Pues volvamos a casa», ha dicho, antes de que yo encontrara los dos pedazos de papel y le dijera: «En marcha».

Se ha comportado como un estúpido en los controles porque no quería que el tipo de seguridad tocara su guitarra. Le he dicho que el hombre hacía su trabajo. Pietro ha exclamado por enésima vez «qué coñazo». Luego, cuando nos dirigíamos hacia el finger ha empezado a decir que todo era un cuento chino, que era facilísimo pasar los controles armados hasta los dientes. Me ha torturado con sus teorías de lector de tebeos sobre todos los escondites posibles para ocultar los cuchillos y los tenedores de los bares del aeropuerto.

Le he preguntado si había cogido un libro. Me ha respondido que no, que desde que lo suspendieron no quería libros para las vacaciones. «Voy a tomarme un descanso», me suelta.

Mientras despegamos, va y dice que el avión es viejo, que las compañías aéreas del Este compran los aviones que las otras líneas ya no quieren. Los aviones que caen. «Acabaremos en YouTube», ha añadido. Y yo he pensado: «¿Por qué me lo habré llevado conmigo? No parará hasta volverme loca».

Ha cerrado los ojos, mueve la cabeza al ritmo del iPod. Está contento, ya no se queja del destino, se ha rendido. Al fin y al cabo, es un chico entusiasta. Tiene muchos defectos, pero como mínimo no sufre de apatía como muchos de sus coetáneos.

Ahora se ha quedado dormido, los labios abiertos, la cabeza inclinada hacia delante, mientras el iPod sigue sonando. Fuera el cielo está lleno de nubes, inmóvil e irreal.

Me esfuerzo para distraerme, para pensar en el verano que me espera. Iremos a casa de unos amigos de Liguria, habrá adultos y chicos de la edad de Pietro. Habrá fiestas donde bailaremos descalzos, libros, paseos por las rocas con los cangrejos en los charcos. Giuliano irá a la ferretería a comprar ganchos y tornillos para arreglar una persiana. Haremos el amor en mitad de

la noche, en el fresco aterciopelado de las noches de allí, cuando el viento sube del mar y la oscuridad nos engaña acerca de nuestra edad.

Pietro se despierta, me mira y bosteza.

—¿Qué sabes de Sarajevo?

—¿No es donde mataron al archiduque?

Asiento, ya es algo.

—¿Y qué más sabes?

—Que estalló la primera guerra mundial.

—¿Y luego?

—Ni idea.

—¿Y lo que te conté yo?

No responde, se pega a la ventanilla.

Empieza el descenso, siento la sacudida del tren de aterrizaje bajo el avión. Tengo los brazos y las piernas rígidas, y la sensación de que esas ruedas que están ajustándose salen de mi barriga.

Miro abajo. La falda oscura del monte Igman. No se ha movido, sigue allí, largo, horizontal como un gigante que se ha dormido, como un bisonte al que han matado de un tiro y que, estación tras estación, ha quedado cubierto bajo una capa de exuberante naturaleza, selvática y oscura. Sin embargo recuerdo haberlo visto cubierto de flores (¿o eran banderas?), pequeñas banderas blancas como lirios que señalaban los recorridos de los atletas olímpicos y saludaban desde lo alto a quien descendía en este valle de oro, en esta Jerusalén del Oeste, donde la nieve caía sobre los campanarios negros de las iglesias ortodoxas, sobre las cúpulas de plomo de las mezquitas, sobre las lápidas torcidas del antiguo cementerio judío.

No hay autobús. Cruzamos la pista de aterrizaje a pie. El aire es blanco, no hay sol y estamos, como mínimo, a diez grados menos que en Italia.

Pietro lleva una camiseta de manga corta, la de la hoja de cáñamo y el lema «Dios creó la hierba, el hombre creó los porros».

—¿Tienes frío?

—No.

La fachada del aeropuerto parece la misma de entonces, frágil como la de una nave industrial. Creía que la habrían derruido, pero deben de haberse

limitado a restaurarla.

En la pista solo hay un pequeño avión detenido, con una cruz roja en el costado blanco, como una ambulancia. Por un instante podría parecer uno de aquellos de ayuda médica, pero no es más que un avión de Swiss Air, de turismo, de paz.

De los aviones militares se bajaba con la cabeza gacha, corriendo por aquel espacio abierto de par en par hacia el fango de los uniformes de camuflaje. Todos gritaban, tenías la sensación de que cualquiera podía dispararte. El aeropuerto… Todo el mundo hablaba del aeropuerto, que era la única vía de salida de la ciudad asediada. De vez en cuando algún desesperado intentaba cruzarlo de noche; era una idea estúpida. Al descubierto, hasta un francotirador mediocre lograba alcanzarte.

El vestíbulo de entrada está tranquilo, vacío. Fluorescentes de neón, paredes laminadas, la luz triste de una pensión, de una estación secundaria.

El chico del control de pasaportes tiene una sonrisa impertérrita en el rostro pálido.

—Italianos…

Asiento y me devuelve los pasaportes.

«IZLAZ», salida, dice el cartel. Pietro lleva la guitarra en bandolera y mira a la gente que hay a nuestro alrededor. Una chica musulmana muy maquillada con la cabeza cubierta con un velo de color carne abraza a un asistente de tierra, se besan en medio del gentío y obstruyen el paso.

Hay mucho jaleo en la zona de llegadas, busco entre los cuerpos que esperan apoyados en las barras metálicas. Salvo con la mirada las cabezas de las personas que están en primera fila y busco entre las que se mueven a lo lejos. Hay humo de tabaco por todas partes, una niebla que empasta los colores, los ensucia.

En el lavabo del avión, poco antes de bajar, me he pintado los labios y me he soltado el pelo para tener mejor aspecto.

A la derecha hay un bar con una barra circular y mesas altas donde la gente bebe y fuma en pie. Un hombre se aleja de la barra y se dirige hacia mí. No estoy segura de reconocerlo, pero de pronto es él. Ha engordado un poco; lleva una camisa de lino negro arrugada, una barba rojiza y tiene algo

menos de pelo. El modo de caminar es inconfundible: las piernas abiertas, tranquilas aun cuando tienen prisa, los brazos que se balancean demasiado, ligeramente separados del cuerpo. Me abraza sin titubeos, me aprieta como si fuera un fajo de algo suyo, y luego me mira fijamente. Traza un recorrido panorámico: los labios, el mentón, la frente. Se detiene al llegar a los ojos, se sumerge en ellos. Como el mar que ha hecho un largo viaje y se reencuentra consigo mismo. Vuelve atrás a través de los años transcurridos para beberse el agujero del tiempo en la garganta impúdica de esta mirada desgarradora y alegre.

Soy la primera en ceder, bajo la mirada, me aparto de aquel barullo de emociones, por timidez, por incomodidad. En Italia nadie te mira así. Me rasco un brazo como si tuviera la sarna. Dos manos húmedas, regordetas y quizá no del todo limpias me rodean la cara, como una venda caliente.

—¡Qué preciosidad!

—Qué vejestorio… —replico para eludir su halago.

—¡A tomar por culo, Gemma! —dice Gojko. Sonrío, me reencuentro con su peculiar pronunciación. Reconozco la ironía socarrona, la que tras la borrachera le da una patada a la resaca e incita a la carcajada. Me besa, me abraza de nuevo, me corta la respiración. Siento el lino de la camisa, el calor del cuerpo emocionado que palpita. Siento que me palpa los huesos. Me atraviesa la espalda como un ciego, contándome las vértebras con esas manos ardientes. Ahora reconozco el olor, del cuello, del sudor del pelo, de ciertas casas con los hules y los frascos de cerezas blancas bañadas en licor, de ciertas oficinas donde los ceniceros colmados prenden fuego y las fotocopiadoras siempre están rotas o funcionan a patadas, cuando quieren.

Es un nudo que sube y luego baja. Con un golpe brusco de orgullo. Me he prometido a mí misma que resistiría; a los cincuenta y tres años es fácil caer en la incontinencia y derramar alguna lágrima. Le doy un golpecito en el brazo a Gojko.

—Te estás poniendo gordo.

—He vuelto a comer, sí…

Mira a Pietro, da un paso adelante, tropieza con sus piernas, que no dejan de balancearse. Se tambalea pero no cae. Levanta una mano y Pietro

lo imita. Chocan las palmas, como en una película americana. Gojko señala la guitarra.

—¿Músico?

Pietro lo mira y sonríe.

—Aficionado.

Gojko se sienta delante, junto al taxista. Saca un brazo por la ventanilla y hablan.

—¿Los entiendes, mamá?

—Un poco.

—¿Qué dicen?

—Que lloverá.

—A tomar por culo —dice Pietro.

Estoy inmóvil, sentada en el asiento de tela gris, me miro la mano levantada junto a la salida del aire acondicionado en el plástico negro. La ventanilla está cubierta de polvo y al otro lado se extiende aquella calle, aquella avenida inolvidable durante mucho tiempo. Si domino este momento, quizá domine también lo demás. No voy a consentir que esta ciudad me deje al descubierto. Dejo pasar las primeras imágenes sin grabarlas en la mente, breves miradas furtivas, fragmentos, como fotogramas quemados.

Basta con mirar así, deslizarse sin absorber nada de lo que veo. He aprendido que todo puede desaparecer, incluso el horror puede perder sus formas, desleírse en una nebulosa que lo altera, lo convierte en algo ridículo, demasiado absurdo para haber sido jamás verdad… Los bastidores negros de los coches, los cristales de las ventanillas que han estallado, el corazón arrancado del tórax de un niño y que acaba aplastado contra un muro blanco.

Me toco un aro de la oreja y dejo que se balancee en el lóbulo.

Estoy tranquila. El cuerpo de Pietro me ayuda, su rodilla enfundada en unos vaqueros que toca la mía, su indolencia, su mirada que lo ignora todo, simplemente aburrida ante tanta tristeza urbana.

Los viejos edificios grises del realismo socialista aún se tienen en pie, unos balcones sobre otros como archivadores desconchados en una oficina pública. Los agujeros de las granadas cubiertos de parches de revoque.

Es suficiente un bache en la calzada… Tengo que refrenar el impulso de agachar la cabeza. Siento el eructo de aquellas carreras. Cruzábamos la avenida de los francotiradores a doscientos por hora, con la cabeza recostada en el asiento, la respiración goteando entre las piernas. Los armazones rojos de los tranvías amontonados unos contra otros para protegerse de la línea de fuego. Me vuelvo hacia Pietro. No lleva el chaleco antibalas, pienso. Aprieto las mejillas contra los dientes. Mantén la calma…

Gojko calla. Solo se ha vuelto una vez, luego no lo ha hecho más.

Lo veo vivo, a salvo en esta calle. Un hombre de hoy en el mundo que avanza, cabellos que han dormido y se han despertado.

Los semáforos me parecen extrañas paradas ordenadas. Gente que cruza tranquila. En lo alto las colinas, los jardines que ascienden, las casitas blancas, inmóviles, entre los abetales oscuros. Disparaban desde allí, en cada hueco entre edificios, cada destello verde, de luz, era un francotirador que podía alcanzarte.

La redacción del mítico *Oslobodjenje* se ha reconstruido sobre sus escombros, apretujada en un edificio bajo, ordenado. Al lado hay un inmenso rascacielos de cristal espejeante que observa impasiblemente las ruinas del viejo asilo de la ciudad. En lo alto un cartel luminoso rojo: AVAZ.

—Es el periódico más leído, el propietario es un tipo que se ha hecho muy rico…

Gojko se frota la cabeza.

—Y no tiene ni un página de cultura…

Junto a un parterre de tierra removida, un hombre espera a que el perro acabe de hacer sus necesidades. Una chica cruza en horizontal la avenida pedaleando en una bicicleta. Una familia con niños rubios sonríe en el anuncio de Sarajevo Osiguranje. También sonríen los dos militares de la valla publicitaria de la Eufor, un hombre y una mujer rollizos, con los

brazos cruzados sobre un mono mimético. La gente camina por los laterales de la avenida. Cuerpos que circulan en su ordenada cotidianidad.

Los pájaros cruzan junto con las personas, volando sobre sus cabezas pasan de un árbol a otro y bajan al suelo para picotear algo de comer.

Una mañana me desperté y vi ese gran rayo negro. Todos los pájaros huían asustados por el continuo estruendo, por el humo de los incendios, por el olor insoportable de los cuerpos mal enterrados. Remontaban el Miljacka para refugiarse en los bosques más lejanos, allí donde la gente iba de picnic en verano, en busca del fresco junto a las pequeñas cascadas resplandecientes como nudos de plata. Todos los habitantes de Sarajevo sintieron envidia de aquellos pájaros que podían levantar el vuelo y marcharse tranquilamente.

Me vuelvo. Y está allí. El bofetón amarillo del Holiday Inn. Un cubo inmóvil, compuesto por otros cubos que parecen poder desplazarse. Durante el sitio fue el refugio de la prensa extranjera. La fachada estaba expuesta a los francotiradores de Grbavica, por lo que se entraba por detrás, por la rampa que conducía al aparcamiento. Aun así aquello era una especie de paraíso, inalcanzable para los que morían, donde había comida caliente y teléfonos por satélite. Había periodistas que hacían las crónicas desde sus habitaciones, gente afortunada, que podía ir y volver.

Estamos en el centro. En el serrallo geométrico de los antiguos palacios austrohúngaros el tráfico avanza a trancas y barrancas, la gente cruza por donde quiere y sortea los coches, que circulan a paso de tortuga. Los árboles han vuelto a crecer, troncos jóvenes sin pasado. Observo las tiendas. Escaparates nuevos junto a aquellos tristes de antaño, ordenados, mucho más vacíos que los nuestros. El consumismo se ha aprovechado en parte de esta ciudad en reconstrucción, de su rostro corroído por la guerra como por un ácido. Aparece una mezquita con sus pequeñas cúpulas como un cesto de huevos oscuros. El hotel está en una calle lateral, al abrigo del antiguo mercado otomano de Bascarsija.

Insisto en pagar el taxi, pero Gojko no me deja. Me coge la bolsa. Es una entrada acogedora, familiar, como si fuera la de una casa. En la puerta hay una cortina clara, casi plateada, la moqueta es roja con pequeños rombos negros. En una esquina hay un gran jarrón de flores tiesas, claramente falsas. Aun así Pietro las toca para comprobar si son de verdad, y luego se limpia la mano en los tejanos. Mira a la chica de la recepción, atrincherada tras un mostrador de madera oscura, que busca nuestra reserva en el ordenador. Del salón contiguo llegan voces de hombres, veo de reojo unos cuantos zapatos de mala calidad y calcetines demasiado cortos. Están fumando, el aire está viciadísimo. El humo sube con nosotros por las escaleras, se desliza en el pequeño ascensor. Pietro dice:

—Como nos quedemos más de una noche aquí, volveremos a Roma con cáncer.

La habitación es bastante grande, hay una colcha sintética azul con volantes y dos mesitas de noche sin estrenar. Abro la ventana y miro hacia abajo. Es una calle sin salida, con pocos coches aparcados, un árbol con la copa roja, un alero grande de chapa, moteado de excrementos de paloma.

Pietro entra en el baño y se ríe.

—Mira, mamá…

—¿Qué pasa?

Me vuelvo. Tiene el vaso para los cepillos de dientes en la mano. Se acerca, me enseña que el vaso está dentro de una bolsa de plástico en la que se lee «HYGIENIC CLEANING».

—¿Y …?

—Que la bolsa no está sellada y el vaso es de Nutella…

Sonrío y le digo que lo deje donde lo ha encontrado.

Me lavo las manos, me siento en la cama, me pongo la bolsa sobre las rodillas y empiezo a ordenar la ropa, a sacar los restos de las tarjetas de embarque y guardo los billetes de vuelta. Pietro mete la mochila en el armario, sin sacar ni el pijama.

—Salgamos, mamá. ¿Qué hacemos aquí dentro?

Si por mí fuera me quedaría en la habitación, tengo un plátano en el bolso, un poco negro después del viaje, pero bien me vale. Tengo ganas de

relajar las piernas y de quedarme así, quieta hasta mañana. Anoche no dormí pensando en este viaje. Tengo alguna herida en la boca, lo sé porque noto el sabor de la sangre, debo de haberme mordido las mejillas en el taxi; me he clavado los dientes en la carne para soportar la oleada de recuerdos. Tengo que poner las zapatillas bajo la cama, comprobar que las persianas cierran, que la ducha tiene un chorro decente. Tengo que hacer esto, nada más. Gojko nos espera abajo.

—Vale, bajemos.

Son las siete de la tarde, ha empezado a oscurecer y de repente tengo frío. Escucho el ruido de los pasos. Parecen cascos de caballo sobre adoquines antiguos. Es la calle que conduce a la mezquita de Gazi Husrev-Bey: un tropel de muchachas con velo bromean entre sí, mientras avanzan a empujones. En la parte posterior de la madraza, en un patio con soportales, hay una exposición de productos artesanales locales. Colgadas de un cable, una larga procesión de túnicas con las pecheras bordadas forman una tienda multicolor. Una mujer pálida vestida de blanco me invita con un gesto delicado de la mano a echar un vistazo a su pequeña tienda de bordados; cuando me voy se inclina hacia delante con las manos en el pecho.

Pietro fotografía con el móvil las bolsas de especias, los útiles de cobre que llenan las tiendas hasta el techo.

Vagamos entre los viejos callejones de piedras de río, las tiendas empiezan a cerrar. Las luces se ocultan tras las puertas de madera. Pietro se detiene frente a un banco lleno de fragmentos de granadas, de casquillos relucientes… Recuerdos para turistas. Coge un casquillo, lo deja, se ríe, coge otro más pesado.

—¿A cuántas personas se puede matar con esto?

Me entran ganas de darle un bofetón.

Gojko no se enfada, incluso parece que también se divierte.

—El reciclaje bélico es nuestra energía limpia…

—¿Fuiste a la guerra?

Gojko asiente, enciende un cigarrillo, baja la voz, quizá no tiene ganas de decir nada más.

—Como todo el mundo.

—¿Eras un soldado?

—No, era poeta.

Pietro está decepcionado. Para él los poetas son un puñado de pelagatos raquíticos y desgraciados, que han amargado la vida a millones de estudiantes, de chicos normales y despreocupados.

—Tengo hambre —dice.

Salimos de Bascarsija y nos paramos a comer al aire libre, bajo un cobertizo de madera, en un lugar bastante triste, una de aquellas casitas de pesebre de montaña con las tablas de aluminio y el neón. Del interior llega un olor de cebolla y carne asada, el olor inequívoco de una comida que repetirá. Gojko dice que hacen unos *cevapcici* deliciosos. La chica que nos atiende mete con desenvoltura los dedos dentro de los vasos que nos trae. Pietro quiere una Coca-Cola y le pide a Gojko que traduzca la palabra «pajita».

Comemos; la carne de los *cevapcici* es sabrosa, nos llena la boca de sangre y vida. La pimienta hace que me escueza la llaga, pero no importa. Ahora ya no estoy tan cansada y me ha entrado hambre gracias a ese olor bueno, aromático, que no parece haber cambiado con el paso del tiempo. Y tal vez el alcohol ayude, ya que damos buena cuenta de una botella de vino tinto de Montenegro.

—No es un Brunello —dice Gojko—, pero es pantanoso.

Quizá quería decir «pastoso»; de vez en cuando comete algún error con su casi perfecto italiano. Pero son errores de los buenos; a fin de cuentas se trata de un vino pantanoso… Nos transporta al pasado protegidos por una lentitud fangosa.

El día que nos conocimos comimos *cevapcici*. Los compramos en un puesto callejero y los tomamos de pie, muertos de frío. La mujer que los asaba llevaba una chaqueta de lana de trenzas y un gorro de cocinera. Asistía a

nuestra hambre, espiando cada bocado, feliz de que apreciáramos sus *cevapcici*. Eran un orgullo. El orgullo de su pequeña vida de cocinera callejera. La veo como si fuera ahora… Un rostro proletario, sufrido y, sin embargo, infinitamente dulce. Una de aquellas personas buenas a las que conoces por casualidad y te entran ganas de abrazarla porque te sonríe desde el fondo de su experiencia humana y de golpe te compensa por la otra mitad del mundo, aquella hecha de las personas que te arrastran a su charco de oscuridad. ¡Cuánta gente feliz había por entonces en Sarajevo! Todos tenían las mejillas rojas por el frío, es verdad, pero también por timidez, porque se atrevían a albergar esperanzas.

Eran los días de las olimpiadas de invierno. El imponente edificio de estilo neomudéjar de la Biblioteca Nacional parecía una ciudad autónoma. Fue ahí, en uno de aquellos salones con columnas que huían hacia arriba, en pos de las luces de las lejanas ventanas, elaboradas como las de una catedral, donde conocí a Gojko. Estaba sentada en una pequeña silla bajo una pared forrada de volúmenes antiguos, me sentía minúscula. Vi entrar a este muchacho de pelo rojizo abrigado con una chaqueta forrada de un pelaje apelmazado, que se movía a trompicones como una marioneta mecánica.

—¿Es usted Gemma?

—Sí.

—Soy su guía.

Nos dimos la mano, le sonreí, era muy alto y corpulento.

—Habla bien italiano.

—Voy a Trieste una vez al mes como mínimo.

—¿Estudia allí?

—Compro y vendo yoyós.

Mete una mano en el bolsillo y saca una de aquellas bobinas de plástico con un cordel de sube y baja.

—Están de moda aquí, sirven para descargar la tensión. Últimamente los muchachos están muy nerviosos, con estas olimpiadas hemos tenido que sudar la gota gorda… Y eso no nos gusta. Pero había que dejar la ciudad como los chorros del oro, ¿me entiende?

Ríe, y no sé por qué.

—¿Se aloja en un buen hotel?

Negué con la cabeza. Estaba en una pensión llena de turistas.

—¿Le gusta el cielo estrellado?

—¿Por qué?

—Si lo desea también puede dormir bajo uno de los infinitos puentes del Miljacka, nadie la molestará, no queda ni un borracho ni un carterista suelto. Limpieza comunista. Es la primera vez que vamos a enseñar el culo al mundo entero, ¿me entiende?

Tenía que acabar mi tesis de posgrado sobre Andric, había pedido un guía que estuviera a la altura y me encontraba con un vendedor de yoyós.

Saca uno y se pone a jugar con él, me muestra sus proezas y me pregunta si quiero comprarlo.

—Sería una buena jugada —dice—, vender un yoyó comprado en Trieste a una italiana; mis amigos me invitarían a una ronda si lo consigo.

Había llegado hacía unos días a Sarajevo. El encanto de la nieve, de aquella ciudad en fiesta, chocaba un poco con mi humor. Estaba nerviosa, descontenta. En el fondo, no lograba adaptarme. Me había decidido por aquella línea de investigación empujada por mi profesor que, en realidad, se aprovechaba de mí para un trabajo que quería publicar sobre la literatura de los Balcanes. Ahora, tras dos días con diarrea, para ponerme de mal humor bastaban los olores de aquella cocina demasiado sustanciosa, el frío que no soportaba bien y el aliento de un provinciano miserable y fanfarrón, con su ridícula chaqueta de piel forrada de gato siamés.

Miré con repugnancia los cabellos grasientos recogidos en una coleta. Calzaba un par de botines de punta, de gitano. No tenía muy claro si era la parodia de un rockero o de un cazador de lobos. Le dije:

—Necesito a alguien que me lleve a los lugares habituales de Andric en Sarajevo y en Visegrad, en Travnik… Quizá no seas la persona adecuada…

—¿Por qué?

—No me parece que seas precisamente un intelectual…

—No hay ningún problema, tengo coche.

De inmediato pensé en una mierda de Yugo con un tubo de escape que escupía humo negro, como la mayoría de coches en circulación, pero se presentó con un Golf. No muy limpio pero decente.

—Aquí ensamblamos las piezas… —me explicó—. ¿Sabes por qué confían en nosotros los alemanes?

—No, no lo sé. —Miraba por la ventanilla. Era muy temprano, Gojko había llegado a la hora en punto, pero yo tenía claro que había dormido pocas horas.

—Porque trabajamos fino. Aunque seamos caros.

Ríe, demasiado. Ríe solo. Cuando engulle los últimos flecos de aquella carcajada, le queda el hipo. Quizá sean las secuelas de la última borrachera.

—¿Te lo has creído?

Tengo ganas de decirle que se esté callado, soy yo quien le paga, así que chitón. Huele mal, como un perro mojado, tiene un hipo que apesta a *sljivovica* y un carácter pésimo, lo descubro ahora. Parece que se enfada porque no le pregunto nada, no me interesa lo que dice.

—Quizá no seamos tan finos, pero seguro que somos baratos —me espeta, como si la hubiera tomado conmigo.

—Yo te pago bien.

Aparta los ojos de la carretera y me mira fijamente.

—¡Debes de ser una gran puta!

No lo miro, tengo el cuello delgado y rígido de una estúpida estatua. Tengo miedo, pero soy demasiado orgullosa para ceder a ese miedo. Soy la víctima perfecta para un maníaco. Una mujer a quien se le puede retorcer el pescuezo gimiendo de felicidad. Él es un muchacho eslavo grande, cuyo aspecto resulta aún más abultado por la chaqueta, con las bridas enredadas como el comunismo tras la muerte de Tito. Yo soy una joven burguesa remisa, formo parte del reflujo, de la nueva corriente de jóvenes, aquellas que tras el feminismo han vuelto a ponerse tacones y a disfrutar de la opulencia del nuevo decenio sobre las cenizas de unas locas vestidas de harapos que llevaban zuecos.

Amablemente le digo que pare, que me deje bajar. Él grita, en su lengua. Yo también.

—¡Cierra la boca, te apesta el aliento!

Me mira como si fuera a matarme, pero detiene el coche.

Bajo, camino un poco por el arcén de aquella carretera a las afueras de la ciudad que da miedo. Camiones sucios me pasan rozando.

Me espera tras una curva, apoyado en la puerta abierta, fuma.

—Sube, acabemos de una vez.

No subo. Circula a mi velocidad, con la puerta abierta.

—El coche me lo ha prestado un amigo y tengo que devolvérselo esta noche.

Luego saca un brazo y me tiende un libro. Lo cojo, es una antología de Andric en serbocroata.

—¡La poesía no se traduce!

Imbécil, pienso. Pero estoy cansada, en el arcén hay mucha nieve sucia que me está congelando las pantorrillas. Y las caras de los camioneros no me inspiran más confianza que la suya.

No le dirijo la palabra mientras conduce. Él también permanece en silencio; al cabo de un rato habla en bosnio. Está concentrado, alterado, pienso que está loco de remate.

Le digo que no entiendo una sola palabra. Él dice que escuche el sonido… Dice que la poesía es una partitura, que tiene el sonido de los elementos invisibles… de la noche, del viento, de la nostalgia.

—Cierra los ojos.

No debería obedecer porque quizá me estrangulará. Ha encendido la calefacción por mí, que me estoy helando; él está sudando con esa chaqueta de pelo, casi me da pena. Cierro los ojos.

Al cabo de un rato siento algo de verdad… tierra que cae en el crepúsculo…

—¿De qué habla esta poesía?

—Del sepulturero que entierra al poeta, y blasfema, y fuma sobre su tumba.

—¿Y escupe?

—Sí, escupe.

—¿Sabes? —susurro—, he entendido algo.

Gojko asiente, me da el libro, me explica.

—Es una lengua que se lee como se escribe.

Me mira mientras tropiezo con aquello versos.

—Llena de sonidos dulces y con pocas vocales… Las palabras se contagian, armonizan las unas con las otras; si hay un femenino, todo se convierte en femenino, somos muy galantes…

Me llevó hasta Travnik, a la casa natal de Andric, paseamos frente a sus manuscritos, sus fotografías. Nos detuvimos junto a la vieja cuna donde el escritor tuvo sus primeros sueños. En el viaje de vuelta me adormecí. Gojko me despertó soplándome en los ojos.

—¿Aún me apesta el aliento?

—No.

Estábamos hambrientos, después de recorrer tantos kilómetros por incómodas carreteras. Encontramos aquel puesto de *cevapcici*… Los más buenos que he comido en mi vida, comprimidos en su sobre de pan relleno de cebolla fresca. La mujer nos sonrió, bendijo nuestro apetito, nuestra juventud.

—¿Sois novios?

—No, amigos…

¿Qué habrá sido de ella? ¿Qué habrá sido de su sartén llena de grasa, de su jersey de lana… de su rostro? Para mí, aquella mujer aún sigue allí, en la esquina frente al mercado de Bezistan, y nos sonríe mientras sacia nuestro apetito y nos anima a comer y a creer en el bien.

Y aunque una granada se la haya llevado, aunque una explosión haya esparcido sus enseres, sigo jurando que está viva. Esta noche la cocinera de la calle está viva, en nuestros ojos que se encuentran, húmedos por este tinto pantanoso de Montenegro.

Gojko amaba al poeta Mak Dizdar, a Bruce Springsteen y los Levi’s 501; le habría gustado tener un par de tejanos negros para presumir en los locales a los que acudía a emborracharse y a dibujar escenas satíricas en las paredes. En los días siguientes me cogió de la mano y me hizo ver Sarajevo con sus

ojos. Los viejos baños públicos, las casas de los derviches, la fábrica de tabaco de Marijin Dvor, la pequeña mezquita de Magribija, los *stecci* bogomil… Conocía todos los recovecos, todas las leyendas. Me arrastró por pequeñas escaleras llenas de olores hasta palomares en los tejados de madera donde artistas mugrientos agujereaban telas llenas de tensión dramática, a los locales del sevdah-rock de los New Primitives, llenos de chicas que bailaban abrazadas entre sí, descalzas, junto a un montón de botas sucias de nieve, a las tiendas donde las mujeres extendían la pasta blanca para la pita sobre fuentes grandes como escudos, mientras en el umbral unos viejos tocados con un fez rojo jugaban a los dados. Conocía a casi todos y todos parecían quererlo. Yo caminaba tras su coleta como tras la cola torcida de un gato callejero.

Una noche me leyó uno de sus poemas.

Ten la boca cerrada, muchacho,
hasta el día en que alguien
te dirá que la cierres.
Entonces rebélate y habla.
Diles que eres joven e impaciente,
que la luna es amarilla como el sol.
Tu madre es una buena mujer,
pero se fue
y tu perro no come desde hace dos días.
Diles que las calles están vacías,
todos se han ido a dormir,
y tú quieres cantar,
antes de que la vieja Anela se levante
para retorcerle el pescuezo a una gallina loca
que ya no pone huevos
pero canta como un gallo.

—¿Qué te parece?

Juego con su yoyó. Me obceco con este juego estúpido que no se me da bien.

—¿Quién es la gallina loca?

—Sarajevo…

—Interesante.

Recupera su yoyó, que buena falta le hace: está nervioso. En cualquier caso, no lo sé usar y él no soporta ver cómo me equivoco. Dice que si no me gustan sus poemas puedo decírselo sin problemas. Dice que soy de las que se abren camino a codazos, que acabaré haciendo crítica literaria y truncando a los jóvenes talentos, porque soy una estúpida maestra frígida, una sanguijuela que le chupa la sangre a los demás.

Caminamos junto al Miljacka, Gojko agita las manos en alto hacia una mísera fronda invernal.

—¡Cualquiera de estas hojas vibra más que tú!

—Las hojas se caen —replico entre carcajadas.

—¡Como los poetas! ¡Abonan la tierra demasiado pronto!

Tiene los ojos acatarrados de un oso rebelde y el aliento de un alcohólico.

Ya no puedo más. Le digo que tiene que ducharse y dejar de apestar a aguardiente, porque el mundo está lleno de grandes poetas longevos, sobrios y limpios. Él se ofende, me mira como un niño. Dice que no se ha emborrachado en la vida y que parece que lleva el pelo sucio porque usa una crema, dice que si quiero tener hijos tengo que aprender a usar el yoyó, porque a los niños pequeños les encanta ese juego.

Entonces me enseña. Su mano sobre la mía, para hacerme sentir el juego de muñeca, el susurro del cordel, el tirón para hacerlo subir de nuevo.

Y esa noche, antes de despedirse va y dice «*Volim te iskreno*».

—¿Qué significa?

—Te amo sinceramente.

Di un paso atrás… un pequeño paso atrás en mis pasos. Gojko no dijo nada, se aplastó la nariz con el pulgar como si fuera de plastilina. Se detuvo en el umbral.

—Se lo digo a mi madre antes de despedirme por la noche…

Lo vi deslizarse sobre un charco helado antes de desaparecer.

Ahora está aquí, en esta noche templada… Con los codos sobre un hule, en esta ciudad comprometida por el dolor que ahora calla, papelajos en el suelo, colillas, pasos de gente que vuelve a casa. Una botella de vino vacía, gozada, una benéfica normalidad.

Y esta normalidad es el milagro, esta *baklava* que estamos compartiendo, una pasta dulce, blanda, de nueces y hojaldre. Las cucharillas chocan en el plato.

—Cómete la última cereza.

Pietro apura la Coca-Cola, hace ruido. No se está comportando mal, ha hablado de tenis con Gojko, se ha levantado para enseñarle el drive de Federer. Ahora quiere un helado, pero en este sitio solo tienen dulces bosnios. Gojko estira un brazo en la oscuridad y le indica una heladería que queda un poco más allá.

—¿Cómo se dice helado?

—*Sladoled*.

—¿Y los sabores?

—*Cokolada, vanila, pistaci, limun.…*

—¿Si digo *ice cream* me entenderán?

Gojko asiente, le sonríe y lo mira mientras se aleja.

—Es simpático…

No aparto la mirada de la calle por la que se ha ido Pietro, y ya siento un vacío en el estómago, como cada vez que desaparece de mi vista.

—Es como su padre, idéntico.

Gojko tiene la boca abierta, un ojal oscuro que susurra.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada, te miro.

Me coge una mano y me pregunta si estoy tranquila.

Le digo que sí, que todo va bien, pero estoy un poco crispada; hablo con el tono estridente de quien está a la defensiva.

—Llámame cuando quieras, por lo que sea, duermo en un sillón, sentado…

—¿Por qué, no tienes cama?

—No me gusta dormir tumbado, me siento el corazón en los ojos…

Los miro, esos ojos a los que de noche se encarama el corazón. Los entrecierra un poco, es como si quisieran sonreír pero sin lograrlo del todo. A fin de cuentas, nosotros, él y yo, nos hemos quedado anclados en aquel tiempo, no ha habido nada en medio… Ni una hora de paz.

Le miro la mano, un poco hinchada, con las efélides y la alianza demasiado estrecha.

—¿Te has casado?

Asiente.

—¿Y cómo es ella?

—He tenido suerte.

Me habla de los años de refugiado, de los trabajos ocasionales: aparcacoches, guarda de un cámping, empleado de gasolinera.

—Ser bosnio era una ventaja; al principio todos sentían una gran pena por nosotros… —Sonríe y pide dos vasos de *rakija*.

—Pero la hospitalidad duró poco. Europa enseguida dejó de sentirse en deuda. No gozamos de buena fama, perdemos el tiempo, somos demasiado contemplativos.

Una mujer tullida pasa a mi lado, está delgadísima y arrastra una pierna como si fuera una escoba. Pone una mano abierta sobre la mesa sin decir nada. Gojko le da cinco marcos convertibles. La muchacha está tan débil que no tiene fuerzas para cerrar la mano. Mientras se aleja, me fijo en los holgados y sucios vaqueros que ocultan un culo hecho de puro hueso.

—¿Te acuerdas de ella? Vendía los boletos de la lotería ciudadana…

Recuerdo algo… Una mano, una estúpida marioneta de la suerte.

—Era una de las chicas más hermosas de Sarajevo. Se droga.

Se echa la *rakija* al coleto y entrecierra de nuevo los ojos.

—Fue más fácil correr bajo las granadas que pasear entre los escombros.

Pietro ha vuelto con el cucurucho y mira a la chica, que ahora se aferra a la pared como un perro a punto de mear.

—¿Por qué cojea?

—Se lo debe a uno de los amuletos que has visto en el mercado… le impactó en la cadera.

Mi hijo está nervioso y se revuelve en la silla.

—¿Y no se la puede ayudar?

—No, no se puede. ¿Qué tal está el helado?

Pietro le da un lametón y por un instante solo se oye el ruido de su lengua. Tiene cara de sueño y la apoya en la palma de la mano.

—Vámonos —dice—. No aguanto más.

Pues ahora yo podría caminar durante horas. Cruzar la ciudad, ir hasta Ilidza, en esta niebla estival, en este vaho sucio que borra un poco la realidad… Introducirme, como un palillo en una tarta, en la pacotilla humeante de los recuerdos.

Alzo los ojos hacia el monte Trebevic. Le pregunto a Gojko por aquel refugio donde servían queso ácido y aguardiente caliente. No responde de inmediato, paladea el sabor de aquellos recuerdos en la boca cerrada.

—Eres tú quien me transporta al pasado… tú… —susurra.

Acto seguido me suelta, sin contemplaciones, que ya no hay nada, que el teleférico no funciona, que las cabinas han quedado olvidadas en el cielo como dientes cariados.

—Está lleno de minas. Basta un escupitajo para ponerlas, para quitarlas se necesitan muchos años y montañas de dinero… Pero si quieres podemos ir, subir a pie, jugarnos el pellejo y volver allí arriba.

Hay un destello en sus ojos, como si esperara un desafío por mi parte, una locura.

—Buenas noches.

Subimos a pie porque Pietro no se fía del ascensor.

—¿Está loco tu amigo?

—Todos los bosnios lo están, se jactan de ello.

Me tambaleo al subir por los escalones.

—¿Estás borracha?

—Un poco.

—Qué asco.

Mientras se cepilla los dientes, espero a que deje el baño libre sentada en la cama. Está en calzoncillos, inclinado sobre el lavamanos, la boca abierta y llena de espuma, se mira al espejo mientras se cepilla con el codo levantado. Es un obseso de la higiene bucal, ha tenido dos caries y no entiende por qué. En una ocasión me pidió que abriera la boca; quería ver el estado de mi dentadura porque el dentista le había dicho que las caries son hereditarias. Abrí y volví a cerrar la boca de inmediato. «Déjame en paz —le dije—, no soy un caballo». Entonces me preguntó por su padre, solo para saber si tenía una buena dentadura.

Ahora duerme. Por la boca entreabierta se cuela un silbido, un aliento perfumado de dentífrico. Tiene el pecho desnudo, los pezones un poco hinchados, mastitis pubescente, ha dicho el médico.

«¿Entonces no me van a salir tetas?».

Hasta el médico se rió: «Este muchacho lo pone a uno de buen humor; hoy en día es difícil encontrar a un chico tan simpático». Ya, todo el mundo lo encuentra muy simpático, tiene un gran sentido del humor, tiende a denigrarse a sí mismo mucho antes que a los demás. Solo hace el gilipollas conmigo.

Pietro.

Será el aguardiente, pero esta noche me basta su nombre para hacerme llorar.

Esta noche es fácil dejarse hurgar por un nombre.

La ventana tiene un alféizar grande, hay sitio para sentarse, para estirar un poco las piernas. Pego la cara al cristal. Giuliano me ha llamado, tenía la voz ronca de quien ha estado en silencio, pensando.

—Te he dejado muchos mensajes. —La garganta cascada por el cansancio, por los nervios—. Te noto lejana.

—Es que estoy lejos.

Veo nuestra casa. El calendario de los *carabinieri* colgado en el recibidor, la ensalada que he dejado en la nevera para Giuliano, la nota para la mujer de la limpieza, la esponja con la que me desmaquillo.

Esta noche no me he desmaquillado, me refriego los ojos, el rímel se corre por los pómulos.

Pietro descansa. Las pestañas cerradas sobre el blanco de los párpados componen una hilera de árboles desnudos en la nieve… Una tierra partida en dos por una trinchera.

Me alejo de la ventana, salgo al pasillo descalza y bajo al vestíbulo. Hay hombres que fuman y beben, en este hotel siempre hay hombres que fuman y beben. Me miran, quieren ofrecerme algo de beber. Les pido un cigarrillo y me dan dos. Drina… sí, los viejos Drina. Hace años que no fumo, pero esta noche fumo descalza en la acera porque necesito algo que baje hasta la barriga y que queme.

Pasa alguien, un hombre que se detiene sobre un cubo de la basura, un mendigo que busca algo, cualquier sobra que aún tenga sabor, cualquier desecho que valga la pena. Como yo, en el fondo.

OceanofPDF.com

Fue Gojko quien me llevó

Fue Gojko quien me llevó a aquel local.

Hemos caminado todo el día, desde Bistrik hasta Nedzarici, y sin embargo me dejo arrastrar un poco más. Se ha levantado la nieve, que nos rodea; el Miljacka, allí abajo, parece leche materna, calostro. Es mi última noche en Sarajevo.

Italia ha ganado la competición de trineo y la gente celebra la medalla. Son muchos los que bailan de pie sobre las mesas, las bocas amorradas a las botellas de *sljivovica*, periodistas deportivos, atletas que ya deberían estar durmiendo en Mojmilo, en sus casitas de la villa olímpica.

—Ven, te presentaré al grupo de italianos.

Me siento apretujada entre los codos de gente desconocida, ojos pringados de humo, caras quemadas por el sol. El local es un sótano de bóvedas bajas de las que despuntan cabezas embalsamadas, osos pardos, gamuzas, y en los arcos ondean unos banderines de tela. Estoy sentada bajo Alemania Oriental.

Él no está, ya ha saludado a los amigos y se ha ido. Está buscando el abrigo en un guardarropa lleno a rebosar de anoraks y abrigos sucios por la nieve, pero no lo encuentra, y por eso vuelve, para buscar a la chica de los abrigos, la bajita con el pelo crespo que ha ido a tomarse una cerveza y ha dejado el guardarropa desatendido. Vuelve por este motivo. Está allí esperando a que la chica se acabe la cerveza.

Es una espalda, un jersey de colores de lana peruana sobre una espalda larga y delgada. Gojko lo llama:

—Eh, Diego…

Se vuelve llevándose una mano a la nuca; lleva una barba rala en un rostro con las mejillas hundidas de un niño flaco. Luego me contaría que le palpitaban las sienes, que los ojos eran dos braseros por las ráfagas de nieve que le habían azotado el rostro durante el día. Se acerca, da un paso hacia nosotros. Luego me diría que lo hizo porque me había visto, a pesar de los ojos, a pesar del cansancio. Y que se había sentido atraído, sin ningún pensamiento, como el toro por el color rojo. Yo también lo miro, lo espero mientras se acerca. Nunca se puede decir qué… qué es exactamente. Es una membrana, quizá una prisión desde el principio. Una vida ha viajado desde lejos al encuentro de la nuestra, hemos sentido el viento, el olor de una parada. Su sudor y su cansancio estaban en nuestro interior. El esfuerzo era por nosotros.

Nos quedamos inmóviles como insectos, sintiendo la palpitación simultánea de todas aquellas cosas. Tengo las mejillas rojas, hay demasiado humo, demasiados codos, demasiadas voces. De pronto ya no hay nada. Solo la mancha de aquel jersey que camina hacia mí. Mis ojos abrasan en un instante los contornos de aquella carne. Y me parece que le siento el alma, eso es.

Se acerca a la mesa, la chica le ha devuelto su ropa, un chaquetón azul un poco rígido, y se lo pone. Se queda de pie allí, abrigado, sudando. Gojko se inclina para abrazarlo sobre la mesa donde bailan, donde hay un vaso de cerveza que rueda.

—¿Te vas?

También se ha puesto un gorro con borla, asiente, y observo aquella bola de lana que baila.

—Éste es mi amigo Diego, te he hablado de él, ¿recuerdas?

No me acuerdo.

Diego me tiende la mano. Es un pedazo de carne huesuda que quema y se aferra a la mía. Es la mano de Pietro. Ya es la suya. El tiempo desgarra al tiempo, un cuerpo se encuentra frente al tuyo, fuerte, joven… Sin embargo otro cuerpo ya está ocupando su lugar. Un hijo ya se encuentra en el padre, un muchacho dentro de un muchacho.

Y ese hijo será la memoria, el niño que correrá con la llama.

Le hago sitio en el banco, unos pocos centímetros de espacio donde él se embute. Nos reímos de lo apretados que estamos. Hablamos pero no sé de qué. Tiene un curioso deje que hace pensar en el mar.

—¿De dónde eres?

—De Génova.

No se ha quitado ni el gorro, suda. Miro las gotas que brotan de la frente y le entran en los ojos.

—Estás sudando.

—Salgamos.

Y nos vamos así, de repente juntos, pasando entre el gentío que abarrota las mesas, los vasos sucios, las cabezas de oso, la gente que se amontona frente a las puertas de los servicios. Gojko no dice nada, alza una mano, rígida como la señal de stop de un guardia que da el alto. Después dirá que ya lo había entendido, que hasta un ciego lo habría visto. Que los flechazos dejan petrificado a un pobre gato que está allí haciendo guardia y pierde la cola.

Diego camina junto a mí con su chaqueta azul, que parece de la marina de guerra. Es joven, un muchacho. ¿Cuántos años tendrá?

—Mañana me voy muy temprano, en un avión abarrotado, como el de la ida. —Está aquí por trabajo, dice.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Soy fotógrafo. Qué calor hacía allí dentro… —sonríe.

Tiene una sonrisa dócil.

Le hablo de mi tesis, de Gojko, que ha sido muy generoso y ha logrado que me enamore de esta ciudad.

—¿Qué hacías aún despierta?

—Esperaba el tañido de las campanas, el canto del muecín…

Me dice que podemos esperar juntos, encaramarnos a la vieja estación de ferrocarril, porque desde allí arriba las puntas de los minaretes parecen lanzas que se clavan en el cielo.

Nos hemos puesto en marcha de nuevo. ¿Cuánto caminaremos esta noche? El camión de la limpieza nos sigue un rato y luego se detiene. Cargan las botellas vacías de cerveza, octavillas empapadas de nieve… Unas escobas negras y largas barren los adoquines. Los barrenderos están apáticos, ateridos, limpian la calle, se ponen en marcha y se detienen de nuevo. No era necesario, no habría pasado nada aunque hubiera un poco de suciedad dejada por los turistas de las olimpiadas, no habríamos reparado en ello. Estamos acostumbrados a las ciudades sucias. Sin embargo, no podemos pasar por alto el encanto de esas manos que se afanan por nosotros.

—¿Estás aquí por un periódico?

—No, trabajo por libre.

Ha pasado varios días tumbado, con el mentón pegado a la nieve, en Bjelasnica, en Malo Polje, tragándose las salpicaduras de los bobsleigh, de los saltos de trampolín, de la combinada nórdica. Dice que se ha fastidiado la vista.

—¿No podías usar gafas?

Se ríe, dice que es como hacer el amor vestido, que el ojo tiene que estar dentro del objetivo.

Me mira. Me dejo escrutar por su ojo especial…

—¿Crees que soy fotogénica?

Inclino la cabeza y le muestro mi perfil bueno, como una adolescente.

—¿Tienes pareja?

Estoy a punto de casarme, pero no se lo digo. Me limito a confesar que tengo una relación desde hace muchos años.

—¿Y tú?

Estira los brazos, sonríe.

—Estoy libre.

La fuente de los viandantes, el Sebilj, está helada, nos sentamos en el borde, un pajarito camina sobre el hielo. Se deja coger. Diego lo sostiene en las manos, acerca la boca y le sopla un poco de calor.

—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—A Brasil, a fotografiar a los niños de las minas rojas de Cumaru.

Gojko asoma de repente de entre los bancos del mercado, como si nos hubiera estado esperando allí, con su chaqueta de pelo, el cigarrillo encendido.

—Le he prometido a la señorita que la llevaría a la colina a ver Sarajevo desde la ventana de Andric…

—¿Y quién es ese tal Andric?

—Un poeta, pero no te preocupes, a Gemma no le gustan los poetas bosnios; apestan y se emborrachan.

Su presencia me libera del bochorno, de estas emociones acuciantes. Podemos fingir que somos tres amigos que pasean, tres inocentes hermanos.

El viento gélido agita los árboles secos, las ráfagas de nieve nos queman el rostro, se detienen en el pelo.

Observamos la ciudad que se extiende a nuestros pies, las puntas huesudas de los minaretes entre los techos cubiertos de nieve. Ahora Sarajevo parece una mujer acostada, las calles son los cortes del vestido de una novia.

Ya he elegido mi traje de novia. Una especie de cilindro de seda rígida, como la corola de una cala, una flor sin movimiento.

La noche se acaba, las luces eléctricas bailan en el alba como velas en el mar.

Gojko estira los brazos y grita en alemán:

—*Das ist Walter!*

—¿Quién es Walter?

—Es el protagonista de una película de propaganda que nos obligaban a ver en la escuela, un héroe partisano que los alemanes intentan hacer salir de su escondite, dale que te pego, sin conseguirlo. Al final de la película el oficial de las SS, derrotado, observa Sarajevo desde lo alto y pronuncia esta frase: «¡Ahora sé quién es Walter! ¡Walter es esto! Es toda la ciudad, es el espíritu de Sarajevo…». Una auténtica gilipollez, pero nos hacía llorar.

Nos sentamos en el suelo bajo una marquesina de la vieja estación. Gojko saca una botella de aguardiente.

—Primero la señora…

Bebo un sorbo, que me parece lava en aquel ambiente gélido. Luego le toca el turno a Diego… que me mira mientras se lleva a la boca la botella que hasta hace un instante han acariciado mis labios. Es el primer gesto erótico entre nosotros. Hace frío pero estoy sudando, un engrudo pegadizo que se extiende por mi espalda.

—Qué pena…

—¿El qué?

—Que no tenga la máquina fotográfica.

Le gustaría fotografiarme reflejada en aquel charco helado entre las vías.

Gojko se bebe de un trago el resto de la botella, como si fuera agua, y luego la tira en la nieve. Con la voz rota, habla del futuro… de los poemas que escribirá, de ese juego nuevo que quiere importar, el cubo mágico. Un rompecabezas con el que se va a forrar. Dejamos que siga, como un programa de radio nocturno, como un zumbido. De vez en cuando Diego dice algo, para aparentar que estamos ahí los tres. Gojko enciende otro cigarrillo. Diego le da un codazo.

—Cuidado con el encendedor, vas tan cargado de aguardiente que como eructes saltamos los tres por el aire…

Gojko le hace un cumplido.

—Por fin has aprendido algo del sentido del humor bosnio…

Me río, aunque tengo las mandíbulas paralizadas por el frío. Gojko me mira y me da la sensación de que la tiene tomada conmigo. Menea la cabeza y nos manda a freír espárragos con un gesto suave. Luego se acuesta de lado en la nieve.

—Avisadme cuando hayáis acabado de pegaros el lote.

Está a punto de caer redondo, pero no nos deja solos, sigue allí, como un perro que finge dormir. Diego me coge la mano, como si fuera un guante perdido en la nieve.

—Pues…

Deja la frase en el aire y espero. Respira, un hálito blanco en el frío.

—… eres tú.

—¿Qué? ¿Qué soy?

Prosigue con voz ronca.

—No te vayas, no te marches.

Agacha la cabeza hasta mi mano, y cierra los ojos dentro. Respira ahí abajo como el pajarito congelado de la fuente. Le rozo el pelo, jugueteo con los dedos.

—Más… más.

—Me caso dentro de cuarenta días.

Levanta la cabeza de golpe.

—¿Con quién? ¿Con esa historia de hace tantos años?

Recojo lo que he dejado ahí de mí misma a toda prisa. Me levanto, me sacudo la nieve del trasero, digo que me estoy helando, que tengo que acabar de hacer las maletas. Le doy una patadita a Gojko:

—¡En marcha, Walter!

Regresamos al hotel, en un lento rodar hacia el valle, silencioso e irregular. No hablamos, pero ya me está bien así. Hemos corrido demasiado y ya estamos cansados. El chico delgado y medio exaltado que camina a mi lado ya no me gusta, ha sacado a relucir un humor negro, derrotado, muy parecido al de Gojko. De repente no soporto a ninguno de los dos, estoy rodeada de hombres estúpidos, de pretendientes moribundos. Empieza a despuntar el alba, que envuelve la ciudad furtiva como un gran gato gris. Estoy cabreada conmigo misma, ¿qué motivo había para no dormir, para beber, para pasar tanto frío? Me agarro al brazo de Gojko, me aprovecho de su cuerpo. Me frota la espalda mientras andamos, parece contento de poderme dar calor. Se ha dado cuenta del mal humor de Diego, que camina pegado al muro como un perro, sabe que ha pasado algo mientras él dormitaba. Mala suerte. Ahora es de nuevo su turno, no le disgusta que yo sea tan voluble. Coge un pedazo de madera y se lo tira.

—¡Eh, fotógrafo!

Diego da un salto, resbala en la nieve y cae. Gojko no lo hacía en serio, no creía que el chico fuera tan flojo.

—¿Te has hecho daño, amigo mío?

Diego se pone en pie, se sacude la nieve de los pantalones y dice que no ha pasado nada. Me da pena, de repente me da pena. De repente pienso que le he hecho daño.

—Nos vemos en el aeropuerto.

Se va cojeando un poco, sin volverse, saludando con la mano.

Necesito todo el peso de Gojko para cerrar la maleta. He comprado muchas tonterías en el mercado, sobre todo manteles bordados para mi futura casa. Pasamos frente al monumento de la Llama Eterna. Observo la avenida por última vez… Los flamantes edificios, ese estúpido lobato rojo de Sarajevo 84 junto a una fotografía gigante de Tito. El cielo al otro lado de la ventana es blanco. No he dormido, tengo náuseas y le pido a Gojko si puede apagar el cigarrillo.

Frente al mostrador de facturación hay mucha gente que espera para marcharse: periodistas, equipos de televisión, turistas. Un grupo de hinchas finlandeses camina tras una chica con anorak de color oro y una minifalda de ante que agita un muñeco de nieve hinchable.

Él no está. No lo busco, pero miro a mi alrededor sin mover un milímetro la cabeza. Compro una revista inglesa. En la portada aparece la mujer del príncipe Carlos con un flequillo demasiado recargado, las mejillas arreboladas y su primer hijo en el regazo.

Su vuelo salía una hora antes que el mío, ya debería estar aquí. Quizá no ha oído el despertador; cayó como un tronco en la cama y ahí se quedó. Debe de ser uno de esos chicos que duermen, que pierden el tiempo.

Llevo puesto un jersey de angora con un cuello largo cruzado, una falda vaquera hasta los tobillos y unas botas de color miel. En la cabeza, unas grandes gafas de sol. Aparento algunos años más de los que tengo. Después de la universidad empecé a vestir un poco como una señora, a recogerme el pelo. Abro el primer botón de la chaqueta y respiro sin henchir el pecho,

cruzo las piernas, dejo el bolso a un lado. Actúo un poco, pero en los espacios públicos quien más quien menos todos actuamos… Ensayo la mujer que me gustaría ser. En realidad, la única cosa que sé de mí es que no me gusta sufrir. He crecido en un mundo horizontal, acaso tópico, pero confortante.

Bien mirado, Sarajevo me deja un regusto de tristeza. Pienso en la ceremonia de apertura de las Olimpiadas, impecable, suntuosa… Pero también allí, en aquel estadio deslumbrante, había el manto metálico de una tristeza hermética que la levedad de los gestos de las majorettes, los saltos de las pequeñas atletas con patines no bastaban para disimular. Había una hosquedad militar, la misma hosquedad común a todos los atletas del Este, la sensación tangible de que durante los entrenamientos nunca se habían divertido. ¿Y qué decir de los ojos del pequeño vendedor de avellanas tostadas fuera del estadio Zetra? ¿Eran los ojos de un niño o de un topo? Lo acaricié, le dejé una propina y no se inmutó, era un niño de piedra.

Le he dicho a Gojko que se vaya, pero él merodea por el aeropuerto, hace sus negocios. Se acerca, se pone a fumar a mi lado, echa un vistazo a la revista.

—¿Quién es ésa?

—Es la mujer del príncipe Carlos.

—¿Es bosnia?

—Es inglesa, por supuesto.

—Es igual a mi madre.

Cierro la revista y la meto en el bolso.

—Aunque mi madre es más guapa…

Estoy harta de este bosnio engreído y convencido de que este agujero en el culo del mundo es el centro del universo. No ha hecho más que repetirlo: «La frontera entre Oriente y Occidente, la Jerusalén del Este… la encrucijada de culturas milenarias y de vanguardia…». Y ahora resulta que su madre está más buena que Lady Di. A tomar por culo.

En invierno hace un frío de mil demonios y en verano un calor abrasador, sois deprimentes, presuntuosos y ridículos, las mujeres o se maquillan demasiado o parecen descoloridas, los hombres apestan a

cebolla, a aguardiente, a pies que sudan dentro de zapatos desastrados. Estoy harta de pitas y de los *cevapcici*, tengo ganas de comer ensalada y lubina. Eres un pesado, Gojko, tus chistes no tienen gracia, tus poemas no hacen llorar.

Disfruto pensando en Andric… «Y si solo en una palabra pudiera decirte qué me hace huir de Bosnia, te diría: el odio».

—Mi madre está en el hospital…

—¿Ah, sí? ¿Qué le pasa?

—Tiene que dar a luz, hace una semana que está ingresada, tiene que dar a luz pero no puede.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y cuatro, me tuvo con diecisiete… Y ahora llega otro niño, después de todo este tiempo.

—Es algo hermoso…

—Es la vida.

¿Por qué no avisan para embarcar? Los tableros no se mueven.

—¿Hay huelga?

Gojko estalla en carcajadas y se lleva un puño a la cabeza. No puede creer que haya dicho semejante tontería.

A estas alturas el aeropuerto parece una estación en hora punta, la peste a humo es insoportable. Me levanto y me dirijo hacia la cristalera del fondo, quiero ver la pista, si hay algún avión que esté despegando. Pego la nariz contra el cristal, pero no veo nada… Está todo blanco, nieva.

Oigo un sonido, unas cuerdas de guitarra que vibran. Me vuelvo. Diego está sentado en el suelo, apoyado en la pared, en una esquina entre la cristalera y la puerta de servicio. Rasga las cuerdas con la cabeza gacha.

—Nieva.

—Ya…

—Mucho.

Espero de pie, resignada ante aquel cándido mal tiempo, ante aquel destino. Ahora sé que solo deseaba que otro decidiera por mí. Paso un dedo por el cristal, sobre mi aliento… Dibujo una estela ondulada, un pensamiento.

—Me has ofendido.

¿Qué farfulla? ¿Por qué habla de nosotros con tanta intimidad?

—Ven aquí.

Me siento a su lado, en un banco. En el suelo no, sería demasiado. Llevo mi falda tobillera, rígida, de chica resignada a la benignidad de la vida sin aristas, sin dolores, sin deseos.

—¿Te gusta Bruce Springsteen?

Se pone a cantar…

«You never smile, girl, you never speak… Must be a lonely life for a working girl… I wanna marry you… I wanna marry you…».

—Me he enamorado de ti.

Me sonríe, se recoge el pelo detrás de las orejas.

De nuevo, deja de parecerme atractivo, me asusta, parece un perfecto imbécil.

—¿Siempre te comportas así?

—¿Así cómo?

—Corres… Te lo montas tú solo.

—Espero poder hacerlo todo contigo.

—Si ni te conozco…

Me cuenta su vida a ráfagas. Ahora sé que su padre era un trabajador portuario, que murió demasiado pronto, que su madre es cocinera en el comedor del hospital Gaslini, que él creció entre bandejas de aluminio, que vive en un edificio gris que parece del realismo socialista y que sin embargo construyeron los democristianos, pero en el semisótano hay un estudio fotográfico y él empezó allí, yendo a tocarles los cojones a diario.

La nieve sigue cayendo, una voz chirriante dice que por el momento se han cancelado todos los vuelos.

Diego se pone en pie y coge la guitarra.

—Mejor así. No perdemos el billete y nos pagan el hotel. ¿Cogemos dos habitaciones comunicadas?

—Prefiero esperar en el aeropuerto.

—Van a cerrarlo, ¿no lo has oído? Te quedarás sola.

Pienso en mi equipaje, en Fabio que iba a recogerme a Fiumicino, en mi madre que ha comprado pasta fresca. Veo mi vida sepultada bajo la nieve, borrada por la nieve. Sin embargo, pienso, no tengo nada que temer, este imbécil se convertirá en un hermanito, igual que Gojko. Este viaje ha ido así: he tenido un éxito discreto, he ligado con dos sinsustancia, un poeta bosnio y un fotógrafo genovés. Fabio se reirá, dirá que el mundo está lleno de locos y también yo estoy un poco loca, por eso le gusto. Me mirará de ese modo… Como cuando está a punto de saltarme encima, feliz como un perro que corre a revolcarse en un prado sobre una mierda. ¿Por qué digo esto? ¿Por qué reniego de mi vida? ¿Quién es este chico?

—A mí ya me está bien quedarme en el aeropuerto, tú y yo solos, encerrados aquí dentro con la nieve fuera. A mí me está bien todo.

Se pone a hurgar en los bolsillos.

—Soy un chico afortunado.

—¿Ah, sí?

—Muy afortunado.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro, ¿y tú?

—Veintinueve.

Sonríe, dice que se pensaba algo peor, que aparento treinta. Frunce la cara y muestra toda la dentadura. Miro fijamente esa sonrisa demasiado grande para un rostro tan pequeño.

Te reencuentro en esta primera noche sarajevita al cabo de muchos años. Paladas de vida. Mi piel blanca tiene más de cincuenta años de pensamientos y acciones. ¿Aún te gustaría, Diego? ¿Te gustaría esta piel fláccida que me cuelga bajo el mentón, estos bracitos? ¿Seguirías sintiendo el mismo amor carnal, la misma dicha? Un día me dijiste que me amarías

aunque fuera vieja, que me lamerías aunque fuera decrépita. Me lo dijiste y te creí. Y poco importa que el tiempo no nos haya dejado experimentarlo. No sé donde, pero envejecimos juntos, no sé donde, pero seguimos revolcándonos y riendo. La ventana está cerrada, no se ve Sarajevo, solo una calle, un escorzo anónimo. ¿Cómo se puede pasar por alto lo demás? Esta ciudad es una pita embutida de muertos, de inocentes arrancados de la inocencia. Tu hijo Pietro duerme, Diego.

En las cabinas había una cola muy larga. Gojko se la saltó, gritando que era una urgencia.

Pega un oído al auricular y se tapa el otro con un dedo, habla en voz alta. Cuelga el teléfono y grita.

—Mi madre ha parido, es una niña. ¡Es Sebina!

Nos abraza y nos arrastra. Tenemos que ir corriendo al hospital a ver a la niña, la nieve llega a la altura de una puerta, pero el coche lleva cadenas. ¡Tenemos que brindar! Se alegra de que sea una niña, porque en su familia solo nacen niños, y es una suerte que haya venido al mundo justamente hoy porque quien llega con una gran nevada tendrá una vida larga y dulce. ¿A quién se parecerá? Espera que a su madre, que es guapísima y sabe hacer la mejor sopa de carne de toda Bosnia. Nos besa, nos abraza. Está emocionadísimo. En un instante nos contagia la emoción. Somos tres pares de ojos húmedos que se miran como estúpidos peces.

En el coche cantamos. No sabemos qué pero cantamos, seguimos los estribillos de la radio. La capa de nieve es alta, el cielo es denso como el yeso. Los coches tienen los faros encendidos y circulan muy lentamente. El quitanieves encabeza la hilera, avanza limpiando la calzada… ¡Incluso hoy hay alguien que nos abre camino!

Todo es blanco y extenso. Gojko baja a comprar una botella, lo miramos mientras camina, mientras se hunde en la nieve y avanza hacia un cartel luminoso. Diego se vuelve.

—¿Estás contenta?

—Sí… Nunca había visto una tormenta de nieve.

Me saca la mano del bolsillo y la coge.

—Quiero fotografiarte, hoy te sacaré fotos todo el día.

Gojko regresa cubierto de nieve como un perro de trineo. Abre una botella de vino espumoso.

—Es austríaco, cuesta una fortuna.

Mi vida está sepultada en un jardín lejano, bajo una capa de hielo. Las luces de los faros se reflejan en el blanco de la nieve. Sus dedos largos, entrelazados con los míos, me aprietan… Me hablan, me lo juran todo. Me basta con esa mano, ahora. La mano de este chico al que no conozco, que me arranca de la robusta solidez de mi cuerpo. Me parece la de un niño… Una mano perdida hace mucho tiempo, de un amiguito que tenía en la guardería, que siempre quería estar conmigo. Cola buena del pasado. Me limpio una lágrima que aún tengo pegada en el ojo, con un gesto pequeño, invisible.

En el interior del hospital hace un calor reconfortante, casi excesivo. La maternidad tiene el olor de una casa, de ollas al fuego, de ropa de cama. El pabellón es grande, las camas están casi todas vacías. La madre de Gojko está sentada, con la espalda apoyada en unas almohadas, y mira por la ventana la nieve que cae. Gojko se inclina y la abraza. Nos quedamos unos pasos atrás, pero nos hace un gesto para que nos acerquemos. Mirna dice:

—*Hvala vam*.

—Mi madre os da las gracias.

Le preguntamos por qué y Gojko se encoge de hombros.

—Por haberme dado trabajo…

Me quedo pasmada; es cierto que su madre se parece a Lady Di, y que incluso es más hermosa. Tiene un cuello majestuoso, y un rostro frágil sostenido en los pómulos como una tela inmaculada sobre un bastidor, ojos color índigo y una mata de cabellos dorados.

Y así es como nos encontramos frente a la cama de una parturienta bella como una reina, en este día increíble. Un largo escalofrío me recorre todo el cuerpo como la punta de un taladro. Quizá también lo sienta el fotógrafo de

Génova. Se ha quitado el gorro por respeto, como en la iglesia. Es la vida la que mezcla las cartas, la que de repente canta y anuncia el día como un gallo.

Llega el bebé, arrebujado entre unas pulcras mantas. Tiene las mejillas un poco cuadradas y el mentón puntiagudo. Es feúcha. No llora, tiene los ojos abiertos, parece que ya lo sepa todo. La boca de Mirna se abre cuando la ve, como si fuera ella, la madre, quien necesitara alimento de la pequeña. Gojko se emociona, unos lagrimones grandes como semillas le corren por las mejillas. Le coge la mano diminuta, la mira.

—Permítame que me presente, señorita, soy su hermano Gojko… Y le haré de padre.

El padre de Gojko ha muerto de cáncer hace unos meses; por suerte la madre tiene un buen trabajo, da clases en una escuela primaria, es una croata de Hvar, muy católica, y en ningún momento pensó en abortar.

Ahora lanza un chillido ronco, que contrasta con su belleza. No quiere que su hijo toque a la recién nacida antes de lavarse. Gojko se dirige al pequeño lavamanos fijado a la pared y regresa con las manos goteando. Da unos saltitos con la hermana en brazos, la besa, la huele. Se queda junto a la cama mientras la madre le da el pecho, acerca la cabeza a las suyas sobre la almohada, y se queda inmóvil, casi sin respirar, como un perro que tuviera miedo de que lo echaran.

Diego ha cargado la máquina y saca una foto de la escena. Mirna está avergonzada, se tapa el pecho con la mano. La mujer de la cama de al lado, que aún tiene que dar a luz, usa un pequeño fogón eléctrico, prepara un té oscuro, áspero, de frambuesa, lo vierte en unas tazas de hierro esmaltado y nos lo ofrece. Mirna tiene las piernas llenas de pequeñas manchas rojas; lo veo cuando encoge un pie e intenta rascarse. Repara en mi mirada, sonríe azorada y me cuenta que es un eccema que le ha salido durante el embarazo.

Hurgo en el bolso, tengo una crema de árnica que siempre llevo encima, un ungüento blanco y refrescante que uso un poco para todo, incluso para mis codos perennemente agrietados. Le pregunto si puedo ponerle un poco de crema ya que ella tiene los brazos ocupados con el bebé.

Niega con la cabeza, agita el pie, intenta apartarse. Pero insisto y acaba cediendo. Siento que sus piernas se ponen rígidas, veo que agacha la cabeza y olisquea algo, quizá tiene miedo de que las zapatillas que tiene bajo la cama huelan mal. Tiene las pantorrillas fuertes de la mujer que trabaja, que anda mucho. La piel, árida, se bebe mi crema. Esbozo una sonrisa y me la devuelve. Me da a entender que se siente mejor, que la crema es milagrosa. Sonrío, le digo que puedo dejarle el tubo si quiere; solo siento que esté medio vacío.

Mirna dice algo:

—*Hocs li je?*

—¿Qué ha dicho? —le pregunto a Gojko.

—Pregunta si quieres coger a la niña en brazos.

Mirna me ofrece a la recién nacida, que aún está caliente del contacto con su vientre.

La mujer que ha preparado el té está contando una anécdota graciosa y todos se ríen; así se olvidan de mí por un instante.

La recién nacida parece una vieja. Está impregnada del olor de su viaje, un olor de fondo de pozo, de lago. Junto al lavamanos hay un espejo, me acerco a él para verme con un bebé en los brazos, para ver qué parezco.

Diego me coge de los hombros y fotografía mi reflejo en el espejo.

—¿Quieres tener hijos?

—¿Y tú?

—Solo quiero hijos.

Está serio, casi triste. Sabe que no le creo.

Sigue nevando; ha parado un rato, pero luego ha vuelto a empezar. En la Bascarsija los comerciantes han limpiado la nieve que se había acumulado frente a sus tiendas, de modo que ahora hay una especie de trinchera blanca a lo largo de las callejuelas. A las seis de la tarde la oscuridad engulle la nieve, de las colinas desciende el olor de la leña que arde en las chimeneas, el muecín sube las escaleras del minarete para iniciar la plegaria… y nosotros ya andamos algo achispados.

Gojko nos obliga a asistir a un desfile de moda de un diseñador amigo suyo. La iluminación es miserable, la banda sonora es música disco eslava, las modelos parecen pájaros variopintos, melenas rapaces y vestidos cargados de lentejuelas; avanzan semidesnudas con la carne manchada por el frío en una sala helada que parece una discoteca de pueblo. Da la sensación de que el público está ahí por casualidad, parece gente recogida de la calle mientras iba al trabajo, mal vestida, con los zapatos sucios por la nieve y paraguas chorreantes, metidos bajo los pies. El diseñador amigo de Gojko es un tipo imberbe y rechoncho, lleva una camiseta de malla negra con unos agujeros grandes como una telaraña, cuando sale a dar las gracias se inclina hasta el suelo como la Callas.

Por la calle nos desternillamos de la risa como un grupo de estudiantes de viaje de fin de curso. Me contoneo sobre la nieve como las pobres modelos tambaleantes y congeladas, Diego me fotografía, se echa a mis pies como si fuera una estrella y grita que él también quiere una camisa de malla. Gojko dice que somos dos *krastavci*, dos tontos borrachos. Se ha enfadado, somos demasiado cómplices, demasiado estúpidos. Se lo ha tomado a mal. Camina delante nuestro con el semblante adusto y huraño, su chaqueta de piel forrada de gatos.

Luego nos metemos en un local del Sarajevo underground, y si no fuera por la *sljivovica*, por un instante parecería que estamos en Londres. Artistas con el pelo largo y canoso, amarillento por la nicotina, van de aquí para allá con unas muchachas espectrales que se contonean con los ojos cerrados, los párpados pintados de negro como mejillones resplandecientes. Las luces se encienden y se apagan, suena la música dura de Ekv. Parece proceder del fondo de la tierra y, como un terremoto, hace temblar las mesas, los ceniceros, los vasos vacíos que nadie recoge. Gojko nos presenta a Dragana, que trabaja en la televisión estatal y sabe imitar voces, la de los Pitufos, por ejemplo, y a su novio Bojan, mimo y actor de teatro; luego a Zoran, un abogado con la cara seria y picada de viruelas, y a Mladjo, el pintor que ha estudiado en la academia de Brera. Se pierde, engullido por sus amigos.

Diego se arrodilla junto a mí.

—¿Qué tomas, pequeña?

—No sé… ¿Qué tomamos?

Estoy aturdida, hace siglos que no entro en un local nocturno, todo el mundo está medio desnudo, bailando. Llevo un jersey de angora, una falda rígida, me siento abochornada, fuera de lugar.

He logrado hacerme un sitio en un sofá resbaladizo. Diego vuelve con una copa grande de helado, solo una para los dos.

—No he encontrado nada más…

Compartimos la cucharilla. Él me la mete en la boca y me mira mientras como. Un helado con la nevada que está cayendo… Sin embargo era lo que necesitaba, se derrite, se desliza por el calor del cuerpo. Después de la cucharilla acerca la boca. No me besa de inmediato, se queda allí, su aliento sobre mis labios fríos. Es como si esperara el *nihil obstat* final… Se acerca a ese beso lentamente. Quizá es más astuto de lo que parece. Quizá es uno de esos chicos salidos que han pasado mucho tiempo entre sábanas. Es un beso largo, suave, las lenguas como dos caracoles que cruzan una plaza.

Ojalá no se hubiera fiado de mí esa noche. Pero ganas tenía de fiarse. Las bocas fundidas en una sola. Pietro se revuelve en la cama, murmura algo, de repente emerge del sueño y acto seguido se sumerge de nuevo en él, como una manta que sube a la superficie y luego regresa a la oscuridad del fondo marino. Hacía tiempo que no dormía con él en la misma cama, había olvidado sus nervios indomables, como unas cuerdas de guitarra que se rompen de improviso. Nunca ha mostrado interés por saber quién era su padre. «Pietro se defiende —decía Giuliano—; es joven, y los jóvenes tienen miedo de sufrir».

Siempre le he hablado a Pietro de su padre con normalidad, le he contado lo gracioso que era, con sus piernas de avestruz, los cuatro pelos de la barba que se dejaba crecer para parecer mayor. Le he hablado de aquella vez que llegó diciendo que había hecho las mejores fotografías de su vida, y luego se dio cuenta de que no había cargado la máquina. Le he contado que mientras caminaba le caían los pantalones porque estaba demasiado

delgado, «como tú», le he dicho, y no se acordaba de ponerse el cinturón, «porque era muy distraído, como tú». Y cada vez que lo he hecho, me he tragado las lágrimas y me he puesto a reír.

Giuliano se queda callado un buen rato. Luego suelta «es eso lo que él ha percibido… tu dolor».

Es cierto, he buscado a su padre en él, afanosamente, día tras día de toda su vida.

Una noche estábamos en la cocina, Pietro abrió la nevera y se enfadó conmigo porque no había comprado helados. Le dije que se sentara porque aún no habíamos acabado de cenar, le dije que era un malcriado y un insolente. Giuliano puso una mano sobre la mía y dijo que bajaba a comprar helados, que el bar aún estaba abierto. Me enfadé también con él, le dije que así no me ayudaba, que se entregaba a las garras de Pietro, que dejaba que lo usara como un felpudo. Se levantó y nos dejó solos. En la nevera estaba pegada la fotografía de Diego. Pietro se detuvo frente a ella y se volvió hacia mí: «Qué coño dices, no nos parecemos en nada —me miró como un hombre, como un desconocido—: yo no me parezco a nadie».

Así pues, esa noche hubo besos, muy adentro. Diego se había sentado encima de mí, en aquel sofá de piel, bajo las luces que centelleaban como en un carrusel multicolor, en aquella madriguera de humo y voces.

—¿Peso demasiado?

—No, no pesas.

Inclinado sobre mí, con su olor, con su aliento, con las palabras más dulces. Como una serpiente que devora un animalito, que lo engulle lentamente… Me estoy ahogando aquí abajo.

Bailo, como un alga. Tengo ganas de desmelenarme. Estiro los brazos en el aire, levanto las piernas, las levanto del suelo y me balanceo… Poco importa que lleve esta falda rígida y que no sepa bailar… Bailo como lo hacía en las fiestas de la escuela, cuando se apagaban las luces y nos desternillábamos de la risa con aquella escoba en la mano. Diego me mira, la mejilla apoyada en una mano, los ojos entrecerrados en la oscuridad se

restriegan en mí. Ya tengo preparada la lista de boda. Hemos pasado una tarde entera, Fabio y yo, en aquella tienda del centro, con la dependienta que llenaba el pedido hoja tras hoja. Pienso en aquel salero de cristal con el tapón de plata «que podía acabar hermanándose con el pimentero». ¿Qué haré con el salero? ¿Dónde esparciré la sal? ¿En la ensalada o bajo la cama para ahuyentar el fantasma de este idiota que me mira como si yo fuera Bo Derek?

No hay nada que hacer, ni lo habrá. Le digo que es tarde, que tenemos que irnos. Me observa mientras me pongo la bufanda. Yo no lo miro más, solo tengo ojos para mis pasos por la calle, me limito a seguirlos.

El hotel para los pasajeros de los vuelos anulados está a las afueras y ya hace un rato que ha salido el último tranvía. De modo que Gojko nos ha invitado a dormir en su casa; hay sitio, ya que su madre está en el hospital. Es un bloque de pisos humilde: el patio parece el de una cárcel, pero dentro se está bien. La luz que acaba de encenderse ilumina un piso acogedor, donde no falta nada. Un piano vertical, una alfombra turca, dos hileras de libros en la pared, cortinas hinchadas como unas salchichas blancas pequeñas. Gojko le cede su habitación a Diego.

—Las sábanas están limpias, he dormido solo unas cuantas veces…

Yo me quedaré en el dormitorio de la madre. Gojko me explica cómo se enciende la luz de la mesita y quita la ropa de una silla para que pueda poner mis cosas. Junto a la cama hay una cuna ya preparada, tiene forma de medio huevo y es de mimbre.

—Era mía y ahora la usará Sebina. Mi madre ha rehecho el colchón y bordado las sábanas.

Me entretengo mirando el encaje, un hilo de raso que cuelga.

Nos quedamos un rato más en la sala de estar charlando. Gojko reparte lo que queda de una botella de *kruskovaca* de pera hecha por la madre. Entre las fotografías hay una de Tito, como si fuera un miembro más de la familia.

Gojko empieza a hablar de su padre, que se salvó en el Neretva cuando el Mariscal hizo saltar el puente por los aires para engañar a los alemanes.

Me levanto: «Buenas noches». Diego también se levanta y me sigue.

—¿Cuando el partisano duerma puedo ir a hacerte una visita?

Tiene la cara de un niño que mendiga. Niego con la cabeza como una madre severa.

Los oigo hablar un rato más, luego suena el zumbido del televisor y Diego dice: «Me voy a la cama, no me entero de nada». Gojko responde: «Es verdad, no te enteras de nada…».

Estoy tranquila, hace rato que estoy leyendo. Esta noche, *La señorita* de Andric no se mueve del Hotel Europa… Las palabras no entran, se quedan ahí suspendidas, inútiles como pinzas en un tendedero sin colada. Es una cama agradable, y es también una habitación agradable con sus cortinas de gasa, la alfombra de algodón beige; es la habitación de una mujer humilde y limpia. Me levanto y echo un vistazo al armario: un vestido de flores, un traje chaqueta, dos americanas de hombre, y debajo, ropa de cama, sábanas y toallas. Sobre la puerta un hilo metálico: dos corbatas y un pequeño cinturón rojo lacado. Voy al baño. Me lavo la cara y las axilas.

El sabor de los besos se va con el dentífrico. Gojko duerme tumbado en el sofá, los brazos sueltos, las manos hinchadas como las de un niño. Apesta a pies, a humo de cigarrillos que se ha quedado colgando en el aire.

Diego me llama, «pss, eh…». Está en la puerta de su dormitorio, sonríe. Lleva un pijama de una pieza de color amarillo.

—Lo he encontrado bajo la almohada de Gojko…

Sonrío, le digo de nuevo «buenas noches».

—¿Pero tienes sueño? —me pregunta.

—Sí.

—Esta noche estás diciendo un montón de mentiras…

Nos sentimos un poco cohibidos en aquella casa, en la intimidad de otros… Y Gojko dormido impresiona más que despierto.

Diego tiene puesto el pijama de ganso, el pelo largo y ondulado de un ángel. Tuerce la boca como un personaje de tebeo.

—Cierro la puerta… Así no me oirás llorar.

Lo mando a freír espárragos, sin alegría.

Luego sucede algo, Gojko suelta un ruido, un pedo denso, largo, casi una pequeña sinfonía del culo. Diego hace una mueca y asiente.

—Qué bonito poema, Gojko, enhorabuena…

Me llevo una mano a la boca y me río.

Diego también se pone a reír. Me vuelvo, doy un paso atrás hacia el dormitorio donde dormiré o permaneceré despierta. Él me levanta del suelo con un gesto seco, como si lo hubiera hecho toda la vida, como un mozo de carga con una alfombra enrollada.

Caemos en la cama, junto a la cuna vacía. En un abrir y cerrar de ojos Diego se quita el pijama de Gojko, se queda en calzoncillos, que son de color rojo, ridículos, como de noche de fin de año. Me río, él se queda serio. Tiene las piernas flacas y el pecho delgado de un niño.

—¿Soy feo?

—No…

Veo fragmentos de nosotros, mi mano lacia fuera de la cama, su oreja, oscura como un pozo, el punto donde nuestros pechos entran en contacto. Antes de entrar en mí se detiene, me pide permiso, como un niño.

—¿Puedo?

Es una raíz que se hunde en la tierra. Está allí, mirándome, observando el milagro de nosotros dos juntos. Me rodea la cabeza con las manos, como una corona, me mira el pelo mientras lo acaricia.

—Ahora eres mía.

Allí estaban la cama y aquella cuna vacía, donde Gojko había dormido de pequeño y donde iba a dormir su hermana.

Me quedo tumbada con un brazo bajo la cabeza de Diego. Estoy serena, satisfecha… Miro a este pequeño fenómeno. Este muchacho que ha sabido conocerme, abordarme de forma natural, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

La tormenta de nieve ha cesado de repente. Llegan voces de la calle, de chicos borrachos. Nos levantamos para espiarlos desde la ventana. Diego

me aprieta contra sí y yo me protejo con un retal de cortina. Son muchachos altos que hablan inglés entre sí, atletas. Se quedan un rato ahí abajo, tirándose bolas de nieve, y se van.

Regresamos a la cama. Esta noche pasará gota a gota.

Diego me toca un pezón, pequeño y oscuro como un clavo. Toca la nostalgia que tendrá de mí. No desperdiciamos nada. No hay miedo, no hay reproches ni inquietud. Ningún sentimiento conocido me altera. El arrepentimiento es un señor viejo y cansado que no puede saltar esta verja.

Diego coge la guitarra y la toca. La pierna doblada, el torso desnudo, la cabeza gacha con la mirada fija en las cuerdas.

—¿Qué canción es?

—«I Wanna Marry You». La nuestra.

Dormimos un poco. Es un sueño profundísimo, sumido en la más absoluta ceguera. Cuando abro los ojos de nuevo, encuentro el perfume de este cuerpo. Tiene la nariz pegada a mi pelo, como si se hubiera dormido oliéndome. Despunta el alba, pequeña, pálida. Tenemos tiempo para hacer el amor una vez más, para caer uno junto al otro. Me tira del pelo con el codo, pero no importa. Me incorporo y me siento fatigada. Por primera vez en toda la noche. Él está ahí, a mis espaldas, me mira mientras me inclino, me pongo las bragas y busco el resto de la ropa.

—Te echaré de menos toda la vida.

Nos reencontramos en la cocina. Gojko ha hecho café y ha bajado a comprar leche y pita dulce. Está claro que ha asomado la cabeza por su habitación y ha visto que la cama estaba sin deshacer. Nos mira mientras desayunamos juntos en aquella cocina con los armarios de color gris oscuro y una lámpara de techo que parece una seta del revés. Juega con las migas que hay sobre la mesa, se mira las manos en el asa de la taza. Nos deja en paz, no bromea. No estamos ni alegres ni tristes, solo ausentes.

Cojo el bolso y abro la cartera. Quiero pagarle a Gojko por su hospitalidad, la comida y las sábanas que tendrá que lavar. Mira el dinero, todo el que me queda. Está sin blanca, como siempre, pero rechaza mi ofrecimiento con un gesto decidido.

Le digo que tiene que ir a verme a Roma, que será mi invitado.

Nos mira y lanza un suspiro atormentado.

—Pero ¿por qué os marcháis?

Voy a cepillarme los dientes. Lloro, la boca es una cloaca de espuma blanca que no puede cerrarse. Me limpio el maquillaje que me ha quedado bajo los ojos. Regreso a la cocina con el bolso. Diego está jugando con un yoyó. Gojko se vuelve, se inclina sobre el pequeño fregadero y pone las tazas, masculla algo incomprensible, está emocionado.

—Sois un par de *bakalar*, de estúpidos…

Estoy desayunando con mi hijo, veinticuatro años después, en un salón amplio con el techo demasiado bajo. No se ve la luz del día, solo la de los fluorescentes, estamos en el semisótano del hotel. A nuestro alrededor hay muchas mesas ya sucias y algunas donde los hombres que ayer hablaban en el vestíbulo siguen hablando, y muchos ya fuman. Pietro se queja de aquella peste a humo y de la comida.

—¿Es que no hay algo normal?

—¿A qué te refieres con normal?

—A un cruasán, mamá.

Me levanto y voy a buscarle mantequilla para el pan. Echo un vistazo a las bandejas metálicas, tristes como las de un comedor social, cojo un yogur y un pedazo de tarta de cerezas para mí. Tengo hambre, bien mirado tengo hambre. Unto las rebanadas de pan con mantequilla para Pietro, le digo que la miel de aquí es muy buena. La muchacha de la cocina se acerca. Lleva el uniforme completo de camarera, blusa blanca, falda negra y delantal corto. Pietro la mira de arriba abajo. Es una chica joven, casi una niña, tiene la cara ovalada, como transparente, y unos ojos grandes y amarillentos. Nos pregunta qué bebida caliente queremos. Yo pido un té, Pietro quiere saber si hacen capuchinos. La chica regresa con mi té y con un tazón de leche oscura para Pietro. Sonríe mientras se lo sirve, tiene granitos en la frente. Pietro se queda mirando el brebaje, que no tiene ni medio dedo de espuma, intenta decir algo pero no sabe cómo se dice espuma en inglés, por lo que deja la frase a medias. La chica le sonríe. En un abrir y cerrar de ojos, quizá

la bandeja esté mojada… La tetera cae al suelo, no se rompe porque es de metal, pero el chorro de té se derrama sobre los tejanos claros de Pietro.

Se levanta como un poseso porque le quema la pierna, se pone a dar saltos, intentando que los pantalones no sigan en contacto con la piel. La chica se queda atónita, embobada. Se disculpa, hace pocos días que trabaja allí. Habla inglés con un ligero acento eslavo. Pietro se desabrocha los pantalones y se los baja hasta los tobillos, se queda en calzoncillos, se sopla en los muslos. Maldice en italiano «inútil, torpe…», pero, como es un cobarde, dice en inglés: «Don't worry… It's ok».

La chica no para de disculparse, se agacha para recoger la tetera. Mientras tanto, de la cocina ha salido una mujer fornida, vestida con un delantal, que tiene el pelo corto y rizado. Le habla muy rápido a la chica, no entendemos nada pero está claro que la está poniendo a caer de un burro. Ahora la muchacha se ha sonrojado, y mucho. Pietro se ha subido los tejanos, le toca en el hombro a la energúmena y le dice «it's my fault… the girl is very good, very much good…», y añade un «indeed» sin sentido.

La mujer se va y Pietro se sienta de nuevo.

—No se dice «very much good».

Se queja de que siempre estoy tocándole las narices, incluso cuando se comporta bien.

Sonrío porque esta vez tiene razón.

Lo miro mientras come, miro sus dientes blancos y torcidos que despedazan el pan. Miro a la camarera sarajevita que le sonríe y le da las gracias con una pequeña reverencia.

Nos despedimos en el aeropuerto. Nos quedamos de pie, apoyados en la pared. Diego me metió las manos bajo el abrigo, buscando el calor de mi carne. Lo dejé buscar. Ya habían pasado todos. Estábamos allí, inmóviles junto a aquella hilera de sillas vacías. Luego me di la vuelta y me fui. Lo vi pegado al cristal, como un pájaro que estuviera picoteando la pared. Yo había llorado y ahora él me pedía a voz en grito que sonriera, que fuera feliz, incluso sin él.

OceanofPDF.com

Me reincorporé a mi vida

Me reincorporé a mi vida cotidiana de inmediato, y cuando la asociación de ciegos pasó para la recogida de ropa usada, les di el anorak que había llevado todos los días durante mi estancia en Sarajevo. Volví a ponerme un abrigo formalito, que se amoldaba al contorno de mi cuerpo. En los pasillos de la universidad flotaban las voces de los estudiantes que salían de clase, ecos de vidas aún despreocupadas, muy alejadas de la mía. Con Fabio era fácil, bastaba decirle la verdad, que estaba cansada y un poco alicaída. Era un chico formidable, él mismo encontraba los motivos de mi malestar. Decía que era natural, que había estudiado demasiado, que me exigía demasiado. No hacíamos el amor, no teníamos tiempo. Cuando nos veíamos era para ir a ver a algún pariente suyo y llevarle la invitación a la boda. Era bonita nuestra historia, dócil. Miraba a Fabio, lo observaba en el coche mientras conducía con su mirada pensativa. Trabajaba en el despacho de ingenieros que su padre le iba traspasando poco a poco; siempre participaban en concursos para que les adjudicaran contratas públicas, espacios multifuncionales, zonas verdes, centros sociales. En aquel despacho, entre las mesas verticales cubiertas de papeles brillantes, Fabio y yo habíamos hecho el amor por primera vez. Yo era virgen, él farfullaba acerca de no sé qué experiencias anteriores, pero lo vi tan torpe que me costó creerlo. Ahora no recordaba nada de nosotros dos allí, en aquel estudio vacío que siguió siendo nuestro refugio del sábado noche durante muchos años. Fabio era el hijo del amo, se lavaba en el bidé de aquel baño donde nunca faltaba la cápsula perfumada que teñía el agua del inodoro de color azul celeste. «El baño está libre», decía. Me miraba mientras caminaba desnuda: «Tienes unas piernas largas». O: «Tienes el busto

modelado…», soltaba, mirándome con los mismos ojos que si estuviera calculando partidas de cemento.

Yo me fijaba en su cara pendiente del tráfico, sus pensamientos absortos en algún problema de obras, de ingeniería industrial, de alcantarillado. Me gustaba el olor de su coche, aquel paquete de galletas de chocolate que llevaba encima y que comíamos después de hacer el amor. No me preguntaba por qué nos hacía falta endulzarnos la boca, por qué tenía él tanta prisa por lavarse, por limpiar el miembro de los fluidos de mi cuerpo. Nos sentíamos mejor con la ropa puesta, en los restaurantes a los que me llevaba, donde él me ayudaba a quitarme el abrigo y luego consultaba la carta de vinos. Tenía treinta y cuatro años, era un hombre maduro, pausado. Yo tenía casi treinta, me vestía como una mujer porque a él le gustaba así. La nuestra era una sintonía silenciosa, firme. El presentimiento bueno de una vida que nunca iba a dejarnos a la intemperie.

Por entonces, íbamos a ver al cura casi todas las noches. Ninguno de los dos era especialmente creyente pero nos gustaban aquellas charlas prematrimoniales, el olor de la sacristía, la portezuela a la que había que llamar, los pasos del sacerdote que se aproximaban, su voz: «Entrad, chicos, entrad». Era un muchacho fornido, de tez rojiza, que vestía un hábito demasiado estrecho, y aún estudiaba teología en la Universidad Católica. Nos hablaba como un amigo, nos ilustraba sobre el sacramento que íbamos a celebrar con pasión, y antes de hacernos alguna pregunta más indiscreta se excusaba. Allí dentro me sentía segura. Era un sala pulcra, de espera. De purificación. Por su orden y humildad me recordaba ciertas habitaciones sarajevitas. No me sentía culpable. Era como si no tuviera obligación alguna con respecto a mi futuro marido, no en aquel sentido. El cuchillo estaba clavado en mi estómago, pero no me hacía daño. No tenía ninguna intención de confesarme en el hombro de nuestro cura amigo. Lo que había sucedido en Sarajevo me pertenecía a mí, concernía a una parte remota de mi existencia.

Echo de menos a Diego, pero no se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de cambiar mi vida. Se lo digo en el transcurso de una conversación telefónica larguísima, de noche. Su voz es un sollozo de

peticiones imposibles, está mal, no hace más que pensar en mí, no come, no hace fotografías, no se va a Brasil. Se muere. Me habla de esa noche, de nuestros cuerpos, de nuestro barro.

No me fío de su voz, me echa atrás. Esto no se aguanta, no se puede aguantar. Diego dice que sí, que su amor durará toda la vida porque sí, porque vale que él está loco, pero yo no le he dado tiempo para luchar. Hace días que no se lava para no quitarse la costra de mi piel. Intenta reír, pero es una risa moribunda. Me pregunta si aún huelo igual. No hablo, lloro.

—Estás callado.

—Espero —dice—. Estoy aquí.

No está en sus cabales, no es más que un chiquillo.

No me pregunta por Fabio, ni por la boda. Me pregunta por mis pies, por el ombligo, por el pequeño hoyuelo que tengo tras las orejas. Ha revelado las fotografías de Sarajevo, las de la nieve y las de los atletas que se relajaban, arrellanados en la residencia de Mojmilo, y sobre todo las últimas, las mías. Ríe, dice que su madre le pregunta por esa chica que está en la nieve, en unos primeros planos tan cercanos que parece que esté viva, en movimiento. Baja la voz para hablarme de esa foto más íntima que tiene escondida… en la que aparezco desnuda junto a la ventana.

—¿Cuándo me la hiciste?

—En un momento que estabas despistada.

La saca de noche, la mira durante esas conversaciones telefónicas, la mira cuando está solo, se la pone en el estómago, se duerme con ella. Quizá también hace otras cosas… me lo insinúa.

Lo veo en aquella habitación que me ha descrito… La bandera del Génova, las fotografías de los niños de las reservas indias, las de sus amigos ultras, la cama espartana de tablas de madera que él mismo ha clavado. Ha encendido la cadena de música, ha puesto nuestra canción, me la hace escuchar acercando el auricular a los altavoces, y me dice que no hable para que podamos escucharla juntos.

«… To say I’ll make your dreams come true would be wrong… But maybe, darlin’, I could help them along…». Está desnudo, es delgado, es él. Cierra los ojos. Me busca a mí.

Cuando veía a Fabio recuperaba la tranquilidad. Si de verdad hubiera sido infeliz lo habría dejado, tenía agallas para hacerlo. La cosa es que él me serenaba, desprendía una calma que acudía en mi ayuda. Era mi novio, el olor de ciertas tardes de invierno… Los libros abiertos en la mesita de aquel salón de té donde nos refugiábamos para estudiar, para atiborrarnos de pastelitos; habíamos logrado licenciarnos, crecer juntos. Me acompañaba a las tiendas, se sentaba a esperar, tenía paciencia y buen gusto. Yo me cruzaba de piernas. Me gustaba sentir el nailon de las medias, la sutileza de la lana, el bolso al hombro… Todas aquellas capas que me mantenían alejada de mi desnudez, de aquel foso vulnerable, infantil, que era mi cuerpo. No quería sufrir. De niña me había gustado languidecer imitando ciertas desgraciadas criaturas literarias, pero yo no estaba destinada a perseguir quimeras, a derramar lágrimas. El mundo me parecía saturado de todo. Los amores eran, por lo demás, unos procesos cancerosos de nostalgia, pero que se consumían rápido. Era de tontos creer en ellos. Volvía a sentirme en paz, bendecida por la normalidad, por el bienestar moderado.

Esa noche de Sarajevo había sido un adiós definitivo a otra mujer, a una mendiga raquítica que había derrotado, que ya no vivía en mí.

Solo habían transcurrido dos semanas, parecía que fueran años, parecía que acabara de suceder. Tal vez mi madre se había dado cuenta de algo, del teléfono que permanecía ocupado tanto rato de noche. Pero callaba. Las personas de tu entorno no quieren conocerte, dan tus mentiras por buenas. Mi madre hacía lo que siempre había hecho: confiaba en mí. De ella había aprendido a tener miedo del sufrimiento, y había aprendido también que una vida plena no requiere del conocimiento de la verdad a cualquier precio. Basta dar un paso atrás, volver la cabeza hacia otro lado, hacia un jarrón de flores, hacia un coche que pasa, sacrificar una mirada verdadera, para seguir avanzando discretamente. Era la típica mujer ideal para un monstruo. Sé que lo que digo es una insensatez, pero quién sabe. Si mi padre hubiera sido un pedófilo, ella se habría limitado a mirarse las manos, se habría quitado la alianza… Pero luego habría decidido que no, que

aquella mano desnuda era demasiado inclemente, y habría vuelto a ponerse el anillo con una sonrisa triste, convencida de que podría incluso con eso. Resulta además que la vida no le había proporcionado a Annamaria ninguna ocasión para comprobar hasta dónde llegaba su miedo. Mi padre no violaba a sus hijas, era un señor discreto, intachable, demasiado desvaído y distante para encontrar un lugar en mi agitada vida de treintañera. Por este motivo me impresionaron sus palabras, surgidas de la nada, del pasillo, del típico libro que llevaba en la mano, de la típica cara de una típica sobremesa.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

Me vuelvo, estoy a punto de salir con Fabio, que ya está en el coche, tenemos que ir a ver al cura, es el último encuentro.

—¿De qué hablas, papá…?

Levanta un brazo hacia la mesa del comedor; en la oscuridad de la lámpara apagada, un montón de paquetes de regalo: cajas de platos, de cuberterías, de cafeteras de plata, de algún objeto de adorno, para armarios, para cenas, para bodas de mierda…

—Todo eso podemos devolverlo… No debes preocuparte por un montón de ollas y cazuelas.

Es un profesor de formación profesional, las manos le huelen a serrín y a cola, pero de noche lee a Homero y a Yeats. Está sonrojado, alterado. Sentía que tenía que hacerlo, que tenía que hablarme. Quizá lo haya meditado, quizá no. Ha sentido que nuestros días juntos están a punto de llegar a su fin, que ya no queda tiempo para decir algo y las palabras le han salido así, del fondo del estómago, y lo han hecho en este pasillo en penumbra. Mi madre está en el salón, abducida por la televisión, imbuida de la paz catódica. Yo soy como ella, soy una copia suya más articulada, más hábil. Sé esparcir mentiras como si fueran migas de verdad.

—Yo estoy contenta, papá, es todo lo que quiero.

—¿Y el otro?

Por un instante pienso que a este hombre honesto, que ha sido capaz de hacer de tripas corazón en la niebla que inunda esta casa, le habría gustado Diego.

Ni tan siquiera me ruborizo, estiro los labios. Soy yo quien lo niego, quien no da a Diego la menor posibilidad.

—Ése otro no existe, papá, no es nadie.

Asiente.

—¡De acuerdo, pues seguiremos dejando que suban cazuelas! —sonríe, masculla. Es tímido, ha asumido un riesgo. Me ha lanzado una cuerda y yo la he dejado caer.

Se aleja encogiéndose de hombros. Me cree porque soy su hija. Me cree aunque no del todo. Cree en el plan que ha trazado mi cabeza, en las casillas que he abierto y cerrado, apuesta por ese riesgo, por esa partida de ajedrez. No se mete en mis bragas, a duras penas debe de haberse metido en las de mi madre. Para él las mujeres son pequeños ogros, exquisiteces para paladares más intrépidos. Respeta el pensamiento, la frente: me besa allí. En cuanto a lo demás, nada sabe, no tiene que ver con él; quizá lo intuye, y por eso tiembla.

Y al día siguiente lo entiendo. Entiendo por qué lo sé y mientras lo sé camino hacia una farmacia, con paso frenético, como un perro huido de la perrera. Compro el test. Ni siquiera sé qué pedir, no me viene la palabra a la boca, digo «esa cosa… la cosa para el embarazo». La mujer quiere envolverla, le pone cinta adhesiva. El tiempo que tiene el paquete entre las manos se me hace eterno.

Entro en una cafetería. Es la una, el suelo está grasiento, hay mucha gente, bandejas que bailan por las escaleras, empujones, apesta a carne, a fritura. Hay cola en el lavabo. Me quedo allí, con las chicas que aprovechan para maquillarse, que parlotean. Estoy sola, el pecho hinchado, haciendo cola para entrar al baño. Al final me llega el turno, olor de orina caliente, agua que corre al otro lado de la pared. Leo el folleto de las instrucciones, mojo demasiado el bastoncillo, cierro el tapón. Espero.

Lo supe mientras tenía la espalda apoyada en una puerta mugrienta, llena de declaraciones de amor y de guarradas, con un pie en la taza, la mirada clavada en el bastoncillo. Al principio salió una raya azul claro,

luego otra más fuerte. Me guardé el bastoncillo en el bolsillo del abrigo. Salí de la cafetería y eché a caminar hasta llegar al Ara Pacis para mirarlo otra vez. La línea seguía allí, azul como el mar.

Me llamó Diego. El timbrazo bajo, nocturno, del teléfono, justo en el momento en que pensaba hacerlo yo. Nos dijimos poco, llovía en Génova. El murmullo de la lluvia se colaba entre las palabras. Le dije que cuando estuviera casada ya no podría llamarme. Me replicó que lo sabía, que por eso aprovechaba los últimos días. Luego le pregunté si era cierto.

—¿El qué?

—Que llegas a Roma dentro de pocas horas…

No me dejó acabar la frase. Creo que se puso a gritar, a dar saltos… No sabía qué estaba haciendo exactamente.

Iría a la estación para coger el primer tren nocturno. Además, tenía un regalo para mí. «¿Qué regalo?». «Ya lo verás». Me dijo que iba a desnudarme y a lamerme de la cabeza a los pies. Hasta que se le cayera la lengua a pedazos.

Pero las cosas no fueron así. Fueron como tenían que ir. Esa misma noche perdí el bebé concebido hacía tan poco. Físicamente no fue nada: dormía y no me desperté hasta el día siguiente. Por la mañana vi la sangre; me lavé y me quedé petrificada ante el espejo. No estaba dispuesta a sufrir, ni siquiera esa mañana. Salí enseguida; no había necesidad de hacerlo pero, aun así, fui al hospital. La ginecóloga era una mujer mayor, me visitó, dijo que no había ningún problema, que no necesitaba ningún tratamiento, que a menudo ni tan siquiera éramos conscientes de ese tipo de embarazos, que el cuerpo les ponía fin de forma casi inmediata. «Son óvulos ciegos —dijo—, cámaras gestacionales con un embrión débil». Le di las gracias, nos estrechamos la mano, quizá más de lo necesario, quería seguir preguntando pero no sabía qué.

Montada en la moto cerré los ojos, estaba en un semáforo. Me vinieron a la mente los huevos que mi madre me hacía pintar por Pascua; los vaciaba con una jeringuilla para que no olieran mal.

Diego iba a llegar dentro de nada a la estación. Me paré a desayunar en un bar. Comí un cruasán, de aquellos grandes, que parecen enormes orejas. La mermelada, como si fuese cera. No me encontraba mal, la visita médica y el tono sereno de la ginecóloga me habían permitido recuperar la estabilidad. Pensé, incluso, que ya estaba bien así. Iba a desprenderme de los últimos restos de aquel muchacho que albergaba en mi interior. Aquella historia no resultaba creíble, estaba hecha de golpes bajos, de efectos, de sablazos, como en el teatro de marionetas.

Lo vi llegar. Asomaba la cabeza por la ventanilla, la melena al viento como una bandera desgarrada. Era el primero de la fila, listo para saltar al andén. Me buscaba como un soldado que vuelve de la guerra. Bajó dando saltos con sus piernas delgadas. ¿Cómo iba vestido? Con una extraña cazadora de piloto y pantalones rojos, de pitillo, que le hacían las piernas aún más flacas. Parecía más joven de lo que era, aparentaba unos dieciséis años. Parecía un chiquillo de los que van a los partidos de fútbol, a las manifestaciones. Lo observaba desde el otro andén, escondida tras una columna grande y cuadrada con los asientos de mármol. Tenía ganas de saltarle al cuello, como una adolescente. Sin embargo, aguardaba como una salamandra. A veces una es más vieja a los treinta años que a los cincuenta.

Estaba allí, el muy tonto, mirando a su alrededor con la boca abierta. Ya no quedaba gente en el andén y él seguía allí. Iba a marcharme, eso es lo que iba a hacer. ¿Pero apestaba a tren o aún olía a él? Me quedé para espiarlo. Era un juego triste, de los que se ven en esas películas de arte y ensayo, llenas de estaciones y miradas azules, donde los protagonistas se buscan y no se encuentran porque el director es un miserable hijo de puta y lo único que pretende desde el principio es dejarte la boca seca, sin los besos de los finales americanos.

«Ahora voy», me decía. Pero no me movía. Me quedaba sentada en el banco a los pies de la columna. Diego caminaba arriba y abajo, miraba en todas las direcciones, como si yo fuera a aparecer por detrás de un momento a otro. Observaba a la gente que se movía en el gran vestíbulo al fondo, pero no se alejaba de la vía. Yo sabía qué pensaba, podía prever sus movimientos. Tenía una bolsa de piel colgada en bandolera y una silla en la

mano. Una sillita de plástico verde. ¿Para qué la querría? De vez en cuando daba un salto para recuperar el brío y la elasticidad de las piernas. Mientras tanto, el andén se había vuelto a llenar de gente de otro tren.

Lo vi subir; «se va», pensé. Pero no; solo estaba ayudando a una señora a bajar su equipaje. Era una mujer gorda vestida con ropa clara. Debía de ser una de esas americanas que viajan cargadas de equipaje y que esperan la ayuda de un maletero, gente de otra época. Diego le explicó algo con un mapa en la mano. Luego el andén se vació de nuevo, lívido y vacío. El cielo empezaba a oscurecer, quizá había traído la lluvia de Génova con él, durante la noche, hacia el sur. Se estiró en un banco de mármol, con la bolsa a modo de almohada, y la silla encima. La levantaba en el aire, la miraba, y la soltaba.

Me acerqué a él.

—Eh…

Se pone en pie de un salto impetuoso. Ni una palabra por el retraso clamoroso. Me coge de la mano, me mira un instante y me aparta un mechón de la mejilla.

—Qué guapa eres… Te recordaba guapa, pero no tanto. ¿Qué has comido, cachos de paraíso?

¿Cómo se le ocurren estas frases? Se pone a dar saltos a mi alrededor.

—¿Y yo cómo estoy?

Lleva esos pantalones ceñidos de torero y sigue teniendo un cuerpo enjuto y vigoroso.

—Estás bien.

—He adelgazado un poco.

Me da la silla.

—Toma.

—¿Qué es?

—Es el regalo. ¿No te gusta?

—Sí…

—Es mi silla de niño. Es lo único que no rompí, porque está hecha de un plástico muy fuerte. Quería regalártela.

Se sienta allí, en medio de la estación.

—Aún quepo, ¿ves? Tengo el culo igual.

Se acerca, me busca la mirada… Abre la boca para besarme, me aparto un poco y le ofrezco una mejilla. Me pone la mano en el mentón y me alza la cabeza.

—Bueno, ¿cómo estás?

—Bien, más o menos.

Está demasiado cerca de mí, siento el olor de su respiración, de su amor sin reparos. Estamos al aire libre, en el marasmo de la Stazione Termini.

—Ven, vamos.

Camino delante de él, sin darle la mano.

Diego carga con la silla. Qué idea tan estúpida, traer una silla.

Tengo la moto aparcada en la parte de via Marsala. Frente a nosotros está el cartel de una de las muchas pensiones sin estrellas de la Stazione Termini. Me tira de un brazo y me dice que le gustaría subir a una de esas habitaciones. Le digo que están sucias y destartaladas, llenas de extranjeros pobres y parejas miserables.

Él dice que le encanta hacer el amor en sitios escuálidos.

—Tengo el período.

—No me lo puedo creer, me llamas después de todo este tiempo y… Menuda suerte la mía. —Pone cara de desvalido—. Si es por mí, no hay problema, llevo pantalones rojos.

Le doy un bofetón en toda la cara.

Se ríe:

—¿Te has vuelto loca?

Con un golpe de cadera bajo la moto del caballete, él se monta detrás, con las piernas largas dobladas. Sus rodillas son todo huesos. Me agarra por la cintura, me hace cosquillas. Le digo que así nos caeremos, que tendremos un accidente. Él me suelta que conduzco fatal, que siempre freno. En los semáforos me besa el cuello, las orejas. Parecemos dos adolescentes.

Luego, sentados en un bar, se lo digo. Le cuento lo de la prueba de embarazo en la cafetería y lo demás. Estoy tranquila, llevo puestas las gafas de sol, sigo con la mirada a alguien que pasa a nuestro lado. Diego no habla, ha pedido una cerveza pero aún no la ha probado.

—¿Estás disgustado?

Asiente, sonríe pero adopta una expresión triste con la boca, como un anzuelo oxidado. Se bebe la cerveza en silencio.

—¿Y tú?

Me encojo de hombros. No he tenido tiempo de disgustarme, todo ha sucedido demasiado rápido. Le digo que era un óvulo vacío, ciego.

Me dice que su abuela era ciega.

—Era doce años mayor que mi abuelo. Él la veía pasar en bicicleta, un día se cayó al agua, no había visto el mar, y el abuelo las salvó a ella y la bicicleta. Estuvieron juntos toda la vida. El abuelo ha muerto, pero la abuela aún vive. No se deja ayudar; puede cocinar, hacerlo todo. Cuando voy a verla me prepara la pasta y pone mejor la olla al fuego que yo, que sí veo…

—¿Qué tiene que ver tu abuela con esto?

—Nada, era para decirte que los amores que parecen absurdos a veces son los mejores… Para decirte que solo tengo cinco años menos que tú, que soy de fiar como mi abuelo… Que moriré antes que tú porque las mujeres vivís más tiempo… Era para decirte que no te casaras. Para que me eligieras a mí. Soy tu óvulo ciego.

Tiene puro cielo en los ojos, hace ese gesto tan suyo, se lleva una mano a la nuca y espera, y es un gesto de abandono, tal vez de derrota, es como si se apoyara con todo el peso del cuerpo en el cuello… Es el mismo gesto que le vi hacer la primera vez, cuando se volvió hacia mí en aquel local, se llevó la mano a la nuca y se quedó así, inerte. Es ese gesto que un día echaré de menos hasta morir.

Le digo que es la última vez que nos vemos, y que cuando me haya casado no podrá llamarme más.

Me preguntó si podía fotografiarme. Me paré en la escalinata de San Crispino y lo dejé hacer; había palomas en el suelo, dispuestas a mi alrededor como pequeños sepultureros, y las ahuyenté con las manos. Luego dimos una vuelta, comimos una porción de pizza, miramos un escaparate lleno de objetivos, me topé con una amiga y la saludé sin pararme. Ya se ponía el sol. Por un instante, los adoquines del centro se tiñeron de un azul violáceo, hasta que la oscuridad se esparció por los

callejones como el humo. Lo acompañé a la estación. Condujo él, entre las luces que se encendían. Se puso a correr como un loco. Me dijo que siempre conducía así, que para él era lo normal porque tenía mucha práctica, que había tenido muchas motos, que cuando era un chaval vivía con las manos negras por culpa del aceite y de las piezas de recambio. Ahora tenía una moto mítica. La próxima vez vendría a verme con ella.

No habrá una próxima vez. Caminamos hacia el andén. Quiere un beso y se lo doy. Es un beso extraño que ya sabe a tren, a ese viaje que hará solo, con sus pantalones rojos, las rodillas delgadas, su bufanda de aficionado del Génova… Apoyará la cabeza contra la ventanilla, irá al baño, regresará a su asiento. Se hará oscuro como boca de lobo y cogerá su bolsa y bajará en Brignole, y se dirigirá hacia el puerto, hacia las callejuelas, hacia su pequeña habitación oscura. Revelará la foto en la que ahuyento a las palomas con la mano, del mismo modo en que lo he ahuyentado a él.

Basta, sigamos. La vida tiene prisa. Una última cosa, sí. Antes de que se cierre la puerta del tren, agarrada a la manija, encaramada al escalón de hierro, le digo:

—Ve con cuidado y no hagas tonterías.

Parece un niño que se va de campamento.

Me caso. Camino hacia el altar, hacia Fabio, que se ha vuelto para mirarme. Lleva un chaqué gris, tornasolado, con las dos colas y la pechera almidonada. En el oscuro escenario de la iglesia parece una paloma grande. Ahí están el altar, el cura amigo, la alfombra roja, los adornos blancos de rosas y calas. Ahí, el brazo de mi padre. Rígido, tieso. Parece un brazo de madera sostenido por un hilo. No está acostumbrado a ser el centro de atención. Avanza lentamente, no sabe si saludar a la gente o mirar adelante, opta una solución intermedia y saluda con los ojos. Tiembla. Cuando dentro de veinte años su ataúd pase por el mismo pasillo, entre los mismos bancos, se encontrará más a gusto y echaré de menos este día demencial solo por él, por su brazo de madera que me acompañaba como si fuera un cristal en la espesura de mi neblina. Si le hubiera dicho «vámonos», si me hubiera

acercado a su oído para susurrárselo, no se habría inmutado. Se le habría relajado el brazo, se habría vuelto de carne, me habría cogido de la mano, yo me habría quitado los zapatos de tacón y habríamos huido por el portal, dejando atrás a aquellos pasmarotes acartonados. A mi padre le gustaba un pequeño restaurante en San Giovanni, spaguetti con queso y mucha pimienta. Habríamos huido de la iglesia, para zampárnoslos con un cuarto de vino tinto. ¡Le habría encantado! El banquete a tomar por saco, yo con el vestido de novia arrugado, sentada en una de esas sillas de paja, y él con los ojos chispeantes, la mirada desorbitada como la mía. Pero no vale la pena seguir por ahí. Porque no pasó eso. Mi padre se sentó en el banco, y mi madre se apartó un poco para dejarle sitio. Él tosió. Mi madre: el rostro impasible, los zapatos demasiado estrechos. Mi suegra: un pájaro como el hijo, vestido de seda de color gaviota, pelo cenizo, pecas y evanescencia. Mi suegro, el ingeniero: canoso, robusto, elegantísimo, harto de estar en la iglesia.

Así me casé con mi marido. Leí los votos. Nos intercambiamos las alianzas sin que se nos cayeran. Nos lanzaron una tromba de arroz. Un fotógrafo de tres al cuarto hizo las fotos. Pasamos entre las mesas de los invitados distribuyendo las tonterías de rigor. Se oyeron los típicos cantos y bromas. Reí todo el rato, incluso cuando fui al baño para refrescarme un poco y me quedé sola; sin un asomo de pena. El corpiño me sentaba bien, parecía un pétalo rígido, una pequeña coraza. Los mayores se fueron y nos quedamos los jóvenes, los amigos. Bailamos descalzos en la hierba, Fabio con el pecho descubierto, solo con los pantalones y el sombrero de copa. Era un rock and roll, me estiraba como un muelle, fuera de sí, borracho.

Nos fuimos a casa. Paredes blancas, parquet, poquísimos muebles, una cama natural que olía a alpiste, una nevera demasiado grande.

Escenas de matrimonio.

Fabio regresa del estudio, oigo las llaves, oigo sus gestos. Estoy en el sofá y no me levanto. Lo saludo desde allí.

—¿Qué tal?

Pasa junto a mí sin volverse.

—Tengo que ir al baño.

Fabio frente al televisor, su rostro blanqueado en la oscuridad. Fabio abre la nevera:

—¿Qué comemos?

Fabio, frente a la ventana de noche, mira la calle. Fabio en el cine con las gafas, la boca cerrada, el aliento que le cambia un poco cuando la abre, se parece al de su padre. La ropa de Fabio a través del cristal de la lavadora; ha ido a correr, se está duchando, sale desnudo, moja el suelo de madera, miro el charco y miro su piel clara.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada.

Cenando en casa de sus padres. La mesa oval barnizada, las cortinas largas, venecianas. Fabio lleva una corbata de lana azul, habla con el padre. Cálculos para el proyecto de un vertedero. La madre ha hecho galantina de pollo, sonrío a la filipina que recoge los platos.

Cenando en casa de mis padres. Mi padre no habla, mi madre no para quieta. Cuando estamos en la puerta le digo que me dé la bolsa de la basura. En el ascensor Fabio se queja de la peste, dice que hago gestos absurdos, que no lo respeto.

—¿Me lo dices por una bolsa de la basura? —replico mientras acciono la palanca que abre el contenedor.

—No solo por esto… Es por todo.

Le digo que no tengo ganas de discutir, que estoy cansada, que me he pasado el día trabajando.

—He estado en la universidad hasta tarde.

—Eso no es un trabajo.

—¿Entonces qué es?

—No te pagan por esto.

No hacemos el amor, estamos uno junto al otro en la cama y hablamos, de nuestros amigos, de las lámparas que aún faltan, de un puente de tres días en que iremos a la playa, a aquella casa de turismo rural de Argentario.

No puedo decir que fuera un matrimonio infeliz; fue como deslizarnos dentre de una de esas tiendas de diseño y luego sentarnos en los sofás, mirar las cocinas nuevas sin enchufes, y quedarnos allí para probar las sillas, para tumbarnos en las camas. Y así seguimos, sin sábanas sucias, sin cosas rotas, gastadas, sin arañazos en el parquet, sin peleas. Fue lo que yo había decidido hacer para obedecer a una sorda voluntad. Quería cumplir con la promesa aunque solo fuera por unos cuantos días.

Fabio regresa por la noche y se sienta junto a mí en el sofá, a veces me coge la mano, a veces está cansado y se reserva las manos, poniéndolas una sobre otra sobre la pernera del pantalón. No sé qué piensa, no me lo pregunto. No me disgusta aislarme entre aquellas paredes, en aquella casa de diseño. No nos falta de nada, somos jóvenes, incluso guapos. La ducha con mampara es la más cara que había, una sola lámina de cristal curva. Caminamos descalzos por el parquet de madera, como en los anuncios. Somos una pareja joven, no tenemos problemas de horario o de otro tipo. La nevera está a menudo vacía. De vez en cuando llenamos un carrito en el supermercado. Fabio no se queja, come lo que encuentra. El sábado cocina él, se pone un delantal blanco, largo, de cocinero profesional, que se hizo regalar en un hotel. A menudo tenemos invitados, nos gusta organizar cenas para los amigos. Abrir el vino, encender las velas.

¿Echo de menos al chico de los callejones? No lo pienso. No hay sitio para él en esta casa blanca. Sé que se fue. Al final hizo acopio de valor y se fue a aquella región roja en los confines del Amazonas. Era lo que quería hacer desde siempre, la mochila llena de carretes, la máquina fotográfica al cuello, autostop, trenes apestosos, camiones cargados de hojas y de niños a los que retratar. Ya está bien así. Cada uno en su retal de mundo, en su trapo de vida. En la universidad no me pagan, no gano ni un centavo. Creo que voy a irme, estoy harta de aquel olor. No me han renovado la beca de investigación, Andric ya no me interesa, ha pasado como todo lo demás.

Estamos frente a la nevera, Fabio y yo.

—¿Qué te pasa?

—No estoy contenta conmigo misma.

—Tú nunca estás contenta contigo misma.

Me caigo con la moto, derrapo bajo la lluvia. No me hago daño, pero me quedo allí aturdida, incapaz de moverme, de apartarme de los coches. Un chico me ayuda. Aún va al instituto. Lleva un pañuelo en el cuello y tiene la cara mojada.

—Gracias.

—De nada, señora.

Soy una señora. Soy una pobre señora. Arrastro la moto bajo la lluvia. Entro en un bar y me tomo una cerveza. Una cerveza, sola y a las cuatro de la tarde. Me voy a casa de mis padres, me seco el pelo, me hago una cola y me pongo los vaqueros y un jersey viejo de la época del instituto.

Mi padre me ve en el pasillo y se fija en mi cara pálida.

—¿Cómo, a estas horas?

He vuelto a coger la silla verde de plástico. Ahora quepo mejor porque he adelgazado. Me siento en el balcón. Se convierte en una costumbre, estar allí fuera, apretujada en la silla, con las rodillas cerca de la boca y las mangas del jersey estiradas para taparme las manos cuando hace frío. Se ve un tramo de la ribera; observo las gaviotas que regresan del mar, la gente que corre. Vuelvo a fumar, lo había dejado hacía un tiempo y ahora he vuelto a hacerlo. Ya no voy a la universidad.

—¿Qué haces? —me pregunta mi madre.

—Una mierda.

Fabio es socio de un club, de noche organizan partidos de fútbol sala. Lo acompaño. Me quedo allí, pegada a la barra, fumando. El grupo de mujeres anima a los maridos, los tacones de aguja metidos en las ranuras. Los faros enfocados hacia el campo iluminan a esa manada de estúpidos sudados y en pantalón corto.

—No vendré más, hay mucha humedad.

Fabio asiente, mientras llena la bolsa. Me enseña las botas que se ha comprado, carísimas, llenas de burbujas de goma transparente para amortiguar los golpes. Ahora está obsesionado con el deporte, le gusta

sentirse bien, tener un cuerpo en condiciones. Yo fumo, respiro peor que él y, sin embargo, no me dice nada, tan solo me pide que no fume en casa.

Una tarde, cuando ya anochece, entro en Ricordi y me pongo los auriculares, sentada entre los demás chicos. Compro algún casete… Compro también nuestra canción… «You never smile, girl, you never speak…». La escucho mientras voy en moto, deambulando por el centro. Ahora corro, como corría él. Las lágrimas se deslizan por la piel que azota el viento, me emociono, como cuando tenía catorce años. Soy una pobre imbécil. Me detengo en la plaza Farnese. Ha caído la noche, ya se han ido hasta los yonquis. Me tumbo sobre el mármol y fumo un cigarrillo. Me gusta meterme el humo bien adentro. Tiene el gusto de algo que echo en falta, que me llena el cuerpo.

Me quedo a menudo en casa de mis padres.

—Está más cerca de la universidad —le he dicho a Fabio. No le he contado que ya no voy a la universidad. Tengo las llaves de casa, mis padres duermen. Se han dado cuenta de que hay algo que no marcha bien, pero no preguntan, hacen como si no pasara nada.

—¿Qué, cenas aquí?

Mi madre fríe las albóndigas que me gustan. Papá abre el vino, hablamos de política, de Reagan y de la Thatcher, de nuestro pentapartito. Papá dice que estoy convirtiéndome en una mente subversiva, no le disgusta, me pide un cigarrillo. De modo que él también vuelve a fumar, mi madre no se queja, fumamos donde nos da la gana.

De noche pongo la música baja y apago las luces. Bailo frente a la puerta del armario abierto, frente al espejo en el que se reflejan los haces de luz que se cuelan por las persianas. Me miro el pecho y la barriga. Las ascuas del cigarrillo en la oscuridad son una antorcha mojada. Estoy en mi habitación. Aquí he llorado, he estudiado, he escuchado la radio. Aún están mis pósters, mis libros, mis antiguos vestidos metidos en la funda de celofán de la tintorería. Está el casco blanco de cuando iba a esgrima… El poncho con los flecos desgastados que me dedicaba a chupar en el autobús de camino al instituto. Está mi vida hasta los treinta años. La miro. Miro lo que me esperaba a cada paso. He estado sola, rehén de mi voluntad, y bien

mirado, nunca a la altura de nada. Bailo en la oscuridad. Me duele mi ser incompleto, me duelen las ilusiones.

—He encontrado trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Hago cócteles en un bar, de noche. Me gusta. Aprendo rápido.

Mi marido niega con la cabeza, me mira de un modo diferente, ahora se divierte conmigo, dice que estoy loca. Le respondo que soy joven, que no tenemos hijos y puedo permitirme tener un trabajo extravagante. Una noche viene a tomar algo al bar, que está en Testaccio. No está solo, ha venido con un par de amigos con los que juega a fútbol, un abogado y otro ingeniero como él. Me mira mientras paso entre las mesas con la minifalda y el delantal negro. Yo solo lo miro una vez, siempre tengo la bandeja llena: veo una cabeza rubia, borrosa en medio de aquel jaleo. No soporta ni el ruido ni el humo, pero se queda hasta que cerramos. Me hace subir al coche. Se detiene en el Janículo y se me tira encima. Balbucea que le gusto, que tenemos que volver a comportarnos como novios… Dice que esa noche no le he parecido su mujer, sino otra… Sus amigos me han mirado de un modo extraño y se ha puesto celoso. No le gusta que ya no hagamos el amor… Pero ahora lo noto flojo, está borracho.

Le digo que no le quiero.

—Y tú tampoco me quieres.

Le digo que nos hemos equivocado al casarnos. Fabio se pone a mear, oigo la orina al caer sobre la hierba, dice que exagero, que soy demasiado dramática, que no resulta fácil estar a mi lado.

Esa noche llamó Gojko.

—Eh, preciosa…

Echaba de menos su pelo sucio, su voz.

—No has venido a Italia…

—Sí, estuve en Génova, en casa de Diego, casi un mes.

—¿Y no me llamaste?

—Diego me dijo que eras una mujer casada y que no tenías ganas de oír a viejos pretendientes.

—Vete a tomar por culo.

—Estuvo muy mal.

—Lo sé.

—No fue fácil sacarlo del agujero. Tuve que echarle una mano… Nos metimos unas cuantas botellas entre pecho y espalda.

—Ah, muy bien…

Me cuenta que ha descubierto el limoncello, que está buenísimo, dice que Diego se ha ido.

—Lo sé.

—Vamos a bautizar a Sebina la próxima semana.

—¿Tan tarde?

—Hemos esperado por el luto de mi padre.

—¿Cómo está Mirna?

—Bien, no le subió la leche, así que mi hermana toma biberones.

Sonrío.

—Dale un beso muy grande.

—¿Quieres ser la madrina?

Insiste, me llama la noche siguiente. Mirna se pondría muy contenta, se acuerda de la crema que le puse en las piernas. Insiste, dice que solo vi nieve y que ahora las colinas están verdes, que el aroma del brezo y de los ciclámenes inunda las hendiduras del terreno, se desliza por las callejuelas de Bascarsija.

Entro en una joyería y compro una cadena con una cruz para Sebina. Fabio no dice nada, solo que no puede acompañarme al aeropuerto; le han parado unas obras porque mientras excavaban han encontrado los típicas ruinas romanas.

Ahí estamos de nuevo. Sentados al aire libre, en una mesa en la que saltan las palomas. Gojko bebe sus Sarajevsko pivo, y yo una *bosanska kafa* con

su espeso poso. Le he llevado un cartón de Marlboro y dos botellas de limoncello industrial. Él me ofrece uno de sus infames Drina.

—Me alegro de que hayas vuelto a fumar…

Me mira. Se da cuenta de que me he cortado el pelo. Dice que parezco más joven, que el matrimonio me sienta bien. Me pregunta por la universidad y le digo que estoy trabajando de camarera en un bar.

—¿Te dan buenas propinas?

—No.

—Tienes que aprender a menear las caderas.

Se levanta para enseñarme cómo se hace. Se sienta y me lee uno de sus poemas.

¿Por qué tu cuerpo ya no flota sobre el mío?
Como la barcaza que vimos en el Neretva
la niebla rosa como tu pecho
mis piernas intrépidas como el agua desbordada.
Vino el sol abrasador que secó hasta el barro,
tú, como una vaca perezosa, restregabas la lengua
por los agujeros donde gemían los mosquitos.
Me abandoné como un cadáver
y permanecí a la espera de tu boca
sobre mis huesos.

—¿Te has enamorado?

—Me ha dejado. Para casarse con otro —ríe.

Lloro, le digo que mi matrimonio es una farsa, que yo también gimo como un mosquito. Me pregunta si estoy enamorada de Diego y le digo que no.

—Bien, pues tengo alguna esperanza…

Sarajevo había puesto punto y final a las olimpiadas. Habían desaparecido las banderas, los grandes carteles publicitarios destinados a los extranjeros.

La ciudad parecía una casa de la que ya se habían marchado los invitados. Era aún más bonita, recogida en su silencio, en su parsimonia.

Al día siguiente me encontré en la catedral del Sagrado Corazón de Jesús para asistir al bautizo, que fue sencillo y conmovedor. El sacerdote dijo unas cuantas palabras intensas, todas dirigidas a los presentes, buscando sus rostros.

Sebina llevaba un gorrito con un gran volante blanco que le rodeaba la cara como una aureola, parecía una pequeña abadesa con las mejillas sonrojadas, los ojos profundos que llegaban de lejos, hundidos en las órbitas.

Querida Sebina, pienso en ti en la luz ámbar de la catedral, en aquel curioso día en que se celebraba el sacramento que te libraba del pecado original de los cristianos, rodeada de tus parientes musulmanes. Tu paz transmitía paz. Pasaba de tu cuerpo a mis brazos. Estabas aureolada del bien, de sabiduría que vuelve a encarnarse. Luego ibas a ser una gran devoradora de pan de pita, ibas a tener un pez llamado *Bijeli*, Blanco, te iba a encantar ver *Los Simpson* en la televisión, ibas a tener los cuadernos más desordenados de tu clase y las piernas más rápidas de tu barrio de Novo Sarajevo.

Siento una presencia a mi lado. Tengo miedo de que se me caiga el bebé por culpa del golpe, me tiemblan las piernas, la sangre se queda abajo, en los pies. No me queda una gota de nada en la cara. No vuelvo la cabeza. Pero sé que está ahí. Ese codo es suyo, ese olor es suyo. Agarro con fuerza a Sebina, pesa poco, pero tengo miedo de verdad de no poder aguantarla. Es él. Ése es su modo de aparecer. Es él porque es un tonto, porque no se le ha pasado por la cabeza que pudiera desmayarme.

Se me acerca al oído y me susurra:

—Soy el padrino.

Ahora lo entiendo todo… El sentido de aquel día y de aquel lugar. La mirada astuta y dócil de Gojko. Luego, cuando le dé un puñetazo suave en la barriga:

—No te imaginas lo mal que lo he pasado por no poder decírtelo —admitirá—, pero es que se lo había prometido.

Me doy cuenta de que era esto lo que esperaba, lo que le pedía a Dios en la iglesia. Se lo pedía a todos los cuerpos que entraban.

Me vuelve la sangre a la cara, por las venas del cuello; puedo girarme y mirarlo… Una mano, un mechón, un pedazo de sus vaqueros.

Pero no es cierto que sea él el padrino. Luego Gojko nos explicará que le habría gustado que los dos hubiéramos bautizado a Sebina, pero que tenían ciertas obligaciones familiares. Y que Diego le había dicho que me eligiera, «así seguro que viene». Él no estaba convencido de que fuera a llegar a tiempo: ha viajado dos días y dos noches, huele a aeropuerto, a esperas.

Así, me acerco a la fuente bautismal junto a otro hombre, un señor con un gran mostacho negro, el hermano de Mirna.

Sin embargo, ese bautizo es el nuestro. Cuando el agua baña el cuerpo de Sebina, alzo la mirada y encuentro la de Diego.

Comemos truchas y *bosanski lonac* sentados al aire libre, frente a un chalet de montaña con un oso gigantesco disecado en la entrada, en la gran mesa donde se celebra el bautizo de Sebina. Hablo, vacío la garganta y el corazón. Nos damos la mano bajo la mesa. Son manos que queman, que vibran. Nuestras manos de nuevo juntas. Diego se sorprende de encontrarme tan entregada. Quizá no me cree. Suda y bebe. No podía imaginar este caldo, esta gallina sin cresta ni garras. Me mira el pelo corto, la cara sin maquillar.

—Has rejuvenecido y yo he envejecido…

Y me enseña una cana entre las patillas que se ha dejado crecer. Tiene poco pelo, está quemado por el sol y ha adelgazado: tal vez sea cierto, parece mayor. Unos cuantos meses de más. Levanta un brazo, acerca la nariz a la axila y se disculpa porque apesta. Se ha limpiado con un poco de agua en el baño de un aeropuerto, pero lleva la misma camiseta desde hace tres días.

—¿Por qué? ¿Dónde estabas?

—En la otra parte del mundo.

Estaba medio sumergido en un gran río pantanoso, arriesgaba las piernas y la vida junto a una plácida colonia de caimanes. Fotografiaba a un

viejo barquero en su barca de bambú en la que se amontonaba una carga de pieles secadas al sol. Estaba bien, empezaba a recuperarse. Incluso había intentado hacer el amor con una chica, una alemana, en un bungalow, bajo unas aspas que espantaban a los mosquitos. Ella se levantó para cerrar la puerta porque tenía miedo de que entraran serpientes. Él se la quedó mirando, y aquellos pocos pasos bastaron para hacerle entender que no lo lograría.

—Mentiroso, ¿y qué le dijiste?

—Que tenía cagalera. Me encerré en el lavabo hasta que se fue.

Ríe. Creía que estaba bien, dice; se levantaba al alba, cuando le daba el sol que asomaba por el altiplano, ya rojo, «como una de esas piruletas llenas de colorantes», cargaba las máquinas, caminaba por el bosque hacia las aldeas de *seringueros*. Y al final empezaba a barruntar la posibilidad de quedarse allí, como un ermitaño, como un monje. Me mira, esboza su sonrisa, sacude el pelo…

—Pero no soy un monje, pequeña…

Cuando le llegó el telegrama de Gojko, metió sus cosas en la mochila y se puso a correr bajo una lluvia torrencial, con el dedo levantado a la espera de que pasara un camión o un coche. Al final lo recogió un jeep de la Polícia Civil y viajó, en manga corta y empapado, a través de la selva sentado en medio de dos desgraciados grandes y de tez oscura, que más que dos ángeles custodios parecían dos diablos. «Si vuelve a Sarajevo —se repetía— significa que también siente cierta nostalgia por nosotros».

Se acerca con la cabeza como un toro, me dice «buh», se me echa encima.

—Dame tus ojos, maldita, no los apartes de aquí… Esta vez te secuestro.

El sufrimiento lo ha hecho más hombre, más intrépido. Un matón que se ha crecido. Me arranca de la silla y me lleva a bailar entre los demás, en el prado. Me abraza como un marido. Tiene los brazos más fuertes. Me coge por el pelo como si fuera una mazorca, me aprieta contra su boca, respira en la mía. Me busca, amenazador, como un caimán en la superficie del agua.

—Mírame.

Lo estoy mirando.

—Te quiero.

Sabe bailar como Dios, en sus brazos soy un guiñapo que se deja llevar. Tiene los hombros rectos de un bailarín de flamenco, la pelvis sinuosa y las piernas desquiciadas, que se quiebran como las de Michael Jackson. ¿A dónde me llevará este loco? ¿A qué infierno? ¿A qué paraíso? Mientras tanto, no quiero separarme de sus labios.

—Será una fiesta, pequeña, cada día una fiesta. Te lo daré todo, te lo juro.

Anochece, el sol se oculta tras la hierba. Sebina tiene el traje arrugado, los volantes deshechos, parece una cabrita manchada de leche. Se ha dormido en mis brazos, suda y me está dejando la camiseta empapada. Huele a bebé, arrebujado en un cielo más grande que el nuestro. Es cola tibia, miel en la esponja de una colmena. Lo intangible se mueve frente a mí, arrastrado por el zumbido de un insecto… La sensación de que la vida seguirá, un anillo dentro de otro anillo.

Diego y Gojko echan un pulso sobre la mesa que se ha vaciado; solo quedan los vasos vacíos y restos de comida que las mujeres se están repartiendo, los envuelven en paños y los guardan en pequeños recipientes de barro rosado.

Sarajevo se extiende al fondo, allí abajo, en su lecho excavado entre los montes. El sol fenece, crepitan los últimos rayos. Parece que la ciudad esté sumergida en el agua. Parece que todo, sus casas, sus minaretes, se haya amontonado allí por casualidad, como por hechizo, traído por un río, y que podría desaparecer de un momento a otro. Como nosotros, como Sebina, como cualquier cosa demasiado viva para durar.

Cogemos una habitación en el Holiday Inn, desierto tras las olimpiadas. Subimos a pie, por los largos rellanos que giran en torno al vestíbulo. La monumental lámpara que cae desde lo alto parece una gran medusa

atrapada en una red. Abajo, los camareros pasan como algas en un mar vacío. La habitación huele a nuevo, a muebles que acaban de salir de fábrica. Hay una gran cama y una gran ventana que da al paseo. Diego dice que tiene que darse una ducha porque apesta como un cerdo. De modo que mientras lo espero, miro el cuadrilátero formado por el Zemaljski Muzej, con su jardín botánico, junto al farallón del flamante parlamento. Me besa por detrás, tiene el pelo empapado, me corre el agua por encima. Hacemos el amor sin apenas movernos, aferrados el uno al otro. Es distinto a la otra vez, somos más tímidos. Hemos sufrido, tenemos miedo. No queremos arriesgar nada. Somos marido y mujer que se reencuentran. Que temen fracasar. Diego ha perdido su viveza. Tiene los ojos cerrados. Me ha echado mucho de menos, demasiado, dice, y ahora está demasiado borracho para ser feliz.

Luego me besa la nuca sudada, me aparta el pelo.

—Es aquí… Es en la nuca donde nace la vida. La nuca es el río, el destino.

—¿Cómo lo sabes?

Dormimos piel con piel. Vistos desde arriba parecemos dos personas que se han caído por un barranco. Nos despertamos al alba porque entra demasiada luz por la ventana. Desayunamos en la habitación. Un camarero llama a la puerta y entra con el carrito. Más tarde la bandeja está en el suelo, junto a las toallas pisoteadas. Volvemos a la cama. Me tumbo boca arriba, mis pechos caen, cada uno hacia un lado. Diego me fotografía la barriga, acerca el objetivo al ombligo. No nos vestimos hasta la tarde. No encuentra los calcetines, los busca por toda la habitación, se inclina bajo la cama y yo hago lo mismo en la parte opuesta. Nos quedamos un rato así, mirándonos allí abajo, a ambos lados de la cama. En el aeropuerto me pregunta:

—¿Qué hago?

—Espérame.

Está alicaído, tiene la bolsa llena de ropa sucia tirada en el suelo y se dedica a juguetear con una hebilla oxidada.

—Esta vez también me dejarás, está escrito.

—¿Dónde está escrito, perdona?

Me deja allí, se va al baño y vuelve al cabo un rato. Se tapa la frente con la mano.

—Aquí es donde está escrito.

Se quita la mano, leo «CAPULLO», escrito con bolígrafo en su frente. Me escupo en el dedo y se lo froto por la piel, que le queda un poco azul.

—Eres un tonto.

—Estoy desesperado.

Vuelvo a casa, Fabio no está a esas horas, lo sé. Recojo mis cosas, las meto en cajas de agua mineral porque no quiero llevarme una maleta de Fabio. Me siento en el sofá, fumo un cigarrillo y miro las noticias. El presentador lleva unas gafas gruesas y tiene la espalda estrecha y cuadrada, parece que el cuello esté embutido en una caja. Lee las noticias. Tras él aparece la Universidad La Sapienza, la imagen de un cuerpo exánime, inerte, en el interior de un coche. Luego el panfleto blanco mecanografiado con la estrella de cinco puntas de las Brigadas Rojas. Luego las cúpulas de la plaza Roja. Cernenko ha muerto hace unos días. En la pantalla pasan las imágenes del nuevo secretario del PCUS. Parece un señor simpático, lleva un abrigo negro que se le abre por delante por culpa del viento y sonríe. Tiene la cara redonda, de panadero, y una mancha en la frente que parece un mapa. Vuelve Fabio y tira la bolsa del gimnasio al suelo. Se sorprende al verme. Hablo con él. No dice nada hasta al cabo de un rato:

—Deja que me organice.

Mira alrededor: la casa es suya, está en orden, evalúa la situación con una mirada… Se resigna a lo sucedido rápidamente, ni siquiera pide demasiado. Pero luego rompe a llorar. Vuelve de la ducha y tiene los ojos hinchados y rojos. Bebe a morro del cartón de leche. Le digo que mire la fecha de caducidad y, acto seguido, escupe en el fregadero. Dice «mierda», está caducada, me mira preocupado y me pregunta si puede hacerle daño. Niego con la cabeza:

—Es como si fuera yogurt.

—Te echaré de menos —añade. Ya no llora. Se ha hecho a la idea.

Me ayuda a bajar la ropa y también los libros. Suda, pasa con dificultades por la puerta del ascensor, mientras bajamos se mira en el espejo los brazos fuertes, moldeados en el gimnasio. Le doy las gracias y lo abrazo. Es como abrazar al portero del edificio, alguien que te saluda cuando entras, que te da el correo.

No he vuelto a pensar en él. Lo vi el verano pasado. Estábamos embarcando para ir a Córcega, yo estaba en la panza de hierro de la nave, impregnada por el hedor a mar y gasolina, encajonada entre los coches ya aparcados. Giuliano se había metido en la hilera más lenta, como siempre, y yo me había puesto de pie; estaba que echaba chispas, aferrada a la puerta abierta para intentar ver los coches del fondo, que se unían a una cola proveniente de otro muelle. Giuliano mantenía la calma, leía el periódico. Habíamos discutido. Pietro, como era habitual en él, se había puesto de parte de Giuliano, y se había quitado los auriculares del iPod para decir «es muy feo pelearse en vacaciones». Al final entré yo el coche en el barco y ellos subieron por la escalerilla de pasajeros. Luego Pietro volvió porque quería su guitarra. Así que ahí estaba yo, sudando, hurgando en el maletero que no se abría del todo. En la fila de al lado estaba Fabio. Bajó de un todoterreno potente, un modelo antiguo bien conservado. Conservaba el pelo rubio, llevaba un chaleco lleno de bolsillos y tenía los brazos de quien nunca ha dejado de hacer deporte. Estábamos cara a cara, era difícil fingir que no lo había visto. Me abrazó, se puso a hablar con su voz potente, que resonaba en aquel garaje marino. Me miró… Me vi reflejada en sus ojos. Yo llevaba una camiseta de tirantes arrugada por culpa de todo el rato que había pasado sentada en el coche, y el pellejo de los brazos era el que era, el que yo había visto tantas veces en el espejo. Me quedé tiesa y bajé los brazos. Pensaba en mi pelo, en las raíces blancas que me asomaban en las sienes, no había ido a la peluquería, no valía la pena, íbamos a la playa y me iba a pasar todo el día con el sombrero de paja puesto. Me sentía incómoda, estaba pálida de tanto despacho y no me había maquillado. En cambio, Fabio estaba moreno,

como un tío de esos que en mayo ya van a la playa. Me habló de su mujer y sus hijos, tres, el menor aún muy pequeño.

—¡Pero ya se sube a la tabla!

Y dio un golpe en el maletero del jeep, donde estaban alineadas, perfectamente encajadas, las tablas de windsurf.

—¿Cómo está tu familia? Tu padre, tu madre…

—Murieron.

Sonrió e hizo un gesto de asentimiento:

—Bueno, claro… Ya somos mayores.

Pero él no había envejecido. Estaba mejor que antes; los años le habían añadido un matiz áspero, un pequeño desorden que mejoraba muy mucho esa cara de alelado que tenía antes.

Le presenté a mi hijo.

—Tiene quince años…

Pietro echó un vistazo al maletero del jeep de Fabio, donde estaban los fusiles submarinos y los trajes de submarinismo. Luego le preguntó qué era aquella bolsa con una especie de pitorro que a mí me parecía una gaita desinflada. Fabio le explicó que era una ducha portátil. Estaba hecha de una piel térmica, especial. Por la mañana se llenaba de agua dulce y luego bastaba con dejarla todo el día al sol, y de noche, tras las inmersiones, cuando salías del agua helada podías darte una ducha caliente en la playa.

—Si no se malgasta, pueden desalarse hasta cuatro personas.

Desalarse… El culo de Fabio subió por la escalerilla delante a mí. El llavero le colgaba del bolsillo. Pietro dijo:

—Qué tío, mamá. Ellos sí que saben divertirse. ¿Has visto qué vacaciones se han montado? Lo bien que se organizan…

Me sentía desanimada, estaba agotada por el calor, las manchas de sudor oscurecían el color de la camiseta en las axilas, y todo el dinero que se había gastado Giuliano no servía de nada, la playa y el hotel no le valían a mi hijo. Como mucho, Giuliano podía poner gusanos en el anzuelo al atardecer. Pero no; Pietro quería hacer surf, pesca submarina, volar sobre el mar con uno de esas peligrosísimas cometas. No le habría importado subirse al jeep de Fabio. Giuliano ya estaba en el autoservicio, había cogido

sitio y llenado las bandejas. Me hacía gestos con la mano. Se le había pasado el enfado. Si comía, era feliz. Tenía miedo de mi reacción, de esas bandejas demasiado llenas.

—Para no hacer la cola dos veces… —se justificó. Me dio un poco de ensaladilla rusa—. Está deliciosa. —La barriga le caía sobre el cinturón, lo que me dio un poco de vergüenza. Fabio se acercó para presentarnos a su mujer, una rubia vieja como yo, pero atlética como él. Vi de reojo que bajo la camiseta escotada asomaban unas tetas demasiado turgentes.

—Ésa se las ha operado —le dije a Giuliano cuando ya estábamos en cubierta. Él señaló una mancha de espuma apenas visible en la noche.

—Mira, son delfines.

Giuliano apoyó una mano en mis hombros y yo me abracé a su cintura, a sus carnes. Estábamos en la cubierta de aquel barco que iba a llevarnos hacia unas vacaciones a medio gas. Mi hijo iba a intentar fastidiárnoslas, se notaba en el ambiente. Pero ahora había ido a dar una vuelta para ver a los demás chicos que había a bordo, por lo que éramos libres y podíamos disfrutar de una paz momentánea. El mar, infinito y negro, reflejaba los haces de la luna. Éramos una pareja de mediana edad, ni feos ni guapos. Simpáticos, eso sí. Si alguien nos hubiera llamado nos habríamos vuelto con una sonrisa, con ganas de compartir. A menudo no somos conscientes de lo que tenemos, no nos mostramos agradecidos con la vida. Le toqué el costado a Giuliano, sentía el olor de su *aftershave*, que me llegaba mezclado con el del mar, y di gracias a la vida por haberme dado a ese buen hombre.

Mi madre me preguntó por los regalos de boda, por puro nerviosismo, creo, lo que fuera con tal de no hablar de cosas que valieran la pena y que la hubieran hecho sufrir.

—Se lo he dejado todo a Fabio —le dije, sin detenerme junto a ella, cerca de su cuerpo inmóvil en el umbral de la puerta. Mi padre ponía cara triste, fingía estar dolido, muy a la altura de las circunstancias. Le parecía que era lo que debía hacer el padre de una hija que se casa con un joven

ingeniero con un montón de contratas públicas, y vuelve a casa al cabo de pocos meses de matrimonio.

—¡¿Pero cómo es posible?! ¿Le has dejado las cazuelas? —Y se le escapaba la risa, mientras mi madre lo fulminaba con la mirada. Yo, mientras tanto, preparaba una pequeña bolsa.

—¿A dónde vas? —me preguntó con curiosidad, fingiendo estar ofendido, el muy granuja.

—Voy a hacer un pequeño viaje.

—¿Con destino a…?

No contesté. Mientras se despedía desde la puerta, me dijo que le trajera pasta de la Liguria y pesto. Sonrió. Lo sabía todo.

Me bajo en Brignole, no hay taxis, así que echo a andar y busco uno entre las luces de los coches. Tengo su dirección pero no sé si estará en casa a estas horas. Es una sorpresa. Cruzo la frontera que separa la ciudad rica de los suburbios. Basta con ir bajando, con seguir el olor del mar. Callejones estrechísimos, persianas cerradas. La calle del puerto es un bordado de luces descoloridas… Yonquis tirados sobre los capós de los coches, olor a garbanzos quemados, a suciedad del mar. Es un edificio de protección oficial construido en un terreno irregular. Un perro ladra encerrado en algún lado. Ha parado de llover, pero la humedad persiste. Una voz femenina, débil y ronca habla por el interfono.

—¿Quién es?

—Soy una amiga de Diego.

La voz calla y una cabeza asoma por el hueco de una persiana levantada en el primer piso. Pelo rubio, bien peinado, una bata que me parece turquesa. La mujer me mira.

—¿Eres la chica de Roma? —grita.

—Sí…

Me abre y me hace entrar. Diego no está pero volverá. Ha ido a hacer unas fotos a un grupo musical de unos amigos, en algún garaje. Es pequeña, enjuta como el hijo, pero tiene los ojos distintos, son de un color azul

celeste, y la misma nariz, acaso algo más larga. Le pido perdón por molestarla a esas horas. «No es ninguna molestia —dice—. Es un placer». Se disculpa por el desorden de la casa, pero a mí me parece que está perfecta. Tiene los muebles lacados de las casas modestas, pero huele bien. Me hace sentar en un salón donde salta a la vista que nunca entra nadie. Quiere darme de comer, de beber. Voy al baño a lavarme las manos y ella me sigue con una toalla limpia. Acepto algo caliente, una manzanilla. Me mira. Me pongo en pie y ella me imita rápidamente. Es como si tuviera miedo de que me fuera. En realidad, me he levantado para darle el obsequio que le traído, un reloj de mesita de noche montado en una máscara de porcelana. Se inclina sobre mí y me besa.

—No tenías que molestarte.

Me besa de nuevo. Siento su cuerpo, que vibra muy cerca del mío.

—Diego me ha hablado tanto de ti…

Tiene un fuerte acento genovés, una leve cantinela. Se llama Rosa.

Ahora se da cuenta de que tengo el pelo empapado. Insiste en que vaya al baño a secármelo y me da otra toalla limpia.

Me acompaña al dormitorio de Diego. Hay un póster del Génova, la cadena de música, la cama hecha por él, con las tablas clavadas, las sábanas son azules y están revueltas. Yo estoy por todas partes, mi ombligo a los pies de la cama, junto a la ventana. En el suelo hay un par de botas tiradas de cualquier manera, la madre se inclina para recoger un trapo, quizá unos calzoncillos.

—No puedo entrar aquí de ninguna de las maneras, no estoy autorizada…

Oigo ruido de llaves, un portazo. Me vuelvo. Nos encontramos en el pasillo. Él se queda inmóvil:

—No…

Se pone de rodillas, a mis pies. Se arrastra como un perro, refriega la cabeza contra el suelo, me besa los zapatos, los vaqueros.

—No puede ser, no puede ser…

De pronto se pone en pie como un resorte, le salto encima y le rodeo la cintura con las rodillas. Me lleva así por toda la casa. La madre se pega

contra la pared, se mete en el baño.

—¡Mamá, esta es mi mujer! ¡Mi mujer! ¡La madre de mis hijos! ¡Éste es mi sueño!

Rosa se seca las lágrimas con la punta de la bata y aplaude. Le digo a Diego que no puede gritar así, que la gente duerme, despertará a todo el edificio. Pero ahora es su madre quien pide a voz en grito que chillemos, porque por regla general son los demás que hacen ruido, «¡y esta noche nos toca a nosotros!». También ella está loca, una familia de chalados.

Comemos algo en la cocina, un poco de fruta y unos cuantos barquillos. Luego nos metemos en la cama de las sábanas azules, de estudiante. Hacemos el amor a la chita callando, como dos adolescentes que no quieren que los oigan los padres. La música se desliza… El equipo y sus lucecitas en la oscuridad. Los reflejos del cielo iluminado se cuelan por la ventana, hay luna llena. Miramos la fotografía ampliada de mi barriga, el ombligo parece un cráter.

—¿Qué hacías con mi barriga?

—Jugaba a los dardos.

Me quedé en aquella casa hasta el final del verano. Cada día decía que tenía que irme, y cada día acababa quedándome. Diego tenía unas costumbres y unos horarios completamente distintos a los míos. Dormía hasta la hora de la comida, iba en calzoncillos a la cocina, abría la nevera, sacaba una de las bandejas de aluminio que la madre traía a casa de la cocina del hospital Gaslini y engullía una lasaña dura, un lenguado caldoso, helado. Estaba acostumbrado a comer así. La madre nunca estaba en casa, tenía pareja, un tipo de otra época, con zapatos de dos colores y fular.

Si hacía sol íbamos a la playa. Él tenía una barquita de velas pequeñas, como dos manteles, amarrada en un club náutico de cuarta categoría. Pasábamos el día fuera hasta la noche, sin comer, con el traje de neopreno empapado. De noche íbamos de un local a otro, en la zona vieja. Estaba eufórico de tenerme en su mundo, me presentó a su estrafalario grupo de amigos, caras jóvenes, ya consumidas; me traducía el dialecto, intentaba

saber si era feliz. Un día me pasó un porro, asqueroso después de ir de boca en boca, y negué con la cabeza, tampoco quería que fumara él. Me llevó al muelle Etiopía, donde había muerto su padre, aplastado por un contenedor. Nos sentamos en un amarradero, frente a un mar oscuro como el celofán.

Me confesó que durante un tiempo se había metido heroína… «unos cuantos picos y ya está, y es que en Génova es difícil no meterse algo», y que había estado en la cárcel junto a los ultras de Marassi.

—¿Te he decepcionado?

—No.

Le digo que no puedo vivir así, a salto de mata, desligada de todo. Cuando me voy, su madre me parece distinta, como si se sintiera derrotada, una lagartija enfermiza.

—Perdóname —dice.

OceanofPDF.com

Esperamos en el vestíbulo

Esperamos en el vestíbulo, Pietro y yo. Llueve. Pietro observa las gotas que se deslizan por las ventanas, su mirada celeste se ha oscurecido junto con el cielo. Lleva una sudadera, se ha puesto la capucha, está allí, desnadejado en un sofá demasiado bajo, tiene las piernas largas, la cabeza hundida entre los hombros. Frente al hotel hay un café internet, quería meterse ahí dentro y ponerse a chatear con sus amigos. Le he dicho que no. De modo que se ha puesto la capucha y se ha quedado ahí, triste, con actitud arrogante, como un futbolista recién expulsado. La chica de los desayunos está pasando el aspirador por la moqueta de las escaleras. El cable demasiado largo se le enreda entre las piernas. Pietro pone una de sus sonrisas y dice:

—Ésa es una inútil total.

A lo que replico:

—Ésa tiene tu edad y ya trabaja.

Entonces se enfurece, empieza a hablar con mucha rapidez, entrecortadamente, dice que él también quería trabajar y que no se lo he permitido. Es cierto, quería repartir folletos de publicidad por los parabrisas de los coches por veinte euros al día. Pero yo no quería que se pasara horas en medio del tráfico, de la suciedad y la contaminación, en compañía de Biffo, un amigo suyo demasiado listo, de los que siempre tienen los ojos vidriosos de fumar marihuana. Podría decirle que no era un trabajo de verdad, sino una especie de acampada, que un trabajo para ser considerado como tal requiere de una verdadera necesidad, y que él, en cambio, ya tiene moto, guitarra, gafas de sol, una cuenta de ahorro en el banco… Pero me callo porque no tengo en absoluto ganas de discutir.

Me levanto, me acerco a la recepción y pido un paraguas. Me dan algo más parecido a una rama, un armatoste amarillo, desvencijado y medio roto. Mientras tanto, la chica que estaba en las escaleras ha acabado tropezando, se ha levantado como si tal cosa y ha mirado alrededor, preocupada por si la hubiera visto alguien. Solo estamos nosotros. Pietro se ha llevado los puños a las sienes y sacude la cabeza oculta en la capucha. Se ríe como un loco, le ha dado hipo y se estremece bajo la sudadera azul. La chica le lanza una mirada seria. Entonces Pietro finge que se encuentra mal, se toca la barriga y hace como si fuera a vomitar. Señala el cenicero lleno de colillas sobre la mesita. La chica se acerca y coge el cenicero. Pietro dice «thank you», intenta contener la risa pero no lo consigue, estalla en carcajadas como un idiota. La muchacha se inclina en una pequeña reverencia, da un leve resoplido y esparce unas cuantas cenizas. Pietro sacude la cabeza, se limpia las cenizas de los tejanos, levanta las manos y se ríe. Pero ahora lo hace con ternura.

—Me rindo.

La chica frunce el rostro, firme y pálido como una patata recién pelada y dice:

—*What*?

Pietro niega con la cabeza, no sabe cómo se traduce «me rindo».

Dice:

—*Sorry*.

La muchacha se va y regresa de inmediato con el cenicero limpio. Se ha ruborizado.

—*You are great* —dice con voz triste mientras se va.

Pietro tose y me mira.

—¿Qué ha dicho, mamá?

—Ya lo sabes, ha dicho que eres *great*, genial.

—¿Me lo juras?

Se envalentona, mira el cuerpo de la pequeña sarajevita que se aleja… se quita la cofia y se ajusta el peinado.

—¿Te gusta?

Se revuelve como una serpiente.

—¡¿Pero es que te has vuelto loca?! Si da pena. A mí me gustan las chicas italianas.

—¿Por qué?

—Porque las entiendo.

Gojko entra y se detiene en la puerta. No lleva paraguas y los hombros de la chaqueta se han teñido de un tono más oscuro por culpa de la lluvia. Sacude la cabeza como un perro. Me busca con la mirada, se acerca y me da un beso. Está empapado y desprende calor, también esta mañana. Exhala un vapor agradable que recuerda al olor del heno bajo la lluvia. Se sienta, pide un café, enciende un cigarrillo y cruza las piernas. Llega tarde porque ha estado en la galería para echar una mano con la exposición fotográfica. Está de muy buen humor, nos pregunta qué tal hemos dormido, si queremos hacer un poco de turismo, seguir con el recorrido triste, el de los lugares de la guerra, está acostumbrado a hacerlo porque es lo que quieren todos los turistas. Podemos ir al cementerio hebreo desde donde disparaban los francotiradores o quedarnos en el centro hasta que inauguren la exposición.

Pietro dice que le da igual. Luego que prefiere quedarse en el centro. Esta mañana he hecho una tontería: cuando todavía me encontraba en un estado de duermevela he estirado una mano hacia Pietro y, por error, lo he llamado Diego, porque la noche anterior me había rondado demasiado ese fantasma genovés.

Pietro se ha apartado de la mano y me ha dicho:

—Mamá…

Yo todavía dormía.

—Oh…

—¿Cómo me has llamado?

—No lo sé… ¿Cómo te he llamado? —Temblaba porque no me había dado cuenta—. Perdóname.

—Estás fatal.

Se ha metido en el baño para alejarse de mí, de mi cuerpo atormentado por el pasado. Luego ha salido y he visto que se inclinaba sobre la cama para ver si eran dos, si se podían separar. Le he dicho:

—Si quieres, cambiamos de habitación y pedimos una con camas individuales… Yo tampoco puedo dormir contigo, te mueves demasiado.

Me han entrado ganas de llorar.

Llueve pero hay mucha gente, muchos jóvenes. Estamos en la avenida que lleva a la madraza, a nuestro alrededor pasan grupos de estudiantes islámicos con las mochilas cargadas como los estudiantes de cualquier otra escuela del mundo. El paraguas del hotel es malísimo, tengo que ir con cuidado para no arrancarle un ojo a alguien. Me paro a comprar uno para Pietro, Gojko no quiere, le estorba. Le digo que a partir de cierta edad no es bueno calarse hasta los huesos, él masculla que a partir de cierta edad nada es bueno y que, por lo tanto, es mejor no pensar en ello. Lo cojo del brazo.

—¿Aún escribes?

Me gustaría escuchar alguno de sus poemas, recitado por él, con esa voz que se embebe de sentimiento, de intenciones. Agacha la cabeza y me dice que, desde hace un tiempo, se dedica a traficar con palabras de noche.

Le pregunto por qué ha esperado tanto.

—Era necesario —responde—. Se necesita un poco de tiempo en blanco entre medias, una gasa… Se necesita que Dios te ayude y que no tenga escrúpulos de tu alma consumida. Se necesita que un día, a escondidas, te ayude a recuperar el equilibrio entre el bien y el mal.

Abre la mano y, no sé por qué, se escupe en la palma.

—Un día pasé junto a un prado rojo de amapolas y, por primera vez, no pensé en sangre, sino que me quedé encandilado por aquella belleza tan frágil. Bastaba mucho menos de un hacha, de un *maljutka*, bastaba un golpe de viento. Ese prado estaba ahí para nosotros, aguardándonos tras esa curva. Un inmenso campo moteado de lenguas rojas, como corazones que han caído del cielo en la hierba. Iba en coche con mi mujer. Nos detuvimos y rompimos a llorar. Primero fui yo, y al cabo de un rato también a ella se le arrasaron los ojos en lágrimas. Fue un llanto que nos vació lentamente, que nos resarció. Y a partir de esa noche empezamos a respirar con el pecho. Ya lográbamos soportarlo. Durante años, nuestra respiración se detenía en la

garganta, no podía ir más allá… Al cabo de dos meses, mi mujer se quedó embarazada.

Nos pusimos a caminar de nuevo. Mi brazo engarzado bajo el suyo hace que me sienta segura. Al cabo de un poco tengo la misma sensación que antaño, en uno de aquellos paseos sin rumbo fijo, cuando nuestras vidas parecían a salvo, al amparo de aquella amistad que nos convertía en seres arrogantes.

La mujer que pasa junto a mí con una bolsa de malla de la compra parece una mujer cualquiera, apurada, preocupada por llegar tarde a casa… Pero tiene el extraño paso de un insecto maltrecho, las caderas, bajo la chaqueta demasiado ligera para esta lluvia, ondean desacompasadamente como dos ruedas distintas montadas en el mismo coche, las piernas se mueven con rigidez como los péndulos de un reloj de pared. Y al cabo de un instante me doy cuenta de que la ciudad está llena de personas así, con alguna esquirla incrustada en los huesos, y que todas son capaces de pasar desapercibidas, de confundirse.

—Es lo primero que aprendimos.

Observo a las personas, calculo qué edad tenían a la sazón. Si ya eran grandes o aún niños, veo lo que les comió la guerra, en las ojeras, en ciertas miradas impasibles como el cristal, en los cigarrillos que tiemblan empapados en los dedos. Lo veo a partir de estos rostros, grises bajo la lluvia, que ahora observo como muertos que surgen del mar.

—Hemos comido demasiado uranio… Demasiados alimentos de aquellas malditas cajas de ayuda humanitaria, restos de la guerra de Corea…

Los niños que veo se salvaron, me digo. No saben, no han visto, por lo tanto no pueden recordar… Sin embargo, no es del todo cierto. También ellos parecen saber, siguen con cautela los pasos de los adultos. Son los niños que nacieron, sobre los cuales se extiende el universo invisible de los otros, de los que no pudieron venir al mundo, atravesar su destino terrestre.

Miro la nuca de Pietro bajo la lluvia. De vez en cuando se detiene frente a los escaparates, no le interesa el producto, sino los precios en marcos convertibles, le interesa traducirlos a euros. Dice que las cosas cuestan «bastante poco…», luego se lo repiensa «pero no poquísimo». Le pregunta a Gojko sobre el sueldo medio. No sabía que mi hijo se preocupara por la economía.

—¿Cuánto gana una chica que trabaja de camarera en un hotel?

—Ciento cincuenta, doscientos euros…

Sonrío. Pietro frunce la nariz, se ha enfadado.

—¿Qué pasa?

El agua gotea de los canalones, de los balcones, de los tejados.

Pasamos por el puente Latino, donde fue asesinado Francisco Fernando.

—Durante un tiempo quitaron la placa conmemorativa porque Princip era serbio, pero ahora la han vuelto a poner para los turistas, pero sin la palabra «héroe».

En la plaza donde se juega a ajedrez, todos los ancianos tienen paraguas. Juegan impasibles bajo el agua que cae, de vez en cuando se inclinan para mover esos caballos grandes, esos grandes soldados de infantería en el tablero dibujado en el adoquinado. Pietro hace algunas fotografías con el móvil. Se muestra incrédulo ante la tenacidad de esos viejos jugadores.

—La mayoría son campesinos, gente que vino luego. La ciudad se volvió más rural. Durante años no reconocía a nadie…

Caminamos un rato más y cesa la lluvia; primero ha reducido la intensidad y luego ya solo corre hacia las alcantarillas. El cielo aún está preñado de nubes, pero de momento calla. Pietro está empapado. Le gusta mojarse, ponerse enfermo. Pasar una noche con fiebre y encontrarse bien al día siguiente. Tiene sed, con todo lo que ha llovido, se detiene frente a un quiosco y se bebe una Coca-Cola helada. Mira al suelo, pregunta qué son esos dibujos hechos con pintura roja en el asfalto.

Son las rosas de Sarajevo, testimonios de la muerte de alguien y del lanzamiento de granadas. Pasamos por encima de la rosa que conmemora la

primera matanza, la de la gente que hacía cola para comprar el pan. Gojko me echa una mirada fugaz, abro la boca y la cierro de inmediato.

Cruzamos la calle, doblamos una esquina, más rosas, más manchas de pintura roja descoloridas por el vaivén de la gente que abarrota el mercado de fruta y verdura.

—En cierto momento empezaron a decir que nos disparábamos nosotros mismos, para llamar la atención de las televisiones, de la opinión pública…

Los puestos están llenos de colores, mucho más ordenados de lo que recordaba… La lista de muertos está al fondo, en un muro de piedra gris, impresiona mucho. Es la lista de los vivos arrancados de la vida, todos en el mismo instante, en el mismo batir de alas del mismo diablo. Y me pregunto dónde está ese diablo, si se ha alejado lo suficiente o aún ronda no muy lejos de aquí.

Hace un segundo Gojko se ha descolgado con un comentario que me ha horrorizado.

—Hay muchos habitantes de Sarajevo que creen que esta guerra no se ha acabado, que tan solo se ha interrumpido.

Subimos las escaleras que llevan a un pequeño restaurante que se encuentra justo sobre el Markale, el mercado cubierto. Es una especie de balcón corrido, con mesas y bancos de madera con vistas al mercado; una tiene la sensación de encontrarse en una estación ferroviaria de principios de siglo. Miro abajo, los quesos en las tinas, blancos como trozos de escayola. Gojko me señala el único puesto que aún vende cerdo, está relegado al fondo, en una zona aislada.

Pietro quiere saber qué tienen los ciudadanos de Sarajevo contra el cerdo. Gojko le explica que ahora casi todos son bosníacos, es decir, bosnios musulmanes, y que los musulmanes no comen cerdo. Pietro dice que eso ya lo sabe, que lo estudió cuando escribió un trabajo sobre las tres religiones monoteístas. Ríe, dice que aquí no parece que sean musulmanes.

—Son demasiado blancos —añade.

Gojko le cuenta que cuando era pequeño celebraba la Navidad en casa como un buen católico, y luego iba a hacer la colecta con sus amiguitos al final del Ramadán.

—Para nosotros era de lo más normal. Ahora tenemos tres lenguas en la escuela, y cuando matriculas a un niño tienes que declarar a qué etnia pertenece…

Pedimos una sopa bosníaca. Tengo antojo de aquella jarra de caldo espeso con las verduras que flotan junto a los trozos de carne. Pietro come *pljeskavica*, lo más parecido a una hamburguesa.

—¿Pero por qué estalló la guerra?

Gojko ríe, con una mirada que parece rozar la locura.

Pone una mano en la cabeza de Pietro.

—¿Sabes qué se necesitaría para responderte? A un gran cómico, a alguien desgraciado y mudo como nosotros, que nunca paramos de reír. Necesitaríamos a Buster Keaton. ¿Has visto *Film*?

Pietro niega con la cabeza, no le gustan las películas en blanco y negro.

Gojko apaga el cigarrillo, lo aplasta con el dedo.

—¿Qué quieres ser de mayor?

—No lo sé… Tal vez músico.

Obviamente, no se atreve a mirarme. Es una vieja historia. Le alquilé un piano y lo tuvimos en casa pudriéndose de asco durante años. Pietro apenas practicaba, decía que no lo necesitaba. De repente, hace dos años, se pasó a la guitarra, lo hizo todo solo, ahora va a un club de jazz, donde le dan clases. Yo me desentiendo a propósito. A la mínima que nota el más leve gesto de presión por mi parte, hace lo que sea con tal de llevarme la contraria.

Hemos vuelto a la calle, la lluvia ha limpiado el asfalto, que resplandece como el hierro.

Pietro camina por delante de nosotros, con su paso indolente, pisa todos los charcos, lo hace a propósito. Me rehúye desde que hemos llegado. Pisa las rosas de las granadas, como si paseara por los adoquines de una calle romana, parece insensible, desquiciado adrede, casi insolente. Son desaires que me hace porque siente que en este viaje hay algo más, una intención que ignora. Me gustaría cogerlo del brazo, apretarlo contra mí, pero no tengo el valor de acercarme a él. Si Pietro tiene que entender algo, seguir

algún rastro como un perro, lo hará solo, no puedo ayudarlo. Por otra parte, se parece a su padre, es un pequeño radar que capta las ondas perdidas.

—Es igual que él, ¿no crees?

Gojko no mira a Pietro, sino a mí.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Sí…

—Se parece a ti… Camina del mismo modo, sonríe como tú, tiene cambios de humor como tú…

Me abraza, me sumerge en su mole. Mi cabello se impregna de su respiración.

—Te has metido dentro de él, Gemma. Siempre has tenido esa capacidad para meterte bajo la piel de los demás… de vencerlos sin hacer nada. ¿Nunca te he dicho lo enamorado que estaba de ti?

—No, nunca me lo has dicho.

—Estabas tan enamorada de él… Estabais tan enamorados.

Entramos en un patio de arcos otomanos bajos que hay junto a la mezquita. La exposición fotográfica se celebra en dos largas salas gemelas con paredes de cristal cortadas por unos marcos de hierro blanco; parece un mirador, un invernadero. Una chica de aspecto delicado y alta como una modelo, con un par de calcetines negros y gruesos que se balancean en sus piernas desnudas, está dando los últimos retoques a sus obras, que penden de unos cables de acero. Se acerca hasta nosotros, le da un puñetazo en el hombro a Gojko, hurga en los bolsillos de su chaqueta para encontrar los cigarrillos, le roba uno, sonríe y le planta un beso en la boca.

Le pregunto si es su mujer. La muchacha se ríe porque, aunque no sabe italiano, ha entendido mi pregunta. Niega con la cabeza. Es una artista bastante conocida, loca como una cabra, audaz como un demonio.

Me detengo para mirar sus fotografías: son imágenes de hombres y mujeres supervivientes del campo de Omarska. Instantáneas de rostros esqueléticos, demacrados por el hambre, por el miedo. Primeros planos de ancianos, tan cercanos que a menudo no se ve el pelo, solo los ojos, los

senderos tortuosos de las arrugas, las bocas consumidas. Ninguno tiene una expresión apacible, todos parecen mirar hacia el mismo punto, a una zona oscura que ignora su historia de seres humanos. Es como si pidieran algo al objetivo que los escruta, una respuesta que nadie ha sabido darles aún.

Las fotografías de Diego se encuentran en la segunda sala. Me siento en una silla para observarlas. La exposición todavía no está abierta al público, una mujer prepara unos aperitivos en una mesa cubierta con un mantel de papel. Son fotografías que conozco, no era necesario que viniera hasta aquí para verlas. Son pocas, ocupan una pequeña pared lateral, oculta tras una columna. Está la mujer que corre para huir de los francotiradores, con el pelo alborotado por el ímpetu, una pierna levantada como un ala rota. Está la bañera entre los escombros con el champú en el borde y un muerto dentro cubierto por la tela verde de los musulmanes. Está la anciana que recoge la ropa de la nieve, los brazos atraviesan el marco de una ventana cerrada, pero sin cristales. Está el gato que duerme en el asiento de un autobús incendiado. Está la silla de niño cargada de bidones de agua arrastrada por Sebina, que sonríe.

Pietro se balancea de un lado a otro, se acerca a las paredes, observa las instantáneas de la exposición. Lo espero. Y poco a poco recupero la paz.

Tengo montones de fotografías de Diego escondidas en casa, en el altillo. Durante una larga temporada me mantuvieron con vida. Esperaba a que Pietro se quedara dormido, me sentía eufórica, nerviosa. Como si tuviera que huir con un amante. No pensaba en ello durante días, meses. Como en el sexo, por el que siempre he mostrado un interés inconstante, formado por ráfagas súbitas y luego nada, el olvido. Al atardecer las puertas de casa me sumían en la tristeza, la del pasillo, la del salón a oscuras. Había barro por todas partes, había cosas que se movían, arrastradas. A menudo Giuliano hacía los turnos de noche en el cuartel y me quedaba a solas. E impelida por la nada, por la oscuridad de aquellas ventanas, por el sueño del niño, me ponía a pensar en Diego con tal insistencia que me sentía mal.

Me encerraba en la habitación y abría las cajas. La luz tenue para ocultar todo lo que me rodeaba. Esparcía las fotografías sobre la cama, la alfombra. Me movía a cuatro patas, a gatas sobre aquel sendero de pedazos

de papel resplandeciente, lloraba, sonreía, babeaba como un perro sobre la tumba de su amo.

Una mañana Giuliano encontró una fotografía que había quedado bajo la colcha, en un pliegue de la almohada. Se había arrugado durante la noche. Intentó alisarla con las manos. Me la devolvió y me dijo: «Toma, cariño, debe de ser tuya… Es muy bonita».

Estaba sentado en la cama, con los hombros caídos, la barriga como una bolsa. Me acerqué, cogí la mano huérfana que tenía sobre la sábana, me la llevé a la cara y lloré en ella. Al cabo de poco me acompañó, con pequeños sollozos solitarios. Pensé que se sentía mucho más solo que yo, que los hombres están más solos que las mujeres, pase lo que pase. Para una pareja, llorar juntos es un pequeño y emblemático acontecimiento… La respiración del otro muere en tu garganta. Es la pena que sientes por el mundo y por ti mismo ahí dentro, un pedazo de carne, una salchicha con vida, algo que vale poco. Tu barriga baila al compás de las lágrimas. Levántate, hombre miserable, desaparece de ahí, tírate en el foso de la casa, o abre la ventana y salta al vacío, pero, si te quedas, di algo que pueda consolarnos.

Giuliano dijo:

—Siento que muriera ese chico, no te imaginas cuánto lo siento…

Sonreí:

—Quizá lo habrías detenido, era uno de aquellos que parece que lo pidan a gritos.

Pietro se acerca, con cautela, como un ratón que merodea la trampa, que tiene hambre pero se está jugando el pellejo.

—¿Son éstas?

—Sí.

Mira las fotografías, deprisa, de abajo arriba y luego, de nuevo, abajo, dos vistazos y ya está.

—¿Te gustan?

—La del gato sí, es fuerte… ¿Estabas con él?

—No, no siempre.

Se sienta a mi lado, no hay más sillas, se apoya en la columna y se sienta sobre los talones, como un pájaro inmenso.

—¿Y yo dónde estaba?

—Todavía no habías nacido…

—¿Y no tenías miedo?

—¿De qué?

—Bueno, ¿no te daba miedo estar embarazada y en una guerra?

Asiento, levanto la cabeza, le digo que tal vez estoy enferma, me ha cogido frío con esa lluvia, tengo los zapatos empapados. Pietro echa un vistazo a los pies y se va. Veo que picotea en las bandejas de comida, coge un canapé, lo engulle y elige otro. Mientras tanto, llega más gente, grupitos de dos y tres personas se detienen frente a las fotografías y hablan con los vasos en la mano. Aquí, en esta esquina, solo estoy yo. Conozco estas fotografías de sobra, pero aun así me causa un cierto efecto verlas expuestas en esta pared.

Observo los detalles, una mano, un pájaro ensucia el cielo, el parachoques de un coche tirado en una esquina. Miro a Sebina, los ojos redondos como botones… Esa boca graciosa, fina en las comisuras e hinchada en el centro, roja como una lengua.

Sonrío porque reconozco muy bien esa expresión, de jefa de una banda, de pequeña tirana de barrio.

«Ven aquí, *Bijeli biber*…».

La llamaba así, «Pimienta blanca»…

Entonces ella se acercaba, con sus ojos hundidos y aquel hoyuelo en el mentón, perfecta como una perla. Yo escondía un caramelo en las manos cerradas y jugábamos. Sebina acertaba siempre.

—*Bijeli biber*, tienes que estudiar, ¿lo entiendes?

Asentía, con ganas de irse corriendo. Yo le decía a Gojko que la vigilara más, que no dejase que pasara demasiadas horas en la calle.

—¿Qué hará Sebina si no estudia?

Gojko disfrutaba de aquella hermana revoltosa como si fuera un regalo, estaba hechizado.

—Será artista, patinadora sobre hielo, sabe caminar por la cuerda floja… y es una mentirosa.

A veces parecía una niña insolente, ni tan siquiera saludaba, se obstinaba en jugar con unas ruidosas canicas que su hermano se había dedicado a importar durante una temporada, pero que no habían alcanzado el éxito de los yoyós. Nadie lograba entender aquellos arrebatos de malhumor. Pero yo sabía hacerla hablar, llegar hasta la raíz de su enfado. Siempre era a causa de la tontería más inimaginable, más absurda… Y sin embargo yo la entendía. De pequeña también había sido una perfeccionista obsesiva, derrotada varias veces al día por mí misma, exactamente como Sebina.

Se convertía en un ser amargado, que incluso resultaba desagradable a la vista. Se quedaba sentada en el muro del patio chupándose los mechones de pelo, respondiendo bruscamente a todo aquel que se le acercara. «Eh, Pimienta Blanca», la abrazaba. Y era como abrazar un orgullo demasiado fuerte, la parte menos atractiva de mí misma. Aquel escollo demasiado duro que impediría que alguien me amara hasta el fondo. Sebina era capaz de alcanzar mi soledad, éramos idénticas. Presuntuosas y estúpidas. Se me agarraba al cuello, la llevaba a casa de su madre, con las piernas colgando mientras la subía por las escaleras. Se había curado, había pasado la oscuridad. Nunca he sido una de esas personas que sienten un especial cariño por los críos, no tengo paciencia, no sé hacer vocecitas. Pero Sebina fue un caso aparte. Fue un regalo que Dios me dio, un adelanto de amor. Veo de nuevo el rellano donde me paraba a respirar entre pisos porque pesaba mucho, el gris del patio en la ventana larga, esmerilada, la luz ya oscura… Y ella agarrada a mi cuello, su respiración, su misterio.

Pietro se ha detenido tras una columna.

—¿Y ésta, mamá?

Es una fotografía en la que no me había fijado, está junto a la salida, encima del paragüero.

—¿Es de Diego?

Respondo que no estoy segura.

—Aparece su nombre ahí debajo.

Es una fotografía granulosa, desenfocada, tal vez un cacho de pared con una mancha oscura, profunda, rodeada de pétalos rojos, desgajados… Una especie de rosa.

—¿Qué es?

—No lo sé.

Le gusta y se la queda mirando.

—No quiere decir nada, pero algo dice…

Le parece la portada de un disco guay.

A mí me parece de una tristeza tangible. Es una extraña imagen material. Me parece que en esta mancha roja hay más guerra que en todas las otras fotografías bélicas.

Estiro la mano para tocarla, para tocar el agujero granuloso del centro. Sacudo la cabeza.

—Creo que no es de papá, se han equivocado.

Diego se presentó en Roma en moto, como era típico en él, al alba, después de recorrer quinientos kilómetros de autopista de noche. Había adelantado a un camión tras otro, montañas de faros, con su cuerpo de mosquito, sin detenerse ni una vez. Llamó al interfono de casa de mis padres, en la mano un ramo de girasoles comprados en una floristería nocturna. Bajé a la calle en camisón, los primeros rayos de sol despuntaban en la oscuridad, las persianas del bar aún estaban cerradas.

—¡Ya me he organizado!

Cojo los girasoles, los sostengo entre los brazos cruzados. Estoy enfadada, confundida. Me he ido de Génova el día antes. Aún no he deshecho las maletas y él ya está aquí, con el pelo aplastado por el casco, las mejillas laceradas por el frío que ha pasado.

—No puedes quedarte en mi casa, lo sabes. Hace pocos meses que me he separado, no puedo traer a otro tío a casa de mis padres…

Mira alrededor.

—¿Y quién es ese otro tío?

Sonríe:

—Tengo alojamiento, sé cuidar de mí mismo.

No le parecía bien dejarme sola en un momento tan delicado de mi vida, dice, con carita de ángel. Le doy una patada, ríe porque soy yo quien se hace daño, llevo chanclas y él, en cambio, lleva las protecciones de cuero rígido, de motorista.

Agita la mano y mira hacia arriba. Alzo la vista y veo a papá apoyado en la barandilla de la terraza, en pijama y fumando. Nos saluda con el cigarrillo en la mano.

Diego le devuelve el saludo con los brazos.

—¡Hola!

—¡Hola!

—Soy yo, Diego.

—Soy Armando, el padre. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Rápido.

Le hago un gesto a mi padre para se vaya y se meta de nuevo en casa. Pero no, baja en pijama con las zapatillas que le regalé por su cumpleaños, tira la colilla hacia el alba y se acerca a nosotros. Se dan la mano. Papá da una vuelta alrededor de la moto.

—Triumph Bonneville Silver Jubilee, gran elección.

Más tarde descubrí que habían hablado por teléfono muchas veces durante mi matrimonio. Habían hablado de mí, de fotografía, de viajes. Se cayeron bien, ahora se miran y salta a la vista que congenian. Que de esta alba nacerá un amor, otro. Quizá es fácil porque la vida tiene grietas. Porque Diego se quedó huérfano de niño y papá nunca ha tenido un hijo varón. Solo ha tenido a ese yerno que nunca le ha llegado al corazón, que se le ha quedado en la garganta como si se le hubiera atragantado algo.

Diego le pregunta si quiere ir a dar una vuelta, probar la moto. Papá está tentado, se ha puesto el abrigo sobre el pijama, empieza a abotonárselo. Lo fulmino con la mirada. Se deja fulminar, dice «no importa», dará la vuelta en otro momento, cuando lleve la ropa adecuada.

El bar está abriendo y papá insiste en invitarnos a desayunar, de modo que cruzamos la calle desierta tras él, que va en pijama y zapatillas. Esperamos a que la cafetera se caliente, a que el chico ponga los cruasanes en las bandejas. Diego come, tiene hambre. Papá solo toma un café y se fuma otro cigarro. Apoyados en una mesa alta, observamos la calle a través del cristal, los primeros movimientos del día. Mi padre dice:

—Qué hermoso…

—¿El qué, papá?

—El nacimiento de algo.

—¿Y dónde está este lugar?

—Abajo, en el río.

Nos perdemos por la parte posterior de un mercado. Diego tiene un pedazo de papel arrugado con la dirección y un manojo de llaves dentro de un sobre, se las ha dado un amigo suyo, un músico. Bajamos los escalones de toba que conducen hasta la orilla, entre manchas de musgo y botellas de acampadas nocturnas. Aquí abajo hace frío, estoy tiritando. El agua del río es amarillenta, rodea vorazmente los pequeños islotes de vegetación que sobresalen del fondo, donde se amontonan los desechos. El caos se ha quedado allí arriba, lejos, en la zona del mercado. Aquí abajo solo se oye el ruido del agua y el chillido oxidado de alguna gaviota. Miro alrededor y no veo nada.

—¿Estás seguro de que es aquí?

—No.

Caminamos a lo largo de la orilla y volvemos atrás. Bajo un puente hay una caja vuelta del revés, un fuego que ya está apagado ha quemado el muro.

—Dios existe.

Me vuelvo. Lo ha leído en el muro, en medio de otras pintadas hay una de color rojo, intenso: DIOS EXISTE.

—¿Crees?

—¿En qué?

—En que Dios existe bajo este puente.

Me encojo de hombros y suspiro:

—Parece un mensaje en código de los delincuentes…

Diego no cree en Dios. En una de sus llamadas nocturnas me soltó un discurso delirante, me habló de una gran energía que aureola el universo, una especie de sombrero fluido, que las almas malvadas jamás alcanzan, ya que son viejas, y están muy sucias por haber realizado demasiados viajes terrenales, mueren casi de inmediato, se convierten en polvo, absorbidas de nuevo por la oscuridad cósmica. Sin embargo, las almas bellas vuelan como un cohete, hacia arriba. Allí se regeneran tras la fatiga de la vida y cuando pueden transmiten pequeños impulsos beneficiosos a la Tierra. Probablemente esa noche se había fumado un porro. En cuanto a mí, soy como la mayoría de la gente, creo en Dios a veces, cuando tengo miedo.

Más allá del puente, la orilla del río parece recuperar cierto orden, hay un centro deportivo, con dos pistas de tenis y una pequeña zona para los niños, desierta, oculta entre las cañas. En el río hay una barcaza amarrada.

—Aquí está.

Es el local de un amigo suyo, alguien a quien ha conocido durante un viaje, está cerrado desde hace unos meses… «Trapicheaba un poco de hachís, mi amigo ha tenido algún jaleo». Dice que cuando llegue el buen tiempo abrirá el local de nuevo, pero ahora estamos a finales de septiembre y se lo deja como picadero, hasta que aguante, hasta que la humedad del río le resulte insoportable. No abro la boca, no me lo puedo creer. La llave sirve para abrir un gran candado oxidado, y tiene que darle un empujón a la puerta de madera para que ceda. Dentro está más oscuro que fuera, los cristales están cubiertos por una capa de polvo, de moho verde. Es una sala que tiene el suelo de linóleo. En el centro hay una barra de bar bajo una gran lámpara en forma de timón, amontonadas al fondo hay varias mesas, bancos y sillas metálicas. Me froto los brazos, ya tengo frío. Diego está entusiasmado, abre el ojo de buey y vemos a dos personas que pasan en canoa por el río.

—¿Pero piensas quedarte aquí de verdad?

—¿No te gusta?

Miro una nevera de bar con la puerta transparente, vacía, y un sofá de cuero sintético lleno de garabatos hechos con bolígrafo. Diego se inclina y lee en voz alta alguna obscenidad. Ríe como un loco.

—Es un lugar alucinante…

Está emocionado, los ojos le brillan en las órbitas como si estuviera poseído.

—¿Te estás drogando otra vez?

No se ofende. Dice que sí, que yo lo coloco, que soy mejor que la heroína porque el efecto no se acaba, permanece en la sangre, y a mí no me pueden cortar con estricnina. Quiere hacer el amor ahora mismo. Le digo que no me toque, que no se me acerque. Ese lugar hace que me sienta débil, no sé dónde meterme, es húmedo, está sucio…

Diego deshace el equipaje: algún libro, el casete y unas cuantas piezas de ropa amontonadas entre las máquinas fotográficas. Tiene un regalo para mí: un frasco de salsa de nueces envuelto en un par de calzoncillos empapados en aceite.

Canturrea mientras busca un lugar donde poner sus cosas. Deja la ropa arriba, en el escurridor de los vasos. Ya está con los pies desnudos sobre el linóleo cubierto de una capa de mugre antigua. Baja por las escaleras y vuelve con una fregona y un cubo lleno de agua que echa por el suelo. Yo levanto los pies y él limpia. Estoy encajonada entre las pintadas obscenas del sofá. Pienso que no vamos a llegar a ninguna parte, que duraremos pocos meses, que este chico ha perdido la cabeza, que es un inadaptado que ha dormido en todas partes, incluso sentado en la taza del váter de un aeropuerto africano.

Llevo puestas mis zapatillas de deporte blancas, recién salidas de la lavadora, me las miro. Pienso en la cara de Fabio… en la que pondría si me viera aquí. Tras una cortina hay un hueco no más grande que un armario con un hornillo de aquellos de chapa blanca, de dos fogones. Diego se ha metido ahí dentro. Anda trasteando con una vieja bombona de gas, la mueve y nota que aún tiene algo dentro.

—Te invito a cenar. ¿Vienes?

Voy. Son las nueve de la noche. Ha insistido en que me vistiera elegante, de modo que he tenido que contener la respiración para poder cerrar la cremallera de un vestido negro, demasiado ceñido, de una antigua Nochevieja. Luego he abierto la boca frente al espejo y me he puesto el pintalabios, deleitándome en aquel gesto suave. Le he preguntado si quería que llevara algo de casa ya preparado, un poco de salmón, mozzarella, ha dicho que había gas y que lo tenía todo controlado. He bajado a comprar una botella de vino. Los comercios estaban cerrando, pero me he colado por la persiana medio bajada de una tienda de lencería para comprarme un par de medias nuevas. En el taxi he cruzado las piernas oscuras enfundadas en las medias de liga… las luces de los coches que circulan junto a la orilla del Tíber bailan por mi cara… Me sentía un hada pequeña y estúpida.

Los campos de tenis están iluminados, alguien juega un partido nocturno. Una de las barcazas de la otra orilla está engalanada con luces y farolillos, vibra con una música ensordecedora, debe de haber una fiesta privada, una boda o un cumpleaños.

La barcaza de Diego está casi a oscuras, una luz tenue brilla en el interior, palpita como la luz del vientre de un insecto nocturno… Parece hecha de pergamino, parece un farol que se ha posado en el agua. A su alrededor el río, su rumor en la oscuridad, su vapor un poco triste, silencioso como una laguna.

Sale de la oscuridad, no le veo la cara, solo la mancha blanca del pecho, oigo el ruido de sus piernas ligeras.

—Bienvenida.

Me tiende la mano y tira de mí. Desprende un aroma que no había olido jamás…

—¿Qué es?

—Jabón a la ginebra —ríe.

Yo también. Ambos estamos algo cohibidos. Es una noche especial, celebramos nuestro noviazgo.

Se me queda mirando en la puerta… Me recorre con la mirada, pasa por las piernas, el vestido negro escotado, el pintalabios…

—Uau…

Él también va elegante, a su manera, se ha puesto unos pantalones ajustadísimos negros, a rayas, y en torno al cuello una raquítica corbata que cuelga sobre la camiseta.

—Me he dejado las camisas en Génova.

Me mira fijamente con su cara dulce e insolente. Por encima de sus hombros se filtra un velo de luz y llega un olor muy bueno a comida.

—Entra, amor mío, por favor.

Miro alrededor, no sé qué le ha hecho a esa pocilga… Ha puesto las sillas y las mesas en orden, como un local que espera la llegada de los clientes… En cada mesa hay una vela encendida y en el suelo, aquí y allá, islas de vasos de cerveza de los que sobresalen ramitos de flores, como si fueran pequeños parterres. Levanto la vista… las fotografías de nosotros en Sarajevo, de nosotros en Génova, mi boca, mis ojos, mi barriga… Colgadas con pinzas de tender la ropa de dos hilos que atraviesan la barcaza como guirnaldas. El pequeño casete está encendido… La música nos susurra, se dispersa en aquel ambiente demasiado grande. Al fondo, junto a la cristalera, hay una mesita con un mantel blanco y unas copas altas… En la penumbra incluso el sofá de piel sintética parece elegante.

Se ríe:

—Bueno, ¿qué tal ha quedado?

—Ha quedado como tú…

Me entran ganas de llorar. Nadie había hecho algo así por mí… Nadie volverá a hacerlo. Observo la hilera de mesas y velas, sonrío.

—Son velas para los muertos. —Él también se ríe.

Me trae algo de beber. Champán con sabor a melocotón. Lo ha comprado en el supermercado junto con el jabón de la ducha, el escurridor, la achicoria y las velas.

La salsa de nueces está buenísima. También ha preparado un pequeño asado, que no se ha hecho bien porque el horno está estropeado.

Me mira mientras como, acerca la copa, quiere hacer otro brindis… No sé cuántos hemos hecho ya, he perdido la cuenta.

Le pregunto si ha descansado un poco. Me dice que no puede dormir, que es demasiado feliz, que está demasiado emocionado. Porque empieza nuestra vida y se siente rebosante de euforia, de dinamita. Le digo que se calme, que me asusta… En cualquier caso, no podrá aguantar mucho tiempo más así. Un día se despertará y me verá como soy, normal, incluso un poco antipática.

Responde que es imposible, que me ama.

—Te haré muchos hijos.

Sonrío, sacudo la cabeza, le digo que no tenemos un centavo, que no podemos permitirnos ni tan siquiera tener un perro.

—¿Cómo piensas ganarte la vida en Roma?

Se pasará por las agencias fotográficas, por las bodas. O llamará a la puerta de las viejecitas. Ya lo ha hecho otras veces en épocas de vacas flacas.

—Todas necesitan una fotografía para la lápida y posan con sus pendientes de aro. Además, me invitan a café.

Lo miro… Con esa corbata colgada del cuello como una correa, excitado como un perro que ha huido de su amo. Parece un chico que aún va al instituto. No vamos a llegar a ninguna parte, nos hundiremos con esta barcaza.

—¿Cómo lo haces para ser siempre tan feliz?

—Fácil, me da asco la tristeza. —De pronto grita—: ¡Aaaah! —Se desploma como si le hubieran pegado un tiro. He movido las piernas y ha visto esa franja de carne desnuda que asoma por encima de las medias, y ahora monta una escena… Inclina la cabeza, se pone a gritar que he decidido matarlo, que esa visión es más de lo que puede soportar un moribundo. Se acerca arrastrándose, me quita los zapatos, me masajea un pie, me besa las medias de nailon, susurra que si queremos todos esos hijos tenemos que ponernos manos a la obra de inmediato porque él necesita tiempo, mucho tiempo, y seguro que el proyecto avanzará lentamente, como el del metro de Génova…

Nos tumbamos allí mismo, en aquel sofá de piel sintética lleno de pintadas, de corazones asaeteados, de penes que eyaculan.

Más tarde miro a Diego desde abajo; aún estoy tendida, me ha dado un jersey suyo porque tengo frío, las piernas encogidas, las rodillas bajo el suéter de lana. Él camina descalzo por la barcaza, que ahora me parece el lugar más hermoso del universo. Ha quitado la mesa, ha puesto los platos en el fregadero. Está desnudo, se ha quedado solo con la corbata, se ha olvidado de que aún la lleva al cuello… Por primera vez me parece un hombre. Cuando hacemos el amor, cuando no hablamos, cuando solo siento su alma, tengo confianza en él.

Cierro los ojos, sé que me está fotografiando, que se ha inclinado lentamente junto a mí y que me está robando un ojo, una mano, un pedazo de boca, una oreja.

Estamos casi a oscuras, las velas se han ido sumergiendo en su charco blando. Ahora me voy, pienso, cojo las medias y los zapatos. Sin embargo me quedo mirando esas luces cada vez más tenues. El tiempo ya no me muerde en la nuca, se alarga en mi barriga, plácidamente. Me quedo feliz, como una cabra perdida en la puesta de sol.

Regresé a casa de mis padres a primera hora de la mañana, para volver a irme casi de inmediato. Mi madre me esperaba con semblante tenso, derrotado.

—¿Quién es ese chico?

—Un chico.

—¿Estás segura de que haces lo correcto?

—No, mamá, no estoy segura de nada.

Bajaba aquellas escaleras resbaladizas por la humedad, entre los tilos, y encontraba a Diego allí abajo, junto al río. Ahora me parecía normal que él viviese allí. La ciudad, en lo alto, parecía muy lejana… Pequeñas bandadas de patos oscuros pasaban nadando, sentados en la corriente. Cuando llovía parecía que estaba en un submarino, los cristales se inundaban de agua. Me gustaba estar ahí debajo, me había acostumbrado a aquella hondonada

rodeada de cañas, a los graznidos estridentes de las gaviotas. En ocasiones Diego salía al alba, en busca de charcos después de la lluvia. Se pasaba horas arrodillado fotografiando un edificio, la copa de un árbol o un semáforo reflejado en un socavón lleno de agua. Yo lo seguía, abría los carretes nuevos y guardaba los usados en los bolsillos. Era capaz de tirarse horas así. Los coches que pasaban a su lado lo salpicaban. Ni tan siquiera se daba cuenta, es más, le gustaba aquel agua enturbiada, las imágenes desmembradas que parecían haber explotado. No revelaba las fotografías, amontonaba los carretes en la barra de bar de la barcaza y se olvidaba de ellos. De vez en cuando lo hacía yo. Llegaba a la barcaza con las bolsas amarillas de Kodak. Lo llamaba tirándole una piedra. Me daba las gracias, desparramaba las fotografías por el suelo. Se ponía a dar vueltas alrededor, apartaba una con el pie para ver la que había escondida debajo. A menudo no reconocía su trabajo, le costaba un gran esfuerzo observarlas de aquel modo. Era como si tuviera la necesidad de la distancia para alejarse de sí mismo. Pescaba dos, tres fotos y las colgaba del hilo con las pinzas de tender la ropa, metía las otras en un sobre y las abandonaba junto a los carretes que había sobre la barra.

Éramos una de esas parejas estrafalarias, por la que nadie habría apostado nada. Una de esas destinada a disfrutar de un puñado de meses fantásticos para luego marchitarse de golpe, como los rizos de Diego cuando llovía. Tan distintos éramos. Él desgarbado, yo siempre un poco rígida, con ojeras y un abrigo austero. Sin embargo iban pasando los meses y nuestras manos se aferraban una a otra en la calle, nuestros cuerpos dormían juntos sin aburrirse, como dos fetos en la placenta.

Empezó otro año y hubo otro giro de timón. Yo me convertí en periodista y él inició una serie de colaboraciones intermitentes con los periódicos.

Diego se quedó en la barcaza todo el invierno. Lo encontraba con la nariz roja, siempre resfriado. Desnudarse en aquel sitio era ya imposible, hacíamos el amor dentro de un saco de dormir y yo no me quitaba el jersey.

Había comprado una caja de whisky y empezamos a beber un poco demasiado, un chupito tras otro para entrar en calor, como dos vagabundos.

Luego el destino nos echó una mano con la casa. La ofrecía una institución religiosa a un precio muy razonable. Fuimos a verla de noche, pasamos bajo las ventanas con barrotes… Las contamos en la oscuridad y no podíamos creer que hubiera tantas. Seis ventanas grandes en el segundo piso de un edificio humbertino. Esperamos al tipo de la agencia, y una mañana de marzo subimos por primera vez aquellas escaleras. ¿Qué puedo decir? Parecía que la casa nos estuviera esperando. Porque también las casas esperan a sus inquilinos, sobreviven durante años lejos de nosotros y luego abren sus brazos de puertas y persianas a una pareja joven, a dos locos que se estremecen de felicidad. Y ahora me vuelve a la memoria aquel corazón. Estaba allí, en el rellano, alguien lo había grabado en el enlucido con un clavo y al lado había una flecha que señalaba la puerta. El portero nos dijo que, durante años, el apartamento solo había estado habitado por una pareja de ancianos sin hijos. ¿Quién había grabado aquel corazón? ¿Un sobrino? ¿Otro chico del edificio? ¿Un mendigo que había recibido una limosna generosa de aquellos dos viejecitos? No lo sé y no importa. Solo importa que el corazón estaba allí, donde permaneció durante años, hasta que enlucieron de nuevo el edificio y me puse hecha una furia porque ese día, cuando los albañiles estucaron las paredes de nuestro rellano, por desgracia no estaba en casa.

Diego sacó el talonario de cheques, pagó la fianza y tres meses por adelantado, rellenó el cheque de pie sobre la pared con un bolígrafo que no escribía. Estaba sonrojado y sudaba a mares.

—¿Y ya tienes todo ese dinero? —le pregunté mientras bajábamos por las escaleras.

—Eso espero.

Era una buena casa, testigo de vidas reservadas, parsimoniosas, de luces que se apagaban temprano para no gastar electricidad. Cuando nos quedamos solos, la primera vez que tuvimos las llaves, fue como entrar en

un santuario. Acariciamos las paredes, pegamos las mejillas contra ellas, las besamos. Como si estuvieran vivas, porque esa cal y esos ladrillos iban a defender ahora nuestras vidas.

El único mueble superviviente de la casa vacía era un viejo piano vertical, color leche, de señora, con florecillas en la tapa. El trapero que había vaciado el piso tenía que volver para llevárselo. Diego levantó la tapa y empezó a deslizar los dedos sobre las teclas.

Nunca había estudiado, tocaba de oído. El piano estaba desafinado, pero me pareció la música más bella del mundo.

—¿Qué es?

—Lo que recuerdo, Debussy, Leonard Cohen…

Sus omoplatos se movían bajo una camiseta de algodón de color terroso, mientras los rayos de sol bañaban el suelo. El ruido del tráfico quedaba en segundo plano. Aquí estaba este pequeño piano de color leche, estas manos que le daban vida. Las notas flotaban en la habitación vacía, bautizaban nuestro futuro.

Cuando volvió el trapero hicimos un trato y por una módica cantidad nos quedamos el piano.

Cambiamos la bañera, que estaba rota, dimos una mano de pintura a las paredes y tapamos algún que otro agujero que tenía el parquet viejo. Nos pasamos horas con el secador en la mano para secar la masilla. A mediodía nos sentábamos en el suelo a comer un bocadillo como los obreros, de *coppa*, de mortadela y berenjenas. Los bocadillos más deliciosos de nuestra vida. Una noche hicimos el amor sobre los periódicos esparcidos por el suelo, la tinta se corrió y se pegó en nuestros cuerpos calientes, a Diego se le quedó tatuado en la espalda parte de un soldado soviético en Afganistán.

Le regalé un retrato que le encantaba, de Braque en su estudio fotografiado por Man Ray; también llevé a enmarcar algunas fotografías, las que más me gustaban, los ultras de Marassi, la marcha desconsolada de los pingüinos árticos, una hoja que fluye por el Mekong como una balsa y es invadida por el vuelo de unos coleópteros azules, y luego las fotografías de Sarajevo… Aquel recién nacido adormilado en una caja de madera en el mercado de fruta y verdura.

La compañía telefónica instaló un teléfono gris, que permaneció durante mucho tiempo en una esquina, en el suelo.

—¿Cómo estás, poeta?

—¿Cómo estáis, tortolitos?

El vozarrón de Gojko ajado por el humo nos llegaba a través de aquel hilo telefónico.

—Parecéis felices.

—Lo somos.

—En el mundo hay alguien que trabaja para vosotros…

—¿Quién?

—Un poeta…

—¿Nos envías buenos pensamientos?

—Mis pensamientos… No sé si serán tan buenos…

Rió, como reía él, con la garganta que parecía un santuario o un vertedero de chatarra.

Compramos un sofá, blanco y de algodón, con unas ruedecitas que nos permitían moverlo por todo el salón. Diego firmó otro cheque; quería pagarlo todo él. Luego descubrí que se le había acabado el dinero y que su madre había tenido que ir corriendo al banco a hacer una transferencia con su pensión de viuda de trabajador portuario a la cuenta en números rojos de su hijo. Mi madre nos regaló un paragüero alto de cobre me miró con su cara consumida, casi disculpándose:

—Al menos es algo útil…

Diego le plantó dos besos largos y pegajosos en las mejillas.

Ella, acostumbrada a los gestos escuetos de papá, se sonrojó y se dejó zarandear como una muñeca.

—¿Estás segura de que es mayor de edad? —me susurró.

—No, no he visto su pasaporte. Lo ha perdido.

Mi padre se acercó a la ventana, le gustó la vista… los raíles del tranvía que surcaban la calle, los tenderetes del mercado apiñados entre los plátanos, le gustaron hasta las bandadas de pájaros que lo único que sabían

hacer era cagar. Era uno de esos edificios antiguos que le gustaban, a pesar de que él había vivido siempre en uno de los años sesenta, porque mi madre se había empeñado en tener garaje.

La casa aún apestaba a pintura, mi madre tosió, miró alrededor como si estuviera prisionera, se aferró a mi padre y no le permitió que se asomara al dormitorio. Diego iba y venía de la cocina descalzo, trayendo canapés, olivas y altramuces. Mi madre lo miraba como si fuera un animal salvaje, a medio camino entre la atracción y el miedo. La pasta flotaba en la salsa, a Diego se le había ido la mano con el condimento. Mi padre se manchó la camisa, mi madre sacudió la cabeza y pasó la esquina de una servilleta por aquella mancha tan roja.

—¿De qué trabaja? —le preguntó a Diego.

—Soy fotógrafo.

Ella asintió:

—Ah, claro…

Comió un bocado y volvió al tema.

—¿Fotógrafo de qué? ¿De publicidad… de bodas…?

Diego sonrió y señaló una de sus fotografías colgadas de la pared con el tenedor, con el que había pinchado un rigatone.

—De charcos.

Rompí a reír, me había tomado ya un par de copas, estaba feliz, había arreglado el parquet, pintado las paredes. Mi madre también intentó reír. Me dio un poco de pena, conocía ese esfuerzo, esa rigidez.

Mi padre se puso las gafas para acercarse a ver las fotografías de Diego y llamó a mi madre:

—Annamaria, ven a verlas…

Y Annamaria fue. Permanecieron así, de espaldas, con la nariz apuntando a la pared… Intentando buscar en las fotografías de Diego algo de mí que se les hubiera pasado por alto.

Después mi madre se ablandó, empezó a invitarnos a cenar, hasta que se convirtió en una costumbre demasiado habitual. Entonces empezó a ser ella

quien le ofrecía las mejillas a Diego, quien esperaba en la puerta aquellos besos pegajosos, de niño. A fin de cuentas, mi padre y yo siempre la habíamos dejado un poco sola, éramos más inteligentes que ella, seres solitarios, presas de arrogantes extravagancias. Le inspiraba ternura ese muchacho delgado que hablaba a ráfagas, que se levantaba continuamente para ayudarla. Le ofrecía raciones gigantescas de comida.

Le compró un jersey, me lo metió en el bolso al entrar porque le daba vergüenza dárselo directamente a él.

—¿Qué es, mamá?

—Nada, un jersey… Si no os gusta, regaladlo.

Sin embargo, Diego se lo puso de inmediato, ese bonito jersey de cuello alto y lana gruesa…

—Esto me va a aguantar diez años, es la típica prenda inmortal…

Mi madre se sonrojó, feliz de haber acertado el color, la talla… Feliz de que Diego fuera tan sencillo, tan distinto de mí.

—Vámonos a casa, cariño.

—Adiós, papá, adiós, mamá…

Yo me metía enseguida en el ascensor, pero él se entretenía besando aquellas mejillas ancianas.

—¡Adiós, muchachos, hasta la próxima!

Los llamaba «muchachos»…

Así empezó la llanura de nuestra normalidad. Yo temía que tarde o temprano la vida cotidiana, la dieta poco variada, nos acabara corrompiendo también a nosotros, y que un día el desencanto asomara la cabeza entre los listones de las persianas, uno de esos días de mal tiempo y niebla. Cada uno de nosotros habría empezado a pensar en sí mismo, en sus propios problemas, a alejarse del otro. También sobre nosotros iba a caer el manto opaco que cubre a las parejas al cabo de un tiempo, cuando se acaba la ilusión y con ella la benigna ceguera que disimula los defectos del otro. Eso es lo que sucede, lo que les había sucedido a mis padres. Mi padre se alegraba de poder salir de casa por las mañanas y mi madre también respiraba aliviada, se deleitaba con el aroma de su soledad. Sin embargo, se querían, se respetaban.

Pero nosotros pertenecíamos a otro mundo, acaso más audaz, sin duda más promiscuo. Teníamos un carácter más endeble, éramos hijos de la comodidad, de aquel bienestar enarbolado como la única conquista necesaria.

Había perdido el contacto con muchos de mis antiguos amigos, que tras la ruptura con Fabio habían desaparecido del mapa como por arte de magia. Las pocas parejas de treintañeros que frecuentábamos eran deprimentes. En pocos años se habían separado, apoltronado… En los restaurantes, en los probadores de las tiendas, en los vestuarios de los gimnasios hablaban en voz alta de dinero y de sexo. No decían «hacer el amor», sino «follar», aireaban su vida íntima. El pudor había desaparecido, devorado por la ironía.

Diego aceptaba aquellas veladas degradantes a las que lo arrastraba de vez en cuando.

—No podemos aislarnos —le decía.

Se quedaba en una esquina, con una copa de vino. No intervenía en las discusiones porque no tenía nada que decir, pero nunca era hostil. ¿Qué tenían en común con él aquellos jóvenes trepas que ya lucían la sonrisa sardónica de su propio fin? Carnaza que iba a macerarse dócilmente en la salmuera del bienestar, sin apenas darse cuenta, sin darse cuenta de nada ni de nadie. Entonces creía que eran amigos míos. Luego, con el paso de los años, habrían de parecerme lo que eran: navegantes de altura y de bajío. A algunos los encontré de nuevo en la televisión, con las gafas modernillas, los calcetines de rayas, transgresivos bajo el traje negro y austero. Lo cortés no quitaba lo valiente, un trago de agua bendita y un mordisco pecaminoso. Los bolsillos llenos, apartamentos de lujo, sofás largos para dar cabida a todos.

Arrastraba a Diego a todo aquello que me parecía un mundo más sofisticado que el mío, un puerto de arribo. Yo era hija de un profesor de formación profesional, alguien que entraba en clase con la sierra y las láminas de madera. Yo apestaba a libros y a honestidad. Me reía con las

bromas, participaba en los juegos que me parecían intelectuales, como adivinar los principios de los libros o el pensamiento de un filósofo, o representar las escenas de las películas más desconocidas.

Entonces lo vi una noche de pie junto a una ventana, la más alejada del sofá donde charlábamos. Miraba la calle, llovía.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En mi padre.

—¿En tu padre?

—Llueve. Cuando llueve pienso en Génova, en mi padre, que camina con su mono de obrero bajo el chaparrón.

Estaba distraída, con una oreja todavía en el sofá, en el juego que proseguía. Volví con mis amigos, mimada por los de mi equipo porque sabía la respuesta. Era incluso demasiado fácil, era el principio de un libro de moda aquel año. La nube de Chernobil se cernía sobre Europa, un amigo mío nutricionista estaba haciendo la lista de los alimentos más contaminados, una no podía fiarse ni del pan.

Diego no se había apartado de la ventana, seguía observando la lluvia. Entonces recordé que su padre había muerto un día de lluvia torrencial, que el contenedor se había desprendido del cabo de acero.

Regresé junto a él y le puse una mano en el hombro. Permanecí a su lado, en silencio. Y en silencio sentí los latidos de su corazón… Sus pasos de niño. Fue corriendo con su madre, el padre yacía en un charco de agua teñida de sangre.

«Ésa es la primera fotografía que imaginé —me había dicho un año antes en Génova—. El primer charco… El que siempre me acompaña y aparece en todos los carretes».

Nos vamos a pesar de la lluvia, a pesar de que aún es pronto.

—Vámonos.

—¿Estás segura?

—Estoy cansada.

Llegamos empapados a casa tras el viaje en moto. Hicimos el amor en el suelo, en el charco de nuestra ropa chorreante. Hicimos el amor sobre la fotografía que nunca había hecho, sobre aquel padre muerto, calado hasta

los huesos, aplastado como una raya. Me dijo «gracias». Le levanté la cabeza y le sequé las lágrimas con la lengua.

—Quiero tener un hijo —le dije—, un hijo como eras tú, como eres tú… quiero volver a darte un padre… querría volver a dártelo todo, amor mío. Toda la lluvia…

Entonces no lo resistió más, empezó a sollozar de rodillas como aquel día, como un mocoso sucio, desesperado bajo el aguacero que se había llevado a su padre.

Un mañana de julio sofocante lo acompañé al centro de acogida al que habían llegado los primeros niños de Chernobil. Le hacía de ayudante, le cargaba las máquinas. Me quedé embobada mirándolo. Yo estaba tensa, me sentía incómoda entre aquellos niños señalados con una marca indeleble… Tenía miedo de la radiación, me parecía que eran fluorescentes, como aquellos muñecos que brillaban en la oscuridad. Me movía con cautela, un poco distante. Sin embargo, Diego los cogía en brazos, lograba que pronunciaran alguna palabra en ruso. No pensaba fotografiarlos a toda costa. Después de las primeras fotos, dejó la cámara y se puso a jugar con ellos. Entendí que no iba a ganar ni cinco como reportero, que no tenía el ojo de aquellos que se quedan pegados a la máquina, morbosos y ciegos. Lo vi renunciar a las mejores imágenes en favor de otras que simplemente divertían a los niños. Incluso le colgó la máquina al cuello de uno de los niños y le dejó que gastara todo el carrete. Volvimos con un reportaje mísero, invendible. Nos las arreglábamos con mi sueldo, pero no podíamos permitirnos un hijo. No le dije nada y seguí tomando la píldora.

Cada día, incluso en los peores, se tumbaba en la cama lleno de energía, me daba las gracias por seguir allí, junto a él. Era como vivir con un gato, de aquellos que te siguen por toda la casa y, en cuanto pueden, te saltan encima y te lamen con su lengua áspera. Se quedaba en el cuarto oscuro hasta bien entrada la noche y salía con los ojos rojos y las manos consumidas. Por la

mañana yo intentaba no hacer ruido, abría las puertas del armario conteniendo la respiración. Pero Diego quería estar a mi lado, preparaba el café, escribía mensajes que escondía en los bolsillos de mi abrigo. Me costaba dejarlo allí en la cocina, junto a la ventana. Le quitaba la cadena a la moto y me volvía para saludarlo. No desayunaba, no hacía nada sin mí, él también salía. Iba a dar una vuelta para intentar vender alguna de aquellas fotografías que nadie quería. Caminaba confiando en sí mismo, con la bolsa en bandolera, con las piernas esqueléticas, por aquella ciudad que no era la suya sin deprimirse nunca.

Hay algunas cosas. Pequeñas cosas que no olvidaré, que no son nada y, sin embargo, son las más fuertes. Quedan las escaleras del edificio de nuestro primer piso, aquellos pequeños descansillos de mármol blanco y negro, aquellos rellanos… El pasamanos al que me agarraba cuando corría. Volvía con el bolso que me caía del hombro, la bufanda que arrastraba por los escalones, las bolsas de la compra. No esperaba al ascensor, echaba a correr por las escaleras, los pulmones henchidos. Sin quitarme el abrigo me ponía a cocinar, vaciaba las bolsas sobre la mesa, sacaba los salvamanteles, las copas, quería que cada noche fuera un brindis.

Había encontrado un trabajo de redactora en una pequeña revista científica que se publicaba mensualmente. Éramos solo cinco, yo hacía un poco de todo, traducía artículos del inglés, me encargaba de la compaginación, del archivo, me pasaba horas al teléfono para promocionar las suscripciones anuales, hablaba con los profesores, con los decanos, con los operadores culturales, con los secretarios de instituciones públicas y de empresas privadas. Era un contrato temporal, pues la revista corría el riesgo de cerrar cada mes. Me estaba matando por cuatro perras y con pocas perspectivas de futuro. No me importaban mucho la medicina molecular, los campos vectoriales radiales, las energías submarinas y la teoría ondulatoria de la luz, pero no me desagradaba el mundo aparte de aquella pequeña revista. Me gustaba la redacción, situada en el centro, una única sala en los bajos semienterrados de un edificio histórico, donde tiempo atrás

se encontraban las cuadras, donde las baldosas aún supuraban salitre, mientras que en los arcos de los sótanos aún podían verse las hendiduras de los lomos de los caballos. Me gustaban los anaqueles de hierro con los cartapacios, la tetera en una esquina, la cesta con las bolsas de té, las charlas de pie con los colegas y esas tazas ardiendo en la mano.

A veces Diego venía a buscarme. Llamaba a los cristales de aquellas ventanas bajas que se encontraba a nivel de suelo. Bajaba las escaleras, asomaba la cabeza por la puerta con su cara pálida, de pillo, esos ojos prominentes y esa sonrisa demasiado grande que le devoraba las mejillas consumidas. Era invierno, aún llevaba el gorro de lana. Su cabeza, envuelta por aquella prenda de lana oscura, parecía aún más pequeña.

—Eres preciosa…

No era preciosa, era normal… Tenía ojeras después de haberme pasado el día trabajando, olía a cerrado, tenía la voz ronca de pasarme tantas horas allí dentro. En la ciudad, mi cuerpo era un cuerpo cualquiera, abrigado por la ropa y los pensamientos. Nos íbamos a casa abrazados, entre los escaparates que apagaban las luces y la gente que caminaba apurada por la acera. Me bastaba aferrarme a sus huesos para sentirme en paz.

Roma estaba llena de tiendas, de restaurantes abarrotados, de coches aparcados en doble fila, de conductores que esperaban junto a la puerta del coche, frente a los grandes hoteles del centro, de turistas de lujo, de políticos, de mujeres con largos abrigos de piel en aquel clima templado. Caminábamos junto a ese bienestar demasiado ostentoso. Parecía que hubiera lugar para todos… ¿Pero era cierto? La gente avanzaba sobre las arenas movedizas de aquella ilusión. A veces pensaba en Gojko, en su chaqueta de piel dura como el cartón; echaba de menos Sarajevo, a toda esa gente humilde, llena de dignidad… El sabor del pan de pita, el olor de las chimeneas donde ardía la resina de los árboles.

Gojko vino a vernos. Le gustó la casa, le gustaron las dos botellas que bebimos. Diego llevaba una corbata estrecha, de lanilla áspera, que provocó las risas de nuestro invitado. Quizá le parecimos un poco anticuados y

esperaba que lleváramos una vida más rutilante; me miró mientras me ponía el delantal para lavar los platos. También él parecía haber crecido, lo encontramos más taciturno, atenazado por la ciénaga de la vida. Ya no vendía yoyós y Levi's falsificados. Comentaba poemas en la radio, tenía una colaboración fija con una revista cultural, y solo seguía haciendo de guía turístico durante los fines de semana. Durmió en la única cama que nos sobraba, el sillón cama que había en una habitación sin más muebles.

Una noche sacó de la cartera un recorte de periódico que había conservado con rabia, como una obsesión. Era un artículo escrito por un amigo suyo de Belgrado, poeta también él. Se estaban exhumando cadáveres de siglos anteriores, de batallas contra los turcos, con un belicoso espíritu épico que, bien mirado, daba risa.

Diego se lo quedó mirando. Nuestro mundo era un vientre agradable, sin sobresaltos, que se agitaba en un presente voraz. Pero él había sido un chico del estadio Marassi y quizá intuía en aquellas delirantes palabras que desvariaban sobre etnias y afiliaciones, heridas abiertas, el código primitivo que pertenece a todos los ultras.

—¿Estás preocupado?

Gojko se encogió de hombros.

—No… Son chorradas, basura fascista.

Arrugó el artículo de su amigo, le prendió fuego y se encendió un cigarrillo con él.

Diego se hizo amigo de un galerista, y así logró exponer finalmente sus fotografías de los ultras. Caí en la cuenta de que incluso en las gradas del estadio siempre había buscado la soledad: de una nuca, de un par de orejas rojas, de una zapatilla blandida como un hacha. Las fotografías del estadio eran de las más bonitas que había hecho jamás, en blanco y negro, descarnadas… Bocas que parecían fosos, ojos que parecían planetas, lunas en primer plano.

La exposición fue bien, después de la galería se trasladó a un instituto y luego a otro. Diego también logró vender alguna copia.

Se lo gastó todo. Volvió a casa con una trufa blanca que me ralló en el plato como un camarero.

Sin embargo, las imágenes de los pies que esperaban el metro no las quiso nadie. Diego se había pasado tres días allí abajo, había hecho miles de fotografías de gente que esperaba el tren y luego las montó una junto a otra. Era un campo de vida urbana, un gran jardín de soledades. Desde los pies delgados de la mañana hasta los cansados y polvorientos de la noche. Fue idea mía que las colgara en casa. Llenaron nuestro pasillo, dieron la vuelta a nuestra sala de estar y llegaron a la cocina… Un largo desfile de zapatos de gente desconocida que nos hacía compañía.

Tenía miedo de que yo pudiera cansarme de su injerencia, de la necesidad física que sentía de mí, de tocarme continuamente como si fuera un niño. De noche también dormía pegado a mi espalda, y a veces me despertaba sudada y con el pelo pringado de su saliva. Yo esperaba el día en que él empezara a retirarse por iniciativa propia a su parte de la cama. Sin embargo, no fue así; si se alejaba era por error o apartado por mí en las noches de calor. En cuanto se daba cuenta, aunque durmiera, volvía junto a mí. Se ponía de través, con la cabeza sobre mi barriga como un niño en la cama de sus padres, feliz de tener esa almohada tan blanda. De vez en cuando le daba una patada. Habían pasado tres años.

Llegaron días difíciles. Diego se puso a buscar empleos temporales. Durante un tiempo trabajó de vendedor en una tienda de electrónica. Luego decidió ir a fotografiar a turistas a la plaza de España, a la Fontana de Trevi, les hacía la foto y se iba corriendo a revelarlas a una tienda que había cerca. A menudo los turistas no lo esperaban, se iban antes de que volviera. Volvía a casa con los bolsillos llenos de fotografías de gente desconocida y sonriente. Las esparcía sobre la mesa de la cocina para enseñármelas, se reía y me contaba cualquier tontería que le había sucedido. Yo me preguntaba si, en el fondo, la tristeza no empezaba a acechar su vitalidad.

—¿Por qué no te vas? —le preguntaba yo—. Haz uno de tus viajes.

—Soy el hombre más feliz de la Tierra.

De vez en cuando mi padre intentaba darme algo de dinero, pero yo me negaba, obstinadamente. Él también se había comprado una Nikon, le pedía consejo a Diego sobre los objetivos, sobre la luz. Y Diego cogió la costumbre de llevárselo con él de vez en cuando. Papá le hacía de ayudante, cambiaba los carretes y numeraba los usados. En los ratos muertos venía a nuestra casa. Nunca se entrometía, se quedaba en una esquina y no pedía ni un vaso de agua. Ayudó a poner un poco de orden. Tiró las fotos descartadas, compró fichas y catalogó todos los trabajos de Diego, recogió los negativos amontonados de cualquier modo y los llevó a revelar en hojas de prueba. Se pasó días y días con la lente de aumento para seleccionar las mejores fotografías.

Gracias también a mi padre, Diego encontró por fin una agencia. Se puso una bonita americana de tweed, cogió el tren y bajó en Milán con una carpeta de fotografías de su yerno bajo el brazo. Convenció a una mujer que tenía más o menos su edad, toda vestida de negro y con el pelo cortísimo de color amarillo, de que diera trabajo a Diego, de que no dejara escapar ese talento y le ofreciera un modesto contrato.

Diego no parecía contento, leía y releía las cláusulas del contrato buscando una excusa para no firmarlo. Luego cogió la pluma y garabateó su nombre, porque era un buen contrato y porque mi padre se había cruzado de brazos, como un comisario de policía.

—¡Firma!

Y así aceptó su primer trabajo de verdad, con un sueldo fijo. Fotografió una nueva línea de zapatos para un salón de exposición del centro. Sandalias que parecían coturnos, con cordones plateados e incrustaciones de cristal que Diego puso en los sufridos pies de una bailarina de la escuela de Pina Bausch. La hizo bailar completamente desnuda con las sandalias, en una fábrica abandonada, con cristales rotos y hierbajos, rodó por el suelo junto a aquel cuerpo conmovedor que volaba por encima de él como un ave moribunda. El contraste entre aquella figura esquelética, el arco de la espalda echada hacia atrás, una pierna doblada como una zarpa, y esas

sandalias barrocas e incómodas. Eran fotografías en apariencia imprecisas, desenfocadas, deformadas por el gran angular, manchas en movimiento, como si hubiera echado un cubo de agua en las imágenes. El objeto anunciado apenas se veía, se distinguía un cordón desatado, una suela metálica. Sin embargo, el lujo maltratado de aquellas sandalias, fuera de lugar entre la suciedad de aquella fábrica, en la desnudez de aquel cuerpo sufrido, tenía algo de ultrajante que gustó al joven diseñador de calzado.

Las fotografías se expusieron en una galería larga de la sala de exposición, una tras otra, como fotogramas de un único salto. Diego recibió un bonito cheque y yo, de regalo, un par de aquellas sandalias imposibles de llevar.

Me invitó a cenar en un restaurante con dos estrellas Michelin. Yo me puse el vestido negro. Él se compró un smoking americano de los años cuarenta, dos tallas más grande, en el mercado de segunda mano de via Sanni. Se había doblado los puños y le salía un pedazo del forro. Nos sentamos en ese restaurante como una pareja de la realeza, comimos las tonterías de moda: pasteles salados y carne rellena de helado. Brindamos por todo.

OceanofPDF.com

¿Qué recuerdo de aquel día?

¿Qué recuerdo de aquel día? Había llovido toda la noche, el estruendo de la tormenta azotaba los cristales de las ventanas, los truenos nos habían despertado en más de una ocasión. La ciudad amaneció bañada en agua, el cielo era una losa gris y amenazadora.

—¿Irás a fotografiar algún charco? —le pregunté a Diego mientras salía de casa. Él negó con la cabeza, tenía que renunciar a ese festival de agua, le habían hecho un encargo e iba a pasarse casi todo el día encerrado en el cuarto oscuro. Papá ya había llegado, había traído kiwis y se había puesto a pelarlos en la cocina. Por entonces eran una novedad reciente, esas frutas peludas como simios por fuera y verdísimas por dentro. Papá decía que eran un concentrado de vitamina C e insistía en que iban a darnos fuerza.

Vomité el kiwi en la papelera que tenía junto a mi mesa, un coágulo verde como la hiel me llenó la boca.

En el descanso salí, me sentía mejor, había dejado de llover. No tenía hambre, entré en una tienda de discos, quería hacerle un regalo a Diego, un antiguo recopilatorio de los Doors que le gustaba. Al llegar a la caja me di cuenta de que sólo tenía el dinero justo para pagar el disco. Fue entonces cuando tomé la decisión y no sé por qué. Esperé a que pagaran los que estaban delante de mí, me puse nerviosa, del abrigo subió un sofoco que me hizo sonrojar. Un codo me rozó el pecho sin querer… Me protegí con ambas manos. Si hubiera comprado el disco de los Doors, no habría podido comprar lo otro. Aún no sabía qué disparates farfullaba, el pensamiento empezaba a cobrar forma en ese momento, era una sensación que surgía de lo más profundo del cuerpo. Miré el póster de Joan Baez junto al de Jimi Hendrix envuelto en una nube de humo… Dejé a los Doors y salí. Di unos

pocos pasos y me metí en una farmacia. Esperé a que el cliente que tenía delante se alejara y pedí lo que quería apresuradamente, en un susurro ronco.

«Una prueba de embarazo, por favor».

La farmacéutica volvió con su cruz roja y dorada sobre la bata y un paquete oblongo, de color azul claro. Me cayó el dinero al suelo, me agaché para recogerlo… Esbocé una sonrisa falsa, angustiada.

Angustiada por si pudiera no ser cierto.

Me metí en el primer McDonald's que encontré. Hice la prueba en el baño, apoyada contra la puerta. Leí las instrucciones en la oscuridad. Puse el palito bajo el chorro y esperé.

Vi cómo la orina impregnaba la ventana central del palito… Había llovido tanto. Durante dos días. Los cimientos de la ciudad estaban encharcados de agua.

La raya de confirmación apareció junto a la otra, primero con un tono muy tenue y luego se tiñó de un azul claro. Estaba embarazada.

Hacíamos el amor sin ninguna precaución desde hacía más de un año y hasta entonces no había sucedido nada. Tenía casi treinta y cuatro años. Cada día descubría en mí pequeñas huellas del paso del tiempo. Me recogía el pelo, me maquillaba, aún era guapa, quizá más que de adolescente, pero siempre estaba en vilo, descarada y palpitante. Y era esa incerteza lo que me hacía más humana. Unos meses antes, un día cualquiera, en el espejo de un ascensor vi las mil direcciones que las pequeñas arrugas apenas visibles iban a tomar, como surcos, como unos bucles caprichosos que modificaban mis facciones. Y entendí que el epicentro de la explosión es un dolor que nace de dentro y desde dentro nos corroe. De ahí nacen las grietas, como un cristal que se resquebraja y sigue en pie. No se envejece día tras día, se envejece de golpe, de un modo amargo. Una descarga que nos fulmina, nos ensucia… Nos tiñe el rostro de amargura.

Ese deseo firme, inconfesado, se esfumó mientras miraba la raya azul de la prueba de embarazo blanca. Ahora el tiempo ya se me podía echar encima, envejecerme, porque el epicentro del que había nacido esa vejez no iba a ser un disgusto, sino un don… Y, por lo tanto, todo iba a ser hermoso.

El mío iba a ser un rostro de madre que los años iban a surcar de grietas en la dirección buena de la fecundidad, del amor que pasa, que anida en un testigo.

Tapé de nuevo la varilla con el capuchón y me guardé la prueba de embarazo en el bolsillo. Salí a la calle y miré el cielo, que era un charco lúgubre aún preñado de humedad, de nubes bajas y oscuras como un humo denso. Me detuve en una cabina para llamar a Diego.

—¿Qué haces? ¿Qué estás haciendo?

Me dijo que tenía que salir, que tenía una cita con un galerista para un trabajo. Oyó el ruido del tráfico, me preguntó por qué no estaba en la redacción.

—Me apetecía estirar las piernas…

—¿Aún llueve?

—No…

Decidí no decirle nada, prefería no hacerlo por teléfono… Rodeada por aquel tráfico bullicioso. Iba a esperar a estar en casa, cuando pudiéramos abrazarnos y emocionarnos a nuestras anchas, al amparo de nuestro piso. Volví a la redacción, no hice nada, fingí que trabajaba, me quedé allí, con la mirada fija en la pantalla del ordenador. No podía concentrarme en nada.

Diego estaba descalzo, tocaba el piano. Giré la llave y lo encontré allí, con las largas manos fuera de su jersey hecho jirones.

¡Y sonaba la música! Él tocaba aquel pequeño concierto de amor que se había ido repitiendo durante aquellos años… Nota tras nota, incesantes, que se hacían añicos encima de aquellas paredes, en el bombo de aquella casa apacible. Me arrellané lentamente en el sillón, detrás de él, y me quedé escuchándolo hasta que se detuvo y se llevó un dedo a la nariz, como un niño.

Retomé la sinfonía, silbando, yo que siempre desafino. Se volvió.

—Amor… Has vuelto…

Estábamos cansados. Hacía meses que lo estábamos, asediados por los quehaceres de la vida cotidiana, de aquel entrar y salir de casa, en aquella ciudad cada vez más despótica.

Me acerqué a él.

Lo miré fijamente y quizá percibió aquel refugio de pensamientos densos.

Le di la prueba de embarazo.

«Toma, papá, aquí tienes la primera fotografía de tu hijo. Y perdona por no haber sido tú quien la ha hecho».

Se quitó el jersey, se lo arrancó del cuerpo… Se arrancó aquel dolor remoto para llenarse de dicha. Empezó a saltar por casa, a pecho descubierto, a darse puñetazos en el pecho como un chimpancé que ha vencido. Se puso pesado como un marido… Que si tenía que vigilar más, cuidarme. ¿Por qué no le había llamado? ¡Habría ido a buscarme, había sido una imprudente al moverme en moto con todos aquellos baches! Fue a la cocina, volvió con una botella de vino tinto y dos copas. No me apetecía el alcohol y solo bebí unos pocos sorbos. Me lo quedé mirando mientras se emborrachaba. Luego cogió la botella vacía y la acunó como si fuera un recién nacido.

—Pietro —dijo.

Pietro… Era el nombre que siempre habíamos imaginado para un hijo.

—¿Y si es niña?

—Pietra.

Reí, cansada, agotada por aquella felicidad que lo iluminaba todo. Era una noche plácida… Una noche hogareña de ciudad en un apartamento, los radiadores estaban encendidos, Diego olía a vino.

Le dije que quería darme un baño, abrí el grifo. Me quedé tocando con una mano el agua que subía en la bañera, con la prueba de embarazo en la otra.

—¿Estás segura de que esa cosa es fiable?

Llamé a mi ginecóloga. Me dijo que fuera a hacerme un análisis por la mañana para comprobar la cantidad de Beta HCG en la sangre.

Diego se metió en la bañera conmigo, desbordó el agua de la bañera y se le entumecieron las piernas.

—¿No me quieres?

—Sí que te quiero.

Habíamos apagado la luz, una vela goteaba en el borde de la bañera junto a la jabonera. Nos quedamos allí, en aquella espuma evanescente, en aquella luz suave que difuminaba el contorno de la bañera común, de aquellas pequeñas baldosas diamantinas… sumergidos en un bienestar total. La vida nos había arrastrado dulcemente hasta allí. Aquélla era la presa donde confluía todo. Aquel charco sereno, que nosotros manteníamos en calma y que solo se alteraba con nuestros pequeños movimientos submarinos. Nuestras manos se buscaron y los dedos se entrelazaron, como las células de allí abajo que se abrazaban y agrupaban indefensas.

—Ya lo quiero…

Se sumergió en el agua y salió de nuevo. Los rizos empapados, pegados a la pequeña cabeza, y aquellas orejas grandes y planas como las de un pez raya.

Estaba convencida de que se le iba a parecer.

Nos adormilamos así, en el calor del baño. Luego nos metimos bajo las sábanas, aún medio empapados. Me despertó la música: era Diego al piano.

Pensé en la galería de fotografías colgadas de las paredes… Todos aquellos pies desconocidos. Ahora me parecía que estaban en marcha, que caminaban hacia nosotros en el pasillo aún sumido en la oscuridad. Imaginaba que se quitaban los zapatos, las botas y la tristeza, y se ponían a bailar tras esas notas para celebrarlo junto con nosotros.

Llegó el olor del café. Diego estaba en la cocina, le cogí la mano, abracé su pecho. Nos vestimos y salimos, arrastrados por el deseo de aprovechar aquel silencio, aquella noche que se dilataba como una larga vela.

El alba surgió en la oscuridad con su aureola azul y la noche se retiró. El bar abrió la persiana. La gente del mercado empezó a trajinar en torno a las paradas. Tuve la sensación de que estábamos de vacaciones, de excursión. Estábamos esperando a que abriera el laboratorio, así que entramos en el bar y esperamos a que la máquina de café se calentara un poco.

Me arremangué el jersey, me ataron la cinta de goma al brazo y aparté la mirada para no ver la aguja que succionaba la sangre.

Las primeras mujeres arrastraban los carros de la compra entre los puestos del mercado. Nosotros caminábamos abrazados, rumiando aquel secreto que llevábamos dentro.

—¿Compramos algo? ¿Un poco de brécol?

Era una caja verde y bonita, el brécol estaba recién cogido, aún mojado por el rocío.

—De acuerdo, nos la llevamos…

Y luego unos plátanos… y un manojo de rábanos. Nos encerramos en casa. A mediodía Diego cocinó el brécol en la sartén y lo comimos sin tan siquiera servirlo en platos, un bocado yo y otro él, untando trozos de pan que se ponían verdes.

Luego Diego volvió al laboratorio de análisis para recoger los resultados.

Lo esperé en la ventana, vestida únicamente con unas braguitas y un jersey suyo. Miró hacia arriba y agitó el sobre con el resultado. Sonrió con la boca repleta de dientes jóvenes.

Llamé a la ginecóloga. Me dijo que estaba todo bien, el nivel de HCG aún era un poco bajo, pero todo dentro de los límites normales, dado que llevaba muy poco tiempo de embarazo.

Transcurrieron varios días colmados de paz. Diego me llamaba una y otra vez a la redacción, quería saber cómo estaba, si había comido, si la gente fumaba demasiado. Yo me resistía a abandonar mis costumbres, por lo que seguía yendo en moto y comía de pie en los bares.

Diego pegaba la oreja a mi barriga. Solo la oreja, porque no quería aplastarme con la cabeza. Se quedaba allí, en aquella posición recostada, algo incómodo, y permanecía a la escucha, con cara de ensoñación, casi alelado.

Cuando se lo dijimos a mis padres, no pudieron pronunciar ni una palabra. Vi cómo les cambió la mirada, que se tornó más dócil y apacible… Mi padre cogió de la mano a mi madre de forma instintiva. Hacía años que no veía ese gesto. Luego mi madre dijo:

—Creíamos que no queríais tener hijos… Que tú, Gemma, no querías…

—¿Y por qué?

—Porque yo siempre he sido… no sé… demasiado aprensiva.

Mi padre dejó de fumar, empezó a salir a correr por la mañana. Se presentaba en casa vestido con chándal, para recoger a Diego, que lo acompañaba como buenamente podía, adormilado, después de ponerse un par de zapatillas Superga que ni tan siquiera tenían cordones.

Me parecía un verdadero milagro… Albergar aquella borrasca de células en la quietud de mi cuerpo. Era como si me hubiera tragado el mundo entero. De repente caminaba más lentamente, sumida en una selva cenagosa y húmeda, donde la vida se ramificaba, sumergida como raíces albinas en el silencio de un pantano. En la redacción me molestaban los ruidos, el sonido continuo del teléfono, los colegas que, de pronto, me parecía que hablaban muy alto, que estaban muy alterados. Me quedaba callada en mi puesto de trabajo, atrincherada tras una montaña de carpetas y papeles. Inmóvil en aquella cesura que se había creado entre el mundo que me rodeaba y yo, como si fuera un pequeño topo oculto en su galería subterránea. Cuando Diego venía a buscarme, me aferraba a su cuerpo enjuto. Me daba la mano y la metía en el calor de su bolsillo. Nos deteníamos a mirar el escaparate de una tienda de bebés. Yo sentía una mezcla de curiosidad, angustia y aturdimiento, observaba aquel mundo conformado por menudencias y tan desconocido para mí. Pero quería irme, se apoderaba de mí una extraña inquietud. Diego me llevaba hasta una freiduría, que tenía la vitrina llena de bolas de arroz doradas por el aceite…

—¿Comemos unas croquetas?

Yo daba dos mordiscos y ya me entraban náuseas; Diego comía por mí, tenía la boca llena de arroz, de felicidad.

Fue el tiempo blanco de la espera, de los sueños que se extendían en una larga vela. Si cerraba los ojos veía esos círculos evanescentes que se aprecian en el sol, cuando los rayos caen sobre los párpados, y se apodera de nosotros un cansancio solemne, de ocio estival.

Luego vino la serpiente. Atravesó el blanco con su manto escamado y dejó atrás el halo grasiento de aquel paso.

Un día fuimos a un parque. Los pies de Diego junto a los míos en el follaje rojizo, en lo alto el cielo cubierto por las copas de los árboles, rodeados por aquel olor de vegetación y de pipí de perros. Era un día espléndido. Solo yo vi la serpiente, una inofensiva culebra de río que me pasó por encima del zapato. Era muy extraño que estuviera allí, en aquel parque urbano infestado de hocicos de perros. Fue un instante y luego abandonó el camino en el que nos encontrábamos para adentrarse en el verde que rodeaba a los arbustos.

—¿La has visto?

No, él no la había visto. Se agachó junto al arbusto, cogió un palo y hurgó entre la vegetación, pero nada, la culebra ya no estaba. Dejamos atrás la serpiente y yo fingí que no pensaba en ella.

Era la primera ecografía, estábamos a oscura en la pequeña habitación de aquella consulta médica. El gel que me habían puesto en la barriga estaba frío, tenía la consistencia de una estela desagradable. El médico movía su instrumento, lo deslizaba sobre aquella masa húmeda. Pensé de nuevo en la serpiente. En aquel ser asqueroso que se había deslizado por encima de mi pie. El médico mantenía un rostro impertérrito. Me presionaba con el instrumento en el bajo vientre, junto al vello púbico. Ahí estaba el embrión, un puntito negro en el magma uterino, pero no había latido… Faltaba aquella intermitencia blanca. Aquel ruido como un caballo al galope del que hablaba el libro. El médico me miró, me preguntó si quería hacer una ecografía vaginal. Asentí sin saber a qué accedía exactamente. Solo quería una cosa, quería sentir el corazón. Diego estaba allí… Sus ojos de íbice a la expectativa, clavados en el monitor, en la boca huraña del médico. La sonda entró en mi cuerpo, se abrió paso. Luego salió con su guante de celofán y su gel, salió como un mero instrumento médico, de postración, de tortura.

No había latido.

—Quizá aún es pronto —dijo el médico—. Quizá se han equivocado y lo concibieron más tarde de lo que creen. —Rellenó el informe y nos dijo que repitiéramos la ecografía dentro de una semana, como muy pronto; luego hizo entrar a la otra mujer que esperaba… Una mujer con una barriga enorme, de al menos siete meses.

Nos paramos en un bar. Pedimos dos tés, dos etiquetas de papel que sobresalían de una tetera metálica. La plancha estaba sucia y desprendía un olor a grasa fría. Un grupo de chicos celebraba algo con mucho alboroto… Diego tenía una sonrisa que pretendía consolarme pero que ni siquiera lograba consolarlo a él. Un destello amargo le teñía los ojos. Me cogía la mano sobre la mesa sucia, la cubría con la suya, como una tienda, como si quisiera sofocar allí debajo todos mis pensamientos.

—La serpiente —dije—. Esa maldita serpiente…

Nos bebimos aquel té tan malo, hecho con el agua de la cafetera, con un retrogusto químico de detergente. Diego se levantó, regresó mordisqueando una galleta, con el mentón sucio de azúcar. Me hizo cosquillas, me puso la galleta en la boca, me dijo que la mordiera, que comiera.

—Ya verás como va todo bien.

Repetimos la prueba de la HCG al día siguiente. Me pincharon el brazo. Miré hacia el otro lado, a la pared, el frasco del alcohol sobre el carrito metálico junto al algodón. Salimos de la consulta. Había gente que discutía, pobre gente que apestaba a autobús abarrotado, gente con el número de su turno en la mano, bocas llenas de amargura. Nos metimos en un bar mejor. Entró un tipo robusto y locuaz. Conocía a Diego, era un publicista, uno de los que le daba trabajo. Lo abrazó y le endilgó un discurso sobre un proyecto que tenía. Era un poco entrometido, un tipo escandaloso, con un tono de voz estridente. Nosotros parecíamos dos lémures… Dos pobres fantasmas que se encontraban en la tierra por error. Diego sonrió de modo exagerado para infundirse ánimos. Me presentó, alargué la mano, huesuda. Regresamos a casa. Más tarde Diego bajó a recoger los resultados del análisis. Lo vi volver desde la ventana… Cruzaba la calle del mercado entre

los tenderetes que se estaban desmontando. El semblante tenso, el sobre en la mano. Lo abrimos juntos en el sofá. Llamé a la ginecóloga. El nivel de HCG era demasiado bajo.

Perdí el bebé al cabo de dos días. Estaba en la redacción, sentí algo que me corría por las piernas y me levanté, asustada. Me bajé los pantis y lo demás en aquel baño minúsculo con las repisas llenas de resmas de papel y cajas de bolígrafos. El pequeño pantano de sangre y coágulos no se había detenido… Taponé la hemorragia con toallitas de papel para las manos… Me quedé de pie… Alucinada, apoyada en la pared. Mientras tanto, me miraba en un pedazo de espejo y veía un rostro demudado. Estaba asustada y lúcida como un ser recién incorporado a la nómina de asesinos por un impulso súbito, por una circunstancia desafortunada… Intentaba limpiar las pruebas, el agua rosa se perdía por el desagüe del lavamanos, del bidet.

Me puse un fajo de toallitas de papel para las manos entre las piernas y me apoyé en la puerta a la espera de que se detuviera la hemorragia. La sangre atravesó el papel en un instante, me quité el amasijo de papel de un rojo increíblemente intenso y me puse más toallitas. Nunca había visto tanta sangre en mi vida.

—Ven a buscarme.

—¿Te ha pasado algo?

—Ven a buscarme…

Lo esperé fuera, sentada en el bordillo donde solía colocarse un pordiosero, que ya se había ido. Diego llegó corriendo, oí sus pasos, que resonaron como bofetadas sobre el adoquinado. Me lancé sobre él con la boca abierta. Hundí la cara en su chaqueta…

«Lo he perdido. Lo he perdido. Lo he perdido».

En el hospital encontramos un clima tranquilo: enfermeros que fumaban pegados a una radio que retransmitía un partido de copa, una luz cálida… Un edificio antiguo del centro. Largas escaleras de mármol oscuras por las pisadas. Faltaba poco para Navidad, la gente estaba en la calle comprando

los regalos e incluso el hospital parecía semidesierto. Había dejado de llorar, solo me caían algunas lágrimas, como un cielo exhausto.

Me visitaron y me hicieron una ecografía. Me pasaron un trozo grande de papel para limpiar el gel de la barriga. El médico de guardia sonrió. Era un hombre robusto, con una voz sonora de vendedor ambulante.

Me dijo que había sido afortunada, que la hemorragia me había salvado de un raspado. En cuanto al resto… No se trataba de un aborto propiamente dicho.

—Son óvulos ciegos —dijo—, el cuerpo los libera de forma natural.

Como era joven, podía volver a intentarlo casi de inmediato.

—Son episodios muy frecuentes.

De modo que volvimos a casa, con las manos vacías y el vientre vacío… Reconfortados por las palabras de aquel médico experto. No era necesario hacer un drama, tan solo teníamos que seguir adelante. Encendimos las luces de casa y nos enfrentamos a la noche. Diego abrió la enésima botella de vino, la mejor que teníamos en casa. Quería dejar atrás aquel estado de ánimo. Se acercó el tapón de corcho a la nariz, lo olió y dijo «joder, qué vino». Nos consolamos así, con una copa de vino tinto de un tono muy intenso. Las cosas habían ido así… lástima. El vino era excelente, me hizo entrar en calor. Aquel niño no era nada, se había ido entre los coágulos, sin un cuerpo visible… Solo una mísera purga. Una muerte sin féretro, sin funeral. Un luto que no íbamos a tener que guardar.

Cogimos el libro sobre el embarazo y buscamos en el breve diccionario que había al final «óvulo ciego». No aparecía. Cerramos el libro y lo tiramos en una esquina. Diego intentó hacerme reír. Se levantó y volvió con una venda en los ojos, se restregó contra mí, buscándome a tientas.

—Aquí me tienes, soy yo… soy tu óvulo ciego. —Pero la luz de la lámpara iluminaba su tristeza.

—Lo que ha pasado significa que no era nuestro hijo. Los hijos que tiene que venir, vienen, estáte tranquila.

No volvimos a hablar del tema. Me apunté al gimnasio, donde mi cuerpo enjuto era un privilegio, una condición necesaria. No estaba del todo segura de querer intentarlo de nuevo.

La tristeza no nos abandonó durante un tiempo, pero luego nos acostumbramos y retomamos el ritmo de antes. La neblina de los malos pensamientos se disipó. Los días transcurrían en aquella casa. Pasaban por las escaleras de mármol, por el piano cerrado, por mi bufanda colgada en la entrada junto a su cazadora de motorista. Habíamos reencontrado aquella vida dócil, formada por pequeñas cosas. Pero también por milagros. Como aquel día, cuando lo encontré por casualidad.

Paso junto al Tíber con la moto, me detengo en un semáforo con la mirada perdida en el tráfico, en la barahúnda de la vida cotidiana, y lo veo. Camina, cruza la calle con la bolsa que pesa demasiado y le está lesionando un hombro. Toco la bocina, se vuelve pero no me ve, acelera el ritmo en el paso de peatones. Entonces me acerco a la acera y dejo pasar el torrente de coches. Lo sigo un tramo, a paso de peatón, a su lado. Luego lo llamo.

—Diego…

Se vuelve, me reconoce y deja caer la bolsa para abrazarme.

—¡Estaba pensando en ti! —grita—. Estaba pensando en ti y entonces llegas…

Me abraza, nos hemos visto hace unas horas, por la mañana, pero es como si no nos viéramos desde hacía meses… Es una sorpresa, un regalo.

Caminamos un rato junto al Tíber, cogidos de la mano como dos turistas. Últimamente no hemos pasado una buena época, sus cuidados no han bastado para recuperarme. Tengo una arruga de perplejidad en la frente que no me abandona. Mi trabajo no me satisface, tengo siempre el mismo humor, de carcelero indolente. Floto en el mundo sin optimismo, con la mirada llena de preguntas. Aquel niño perdido está lejos de mí, expulsado precipitadamente… Pero tal vez esté allí, en aquella arruga.

Es hermoso encontrarse por casualidad un día cualquiera. Lo cojo de las manos y no quiero soltárselas. Sus ojos me resarcen de todo.

—¿A dónde ibas? —le pregunto.

—A ninguna parte. Volvía a casa, contigo.

—Amor mío.

—Amor mío.

—No estés nunca triste…

—Vivo solo por ti.

Pasa un coche, derrapa y casi nos roza… Podría acabar así, por error, en un abrir y cerrar de ojos.

Bajamos a la orilla del río, a aquella ribera sucia que tanto nos gusta, que nos ha visto cuando nos sentíamos pequeños y estúpidos. Que nos ha visto bailar desnudos abrazados, acunados por REM.

¿Dónde estará nuestra barcaza? ¿Dónde están aquellas pequeñas golondrinas rezagadas que se detenían a beber? Aquí abajo se camina con despreocupación, la ciudad se alza sobre el gran muro de ladrillos negros; aquí abajo solo hay el canal imponente que arrastra esta agua pesada.

Hacemos el amor esa noche… Hemos dejado la puesta de sol en el río, allí abajo, junto al olor de alcantarilla y de recuerdos. Hemos subido a la ciudad. Es ahí donde vivimos ahora, en la metrópoli que en ocasiones nos roba, nos descarna, reduce nuestras vidas a una serie de hilos frágiles. Subimos abrazados… Podíamos hacer el amor allí abajo. Tirarnos en aquel fango o en aquella pocilga. Pero me falta el valor, tengo frío, tal vez empiezo a envejecer.

«¿Aún amas mi corazón?».

«Siempre. Siempre tú para siempre».

«¿No piensas que he cambiado, que soy peor? ¿Miedosa, mezquina, que me escudo en mis jerseys, con mi paso raquítico?».

«Pienso que desprendes un aroma que me gustará siempre».

Hacemos el amor en nuestra cama. Y es la primera vez, tras varios meses, que recuperamos la esperanza, con su languidez, su lengua trepidante. Que lame de forma incansable.

Veo al bebé más veces… Siempre él, Siempre el mismo. Sin embargo no recuerdo su rostro, nunca se muestra por completo. Está allí inmóvil, al fondo de una estación, con las piernas colgando de los listones de madera

de un viejo asiento. El bebé está allí, como un pequeño ferroviario con su linterna, en la niebla, que avisa a los trenes para que se pongan en marcha, para que se den prisa.

Nosotros también partimos, nos vamos a París. En el Centre National de la Photographie había una exposición de Joseph Koudelka a la que Diego quería ir. Vimos el pájaro colgado del revés del cable y el ángel sobre el burro. Salimos desfallecidos, en silencio. Nos paramos a comer *oeuf à la neige* en una terraza frente al Beaubourg, mirando fijamente el gran reloj digital que mostraba los segundos que nos separaban del Fin de Año del 2000. Aquella exposición de gitanos en la carretera, aquel viento, hizo que nos entraran ganas de dejarlo todo, de abandonar Roma e irnos de viaje. Era una idea que, de vez en cuando, nos corroía por dentro. ¿Qué sentido tenía vivir en Roma, una ciudad donde no teníamos amigos de verdad, donde para sentirnos nosotros mismos teníamos que bajar a caminar por la orilla de aquel río asqueroso, que nos parecía el único músculo vivo?

Compré la prueba de embarazo en el viaje de vuelta, en el aeropuerto. No le dije nada a Diego, me fui un momento y volví con un paquete de chicles y un tubo de aspirinas francesas. Intenté postergar aquel pensamiento. Abrí la maleta y metí la ropa sucia en la lavadora. Dejé la prueba de embarazo en la bolsa hasta la noche, hasta haberla olvidado de verdad.

Esperé al silencio nocturno de la casa, de las calles que se vaciaban. Voces lejanas de personas que salían de un restaurante, que se quedaban a hablar junto a un coche aparcado. Fui al baño y puse la varita bajo el chorro de orina. Le puse el capuchón y dejé la prueba en el borde de la bañera. Esperé sin mirar. Me desmaquillé y me cepillé los dientes. Me volví para ver el resultado. Estaba embarazada de nuevo.

Fue una felicidad contenida. Ya era una experta, sabía que análisis me tenía que hacer, cuáles eran los valores de los niveles hormonales, podía evaluar

mi estado con ojo científico. No quería ahondar en mi interior. La voz de esa necesidad empezaba a ser demasiado fuerte.

No se lo dijimos a nadie. Durante días caminamos con aquella expectación en el nudo que formaban nuestras manos. Fingimos que vivíamos con normalidad.

Los primeros análisis hormonales fueron correctos.

Esperamos a hacer la ecografía hasta al cabo de unos días. No había latido. La sonda lo buscó en vano, comprimiendo mi carne con fuerza. La sala permaneció a oscuras, sin ningún corazón.

El médico encendió la lámpara que tenía sobre la mesa, cogió el informe y el bolígrafo.

—Quizá aún es pronto… Quizá se han equivocado con la fecha de la concepción.

No nos habíamos equivocado, no habíamos vuelto a hacer el amor para no causar trastorno alguno a las células.

Llegué a casa sin fuerzas. Me tiré en la cama, me tapé por completo, hasta la cabeza, para encerrarme en la oscuridad…

«Quiero dormir, déjame dormir».

Me quité los zapatos y me arranqué la ropa… A la mierda, a la mierda con todos y con todo. Otro óvulo ciego, otro embrión débil, otra araña sin corazón. Miraba los cortes del viejo parquet… ¿Dónde se había escondido aquella desgracia?

En esta ocasión me tocó el raspado.

Diego me acompañó hasta la puerta de cristal opaco, caminó junto a la camilla, sin soltarme la mano en ningún momento.

Estaba más serena, había aceptado aquella injusticia. Diego estaba pálido, hablaba en voz demasiado alta, bromeaba con la enfermera que me llevaba al quirófano.

—Te espero, pequeña… Estoy aquí, no me muevo… Estoy aquí.

Me acarició el pelo con una mano pesada y firme. Me miró con demasiada intensidad. Tenía los ojos de un color distinto, más oscuros… Las pupilas dilatadas habían devorado el iris.

Luego me dijo que se había fumado un porro. Mientras esperaba, descendió a la planta baja, se metió en la capilla del hospital y se sentó bajo la luz de neón frente al cuerpo de una virgen de plástico. Solo estaban una monja y él, sentados uno junto al otro durante un rato. No recordaba ninguna oración, por lo que la monja le echó una mano con un avemaría.

Salí con los ojos abiertos.

—No quiero verte sufrir más, amor mío.

Pasaron meses, uno junto al otro, inútiles como un vagón de tren abandonado.

Me compré ropa nueva. Un par de botas que se me ajustaban al pie como un guante y un abrigo con una cintura alta y ceñida sobre las caderas demasiado estrechas. Mi cabeza parecía más pequeña. Me había cortado el pelo, quería sentirme el cráneo. Los ojos sobresalían en todo aquel montón de tejidos oscuros y pesados, como los de un animal… La herida oculta bajo el pelo brillante.

Diego me miró casi asustado, pues le gustaba mucho mi pelo. Me dijo que siempre estaba guapa, que así resaltaban más mis facciones. De repente se hallaba junto a otra mujer, una mujer con cara de zorro, con el rostro huesudo y la mirada fija, inescrutable.

No quería hablar del asunto.

En aquel entonces, a Diego le iba bien el trabajo. Por la mañana daba clases en una academia privada de fotografía. Salía antes que yo para llegar a tiempo a la clase de las ocho y media. Sus estudiantes lo idolatraban, lo seguían como un grupo de fieles. Si había la luz adecuada, los llevaba a practicar al aire libre, lejos de los estudios para posar que tanto odiaba. Grupos de motocicletas recorrían la ciudad, desde los parques del centro a las balanzas de los pescadores en la desembocadura del Tíber. Los estudiantes lo imitaban, se tiraban al suelo junto a él y capturaban imágenes del revés, torcidas. Las chicas le tiraban los tejos, muchas eran guapas, con una toque de extravagancia algo ostentoso. De vez en cuando, a mediodía

cogía la moto y lo esperaba para comer un bocadillo juntos. Él llegaba tarde, sonriendo… Yo me acercaba con mi cara de zorro.

—Qué guapa es esa…

Asentía sin convicción, sin interés. No miraba a las mujeres. Cuando estábamos en el bar, y sus estudiantes comían en la mesa de al lado fumándose un porro, él miraba los perros que pasaban por la calle. Le gustaban los de caza, con las orejas grandes, el morro fino y el pelaje corto y de manchas.

Pero yo no quería tener un perro y buscaba excusas, las típicas: que había que sacarlo a la calle, que ya no tendríamos libertad para irnos cuando quisiéramos, entrando y saliendo de casa sin horarios, como estábamos acostumbrados a hacer. En realidad, no quería sucumbir a la idea de que empezábamos a estar un poco tristes, que teníamos la necesidad de que otro ser vivo invadiera el silencio de la casa, de los pensamientos que me asaltaban cuando estaba sola… Cuando él estaba solo. El pensamiento de aquel hijo que no había llegado.

Recuerdo perfectamente las últimas semanas de 1989. Sucedieron tres cosas: cayó el muro de Berlín, murió Samuel Beckett, chupado como un palillo, y el mismo día falleció Annamaria Alfani, mi madre. Fue una muerte incierta, como toda su vida. Una mañana empezaron a salirle hematomas. Se puso pálida como la cera, mientras las piernas y la barriga se le llenaban de manchas oscuras.

No fue una enfermedad larga, apenas tuvo tiempo de cebarse en ella. Lo único que me pedía mi madre era *stracchino*, el queso cremoso de Lombardía, su único antojo. Así, a la hora del almuerzo salía de la redacción, pasaba por una magnífica tienda de *delicatessen* y corría para estar junto a ella. Se lo daba con una cucharilla y le limpiaba la boca. Me quitaba los zapatos y veía un poco la televisión tumbada a su lado, en la cama. Hacían el concurso de las alubias, en el que había que adivinar cuántas judías había en el bote de cristal. Un día, mi madre dijo tres mil setecientas veintitrés y acertó. Miró su fin con los mismos ojos que fijaba en la pantalla del televisor. Sin un verdadero interés, con la mente en otra parte. Fue un ejemplo.

Se fue serenamente, con las manos sobre el cuerpo, que entrelazó ella misma. Era una de sus posiciones preferidas; a menudo se quedaba así, con una mano sobre la otra.

Mi padre adelgazó, se quedó en los huesos. Lo invitaba a cenar pero nunca venía, así que iba a cocinarle a casa e intentaba hacerle las albóndigas de Annamaria. Pero Armando se quedaba sentado en la cocina, mirando los azulejos, sin tocar apenas el plato.

Gojko se tapa la cabeza con la chaqueta, vuelve a llover. Cruza la calle para comprarse los cigarrillos. Enciende uno bajo el agua, se lo fuma aunque esté empapado y lo tira a la mitad porque se ha apagado. Se vuelve hacia mí, le veo la cara y, con el pelo pegado en la frente y aquella chaqueta sobre la cabeza como un manto, parece una mujer, parece su madre.

Hemos salido de la galería de arte. Nos dirigimos al restaurante, junto con un pequeño grupo de personas. Tengo miedo de mi corazón, de la mano del dolor, inmóvil ahí. Me gustaría que Gojko no se volviera más para mirarme, que me dejara desaparecer. Me detengo junto a un escaparate de joyas y me fijo en un alfiler en forma de rosa con una filigrana en plata…

—¿Te gusta?

No me había dado cuenta de que Pietro estaba detrás de mí. Está aquí, respira a mi lado, su aliento empaña el cristal del escaparate. Lleva puesta la capucha de la sudadera, azul como sus ojos, que esta noche parecen negros. Señala el centro del escaparate, la rosa que descansa sobre un mísero cojín de terciopelo.

—¿Te gusta?

—¿El qué, cariño?

—El alfiler de ahí… La rosa.

Asiento.

—Es bonita, sí.

Me quedo respirando contra el cristal, contra la rosa. Diego me hizo la misma pregunta, señalando un escaparate que no estaba muy lejos de éste, en el mismo mercado turco, una rosa hecha de filigrana de plata. Me la

prendió en la blusa cuando nos encontrábamos bajo las escaleras de una cervecería…

Pietro me mira… Ve que me balanceo, como una borracha.

—¿Estás cansada, mamá?

—No… No…

—Es por las fotos… ¿Verdad?

Me vuelvo hacia mi hijo, hacia su cara larga y huesuda como la de su padre.

—¿Te han gustado?

No responde de inmediato, menea la cabeza y se muerde un labio.

—Son duras…

Es la primera vez desde hace meses que me parece sincero, la primera vez que no veo esa risita inefable oculta tras el semblante tenso.

Busco su mano y la cojo, está fría.

—Lo siento, hijo.

Veo que engulle algo, que la garganta se mueve en la oscuridad.

—Diego era bueno, uno de los grandes.

Observa el escaparate, la rosa sobre el cojín.

—No me parezco a él, ¿verdad?

—Eres igualito.

—Eh, pequeña… —Entra y sonríe.

Es la sala de espera de una consulta médica privada. Un acuario glacial. Frente a mí hay un sofá de cuero vacío, idéntico al mío, de color perla. Las ventanas tienen el marco de hierro, ejemplos de arqueología industrial, un gran cuadro abstracto ocupa toda la pared… Manchas rojas, burbujas de luz y sangre que navegan sobre un fondo oscuro.

Por suerte Diego ha llegado. En todo el rato que llevo aquí no he parado de mirar hacia la puerta, levemente inclinada hacia delante, con las manos pegadas en las piernas, entre las medias. Y ahora por fin ha llegado, el pelo aplastado y el rostro enjuto que siempre me anima.

—¿Llego tarde?

Niego con la cabeza…

—No, yo también he llegado hace poco.

Se agacha y me besa en la mejilla, lleva el casco en la mano y huele a él, a la ciudad que ha atravesado en moto.

Me besa y se quita los guantes de motorista. Esbozo una sonrisa, torpe y tensa. Me friega los hombros, hace que me encoja.

—¿Tendré que hacerme otra paja? —ríe.

Intento sonreír también.

Cuando el genetista leyó los resultados de los análisis de Diego, asintió con satisfacción: «Por suerte su marido tiene una calidad espermática excelente, de modo que solo tenemos que concentrarnos en usted».

Rompo a llorar. Las lágrimas habituales, en el rostro habitual e impertérrito, sereno. No dice nada, está acostumbrado a ese llanto, es un guión que se repite siempre, más o menos igual.

—¿Quieres que nos vayamos?

Diego no hace más que repetírmelo, «si va a convertirse en una tortura, lo dejamos». Soy yo quien insiste, quien pide las citas.

—¿De dónde vienes? —le pregunto.

—Del estudio.

—¿Tienes que volver?

—No te preocupes, me esperarán.

Ahora solo hace fotografías para publicidad. Se adapta al gusto de los clientes, ya no ensucia las imágenes, hace lo que le piden, fotografías límpidas como el cristal. No es un trabajo creativo, por eso le gusta. Dice que pone el piloto automático.

Necesitamos mucho dinero para el tratamiento. Ha pasado otro año. El más atroz de mi vida. El año de la evisceración, del tormento. De las piernas abiertas, de los dilatadores, de las agujas.

Me han inyectado hormonas para estimular la ovulación, luego me han extraído los óvulos para analizarlos. Son de forma imperfecta, los ácidos nucleicos no han seguido la sucesión correcta. Formo coágulos donde no debería. Me han puesto inyecciones de cortisona, de anticoagulantes, luego estimulación ovárica de nuevo. Mis óvulos han mejorado. Al final, han

visto alguno decente. Han centrifugado los espermatozoides de Diego y hemos hecho la primera inseminación autóloga. También hemos hecho la segunda. Empezó el embarazo y había latido. Al cabo de quince días, desapareció. Una semana más tarde me caí de la moto y me pusieron cinco puntos bajo el mentón. El genetista dijo: «Hay algo que no me convence».

Entonces me hicieron una histeroscopia. El genetista sonrió.

—Tiene un septo en el útero, ¿lo sabía?

—¿Qué es eso?

—Es una membrana que divide la cavidad del útero y no permite que arraigue el óvulo fecundado.

Entonces fui, como se acostumbra a decir, al mejor médico. Estaba en Milán. Cogimos el tren y reservamos habitación en un hotel. Me puse la bata verde de una clínica privada. Me extirparon el septo. Diego me ayudó a caminar por aquel pasillo lacado mientras cojeaba, con una mano en el bajo vientre. Nos detuvimos en la nursery y vimos aquel jardín blanco de cabecitas negras. Estábamos a este lado del cristal, del acuario. Nos abrazamos. Me envalentoné y dije: «Quiero lograrlo y lo lograré».

Empecé de nuevo el tratamiento de estimulación ovárica, con el Profasi 500 y el Pergonal 150. Me hinché, tuve cambios de humor y la libido me bajó a niveles antárticos. Seguí las reglas a rajatabla, no volví a tocar un cigarrillo. Ahora estoy aquí, esperando a que den el pistoletazo de salida para hacerme otra inseminación.

Al final entramos en la sala, larga, con el inmenso escritorio de cristal pulido, el cuadro que parece de Burri, una de sus heridas.

El genetista es amable, tiene bigote, sus manos de hombre de repente… las mueve. Miro su alianza, los pelos negros de los dedos.

Me pongo detrás de la mampara, me quito la falda y abro las piernas. Enciende el monitor, introduce la cánula, hurga. Espero.

Es un hombre honesto, por fin. Se toca la cabeza, abre una mano. Estamos de nuevo en el escritorio y yo vuelvo a tener mi cara de zorro

moribundo. Nos mira, a Diego y a mí, sacude la cabeza, lo siente, dice, de verdad, pero no vale la pena volver a intentarlo.

A pesar de las hormonas, tengo poquísimos óvulos, menos que en la anterior ocasión. Lo dice con una voz más aguda de lo habitual, quizá es la voz que pone cuando hay algún problema. No puedo volver a entrar en ningún programa de fecundación asistida, ni tan siquiera pensar en la posibilidad de recibir un óvulo de una donante porque mi útero está poco desarrollado… «es un útero envejecido», la extirpación del septo ha dejado una cicatriz grande. Por desgracia, son cosas que suceden, son zonas oscuras, tejidos blandos.

La voz demasiado aguda dice:

—Usted es incompatible con la vida, tiene una esterilidad del noventa y siete por ciento… Una esterilidad total, de acuerdo con nuestros parámetros.

Asiento, las manos cerradas forman una rosa de huesos y piel amarilla.

Diego se levanta, se alisa los vaqueros y vuelve a sentarse.

—¿Y ese tres por ciento?

El profesor aprieta los labios…

—Milagros… —sonríe—, estamos en Italia y siempre dejamos una puerta abierta a los milagros, no cuesta nada.

Nos acompaña hasta la salida… No lo había hecho nunca, más allá de la sala donde se encuentra la secretaría, hasta la puerta. Él también lo lamenta, es como un cura que echa a dos fieles de la iglesia.

—Gracias…

Esta vez no quiere un centavo.

Bajamos las escaleras, toco el barniz refulgente del pasamanos. Es un edificio muy bonito, de los años cuarenta, blanco y pulido como un barco.

No sufro más. Ya he padecido bastante. Quizá me siento aliviada, incluso. Nunca seré madre. Toda la vida soltera. Envejeceré así, delgada y sola. Mi cuerpo no se deformará, no se multiplicará. No habrá Dios. No habrá cosecha. No habrá Navidad. Hay que buscar en el mundo, en su

aridez, en sus momentos más duros, el sentido de la vida… En estas tiendas, este tráfico. Envejeceré así. Muerta, tal y como me siento. Serena y en paz porque ya he traspasado.

El vado de la vida está aquí, en esta calle que cruzo con las piernas de siempre. Llevo un cartel colgado en el pecho, como los pobres en el cuello, como las placas de los perros. MUJER ESTÉRIL.

Abro las ventanas. La casa me parece oscura, quizá las paredes están sucias, se han ennegrecido por el polvo que sube de la calle. Al fondo hay una habitación vacía. Es donde tendemos la ropa los días que hace mal tiempo, y así ha quedado, inutilizada desde que hicimos reformas. Era la habitación destinada al bebé.

El pasillo es largo, ideal para jugar a pelota y andar en triciclo.

Camino con la boina y mi abrigo de gendarme por las calles de siempre.

En la redacción me he vuelto más distante. Con las mujeres. Saben que he tenido problemas, pero no toda la historia.

Mientras esperamos a que el café caiga en el vasito de plástico, Viola me dice que está embarazada y la abrazo. Soy bastante sincera. Cuando su vientre toca el mío nos pasa la corriente. Sonrío, quizá es culpa de los vestidos, de las porquerías sintéticas con que los hacen. Ella asiente y enciende un cigarrillo. Ha abortado dos veces, pero esta vez quiere tenerlo. Ya tiene treinta y siete años.

—Luego llega la fecha de caducidad, como con el yogur.

Más tarde, cuando no me ve, le miro la barriga. Le deseo lo mejor. Es una de esas personas que lo ha pasado mal y que se hace querer. Sin embargo ahora me da rabia que esté en la misma habitación que yo, me parece una dejada y una estúpida.

Traduzco un artículo del inglés sobre la impotencia masculina. Un hombre entrevistado dice: «Si eres ciego puedes pedirle a tu mujer que te permita ver con sus ojos… Si eres impotente no puedes pedirle que haga el amor por ti…». Rompo a llorar.

Ahora el mundo está dividido en dos. Yo formo parte de la mitad rencorosa. Como los bosques quemados, los mares ahogados por las algas y las mujeres de Chernóbil.

Diego viene a buscarme. Meto el brazo bajo el suyo, rígida, desconcertada. De repente tengo la sensación de que la ciudad está llena de mujeres embarazadas. Antes no reparaba en ello, ahora me parecen un ejército, un impávido batallón que marcha contra mí. No las miro cuando pasan a mi lado. Las detecto de lejos con el olfato de un perro. Espío a Diego con el rabillo del ojo.

Voy al peluquero y tiendo las manos a la esteticista. La miro mientras me lima las uñas y me corta las pieles. Es un placer que mi cuerpo, estéril, no percibe. La muchacha proletaria se agacha junto a mí en aquel salón de belleza, tiene un pecho opulento y un vientre fértil, folla con su novio, toma precauciones para no quedarse embarazada, tira los hijos con los preservativos… seguro que es más feliz que yo. Le dejo una buena propina, me sonríe con unos labios gruesos, tiene la piel lustrosa y una mirada audaz. Quizá la odio. Odio la fertilidad de los pobres. Odio a la mujer somalí que limpia la escalera de nuestro edificio… A veces trae consigo a su hija. La niña se queda en una esquina, sigue a la madre por los escalones, lee un tebeo o juega en silencio. Paso junto a ellas y sonrío a esa sabandija.

Es Navidad. No nos apetece quedarnos en Roma, en esa barahúnda de tiendas y pesebres. Nos vamos a la montaña, a un hotel que parece hecho de mazapán. Hacemos un tratamiento termal, nos cubrimos de barro verde, nos envolvemos en el lujo de unos albornoces blancos. El hotel tiene unas vidrieras de luz amarilla que dan a la nieve. Después de cenar nos quedamos mirando aquel hechizo… aquel aburrimiento. Pedimos las llaves de la habitación y subimos. La cama es grande y hay una chocolatina sobre

la almohada. El grifo está abierto, miro el agua que sale y se malgasta. Si tuviera un hijo cerraría el grifo y me preocuparía del mundo y de su sed. Esta luna de miel prolongada ya no me gusta, me parece que se ha echado a perder, es una idea desafortunada.

Al día siguiente, vamos a jugar a bolos por la tarde. Ha sido Diego quien ha insistido, para que nos divirtamos un poco. Hay varios jóvenes jugando, es un ambiente de telefilme americano. Botas sucias de nieve en la entrada. Nos tomamos un cacao con pajita servido en un vaso enorme y comemos un perrito caliente. Lanzamos las bolas negras, corren por la pista barnizada y se estrellan contra los bolos que hay al final, en un estruendo infernal. Me gusta este ruido, hay que gritar para hablar. Y me gusta gritar. Nos reímos como adolescentes. Hemos dado un paso atrás en la vida, y eso no está nada mal. Para no sufrir hay que hacer un poco el tonto. Tengo las mejillas sonrojadas, la mirada encendida. Diego me abraza con fuerza y me besa en el cuello. Me ayuda a no perder el equilibrio, a lanzar la bola.

Miro los bolos alineados al fondo. Pienso en bebés. En ese ejército de niños que, a menudo, llegan a lugares donde no deberían, donde nadie los necesita. Cojo carrerilla, echo el brazo hacia atrás y tiro la bola con toda mi rabia.

Al llegar a la habitación Diego se come la chocolatina. Se vuelve.

—¿Por qué no adoptamos un bebé?

Es un hombre fértil, puede permitirse el lujo de ser magnánimo. Me entran ganas de darle un puñetazo. Sonrío y espero. A que las aguas vuelvan a su cauce.

Me dan miedo los hijos de los demás. Me da miedo el mapa genético, el bagaje que trae de origen. Hay que tener valor para encomendarse al torno de las inclusas. Estoy encerrada en mi cuerpo sellado y precintado. Que el mundo se quede con sus hijos y yo me quedaré con mi incompatibilidad con la vida.

Lo miro y sonrío.

—No estamos casados. Podemos apadrinar un niño a distancia.

A distancia.

OceanofPDF.com

Es una iglesia

Es una iglesia del centro, llena de adornos de oro barrocos, de bóvedas ungidas, de luces reflejadas en frescos, de intensas alegorías.

Es época de arrepentimiento, de calvario. De cuaresma, que ya se aproxima. Me siento en una pequeña silla dorada bajo una bóveda lateral, al fondo, a oscuras, con solo un par de viejas solteronas, de mujeres que no han tenido que albergar fruto alguno en sus pobres cuerpos.

Me avergüenzo de creer. De abandonarme a esta edad media. He estudiado el origen científico de la vida, de los microorganismos que habitan los mares, el pensamiento de los agnósticos, las reflexiones de los místicos más libres… He hecho el amor, me he casado y separado, he viajado, nunca me he nutrido de prejuicios. ¿Qué hago aquí dentro, con estas beatas? Es un miércoles por la tarde. Las tiendas están llenas de huevos de chocolate… Los niños esperan las sorpresas y Él, su calvario.

No me siento a gusto sentada aquí, sino desplazada, como alguien que roba, como esos turistas que entran sin fe, solo para echar un vistazo a los frescos, con sus máquinas fotográficas, con el bocadillo aún en la boca. Quiero irme de inmediato y, sin embargo, me quedo y lloro.

Siempre he creído que podía dominarlo todo, que podía controlar todos mis pasos. Durante años he tomado la píldora. Qué ironía.

Permanezco sentada con las manos aferradas al asa del bolso, donde guardo la cartera panzuda llena de tarjetas de crédito, con mis documentos, mis señas de identidad: ojos azules, pelo castaño, sexo femenino. Vientre muerto.

Soy una mujer herida por la inteligencia, todo aquello que parecía ayudarme ahora me deja.

De la fe no obtengo el valor. Tampoco la inocencia.

Dios no es más que un cómplice remoto de los menoscabos de los hombres.

Sin embargo, el genetista habló de un milagro, de una posibilidad remota vinculada a lo inasequible. He entrado aquí en busca de ese milagro, esa es la verdad. He llevado a cabo este grotesco intento y ahora me voy con el rabo entre las piernas, desmoralizada por esta fe etérea que no me permite confiar en la obtención de algún premio.

Estoy a punto de levantarme, pero algo me retiene, me hace inclinar la cabeza. Es una mano que me obliga, que me guía hacia la humildad.

«Tal vez no creo en Ti, pero quizá Tú eres tan pródigo como para creer en mí…».

Ahora he aprendido a rezar.

«… Dame la posibilidad de encontrar una señal mejor… solo te pido esto».

Me santiguo con el agua bendita. El arcángel Gabriel está a mi lado, en una anunciación que destila pavor. La Virgen es pequeña, mísera, aplastada por la visión. Por el deber.

En el gimnasio dedico un buen rato a ponerme cremas. Cuando hago el amor me inquieto, tengo miedo de volver a la luz. Me concentro buscando en el fondo de mí misma un placer firme, reprimido en una soledad lejana. Todo me molesta, incluso el más mínimo ruido. Diego se deja caer a mi lado. Somos dos cuerpos separados.

Él me mira la espalda. Me dice que no tenemos por qué hacer el amor, que podemos quedarnos así, abrazados…

Miro su cuerpo desnudo, sus testículos fértiles.

Le agredo, le exijo una violencia que no es suya.

Si follamos estamos a salvo, somos una pareja. Si no, ¿qué somos… qué seremos?

Tengo un vientre duro, musculoso. Sé que le gustaba más antes, cuando mi barriga era una bolsa cálida, llena de sonidos benignos, de telarañas

blancas. Sé que me mira con nostalgia. No me importa. Esta dureza me sirve de escudo. Ya no tengo el vientre de una madre, mejor que se acostumbre a ello, seré una amante durante toda la vida. Un ser ideal para el sexo sin consecuencias.

Me molestan sus ojos, su nostalgia. Me molestan esas fotografías en la pared. A veces me da la sensación de que todos los pies, todos los charcos que me espían se burlan de mí, de mi imperfección. Hay algo oculto en esta casa que nos ha traído mala suerte.

Los anteriores inquilinos tampoco tuvieron hijos.

«Pero se quisieron mucho», me dijo el portero. No me queda más remedio que confiar en tener la misma suerte. Pienso en la vida que nos espera… en la vejez, en nuestras cuatro piernas solitarias.

La muchacha proletaria que me hace la manicura me pregunta por qué no tengo hijos.

Me entran ganas de decirle que se meta en sus asuntos, hojeo una revista, no levanto la mirada.

«Mi compañero no quiere», le digo.

La chica se da por satisfecha con la respuesta, dice que según las encuestas hay muchos hombres que no quieren tener hijos, que tienen miedo de que sus mujeres dejen de prestarles atención.

Vete, muchacho. Vete, Diego.

De vez en cuando pienso que tendría que buscarse a otra, una de sus estudiantes. Una que tenga los ovarios llenos y un útero sin cicatrices.

Si no me amara sería más fácil.

Me quedo frente al estudio fotográfico. Imagino que lo veo salir con alguna, que lo sorprendo mientras se besuquea en la oscuridad de una pared, mientras se come la lengua con otra, y se llenan de babas como hacíamos nosotros. Tiemblo y, sin embargo, lo espero. Para salir de este

limbo, para emprenderla a patadas con él en mitad de la calle, para echarle en cara que tengo razón yo…

No obstante, ahí está, solo o acompañado, da igual. Siempre es él mismo, el gorrito de lana, el rostro delgado. Su cuerpo largo e inclinado. Me saluda y se dirige hacia la moto. La bolsa en bandolera le corta la espalda, algo encorvada, en diagonal.

Nos sentamos a la mesa. Los cuatro codos… muy cerca, como cada noche. Es una mesa grande, la nuestra, donde cabrían, al menos, un par de mocosos. Sin embargo, nadie ensucia nada. Llevamos una vida acomodada, estéril, organizada. Después de cenar no queda ni un rastro de suciedad, en un instante no hay ruido. Metemos los dos platos en el pequeño lavavajillas. Nos hemos convertido en dos personas demasiado educadas, demasiado atentas la una con la otra. Cierro el lavaplatos, se enciende la luz roja y empieza el zumbido de cosas que se están limpiando en la oscuridad…

—Seguro que tarde o temprano encontrarás a otra… con quien tener un hijo.

Se lo digo de espaldas, encerrada en mi cuerpo delgado, en mi jersey de cachemira negro.

—Te entendería, te quiero demasiado… —sonrío, me toco la cabeza, mi nuevo corte de polluelo recién salido del cascarón.

Diego me agarra por la nuca y me vuelve hacia sí con fuerza.

—Yo no te quiero, tonta. Te amo.

Todos nuestros amigos empiezan a tener hijos, sus casas huelen a lavadoras tendidas en casa, a papillas e infusiones de hinojo… Me invento excusas para no ir a verlos. Me convenzo de que son unos pesados, de que huelen a sofrito, a reclusión doméstica. Me compro un vestido nuevo. Gastar dinero me proporciona breves ráfagas de saciedad. La delgadez se convierte en virtud en los probadores de las tiendas, los tejidos se adhieren a mi vientre plano… Me gusta pisotear las cosas que pruebo y descarto. Quizá soy más atractiva. A veces, mientras me maquillo, imagino que alguien me da un

puñetazo en la cara, con un guante de boxeo, que me aplasta la nariz y me machaca los ojos.

Vamos al cine, a conciertos, a los restaurantes de los gays y de los artistas, de la gente que piensa en sí misma. Dejo el abrigo de Armani en el guardarropa, me dirijo hacia la mesa pisando fuerte con mis tacones.

Acabamos de pedir un buen vino y una buena cena. Imagino una matanza, un terrorista que entra por la puerta giratoria y se pone a disparar ráfagas con la metralleta, al azar… Contra las mesas, contra aquella pared de botellas caras. Manchas de vino y sangre. Me levanto para morir. El vientre agujereado por las balas. Muero riendo como el Joker de Batman.

Decido ir a terapia.

Hablo con un hombre, no tengo ganas de ver a una mujer. Me da miedo que sea fértil.

El hombre apenas habla, pero es suficiente para hacerme entender que nunca podrá comprenderme. No creo en la inteligencia. Antes creía, pero ya no. Creo en la naturaleza, en sus ciclos. El hombre habla, con compostura profesional, no quiere ser intrusivo, tan solo proporcionarme herramientas. Pero no me sirven. Entiendo el razonamiento. Entiendo que es una fórmula, una regla aplicada que, por lo general, funciona. No conmigo. Estoy pensando en los granados, en aquellos granos rojos… Estoy pensando en una perra que pare y a la que le estiro las piernas ligeramente para que salga la cría.

Son asociaciones libres de las que debería hablarle. Pero no tengo ganas.

Me levanto, me voy y no vuelvo.

No necesito a aquel hombre.

A veces me acerco a los cubos de basura, a las cajas abandonadas que quedan cuando el mercado cierra. Quizá encuentre a un recién nacido

abandonado. Me río para mí, enfundada en mi abrigo negro. Me estoy volviendo un poco loca. No me disgusta.

Se me pasará, un día dejaré de pensar en ello. Hay mucha gente que no tiene hijos, que no los quiere. Los supermercados están llenos de productos para solteros, de raciones individuales de alimentos precocinados.

Sin embargo, nosotros no somos así. Somos dos personas que dan de comer a los gatos del patio. Hay una paloma que está empollando en nuestro balcón, con su arrullo incesante, y que lo está dejando todo hecho una porquería con sus plumas. Tendría que ahuyentarla con una escoba y tirar los huevos. Salen un par de polluelos negros y pringados de aquellos cascarones apestosos. Diego se apresura a poner una barrera de cartón porque tiene miedo de que caigan abajo, tiene miedo de los gatos. Al final, las palomas pequeñas también se van, hacia la cornisa, con los otros miembros de la familia, y queda una alfombra de mierda blanca que tengo que limpiar yo.

Una noche entramos en una tienda de animales que encontramos por la calle de casualidad. El escaparate está lleno de cachorros que jadean, con la lengua fuera. Diego coge un cachorro de basset, deja que ese gusano negro le dé unos cuantos lametones, brilla como un zapato de charol. Ríe. Es la primera vez que lo veo reír así desde hace tiempo. Toco las jaulas, un pobre loro con el penacho verde y amarillo… Siento el mal olor que desprenden el serrín sucio y el pienso; no es el olor de mi vida. Diego me toca el hombro, ha dejado el perro, se lo ha devuelto al amo de la tienda, a la jaula donde aúllan los hermanos.

—Venga, vámonos.

—¿No lo coges?

—Ya lo pensaremos.

Llamo a los albañiles, les hago blanquear la casa, cambio la bañera, instalo una con hidromasaje, quito los azulejos de la cocina y elijo unos esmaltes

de colores estridentes. Subo y bajo las escaleras del edificio, con las muestras de pintura, de telas para las cortinas y la cabecera de la cama. Soy ágil como una mosca, me siento llena de una vitalidad renovada.

—¿Te gustan los sofás nuevos?

Diego asiente y los prueba. Él ya estaba contento con el viejo, era más cómodo, le gustaban los cojines gastados, los reposabrazos sucios… Pero si de él dependiera, nunca cambiaría nada. Tiene treinta y un años y aún mantiene la cara de chico. Sin embargo, ahora es más lento, duda más. Cuando se pone nervioso le entran ataques de tos.

Pierde las cosas, como siempre, las gafas, los carretes… Pero ahora se emperra en encontrarlas. Se desloma mientras pone la casa patas arriba.

Papá también nos echa una mano en esta búsqueda del tesoro doméstica, mira bajo los muebles, busca en nuestras estanterías de forma comedida… No quiere hurgar en nuestras cosas, solo ayudarnos.

Ha encontrado el carrete, se lo da a Diego, pero al cabo de un instante resulta que ha perdido las llaves del coche.

Papá bromea, le dice a Diego que chochea, que se hace mayor. Percibe nuestro cansancio. La noche que le dije que no podría tener hijos me tapó la boca con una mano, para que no hablara, para que no sufriera. Se inclinó y besó la mano que mantenía inmóvil sobre mi boca. Besó mi destino, nuestra sangre, que acababa allí. Besó la herida. Como de niña, cuando me caía de la bicicleta y él me besaba las rodillas peladas para curarme.

«Ya está, cielo, ya está».

La tos de Diego me preocupa y lo acompaño a hacerse una radiografía. No tiene nada, ni tan siquiera una bronquitis. Pero de tanto toser se le han inflamado las cuerdas vocales y la voz se le ha puesto más grave. Ahora parece que habla con unos maullidos, como de niño, que me impresionan.

Le compro una bufanda larga y le preparo el spray, como una madre demasiado aprensiva. De esas que hacen que los hijos enfermen solo para tenerlos cerca.

Diego aspira el aerosol por la nariz y me sonríe.

«Soy una piltrafa», dice.

Parece feliz de serlo, me mira a la espera de una sonrisa, de una bendición.

El árbol de Navidad se ha muerto, no ha resistido en la terraza. Cojo el montón de tierra seca y la echo en el cubo.

La habitación del fondo se ha convertido en un gimnasio, ha sido idea del arquitecto. Hemos colgado varios espejos de la pared y también unas espalderas, y en el centro hemos puesto una cinta para correr. La utilizo a oscuras, con la luz que llega de la calle. Es de noche y sudo. El sudor me entra en la boca… Tiene un sabor amargo, de toxinas, de rabia, parece la purga de un animal milenario, extinguido. En el espejo oscuro se refleja la silueta de mi cuerpo que se agita solo; esta era la habitación destinada al futuro. Abajo, en la calle, alguien ríe… La cinta corre más que yo y cuando me doy cuenta ya me he caído.

Con la muñeca dislocada y un pequeño vendaje oculto bajo la manga de la blusa voy a ver a Viola, que ha dado a luz. Allí está, con una bata arrugada y la misma cara de siempre, la que tiene en el trabajo o cuando vamos al bar. La única diferencia es que tiene la barriga un poco fláccida y un gotero pegado a la muñeca con una tira de esparadrapo blanco. Allí está, tranquila en aquella habitación de hospital; en la cama de al lado hay una mujer negra con una radio pequeña pegada al oído.

Tiene una pierna levantada, apoyada en la cama, la tez pálida y el pelo alborotado. Cuando me ve se le ilumina el rostro.

—Eh, has venido…

Miro alrededor, me pregunto por qué no ha elegido un lugar mejor que ése. Pero Viola es una muchacha desprevenida, rompió aguas, llamó a una ambulancia y la llevaron al hospital donde había sitio.

—¿Nos fumamos un cigarrillo?

—¿Pero puedes fumar?

—Nadie vendrá a darnos por saco…

Nos arrimamos a una barandilla sucia por la contaminación, situada al aire libre, en una especie de balcón poco más largo que un felpudo… Abajo

está la cocina del restaurante, que huele a restos de alimentos en descomposición.

Viola fuma, tira la colilla del cigarrillo, mira hacia los jardines del hospital, a los enfermos, a la gente que viene de visita.

—¿Estás contenta?

—Sí…

Observo su rostro exánime acariciado por el viento.

Durante el embarazo lo dejó con su novio, un imbécil cubierto de tatuajes. Decidió seguir adelante sola, a pesar de su carácter. Su vientre no ha sido motivo de ningún poema, de ninguna película de amor. Tan solo una muestra de expeditivo realismo. Sin embargo, es una chica que transmite dulzura.

La ayudo a limpiarse el cuello con las toallitas, le ordeno un poco el cajón de la mesita metálica, donde hay un zumo de fruta derramado y una revista arrugada. Viola me da las gracias con un gesto afirmativo de la cabeza. Bajo a la tienda y le compro un paquete de cigarrillos y un helado. Me parece extraño que no haya nadie con una chica que acaba de parir.

—¿Dónde está tu madre?

—En el camping.

Todo lo que veo choca con mi idea de la maternidad, con aquella empalagosa miel que creía que iba a tener que engullir como castigo. Viola está tan exhausta y sola que me tranquiliza. No parece una chica que acabe de dar a luz, sino alguien que ha tenido un accidente de moto y se ha roto una pierna.

Traen al bebé. Viola me lo da enseguida, como quien da una carpeta o un pedazo de pan.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

Es una cosita pequeñita, morena, con la nariz arrugada y una expresión adulta. Ni tan siquiera parece italiano, tal vez afgano, como el padre.

—Solo le falta la corbata, ya parece un hombre… Éste vuelve a casa a pie.

Se ríe, dice que tengo razón, por suerte. El afgano no llora, se porta bien, está tranquilo.

—Esperemos que duerma bien…

—¿Ya te ha subido la leche?

Uno de los pechos aún no se le ha hinchado, coge al bebé y se lo acerca al pezón, resopla porque la enfermera le ha dicho que lo haga, porque «si el bebé no mama, no subirá la leche…».

Viola asiente mientras la manda a freír espárragos, a ella y a sus tirantes blancos.

Le echo una mano. Yo, que no sé hacer nada… Me sitúo junto a la almohada y le aguanto la cabecita al bebé, le acaricio la barbilla para que abra la boca…

Viola me mira, me dice que lo hago mejor que la enfermera. Río y me ruborizo.

Abrazo a mi amiga, siento el olor a sudor, a cansancio. Antes de que me vaya, llora. Y mientras llora, sonríe.

—Son las hormonas, que hacen efecto…

Sigo a la enfermera, que se lleva de nuevo al bebé a la nursery. Me quedo mirando desde el otro lado del cristal, aquellas cunas metálicas, aquella plantación de cabecitas. Semillas que asoman bajo la nieve. Hace unos días leí en el periódico la historia de una mujer que se llevó a un bebé de la nursery… No llegó muy lejos, se sentó en un banco a pocas manzanas del hospital. Cuando los policías se le acercaron, se alegró de devolver al recién nacido, ya que lloraba y no sabía cómo consolarlo, no había pensado en que pudiera llorar de aquel modo, que pudiera tener hambre. No había pensado en nada, en la conmoción que le causaría a la madre, en las consecuencias. Había actuado por instinto, como un perro, había cogido el hueso que le faltaba. En el pasado no hacía caso de estas noticias, las pasaba por alto, no me interesaban. Sin embargo, ahora me atraen, pienso en los ojos de aquella mujer que no puede dominar por completo su psique.

Bajo las escaleras del hospital y subo al coche. Quizá Viola no será una buena madre, es demasiado necesitada para serlo, demasiado infeliz. Pero quién sabe, está por ver. Debo hacerme a la idea de que los hijos nacen como la hierba, en cualquier sitio, allá donde el viento esparza las semillas.

Llegan cartas de Rumanía de los dos niños que hemos apadrinado, yo ni tan siquiera las leo, no me interesa establecer ningún contacto con ellos. Relleno el impreso de la cuenta corriente, envío el dinero y listos.

Diego marca con el lápiz rojo las fotografías que va a enviar a Milán. La modelo es delgadísima, vestida con unos harapos de tela de camuflaje, gorra con visera, botas militares y la cara manchada de negro, como un soldado que se arrastra por el suelo.

La televisión está encendida, muestran imágenes de la matanza de Ruanda. Nadie escucha, solo papá. Unas formas negras abarrotan un río de fango rojo… Me acerco.

—¿Qué son? —pregunto.

—Muertos.

Observo los cuerpos destripados a golpe de machete, decapitados. Cuando apago el televisor siento un escalofrío, pero dura poco. He apuntado el número de la cuenta corriente que ha aparecido sobreimpreso en pantalla, voy a mandar dinero a ese torrente de huérfanos negros.

Mi padre bebe un whisky y Diego duerme. Esta noche tenía la voz aguda, su voz de castrado.

De repente mi padre me pregunta:

—Oye, Gemma… ¿Por qué no adoptáis a un niño?

Le respondo fríamente. Le digo que hemos apadrinado a dos niños, que ya está bien así.

Él asiente, pero no se da por satisfecho.

—Sois jóvenes, buenos…

—No estamos casados, papá…

Asiente con la cabeza gacha, que le pesa, dice que no había caído en ello. Se va al pasillo para coger el abrigo. Luego vuelve a llamar a la puerta.

—¿Qué pasa, papá, te has dejado algo?

—Entonces, ¿por qué no os casáis?

—Buenas noches, papá.

Nos casamos. Ceremonia civil. Nosotros dos, unos cuantos familiares y los testigos: Duccio, el nuevo jefe de Diego, con tirantes rojos y un traje de raya diplomática, y Viola, con el pequeño afgano en brazos. Era un día cualquiera, un jueves, anónimo, más bien triste. No habíamos hecho preparativos, todo sucedió muy deprisa, con una cierta brutalidad por mi parte. Habíamos esperado los días canónicos de las amonestaciones y luego, cuando nos comunicaron el horario y la fecha, nos presentamos en aquella sala, en la que había dos armaduras de bronce en la entrada junto a una bandera tricolor lacia. Después de nosotros esperaba su turno una pareja que debía de tener unos cincuenta años, ambos divorciados que habían decidido casarse de nuevo. Yo llevaba un traje chaqueta gris, tal vez demasiado formal. En el último instante me puse un fular de flores estampadas alrededor del cuello, para darle un poco de color a aquel traje tan serio. Parecía mi madre. Diego llevaba su americana de terciopelo, la que no se había quitado en todo el invierno. El único indicio de que iba a una ceremonia era una pajarita de color mostaza. Una mariposa torcida que se había posado en una camisa informal.

A la salida Viola sacó del bolso un paquete de arroz envasado al vacío. Nos quedamos allí, esperando a que lo abriera con los dientes, a que lo lanzara. Fueron unos instantes ridículos, irritantes. Al final, cayó sobre nuestros rostros contraídos aquella lluvia de granos tirados de muy cerca.

Diego se encargó de las fotografías, dejó la máquina en una columna de mármol y volvió corriendo junto a mí y los demás invitados para hacer una foto con el disparador automático.

Poco después nos refugiamos en un restaurante que estaba cerca del Campidoglio, lleno de turistas alemanes. No recuerdo demasiado de aquel día. Mi mal humor emponzoñó el ambiente. Diego alzó la copa hacia la mesa de los turistas y brindó con ellos. Los alemanes nos correspondieron con silbidos y felicitaciones. Estados Unidos bombardeaba Iraq. La noche anterior nos quedamos pegados al televisor viendo los B52 y los Wild Weasels, que lanzaban sus misiles inteligentes guiados por láser…

—… Dicen que solo impactan en objetivos estratégicos… Pero luego hacen volar un hospital, un autocar… Se disculpan frente a una botella de agua mineral…

Mi padre agitaba los brazos.

—¿Sabes qué escriben en los misiles? Los chicos del batallón Apache se divierten… Han escrito: «ESTE TE LO VAMOS A METER POR EL CULO, SADDAM», y en otro han escrito: «Y ESTE SE LO VAMOS A METER A TU MUJER».

Estaba algo achispado y se había quedado allí, triste, rumiando, masticaba muy lentamente. Desde hacía un tiempo el mundo le gustaba cada vez menos. Mi madre hacía de contrapeso, le mostraba la importancia de las cosas pequeñas y más banales. Cuando murió, Armando se volvió más rebelde y empezó a dar rienda suelta a lo que de verdad pensaba.

Yo lucía una flamante alianza y tenía cara de enfado. No estaba contenta. Me había casado para poder adoptar a un niño. A partir de ahora nuestros nombres iban a viajar juntos por los infinitos túneles de la burocracia italiana. Temía que esa declaración legal de nuestro amor fuera a despojarnos de algo. No sentí alegría alguna mientras firmaba el registro junto a Diego, únicamente el sabor acre de una derrota. Ese matrimonio ratificaba de forma definitiva mi menoscabo.

Yo me dedicaba a desmigajar pan en la mesa. De vez en cuando Diego apoyaba la cabeza en la mía. Papá repiqueteó con el tenedor en la copa para reclamar la atención de la gente. Pensaba que, en ocasiones, había que decir las cosas en voz alta. Permaneció mudo un rato, con la boca abierta… hasta que la pausa se hizo demasiado larga, casi embarazosa. Miró a los comensales sentados alrededor de aquella mísera mesa, unos cuantos amigos modernos y aburridos. Entrecerró los ojos, como hacía él, y frunció las tupidas cejas para invocar unos cuantos pensamientos. Entonces pronunció unas pocas palabras.

—Deseo a los novios que tengan salud, paz, el plato lleno y… lo que venga…

Nos miró, a Diego y a mí, como si fuéramos un único cuerpo. Un nudo le cerró la garganta y fingió que era un eructo. Se tapó la boca con la

servilleta, «perdón».

—Echo de menos a Annamaria… —masculló.

Viola se quejó de que la carne estaba dura.

—Pues pide otra cosa —le espeté.

Duccio ni siquiera esperó al pastel y regresó a sus modelos.

La pajarita de Diego se quedó en el bolsillo de su americana de terciopelo; la encontré varios días después.

Esa noche no hicimos el amor. Diego abrió la botella de champán que había dejado en la nevera y vino a buscarme para brindar. Entrecruzamos los brazos y nos mojamos el cuello y la ropa. El alcohol nos dio alegría y locuacidad. Teníamos miedo del silencio… Miedo de hallarnos desnudos y derrotados.

Nos despertó el teléfono. Era Gojko, que tarareaba la marcha nupcial. Tendría que haber sido uno de los testigos, pero se necesitaba mucho papeleo, visitas a la embajada, y los tres éramos indolentes, unos negados para la burocracia, por lo que no hicimos nada.

—En cualquier caso tú eres el verdadero testigo, el único… —le dije.

—Lo sé —respondió—… Por desgracia solo soy un testigo —dijo entre carcajadas—. Habría preferido ser el asesino.

Nos preguntó por la luna de miel, a su manera.

—¿Bajo qué cielo vais a ir a revolcaros?

Diego sonrió, se frotó la cabeza y me miró.

—Nos quedamos a trabajar en Roma.

—¿Pero te has vuelto loco, idiota? Cuando te casas, te vas de luna de miel, coges a tu mujer del brazo y te largas…

Quién sabe qué debía de pensar… que éramos uno de esos matrimonios poseídos por el furor, y que yo era una de esas mujeres ataviada con un vestido con bordados en medio de un campo lleno de hombres borrachos de tanto beber *sljivovica*. No concebía que nos hubiéramos decantado por la moderación, que estuviéramos con la casa a oscuras e inmóviles, entre las sábanas, adormilados y aburridos.

—¡Coge a tu mujer y llévala a un hotel!

Diego sonrió.

—Lo intentaré.

Colgó el teléfono, me miró y apagó la luz.

—¿Por qué no vamos al Grand Hotel y cogemos una suite…?

Mascullé una frase de esposa dejada y pensativa…

—¿Para qué vamos a malgastar tanto dinero…?

Se revolvió varias veces y, al final, se levantó de la cama. A la mañana siguiente lo encontré en el sofá; en el televisor había un gordinflón con bigote que vendía cuadros naíf… Diego tenía el pecho desnudo, un brazo que caía sobre la alfombra y la botella de champán estaba vacía. Recogí una zapatilla y un cojín. Fui a la cocina, miré por la ventana los coches que pasaban por la calle, los puestos del mercado. Me quedé allí, pegada al cristal, ausente, mezclando lo que veía en una única amalgama de colores difuminados y borrosos.

Al cabo de dos días presentamos la solicitud de adopción en el Tribunal de Menores. Empezó la tramitación de los certificados, la peregrinación por las oficinas públicas. La espera dio paso a las cartas selladas, a los cuestionarios, a los libros de familia y a las partidas de nacimiento. No me disgustaba aquel embarazo extracorpóreo, de burocracia mohosa. El tiempo iba pasando.

El problema se trasladó de mi cuerpo al papeleo del registro, a los despachos ministeriales. Me desplazaba en moto, le ponía el caballete, subía corriendo las escaleras, me hice amiga de los ujieres y las rechonchas y altivas empleadas.

Mi padre acudió al notario para firmar el consentimiento relativo a los bienes hereditarios y Diego fue a Génova. En el registro de antecedentes penales quedaba una mancha, aquel delito menor con los ultras de Marassi por el que había sido procesado y condenado.

Tuvimos que acudir a la jefatura de policía. Nos recibió un joven gordezuelo con la nariz chata. Un tipo inexpresivo y presuntuoso. Tenía la cara plana y albina, como uno de aquellos peces que viven bajo la arena.

Solo recuerdo el encendedor, un cilindro de oro al que no dejó de dar vueltas. Hablaba en voz baja, sin apenas dirigirnos la mirada. Se relamía constantemente.

Diego entró sonriendo, despreocupado. Eran historias que pertenecían a otra vida. Llevaba el gorrito de lana, el tipo alzó el mentón.

—Quítese el gorro, por favor.

Diego obedeció y se disculpó.

En cierto momento el policía le dijo:

—Pare de moverse.

Diego se balanceaba un poco, le brillaban los ojos, estaba haciendo un esfuerzo para recordar aquellos años…

De pronto se quedó paralizado y se le demudó el rostro. Respondió a las preguntas alterado. Un velo de oscuridad le tiñó la mirada de un modo que no había visto nunca. El muchacho de uniforme se mostraba cada vez más ladino. Cambió la luz. Se lamió de nuevo los labios. Su palidez traspiraba ahora un sadismo velado. De repente nos sentimos como dos criminales. Lo sabía todo de nosotros, los viajes a Sarajevo y demás; empecé a balbucear, a justificarme por la breve duración de mi primer matrimonio. El tipo me escrutaba sin disimulo, y en cierto momento se detuvo en mi pecho. Me arreglé la blusa. Diego se levantó. El policía dijo que no había acabado y Diego le espetó:

—¿Qué piensa hacer? ¿Retenernos?

A partir de ese día nos sentimos espiados. De vez en cuando un coche de la policía pasaba por delante de nuestro edificio y reducía la marcha.

El psicólogo de la seguridad social fue más amable y pasota. Fuimos caminando hasta aquel despacho periférico, situado en un centro de salud mental. Era un bonito palacete de los años veinte, vetusto y rodeado de un jardín selvático. Un desierto de salas, de gente con bata sentada en las ventanas, fumando, de una gran variedad de tóxicos. Junto a nosotros, una mujer desenfocada, con el monedero dentro de una bolsa arrugada de los grandes almacenes UPIM.

Entramos, el psicólogo de la seguridad social nos sonrió, hablaba por teléfono pero no colgó. Luego nos hizo unas cuantas preguntas y rellenó el

cuestionario. Sin casi mirarnos, dio un juicio óptimo de nosotros.

Al final llega la hora de la primera entrevista. La psicóloga que seguirá nuestro caso es una mujer robusta; se detiene en la puerta con la asistente social, una chica pálida que viste como un hombre, con chaleco y corbata. Luego se acerca a nosotros, nos mira sin mirarnos y deja nuestro expediente en la mesa; tiene una mata de pelo espesa, unos ojos pequeños maquillados y lleva varios collares que tintinean. Debe de haber sido una mujer guapa… Me fijo en los labios carnosos, los dientes blancos que muestra de forma continua, una boca con cierta sensualidad y vulgaridad. Levanta la vista y enseguida me doy cuenta de que me odiará. Hay mujeres que, simple y llanamente, me odian. Con el tiempo he aprendido a reconocerlas a primera vista. He aprendido a defenderme. Intento no pensar en ello, no dejarme influir por esa percepción, respondo a sus preguntas. Tiene una voz robusta, como su cuerpo, que resuena en aquella sala llena de pósters de niños, de manos que se entrelazan. Me sonríe, me dice que entre. Pero, en realidad, tengo la sensación de que lo único que intenta es desanimarme. Sus ojos se deslizan entre Diego y yo como una bola de billar. Me siento frágil, insegura. Está sopesando nuestras imperfecciones. Diego es más joven que yo, es obvio. Encorvo la espalda, cruzo los brazos, me inclino hacia delante, como quien tiene dolor de barriga. Está claro que la estéril soy yo. Hablo de cosas inútiles, eludo las preguntas. No puedo decir la verdad. La verdad es que yo quería un hijo con los ojos y los hombros del chico al que amo. La verdad es la que esa mujer lee en mi cara, estoy aquí porque no me queda más remedio. Es mi última esperanza. Porque si hubiera podido tener un hijo propio, sin duda no estaría aquí, frente a esta mujer ruidosa como sus collares, que me desenmascara. No es la bondad lo que me ha traído hasta aquí. Tan solo tengo miedo de que Diego se vaya, quiero encadenarlo a mí. Eso es lo que quiero. Quiero un candado de carne. Me muestro segura, hablo con voz chillona. Sin embargo, tengo ganas de derrumbarme y llorar abrazada a esta mesa llena de carpetas… documentos de gente que ha sufrido, como nosotros. Esperaba que la psicóloga intentara convencerme.

Creía que las cosas funcionaban así, como con el cura, que una mano experta te cogía de la mano. No obstante, esta mujer se limita a ejercer su profesión de escrutadora. Me dice la verdad, que es un camino largo y doloroso. Un calvario para la mente y el alma.

—Incluso las parejas más unidas, más motivadas, reciben reveses tremendos.

Siento un olor, tengo las axilas empapadas de un sudor nervioso, ácido, es un dolor que transpira.

Al llegar a casa me rebelo:

—¡Esa puta! ¡Menuda imbécil!

Me siento herida, desvalida. Siento una mano que se introduce en mi interior para raspar en las partes más íntimas, para quitarme los últimos coágulos.

Diego se encierra en el cuarto oscuro, lejos de mí. Que se quede ahí. Ha pasado junto a mí con su jersey y me han entrado ganas de arrancárselo, de tirarle del pelo. No me ha defendido, ha dejado que me hundiera. Mientras yo hablaba, la psicóloga se ha vuelto hacia él y le ha preguntado, de sopetón:

—¿Cree que su mujer es sincera?

Diego se ha quedado con la boca cerrada, sin decir nada. Luego ha asentido… Pero lo ha hecho como esos perros de juguete que se ponían en la parte trasera del coche, por automatismo, por inercia.

Me salto la siguiente entrevista. Tengo un problema en la redacción. Es una excusa ridícula. En realidad, no me apetece ir porque siento que me ponen en la picota.

Creíamos que iba a ser más fácil. Habíamos soñado con que no tardarían en darnos un bebé. Sin embargo, ahora sabemos que vamos a tener que esperar mucho, que pasarán miles de horas de indagaciones. Sabemos que no vamos a tener un recién nacido, que no se los dan a las parejas sin experiencia.

Quizá Diego también tiene miedo.

El libro sobre la maternidad dice que los dos primeros años son los más importantes. Que el martillo puede batir ese hierro maleable. Luego solo se puede trabajar con un material frío.

Un publicista al que Diego ha conocido en la agencia nos invita a cenar. Su mujer y él han adoptado a una niña. Se llama Ludmina y es guapa, rubia, etérea, se parece a la Campanilla de *Peter Pan*. La casa es moderna, telegénica. Platos oscuros, una cocina con la encimera en el centro. La madre es una mujer inglesa, rubia como la hija adoptada, que parece que fuera suya de verdad. Quizá la eligieron por eso: es un pensamiento mezquino, pero no he podido evitarlo. Porque sé que es la verdad. Me he vuelto muy atenta, me dedico a escrutar el trasfondo de todo. La velada resulta muy agradable, sirven el vino tinto en copas de enólogo, tartaletas de coliflor con bechamel. La pareja parece estar bien avenida, se tratan con amabilidad. El padre abre el horno con la manopla, la madre da de cenar a la niña, que tiene casi seis años pero aún necesita ayuda. Más tarde la lleva a la cama. Ludmina saluda a los invitados con la muñeca colgada del brazo como si fuera una prolongación de su cuerpo. La madre regresa y enciende un cigarrillo. Saca los cuencos de crema hecha al baño maría. Al cabo de un rato vuelve la niña, que quiere agua. Lo dice en ruso porque cuando está cansada habla su lengua materna. La madre apaga el cigarrillo, le da el agua y la lleva de nuevo a su cuarto. La niña regresa de nuevo, aún tiene sed. Luego va el padre. Ludmina vuelve una y otra vez. Ahora le ha cambiado la cara. Es menos etérea. Se percibe una insoportable sensación de incomodidad que desde hace un rato flota sobre esta mesa tan moderna… sin fronteras. Un marido italiano, una mujer inglesa, una niña rusa. Poco a poco el castillo telegénico se desmorona. La niña parece muerta de sueño, pero ahora no tiene ninguna intención de irse. Los padres se miran, quizá estén a punto de pelearse. El publicista se ha puesto rojo, como alguien que quiere gritar pero no puede porque tiene la boca tapada. La madre fuma otro cigarrillo, le cae un poco de ceniza en el jersey, la sacude y mira el agujero. Estamos nosotros. Se disculpan y sonríen. Dejan que la niña haga lo que

quiera. Empieza a tirar cojines, a saltar, ha encendido un juguete que habla y hace un ruido insoportable. En un abrir y cerrar de ojos acaba con la intimidad, con aquel clima agradable, de anuncio. El padre se levanta y le habla al oído, lentamente. La madre se les acerca y la niña le da una patada. Después de esas fricciones sirven un oporto. Luego la niña se tira al suelo frente al televisor para ver los dibujos animados de *Tom y Jerry*.

Nosotros también los miramos durante un rato y apartamos la vista de la mesa. El volumen está tan alto que resulta difícil no hacerles caso. La madre quita la cinta del vídeo y habla. Me cuenta una sarta de estupideces poéticas: el viaje, el encuentro con Ludmina en la habitación del orfanato. Luego aflora la verdad. La niña la rechaza, pues aún conserva recuerdos de una madre; por eso cuando se enfada le dice «tú no eres mi madre». Se lleva mejor con el padre, pero aun así es muy agresiva. Ya está bien que lo sea porque eso significa que está sacando el dolor, la rabia que lleva dentro, la del orfanato con las camas con barrotes altos, como si de una cárcel se tratara.

—No te imaginas en qué estado los tienen… Es increíble. —Se emociona. Luego añade una frase terrible y sincera—: Quiero a Ludmina… Pero si volviera atrás, no lo sé. Hemos sufrido tanto e inmerecidamente.

Me mira con esa cara rubia, amable y cándida. Tal vez ha envejecido en los últimos dos años.

«No es cierto que adoptes un niño. Adoptas el dolor del mundo. Es una prueba irrefutable de tu incapacidad».

La quinta reunión va mejor. He aprendido a ser sincera. Lloro, no hablo. La psicóloga dice que es bueno llorar.

Una semana más tarde empiezo a hablar. De mi madre, digo que nunca la vi desnuda, que me ponía desodorante en las zapatillas de deporte y me obligaba a comer con platos de plástico para acabar antes. Lloro por nada. Por aquellos platos de plástico, por aquella esterilidad.

Al cabo de dos meses confieso sin ambages que para mí la adopción es un plato de segunda mesa. Y que no estoy segura de que pueda llegar a

querer a cualquier niño. Le he cogido gusto a la verdad, tiene un sabor mejor. Más ultrajante. Digo que tengo miedo. De perder a Diego. Porque él es más joven que yo, porque soy yo la estéril y él, en cambio, «tiene una calidad espermática excelente». Cuento el calvario de las agujas, de los óvulos negros. Ya no lloro, me miro a mí misma.

Hoy es Diego quien llora. Tiembla y le sale aquella tos tan áspera.

La psicóloga nos deja solos para que nos tranquilicemos. Cuando vuelve nos ofrece un caramelo. Masticamos esas esferas de regaliz blanda que nos sientan bien.

La mano de Diego descansa sobre la mía. Somos dos niños. De aquellos que se conocen en el parvulario y se sienten unidos por un amor mucho más maduro que ellos.

Miro a Diego y digo:

—Quiero un niño que tenga sus ojos, que tenga su nuca.

Miro a la psicóloga y añado:

—¿Usted cree que existe?

La mujer asiente, con su cuerpo robusto y diligente, y dice:

—Sí, existe.

La abrazo. Hoy es mi madre. La de verdad, la que me ha adoptado.

En la siguiente sesión Diego habla de su padre, de una sala de máquinas, de un muelle sucio de tanto serrín.

En la última reunión, la psicóloga no dice que «en estos hijos se encuentra algo más, porque uno también excava más. Y tú, Gemma, encontrarás la nuca de Diego. Y tú, Diego, encontrarás a tu padre». Nos dice que hemos aprendido a excavar.

Camino erguida junto a Diego. No sé adónde vamos. Caminamos por los sitios de siempre, vamos a la barcaza, que ahora es un bar de moda y donde ya no queda nada de nuestra época. Ya no está el sofá de cuero sintético con las pintadas obscenas, donde hicimos el amor tantas veces. Han puesto un parquet de listones blancos. Comemos bresaola. Derramamos lágrimas de amor sobre aquella carne seca y oscura. Nuestra carne está viva y es roja. Miro hacia el río. Nunca cambia, amarillo y

rabioso. He dejado de ser estéril. Mis manos son suaves. Diego dice: «Tenemos toda la vida por delante».

Regresamos a casa. Hay una nuca frente a nosotros. El bebé está tan cerca que podemos tocarlo.

Ahora la psicóloga nos asegura que se fía de nosotros. No es un salto al vacío. Hay margen de elección, se hacen reuniones orientativas. Diego dice que no quiere «elegir nada». El primer niño que entra en la sala, el primero que nos mira, es él. Los hijos no se eligen, no son como el pescado del mercado.

Somos un padre y una madre. Estamos listos.

La despedida es en una pizzería. La pizza más asquerosa de nuestra vida, la más infame: mozzarella y mierda. Lloramos los tres. La psicóloga dice:

—Nunca había conocido a una pareja tan buena como vosotros, tan honesta.

Nuestra petición ha sido rechazada. No somos aptos para adoptar. El certificado de penales de Diego no está limpio. Aquel esbirro imberbe y fofo había hurgado en nuestro pasado, aquel guiñapo obtuso nos la ha pegado.

Papá ha traído nísperos, la fruta preferida de Diego. Los lava, los parte en dos y dice:

—Cambiemos de país. Vámonos a vivir a Islandia.

Diego está en la ventana. Le miro la nuca.

He crecido. Es absurdo pero siento que algo se dirige hacia nosotros, es muy absurda la confianza que siento esta noche.

Hoy Gojko está de mal humor. Parece mayor de lo que es, camina lentamente como si fuera un anciano, arrastrando los pies y con los brazos separados del cuerpo, las manos grandes abiertas. ¿Qué parece? Un de esos viejos molinos abandonados junto a la orilla del Drina. Un cuerpo achaparrado de ladrillos oscuros y con las aspas rotas, en ruinas… que, sin embargo, aún se queda esperando su ración de cielo y viento.

—No creía que se pudiera volver al mal, que mi generación decidiera retroceder en busca del mal, desenterrar los muertos de la segunda guerra mundial, y también los de las batallas con los turcos… con el único fin de revolcarse en el odio… no me lo puedo creer, teníamos la vida por delante… un concierto de U2, una chica que nos quería y que nos habría escuchado… ¿Qué nos faltaba? ¿Por qué elegimos la semilla inmunda, los pozos envenenados, las carcasas putrefactas?

Estamos en la parada del autobús, bajo una marquesina de plástico opaco, sentados uno junto al otro en un banco como tres turistas cansados que se han perdido, pero a los que eso les da igual porque no tienen prisa. A nuestras espaldas, el disco metálico de una piscina cubierta con su armadura de tubos negros parece la carcasa de un animal prehistórico. La calle que se extiende ante nosotros es larga y está desnuda, apenas embarrada por la lluvia que ha cesado un poco antes. Pasa un coche, un Opel viejo que deja una estela negra. Pietro se lleva una mano a la boca.

Gojko sonríe y lo mira.

—Se vive bien en Roma, ¿eh?

—Sí —balbucea Pietro—, bastante…

La voz de Gojko tiene una ronquera que se pega a las palabras y las convierte en amenazadoras; me parece que la cólera le crispa el rostro poco a poco.

—Y esto, en cambio, te parece un poco triste, un poco descolorido…

Pietro se encoge de hombros, mira hacia la calle, esta avenida despoblada, el árbol pelado con un tronco muy fino, doblado como una caña de pescar…

—No… La plaza del ajedrez me ha gustado.

—Esa plaza es un punto de encuentro de viejos que dan pena, de prófugos, habría sido mejor que te quedaras en la plaza Navona, en aquel bar que hay frente a la fuente de Bernini… Tienes la suerte de ser italiano.

Le pongo una mano sobre la pierna, una mano que querría consolarlo y, no obstante, es una mano asustada. Le aprieto el muslo. Tengo miedo de que Gojko pueda decirle algo a Pietro. Quizá he hecho mal en fiarme de

él… Es un hombre que ha sufrido mucho; de repente su calma me parece un cúmulo de rencor que espera la llegada de su momento para estallar.

—Pregúntale a tu madre cómo era esta ciudad antes de la guerra…

—Preciosa —me apresuro a responder.

Me vuelvo hacia Gojko, que está molesto e irreconocible.

—Es aquí donde conoció a tu padre, lo sabías, ¿no? —Pietro asiente, esta vez con la cabeza gacha.

—Era muy simpático… Tu madre era un poco engreída, pero era tan guapa que se lo podía permitir…

Pietro se rasca los tejanos con las uñas, que se deja crecer para tocar la guitarra. También está nervioso.

—¡Para ya! —le digo—. No soporto ese ruido.

No se queja. Me hace caso.

Dos niños que llevan unas sudaderas muy desgastadas con el lema «OLIMPIK SARAJEVO» en la espalda juegan a pelota en el espacio que hay frente a la parada. Gojko les devuelve el balón, que se les ha escapado. Se levanta y se pone a jugar con ellos… Aún está ágil, es capaz de mantener la pelota pegada al pie.

—Quiero irme, mamá… Quiero volver a casa.

—*Italijan*! —grita Gojko señalando a Pietro—. ¡Eh, Del Piero!

Los chicos se acercan a Pietro, Gojko les ha dicho que lo llamen. Se parecen, tienen la misma mirada, las mismas mejillas sonrojadas. Parecen hermanos.

Pietro sonríe y niega con la cabeza… Nunca le ha gustado el fútbol, no es su deporte. Farfulla que no lleva las zapatillas adecuadas, pero no se hace de rogar.

Lo miro junto a Gojko mientras disputan el balón. Pietro se lo toma con calma, pero Gojko va en serio, juega con el afán un poco penoso que ponen los viejos cuando intentan competir con los jóvenes.

Uno de los chicos de Sarajevo derriba a Pietro y le roba el balón. Pietro se levanta, se sacude la tierra de los tejanos y se queda atrás, saltando solo.

Se ha puesto la capucha de la sudadera. Lo hace cuando quiere defenderse.

El otro muchacho le hace una entrada, lo rodea por detrás, se revuelve. Esta vez Pietro logra robarle el balón, chuta contra la pared y grita que es gol. Los chicos silban con los dedos en la boca, dicen que ha sido fuera. Gojko estira los brazos, hay algo que lo unce con esos dos muchachos, una suerte de crueldad. Juegan sin gracia, para hacer daño. Pietro cojea; bajo la capucha aparece su rostro crispado, no aparta los ojos del suelo, que miran el balón como si fuera un enemigo. Sí, como un enemigo. Son cuatro y cada uno juega a su aire. Sin embargo es como si todos fueran contra él. Me doy cuenta de que Pietro está solo en un campo de adversarios. Lo miro, tiene una figura esbelta, gestos elegantes, lleva unos vaqueros y unas zapatillas caras… Es guapo y tiene un brillo especial. Es de naturaleza amable, así lo hemos educado. Giuliano lo apuntó a judo, con un maestro de la vieja escuela, que hacía gala de la amabilidad de antaño, y también a waterpolo y a tenis. Está acostumbrado a luchar con lealtad, no es de los que se rinde, pero es incapaz de hacer daño. Lo observo con los ojos de quien lo mira por primera vez, de esos chicos que ahora me parecen malos y taimados, con sus chándales acrílicos, las mejillas sonrojadas, la mirada impasible que rezuma envidia; tal vez lo odian. Todos son hijos de la guerra, y tiran de madres enfermas de cáncer, padres desempleados, alcohólicos. Tienen el cuerpo achaparrado, juegan con brusquedad y le dan patadas en la tibia a mi hijo.

No se puede tener piedad de cualquiera… No me gustan estos chicos, no me gustan sus caras sudadas que parecen hechas de un material inferior, de mala calidad… de una carne sin brillo, de detritos y polvo.

Mi hijo está a salvo. Está fuera de este campo de concentración. Quitadles las manos de encima, cerdos, escoria.

Los francotiradores disparaban desde esta colina, jugaban con sus víctimas, apuntaban a las manos, a los pies… Algunos disparaban a los testículos, a los pechos, tenían tiempo de sobra para matar, así que antes se divertían un poco.

«Para mí era como disparar a conejos», dijo uno de ellos en una entrevista. No se sentía culpable, no entendía a qué se debía todo ese interés por él, no estaba loco, no era un sádico ni nada por el estilo. Simplemente había perdido el sentido de la vida.

«La piedad muere con tu primera víctima».

Él también había muerto, por eso sonreía.

Durante el trayecto de regreso al hotel llamo a Giuliano. Camino con el móvil pegado a una oreja y un dedo en la otra porque ahora hay tráfico, mucho ruido y huele mal.

—Amor.

—Amor.

Le pido que me ayude desde Italia a adelantar el vuelo. Dice que lo intentará.

—¿Pero no teníais que ir a la costa?

—Hace mal tiempo, se come mal y Pietro se queja.

Son pequeñas excusas, pobres como mi corazón, como mis temores. Giuliano lo percibe y permanece en silencio.

—¿Giuliano? —pregunto.

—Estoy aquí —responde.

«Espera un poco más», está pensando, lo siento. Veo su rostro, los ojos entrecerrados… Conozco la expresión que adopta cuando piensa en mí.

—¿Dónde estás?

—En la calle.

—¿Qué hay ahí… delante de ti?

No entiendo qué me pregunta.

—Hay una calle, sucia, llena de coches, una tienda de móviles, una panadería… Una placa llena de nombres de gente muerta…

—No huyas.

Me despido de Gojko frente al hotel sin mirarlo a los ojos. Percibe que estoy distante, que me oculto en mi chaqueta, tras las gafas.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Y mañana?

—Mañana queremos dormir un poco.

Me vuelvo y siento en la espalda sus ojos bastardos que me tienen en un puño.

Pietro abre la botella de agua y le da un buen trago. Luego suspira. Suelta un pequeño eructo y se disculpa.

Intentamos encender el televisor. El canal que se ve mejor es alemán: emite un concurso que también hacen en Italia, uno de esos programas franquicia preparados para su exportación a todo el mundo, en el que hay pulsadores y cajas llenas de dinero.

Nos quedamos inmóviles en la cama, mirando aquella caja fosforescente en la que aparece gente que se mueve y ríe, entre monedas que caen por la pantalla como si hubieran caído de una caja fuerte, monedas falsas, grandes y resplandecientes como las de los botines de los piratas.

Nunca veo este tipo de programas. Sin embargo, ahora me dejo arrastrar por las imágenes, sin defenderme, creo que me sienta bien, me relaja. Me aleja del estanque, me sume de nuevo en la estupidez.

En una ocasión le pregunté a Diego qué sintió cuando de joven se pinchaba heroína.

«Una cara horrible parecía decente, el estadio Marassi parecía Maracaná, mi Vespino corría como una Harley Davidson… Soportaba mejor el mundo, todo lo que me rodeaba».

Miro la pantalla, esas imágenes que se introducen en mi interior y no se detienen… De modo que al cabo de un rato ya tengo la mente en blanco. Me vacío por completo, mi boca entreabierta se adormila.

Pietro desliza la espalda por la pared, se tumba en la cama y se agarra a la almohada.

Apago la televisión y me sumerjo en la oscuridad de la habitación. Pietro me toca con un pie y no lo aparta de inmediato. Se queda allí, junto al mío. ¿Qué le pasa esta noche a mi hijo? Parece más bueno, menos fiero de lo habitual.

—¿En qué piensas?

—En nada, mamá.

Sin embargo tiene la voz desvelada de quien aún no ha abandonado este mundo.

No aparta el pie, lo deja allí, pegado al mío. Le miro el pelo en la oscuridad, alargo la mano y le acaricio la cabeza. En casa me la habría apartado con uno de sus gestos desabridos, con un gruñido. En cambio, esta noche, en Sarajevo, acepta mi caricia, no me rehúye. Es más, se acerca de forma imperceptible, y se acurruca contra mi pecho, contra la barriga, como si fuera un feto. Lo abrazo. Abrazo a mi hijo como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Quizá se siente herido. Por este extraño viaje a esta ciudad donde nació por casualidad, según cree, porque su padre era un fotógrafo que viajaba por el mundo. Ahora respira con más fuerza, quizá ya duerme.

Pocos días antes de que muriera mi madre, me dijo que había soñado que aún me llevaba en su interior, que fue un sueño tan real que por la mañana se sintió perdida. Yacía en aquella cama, al borde de la muerte, se tocaba el vientre y le parecía imposible que estuviera vacío. Estaba convencida de que yo había vuelto al interior de su útero.

—Qué tontería —le dije, y mi comentario la hirió.

Luego me sucedió lo mismo a mí. Pietro era pequeño, había tenido una otitis purulenta, le había llegado a salir pus por una oreja y le subía la fiebre.

Esa noche dormí con él, era pequeño y estaba ardiendo. Me quedé dormida unos pocos minutos. Soñé que abría las piernas y lo paría. No había dolor ni sangre. Me desperté con un grito, un largo gemido.

Giuliano encendió la luz, asustado, deslumbrado.

—¿Qué pasa?

Pietro dormía, la fiebre empezaba a bajarle.

—He tenido un sueño —lo tranquilicé.

—¿Una pesadilla?

—Mañana te lo cuento.

Esta noche mi hijo duerme junto a mí, como si fuera un feto grande. Esta noche, en este hotel, en la luz pálida que llega de la calle, tengo miedo

de que Sarajevo tenga una voz sutil, que cante y hable. Escucho la respiración de Pietro.

—Quizá un día se lo diré —le susurré por entonces a Giuliano—. Le contaré que no soy su madre.

OceanofPDF.com

En Dubrovnik refulgía el sol

En Dubrovnik el sol refulgía hasta en el último recoveco del cielo, como si se hubiera derretido y cayera… sobre los tejados rojos del casco antiguo, sobre el cinturón pálido que conformaba la muralla. Nos quedamos hechizados mientras observábamos las maniobras de atraque. Por fin, después de tanto tiempo, unas vacaciones de verdad.

Bajamos a la bodega del transbordador para coger el coche, se abrió el portalón y nos azotó un hedor insoportable de carburante, provocado por aquel humo negro. Gojko estaba allí. Pantalones blancos, gafas oscuras, tostado por el sol. Con un pie apoyado en uno de los grandes cabos que amarraban la nave a tierra, ayudaba a salir a los coches, hacía gestos para que enderezaran los neumáticos mientras hablaba con un oficial vestido con uniforme blanco que estaba a su lado.

Diego sacó la cabeza por la ventanilla, se metió dos dedos en la boca y silbó con fuerza.

Gojko se volvió hacia nosotros, nos vio y una sonrisa de oreja a oreja le surcó la cara, mostrándonos sus dientes torcidos, como el corte de una fruta madura. Aún estábamos muy atrás, llegó corriendo, esquivando los capós de los coches con saltos felinos. Apretó la cabeza de Diego contra su pecho, gritando de felicidad. Lo besó, lo miró y volvió a besarlo. Y de nuevo gritó.

—*Dobro dosli, Diego! Dobro dosli*!

Luego se me acercó. Intenté zafarme de él, pero me sacó literalmente del coche y me levantó como si fuera una brizna de paja.

—¡*Dobro dosli u Hrvatsku*, preciosa!

Se puso al volante y bajamos al muelle. Luego echamos a caminar abrazados por los callejones bruñidos por los embates del mar, aferrados el

uno al otro como dos hermanos. Insistió en regalarme un sombrero con el escudo rojo y blanco de Croacia. Me lo puse, me miré en un pedazo de espejo y me pareció precioso… Mi cara volvía a parecer la de antaño.

Diego se quedó atrás. Fotografiaba el puerto desde lo alto, asomado a la muralla. Gojko le lanzó una mirada por encima de mi cabeza.

—¿Te ha hecho sufrir? —me preguntó.

Tenía la mirada de hombre de los Balcanes, profunda, amenazadora, preñada de antiguo honor.

—No… No tiene nada que ver con él.

No preguntó nada más.

—Tenemos tiempo —dijo.

Se volvió y le gritó a Diego.

—¡Eh, artista, hazme una foto con tu mujer!

Aún la conservo… Gojko con su cara de mártir arrogante, yo con aquel gorro croata, unos pantalones cortos y unas piernas delgadísimas. No se me ve la cara porque a Pietro derramó aceite sobre la foto cuando era pequeño y me la borró.

Nos sentamos en un restaurante que había tras la calle Stradun, bajo una pérgola de hibisco y frente a una botella de vino y un plato de olivas negras. Jugamos a escupir los huesos, a ver quién llegaba más lejos. Ganó Diego. Como siempre. Tenía una fuerza increíble con esas mejillas tan chupadas.

Gojko le pidió a Diego que le diera un zapato. Diego rió y le lanzó una zapatilla. Gojko la observó un buen rato con cara de asco y se la devolvió. Con una sonrisa triunfal se agachó, se quitó uno de los mocasines y nos enseñó el logotipo de Dior que tenía dentro. Asentimos, consternados. Gojko encendió un cigarrillo y se lo fumó sin quitarse las gafas negras.

—¿Dónde los has robado?

Dijo que no pensaba tolerar provocaciones, pero que iba a invitarnos a otra ronda.

El sol se había alzado sobre los tejados y el mar, teñido de turquesa, estaba en calma. Casi andábamos borrachos.

Gojko se puso el mocasín a modo de pantufla, aplastando el talón; quizá le apretaba y ya no le entraba bien en el pie sudado. En el puerto había dos

tanques militares.

—¿Qué hacen aquí? —le pregunté a Gojko.

—Son de la Armija, de vez en cuando salen a dar una vuelta de reconocimiento. —Miraba el mar a través de sus gafas americanas. Se habían producido altercados en Krajina, los muertos de Borovo Selo. Uno de los catorce cadáveres había aparecido sin ojos, otro sin una mano. Diego le preguntó algo.

Gojko sonrió.

—Son riñas entre vecinos, tonterías.

Sacó un artilugio del que estaba muy orgulloso, una chica de goma escultural y semidesnuda con una pinza en lugar de la cabeza. Nos explicó que era un portarretratos, y que podías poner la cara que más te gustara.

Hurgó en los bolsillos, sacó una pequeña fotografía de tamaño carnet y la puso en la pinza. La reconocí enseguida, era la foto de mi acreditación para el palacio de los deportes durante las Olimpiadas.

Dejó la muñequita sexy con mi cara sobre la mesa.

—Has estado conmigo todo el invierno…

Diego le dio un tortazo.

La isla de Korcula estaba cubierta de viñedos situados al abrigo de las tortuosas ensenadas de la costa. Dormíamos en un hotel con pocas habitaciones, de estilo veneciano. No volvíamos para comer. Caminábamos entre matorrales de garriga y rocas claras para llegar a una pequeña playa que enseguida se convirtió en nuestra.

Gojko había conseguido una cámara de aire en una tienda de neumáticos y flotaba en el agua metido ahí dentro, con los codos apoyados en la goma negra, leyendo un libro. De vez en cuando paraba de leer y cantaba a voz en cuello.

—*Kakvo je vrijeme… Vrijeme je lijepo… sunce sija…*

Por culpa del sol le había salido una gran excoriación en la frente, y se protegía con un trozo de periódico empapado. Cuando se cansaba abandonaba su emplazamiento acuático y caminaba con el pecho desnudo

hasta un chiringuito que estaba lejísimos, del que regresaba empapado en sudor, con cervezas frías y pinchos de pescado para todos. Diego fotografiaba charcos de agua salada que parecían caras, máscaras funerarias de antiguos guerreros. Tenía treinta y un años, había mejorado con la edad. Tenía un rostro ascético y carnal al mismo tiempo. Tenía aquel hoyuelo en el mentón, desde niño, y sus ojos hundidos parecían cubiertos por un velo excesivo de melancolía. Yo tenía treinta y seis años, un cuerpo aún joven, pero la cara se resentía de mi delgadez. El bronceado resaltaba las pequeñas marcas de expresión. La luz del baño del hotel era un fluorescente con un brillo cegador y evitaba encenderlo, por lo que me maquillaba en la penumbra de la habitación, sentada en la cama, con una franja de mi cara reflejada en el espejo del colorete. Cenábamos en pequeños restaurantes junto al puerto turístico: crustáceos, mejillones a la buzara, con ajo y pan rallado, y ese sabroso queso hecho con la leche de las cabras que tascan los arbustos entre las rocas. Y garrafas de vino de la región. Me daba cuenta del comportamiento de algunas chicas que pasaban frente a nuestra mesa una y otra vez, camareras temporales, isleñas contagiadas de la euforia de los turistas. Lanzaban miradas furtivas a Diego, a su rostro, que, bronceado, parecía tallado en madera oscura y pulida. A fin de cuentas éramos tres y tal vez yo parecía la mujer de Gojko. De modo que me acercaba a Diego y le besaba para alejar a aquellas aventureras croatas.

La guerra ya estaba allí… Pero ese verano aún no lo sabía, no pensaba en ello. Gojko se pasaba todo el día tumbado en su flotador de goma negra, garabateando poemas, vendiendo fruslerías a ratos perdidos. Después de cenar desaparecía, dispuesto a sumergir su cuerpo grande en un mar de sudor acompañado de un cuerpo ocasional… Cuando pienso en eso hoy en día, sé que la guerra ya se reflejaba en su mirada, en sus ansias de exagerar, de acaparar. Quizá lo hacía solo por nosotros, quería que sus dos amigos italianos disfrutaran de aquel mar, de aquellos mejillones, de aquel vino. El último botín antes de las tinieblas. Ahora sé que el frenesí de Gojko era la hija de vida alegre, la zorra, de aquel presagio oscuro.

—En Zagreb todos los serbios se han vuelto chétniks, en Belgrado todos los croatas son ustashas… —Escupía pepitas de uva al mar—. La

propaganda… la televisión… Primero la propaganda y luego la historia… —decía riendo. Hablaba de aquellos líderes políticos, que nosotros oíamos mencionar por primera vez, como si de un puñado de imbéciles se tratara, de hombres que lucían una gran mata de pelo peinada hacia atrás con el secador, que se embadurnaban la cara con maquillaje para ir a la televisión. Milosevic había empezado a llevar las vestiduras del príncipe Lazar como un sepulturero enloquecido y Tudjman quería cambiar los menús de los restaurantes, las señales de tráfico. No lograba hacer un discurso serio; Gojko se encogía de hombros, dibujaba una viñeta… Tudjman presenta a su mujer a un amigo, y en el bocadillo aparece: «No es serbia, no es judía, no es turca, por desgracia es una mujer». Ni tan siquiera compraba el periódico:

—Cada uno habla de sí mismo… ¡Les basta echarse un pedo para sentirse aclamados por su propio culo! —Su sentido del humor nos protegía, a su lado nos sentíamos a salvo.

A veces se excitaba demasiado, su inquietud me molestaba. Igual que aquel mar, ese verano Gojko subía con la marea alta, se batía contra las rocas, era un torbellino. Algunas noches, cuando bajaba la marea y desnudaba la playa, parecía uno de esos cangrejos que se habían quedado sin agua y correteaban entre las rocas, como un niño que se ha destapado y se ha quedado sin manta.

Una noche, harta de sus carcajadas, que resonaban demasiado fuertes y pesadas en los desiertos senderos que nos llevaban al hotel, le dije, sin pensarlo: «Eres un estúpido».

Más tarde, con la última copa de *travarica* en la mano, en el vestíbulo vacío del hotel, se metió con sus mocasines Dior en aquella triste fuente situada en el centro, cubierta de baldosas como una baño turco, y se puso a gritar.

—¡Es cierto, soy un estúpido! ¡Los poetas son estúpidos, como las moscas que chocan contra un cristal! ¡Chocan contra lo invisible para conseguir un pedazo de cielo!

Una pareja de alemanes con un par de críos rubios que parecían ángeles robados del paraíso se instaló en la habitación que estaba al lado de la nuestra. Nos los habíamos encontrado en el pasillo, regresaban de la playa con chanclas. La madre caminaba delante, con las piernas hinchadas y con manchas de bronceado, surcadas de venitas filamentosas y oscuras. Una mujer joven ya marchita, sin ninguna sensualidad. El padre llevaba sandalias para caminar por las rocas y tenía el vientre dilatado por la cerveza. Nos sonrieron, les devolví la sonrisa a esos dos niños maravillosos.

—De mayores serán feos como sus padres —dije entre risas, mientras entrábamos en la habitación.

Diego me miró, sorprendido por aquel cáustico comentario. Era una familia discreta, no molestaban y hablaban en voz baja. Habían colgado los bañadores en la reja del balcón que estaba al lado del nuestro. El viento había tirado uno de los bañadores, el de florecitas azules de la niña. Me quedé mirando cómo caía en el silencio de aquel patio, donde un mozo arrastraba una bolsa de basura.

Hay una puerta cerrada con llave, pintada de blanco como la pared que comunica con la otra habitación… de la que llega el ruido. Es noche cerrada y los niños duermen. La madre les ha lavado los pies y los ha puesto en la cama. Nosotros volvemos siempre tarde, cuando en la habitación contigua reina el silencio. Pero esta noche los alemanes tienen ganas de hacer el amor, de unir esos dos cuerpos torpes que, sin embargo, se buscan. Escucho los ruidos… El ruido inconfundible de los preliminares sexuales. Un reflujo ácido me sube desde el estómago y me abrasa la garganta. El *brodet* de pescado estaba demasiado especiado. Tengo náuseas por culpa de la comida, por culpa del vino, que tenía demasiada graduación, por culpa de aquellos dos cuerpos horrendos, toscos, que se restriegan el uno contra el otro en la habitación de al lado. De pronto siento repugnancia por todo el sexo del mundo, por todo ese mete mete hasta la muerte, por esa búsqueda

incesante de agujeros. Me imagino al hombre, el barrigón desnudo, él y su bolsa de grasa deslavazada sobre el vientre… Y la mujer, el sexo grande y avejentado como las piernas, como el resto de su cuerpo. Me quedo escuchando el ruido de la cama, de los muelles viejos que chirrían. Están de vacaciones, tienen marcos, a los alemanes les sale muy a cuenta venir de vacaciones a estas playas. Es el mes de las madres y de los niños. Esta noche se folla. Se desfonda esta cama ya desfondada. Los alemanes han comido, caminado cogidos de la mano por los senderos de piedras pulidas, les han comprado un molinillo a los hijos. Han regresado al hotel de buen humor, han puesto a dormir a los críos, a esos dos querubines que ahora duermen con sus rizos rubios sobre la frente empapada en sudor. Han matado algún mosquito. Luego se han metido en su cama. Son una pareja unida, saben cómo obtener placer el uno del otro sin armar mucho escándalo. Los ruidos que se oyen son los mínimos, provocados por la vieja cama, por la respiración… no hay gritos ni palabras obscenas. Quiero levantarme porque hace calor, porque no he digerido bien la cena, porque Diego duerme y no oye nada. Entonces oigo un grito, el grito de las aves marinas cuando se zambullen en el agua, cuando salen de nuevo a la superficie con la cabeza mojada tras haber atravesado la superficie del mar.

Es uno de los niños quien grita. Ahora solloza. Oigo la voz de la madre, sus murmullos cariñosos. Ha tenido que dejar el polvo a medias, ese adefesio de mujer. Ha descabalgado del miembro del barrigudo y ha bajado de la cama, para agacharse junto al hijo y tranquilizarlo con su respiración, que ahora es tan cálida como la de una vaca.

Así es como se hace el amor cuando se tienen hijos. Se deja la lujuria a un lado y, deprisa y corriendo, sin perder los estribos, hay que inclinarse junto al pequeño para consolarlo, para estar a su lado cuando tiene pesadillas. La alemana es una buena madre. Ahora le canta una nana. Es una mujer poco atractiva, no destaca por su belleza pero su hijo la quiere, como un escudo de carne, una torre de amor. Su hijo la considera guapísima, sumerge la nariz en aquel aroma empalagoso del pelo, del cutis sudoroso y reconoce el olor del vientre, del fango pálido del nacimiento.

Estoy fuera, en el balcón; no puedo dormir más, empieza a despuntar el alba. Sopla una brisa suave y fresca, de un cobalto intenso. He sido víctima del odio, primero entre sollozos e indeciso, luego cada vez más consciente. He odiado a ese niño quejumbroso, y este sentimiento me ha consolado.

A la mañana siguiente, Diego comía uno de aquellos buñuelos dulces rellenos de miel y queso y ya se había puesto el bañador.

—No tengo ganas de ir a la playa —le digo.

Siempre hay una crisis en mitad de unas vacaciones; tras la voracidad de los primeros días llega el bajón. Diego sonríe, dice que también está un poco cansado, que se quedará para hacerme compañía.

—Esta noche uno de los niños alemanes ha llorado y no he podido dormir.

—Pues cambiemos de habitación.

—Sí… cambiemos de habitación.

En el pasillo me cruzo con la mujer alemana, tiene la cara hinchada y teñida de un rubor que aflora en este momento, quizá tiene miedo de que pueda haber oído el resto. Mientras se aleja le pregunto:

—*What was the matter with the child last night*?

Me cuenta que la niña perdió su bañador y por eso lloraba. Ya había llorado en la playa y de noche, mientras soñaba, debía de haberse acordado de él.

—*It was old, but she liked it so much.…*

Pienso en ese bañador que cayó al patio, en el mozo que lo cogió y lo metió en el cubo de la basura. Por un instante me entraron ganas de gritarle que no lo tirara, sabía que había caído del balcón de los alemanes. Sin embargo, no se lo impedí, presa de la amargura… Casi sentí placer al ver desaparecer aquel bañador desteñido.

En el fondo, los tres estábamos un poco tristes, por eso fingíamos alegría. La naturaleza nos horadaba, nos devolvía a nosotros mismos. Pasaban los

días y el mar drenaba mi cuerpo. El viento salado me infundía fuerza. Serpientes que se despertaban bajo la piel escamada por el sol. Diego se bañaba poco porque la sal le escocía los ojos, prefería la roca. Yo lo seguía con mi sombrero croata y, descalzos bajo el cielo abrasador, trepábamos hasta la cima. Sentía la respiración de Diego, miraba sus pies, que se habían vuelto prensiles, como si fueran palmeados. Las aves marinas hacían el nido en las rocas, se quedaban acurrucadas allí, en aquellas cunas minerales, escrutando el viento. De repente emprendían un vuelo rasante para pescar algún pez. Diego fotografiaba ese momento: el pez que asciende a la superficie del agua y el pico que se sumerge y lo captura. La salpicadura del agua y, en medio, aquel cuerpo rapaz que corre el peligro de ahogarse porque ha desafiado a otro animal. Entonces la lucha plateada se traslada al cielo. La vida del pájaro y la muerte del pez. En un abrir y cerrar de ojos.

Diego me coge de la mano, hace un día radiante y el cielo está raso. Todo parece falso. Una copia refulgente de la realidad. Las islas están posadas, literalmente, sobre el agua.

—Me gustaría vivir aquí… Un día volveremos, lo dejamos todo y venimos aquí.

Hoy se ve incluso Italia. Tras el relieve de las islas se ve una línea oscura en el horizonte.

—Estamos tan cerca…

Gojko no me quita los ojos de encima… Bajo las gafas de sol siento su mirada, que me recorre de pies a cabeza. Me sumerjo en largos silencios. Repito un gesto, cojo arena y la dejo caer lentamente en la clepsidra de mi puño.

Llegan hacia las dos de la tarde, cuando hace más calor. Son un grupo de chicos de la isla, que salen corriendo de entre la vegetación y se lanzan al mar. Parecen pequeños jabalíes que huyen de los arbustos. Tienen unos cuerpos raquíticos y unos bañadores consumidos por la sal.

Uno de ellos, el más pequeño, se aleja de vez en cuando del grupo, camina en nuestra dirección y se detiene, se agacha y se queda quieto,

balanceándose en las piernas dobladas. Parece un huevo.

Seguro que quiere dinero, como los chicos del puerto, los que se tiran al agua cuando llegan los transbordadores de Dubrovnik. ¿Cuántos años debe de tener? Siete, ocho como mucho. Tiene el pelo crespo y amazacotado por la sal, parecen mechones de cabra. Me parece que hoy se ha acercado más de lo habitual. Nos mira atentamente, tiene los ojos negros y grandes como dos botones resplandecientes. Doy cabezadas y me despierto. El mocoso sigue allí. Tengo las piernas entreabiertas… Mira el triángulo del bikini, hinchado entre los huesos del pubis. Cierro las piernas y me ajusto la parte de abajo. ¿Quién es este niño?

Ahora se ha metido en el agua hasta la cintura. Mira a su alrededor, inmóvil. No entiendo qué hace. De repente, mete una mano en el agua, e intenta pescar un pez. Diego se va hasta los escollos. El niño levanta la mirada del agua.

A los demás críos les llama la atención la máquina fotográfica, son demasiados, demasiadas manos.

—Ten cuidado —le digo a Diego—, igual te roban la máquina o te tiran un objetivo a la arena solo para fastidiarte.

Pero se deja tocar, no tiene miedo, a pesar de que hay un par de chicos grandes, fuertes y molestos, con los músculos bien marcados. Uno de ellos tiene una mancha roja en la cara, como una salpicadura de zumo, el otro es el único del grupo que lleva aletas. Negras y amarillas, idénticas a las de un turista francés que las ha estado buscando durante un buen rato antes de irse. No se las quita, tampoco nada, tan solo camina sobre los guijarros como un pingüino ridículo.

Diego fotografía al grupo de niños frente al escollo; los veo allí, de refilón, intentan posar y no paran de reír. El niño más pequeño no parece formar parte del grupo, nadie le presta atención. Sigue en el agua, inmóvil como un palo. Ahora todos rodean a Diego. Lo observo, se ha arrodillado, cercado por el enjambre de míseros discípulos… Ha desmontado el objetivo, les está explicando algo, no sé en qué lengua. La máquina fotográfica cuelga del cuello del chico con la mancha roja en la cara, es él quien hace fotografías ahora. Diego ríe.

Se vuelve hacia mí, tiene la cara bronceada y aún luce una gran sonrisa. Guarda la cámara en la funda de cuero.

—No me dejaban marchar.

—¿Has hecho fotografías bonitas?

—No lo sé.

Nunca sabe si sus fotografías serán buenas, si podrá salvarse algo. Una imagen, tan solo una, compensa montones de carretes gastados. Mientras fotografía, Diego ve cosas equivocadas, obras maestras que, en realidad, serán una mierda.

Al día siguiente, al atardecer, el niño vuelve a hacer acto de presencia. Diego aprovecha los últimos rayos de sol, el que más nos gusta, porque es dócil como todas las cosas que están a punto de desaparecer. Se ha quitado las gafas oscuras, su rostro está teñido por aquella luz maravillosa. Se arrastra en silencio como una serpiente, abre la funda, coge la máquina fotográfica y se la acerca al ojo.

El niño sigue allí, de espaldas… en cuclillas, como siempre, como un huevo. No sé cuándo ha llegado, hace poco no estaba. Pero ha venido acompañado de esta luz dócil. Ha salido de entre los matorrales, como una cabra que se hubiera perdido. Diego se le ha acercado arrastrándose boca abajo. Avanza unos cuantos metros más con los codos. Ahora el niño está en el agua, hace su trabajo. Intenta coger peces con las manos, sumerge una como si fuera un pico, como los pájaros hambrientos. Diego dispara… es un instante. El niño ha cogido un pez, por un instante lo tiene. Veo la fotografía, un niño gaviota y un pececito que vuela por los aires sobre el sol que se está poniendo. Quizá es esta la imagen, cuando la belleza aparece de improviso.

Ha sido un instante porque acto seguido el pez se pierde en el mar y el niño huye. Y el sol también desaparece y deja un cielo tan opaco y uniforme que parece imposible que haya estado brillando ahí hasta hace un momento.

Veo que Diego cae sobre la arena y se estira boca arriba, aferrado a su Leica. Entonces pienso que existe un ángel que aparece de vez en cuando

porque siente pena por nosotros, por todas las cosas que se nos escurren entre las manos, que no permanecerán en nuestra mirada.

Un día que aún está por llegar, con los ojos impregnados de todo, Gojko habría de decir mientras observaba esa fotografía:

—Ahora entiendo qué es el arte —y, atravesándome con esa mirada untuosa, preñada de inteligencia—… es cuando Dios tiene nostalgia de los hombres.

Gojko no está con nosotros, hace días que se oculta, que solo baja a la playa por la tarde. Dice que tiene atender unos asuntos en la ciudad vieja, que el sol le quema la cabeza, que está escribiendo un poema. Quizá se ha cansado de nosotros. Quizá somos más aburridos que antes. Sus mocasines de Dior se han convertido en unas chanclas, los pantalones blancos están oscuros por delante, llenos de lamparones. Las vacaciones llegan a su fin.

Hemos empezado a retomar el contacto con el mundo que nos espera. Diego está encerrado en la cabina telefónica del hotel, habla con Duccio, la próxima semana tiene dos reportajes fotográficos. He empezado a meter las cosas en la maleta. De repente Gojko me pregunta, de buenas a primeras:

—¿Por qué no habéis tenido hijos aún?

El viento nos trae un sonido, las notas de un violín. Gojko se levanta y echa a caminar hacia las notas. Vuelve al cabo de un rato, canta y se balancea. Se ha tomado unas copitas acompañado de unos amigos. Son un grupo de chicos de la academia de música de Sarajevo, que se hospedan junto a la playa, en el antiguo cuartel de la guardia forestal, una casa grande y gris, destartalada, rodeada por un pavimento de piedra oscura como la roca.

Cuando cambia el viento, llega de allí arriba, de la casa gris, el sonido de los instrumentos que armonizan entre sí. Están ensayando para un concierto, nos ha dicho Gojko.

Ha sido el niño quien nos ha buscado, como si hubiera percibido que lo echábamos de menos. Llega mezclado con los demás, entre el alboroto. Como acostumbra a hacer, nos mira de lejos, al amparo de su comportamiento asilvestrado.

Sopla el viento. Hacia las dos Diego y yo nos dirigimos hacia a esa primera caseta donde se puede comer algo bajo un toldo de plástico, y pedimos queso de Pag y pepinillos. El toldo se balancea, ondean los costados. Se ha levantado un fuerte viento. El mar empieza a embravecerse, a embestir la playa con olas altas, compactas como fardos de paja.

Volvemos a buscar nuestras pertenencias: las toallas han ido a parar a los escollos y el sombrero también ha salido volando. Nos vamos.

Podríamos no haberlo oído, ese grito, por culpa del rugido ensordecedor del viento, como una estampida. Levantaba la tierra clara del sendero. Faltaban pocos metros para superar la duna, habríamos empezado a ver las primeras casas del pueblo, los matorrales de geranios silvestres, la pared blanca de la pescadería. Unos cuantos pasos más y no habríamos oído aquel grito:

—¡Ante! ¡Ante!

Vemos, junto al agua, a los chicos, que corren de un lado para otro en la lengua oscura de la playa gritando ese nombre. Todo sucede en un instante. Diego ya no está a mi lado. Ha echado a correr hacia los escollos, descalzo. Devora los pasos que acabamos de dar en dirección contraria, los atajos, donde caen las rocas.

Ahora sus talones corren por los guijarros, tira la mochila y la cámara fotográfica sin detenerse.

—¡Espera!

Cuando llego a la playa ya es tarde. Diego es una cabecita de pájaro que surca las olas. Los niños que me rodean se han quedado mudos y medio aturdidos, como las estúpidas cabras. Yo también me quedo muda. El niño no está. Ese maldito huevo no está sentado sobre sus talones, balanceándose; lo busco con la mirada y ya sé que no lo encontraré.

Cojo las aletas amarillas y negras, demasiado grandes para mis pies, y me tiro al agua, intento superar el muro donde rompen las olas como ha hecho Diego… Pero me resulta imposible. Bebo, me ahogo. Y mientras bebo, pienso que desde el principio de estas extrañas vacaciones uno de nosotros tres, por turno, tiene ganas de morir.

Empapada y derrotada miro al mar, más allá de la barrera de espuma. El tiempo pasa. El tiempo permanece inmóvil. A mi alrededor, los niños son velas apagadas, con reflejos grises. Me ha parecido ver la cabeza de Diego una vez, frente a una ola, y luego sumergida. He pensado en los pájaros que planean sobre el agua, que se juegan la vida para pescar un pez.

También han llegado los músicos, que han bajado de su casa gris. El chico con el pulpo rojo en la cara ha corrido a dar la alarma, y ahora hay un grupo de personas en la playa. Gojko llega con la cremallera de los pantalones bajada y descamisado. Seguro que estaba revolcándose con una de esas chicas que apestan a anchoas saladas y cosméticos baratos. Tiene el pelo alborotado y la cara triste, atónita, como un actor dramático.

Mira hacia la ensenada, a las rocas que sobresalen donde acaban los guijarros. Empieza a subirlas y desaparece tras las rocas. Reaparece al cabo de poco, cansado como un náufrago, acompañado de Diego, que lleva al niño en brazos. El pequeño tiene un brazo inerte. Se acerca con su trofeo de carne. Echo a correr y los abrazo.

Diego me sonríe entre jadeos. La corriente los ha arrastrado a la ensenada de al lado, que es por donde han logrado salir del agua. Ante está pálido, aturdido por el agua. Diego le frota la espalda y Gojko le da un vaso de aguardiente. Los niños le están muy encima, lo sepultan, observan ese temblor exagerado, los dientes que repiquetean como un martillo contra un clavo. Se ríen de sus manos arrugadas, devoradas por el agua, de sus labios amoratados. Lo miran como si fuera un pez raro atrapado en una red. El niño escupe agua salada, se pone en pie y huye, desaparece entre la vegetación.

Los demás niños se tocan la cabeza, nos dan a entender que ese mocoso es un poco raro, que está chiflado… Que le falta un tornillo.

Regresamos al hotel. Esta noche hace frío. Ya no sopla el viento, pero ha dejado un ambiente gélido. Nos abrazamos en la cama, a pesar de que no nos hemos duchado para limpiarnos la sal.

Ante no vuelve a aparecer por la playa. Los demás chicos dicen que su madre lo ha castigado, que le ha dado unos azotes con la cuerda que usa para atar las cabras a los ganchos de la cuadra de noche. El mar está en

calma, límpido como el vidrio. El niño del pulpo en la cara chapotea en el agua con las aletas que le robó al turista francés. Diego está boca abajo, mira hacia los arbustos y los escollos. Echa de menos a ese maldito huevo… Lo está buscando. Porque de vez en cuando el niño se asoma entre los arbustos, espía lo que sucede en la playa sin reunir el suficiente valor para sobrepasar el muro que forma la vegetación. Los demás le tiran piedras, le dicen que lo han visto y se mofan de él.

Diego se levanta y se va con la máquina fotográfica al cuello. Va a ver si los huevos de las gaviotas ya han eclosionado, a hacer las últimas fotografías desde lo alto.

Cuando se ha alejado un poco, lo sigo. Dejo que los arbustos me arañen las piernas para no perderlo de vista. Avanza a paso rápido, como si también él estuviera siguiendo a alguien. Pasa de largo por la casa de los músicos, donde los instrumentos están abandonados bajo la gran morera que parece dormir y jadear por culpa del calor y el peso de las ramas. Los músicos duermen en las camas. Me detengo y en una ventana me parecer vislumbrar a Gojko, que tiene los ojos cerrados y un brazo sobre la espalda desnuda de una mujer. Entonces veo a Diego y a Ante. El niño ha dejado que Diego se le acerque, y lo está fotografiando.

Los sigo hasta la cima, hasta el borde de un acantilado, donde la vegetación clarea y hay una casa de piedra. Enfrente hay una mujer sentada, delgada, demacrada, con ojos claros hundidos en las órbitas, inertes como los de un ciego. Mira a Diego y le hace un leve gesto con la cabeza. Los veo entrar en casa.

De noche nos ventilamos una botella de vino de Lombardía en el balcón, acompañada de un poco de queso, pues estamos cansados de restaurantes. Le digo a Diego que ese niño tiene algo de él… las piernas, quizá, el modo de huir.

Al día siguiente compro dos camisetas y un par de zapatillas para Ante y se lo llevo todo a su madre. Tiene a otra criatura pegada a su pecho fláccido, como el de una vaca enferma. Con gestos me da a entender que la recién

nacida no está bien, que la leche se le atraganta. Vuelvo con una bolsa llena de comida y, antes de irme, le dejo bajo una botella de cerveza vacía todo el dinero que llevo en el bolsillo. Sonríe con melancolía, y al hacerlo dibuja la mueca ingrata de ciertos perros callejeros, de los que te agradecen con un gruñido que les hayas dado de comer. No habla italiano pero lo entiende. Es una refugiada de Krajina que regresó aquí porque era el lugar donde había nacido y donde tenía esta casucha; su madre es una anciana vestida de negro a la que nos hemos encontrado muchas veces en los escollos, tiene un rostro severo, la ropa siempre impregnada de un fuerte olor a alcohol y es quien cuida de las cabras.

Ante le da la mano a Diego. Volvemos a la playa con él porque la madre se fía de nosotros.

—Muchas gracias —ha dicho el niño cuando la mujer le ha dado una bofetada delante de nosotros para que hablara.

Así es como hemos oído su voz por primera vez. Es el susurro ronco de una gaviota.

Ahora es nuestro. Durante los días que quedan es nuestro. Diego le da la mano y le cuelga la máquina fotográfica del cuello. A mediodía voy a comprar pinchos de calamares y los comemos en la playa. El niño tiene hambre. Ahora habla mucho, nunca se está quieto… Le tiembla la voz, se atropella, se queda sin respiración. Cuando ríe, el mísero tejido de su cara se marchita de gratitud. No entendemos todo lo que dice, pero sí que es feliz. Ahora es él quien enseña a Diego a pescar con las manos. Se ponen en el agua como dos estacas. Sí, se parecen, lo he pensado desde el primer momento, cuando vi ese cuerpo pequeño cerrado como un huevo que se balanceaba en la playa.

Gojko nos ve con el niño mientras lo acompañamos a casa. Pasamos frente a la morera, frente al cuartel de la guardia forestal, donde ensayan los músicos y tocan una flauta y una viola. Gojko nos presenta a su novia veraniega.

—Se llama Ana.

Tiene el pelo negro, muy escalado, a la moda, el rostro demacrado y la tez blanca de quien nunca ha tomado el sol.

Gojko mira al niño, se encoge de hombros, sabe que es el hijo de esa mujer un poco chiflada y no entiende qué hacemos con él.

Una noche respondo a su pregunta. Estamos sentados frente a una iglesia, en los grandes escalones bañados por los últimos rayos de sol. Diego ha entrado por la portezuela blanca de la agencia de viajes, al otro lado de la plaza, pues hemos decidido quedarnos unos días más. En Roma, el gabinete de prensa ha reclamado sus servicios y Duccio le ha gritado, por lo que hemos dejado de llamar.

—Soy estéril, Gojko. No puedo tener hijos.

Se le cae el alma a los pies. Siempre tiene algo que decir, sin embargo ahora mira alrededor, herido… Se muerde los labios y se aplasta la nariz con el pulgar. Saca un papel arrugado y me lee unos versos que ha escrito.

… y la vida se ríe de nosotros
como una puta vieja y desdentada
mientras nos la follamos sin abrir los ojos
y soñamos con el culo de una joven doncella…

Tiene la mirada fija e impertérrita.

—Somos una generación sin suerte, Gemma.

Me sacude y me abraza. Le cojo la mano y miro las finas uñas y los dedos hinchados.

—Nos hemos encariñado con el niño.

Ahora soy una presa que se rompe sobre su camisa.

—Ayúdame… Habla con la madre, busca a un abogado del pueblo, quien sea. Quizá podemos adoptarlo… Acogerlo… Podemos darle dinero a la madre…

Diego vuelve con los billetes cambiados y una sonrisa. Me ve con la cara arrasada en lágrimas y me levanto.

—Se lo he dicho.

Nos abrazamos los tres en medio de aquella plaza blanca.

Así pues, Gojko fue a hablar con la madre, subió con una botella de *kruskovaca* y se sentó bajo el toldo de plástico, con aquella peste a cabras. La madre hizo una mueca, la típica. Dijo que se lo pensaría.

—¿Qué le dijiste?

Ese día alquilamos una barca para ir hasta la isla de Mljet y cruzamos el lago salado hasta el monasterio benedictino. Nos acompañó Ante y Diego se lo subió a hombros. Parecían padre e hijo. Gojko y yo los seguíamos algo más rezagados.

—Le dije la verdad, que no puedes tener hijos, que cuidaríais de él, que le daríais una buena educación…

—¿Le dijiste que podíamos pagarle?

Agachó la cabeza, cubierta por una mata de pelo rubio, y se rascó.

—¿Quieres comprarlo?

—Quiero hacer todo lo que pueda.

Me miró fijamente… Escrutando mi mirada codiciosa e impasible.

—Los pobres también tienen derecho a quedarse con sus hijos.

—Esa mujer no se merece un hijo como él, no lo ama, le pega.

Alcancé a Ante y le levanté la camiseta para enseñarle las costras, que empezaban a caerse.

Gojko negó con la cabeza.

—Es Dios quien decide.

Le espeté que era un maldito meapilas y lo mandé a freír espárragos.

Regresamos al día siguiente y al otro. La mujer sonreía, aceptaba nuestros regalos y se encogía de hombros.

—*Patre…* —decía, es el padre quien tiene que decidir.

Así empezaron los trámites por teléfono, desde la cabina de nuestro hotel. El marido, que se había quedado en Krajina, nunca estaba en casa, solo había los familiares. Ante subía a nuestra habitación y se quedaba en la cama, entre nosotros. Empecé a enseñarle algunas palabras en italiano, lo duchaba en la bañera.

Un día montaron una pista de autos de choque en la plaza de arena que había junto al muelle antiguo. Nos pasamos la noche entera allí, hasta que solo quedamos los tres, riendo. Cuando Diego chocaba con Ante, el pequeño gritaba belin!, ¡joder!, como cualquier chico de la via Pré de Génova.

Esa noche lloró al despedirnos.

Al día siguiente logramos ponernos en contacto con su padre por teléfono. La madre llamó a Gojko para que entrara en la cabina. Yo lo espiaba desde fuera, vi que relajaba los hombros, hablaba, se callaba y volvía a hablar durante un buen rato.

Salió agotado. Ante entró en la cabina. Su padre quería hablar con él.

No pronunció ni una palabra, tan solo asintió en una ocasión. Salió con un semblante muy distinto, más serio, me pareció. No de nosotros aquellos ojos grandes y límpidos.

—*Moram ici za ocem* —dijo con su voz de gaviota.

Gojko tradujo.

—Tengo que irme con mi padre.

El niño tenía que volver a Krajina con él en septiembre. Era soldado de la guardia territorial croata. No renunciaba a su hijo. Maldecía a la mujer: antes que dejarlo con esa desgraciada habría preferido llevárselo con él al combate.

Ante se despidió de nosotros sin derramar ni una lágrima, nos ofreció su rugosa manita en silencio.

—¿Es este el Dios que decide? —le pregunté a Gojko—. ¿Es ese viento malo?

Guardé toda nuestra ropa. Nos tumbamos en la cama junto a la maleta cerrada. Al día siguiente entraría un nuevo inquilino en la habitación y eliminaría nuestro olor. Salimos, caminamos por las callejuelas del centro y nos dirigimos hacia el puerto. Gojko estaba sentado a un mesa de aquel restaurante que daba al mar donde sus amigos tocaban, sobre una especie de tarima, una sinfonía de Haydn.

—Haydn tuvo muchas influencias de la música croata… —me susurró al oído.

«Y a quién le importa», pensé.

Su conquista, Ana, era la única que no tocaba: le pasaba las páginas al violoncelista, un hombre mayor con una barba larga, doblada hacia arriba como una lengua. El viento agitaba la ropa de los músicos, el pelo… La música se deslizaba sobre el agua y por un instante pareció que iba a consolarnos. A fin de cuentas ya estábamos borrachos, nos habíamos ventilado la última botella de vino de Lombardía y a tomar por saco. En cierto momento empecé a sentirme mal. No sé exactamente qué dije. Diego me cogió de un brazo y lo aparté, «deja que me desahogue».

Había una pausa en el concierto. Ana, la morena de Gojko, tenía la cara apoyada en una mano, me observaba como desde una ventana. Yo miraba sus uñas rojas, que bailaban en el aire. Empecé a contarle mi calvario, así, desde el fondo de aquel vino, de aquella náusea. En Roma no se lo había contado a nadie y ahora me estaba confesando con esa desconocida. Quizá era su esmalte de uñas… esos pececitos que flotaban y se dirigían hacia mí. La chica se encendió un cigarrillo.

Chapurreó algo en italiano:

—Puedes comprar otra mujer.

Y mientras hacía oes con el humo, me contó que conocía a una mujer austríaca sin útero que tenía un restaurante en Belgrado y había alquilado el vientre de una kosovar.

Miré fijamente la boca de Ana, pequeña y puntiaguda, roja como las uñas, en aquel rostro grande y sin pómulos. No sabía si era un hada o una bruja. Me levanté y vomité entre las rocas.

A primera hora de la mañana del día siguiente nos encontrábamos en el muelle. Ataviados con camisetas limpias y gafas de sol. Dos turistas tranquilos que regresaban a su país. Llegamos antes de tiempo y entramos en el bar del puerto a tomar una naranjada. Ante no estaba por ningún lado. Lo estábamos esperando, aunque no teníamos el valor de confesarlo. Nos

sentíamos nerviosos, teníamos la sensación de que se había escondido tras una de esas paredes rosa, de que nos estaba espiando. Nos quedamos en el muelle hasta el último momento, cuando llegó Gojko con el pecho descubierto, entregándonos de lejos el ruido de sus mocasines Dior convertidos en chanclas. Fue una despedida extraña. Y extraños fueron los versos que nos dedicó:

¿Bastará el hilo blanco de la aurora
para separarnos de la noche?
¿Volveremos a vernos?

Subimos al transbordador y nos apoyamos en aquella barandilla de tubos blancos, como dos pájaros. Ante apareció cuando el barco ya había zarpado. Lo vimos llegar al muelle, pero tuvo que detenerse porque más allá solo había el mar y no sabía nadar. Era un poco más alto que uno de aquellos noráis de hierro. Agitaba un brazo, un único brazo negro, que se me clavó en los ojos como una uña.

No abandonamos la cubierta hasta que dejamos de verlo. El interior olía a barco, a moqueta húmeda y a carburante, a la sal mezclada con el óxido. Había un televisor encendido, sin señal, una pantalla confusa, un ruido.

Diego se levantó:

—Voy al baño.

Lo encontré tras una lancha colgada. Estaba hecho un ovillo y se balanceaba sobre los talones, como un huevo. Miré al mar e imaginé que cogía a Diego de la mano, saltábamos y nos sumergíamos bajo la espuma. Quién sabe si bajo el mar habríamos encontrado otra vida. «Peces —pensé —, no somos más que peces… branquias que se abren y cierran… y entonces llega una gaviota del cielo que nos agarra y mientras nos desmiembra nos hace volar, quizá esto es el amor».

Un estruendo rompió el silencio, hundí la cabeza en los hombros instintivamente y me tapé las orejas. Eran aviones militares que sobrevolaban el mar a muy poca altura… Pasaron en un vuelo rasante,

rozando las olas. Durante un buen rato tuve la sensación de que iban a atacarnos. Algunos marineros se asomaron a las ventanas. Estaban pálidos. Eran aviones que habían despegado de la base militar de Dubrovnik, mientras que, simultáneamente, otros escuadrones partían de Split, de Rijeka y de Pula: lo supimos más tarde, cuando el televisor que había frente a la barra del bar empezó a funcionar. Diego estaba arrellanado en un sofá, con una pierna sobre el respaldo del sofá de enfrente, y con las gafas de sol puestas. Turistas en chanclas, con riñoneras y una taza de café en la mano se amontonaban delante del televisor, de aquellas imágenes que iban y venían. Los marineros también estaban en el bar y el capitán no podía apartar la mirada de la pantalla mientras bebía una botella de cerveza.

—¿Quién demonios pilota la nave? —le pregunté a Diego.

Le arranqué una sonrisa y tiró de mí para que me sentara sobre él.

Entablamos una conversación en inglés con un noruego. Era un reportero que había grabado imágenes de los tanques del Ejército Federal dispuestos a lo largo de la frontera y luego, naturalmente, había aprovechado el viaje para visitar las islas. Tenía el pelo rubio recogido en una cola, guiñaba los ojos y hablaba demasiado rápido. Se mostraba escéptico y pesimista. Había entrevistado a Milosevic, que le había repetido varias veces que «cualquier pedazo de tierra donde haya la tumba de un serbio, eso es Serbia…».

—Croacia está llena de tumbas de serbios… —masculló el noruego.

Los aviones militares se habían ido. Diego miraba el mar a través del cristal empañado por la sal mientras un rayo de sol le entraba en la boca.

OceanofPDF.com

Sucedió muy rápido

Sucedió muy rápido. Vimos por televisión los bombardeos de Zagreb, Zadar y luego Dubrovnik… Donde pasamos aquel día. De vez en cuando me parecía reconocer una esquina, una pared junto a la cual había pasado en sandalias, dando lametones a un cremoso helado con sabor a plátano. Estábamos sentados en nuestro sofá nuevo. Fuera reinaba la fláccida quietud de Roma y aquel octubre generoso de luz, como siempre. Me llevaba las manos a la boca, me devoraba las uñas. Recordaba aquel día, las cosas que habíamos visto en Dubrovnik.

La puerta de Pile, luego la avenida peatonal de la Placa… la fuente de Onofrio. Hasta abajo, hasta la torre del Reloj y la columna de Orlando.

Diego no sacó ni una fotografía de la ciudad, solo pedazos de personas en movimiento, sillas de bar. Durante las noticias las vimos tiradas por el suelo, las mismas sillas.

Así empezó la guerra para nosotros. Con esas sillas sepultadas entre los escombros de un bar… El bar donde habíamos estado unos meses antes, donde Gojko había sacado sus trastos y aquella bonita muñeca con mi fotografía en el gancho que le salía del cuello. Ahora lo llamábamos a menudo. Nos tranquilizaba. Tenía familiares en Zagreb que habían tenido que abandonar sus viviendas.

—Están de vacaciones en Austria…

No sé si era por orgullo o por qué otro motivo, pero ahora le cansaba hablar de su país, que estaba explotando, un pedazo tras otro, como una palomita de maíz.

Me doy cuenta de que en la redacción, a mis compañeros tampoco les interesa mucho esta guerra; además, nuestra revista es científica. En el bar, mientras elige un bocadillo, Viola dice:

—Los Balcanes… Nadie puede entender qué pasa en los Balcanes.

Le da un mordisco al bocadillo, dice que está demasiado blando, que el atún no es fresco, que se ha equivocado y debería haber elegido el de espinacas.

—A nadie le importa una mierda… Y con razón.

—¿Por qué «con razón»?

—Porque nos la suda a todos…

Pone la típica cara de chica buena y aburrida. Se encoge de hombros, señala la tostadora que hay tras la barra, me avisa de que se les está quemando mi bocadillo y protesta por mí.

—¿Cómo está el niño?

—En la guardería.

Cada noche vemos la guerra por televisión, esta es la verdadera novedad. Es próxima porque está sucediendo a pocas millas marítimas, y al mismo tiempo es lejana porque su zumbido se transmite por la pantalla del televisor.

Es dieciocho de noviembre, lo sé porque es el cumpleaños de papá. Hemos comido pastel y nos hemos despedido en la puerta, del mismo modo en que acostumbra a despedirse últimamente, como si no fuéramos a vernos nunca más. Quizá está un poco deprimido. Viene a vernos a primera hora de la mañana. Llama al interfono, dice que sube con mangos. Ahora tiene pasión por los mangos, los limpia y los corta. En la mesa quedan las sobras del pastel, rebaño la bandeja plateada con el dedo y le pongo un dedo en la boca a Diego, que enciende el televisor con el mando a distancia.

La voz dice: «Después de ochenta y seis días de asedio la ciudad de Vukovar se ha rendido a las tropas irregulares serbias».

En las imágenes aparece un hombre de espaldas con un niño en brazos. El cámara sigue su huida. El niño está encogido, con las piernas fláccidas como las de un muñeco. Quizá está herido y el padre corre hacia el hospital. Al hombre se le ve parte de una nalga, no lleva cinturón, tal vez estaba durmiendo y se ha vestido a toda prisa. Me fijo en ese detalle, en los pantalones que se caen y en la mano que intenta agarrarlos.

Cuando apagamos el televisor y nos quedamos mirando la pantalla negra que aún muestra una leve luminiscencia, la imagen del padre y el hijo se me queda grabada. Me parece que toda la tragedia se concentra ahí, en ese hombre que intenta salvar a su hijo y al mismo tiempo no quedar con el culo al aire.

No volvemos a hablar del niño de Korcula. Regresamos con ese dolor, pero luego se esfumó. Dulcemente. Se posó como un pez sobre un espejo. Pero Ante no nos ha dejado. Creo que cuando encuentras a un hijo en el mundo, da igual cómo vayan las cosas, nunca te abandona. Hay gente que los pierde y sigue encontrándolos a diario, en las fotografías, en un armario. De modo que seguimos encontrándolo. En un cuadro, en la galería de arte moderno. En una liebre que se detiene frente a los faros de nuestro coche y nos mira un instante, como si fuera a decirnos algo. En la nuca de Diego. Porque ha permanecido ahí, como la caricia de un amor. Lo espío mientras está sentado en la taza del váter porque lleva demasiado tiempo ahí dentro, con los tejanos en el suelo y la cabeza apoyada en la pared de azulejos, como si estuviera durmiendo.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

Sí, está pensando en ese mocoso, en los autos de choque.

El invierno avanza y arrastra consigo días de frío. El humo que escupen los coches y carboniza el aire se pega a la ropa tendida en los balcones de los edificios que dan a la carretera de circunvalación. Cada día paso por aquí para ir al trabajo, bien abrigada y a lomos de mi moto. En la redacción hace

frío, tengo una pequeña estufa para mí y un montón de post-it que me deja el director. La palabra que más leo es «URGENTE». Arranco las notas amarillas y las enrollo, juego con ellas. ¿Cómo puede ser urgente un artículo sobre el efecto magnético de una nueva fibra sintética que revolucionará el modo en que limpiamos nuestras casas? En realidad, esta revista no es más que un catálogo de publicidad camuflado de información científica. Tenía que ser un buen trabajo temporal, unos cuantos meses y ya, pero me han ascendido a jefa de redacción. Me levanto para coger el café de la máquina, todos los días a la misma hora. Espero a que el líquido caiga en el vasito marrón… Y, mientras, pienso que ya no me iré de aquí. Tengo buena mano para mi trabajo y lo hago con rapidez porque no me interesa. Ya me está bien así. La pasión me paraliza, me convierte en una persona torpe. Cuando algo es importante para mí, me cuesta moderarme. Me pongo nerviosa, empiezo a rascarme, como si de repente la sangre fluyera muy rápido bajo la piel y me quemara. Hace unos días encontré los apuntes de mi tesis de investigación. Y me parecieron algo muy lejano, propio de los días en los que creía que seguiría estudiando durante toda la vida. Pensé en Andric, en aquella soledad patológica que lo convertía en un hombre inconstante y paranoico. En las últimas entrevistas se mostraba molesto por las preguntas y harto de su obra… Como si hubiera desvelado demasiado de sí mismo y se hubiera arrepentido. Y me pareció entender algo que no había entendido hasta entonces: al envejecer uno puede convertirse de repente en avaro con respecto a sí mismo, mostrarse árido con el mundo porque nos parece que no nos ha recompensado como merecíamos.

—Quién sabe cómo estará ahora Sarajevo… —dice Diego, apoyado en una barandilla del monte Pincio.

Nos vemos a las siete de la tarde, nos damos un beso y caminamos abrazados hacia una bodega donde nos sentimos como en casa y que nos acoge como un vientre materno. Comemos unas tostadas con diversas salsas y bebemos vino tinto. Hay un banco y una ventana que da a la calle. La

gente avanza con prisas por la acera… la vemos pasar como si fueran figuras de ceniza.

Nos cogemos la mano sobre la mesa. Sonreímos al camarero que nos sirve. Ni siquiera hablamos ya del trabajo. A Diego no le apetece, ahora no trae ni los carretes a casa, tiene un ayudante que lo hace todo. Y cuando tiene tiempo, tampoco sale con la máquina colgada del cuello en busca de charcos, sino que se queda en casa, a dormir en el sofá. Hace meses que no toca el piano.

En el fondo no estamos tristes, somos como un par de troncos que flotan plácidamente y se dejan arrastrar por el río hacia el valle, con absoluta despreocupación. Somos más indiferentes. Apenas nos relacionamos con nadie, siempre tenemos alguna excusa. Nos gusta estar solos. Después de esas vacaciones tan extrañas nos queremos más que nunca. Es un amor distinto. El otro día leí en el periódico que una pareja se había tirado de un puente. El amo de una de esas furgonetas que vende bocadillos fue el último que los vio. Estaban tranquilos, incluso alegres. Habían comido un bocadillo de carne de cerdo y se habían tomado una cerveza. Había unas cuantas nubes que se estaban acumulando tras los montes. El hombre de la furgoneta les dijo que iba a llover por la tarde, y ambos sonrieron mirando al cielo, buscando esa lluvia que no iban a ver. Estamos sentados en esta agradable bodega, bien compenetrados, como si ya no tuviéramos nada que perder, nada a lo que aspirar. Como si tuviéramos que levantarnos y tirarnos de un puente.

Tal vez esto sea el amor cuando corona su cima. Ebrio como un alpinista que ha subido muy arriba y cuando conquista la cumbre no puede seguir más allá porque empieza el cielo. Con esos ojos observamos lo que ocurre al otro lado del cristal, ese paisaje enrarecido, el mundo que hemos abandonado para iniciar el ascenso y que ahora nos parece muy lejano. Estamos en lo alto, solos, en la cúspide que hemos alcanzado.

La mano de Diego sigue sobre la mesa, tiene la muñeca blanca.

Ha visto los ríos de refugiados, los márgenes de las carreteras de tierra inundados de gente… A ese viejo desesperado frente a un establo de animales muertos, esa mujer con un solo pendiente y una sola oreja, los

cuarenta niños ciegos de Vukovar que no ven la guerra pero la sienten con sus ojos de albúmina. Quizá preferiría estar allí, entre esa gente, con su máquina fotográfica y sus viejas botas de montaña.

Salimos a la calle y regresamos a casa. Caminamos muy cerca de los edificios, casi rozándolos. El vino ha bajado hasta las piernas, hasta las manos que se balancean agarradas. Ahora resulta más fácil volver a casa, encender la luz y reencontrarnos con ese montón de habitaciones, de cosas nuestras que han estado solas todo el día y ahora apestan a silencio.

Encendemos el televisor. Esperamos a la noche, cuando los reportajes son más largos. Cuando los niños duermen enseñan los cadáveres, lívidos e inútiles, a hombres que aprietan gatillos, que cargan obuses, que destruyen el trabajo de otros hombres. Así es la guerra. Reducirlo todo a la misma nada, un baño público y un convento unidos en el mismo montón de escombros, un hombre muerto junto a un gato muerto.

De vez en cuando la voz en off calla. El cámara graba. Entonces oímos la voz de la guerra. Es un ruido reconocible, como el de los platos cuando entrechocan en el fregadero. Es un silencio que se rompe aquí y allí, un tejido rasgado por un sastre nervioso. Los pasos de alguien que huye, piedras sordas que caen en el barro. Una ráfaga que ni siquiera resulta aterradora, como un collar que se rompe. Luego la contundente explosión de un obús. La cámara que tiembla. Una salpicadura ensucia el objetivo. Un cuchicheo, como de niños que se encuentran en la entrada de la escuela. Una cabeza se asoma por un coche carbonizado, es pequeña y tiene un aspecto avispado, como la de un polluelo que acaba de salir del cascarón.

Nosotros, mientras tanto, nos movemos por casa y hacemos nuestras cosas; me pongo la crema antes de ir a dormir. Diego abre la ventana, mira a la calle, el tráfico nocturno y ordenado, de luces rojas y blancas, de estelas opalescentes.

Es más fácil coger línea de noche. Marcamos el prefijo y luego el número. Esperamos el vacío, el salto de país, de kilómetros de tierra y mar… Sin embargo no sucede, la comunicación se interrumpe, y parece una goma elástica que se rompe y vuelve atrás. Lo intentamos una vez más, y otra, y al final llega la señal, de fondo, de muy lejos. La imaginamos como una mecha que corre por esos cables que atraviesan bosques, alamedas, campos de girasoles, ríos que arrastran rocas mineras, de los montes Zelengora, Visocica, Bjelasnica… Y, al final, Sarajevo, y luego ese edificio rosado, ese teléfono gris, ministerial, que se encuentra sobre la alacena adornada con incrustaciones de pequeños rombos de espejo, bajo el retrato de Tito.

Gojko responde con una voz presente, como si estuviera en la cabina telefónica que se ve desde la ventana de nuestro baño. Grita a su madre para que baje el televisor. Es Diego quien habla con él. Yo me quedo al lado, con la cabeza pegada a la suya, como un perro. Le pregunta cómo están, si necesitan algo. Gojko dice que no le importaría recibir una caja de Brunello de Montalcino.

—Déjate de bromas. ¿Necesitas algo? Te lo envío, te lo llevo.

—Tranquilo.

—¿Cómo está tu madre? ¿Cómo está Sebina? Quizá deberías enviarla a ella, al menos.

—La guerra no ha llegado hasta aquí.

—¿Pero llegará?

Gojko dice que no. Que nadie se atreverá a tocar Sarajevo.

Cojo un trozo de parmesano y una pera, y regreso junto a Diego. Comemos así, donde estemos, un bocado para cada uno. Le pongo la comida en la boca.

Hay demasiadas cosas en la casa, tendríamos que tirarlo casi todo. Dejar solo el sofá, quizá ni tan siquiera eso, solo el piano, podríamos sentarnos en

el suelo, de espaldas a la pared, como hacíamos cuando éramos jóvenes, hace unos años.

Diego está desnudo, fotografía el televisor. Acribilla el fondo azul de esa guerra que vemos en la caja. Así es como fotografía a los muertos del hospital de Vukovar, esas bocas de cera, devoradas por el último aliento.

Diego se pone en pie de un salto, se echa al suelo, usa el gran angular, saca una fotografía de costado, roba las cosas que se encuentran en los márgenes. Imprimirá las fotografías en azul, largas y oblicuas como si fueran en cinemascope, el televisor que flota en ese espacio lacado y nocturno, rodeado de un fondo negro, tan solo esa luz, ese azul que ilumina la muerte.

—Ya basta, ven a la cama. —Tiene el culo plano, como el de un perro.

Hacemos el amor. Su cuerpo es un saco de huesos.

Sudado, se deja caer a mi lado. Tose, es una tos cavernosa, corta.

Me sonríe, un puñado de arrugas surca la cara de un niño.

Se va a mirar la televisión. El anuncio de un coche. Luego aparece la chica ahorcada con el jersey rojo y las piernas abiertas, gordas como la vaca de su establo.

Pasó en la peluquería. En esa burbuja caliente de secadores, de aroma a champú, de tintes. Me gustaba ir y sentarme en uno de aquellos lavacabezas instalados sobre el suelo de parquet. La chica me masajea, se lleva la mugre de la ciudad y de mis pensamientos… Y por un instante parece que todo puede desaparecer por el desagüe que tengo a la espalda. Levanto la cabeza y me dan la toallita negra… Me dirijo hacia los espejos de este gran salón del centro que parece un loft neoyorquino. No hay ninguno de esos carteles tan burdos de publicidad de bálsamos y peinados en las paredes, solo unos cuadros grandes grisáceos, unas marinas indefinidas que animan a pensar en un futuro reconfortante, en el que las personas normales se hayan extinguido y únicamente queden los estilistas.

Con el pelo empapado espero a Vanni, el jefe de este santuario para el cabello maltratado por el humo y las pequeñas desdichas. Es la hora de la

comida y hay algo de confusión. Hay varias mujeres ricas bajo los secadores, abogadas, asesoras fiscales y unos cuantos zorrones que esperan a algún político, porque el Parlamento está a dos pasos de aquí. Uno de los chicos vestidos de negro me da un fajo de revistas.

—¿Quiere leer algo?

He traído mi libro pero no me apetece concentrarme, prefiero flotar en este limbo, en este acuario glamuroso. Hojeo las revistas: anuncios de ropa, de pintalabios, un artículo sobre la reconstrucción del himen, anuncios de sujetadores, el reportaje de un paseo por los mercadillos de Londres, cartas de mujeres decepcionadas con los hombres. Me detengo. Miro la fotografía de una mujer con un niño en brazos. El título, en rojo, dice «LA CIGÜEÑA LLEGA DE LEJOS».

Leo la entrevista a una mujer francesa que se quedó estéril tras someterse a tratamiento para curar un cáncer. La hermana le donó un óvulo que fue fecundado in vitro y luego implantado en el útero de una tercera mujer, una chica húngara, la cigüeña. Leo el nombre técnico de esta práctica: maternidad subrogada. Un sucedáneo de madre. Entonces pienso en mi madre, en el cubito de caldo concentrado que compraba en la farmacia.

Vanni se acerca, me besa en la mejilla, mastica chicle, es un homosexual robusto pero atlético, que camina descalzo sobre aquella alfombra de pelos como un armador sobre su yate. Coge unos cuantos mechones y los levanta, se mira en el espejo y también me mira a mí. Contiene la respiración, da unos cuantos tijeretazos… Toca el pelo como un artista toca la materia. Me masajea con su mano experta y el corte se materializa.

—¿Te gusta?

—Me gusta.

Echa un vistazo a la revista, coge un cenicero y se queda fumando a mi lado; fuma y mastica el chicle. Hablamos del tema y dice:

—Bien pensado, también la Virgen le alquiló el útero a Dios…

Llueve. Una gota más grande que las demás se desliza por el cristal de la ventana y la sigo. Un largo corte de agua que divide la noche. La respiración de la nariz parece ahora el latido de la tierra, y esa gota, una lágrima prehistórica que separa nuestro mundo del suyo.

Esta mañana papá ha traído mandarinas. Antes de subir a nuestro piso pasa por el mercado que hay enfrente. Da unas cuantas vueltas y se deja guiar por el olfato. «Es lo bueno que tiene la ciudad —dice—, el último reducto de una humanidad que aún vive junta. Lo demás es soledad». Ahora tiene un perro, una especie de braco con el pelo deshilachado. Es una buena excusa para salir, para caminar. Deja la bolsa de papel marrón e impregna el piso de ese olor fresco. «Un poco de vitaminas», dice.

Nos sentamos los tres en la cocina y pelamos las mandarinas. Luego Diego también se come las cáscaras, dice que le gustan.

Las maletas están ahí, todavía abiertas. Diego ha bajado su mochila del altillo, quería ésa. Se ha subido a la escalera y ha estado a punto de caerse. Ha tirado la mochila al suelo. Al recogerla, la ha olido. Enseguida ha reconocido el olor de los viajes, de las noches en los aeropuertos, de los sueños y de las heridas.

«Es mi vieja piel», ha dicho.

El perro de mi padre da unas cuantas vueltas alrededor de la mochila y también la olisquea.

—No irá a mearse en las maletas, ¿verdad, papá?

—Ven aquí, Pan, estáte quieto.

—¿Por qué lo llamas Pan?

—Porque yo estaba comiendo un bocadillo por la calle, le di un pedazo de pan y ya no se apartó de mí. —Acaricia al perro, que se le acerca enseguida, ofreciéndole el hocico como un huérfano muy meloso. Las mandarinas se han acabado. Papá mira las maletas. No ha dejado de hacerlo en todo el rato.

—¿Qué tiempo tendréis? ¿Llueve?

Mientras tanto, quita la bolsa de la basura del cubo.

—¿Qué haces, papá, vas a bajarnos la basura?

—¿Qué me cuesta?

—Déjalo.

Es más fuerte que yo, más tozudo. Se aferra a la bolsa con rabia.

—¡Déjame hacer algo, por Dios!

A la mañana siguiente insiste en acompañarnos al aeropuerto. Habría sido más cómodo ir en taxi, más rápido. Sin embargo, va a llevarnos este hombre que es mi padre, que se levanta al alba y nos espera en el coche. Llega con demasiada antelación, como un chófer diligente. Interfono.

—Ya estoy aquí, tomáoslo con calma.

Le gusta el alba, está feliz como si se fuera a pescar. Se ha afeitado y hasta se ha puesto corbata, como un chófer de verdad. Huele a aftershave y al café que se ha tomado en el bar.

Y ahora veo esta nuca, gris y familiar. Como cuando era pequeña y me acompañaba a la escuela. No se me daban bien las matemáticas, me costaban. «Copia, ponte al lado de alguien que te deje copiar». Yo me ruborizaba, no me parecía un consejo adecuado, era muy orgullosa. «No entiendes nada, papá». Sin embargo, lo entendía todo. «Aprende solo lo que te gusta, Gemma. Lo demás déjaselo a los otros, no te rompas la cabeza».

Conduce concentrado, prestando atención a todo. Y es como si quisiera decirnos algo, que también estuviéramos atentos. No duda. Sabe por dónde tiene que ir, por qué rampa subir al aeropuerto para dejarnos frente a la entrada correcta, parece que haya estudiado el recorrido. Abre el maletero y entra corriendo en la terminal para coger un carrito. Se despide de nosotros a toda prisa, no quiere abrumarnos. Hoy quiere ser un profesional, de los que llevan a la gente a su destino y se van porque tienen otros compromisos. Él no los tiene, pero finge lo contrario. Sube de nuevo al coche y asiente con la cabeza. Pega la mandíbula al cristal. Solo ha dicho una palabra: «Llamad».

Quizá se detiene en Fiumicino, da un paseo por la playa y espera a que llegue la hora de la comida, las doce y media. Le gusta el bacalao frito. Me lo imagino devorando un buen plato, estoy segura de que también pedirá vino, una botella fresca, se la echará al coleto y se le encenderán las mejillas. Se desmelenará a solas, lo conozco. Toda la vida intentando ser un buen ejemplo para mí, que siempre he sido un poco obtusa, y que no me daré cuenta del privilegio que supone tener un padre así hasta que se haya ido, como las moscas y el viento, como pasa siempre con todo.

Las moscas están en la cesta del pan, una de esas de plástico que dan en la playa, en los restaurante de las fábricas. Mi padre bebe y come, disfruta de la sal, de la vista azul del mar. Desde allí puede ver los aviones que despegan y trazan el primer círculo antes de encontrar la ruta.

Vamos a bordo de uno de esos aviones, nos ha seguido con la mirada, ha levantado el mentón. Hace poco estábamos juntos y éramos grandes, cuerpos y olores, y ahora somos destinos que surcan el cielo. Mi padre observa la distancia que hay entre la nada y el todo, entre ese pedo de humo blanco en medio de las nubes y este amor de aquí abajo, junto al cuerpo que empieza a ser anciano.

—¿En qué piensas? —me pregunta Diego mientras el ala del avión sigue la estela del sol reflejada en la ventanilla.

—No, en nada…

Papá está en el ala del avión, que parece haberse detenido.

«Hay algo que no me dices, ¿verdad, Gemma?».

«¿Qué dices, papá?».

«No me lo digas, no importa».

OceanofPDF.com

Viajemos en business

Viajemos en *business*, en asientos grandes, con vasos de cristal y servilletas de tela. No tenía ganas de viajar en turista, no en uno de estos aviones destartalados… No tenía ganas de pasarme el viaje en un asiento estrecho, de aguantar a azafatas que no te hacen caso. Tengo ganas de estirar las piernas. No es un viaje de placer. Es una convalecencia. Es como cuando estás enferma; si te lo puedes permitir eliges una clínica privada, una habitación individual, una enfermera que puede parecer el servicio de habitaciones de un hotel, y corres la cortina para aislarte del mundo. Creía que el avión estaría vacío. ¿Quién iba a tener ganas de sobrevolar una guerra? Sin embargo hay bastante gente. Hombres que posiblemente irán a esos locales de luces opalescentes y chicas blancas como la mantequilla, apenas mancilladas. La liquidación acaba de empezar, resulta tentador llegar los primeros para robar la pureza. Hombres que luego volverán a su hogar con una caja de caviar, con algún icono religioso. Y luego están los rusos que regresan a casa. Como los dos que van sentados a nuestro lado, con sus maletines negros y rígidos que no han puesto en el compartimiento superior, sino bajo el asiento, para controlarlos con los pies, con los zapatos negros y relucientes. Zapatos italianos para dos hombres de negocios de la antigua Unión Soviética. ¿Qué habrán venido a vender? Pedazos de su país en proceso de descomposición… oleoductos, edificios, minas, cabezas nucleares. Por un instante imagino que en los maletines llevan bolígrafos que matan, ampollas de cianuro, como los espías que surgen del frío en las películas estadounidenses. Pero la guerra fría se ha fundido, como todo lo demás, y estos dos como mucho se llevan un trozo de parmesano.

La cortina que nos separa de la clase turista está corrida. Los rusos han bebido muchas copas de champán sin cambiar de expresión ni de tono de voz.

La azafata que nos atiende tiene una cara rechoncha y la nariz chata, el gorrito que lleva, demasiado pequeño para el pelo cardado, apenas se sostiene en su sitio. Parece una barquita sobre las olas. Nos sirve de beber con un cierto encanto, estirando su gordo brazo con gracia, sin derramar ni una gota.

—*More, please…*

He esperado este momento tanto tiempo que ya he olvidado el motivo. He hecho de todo para subir a este avión, y ahora pienso que si alguien abriera la puerta, un loco o un secuestrador, me tiraría al blanco harinoso de las nubes, al frío de las alturas.

Ha sido una decisión repentina, me encargué de comprar los billetes y de comprobar que no hubieran caducado los pasaportes. Vamos a ver, a tratar de comprender… ¿Qué nos cuesta?

«Ha sido una decisión que he tomado por amor —decía la mujer en aquel artículo que leí en la peluquería—, he ayudado a otra mujer como yo, no he sido una incubadora, sino una cigüeña». Bebo champán. «*More, please*». Y en la embriaguez que dan el alcohol y la altura me flagelo un poco. Si es una elección de amor, ¿por qué vamos a un país empobrecido y que se desmiembra? Unos rumanos, un poco más allá, hablan en voz alta, ¿qué diferencia hay entre esos puteros y yo? También voy en busca de una mujer, de un vientre.

—Escucha…

Diego se quita un auricular y me lo pone en la oreja. Son los REM. Escuchamos «Losing my religion».

«… That’s me in the corner… that’s me in the spotlight…».

—Estate tranquila.

Al cabo de un rato se duerme. Le miro la mano. ¿Qué es una mano? ¿Quién nos ha esculpido así?

Una mujer se levanta, abre el compartimiento superior, saca un bolso que casi se me cae encima porque hay turbulencias.

—Perdone.

Tiene una cara simpática. Su marido también duerme. Un cráneo con una mata de pelo ralo y gris, la boca abierta sobre la almohada que nos han dado al inicio del vuelo.

Está sentada detrás de mí y al cabo de poco me toca en el hombro.

—¿Le da miedo volar?

—No, me da miedo el suelo.

—¿Cómo dice?

¿Qué demonios digo? No lo sé. Es el champán…

—Me da miedo el aterrizaje —me corrijo.

Es una de esas mujeres a las que les gusta hablar.

—A mí no me da miedo el aterrizaje porque ya se ven las casas.

Hay un asiento vacío en la fila junto a la nuestra, la mujer se levanta y se sienta ahí. No es joven, tampoco vieja, está en tierra de nadie. Tiene una sonrisa bonita. Abre el bolso y saca algo. Primero una barra de cacao, «porque los labios se secan mucho en el avión, ¿no se ha dado cuenta?», y luego una caja, que ahora abre. Saca una par de zapatillas de deporte con ribetes rosas, de niña.

—¿Le gustan?

Asiento.

—Las ha traído mi marido de Nueva York, adonde viaja a menudo por trabajo.

La mujer se las acerca a la nariz, las huele y las acaricia.

—Mire, tienen una sorpresa…

Sonríe, pienso que tal vez tiene algún problema, que es de esas que toman psicofármacos, que se atonta antes de subir a un avión.

—Se iluminan, ¿lo ve?

Mete las manos en las zapatillas, se inclina hacia delante y camina con ellas. En efecto, tienen unas lucecitas que se encienden en la suela de goma transparente.

—En Italia aún no las venden…

—¿Son para su hija?

Responde al cabo de un poco, después de acercarse de nuevo las zapatillas a la nariz; tal vez huelen a fresa.

—Aún no es hija…

No creo que esté embarazada. Es una de esas mujeres que, cuando viaja, mira alrededor, en busca de un embudo donde verter su chorro de voz. Y esta mañana me ha encontrado a mí. El marido duerme, ha aprendido a defenderse, a apoyar la cabeza en una almohada. No me queda más remedio que tragarme la historia. Su marido y ella han acogido durante dos veranos consecutivos a una niña de Chernóbil, una de esas que aprovechan el verano para salir de su país y purificarse de las radiaciones, una huérfana. El orfanato necesitaba una nevera y un proyector, y ellos se los regalaron. Trabaron amistad con la directora. Ahora van a ver a la niña, a Anushka, y le llevan esas zapatillas de regalo. Son demasiado viejos, no pueden adoptarla, pero esperan obtener la guarda y custodia.

—Nuestro abogado ha hablado con un abogado ucraniano. —Mueve los dedos, frota su pulgar contra el índice y el dedo corazón—: Dinero, es solo una cuestión de dinero. En ese país se hace de todo con dinero.

Anushka tiene siete años y ellos solo pueden adoptar a un niño a partir de los nueve años. Ahora hace un gesto con dos dedos, los agita como si fueran dos cuchillos pequeños, con un susurro quejoso.

—Dos años… ¿Qué son dos años?

Mueve las zapatillas, agita dos veces la cabeza, con un arrebato nervioso que parece un tic, está ahuyentando algo, un pensamiento recurrente que la acecha a menudo… Es un gesto que reconozco. Las madres frustradas comparten un código.

—Dos años… Incluso he intentado falsificar mis documentos, no me avergüenza decirlo… Te obligan a infringir la ley…

Ahora me parece una mala copia de mí misma.

Pido otra copa de champán. Mientras tanto me pregunto si he conocido en este avión a la mujer en la que me convertiré, si la vida es lo que parece o es un camino de señales luminosas como esas zapatillas del demonio, como la lucecita que indica la salida.

La mujer habla y habla…

—… Cuando Anushka llegó a nuestra casa, nunca había visto un armario y se asustó, se escondió bajo la cama. Así que lo desmontamos y le dijimos que dejara la ropa doblada sobre la silla, tal y como estaba acostumbrada a hacer. Este verano nos pidió el armario, lo subimos del sótano y volvimos a montarlo. Mi marido sudó como un cerdo, «qué demonios», pensé. Fue el día más bonito de nuestra vida. Anushka reía, ya no tenía miedo, quería entrar en el armario, llamar a la puerta y ver que la abríamos, que la liberábamos…

La mujer se inclina hacia delante y mueve de nuevo las zapatillas sobre la moqueta, esas suelas que se encienden con el movimiento. Y por un instante me parece conocerla, a esta Anushka a quien no conozco. La veo correr con sus zapatillas americanas. Buenas para la noche, para no perderse. Recuerdo ese día, cuando acompañé a Diego a fotografiar a los niños recién llegados de Chernóbil en aquella casa de Ostia… Me parecieron fosforescentes.

—¿Y usted? —pregunta la mujer.

Toco el reposabrazos del asiento, el agujero negro de una quemadura de cigarrillo.

—¿Tiene hijos?

Meto el dedo en el relleno.

—Aún no.

Sonríe y suspira…

—Son jóvenes, tienen tiempo.

Diego ha abierto los ojos, mira la hora, levanta los brazos y se despereza.

—Su marido parece un niño…

Diego sonríe.

Oye a la mujer que dice:

—¿Y a dónde van?

Responde él, sobre mi nuca inclinada.

—De vacaciones.

Lo piensa un poco y sonríe.

—Al mar Negro.

En el aeropuerto de Kiev encontramos a nuestra intérprete, Oxana, una chica alta y delgada. Ahí está, erguida entre la multitud de la zona de llegadas, sosteniendo el cartel con nuestros nombres escritos con bolígrafo. Tiene un semblante serio y la expresión hierática de un militar. Cuando nos ve, se relaja, nos acercamos a ella y le damos la mano. Esboza una sonrisa fugaz, se inclina hacia delante y hace un amago de reverencia. Lleva el pelo recogido, un abrigo azul oscuro con las mangas cortas que muestran las muñecas desnudas y un bolso de esparto colgado en bandolera. Nos pregunta si hemos tenido un buen viaje. Habla bien el italiano, con un acento que nos hace gracia. La seguimos mientras atraviesa una sinuosa anaconda de personas de aspecto descuidado que no tienen pinta de ir a tomar un avión; están allí para aprovechar el calor que desprenden los radiadores. Le pregunto a Oxana qué hay en esos paquetes abandonados junto a la salida.

—Correo…

—¿Y no lo reparten?

—Sí, tarde o temprano lo harán…

Un hombre con bigote asoma la cabeza por la ventanilla de una vieja furgoneta Fiat, da marcha atrás, abre la puerta y nos coge el equipaje. Nos acomodamos en los asientos vacíos. Oxana abre la ventana de cristal que nos separa del chófer, le dice algo en voz baja y se sienta frente a nosotros, en dirección contraria a la marcha.

—¿Tenéis dólares?

—Sí.

—Los dólares van bien.

—¿Y las liras?

Sonríe, no quiere ofendernos.

—Mejor dólares.

Nos mira a la espera de que le hagamos alguna pregunta. Tiene la gracia un poco rígida de ciertas bailarinas clásicas.

—¿Cuántos kilómetros hay?

—Algo más de cien.

Le pregunto cuándo podremos ver al médico.

—Hoy mismo.

Miro a Diego:

—Pasamos por el hotel, dejamos las cosas y nos vamos…

—Sí.

Él también mira a Oxana, ese rostro serio, que nos observa, esa frente alta, clara.

Furgonetas, tractores y autocares avanzan por una carretera que corta campos albinos y luego vastas llanuras de espigas aún verdes.

—¿Es trigo?

—Sí. Chechenia es nuestro petróleo, Ucrania es nuestro trigo —sonríe —, lo decía Stalin.

Diego le pregunta por Gorbachov, por el futuro, pero ella niega con la cabeza.

—Una carnicería… Una carnicería tan grande.

Diego dice que es natural, que se necesita tiempo.

—Tendrán que pasar veinte años quizá…

Oxana asiente, balancea la cabeza sobre el pedestal del cuello.

—Veinte años… como yo.

—¿Solo tienes veinte años?

Asiente. Yo creía que tenía treinta. Quizá porque está muy delgada y es muy seria.

Los campos han finalizado bruscamente, ahora solo hay fábricas de aspecto ruinoso. Parece que la ciudad no tiene centro, solo periferia. Oxana baja antes que nosotros, nos acompaña, habla con el conserje.

La habitación está forrada con una tapicería celeste de un raso brillante y rígido que parece plástico. Todo es igual, la cortina, la cabecera de la cama. Dejamos las maletas, nos lavamos las manos y cerramos de un portazo.

La clínica estaba a pocas manzanas del hotel, era un edificio macizo y austero, de perfecto estilo soviético. Tomamos el ascensor, subimos al segundo piso. Esperamos un rato en una sala, con los pies sobre un suelo cubierto de linóleo blanco. En las paredes había algunos certificados enmarcados y dos grandes grabados plastificados, como los que se veían tiempo atrás en las aulas de medicina de la universidad, que reproducían el aparato genital masculino y el femenino. Había los sacos rosas del escroto y de los ovarios, los conductos seminales, las trompas y una infinidad de filamentos rojos y azules para las arterias y los cuerpos venosos. Me quedé mirando ese inmenso pene dibujado en sección, fláccido como una trompa abandonada, esa vagina naranja que parecía el interior de un mejillón. La tristeza me subió desde la barriga y se detuvo en la nuca. Miré a Diego de reojo. Llevaba puesta una sonrisa estúpida, como si fuera un adolescente.

Vino a llamarnos una mujer con una bata ajustada que ocultaba un cuerpo curvilíneo pero algo entrado en carnes. El médico estaba sentado ante un lujoso escritorio cubierto por una lámina de cristal verdoso, demasiado grande para un consultorio como el suyo, de dimensiones modestas. Detrás de él había dos cortinas con volantes y varios títulos enmarcados.

Se levantó, nos dio la mano y nos hizo un gesto para que tomáramos asiento.

—Por favor —dijo.

Oxana se sentó a mi lado, nos tradujo que el doctor Timoshenko nos pedía disculpas por no hablar italiano, pues solo sabía unas cuantas palabras, pero tenía intención de estudiarlo porque empezaba a tener muchos clientes italianos.

—Estamos en un país que está a la vanguardia… en este campo.

Oxana traducía, sin dudar y con el rostro impertérrito. Tuve la impresión de que se sabía de memoria ese discursillo, que proseguía con el mismo tono. En las paredes laterales del consultorio había algunas imágenes de niños sonrientes en brazos de madres también sonrientes…

Debía de ser un recorrido similar al de los hoteles termales, donde se pasa del frío al calor, de las piedras a los aceites. Esa sala de espera deprimente con aquellos órganos reproductivos exánimes y luego esta consulta reconfortante, con las cortinas bordadas, como en un refugio, y estas madres felices. Me sentía tensa e intentaba adivinar dónde estaba el timo…

El doctor llevaba una bata bonita aunque de un tono ligeramente gris, tenía unos pómulos que recordaban a los de un mongol y el pelo embadurnado de brillantina. Nos dijo que si queríamos fumar podíamos hacerlo.

—No fumamos.

Se encendió un cigarrillo y esperó.

Empecé a hablar. Le conté nuestra historia. De vez en cuando Oxana me ponía una mano en el brazo para que parara y pudiera traducir. La miraba, intentando adivinar si hacía bien su trabajo. Le hice un gesto brusco a Diego para decirle que me diera las carpetas… Aquel inmenso fajo de ecografías, de análisis, de dinero malgastado; le enseñé al médico la fotografía de mi útero y las demás.

—Envejecido… —dije—. Un útero envejecido…

Esperé a que la intérprete tradujera. El doctor abrió la carpeta, miró la ecografía y asintió. Torcí la boca. Había una ventana que daba a un campo de deportes, una gran extensión con una canasta sin red… Miré fijamente ese ojo de hierro y rompí a llorar.

El médico me dejó llorar sin inmutarse: debía de estar acostumbrado. Fueron unos sollozos duros como piedras.

Me levanté y me acerqué a la ventana, Diego me siguió y nos abrazamos de espaldas a esas dos personas a las que no conocíamos. Miramos hacia el campo de deportes; la hilera de casas que se veían al fondo, sin tejado, todas iguales, parecían cabinas de un balneario abandonado.

Volví a sentarme. Había recuperado la calma. El barro había desaparecido, como las piedras del riñón, que causan un dolor insoportable, pero una vez las has expulsado solo te sientes un poco cansada. Una mujer enorme entró con un samovar humeante y bebimos té. Descubrimos que el

médico hablaba francés y, por eso, durante un rato pudimos conversar sin la mediación de Oxana. Luego cambió al ruso. Abrió un cajón y sacó unos folios.

Ahora yo estaba atenta y lúcida.

Trazó tres círculos, A, B y C, y sobre los círculos un triángulo con una X, que señaló con el lápiz.

—Éste es su marido —miró a Diego y sonrió.

La madre A era la donante del óvulo, que era fecundado con el líquido seminal del triángulo X, e introducido en la madre subrogada B. A cada paso unía los círculos correspondientes con una raya hasta llegar a mí, a la C.

«Demasiados círculos —pensé—, demasiadas madres».

—Preferiría que solo hubiera una… otra mujer.

Dijo que no había ningún problema, que se podía hacer todo el proceso con la misma mujer. Pero que resultaba más caro.

—Una madre de alquiler con un hijo que no le pertenece genéticamente no puede reclamar derecho alguno, sin embargo la madre natural…

Sabía que corría un riesgo mayor, pero quería ver la cara de la mujer, verla sonreír… establecer una relación.

Oxana traducía pero yo solo miraba al médico. Esas manos grandes, la boca mientras hablaba, los ojos pequeños de un azul intenso… Me preguntaba si podía fiarme de él. Si había algún indicio bueno en ese hombre.

Lo seguimos durante la visita de la clínica. Entramos en una sala en la que había una camilla, un mueble de hierro, una estantería llena de frascos y medicamentos, una cubeta con algodón, otra para los dilatadores y un viejo recipiente de plástico con asa, que tal vez usaban para conservar los óvulos, el líquido seminal… Parecía una de esas neveras de playa de antes.

El médico se sentó en la camilla y empezó a hablar de dinero con absoluta naturalidad. Quería que le pagáramos con moneda extranjera, en dólares o marcos alemanes. No había gastos de agencia, ni por el sustento de la madre subrogada durante la gestación, ni por abogados. Ellos se encargaban de todo.

—¿Y si la madre cambia de opinión?

Oxana tradujo:

—Eso no sucede. Son mujeres que se ofrecen de forma voluntaria…

Durante un instante pensé que no había el menor atisbo de verdad en la mirada de ese hombre, ni en nada de lo que nos había dicho.

Regresamos a pie al hotel. Llovía. Oxana tenía un paraguas e insistía en taparnos la cabeza por detrás. Le dijimos que podía dejarnos e irse. Pero nos perdimos. Los carteles estaban en cirílico y nadie hablaba ningún idioma extranjero. Muchas tiendas estaban cerradas, los letreros descoloridos de «PRADUKTI», los escaparates medio vacíos. Entramos en una panadería. Alguna hogaza de pan sola en una estantería de madera, como una piedra sobre una tumba. Las pocas personas que pasaban se volvían para mirarnos.

Diego fotografió a una anciana parada al lado de una caseta de cemento reflejada en un gran charco de agua. No se movió, no cambió de expresión en ningún momento frente a aquel muchacho que se arrodillaba y fotografiaba el agua sucia que se había acumulado en un lateral de la calzada. Cuando acabó, Diego se levantó con las rodillas empapadas, hurgó en los bolsillos y sacó un billete de diez dólares. La mujer tenía un rostro amarillento que parecía hecho de un tejido esponjoso, de un músculo árido, enfermo. Se tiró al suelo para besarle las manos. Él intentó detenerla, frenar esa reacción exagerada. Le dio un beso en la cabeza, en el fular.

Echamos a caminar de nuevo.

Encontramos el hotel, que surgió del cemento en aquella tarde de luz turbia y vapor de lluvia.

Intenté darme una ducha pero la alcachofa tenía los agujeros obturados y el agua salía de cualquier modo, contra la cortina de plástico, lejos de mi cuerpo. Las camas eran pequeñas y estaban separadas, de modo que las acercamos y el chirrido del hierro al rozar el suelo nos dio grima. Las sábanas comprimían de tal modo los edredones contra el colchón, que parecían más bien camisas de fuerza. Diego no se quejó de la ducha, se acercó a la ventana y tomó fotografías de lo que se veía abajo: un largo muro gris con una alambrada en lo alto, como si fuera un cuartel militar.

Bajamos a cenar. Había algo más de vida: una mujer que cantaba, ataviada con un vestido de lentejuelas rojas, muchos hombres solos, alguna pareja y un camarero vestido de blanco y negro, con la barriga hinchada y unos pies grandes y lentos; parecía un pingüino de verdad. Nos sentamos a una mesa y nos trajeron una carta grande, traducida al francés y al inglés. La leímos y llamamos al camarero. Fue una pequeña farsa. Cada vez que señalábamos un plato, el pingüino negaba con la cabeza, abría los brazos, «*niet*»…

Había *borsch*, así que lo pedimos. Al cabo de poco volvió el hombre y se sacó de la chaqueta una lata que nos mostró bajo la mesa, fingiendo que no quería que lo viera el maître. Era caviar, costaba diez dólares, que teníamos que darle a él, en efectivo. Cogimos el caviar y el billete desapareció. Gracias a un segundo billete nos llegó una botella de vodka especial.

Ahora también nos sonreía el maître, que nos saludó con una leve inclinación de la cabeza, mientras atendía a los clientes. Mujeres con el pelo cardado, minifalda y botas puntiagudas, hombres con chaquetas brillantes. El caviar estaba buenísimo, servido con blinis y crema agria… Diego tenía uno de los huevos en la punta de la nariz, sonreí, me acerqué a él y se lo quité con un dedo. Me miró el escote de la blusa de seda como si fuera un adolescente y acabáramos de hacernos novios, y por un instante nos sentimos como una pareja que estaba de vacaciones. Después de cenar nos quedamos sentados en aquellos bancos acolchados. Diego levantó el vaso de vodka en dirección a la cantante, y aquella mujer un poco entrada en carnes, embutida en el vestido de sirena rojo y con una sombra de ojos verde exagerada, entonó para nosotros «Volare, oh, oh, oh, oh». Reímos y aplaudimos.

Al llegar a la habitación hacemos el amor en aquellas camas que hacen un ruido infernal. Es algo sexual, un desahogo. No nos desagrada, al menos estamos vivos.

—Aunque no suceda nada, ¿a quién le importa? —suspiré.

—Hemos hecho un viaje y hemos hecho el amor…

Diego, junto a la ventana, apunta hacia la oscuridad con el objetivo.

—¿Qué fotografías?

—Una luz.

Debe de ser el faro blanco del cuartel de enfrente.

A la mañana siguiente bajamos al comedor para desayunar; había dos grandes recipientes llenos de agua hirviendo, unos cuantos huevos y dulces. Y ese olor persistente, a cocina mal ventilada, a carne macerada en el caldo. Oxana nos pasó a buscar, llevaba el pelo recogido con la misma goma y estaba tan pálida como el día anterior. Le pusimos una taza de té en las manos rojas. Nos dijo que teníamos que esperar, que el médico estaba buscando a la persona adecuada para nosotros y que nos diría algo por la tarde.

Dimos un paseo. Diego fotografió una antigua iglesia de madera y la estatua de los cosacos junto a la llama de gas metano azul y eterna. En el centro también reinaba una miseria absoluta y un extraño silencio.

Oxana regresó por la tarde. Cogimos un taxi para ir hasta la clínica, un Skoda de color ciruela, sin parachoques. El médico había encontrado a una mujer que tal vez podría ser una buena elección.

—¿Quién es? —le pregunté.

Oxana se había sentado junto al chófer y le había dado la dirección. Se volvió hacia nosotros y nos dijo que se trataba de una persona de confianza.

—No es la primera vez que lo hace.

Una profesional, me esforcé en pensar, ¿acaso había algo mejor que una profesional? Miré el puño de Diego apoyado en el asiento. Estaba inmóvil y, sin embargo, no era una mano serena, estaba cerrada con fuerza, como si agarrara un clavo.

Antes de partir, Diego y yo habíamos hablado largo y tendido sobre los límites morales de nuestro viaje. Diego dijo: «Solo existe una ley, la de nuestra conciencia. Tenemos que seguir sintiéndonos honestos, sintiéndonos

nosotros mismos. De lo contrario es mejor que lo dejemos y no volvamos a hablar del tema».

Fui yo quien lo arrastró a esta aventura, tras una noche de llantos y de desesperación. Ahora me molestaba su semblante serio, su mirada apesadumbrada.

Entramos en la sala: la mujer estaba de espaldas, sentada. El médico vino a recibirnos, pero ella no se movió. Le lancé una mirada fugaz, sin llegar a fijarme en ella. Nos sentamos y hasta el cabo de un rato, mientras el médico seguía hablando, no la miré a conciencia. La aislé de los demás y la devoré con disimulo. Vi una mano, una oreja, el pelo corto de hombre. Era una mujer sencilla, vestida con humildad, pero digna. La cara larga y con las mejillas hundidas, la nariz normal. Se aferraba a un bolso de piel sintética con el asa rígida. Me fijé en sus tobillos huesudos, los zapatos cómodos, de cordones, como los de algunas religiosas. Asentía a las palabras del médico. Oxana traducía.

Me pareció percibir un olor a hierba, a cenizas. Le pregunté si era de allí, de la ciudad. Era la primera pregunta que me vino a la cabeza.

Me lanzó una sonrisa y respondió mirando a Oxana. Vivía en el campo, a unos veinte kilómetros. Nos dijimos unas cuantas banalidades más. Entró la enfermera rechoncha con el samovar y sirvió el té. La mujer bebió inclinando la cabeza hacia la taza, con cuidado de no hacer ruido ni manchar el plato.

Luego se levantó e hizo una leve reverencia. Oxana tradujo y nos dijo que la señora tenía que irse porque no quería perder el autobús que tenía que llevarla a casa. Me dio la mano, tan fría y blanda que parecía incorpórea.

—Gracias —le dije.

Diego se levantó. No había dicho ni una palabra. También le dio la mano e hizo una inclinación con la cabeza, como si tuviera que recompensarla por algo.

La mujer hizo un gesto amable, de consuelo, le dio una palmadita en la mano, de forma brusca, como hace una madre con su hijo.

Se fue sin dejar rastro alguno de su presencia, llevándose consigo su olor de cenizas y su bolso.

—Es perfecta —dijo el doctor—. Es una mujer seria, muy reservada.

Había sido un coloquio breve e informal, como tenía que ser, pues tal era la costumbre. No habíamos hablado de nada.

—Ya habrá tiempo —dijo el médico.

—Tenéis que volver al hotel y meditarlo una noche.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Treinta y dos.

—¿Tiene hijos propios?

—Tres.

—¿Y tiene marido?

El médico rompió a reír.

—Por supuesto que tiene marido.

—¿Cómo podemos estar seguros de que…? —me detuve por pudor.

El médico me entendió: parecía que estaba respondiendo a un cuestionario que le habían planteado en multitud de ocasiones antes.

La voz de Oxana tradujo que, tras la inseminación, la mujer se quedaría durante unos días en la clínica, donde el doctor controlaría el buen desarrollo de la fecundación, y solo entonces le permitiría regresar a casa.

Sonrió.

—Sus intereses son también los nuestros.

Se tocó la cabeza, la brillantina que encarcelaba sus cabellos, y dijo con voz más áspera:

—Nuestras mujeres son humildes y generosas, se consideran criaturas neutras. Jamás entregarían a un hijo del propio marido. Si es eso lo que la preocupa, puede estar tranquila.

Dimos cuenta de la lata de caviar con menos voracidad que la noche anterior, distraídos como estábamos por una infinidad de pensamientos. De vez en cuando dejábamos caer una palabra en la mesa. La cantante lucía el mismo vestido rojo, los mismos ojos aterciopelados y la misma voz ronca. Yo no paraba de darle vueltas al encuentro que habíamos mantenido con esa mujer. Tenía un aire modesto y honrado, una sombra de pelusilla en el rostro, las cejas alborotadas, no usaba pinzas. Tenía unos zapatos y un pelo de monja. Era perfecta, el doctor estaba en lo cierto. Nos echamos al coleto unos cuantos vasos de vodka, que se asentaron en el estómago y nos sumieron en un estado placentero…

—Bueno… ¿Qué piensas…?

—Me parece que es una gran persona.

—¿Entonces es ella…?

—¿Bailamos?

Bailamos sin prestar atención a esos hombres torpes y a esas mujeres culonas con perfumes empalagosos… Bailamos abrazados y recluidos en nosotros mismos.

El médico pasó a buscarnos después del almuerzo. Subimos a una berlina azul con los asientos de cuero, que olían al producto con el que los habían limpiado poco antes. Reinaba la calma, quizá excesiva, en las calles, desiertas también en los centros habitados, casas claras con tejados grises a dos aguas que se extendían en aquella llanura infinita. En la radio se oía un noticiario interrumpido por breves pausas musicales. Entendimos que hablaban de la guerra, le pedimos a Oxana que nos tradujera lo que decían. Se volvió hacia nosotros.

—Han firmado un acuerdo para el alto el fuego en Croacia…

El médico rió.

—Es lo que más les gusta, firmar y no respetar los acuerdos.

Pasamos junto a una zona rodeada por cilindros de hierro que abarcaba cientos de metros, en cuyo interior se veían unas construcciones macizas dispuestas en semicírculo.

—¿Qué es? —preguntó Diego.

Oxana se volvió:

—Son minas de…

El médico le lanzó una mirada por el retrovisor. Se volvió hacia nosotros y nos dijo en su francés chapurreado:

—Son viejas minas abandonadas…

Enfilamos un camino de tierra y el coche redujo la marcha. Había una casa de campo en un pequeño pueblo. Todavía quedaba barro de las últimas lluvias. Vi una serie de colchones apoyados contra una cabaña y una bicicleta de niño.

Salió a recibirnos un hombre, robusto, con el rostro oscuro y un jersey de rombos rojos y marrones. No debía de tener más de cuarenta años, pero aparentaba unos cuantos más. La mujer nos esperaba dentro. Nos saludó, nos invitó a sentarnos con un gesto brusco. Dejó en la mesa una bandeja con vasos y una botella llena a rebosar de un líquido rojizo, zumo de cerezas; se tocó el pecho para darnos a entender que lo había preparado ella. Oímos un llanto. Se fue y volvió al cabo de un instante con un niño pequeño en brazos que podía tener un año como mucho. Le dio una cucharilla para que se distrajera y se sentó. El marido hablaba, movía las manos como si estuviera cortando algo sobre la mesa. El médico y él se entendían en ruso y oí la palabra *dollars* en más de una ocasión. Oxana le tradujo la conversación a Diego:

—El primer plazo al inicio de la gestación, el segundo al quinto mes y el tercero cuando se haga la entrega…

Había estudiado italiano por correspondencia y usaba términos ásperos, burocráticos, sin darse cuenta de lo mucho que nos herían. Diego tragó saliva.

—De acuerdo… Ningún problema.

El niño era pálido como la madre y tenía los ojos del mismo marrón apagado, llevaba un mono de una especie de fieltro, de un color indefinido.

La madre me miraba.

—Quiero saber si está contenta de hacerlo… Si lo hace con amor, es algo muy importante para nosotros.

Respondió el marido, en ruso, con su garganta herrumbrosa por culpa de la nicotina.

Oxana tradujo que estaban muy contentos, que la mujer se sentía muy feliz de poder ayudarnos.

Se levantó y nos mostró la casa, que tenía pocas habitaciones pero que en todas lucía el mismo suelo de cerámica de color vino, cortinas en las ventanas, lámparas con pantallas de encaje y unos cuantos muebles macizos de madera clara. El marido abría las puertas y nosotros asomábamos la nariz. Todo era miserable y olía igual, pero estaba limpio.

Pregunté si podía pasar un rato a solas con la mujer. Era tímida, me rehuía y, además, estaba su marido, que no la dejaba hablar y nos controlaba.

Ella me llevó fuera, mientras cogía leña. El exterior estaba algo más desordenado y había un montón de trastos amontonados de cualquier modo junto a una pila de materiales de construcción. Oxana caminaba detrás de nosotras. Le pregunté a la mujer cómo se llamaba. Hablamos del campo, del rigor de aquella estación. Me dijo que había estudiado ingeniería, pero que tuvo que dejarlo. Casi siempre miraba al suelo, y solo de vez en cuando alzaba la vista hacia Oxana para que tradujera sus palabras. Ese trámite constante me resultaba incómodo, le quitaba intimidad a nuestra conversación.

—Escucha, Tereza, solo quiero saber si es una elección que has tomado por ti misma… que no es tu marido quien…

Negó con la cabeza. Repitió que estaba feliz de hacerlo, que lo habría hecho incluso a cambio de nada, pero que gracias a ese dinero sus hijos podrían estudiar. Dijo que le gustaba estar embarazada, que la gestación no le causaba molestia alguna, que las hormonas de la vida que se estaba formando en su interior la ponían de buen humor.

—¿Y qué les dirás a tus hijos luego?

Rió, fue una pequeña sonrisa que reveló dos dientes mellados, justo los de delante.

—No se dan cuenta, estoy muy delgada… y siempre me visto así…

Se tocó el vestido un poco largo que bailaba sobre su esqueleto. Le hice la pregunta que tenía que hacerle.

—¿Y para ti? ¿No será difícil separarte del bebé?

Llevaba puestos unos zuecos de goma que arrastraba por el barro. Me pareció que no quería responder.

Me volví hacia Oxana:

—¿Ha entendido lo que le he preguntado?

Me salió un tono autoritario, el que se usa con los niños y los ancianos… Con las criaturas que dependen de nosotros.

—No —tradujo Oxana—, para ella es algo natural… Sabe que el bebé no le pertenece.

Al final me miró.

—*Ja eto dom*.

—Soy la casa.

Se agachó y me fijé en el vientre que se intuía bajo la ropa, fláccido después de varios embarazos. Metió una mano bajo la paja del gallinero y sacó dos huevos aún calientes. Insistió en regalármelos, valían incluso para beberlos… Negué con la cabeza, pero acabé guardándomelos en el bolsillo del abrigo. Y dejé una mano ahí dentro, sobre los huevos calientes.

Al cabo de un rato dijo:

—No pienses que soy una mala mujer.

El marido salió a buscarnos, hizo un extraño silbido, como si llamara a las gallinas. Tereza se dirigió hacia la casa a toda prisa. Me quedé tras ella, mirándole las nalgas y las caderas, del modo en que se mira a un animal. Era una mujer bien proporcionada, con los músculos largos y los tobillos delgados. No tenía ningún defecto físico, ninguna anomalía. Era neutra… eso es lo que era. No era alegre ni triste, no era bonita pero tampoco fea, no tenía un gran calor humano pero no era antipática… Era una de esas criaturas indefinidas que no dejan señal, un cordero más del rebaño. Hacía tres segundos que había desaparecido y ya no conservaba recuerdo alguno

de ella. Ya me estaba bien así… es más, quizá era perfecta porque no era nadie. Era doña nadie. El círculo trazado en la hoja de papel.

Me quedé fuera un poco más, sola, en el claro que había frente a la casa. Olía el aire, miraba a mi alrededor, observaba el territorio, los metros de tierra donde iba a vivir Tereza con nuestro hijo en su seno. Me agaché para esquivar un hierro oxidado, como una madre previsora…

Volví a la casa. Diego estaba sacándole fotografías al niño, que ahora se aferraba al borde de un parque medio desvencijado, mordiendo la protección de plástico. Miraba el objetivo de la máquina fotográfica sin interés alguno. Era un ser inane e inerte como su madre. No mostraba ninguno de los típicos arrebatos infantiles. Se quedaba allí, encarcelado en la opacidad como un fósil en la resina… Y su miseria tenía algo de eterno… Carne inútil que se reproduce durante siglos, que germina y desaparece sin dejar rastro. Diego lo fotografiaba y tal vez era esto lo que le gustaba y le conmovía, la inamovible fijeza del destino humano.

—Vámonos…

Me molestaba que le hiciera fotografías a ese niño. A veces me molestaba incluso el mero hecho de verlo fotografiar… Se aferraba a la máquina fotográfica como a un corazón, como a algo que le había salido del pecho y latía, que retenía junto a sí para vivir algunos instantes más.

—Vámonos…

Me molestaba ese aire que tenía, ese rostro consumido de misionero. Su modo de amar estaba demasiado influido por la derrota. Un día todo eso se acabaría. Un día Diego se pasaría horas y horas fotografiando solo a nuestro hijo…

Diego no abrió la boca durante todo el viaje, dormitó con la cabeza pegada contra el cristal.

—¿Qué pasará ahora?

Oxana tradujo. Al día siguiente Tereza acudiría a la clínica para hacerse los análisis de sangre. El médico analizaría la actividad folicular, ya que faltaba poco para la ovulación, quizá era cuestión de horas. No iba a ser necesario que realizaran la estimulación ovárica ya que era una mujer sumamente fecunda.

El médico se volvió:

—A menos que queráis tener gemelos o trillizos…

Reí, me desternillé de la risa. Hacía tiempo que no me pasaba. Ahora me gustaba ese hombre directo, brusco. ¡Un verdadero cosaco al servicio de la causa de la esterilidad humana!

Diego no reía. Le cogí la mano.

Su mal humor y sus escrúpulos no figuraban entre mis principales preocupaciones… Ahora me preocupaba la mujer, *moi malenchii dom*, mi pequeña casa. Iba a dejarle más dinero, por supuesto… y a enviarle vitaminas y sales minerales, magnesio y hierro. La fecundación me parecía un mero detalle. Algo que iba a suceder deprisa, en unos cuantos minutos, en aquella consulta con las cortinas bordadas.

El médico se mostró locuaz y relajado durante el viaje de regreso, respondía a todas las preguntas y disipaba todos los temores. La mujer se sometería a controles constantes y nosotros recibiríamos en Italia las ecografías y los resultados de todos los exámenes prenatales; podíamos ir a visitarla en cualquier momento. Nos sugería, al menos a mí, que me quedara en Ucrania durante los últimos meses de gestación.

—Así no tendrá que dar explicaciones; si lo desea podrá decir que ha dado a luz en el extranjero. Para usted será importante participar en el proceso, poner la mano en el vientre de la madre subrogada, sentir los movimientos del feto. Eso la ayudará. Está a punto de hacer frente a unas grandes emociones, tendrá que prestar atención a su estado de salud, pues a menudo es la mujer estéril quien enferma… Se sentirá débil en el momento del parto, notará las contracciones…

Pensé que estaba a un paso de la vida.

Diego escuchaba sin apartar la mirada de la ventanilla, de vez en cuando fotografiaba algo: un tractor que segaba los campos, un hombre en bicicleta.

Hacía meses que no sacaba una fotografía y ahora se dedicaba a fotografiar esta nada, estos campos feos, este cielo polvoriento…

Pasamos de nuevo junto a la larga verja con la alambrada que rodeaba la mina, con esos carteles que decían quién sabe qué. Diego levantó la máquina y disparó a través del cristal. Preguntó de nuevo qué extraían de aquella especie de búnker, pero Oxana no se volvió, se limitó a encogerse de hombros.

Esa noche la cantante había cambiado de vestido, iba de blanco, como una gran nube, el maître nos había traído el caviar y había recibido su propina. Cuando el vodka hizo efecto, empezaron a fluir las palabras.

—Tiene los dientes rotos… esa mujer tiene los dientes rotos.

Intenté sonreír.

—¿Y qué?

—¿Pero es que no te has dado cuenta, cariño?

—¿De qué no me he dado cuenta?

Se llevó una mano a la cara, al pómulo…

—Tenía algo, una señal… una palidez…

Sí, había visto el moratón del ojo cuando se volvió hacia mí para decirme «yo soy la casa».

—Habrá sido el niño, que debe de haberle metido algo en el ojo… O quizá se ha dado un golpe mientras trabajaba en el campo…

Diego asintió.

—Quizá sí…

Al cabo de un rato, me resultaba imposible conciliar el sueño en la oscuridad de la habitación… Un olor desagradable lo impregnaba todo. Había dejado el abrigo sobre el radiador para secarlo. Al final, aquellos dos malditos huevos se me habían roto en el bolsillo, me había olvidado de que los llevaba encima. Eché las cáscaras al lavabo y froté el bolsillo bajo un

chorro de agua. Ahora el radiador desprendía ese apestoso olor de huevo seco.

—El marido la pega… ¿es eso lo que piensas?

Diego tampoco dormía.

—No me gusta ese hombre y, además, el niño también parece muy triste.

Al día siguiente salimos pronto. Oxana vino a buscarnos al hotel y la invitamos a desayunar con nosotros. Cogió la taza de té caliente y se la pegó a la cara blanca, contra la mejilla. Había venido a pie, estaba helada y más cansada que los días anteriores. Cuando Diego se levantó para ir a la habitación, a cargar la máquina, le pregunté a quemarropa:

—¿Aquí los hombres pegan a las mujeres?

Esa día tenía menos ganas de sonreír. Me dijo que por la mañana, temprano, las mujeres se miran fijamente y hablan entre sí.

—Hay muy poco trabajo y los hombres beben para caerse como muertos.

Hablaba con voz queda, sin parar de frotarse la nariz roja, los labios lívidos no lograban encontrar su color natural…

—Mi hermano trabajaba en un barco y lo echaron; ahora, cuando le abro la puerta de casa, da dos pasos y se cae. Está irreconocible…

Le cogí la mano y pronuncié su nombre…

—Oxana…

Parecía distante, toda esa fiereza de la juventud se había desmoronado en un abrir y cerrar de ojos.

—Kasimir, un vecino, un anciano de ochenta años, se tiró por la ventana… Es algo que ha sucedido… Ya no tenía qué comer.

Derramó unas lágrimas sin cambiar la expresión de la cara. Luego se rió.

—Mi primo Epifan trabaja en una fábrica, le pagan con rollos de papel higiénico, montañas de papel higiénico… Es lo único que no nos falta en casa.

Quería ayudarla pero no herirla. Cogí el bolso que tenía al lado pero me fulminó con la mirada y levantó la mano.

—*Niet*!

Le mentí, le dije que buscaba la barra de cacao para los labios.

Por la tarde regresamos a la clínica. Tereza estaba allí, se había hecho los análisis y ya se estaba vistiendo. Sin pedir permiso, me asomé por la puerta y vi que estaba inclinada sobre la camilla. Por un instante pude verle la espalda. Los omóplatos esqueléticos, como las alas de un pollo desplumado. Tenía otra marca, una mancha azulada alrededor del cuello. Le sonreí. El marido estaba en una esquina de la habitación y se dirigió hacia nosotros. Me volví. Me fijé en el ojo de Tereza, que estaba más oscuro e hinchado que el día anterior. El médico dijo que la actividad folicular había empezado. El marido se frotó las manos en los pantalones. Me pareció el ruido más horrible de la Tierra.

—*Niet* —dije.

El doctor me miró a los ojos. Se encorvó.

—No nos parece la persona adecuada. Lo sentimos.

Hay un gran bidón de aceite que chisporrotea en mitad de la calle. Es sábado, día de mercado. Una niña con las trenzas empapadas devora una rosca oscura. Bajo un cobertizo con goteras una anciana vende vasitos desparejados y un candelabro de latón. Esta noche han bajado las temperaturas. En los márgenes de la carretera, la hierba se ha quedado blanca y rígida, y el viento gélido nos corta la cara. A pesar de la nevisca que está cayendo, otra anciana vende calcetines, rígidos y pesados, otra ofrece un manojo de remolachas y un muñeco de goma, un conejo. Están ahí, inmóviles, como el hielo que forma estalactitas en los tejados. Hoy Diego no hace fotografías. Compra de todo y lo guarda en la mochila. Saca un fajo de karbovanets, que ya no valen nada, y manda a esas viejas a casa, para que entren en calor frente a la estufa.

Más caviar. Es sábado, la cantante hace un gallo y baja del escenario, pasea entre las mesas… Se acerca a la nuestra, quizá se da cuenta de que he llorado. Me acaricia el pelo y se queda un instante entre nosotros. De cerca parece mayor.

Diego solo tiene ganas de irse, pero insisto en que nos quedemos un poco más.

—Un día —le digo.

Miro a las mujeres que pasan por la calle, a la chica de la gasolinera, a la mujer que pinta una pared. Las escruto, me fijo en sus cuerpos, restriego la cara contra aquello que me falta.

—No podemos seguir así… —dice Diego.

—Déjame en paz —le espeto.

Oxana nos sigue con su abrigo azul y su cuello blanco de estatua. Le pregunto:

—¿Tú lo harías?

Pero no responde… Finge no haberme entendido.

Diego me agarra de la muñeca y me hace daño.

El doctor no nos deja marchar. Ha organizado otro encuentro. Diego tiene una cara rara, peor aspecto, las facciones contraídas. Esta noche ha dormido lejos de mí, en esa cama blanca, tensa como una camisa de fuerza.

La mujer está sentada en la misma silla, en el lugar de la otra. Es más joven, más guapa. Se levanta y sonríe. Tiene los dientes intactos y una mandíbula fuerte. Es más alta que Diego. Y si la otra no olía a nada, esta parece salida de una fábrica de colonias de mala calidad. Un hedor dulzón impregna el aire. Lleva una blusa blanca ajustada con un camafeo en el pecho y una falda oscura, de colegiala. Debe de haberse vestido así para la cita y ahora está atenta a nuestra reacción. Los ojos, espabilados, intentan abarcarlo todo, como su voz. Me fijo en su piel, que no parece mostrar ningún defecto. Lleva el pelo desteñido, más negro en las raíces. Tiene una cara rara, como la de un payaso sin maquillar. Entonces me doy cuenta de

que no tiene cejas, nada; en su lugar tan solo sobresalen los huesos. Parece un cuadro inacabado.

Busco los ojos de Diego, que mira hacia fuera, a la pista de deporte, a la canasta sin red.

Caminamos por la calle. Le pregunto a Diego qué piensa.

—¿Quieres saberlo?

—Claro que sí.

No se vuelve, sigue tocando con la mano cada una de las columnas de cemento que encontramos, como si las estuviera contando.

—Me parece una prostituta.

Se detiene, se balancea un poco y sonríe.

—Creo que damos asco, cariño.

En la furgoneta que nos lleva al aeropuerto, Oxana nos confiesa la verdad sobre la mina. Es una mina de uranio y la pequeña ciudad que hay al lado no aparecía en ningún mapa hasta hace unos años, no existía.

—Una amiga mía perdió un hijo, pero mi abuela tiene casi noventa años y nunca se ha movido de ahí. Tiene un huerto y dice que el uranio es muy bueno para las coles.

En el aeropuerto, los paquetes de correo siguen en el mismo sitio, más manoseados.

Le acaricio la cara a Oxana y antes de despedirme de ella, hundo la barbilla en su abrigo azul. Diego le da todos los dólares que nos han sobrado y esta vez los acepta y los guarda en el bolso de esparto.

El avión hacía escala en Belgrado, había un par de horas entre un vuelo y otro. Nos apoyamos en la barra de una cafetería y pedimos un té. Nos quedamos allí, frente a esas tazas negras. Junto a nosotros, un hombre

comía una salchicha, roja y larga, chorreante de grasa. Diego apartó el té, pidió una de esas salchichas y una jarra de cerveza.

Lo observé mientras daba cuenta de esa porquería sin decir ni pío. No comía, devoraba. Le dije: «Vamos a dar una vuelta»; y me responde: «Ve tú». Yo movía la pierna, empujando el taburete donde estaba sentado él. Vacilaba entre las cenizas, como tras un incendio.

—Estate quieta.

Seguí moviendo la pierna.

—Por favor.

Diego tenía la barbilla pringosa, me lanzaba una mirada profunda, desde quién sabe dónde, vibrante y lejana a pesar de la proximidad.

—Quizá deberíamos romper.

Se levantó.

—¿A dónde vas?

—A mear.

Pero no estaba en el baño. Me puse a dar vueltas entre la gente que esperaba la salida de los vuelos, me metí en esas tiendas iluminadas, entre las estanterías de botellas y de cartones de tabaco. Luego dejé de buscarlo. Pensé en todo lo sucedido. Me pregunté cuándo, en qué maldito momento habíamos empezado a separarnos. Regresé al lavabo, me mojé la cara y me dirigí a la puerta de embarque del vuelo a Roma. Ya había una azafata de tierra que contaba las tarjetas de embarque.

Me quedé sentada hasta el último instante en aquellas sillas soldadas unas a otras. Me volví al notar que alguien me había puesto una mano en el hombro. La mujer a la que había conocido en el avión del viaje de ida me sonreía. Llevaba un fular ruso en la cabeza, como si fuera un vendaje, entre el flequillo y el resto del pelo.

La niña a la que esperaba poder acoger había sido adoptada por otra familia.

—Franceses…

—Lo siento…

—También adoptaron al hermano pequeño, de tres años… Ahora están juntos. Para los niños es una suerte. Nosotros nunca habríamos podido quedarnos con los dos… Los franceses son jóvenes…

La abracé. Sentí su cuerpo, que temblaba, su pecho comprimido en un sujetador rígido.

Diego llega corriendo al desierto dejado por los pasajeros que ya se han ido. Se sienta a mi lado.

—¿No querías dejarme?

—He vuelto.

—El avión ya ha despegado.

—¿De quién son estas zapatillas?

—De la señora a la que conocimos en el viaje de ida. Me las ha regalado.

—¿Y eso?

—No lo sé. Se iluminan.

Meto las manos en las pequeñas zapatillas y me pongo a gatear entre los bancos, aprieto con fuerza para que se iluminen las suelas. Diego sigue las lucecitas con la mirada. Tiene el pelo alborotado, una barba rala y los ojos cansados, pero aún vivos. Coge su Leica, y se pone a sacar fotos… Sonrío sin sacar las manos de las zapatillas.

Me ayuda a levantarme y se apoya en mí.

—¿Sabes a quién vamos a llevarle estas zapatillas?

Siento un golpe en mi interior, como una escoba que barre y raya al mismo tiempo.

—Hay un vuelo que va a Sarajevo, venía a decírtelo.

El aeropuerto está semidesierto, solo quedan los trabajadores y unos cuantos viajeros del país. La cinta transportadora de equipajes está detenida, y cuando se pone en marcha tan solo aparecen unas cuantas maletas, que dan vueltas durante un rato y que nadie recoge. Un periodista australiano

con una cámara al hombro filma a un hombre que habla. Es un taxista apoyado en la puerta de su coche; tiene una de esas caras demacradas que se ven a menudo en Sarajevo, unos huesos que afloran en la piel lívida por la nicotina. Gojko le está haciendo de intérprete. Nos ve, se sonroja, se impacienta, nos hace gestos para que esperemos, estira los brazos para hacernos entender que no está ahí por voluntad propia. No debe de gustarle lo que traduce.

«… han dicho que nos dejarán un poco de tierra, la necesaria para las tumbas. Eso es lo que han dicho… en nuestro Parlamento…».

—Nihilista de mierda… —dice, mientras envía a la mierda al taxista y a aquel australiano tan pesado con un gesto. Nos besa. Nos abraza como es habitual en él, nos estruja el pecho con esos brazos largos e inertes, que de repente cobran fuerza, son como un torno.

—… preciosa, fotógrafo delgado…

Ninguno de los tres creía que fuéramos a vernos tan pronto, es una mañana de marzo. Han pasado nueve meses del viaje a Croacia, el tiempo de un embarazo, de una guerra.

No nos suelta. Apoya la frente contra las nuestras, nos pregunta si hemos tenido que hacer mucho acopio de valor para ir a Sarajevo.

—Era más duro estar lejos.

Dice que somos sus amigos y sigue abrazándonos. Veo sus pequeños ojos de color miel, arrasados en lágrimas.

—Es el poeta, que de vez en cuando no puede contenerse… —dice.

Diego respira, estira los brazos y respira; el aire aún es frío a pesar de que ya ha llegado la primavera.

Gojko lleva un anorak de Gore-tex; «es alemán», dice, hizo un trueque con un periodista de Reuter Alemania y se lo quita allí mismo, en la pista del aeropuerto. Debajo solo lleva una camiseta de algodón, peroquiere que cojamos el anorak para que comprobemos lo ligero que es. Se lo pone de nuevo mientras caminamos hacia el coche.

Nos cuenta que ya no siente el frío, que ese anorak le ha resuelto la vida y que puede pasarse toda la noche fuera, aunque estén a diez bajo cero. Habla del Gore-tex, de la revista literaria en la que publica, de la radio

donde trabaja de vez en cuando, a la que nos llevará, porque es un lugar donde hay gente que no tiene un pelo de tonta. Me fijo en las calles, en los tilos, en los edificios de color plomo. Respiro. ¿Por qué no hemos venido antes? Para nosotros esta ciudad es como un bolsillo, es como meter las manos en la oscuridad y sentir un calor que llega desde el fondo.

Nos dirigimos hacia la ciudad. La voz de Gojko es un barro cálido: nos cuenta que ahora hay muchos periodistas, que se está celebrando la Conferencia Internacional de Bosnia-Herzegovina, auspiciada por la Comunidad Europea, y que él vuelve a trabajar de guía, al igual que durante las Olimpiadas.

Diego le pregunta por la guerra, que avanza.

Gojko tira el cigarrillo por la ventana.

—El mundo no nos quita ojo. No sucederá nada.

Nos lleva a una *kafana*, la que está cerca del Markale, con las paredes acolchadas y el blues bosnio sonando por los altavoces. Gojko aún fuma; le miramos la cara, tal vez algo más hinchada en comparación con el verano. Se inclina sobre la mano que tengo apoyada en la mesa, me besa. Coge la máquina fotográfica que estaba sobre el banco de escay rojo y niega con la cabeza porque Diego aún tiene esa Leica memorable, la de sus antiguos reportajes.

La primera fotografía de Diego es en ese bar, en ese banco, yo abrazada a Gojko… él levanta el dedo índice y el corazón y hace el gesto de la victoria frente a nuestros rostros sonrientes.

—¿Aún os queréis mucho? —me susurra Gojko.

Diego responde:

—Sí.

—Qué pena.

Salimos y caminamos en el frío. La gente está inmersa en la propia normalidad. Las tiendas de Bascarsija están todas abiertas, con los montones de especias, los utensilios de cobre y las túnicas blancas bordadas de oro.

¿Qué cara ponían los judíos cuando miraban, sin reconocerlo, el mal que los acechaba? No debían de ser muy diferentes de éstas; de la que tiene

este viejo que corta el cuero, o esta chica que sale de la madraza con sus libros sujetos con una goma, su velo y sus vaqueros.

Entramos en el recinto cubierto y nos sentamos en las gradas. Era un gimnasio grande, construido para las Olimpiadas. Sebina estaba junto a un montón de colchonetas azules, de goma. La espiamos durante un rato, antes de que ella se percatara de nuestra presencia. No había cambiado demasiado, simplemente había crecido unos cuantos palmos. Tenía las piernas desnudas, blancas como velas, un poco regordetas, con unos músculos que se marcaban en la piel como pequeñas salchichas, los pies descalzos y un pequeño chal de lana que usaba como calentador. Vi cómo se lo quitaba antes de hacer un ejercicio y volvía a ponérselo al acabarlo, como una atleta consumada. Había poca luz en el gimnasio, tan solo dos fluorescentes suspendidos en el techo; las gradas estaban casi a oscuras.

Nos vio. Levantó la vista y se nos quedó mirando. Yo estaba en ascuas. ¿Me reconocería? Hablábamos por teléfono y la había visto crecer en fotografías. Cada año, por Navidad, le enviaba un juguete y algo de dinero y ella me lo agradecía con una postal, en la que incluía unos ángeles recortados en papel. No se movió, se quedó en su sitio, sin apartarse del grupo, disciplinada. Pero todo lo que hizo a partir de ese momento fue para mí, para mis ojos, que no podían apartarse de ella. La vi en las paralelas, en la barra de equilibrio, en el caballo, aferrarse a los arcos y erguirse, con la cabeza vuelta hacia nosotros. En las cartas me había hablado de su pasión por la gimnasia, pero verla fue otra cosa. Cometió un error en el desmonte y se cayó. Pero luego atravesó la sala haciendo la rueda, como una pequeña llama, y aterrizó con las piernas perfectamente abiertas, en spagat.

Nos encontramos en el pasillo de linóleo, al fondo la luz de los vestuarios. La llamé, estaba buscándome. Se volvió hacia mí y echó a correr. Tenía la misma nariz chata de nacimiento, la misma boca, el labio superior prominente como una pequeña burbuja. La levanté en brazos, creo que lo hicimos Diego y yo a la vez. Nos peleamos por ese olor, por esa piel tenue y sudada.

—Alma mía… Alma preciosa…

—Gemma… Diego…

—Sebina…

¿Qué es la felicidad? Es esto, este pasillo solitario, rancio e impregnado de buenos olores, este pequeño cuerpo aferrado a nosotros.

Era minúscula… De cerca parecía mucho más pequeña.

—Cuánto pesas —le dije.

—*To su misici*.

Son los músculos.

Gojko se había trasladado y vivía solo, pero iba a buscar a Sebina casi todas las tardes. La esperaba frente a las duchas, a veces la ayudaba a secarse el pelo, otras le ponía un gorro de forro polar y salían así. Cuando le daba por ahí se la llevaba a comer uno de esos buñuelos rellenos de miel a un local con taburetes altos situados de cara a la pared, y salían de ahí con la ropa impregnada de la peste a fritos. Entre mordisco y mordisco hablaban, sin llegar a mirarse. Él le preguntaba qué tal le había ido el día, en la escuela, como un hermano mayor, como el padre que no tenían. Sebina hablaba muy deprisa y a Gojko le costaba seguirle el ritmo. Solo le gustaban dos cosas de la escuela: la ventana del pasillo que daba a los jardines que había junto al Miljacka, donde se besaban las parejitas, y los experimentos de química del laboratorio. Quería ser campeona de gimnasia, pero crecía poco.

—Soy la más baja.

El hermano le limpiaba la boca con la mano.

—Los bajos están más cerca de la tierra.

Si estaba triste le leía uno de sus poemas.

La niña se sentaba en el suelo
frente a una pira de corolas,
llamas de invierno parecían.
Ayúdame, estoy cansada.
Desollamos rosas hasta la puesta de sol

en el empalagoso olor
que nos aturdía como la droga.
¿Quién se beberá todo este licor?,
le pregunté.
Tú, si vuelves.
No estaba seguro de reencontrar el camino.
Me saludó desde la ventana
el rostro demacrado, de yeso
las manos ensangrentadas de pétalos.

A Sebina le gustaban los poemas del hermano, pero hacía demasiadas preguntas.

Gojko le decía:

—La poesía no se explica, si te alcanza en el punto justo la sientes, se te revuelven las entrañas.

—¿Cuál es el punto justo?

—Búscalo.

Sebina torcía la boca, lo miraba con escepticismo, con esa cara desdichada. Se tocaba la barriga, las piernas.

—¿Puede ser en un pie?

—Queda un poco abajo.

—Pues es donde siento algo al oír tu poesía.

Gojko se la ponía en los hombros, subía las escaleras de su antigua casa y la dejaba con Mirna.

Fuimos a un restaurante a comer pan de pita relleno de todo, de carne, de patatas y de calabaza. Sebina empezó a bostezar, con la mirada ausente y los ojos empañados: el sueño de los niños. No se quejó. Puso un brazo sobre la mesa, apoyó la cabeza en él y se durmió. Decidimos quedarnos para poder charlar. Diego le robó un cigarrillo a Gojko, abrió una cajita que llevaba encima y se lió un porro. Gojko se lo quedó mirando… y se burló de él.

—¿Desde cuándo te drogas?

—No es droga, es hachís.

Gojko cogió el porro, acabó de liarlo y se lo llevó a la boca.

—Pues fumemos…

—Está la niña —dije.

—La niña duerme —respondió Gojko.

Así que ellos dos se pusieron a fumar mientras yo le acariciaba la nuca a Sebina. Al cabo de un rato me incliné hacia delante y hundí la nariz en ella. Me reencontré con aquel olor, que había permanecido idéntico con el paso de los años, a leche y bosque. Y me pareció el olor del futuro… Estaba allí, frente a nosotros, como en el pasado. Observé nuestros cuerpos en el espejo que ocupaba toda la pared de enfrente y me pareció que el tiempo no nos había quitado nada. Diego lloraba, inmóvil. Quizá ni tan siquiera se había dado cuenta de esas lágrimas que le corrían lentamente por las mejillas, como gotas de sudor. Le toqué un hombro.

—Estoy bien —dijo—, estoy como Dios.

Regresamos a pie en la oscuridad, por aquellas calles amigas. Sebina dormía en el cuello de su hermano y sus brazos inertes capturaban la luz de las farolas.

Hacía un frío de mil demonios. Le toqué las manos a Sebina, que las tenía heladas. Apretamos el paso para llegar pronto al hotel, que tenía un portillo rojo, una entrada pequeña como la de una casa. Cogimos la llave y subimos. Gojko no quería dejarnos y nosotros tampoco queríamos que nos dejara. Nos había conseguido una habitación más grande que las otras, con el suelo de madera y una gran alfombra de lana. Nos dijo que había probado la cama.

—Me he echado una siesta… —Y, en efecto, estaba ligeramente hundida en el centro y la colcha estaba algo arrugada.

—¿Aún hacéis el amor?

Veníamos de un viaje desolador, y el frío no había contribuido a arrancarnos el sopor.

—Esta noche estamos muertos.

—Ése es el estado ideal para hacer el amor, cuando el cuerpo está vacío, es entonces cuando vuelas.

Al cabo de un rato Gojko encendió el televisor. Salió hablando Karadzic, con el pelo peinado hacia atrás a golpe de secador y colorete rosa, como una muñeca. Era una larga entrevista pactada. Hablaba de su actividad como psiquiatra y poeta, y junto a su rostro aparecían sobreimpresos algunos versos. Gojko los leía y se partía de la risa.

—¡Montenegrino psicópata!

Se rascaba la cabeza, un brazo, como si sintiera un prurito insoportable.

—¿Cómo puede fiarse la gente de un imbécil como éste?

Diego se tumbó en la cama.

—Es a los imbéciles a los que hay que temer…

Diego cierra los ojos, con un brazo abierto junto a Sebina, que no se ha despertado en ningún momento; la dejamos en la cama y allí se ha quedado.

—¿No te desnudas? —Pero ya duerme.

Gojko enciende un cigarrillo. Le digo que se ponga en la ventana y fuma allí, junto al resquicio.

Miro el reloj, son casi las tres.

—¿Qué hacíais en Belgrado?

Nos sentamos en el borde de la cama… hablo en voz baja. Le cuento toda la historia del viaje a Ucrania y de aquellas mujeres. Gojko me mira serio y se pone a reír.

—Estás loca, ¿querías que tuviera un hijo con una puta?

Diego está allí al lado, tendido en la cama como un niño grande…

—No se ha quitado ni la servilleta…

Es cierto, se le ha quedado la servilleta del restaurante metida en el cuello del jersey. Gojko se levanta, se la quita y se suena la nariz. Finge que se pone a llorar y se da cabezazos contra la pared.

—¿Por qué? ¿Por qué no necesitáis a un hombre? ¡¿Por qué es tan injusta la vida?!

Me abraza por detrás y me hace cosquillas. Lo aparto con un gesto suave.

—Llevo sufriendo muchos meses, ya no sé quién soy.

Me acerco a Diego, le quito las botas, esas viejas camperas que cuestan tanto de sacar. Gojko no se pierde un detalle de ese gesto cansado, maternal.

—Te da miedo perderlo, ¿verdad?

—Tengo treinta y siete años.

—Nunca te dejará.

Dejo las botas en el suelo y le quito también los calcetines. Me quedo mirando esos pies largos, blancos, un poco enrojecidos en los lados.

—Quiero un hijo que tenga estos mismos pies.

Gojko hace una mueca…

—¿Qué tienen de especial esos pies?

—Que son los suyos.

—Ya…

La ventana abierta vibra en el marco de hierro y Gojko la cierra. Son altas horas de la noche. Se ven los pináculos de la catedral, con sus pequeñas cruces que parecen de cristal…

Esa noche dormimos los cuatro en la misma cama. Gojko estaba demasiado cansado para cargar con su hermana. Y yo no tenía intención de cerrar los ojos. Me senté en el borde de la cama, manteniendo el equilibrio y rígida como la cuchilla de un patín de hielo. Esperé al alba y entonces me eché un sueño, al amparo de la luz del sol. Cuando abrí los ojos vi la carita de Sebina inclinada sobre la mía. Se había despertado antes que los demás y ya se había lavado la cara y peinado.

—Espera…

Me levanté, abrí mi maleta y le di las zapatillas.

—Se iluminan cuando caminas…

Le entró hipo y su cuerpo reaccionó a esa emoción alterando la respiración. La ayudé a ponerse las zapatillas y apreté la puntera para comprobar hasta dónde le llegaban los dedos; quedaba espacio para un año de crecimiento, como mínimo. Se miraba fijamente los pies, entre las sacudidas del hipo, que no cesaban.

—Camina un poco, ya verás… —se encendieron las lucecitas.

No parecía feliz, sino angustiada. Entendí esa angustia. Era la misma que sentía yo en los momentos culminantes… De repente, cuando me daba cuenta de que lo tenía todo, sentía el rapto de la nada. Me pareció que estaba a punto de desmayarse. Grité para que se le pasara el hipo. Fue un rugido salvaje, que no sabía que fuera capaz de proferir.

Sebina dio un salto. Se me quedó mirando con la boca abierta…

No sé por qué, pero estábamos frente a algo. Y nos rebelábamos contra ello.

—Camina, ¡¿a qué esperas?!

Sonrió. Se le había pasado el hipo. Empezó a andar por la habitación, mirándose los talones, esas burbujas de plástico que se encendían dentro. Regresó junto a mí, me dio un beso en la boca y sentí sus labios fríos sobre los míos.

Gojko se había caído mientras dormía y estaba en la alfombra. Sebina caminaba por encima de él, sobre la barriga, para despertarlo. Le puso las zapatillas delante de la cara. El hermano abrió un ojo, observó las suelas luminosas y se volvió hacia mí como una culebra.

—Joder… ¿De dónde las has sacado? Quiero importarlas.

Sebina empezó a protestar con aquella voz estridente y aguda, a insultar a su hermano. ¡Quería ser la única chica de Sarajevo que tuviera esas zapatillas!

Diego también se despertó, miró los pasos luminosos y sonrió.

—Así te encontraremos siempre, aunque sea en la oscuridad.

Gojko se había trasladado a un viejo edificio destartalado y sin ascensor, cerca de la antigua sinagoga. Aparte de algún anciano, no estaba habitado

por familias, sino por jóvenes, estudiantes universitarios, aspirantes a artista e intelectuales en ciernes. La nueva generación de sarajevitas que asistía a los conciertos, a los cafés literarios, a los cineclubs… Los que se citaban en la Ceka y de noche se divertían gritando, como los U2, «I wanna run… I wanna tear down the walls that hold me inside» bajo las viejas estatuas de Tito. Gojko estaba en la última planta, en un apartamento que compartía con otras personas, uno de esos pisos caóticos en los que viven los jóvenes durante una temporada antes de enfrentarse a la vida de verdad, una especie de pequeña comunidad. Con sus treinta y cinco años, él era el inquilino mayor. Sin embargo esa casa abierta le correspondía… «Quien pasa por aquí debajo y ve las ventanas iluminadas puede subir si quiere».

Nos abrió la puerta y fuimos embestidos por una densa vaharada de humo y especias. Junto a la ventana había un chico que tocaba el saxofón: se inclinaba sobre las llaves con las mejillas hinchadas y los ojos cerrados, y su figura se reflejaba en los cristales finos, soplados y cortados a mano como se hacía tiempo atrás, que parecían moverse como el agua.

Estábamos convencidos de que encontraríamos un mundo deprimido, de gente un poco a la deriva por culpa de la guerra que avanzaba, y, en cambio, había música, conversaciones animadas y un par de chicas encerradas en la cocina, revolviendo una sopa.

Regresamos casi todas las noches a esa casa suspendida en lo alto, en el casco antiguo de la ciudad. Y tal vez allí encontramos lo que nos faltaba, el calor humano de unos rostros jóvenes que nos sonreían, y el tiempo… sí, el tiempo, la antigua costumbre bosnia de detener la vida para hablar, para sosegarse. Encontramos ese tiempo que se dilataba al compás de la respiración, de la necesidad de los cuerpos y del espíritu. Encontramos a Mladjo, el pintor, que ahora envolvía cuerpos de cualquier edad embadurnados de colores puros en lienzos de lino y exponía esos sudarios modernos en una nave del barrio de Grbavica. Encontramos a Zoran, el abogado con la cara llena de acné, y a Dragana, que recitaba en un teatro junto con Bojan, su novio.

A Ana la vimos al cabo de unos días, y ella tampoco había perdido la sonrisa. Estaba allí, apoyada en una puerta con un vaso vacío en la mano y

vistiendo un jersey negro y ajustado que resaltaba sus pechos turgentes. Me fijé en su cuello, que se teñía de las sombras de quien pasaba a su lado. La recordaba medio desnuda, en la isla de Korcula, con el vientre relajado, a la sombra de la morera. Mientras hablábamos me di cuenta de que se balanceaba, que se inclinaba hacia delante y retrocedía lentamente, como si se hubiera detenido en el umbral de la puerta… y no se decidiera a entrar. Miré a mi alrededor y sentí algo que me dejó helada… Todos esos chicos que hablaban, que parecían vivos, se habían detenido en el mismo umbral.

—¿Cómo lo hacéis para no tener miedo? —le pregunté.

—Estamos juntos… Es importante estar juntos.

Miré al joven saxofonista que se inclinaba sobre el instrumento como si fuera un cuerpo amado, como si estuviera haciendo el amor por última vez.

OceanofPDF.com

Pietro se revuelve en la cama

Pietro se revuelve en la cama, se tapa la cara con la almohada, le molesta la luz.

—Levántate, es tarde.

—¿Llueve? —me pregunta.

—No.

Se acerca a la ventana y se queda pegado al cristal, mirando aquel sol incierto, ahogado por un cielo bochornoso.

Hoy Gojko se lo lleva al parque acuático para que se divierta, van al que se anuncia en una valla publicitaria de la avenida de Tito. Abre el armario y vacía la bolsa en la cama. Se encierra en el baño. Oigo cómo deja correr el agua.

—Cierra el grifo, que el mundo se muere de sed.

Pietro sale del baño con su traje de surfista, el que se seca enseguida. Los acompañará Dinka, la muchacha del bar. Se lo pidió ayer por la tarde.

—¿Qué te parece, mamá, la invito?

Hacía días que no se la podía quitar de la cabeza, pero no se atrevía a decírmelo.

—Claro que sí, invítala.

Da unos cuantos pasos, pero vuelve atrás.

—Da igual.

—¿Por qué?

—¿Qué le voy a decir?

—Lo que te venga a la cabeza.

Se levanta de nuevo y se dirige a la barra, donde Dinka pone hielo en unos vasos. Veo por primera vez cómo se aproxima a una mujer. Al mirarlo

pienso que es un chico seductor, a pesar de la timidez y de esos brazos tan largos. Mientras se acerca, tamborilea con los dedos sobre los vaqueros para descargar la tensión, se sienta, levanta esos ojos azules y sonríe. Vuelve y se sienta a mi lado.

—¿Qué ha dicho?

Ha cogido un paquete de patatas bosnias y se las está comiendo.

—Sí, parece que nos acompañará.

Dinka está delgada y es altísima, se ha encaramado a un par de sandalias de plataforma, lleva unos vaqueros ceñidos y un aro plateado en el ombligo. Es lo primero en lo que se fija Pietro, en el *piercing* que brilla en esa franja pálida de vientre que debe de gustarle, que lo intimida.

Desvía la mirada y empieza a decir tonterías. Le enseña la toalla que ha cogido, del hotel. Dinka ríe, le dice que no puede, de modo que Pietro se la esconde bajo la camiseta, se da unos golpes con las manos en aquella barriga mullida y se ríen de nuevo.

Gojko llega con su chaqueta y la misma camisa de ayer, pero con un par de chanclas en los pies. Nos tomamos un café en el bar que hay frente al hotel, un *espresso* italiano. Junto a nosotros hay un hombre que lee un libro apoyado en la barra; tiene el pelo canoso y largo, como la barba. Se parece a Karadzic cuando lo detuvieron, disfrazado de santón; lleva la misma túnica blanca, de gurú hindú, la misma mirada de cordero. De repente pienso en el gran número de personas así que debe de haber sueltas, de asesinos que salen a pasear tranquilamente, como Karadzic, que iba al estadio y que volvía a ejercer de médico, su antigua profesión. Le pregunto a Gojko qué sintió cuando lo detuvieron.

Apaga el cigarrillo, aplasta la colilla en el cenicero hasta que se quema el dedo. Dice que Karadzic no fue detenido, sino vendido. Dice que no sintió nada.

Las sandalias que lleva tienen una especie de plantilla sintética que le masajea las plantas de los pies; se quita una para enseñármela y se queda descalzo en la acera.

Vuelve a ponerse la sandalia y casi se me cae encima. Está feliz porque no llueve y porque por fin ha llegado el verano. Le pregunto si los toboganes del parque acuático son muy altos, si son seguros…

Suben al coche y cierran la puerta.

—¿Cuándo volveréis?

—Cuando cierren.

Subo a la habitación y meto un par de cosas en la mochila. Quiero tener los brazos libres, quiero caminar.

Los ancianos y los pájaros ya han llegado a la plaza del ajedrez. Empieza una nueva batalla. Las fichas están en los escaques de inicio. Observo ambos bandos, uno blanco y otro negro.

Paso junto al edificio circular del mercado cubierto. Camino más ágil, mirando solo mis pasos. Me detengo. Veo un banco que no estaba antes, frente al cristal hay aparcado un coche blanco con una pequeña inscripción en azul: FUNDACIÓN HEINRICH BÖLL. Sacudo la cabeza y sonrío. El libro que llevo en la mochila es del escritor de Colonia.

El conservatorio está ahí delante. Es un edificio angular, flanqueado por una calle empinada… Es idéntico al de entonces, solo ha cambiado el enlucido, que es de un gris pálido parecido al del cielo. Nadie repara en mi presencia. Subo un piso. Huele a cerrado, a cuerpos apiñados en pequeñas salas… Es el olor de todas las escuelas. De los lugares en los que se crece, se suda. Recorro el pasillo, la moqueta de color beis fijada con unas bandas de latón. Debajo aún se pueden apreciar las ondulaciones del viejo suelo; tal vez decidieron simplemente taparlo después de la guerra, en lugar de arreglarlo. Mientras subo cae una lluvia de notas y acordes… un violín que ensaya, un contrabajo. Me dejo arrastrar por este lugar de perseverancia, de soledad. El lugar de las manos, de los alientos, de la locura, de una vieja profesora excéntrica, de un joven talento autista. Puertas acolchadas y recubiertas de piel… FLAUTA, GITARA, KLAVIR, VIOLA… Abro una puerta. Dos rostros jóvenes y un profesor inclinado sobre una pianola, etérea como una llama que se está apagando. Una cafetera.

Le pregunto al guarda del piano si puedo seguir con la visita. Me acompaña. Tiene un rostro anciano, lleva una bata corta, como de monaguillo, y cojea. Subimos un poco más, esta planta está llena de chicos que tal vez esperan para hacer una audición. Un muchacho que está agachado mueve las manos sobre las llaves de un clarinete, lejos de la boca, sin emitir ningún sonido. El guarda me dice que está prohibido tocar y hablar en voz alta en las zonas comunes.

Subo acompañada del ruido de ese zapato negro con el doble fondo de la pierna más corta. Se detiene, abre una ventana y ahuyenta unas palomas que han anidado en el hueco que queda entre los barrotes. Casi hemos llegado al último piso.

En la pared veo un viejo letrero: TISINA, silencio… Pero debajo hay un gran boquete provocado por una explosión. El guarda me dice que decidieron dejarlo así para recordar que se había roto el silencio. Enciende un cigarrillo, se toca la pierna rígida, delgadísima. Asiente, ensimismado en el recuerdo… Le pregunto si puedo quedarme un rato aquí. Se va arrastrando la pierna rígida y me deja sola.

Me siento en el suelo frente a esta pared perforada. Al otro lado, al fondo de la sala, una mujer corpulenta que luce un extraño peinado de trenzas en forma de espiral está dando una clase de solfeo a un reducido grupo de niños y agita un lápiz con fuerza, como una directora de orquesta.

Miro el letrero, que parece ridículo y solemne al mismo tiempo. ¡SILENCIO! Pienso en el impacto, en la granada que desvirga el silencio de estas paredes acostumbradas a recibir el embate de las notas. Observo mi vida a través de este muro horadado, de este boquete que nadie ha cerrado.

Se había celebrado el referéndum por la independencia de Bosnia, las calles estaban empapeladas de manifiestos nacionalistas. Las madres de los soldados alistados en el ejército federal se manifestaban con pancartas pegadas al cuerpo para que les devolvieran a sus hijos. Empezaban a llegar noticias alarmantes, y algunos decían incluso que durante la preparación de

las Olimpiadas de invierno, mientras se nivelaban las pistas, ya se pensaba en las trincheras para la guerra que iba a estallar…

Gojko decía que eso no era más que una muestra de estúpido alarmismo.

«La propaganda encuentra prosélitos en el campo; es fácil convencer a un campesino de que tu vecino es un turco que quiere robarte la tierra y degollarte… Pero aquí no hay turcos, ni chétniks, ni ustasha. Aquí solo somos sarajevitas…».

Pero Diego conocía el lenguaje de los hinchas. Karadzic había sido el psicólogo del equipo de fútbol de Sarajevo; Arkan, el jefe de los ultras del Estrella Roja de Belgrado…

—Las guerras empiezan en tiempo de paz, en la periferia de las ciudades, mientras vosotros os pasáis el día en vuestros círculos culturales, hablando de poesía…

Discusiones interminables que nos acompañaban hasta casa de noche.

Diego y yo habíamos dejado el hotel y nos habíamos trasladado a una habitación alquilada a un matrimonio de ancianos. Él, Jovan, era biólogo, un señor canoso, callado, que no soportaba el frío y llevaba camisas de pana abotonadas hasta el cuello. Su esposa, Velida, había sido su ayudante durante toda la vida. Era una mujer delgadísima, que vestía siempre de gris como una monja, y tenía los ojos verdes y avispados. Nos hacíamos pequeños favores mutuamente. Yo les daba los periódicos extranjeros que Diego compraba una vez a la semana y que eran demasiado caros para sus exiguas pensiones, y Velida, cuando cocinaba algo bueno, nos dejaba un plato en la puerta. Un pequeño rellano separaba nuestra habitación del resto de la casa, de modo que éramos autónomos. Teníamos nuestra llave y nuestro baño, además de un hornillo para el café.

Esa noche Diego había salido a fotografiar Grbavica. Yo estaba sola y hecha un lío. Era muy tarde, Gojko llamó a la puerta, dio unos cuantos pasos y se dejó caer en la cama. Había estado todo el día encerrado en el Parlamento con un estadounidense, traduciendo las discusiones de los

políticos, que se habían alargado hasta tarde. Los miembros del partido serbobosnio habían abandonado la sala. Estaba agotado y deprimido.

—*Steta*.

Me volví.

—¿Qué es una lástima?

Se encogió de hombros:

—*Nista*

—Nada.

—¿Os vais de verdad?

Asentí.

Cerró los ojos y lo dejé dormir un rato. Roncaba demasiado. Cuando me acerqué para despertarlo olí que apestaba a alcohol, debía de haber empinado el codo con el americano. Me miró con unos ojos extraños, como los de un niño que se ha perdido, que ha tenido una pesadilla y no distingue a su madre del ogro.

Me coge del cuello y me acaricia una mejilla.

—Amor mío…

—Estás borracho, vete a casa.

Saca la cartera del bolsillo de la chaqueta y hurga en un compartimento lleno de papeles. Me lee un poema.

Mi hermana duerme, lástima.
Sus manos crecen
lejos de mí
mientras el día muere.
Mañana la llevaré a patinar
se detendrá en la calle Vase Miskina
frente al escaparate de ordenadores
que acaban de encender.
Cree en el futuro, mi hermana,
lástima.

Sonrío y asiento.

—¿Te parece muy malo?

Abro los brazos, que crea lo que quiera. Tiene un carácter imposible, es joven pero está envejeciendo mal.

—¿Sebina quiere un ordenador?

Gojko se vuelve.

—Había venido a invitarte a un concierto.

Es el ensayo de fin de curso de los alumnos del conservatorio de Sarajevo y quiere presentarme a una chica.

—Le he hablado de ti…

Estoy metiendo el secador en la maleta. Me quedo paralizada.

—¿Y qué le has dicho?

Da un paso hacia mí, me pone una mano en la barriga, abajo. Se queda quieto… Siento el calor de la mano, el fuego amigo que penetra en mi interior. Sudo. No se va, se queda ahí, con esa mano impúdica casi encima de la ingle. Respiro, y no me aparto, y quizá de pronto me parece que lo quiero, porque hay algo en él que me pertenece, una derrota, una soledad que ya no comparto con Diego. Respiro y la respiración desciende hasta el vientre, bajo esta mano inmóvil y ardiente que me aprieta.

Diego regresa con su cara de gato nocturno.

—¿Qué hacéis?

Gojko no se mueve, parece un cadáver. Le doy una pequeña patada.

—Estoy borracho —dice, y se va.

Lo espío desde la ventana, mientras se aleja por la calle oscura. Diego mira mi cabeza, la mano que sigue aferrada a la cortina bordada.

—¿Ha intentado algo?

—No, nos ha invitado a un concierto.

De modo que vamos al conservatorio. Hace mal tiempo, el agua recorre las calles como un torrente. Mientras espero a que empiece el concierto aprovecho para apoyar los pies empapados en el radiador de hierro colado. A nuestro alrededor se entremezclan mujeres de campo con zuecos y otras

que llevan sandalias de verano y trajes de noche largos, con los bajos mojados. Una mujer robusta, que lleva un silbato colgado del cuello, organiza las sillas. Es un pequeño acontecimiento cultural que debe de ser muy importante para los presentes. Hay un tímido murmullo, educado, y la excentricidad miserable de esos vestidos de fiesta también tiene su encanto. Pienso en Roma… en esa gente promiscua que abarrota los llamados «eventos», mujeres que lucen unos trapitos que cuestan auténticas fortunas, intelectuales de discoteca, políticos, gente sin pureza… Era esta «el alma de nuestro tiempo», de la que hablaban los publicistas.

Hay muchas personas que tienen que quedarse de pie, pero no se quejan, ni tan siquiera se apoyan en la pared. Hace calor en la sala, me abanico con el programa. Los músicos suben y bajan del escenario de madera, cambian continuamente. Son todos jóvenes: los chicos se han puesto pajarita y las chicas lucen unos vestidos negros y ajustados. Dan las gracias, se levantan detrás de sus instrumentos e inclinan la cabeza. Entra el segundo grupo, luego el tercero. No puedo más. Gojko me toca la rodilla y señala los instrumentos de viento.

Es la más alta del grupo, tiene la cara demasiado blanca, se ha puesto un pintalabios demasiado oscuro y luce una melena roja como el óxido. Aún no es su turno, se aferra a su instrumento, una trompeta, como si se tratara de su propio corazón. Lleva un vestido de felpa que se desliza sobre sus estrechas caderas, sobre el pecho que, a pesar del negro, se insinúa claramente. En un instante devoro todos los detalles, como una mujerzuela que siente curiosidad por una criatura más bella. La miro de arriba abajo para encontrarle un defecto. Alza el mentón… Estoy un poco demasiado lejos, no le veo bien las facciones, necesitaría uno de esos anteojos que usan las señoras en la ópera… Veo la mancha de la cara, las líneas de expresión. Empieza a tocar rodeada de violines. Se le desinflan las mejillas, aprieta los labios, se inclina sobre la trompeta, luego la alza, siguiendo la música, que ahora suena con ímpetu. No sé si es buena, no me interesa y no entiendo de música. Toca con los ojos cerrados, quizá se mueve demasiado. Sacude la cabeza, ese pelo rojo, de mechones irregulares. Parece un pájaro con demasiadas alas.

Es el concierto para piano, trompeta y cuerda de Shostakóvich. La música cambia, se vuelve más insistente, más profunda. Los violines aturden con su gemido de cuerdas, la trompeta suena a ratos, ahora la chica parece sedienta. Las mejillas se llenan y desinflan, se vacían lentamente. Los dedos sobre los pistones parecen un batallón de soldados en un campo de batalla, se enfrentan, retroceden… El chico tan rubio que toca el piano también parece haber enloquecido, corre de una parte a otra arrastrando todo el cuerpo tras las manos, se agita como una falena moribunda… Ahora la trompeta es el grito de una lechuza que surge en la noche. El pecho de la chica se alza, luego desciende herido, el pelo rojo es una estela de sangre. Nadie se atreve a moverse, todo el mundo está extasiado. No ha dejado de llover, no se ve nada a través de los cristales… Estamos encerrados en una cárcel de agua y la música parece prisionera de esta agua que no cesa de caer. Hace calor, me abanico, la mujer que hay a mi lado llora. Unas lágrimas solitarias le surcan el rostro, inmóvil. Todos parecen supervivientes de un gran dolor aún por llegar, que la música anticipa.

Pongo una mano sobre la de Diego, que la coge sin inmutarse, como si fuera un guante usado. Durante las últimas noches hemos intentado hacer el amor, nos hemos arrimado sin ir más allá. Nos hemos reído, como les pasa a las parejas fracasadas, acabadas. Hace tiempo yo era su novia, ahora sale a pasear con su máquina fotográfica, hace el amor así, con lo que encuentra en el mundo, como un cura. Luego regresa junto a su ama de llaves.

La muchacha toca, se agita aferrada a la trompeta, muere en su interior. Acto seguido resucita, como una consumada actriz que muere en el escenario cada noche, y ahora sonríe mientras toca una especie de marcha que suena como una ventosidad.

Miro a Diego, tiene los ojos cerrados. El concierto ha acabado.

La mujer que hay a mi lado es la primera en levantarse, tiene la cara sonrosada y aplaude. La trompetista se une a los demás músicos, es alta como los chicos, cruza las piernas y hace una reverencia exagerada. También han subido los grupos que han tocado antes, se apretujan en el escenario, que ahora es un concierto de alboroto y gritos. El director de orquesta lanza la batuta al aire y todos los chicos lanzan algo, un arco, una

partitura, como unos recién licenciados con el birrete negro. Diego ha abierto los ojos, no se levanta, aplaude lentamente.

—Me he dormido… —dice.

—Ésa es la amiga de Gojko.

Diego cree que es la violinista regordeta con una trenza que le atraviesa la cabeza como una especie de cresta… le digo «no, es la pelirroja que abraza al chico rubio que tocaba el piano». Diego la mira… El pelo, los labios negros.

—¿Qué es, una punki?

Gojko se pone en pie y lanza un silbido de esos que atravesaría un bosque de punta a punta.

—Son buenos, ¿verdad? Te arrancan las entrañas, bailan sobre ellas y luego vuelven a metértelas en la barriga…

Por un instante pienso que están todos locos, que parecen felices como si la guerra ya hubiera pasado y hubiese acabado, como si esta fuera una fiesta de reconciliación.

Estamos apoyados en la pared, Diego y yo, entre un ir y venir de mujeres que van vestidas como si fueran pantallas bordadas de lámparas, y este vaquero bosnio que pasa delante de mí con su chaqueta de piel curtida ribeteada con flecos. Nos encontramos en la habitación contigua a la sala del concierto, la mujer del silbato ha puesto unas cuantas bandejas de dulces y de rollitos de carne caseros en una mesa. Ahora el olor de la lluvia, de la ropa empapada que exhala el vapor cálido de los cuerpos se mezcla con el olor de la comida, de las especias, de la grasa animal y del queso ácido.

La chica se aproxima a nosotros… De cerca parece mucho más joven, una niña maquillada. Los mechones de pelo empapado en sudor son reguerones de óxido. Se ha cambiado, bajo el vestido de felpa asoman unos vaqueros rasgados. Lleva un imperdible en la oreja, el estuche de su instrumento colgado en bandolera y una bolsa de tela llena de ropa al hombro. Las manos, en forma de cuenco, están llenas a rebosar de pastas.

—Ésta es Aska, mi amiga.

Mira a Gojko, sonríe y engulle. Nos ofrece una mano embadurnada.

—Soy Aska, la amiga de Gojko.

Habla «bastante» italiano, nos dice, porque estudió un año en el conservatorio de Udine. Tiene hambre, pues antes de tocar no puede comer «porque vomitaría en la cabeza de los demás», de modo que ahora está hambrienta. Tiene un acento sin inflexiones: separa las palabras, las encierra. Después de cada palabra un guión, parece una de esas voces monocordes de las máquinas de los aparcamientos: «Bienvenido, introduzca el ticket, espere, por favor».

—Aska, como la oveja del cuento de Andric… —digo en un suspiro.

—Sí, me lo puse yo misma —ríe.

Miro la frente alta que domina el rostro, los ojos alargados como hojas, de un verde intenso, el rímel negro que se corre sobre la tez blanca.

Se arrodilla y deja los pastelitos sobre la funda de su instrumento. Se está quitando los zapatos de tacón para ponerse un par de botas militares, de un color violeta intenso.

La felicitamos por su interpretación.

—La gente lloraba…

Se levanta y nos da las gracias, sin darle demasiada importancia al asunto.

—Lo que le falta a la gente es ironía.

Se acerca un anciano que lleva una kipá, es un profesor, y se pone a hablar con ella, le coge la cara con las manos trémulas. Ella lo escucha con atención y luego le roba un cigarrillo del paquete de Drina que lleva en el bolsillo. El anciano sonríe y se lo enciende. Ahora es Aska quien se dirige al profesor, lo mira fijamente y le tira el humo a los ojos. Cuando habla su lengua materna tiene otra voz, más melódica, se precipita sobre las palabras, como hacía con las notas.

Dice que tiene prisa, que ya ha comido y fumado, y ahora debe irse a tocar a un local. Tiene la moto aparcada frente al conservatorio, un bólido antiguo que parece del ejército. Se envuelve la cabeza con un fular negro, quizá es musulmana, o quizá solo lo haga por el frío. Se sube el vestido, se hace un nudo detrás, como si fuera una cola, y ahora se monta en la moto

con las piernas abiertas, con sus vaqueros, sus botas de color violeta y el estuche de la trompeta colgado en bandolera.

Diego quiere sacarle una foto, no tiene flash pero puede que baste con la luz de la farola, así que, como mínimo, lo intenta.

—Ha sido un placer conoceros.

Enciende el motor y desaparece en la noche a lomos de su carraca.

Más tarde Diego me pide que le cuente la historia de la oveja Aska del cuento de Andric.

—Es la historia de una oveja rebelde que solo quiere bailar y no hace caso de los consejos de su madre. De modo que un día se aleja del rebaño bailando. Cuando abre los ojos, se encuentra frente al lobo, que está hambriento pero decide que puede esperar porque lo divierte ver a esa estúpida corderita que baila. Ella siente los ojos negros del lobo sobre su manto cándido, sabe que está a punto de morir, sabe que tendría que haber hecho caso a su madre. Está aterrada, pero sigue bailando porque es lo único que puede hacer… Y, sin dejar de bailar, retrocede. El lobo mantiene la calma, le basta estirar una garra para cogerla, pero la corderita baila tan bien que prefiere deleitarse un rato más. Está convencido de que tarde o temprano volverá a encontrar algún cordero, pero jamás volverá a ver una corderita que baile así…

—¿Cómo acaba? ¿Se la come o la deja huir?

Le preparo la infusión de hierbas para los ojos y le pongo las gasas.

Me coge una mano en la oscuridad de los ojos vendados.

—¿Qué pasa? —me pregunta entonces.

—Gojko me ha dicho que Aska estaría dispuesta a ayudarnos.

Escrutaba el semblante impertérrito del anciano Jovan, arrellanado en su sofá de terciopelo verde gastado, con una pequeña funda bordada en el respaldo que Velida cambiaba casi a diario. Apenas oía, por lo que miraba la pantalla sin esforzarse en entender lo que decían. Era un televisor muy

antiguo en blanco y negro, con una pequeña antena que no cogía bien la señal. La ausencia de color y el pálido velo granuloso que recubría la pantalla hacían pensar en imágenes de archivo, en antiguas filmaciones de la segunda guerra mundial. El ejército serbio había rebasado la frontera natural del Drina y se adentraba en Bosnia. Me vino a la cabeza esa larga noche del hombre en la luna, esa señal lejanísima. Yo era pequeña y estaba sentada al lado de mi padre, que miraba la pantalla como si se estuviera asomando a lo máximo que podía dar de si el futuro, a algo que no iba a volver a ver. De repente le parecía que formaba parte de una generación única de hombres que, desde las alas de Ícaro hasta las máquinas voladoras de Leonardo y el primer *Flyer* de los hermanos Wright, abandonaban de forma definitiva la gravedad de la Tierra para sentarse en ese ojo diáfano, lejano. Y era él mismo quien se encontraba en el interior de ese traje espacial blanco, que vacilaba como un recién nacido sobre la plúmbea corteza lunar.

Mi padre creía en el futuro, como Sebina. Creía que los hombres comunes surcarían el cielo a toda velocidad. En la pantalla aparecían unos lúgubres carros de combate, y la única señal que llegaba era la que mostraba el televisor, llena de interferencias.

Velida se levantó para soltar los dos mirlos encerrados en la jaula blanca que había en la cocina. No se iban, volaban por las habitaciones, como mucho cruzaban la calle, se detenían en el balcón del edificio de enfrente y regresaban cuando Velida los llamaba, mansos como gallinas. Apagó el televisor con un gesto brusco que delataba una pequeña derrota personal, hurgó en la estantería llena de discos de vinilo e hizo sonar un poco de jazz en el viejo gramófono. Luego preparó el café, con un esmero que rozaba lo maniático, sin que se le cayera ni un grano.

Observo la tranquilidad de las habitaciones, me embebo del perfume de las cosas que llevan muchos años ahí, que se han acumulado… los libros de arte, los tomos científicos, la pequeña vajilla sobre las repisas de la cocina, las fotografías de Velida y Jovan de jóvenes, el reloj de la pared. Parece que

nada vaya a cambiar nunca en esta casa. Un pequeño laberinto doméstico donde los mirlos vuelan y se posan sobre el sofá junto al gato, que ni siquiera los mira.

—No es normal que un gato no se abalance sobre un pájaro —le digo. Ella levanta la cuchara.

—Les he enseñado a respetarse.

Estamos en la cocina y le echo una mano para preparar los rollitos. Hemos mezclado el arroz con la carne, extendemos las hojas de parra, ponemos el relleno y las cerramos. Sus gestos hacen pensar en un tiempo eterno, en rollitos que hervirán y satisfarán paladares sin tregua. Me relaja estar en la cocina con esta anciana bióloga, que apaga el televisor y ahuyenta las tinieblas del mundo exterior picando una cebolla.

—¿Por qué no tenéis hijos Jovan y tú?

Tiene los ojos rojos por culpa de la cebolla, pero sonríe.

—No quisimos. Jovan estaba demasiado apegado a sus investigaciones y yo demasiado apegada a él. Así fueron las cosas.

—¿Y nunca has echado en falta tener un hijo?

Podría mentirme, es una mujer acostumbrada a la discreción, a la soledad. Sin embargo, no miente.

—Siempre —dice—. Siempre —repite.

Amontona los rollitos en una cazuela y añade la guindilla picada. Sonríe de nuevo.

Hace poco, frente al televisor, le he preguntado qué pensaba hacer si la guerra los alcanzaba, los arrollaba. Se encogió de hombros y se levantó para soltar a los mirlos. Ahora me responde. Añade un poco de aceite a la cazuela y me dice que no se moverán de su casa. Me comenta que ha tenido cáncer dos veces pero que Dios no la quiere, la deja ahí, cocinando.

—Una solo puede tener miedo por los hijos…

Llega un olor delicioso de la cazuela; le digo que Dios hace bien en dejarla en la cocina. Me pregunta por qué no tengo hijos.

Le digo la verdad sin rodeos, sin ambages. Me mira con sus ojos de bióloga y sacude la cabeza. Me dice que, en el proceso de gemación, mi nombre indica la primera señal del nacimiento de un nuevo ser.

Le dije a Gojko que quería verme con Aska a solas. El encuentro era en un bar al que no había ido nunca, una especie de turbante de cobre y cristal en medio de un parque, una imitación ridícula del estilo otomano con salsa austrohúngara. El interior destacaba por la elegancia de los cafés vieneses de principios de siglo y por el olor de pepinillos encurtidos y *bosanska kafa*. Aska se encontraba medio escondida tras un espejo, junto a ella estaba el estuche de su trompeta y no paraba de hablar con Gojko.

Me acerqué a la mesa. Le tendí una mano.

—Hola.

Se levantó y me dio un caluroso abrazo. Llevaba un jersey negro lleno de desgarrones y los vaqueros del día anterior. El imperdible seguía en el lóbulo de la oreja, pero esta vez no se había maquillado. Me acerqué a su pelo, a la carne de su cuello… Me impregné de un olor a madera, muy aromático, a palisandro, a cedro.

Aska pidió por mí. Unos pastelitos austríacos y un surtido de dulces locales con miel.

Mientras come, la devoro con los ojos… Está muy cerca de mí, bajo la luz inclemente del día… Busco algún defecto, alguna imperfección oculta. Pero no; es guapa, tiene un rostro perfecto, austero, unos ojos levemente hinchados pero de aspecto muy natural, bajo los que resalta una piel transparente como el agua. Destila una sensación de cansancio que la vuelve muy sensual, destacando aún más su belleza. Ella también me mira: las migas que tengo en la comisura de los labios, el anillo que llevo. Hablamos un rato.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

Esperaba que fuera un poco mayor. Miro alrededor… una mujer de mediana edad habla y fuma mientras estruja el paquete de cigarrillos con la mano libre, como si contuviera la respiración. Al fondo hay una puerta,

quizá la del baño. De repente pienso que debería irme, levantarme fingiendo que voy al lavabo y salir, alejarme de esta oveja, de estas ojeras que parecen pétalos hinchados.

Y ahora pienso que tiene algo de mí de hace unos años… La expresión del rostro, altiva y un poco dura.

Gojko me lanza miradas maliciosas, como si fuera el intermediario de una transacción, un chulo.

Aska se quita el jersey, hace calor aquí dentro. Debajo lleva una camiseta blanca con una cara joven y gris estampada; resulta difícil saber si es un hombre o una mujer.

Queda un pastelito, me pregunta si lo quiero.

—Es tuyo —respondo.

Estoy llena, en realidad no tenía hambre. Aska se zampa el dulce y se lame los dedos.

Tiene unos ojos extraños, con un poso de tristeza… Como unos barcos abandonados en la orilla del mar.

Me mira seria, e incluso cuando ríe no parece una de esas personas que le toma el pelo a la gente. Gojko la trata como si fuera una hermana pequeña, con la misma tosquedad con la que se dirige a Sebina en ocasiones. Le pregunta quién es la tía de la camiseta.

Aska le dice: «Eres un vejestorio, no sabes nada». La tía es, en realidad, un tío, un mito que se llama Kurt Cobain.

Y así descubro que le gusta Nirvana, que los escucha a oscuras durante toda la noche, dice que le permiten desconectar y viajar.

—¿Y a dónde te llevan? —le pregunta Gojko en tono burlón.

—A un sitio al que tú nunca llegarás.

Gojko enciende un cigarrillo y lanza el paquete sobre la mesa. Suelta una carcajada, masculla que los Nirvana son muy *lukavi*, muy astutos.

—¡Son una panda de nihilistas multimillonarios de los cojones!

Se levanta y dice que va a mear. Lo hace a propósito para dejarme a solas con Aska.

En la parte inferior de la camiseta hay una frase de Cobain: «Nadie sabrá nunca mis intenciones».

Tengo ganas de salir del bar.

—¿Y cuáles son tus intenciones? —le pregunto, a quemarropa.

Me dice que tan solo tiene ganas de irse de su país. Es de Sokolac, una ciudad que se encuentra a treinta kilómetros de Sarajevo. Se mantiene con lo que gana tocando en locales y dando clases particulares. Le queda poco tiempo, tiene que irse enseguida, a casa de un joyero de Bascarsija para darle clases al hijo.

Hincha las mejillas para darme a entender que el niño es gordo, que no puede ni poner los dedos sobre los pistones. Me cuenta que entre las clases acomodadas de Sarajevo se ha puesto de moda contratar a profesores particulares de música para los hijos.

Me dice que no quiere envejecer así, que es joven.

Sonríe y añade que uno de los tres miembros de Nirvana es croata, que si él lo ha logrado, ella también puede conseguirlo. Quiere ir a Londres, a Ámsterdam, formar un grupo, piensa invertir el dinero en eso.

—¿Qué te ha dicho Gojko?

—Que buscáis una *roda*… una cigüeña.

—Sí.

En el plato ha quedado nata junto a un poco de azúcar glaseado y Aska lo rebaña con la cuchara.

—Estoy preparada —dice.

Mira alrededor, apoya la cabeza en un puño y se me acerca con sus ojos verdes; siento su aliento.

No se anda con rodeos. Quiere que le paguemos en marcos alemanes, al contado. Se pone el jersey, su cabeza desaparece y aparece de nuevo.

—¿Lo haces solo por dinero?

Coge el estuche de la trompeta.

Sonríe, dice que no le gusta mentir, que puedo fiarme de ella porque no tiene miedo de la verdad.

—¿Qué quieres que te diga? —Se toca el lóbulo, uno de esos aros tan *kitsch*—. ¿Que lo hago por amor?

Me dice que la música es toda su vida, que pasó la infancia en el campo, limpiando las jaulas de los conejos, desgranando mazorcas, tocándolas

como si fueran flautas, pianos. Durante muchos años le pareció que Sarajevo era San Francisco, pero ahora se siente asfixiada, como si llevara un sujetador demasiado ajustado. Me dice que nunca se casará, que nunca tendrá una familia.

Le pregunto si es musulmana.

Hace una mueca, dice que nunca va a la mezquita, aunque de vez en cuando lee el Corán.

—¿Y qué dice el Corán?, ¿puedes alquilar tu útero?

—El Corán dice que hay que ayudar a los demás.

No le disgusta la idea de ofrecer su vientre a una mujer mutilada. Utiliza esa palabra, mutilada.

—Cada uno tiene que devolver algo…

Se levanta y se pone una especie de chubasquero de plástico para protegerse del aire de la motocicleta. Sacude los hombros. Me pide que le diga algo pronto, que tiene que organizar su futuro.

Diego permanece en silencio. Observo su nuca hundida, la cabeza abandonada sobre los hombros. Está muerto de cansancio, tiene los pantalones manchados de barro. Ha subido hasta el cementerio judío para fotografiar la ciudad, cubierta por un manto de niebla. Los minaretes y las azoteas de los edificios parecían salir de una taza de suero. Le he contado mi encuentro con Aska. Se ha limitado a responder «no lo sé», luego ha ordenado los carretes, los ha numerado y los ha guardado en las cajitas negras.

Encontramos a un médico, en las afueras, cerca de la carretera que lleva a Hadzicí. Gojko vino a buscarnos en coche. Aska iba sentada delante, se había cortado el pelo, unos cuantos tijeretazos al tuntún, llevaba las uñas pintadas de negro y unas gafas oscuras y grandes como las de Kurt Cobain. Yo parecía la madre, con mi falda por debajo de la rodilla, mis gafas de miope y el moño.

El médico no nos hizo demasiadas preguntas, era un hombre achaparrado y tenía una cara algo embotada, como ciertos campesinos.

Tenía un pequeño tic, la manía de aspirar el aire por el espacio que le quedaba entre los dientes delanteros. Recuerdo solo esa boca fruncida como un conejo y ese molesto ruido.

Aska cogió a Diego de la mano y dijo que era su novio, que querían tener un hijo pero que ella no podía mantener relaciones sexuales.

—Sufro unos espasmos musculares que me lo impiden.

Gojko agachó la cabeza casi hasta el suelo, ese cabrón apenas podía contener la risa. Y yo también sentí de nuevo el escalofrío de nuestra juventud, de cuando estábamos locos y éramos libres. Al médico no le interesaban nuestras extravagancias. Le dijo a Aska que se hiciera todos los análisis de rigor, pidió un adelanto de cien marcos alemanes y nos dio cita para la semana siguiente.

Aska salió contoneándose, antes de volver a ponerse las gafas de estrella y guiñarme un ojo.

Vamos a esperarla cerca del conservatorio, en un bar medio escondido, porque no quiere que la vean sus amigos; hace un gesto extraño con la boca, dice «a esos les gusta mucho hablar» y no quiere dar explicaciones a nadie. Nunca parece muy contenta de vernos, ríe, nos acusa de ser como dos padres demasiado agobiantes. Me froto los dedos, me crujen las falanges… En realidad soy yo quien está nerviosa. Diego parece tranquilo, incluso demasiado. Como si fuera un invitado.

—Tenemos que conocerte mejor.

Aska resopla, dice que «es una estupidez porque las personas nunca llegan a conocerse de verdad, ni tan siquiera marido y mujer se conocen».

«Todos tienen una vida secreta… *a secret life*…».

—¿Vosotros dos os conocéis?

Diego sonríe, se miran y, de pronto, me da la sensación de que los une un vínculo más estrecho.

La oveja tiene unos ojos que nunca están quietos, siempre un poco cansados, que se levantan como alas empapadas, se agitan, y como alas empapadas caen de nuevo… Pero cuando te rozan dejan una estela, el dolor

de la belleza. Miro los labios agrietados de tanto tocar la trompeta, no para de lamérselos; miro el pecho, los brazos, las pequeñas partes de su cuerpo que no están ocultas bajo la ropa, bajo ese disfraz de mujer desolada y moderna. Una ridícula chica punk en versión Sarajevo. No me interesa el hecho de que se fustigue así, no es mi hija, tiene razón, nunca será mi amiga. Se maquilla la cara de blanco, como si lo hiciera con cal, se pinta los labios de color negro, horrible.

Irá a Londres, no hará nada con su vida, se consumirá en las calles, en el estruendo de los locales. No me interesa su destino, me interesa su futuro inmediato. Me interesa su carne. Está bromeando con Diego, los dejo hablar de música. Es guapa y, a pesar de la cal, rebosa salud. Sonrío como una madre afable.

—¿Entonces quieres irte?

Está masticando. Cada vez que nos vemos se da un buen atracón, pide bocadillos, dulces, siempre nos cuenta que no ha comido desde la mañana. Dice que no se puede tocar mucho tiempo si se quiere tocar de verdad, porque la música te come…

Madonna y Michael Jackson le dan asco.

Ahora habla de Janis Joplin. Se entristece, calla de golpe. Deja de comer, se le pierde la mirada.

—De vez en cuando Dios señala a alguien desde el cielo y dice «tú, ven conmigo». No puedes decirle que no a Dios. Se apodera de tu cuerpo y te desgarra el alma. Janis se drogaba para soportar a Dios.

Le pregunto si se droga, si lo ha hecho alguna vez.

Me lanza una mirada de odio. Responde que no, se levanta y dice que la reunión ha terminado.

Estamos cruzando el puente de las Cabras.

Me habla de su madre, muerta hace apenas un mes porque no siguió su camino, dice, porque la gente enferma cuando no sigue su camino.

—Ayer me dormí escuchando «Smells Like Teen Spirit», de Nirvana.

Se ríe, dice que es casi imposible dormirse con esa canción, pero que cayó en un sueño profundo. Soñó que caminaba, desnuda y embarazada, por la avenida de Tito; estaba muy cansada, le pesaba la barriga y no entendía por qué seguía caminando en lugar de sentarse. Entonces vio los tanques que avanzaban hacia ella. Sabía que la aplastarían y, sin embargo, continuaba avanzando, como si fuera la única opción posible. Como el rebelde desconocido de la plaza de Tiananmen. Estaba convencida de que se detendrían.

Mira hacia el Miljacka… sus aguas plácidas.

—Hay demasiados puentes en Sarajevo…

Estira los brazos al viento, se queda allí como un ángel con las alas abiertas, el pelo rojo, ese raquítico uniforme de grunge sarajevita, las gafas grandes y oscuras, el imperdible en la oreja. Me dice que hinche el pecho, que respire. Nos quedamos inmóviles, como dos ángeles estúpidos, yo con mi traje chaqueta, ella con sus pulseras, unos aros metálicos que suenan como el cencerro de una oveja.

—¿Por qué no puedes tener hijos?

Le cuento mi historia.

—No es solo la barriga, sino la propia vida lo que te es negado cada día, infinidad de veces.

Me abraza sin emocionarse. El imperdible me roza la boca… Y me parece que de él pende mi futuro ahora.

Diego nos fotografía de espaldas. Dice que le gusta vernos juntas, que Aska le recuerda a una chica de Génova, una que trabajaba en un almacén de uniformes militares cerca del puerto, una ropa basta que apestaba a humedad, trajes antiguos de la marina.

—¿Te gustaba esa chica?

—Era lesbiana.

Aska me pregunta si Diego y yo nos queremos.

—Sí, mucho.

Asiente, mira hacia el agua, se agacha, coge una piedra y la tira.

Diego nos encuadra, abrazadas en aquel puente. Aska quiere mirar por el visor y sacarnos una fotografía.

Él se muestra locuaz, como hacía con sus estudiantes:

—Puedes fotografiar simplemente la realidad, o puedes buscar.

—¿El qué?

—Algo que pasa pero no se ve. Que aparece luego.

Le explica que a él le gusta fotografiar el agua por ese motivo, porque se mueve e incluye algo sin que te des cuenta, alguien que pasa, un reflejo…

Aska saca una foto, le devuelve la máquina a Diego y sonríe.

—Quién sabe… A lo mejor he fotografiado algo que no se ve…

Sonrío y aparece de nuevo mi sonrisa estúpida, porque de nuevo siento que el bebé está aquí, que se dirige hacia nosotros arrastrado por el río. Me vuelvo para observarlos, caminan uno al lado del otro por la acera, sin mirarse. Y por un instante pienso que se parecen. Son igual de altos. Tienen el mismo modo de caminar, balanceando las caderas, algo renqueantes, rígidos, como si intentaran esquivar un peligro saliendo a su encuentro con descaro.

Ya le hemos dado los primeros cinco mil marcos. Los ha contado en la mesa del bar de siempre.

—¿No sería más fácil ingresarlos en una cuenta del banco?

No se fía, Yugoslavia se está desmoronando y tiene miedo de que su dinero acabe en el bolsillo de alguien de Belgrado.

Cogemos un taxi para ir a la consulta del médico; Aska lleva en la mano los resultados de los análisis. «Está todo bien», dice.

—No tengo sida.

Le rozo una pierna, las medias llenas de agujeros, por los que asoma la carne, blanquísima.

—Estoy inquieta, Aska.

—¿Por qué?

¿Quién puede asegurarme que no querrá quedarse el bebé? ¿Que cuando lo sienta moverse no dirá que no puede separarse de él?

Me tranquiliza. Se quita las gafas y me muestra los ojos; hoy no se ha maquillado. Me dice que me ha dado su palabra.

—Pero ahora no puedes saberlo…

Insiste en que lo sabe, no quiere hijos, no sabría qué hacer con ellos.

—Lo único que quiero es tocar.

—¿Qué dirás a tus amigos?

Lo piensa un instante.

—Durante los últimos meses me iré.

—¿A dónde?

—Hay un lugar que me gusta, está en la costa. Iré allí…

—Pues te acompañaré.

Asiente bajo las gafas.

Me siento más animada, el coche avanza e imagino una casita blanca, fuera de temporada, con su olor húmedo. Le cojo la mano a Aska porque me estoy imaginado a mí misma caminando con ella por una playa, agarradas de la mano. Ella con su barriga y yo que le preparo el té, me ocupo de ella, le pongo uno de mis chales sobre los hombros. Será bonito, solo nosotras dos, el mar de invierno y una ventana cubierta de gotas por fuera y de vapor por dentro.

Nos detenemos frente a la puerta de la pequeña consulta.

—Tocaré siempre para vuestro niño. Así tal vez se convertirá en un gran músico…

De repente parece triste, le tiro de uno de sus mechones rojos y fuertes.

—No le pongas Nirvana, te lo suplico…

—¿Qué quieres que le haga escuchar?

—Mozart…

—Olvídalo…

—¿Chet Baker?

—Él sí.

No había rastro del médico y la puerta estaba cerrada. Aska subió las escaleras, tocó los demás timbres, solo quedaba una mujer en silla de

ruedas.

Regresó junto a nosotros, los brazos estirados, inertes.

—Se han ido todos.

—¿A dónde?

—No lo sabe pero no queda nadie.

Oímos unas voces y al cabo de un poco vimos a dos hombres con ropa de camuflaje asomados a un balcón. Estaban tranquilos, como si fueran unos trabajadores que se estaban tomando un descanso, fumaban, nos miraban, parecía que se reían de nosotros. Por primera vez, tuve miedo. Permanecimos un rato en aquel portal, embobados, como unas gallinas que se han quedado fuera del gallinero cuando anochece.

El taxi se había ido, de modo que echamos a andar. Aska iba por el otro lado de la carretera, parecía una chica que volvía de una excursión. Canturreaba, intentaba tocar con una mano las hojas y las flores de los endrinos. Caminábamos por el arcén de la carretera, pasaban muy pocos coches, viejos tubos de escape que dejaban tras de sí su olor acre. Diego me daba la mano, sin peso, ausente. Se le había rayado un objetivo, se le había caído en las escaleras de aquel edificio; ese era, para él, el gran drama del día. Estaba harto de todos esos peregrinajes, se dejaba arrastrar por mí, por inercia, por amor. Para él debía de ser como seguir a una mujer que sufría una obsesión solitaria.

Me detuve a mirar el cielo, ese sol que se batía en retirada, perseguido por la noche. No había ni una estrella. Regresamos a la oscuridad, avanzando a tientas hasta que nos reencontramos con las luces de la ciudad. Aska vivía en uno de los barrios de las afueras. La acompañamos hasta la puerta y nos preguntó si queríamos subir a su piso. No tenía mucho que ofrecernos.

—No importa.

Subimos.

Ahora éramos nosotros los huérfanos y ella nuestra madre. No era una casa propiamente dicha, sino una especie de aparthotel. Apartamentos muy pequeños, uno junto a otro, como camarotes.

—Eran los pisos de los atletas olímpicos.

Dentro había una mesa de madera clara pegada al suelo y un banco que hacía esquina y que era del mismo marrón que la moqueta. Una hilera de vasos en un soporte colgado de la pared. Parecía el interior de una caravana. Di unos cuantos pasos para ir al baño y me asomé al dormitorio, que también era pequeño y oscuro. En la pared había un póster de Janis Joplin con su cara de vieja vagabunda, el pelo encrespado, la rendija de los ojos, la boca, un aire de delirio.

Debajo de la foto, una cita: «En el escenario hago el amor con veinte mil personas. Luego, de noche, vuelvo sola a casa».

Nos quedamos a charlar un rato. Aska cogió los vasos, nos puso un poco de leche, una cucharada de cacao en polvo a cada uno y mezcló. Se llevó un dedo a la mejilla para decirnos que era una buena bebida, que nos reconfortaría. Dijo que ella siempre se consolaba así, con los dulces, como los niños. Pero no parecía en absoluto triste. Se había quitado las botas violeta, caminaba descalza, tenía los pies largos y blancos, con unos dedos largos y finos; yo también me quité un zapato, acerqué el pie al suyo y nos reímos, porque los míos eran más pequeños y anchos. Le dije que ella habría podido jugar a baloncesto. Negó con la cabeza y volvió a insistir en que solo quería tocar, que había nacido con la trompeta dentro.

—Es un instrumento extraño para una mujer…

—Pues es el mío.

—¿Por qué?

—Porque necesita de toda tu respiración, toda el alma…

Pegó los labios a la boquilla y se puso a tocar «Diane», cerró los ojos y se balanceó, moribunda, como Chet Baker.

Diego la miraba boquiabierto, como se mira a alguien a quien apreciamos y que puede equivocarse. La velada fue entrando en calor así, con ese chocolate y con esa música. Diego había preparado un canuto y ahora tamborileaba con los dedos en la mesa. Yo me abrazaba las rodillas y apoyaba la cabeza contra la pared.

Me encontraba mejor, había dado unas caladas y ahora sentía un cálido estremecimiento en mi interior, unas briznas de paja que se movían dulcemente.

Así habían salido las cosas. Íbamos a tener que dejar atrás a nuestra pequeña amiga de Sarajevo, pero esos cinco mil marcos tirados bien valían esa velada. A fin de cuentas, ya me había acostumbrado a las derrotas, a los agujeros en el agua… Siempre los mismos, en el mismo charco. Era una noche dulce, vibrante. Una despedida cuyo sabor ya conocía. Aska dejó de tocar, agitó la trompeta y le cayó un poco de saliva. Preparó otra ronda de leche con cacao. Se quitó el imperdible de la oreja y se puso a jugar con él.

—¿Por qué te vistes así?

—Empecé a hacerlo para fastidiar a mi padre.

Y nos cuenta que el padre dirige la oración en la mezquita de su pueblo, que se pelearon durante años pero hicieron las paces cuando se murió su madre.

—Mi madre también está muerta.

Me pongo triste. Esta noche Diego lleva el jersey que le regaló ella… Pienso en ese día, en esos ojos tímidos, siempre indecisos. Pienso en que me parezco más a ella de lo que jamás había imaginado.

Diego me coge la mano y me la besa.

—¿En qué piensas, amor mío?

—En nada, en mi madre.

Aska me pregunta:

—¿También era estéril?

Me río, como no me he reído nunca. A mandíbula batiente, dando rienda suelta a toda mi felicidad.

—Me tuvo a mí.

Aska sonríe:

—Ah, claro, qué tonta soy…

Es el porro, que empieza a hacer efecto. Pero quizá —me digo— tiene razón y nunca nací. Soy la sombra de mis deseos.

Pienso de nuevo en la fábula, en la oveja bailarina que baila para no morir.

Se oye un disparo en las colinas. Nos asomamos por una ventana que Aska sujeta porque el gancho está roto. El aire es frío, no logramos averiguar de qué parte llegan los tiros.

La chica no parece preocupada.

—Desde hace un tiempo sucede casi todas las noches, son idiotas que se divierten, jóvenes.

Ella y yo vamos a la cocina para calentar un poco de agua. Me lo dice mientras intenta que no se apague la llama azul del gas.

—Si quieres podemos seguir el método natural.

Me dice que acaba de tener la menstruación y que dentro de diez días estará lista para el acoplamiento. Usa esa palabra «acoplamiento». Me río… Está jugando con el imperdible. Dice que para ella el acoplamiento no es un problema. Pienso en los conejos del campo, en esos coitos rápidos. Tengo el rostro en llamas… Me siento aturdida por la felicidad, por un pequeño furor vulgar.

—Podría ser un problema para mí…

… Sin embargo sé que no es cierto, que no lo sería… Observo su pelo herrumbroso y salto el foso de la ambigüedad. Durante toda la noche he sentido algo que me daba vueltas en el estómago. Y también antes, cuando asomé la cabeza en su dormitorio y vi la cama… pensé: «Qué haría falta, otro porro y… yo me quedo aquí, en el banco y ellos allí, bajo el póster de Janis Joplin… todos volvemos solos a casa, Aska, todos, en el fondo de nuestros pequeños cuerpos, nacidos para no durar».

Sigue hablando. Dice que el sexo no le interesa, que le parece inútil. Como todas las cosas demasiado blandas y húmedas. Me dice que si quiero puedo asistir al acto.

—Como en una consulta médica… —ríe.

Le doy las gracias.

—*Hvala*.

No coge la ironía. Me responde «de nada». Insiste en el tema:

—*Za mene parenje nije problem* —Para mí el acoplamiento no es un problema.

Dejé que esa frase me bajara por el pecho, regresé al banco, esperé a sentir el efecto. A que llegara a la barriga.

Diego nos miraba… Percibía algo, una cierta intimidad entre Aska y yo.

—¿Qué andáis tramando?

—*Nista* —Nada.

Le dije que liara otro porro, que tenía ganas de reír y reír, de dar rienda suelta a todo con una carcajada larga y aturdida. Sí, de dejar atrás todas esas consultas médicas, las jeringuillas, las extracciones de líquido seminal. Dejar atrás todo aquello que me había hecho sufrir. Basta de poluciones en un frasco, quería sentir abrazos en mi propia carne. En la carne blanca y cálida de Aska, que ahora me parecía la mía. Iba a ser como si hiciéramos el amor los tres… Como si entráramos en calor juntos, como hace un rato, cuando estábamos en la ventana… Nuestra oveja y nosotros.

Era la carne ideal para nosotros, era joven y a Diego le gustaba. A cualquiera le habría apetecido un bocado como ése, una cándida muchacha guapa como el sol, ajada por la moda, por la estupidez hacia sí misma.

Nos miramos fijamente durante un rato. No se sentía cohibida, no bajaba los ojos, los mantenía allí, clavados en los míos, ni tan siquiera había malicia. Tan solo estaba menos alegre que antes. Se había apoyado en la ventana. Y yo aprendí algo de ella. Era una criatura que no estaba apegada a las cosas, como si entre ella y todo lo que la rodeaba hubiera un pequeño vacío y siempre se viera obligada a salvarlo, a violentarlo. Para ella no había puentes, había un río que fluía y ella buscaba un punto de apoyo en el agua, una pasadera, algo. Ahora la había encontrado, la piedra, y poco importaba que fuera su cuerpo.

Pensé que me había esperado, que había venido a mi encuentro para socorrerme, que había nacido con ese objetivo. Que ese era su destino. Se había metido entre los dos de casualidad, como un hijo cuando se hace el amor. Y esta era una noche de amor. Se oían los lejanos disparos que casi nos hacían compañía, nos avisaban, nos enseñaban que la vida tiene sus riesgos, sus asperezas, y, ya puestos, era mejor andarse sin rodeos y arriesgarnos de una vez por todas, hasta las últimas consecuencias.

—Aska quiere seguir adelante a pesar de todo…

Diego se puso a reír, estaba acalorado…

—Pero entonces yo tendría que…

Me miraba y me rehuía, como una mariposa que choca contra una luz. Tenía la camisa abierta, los rizos pegados en la frente, los labios agrietados por el frío… Vi el rubor que le tiñó las mejillas de repente, como una alergia virulenta. Nos dejamos arrastrar por la noche, aturdidos, avanzando a empellones, arrastrados por ese extraño juego. Encontramos la calle de casa. Cuando nos metimos en nuestra cama me sentí más confundida y notaba algo en la garganta, como si me rondara un catarro. Diego se quitó los pantalones y se quedó quieto bajo las sábanas, con la camisa puesta y las piernas desnudas; ambos apestábamos a leche con cacao.

—¿Cómo acaba la fábula de Andric?

—Bien. La oveja no para de bailar… Y el lobo va postergando el momento de devorarla, de modo que no se da cuenta de que se han acercado demasiado al pueblo. Entonces los campesinos lo rodean y lo matan. La madre le echa una buena reprimenda a la oveja bailarina, que jura que no volverá a alejarse jamás, pero, al comprobar que lo hacía tan bien, la envía a una escuela de baile.

Entrelacé mis piernas con las suyas y nos besamos apasionadamente. Hacía meses que no hacíamos el amor y ahora, de repente, estábamos excitados.

Despuntaba el alba, un estanque de luz en la noche; cercana estaba la claridad, lejana la oscuridad de los montes.

Al día siguiente fui a buscar a Gojko a la radio. Esperé a que acabara su programa, de pie frente a la sala de grabación. El sol brillaba en lo alto, pero ahí dentro parecía aún de noche. Gojko llevaba puestos unos auriculares, iluminado por una lucecita amarilla, la voz ronca curtida por los cigarrillos acariciaba el micrófono, sensual, suave. Estaba leyendo un poema, me vio, me envió un beso soplándose la mano y me dedicó los versos de Mak Dizdar:

Kako svom izvoru
da se vratim?
(¿Cómo podré volver
a mis orígenes?)

Nos sentamos en la entrada, junto a la puerta, y nos tomamos un café de la maquina.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad. Tu opinión…

De vez en cuando pasaba alguien y entraba aire fresco.

Había acudido a él en busca de un consejo… El café del vaso de papel estaba demasiado caliente y me había ensuciado la blusa.

—Mi opinión es que esos dos tienen ganas de follar.

Muevo la cabeza, resoplo… Quisiera replicarle, encajo el golpe. Miramos el jardín interior a través de los cristales, ramas salpicadas de flores polvorientas.

—Diego está loco por ti, es más, diría que ha perdido el juicio, casi… —ríe.

Se levanta, va al baño y regresa con la toalla de papel entre las manos, que aún gotea.

—Pero es un hombre… Y la tranca no sigue el camino que le dicta el corazón, sino que tira hacia… abajo.

Ríe, dice que esa oveja es una mitómana chalada, que no le cae excesivamente bien, pero que está seguro de que no se quedará con el niño…

—Es joven, quiere divertirse… ¿Puedo?

Me limpia la mancha de café con la toallita mojada.

—Acepta lo que te ofrece, deja de sufrir. Consigue el maldito crío y luego ya lo enviaremos a la guerra… —Se ríe aún más pese a que está sobrio.

Lo miro fijamente. Hoy está muy guapo, le queda bien la camisa azul y también las gafas. Tal vez sea la mejor persona que conozco, la más sincera, la que está más sola.

—Tengo miedo.

—¿De una oveja?

Gojko mira el círculo de agua que me ha quedado en la blusa de seda, en el que se transparenta mi piel.

—Qué nostalgia… —susurra.

—¿Por qué disparaban anoche en las colinas?

—Esos imbéciles quieren hacernos saber que están ahí.

Caminamos un poco, abrazados bajo el polvillo blanco que desprenden los árboles.

—¿Sucederá algo?

—No, acabarán yéndose.

Me mira, mira de nuevo mi piel rosada bajo la blusa mojada.

—No se puede dividir el agua.

—Te daré lo que deseas y me esfumaré.

—Quizá vayamos a verte a Londres, o a Berlín… cuando seas una estrella del rock… Iremos a aplaudirte…

—Tal vez sí…

—Fingirás que no nos conoces…

—No, sois vosotros los que no iréis a visitarme.

Nos vimos unas cuantas veces más, fueron encuentros rápidos, formales. Aska siempre tenía prisa, estaba inquieta, se aferraba al estuche de su instrumento como si fuera un escudo.

De hecho, algo había cambiado…

Diego tenía una mirada más nerviosa, sus pestañas parecían las patitas de unos insectos que huían. Casi nunca se miraban, pero eran esos desencuentros los que estaban allanando el camino. Yo miraba y callaba.

Ahora solo podía esperar. Eran ellos los que tenían que tirar del trineo. Yo no corría ningún riesgo. Diego era tan mío como su fuera la última gota de mi sangre. Y yo quería que ese niño fuera un fruto del placer, no de la tristeza. Estaba cansada de fantasmas raquíticos, de mujeres tristes, de niños apáticos. Me gustaba el banquete de esa juventud.

Aska se había vuelto más seria, más introvertida.

Ahora yo pensaba que todo ese desparpajo era postizo, como su modo de vestir, de cortarse el pelo. Me recordaba a una de esas muñecas que de pequeña destrozaba con el rotulador y las tijeras.

Durante esos encuentros Diego apenas hablaba; a veces asentía cuando yo decía algo, pero luego parecía casi inerte.

—No sé si seré capaz —me dijo.

Se pegaba a mis faldas como un hijo, como si tuviera miedo de perderme. Estábamos de acuerdo, solo un encuentro. Si no sucedía nada, nos íbamos.

No hacía más que repetirme:

—¿Estás segura?

Lo único de lo que estaba convencida era de que quería tener un hijo suyo. Cerraba los ojos y pensaba en el bebé. Me mostraba calmada y me limitaba a hablar de cosas prácticas. Ahora parecía que yo fuera el médico. Había aprendido de mis torturadores y usaba el mismo tono contenido, la misma jerga burocrática. El ciclo era regular, al cabo de una semana la oveja iba a ser fecundada.

Había habido disturbios y un muerto: el padre de un novio, asesinado en el atrio de la iglesia ortodoxa.

Aska estaba fuera de sí.

—¡Agitaba la bandera con las águilas chétniks en el corazón de Bascarsija!

Le cogí la mano a Diego, la uní a la de Aska, que reposaba sobre el pequeño muro que había a orillas del río, y puse la mía encima.

—Todo irá bien —dije.

Fue una especie de rito. Me quedé inmóvil para sentir el calor que desprendía esa maraña de manos, los pequeños nudos de los nervios, los microscópicos asentamientos, toda la tensión que confluía en ese abrazo… Pensé en las marcas de nuestras manos, en la oscuridad de las palmas, una sobre la otra.

Aska intentó quitar la mano pero se lo impedí; luego fue Diego quien lo probó y Aska y yo hicimos fuerza con todo el peso de nuestro cuerpo.

—¿A dónde crees que vas?

Diego estaba turbado. Tenían una cita carnal y no podían ni mirarse a los ojos. Un poco más tarde se miraron.

Entramos en el jardín zoológico, paseamos un rato entre las jaulas y los diversos recintos. El viento levantaba una polvareda que ensuciaba el aire. Los osos estaban nerviosos, escondidos en una especie de bañera vacía, cubierta de musgo. Hacía años que Aska no entraba en el zoo y fue ella quien insistió en ir… Ese lugar le recordaba su infancia, compró un paquete de cacahuetes y dio de comer a los chimpancés. Se puso a dar vueltas por las jaulas, profiriendo unos extraños chillidos y le respondió un pavo real. Me fui a comprar una botella de agua.

Cuando volví Diego la estaba fotografiando. No sucedía nada, ella había entrado en una jaula vacía y allí estaba, agarrada a los barrotes, como un mono deprimido, balanceando la cabeza roja sobre un hombro. Sentí algo, el peso de una cierta intimidad.

Luego no hubo disparos; Diego había bajado la Leica y se limitaba a mirarla. Aska había salido de la jaula y rozaba las rejas con los dedos mientras seguía caminando.

En el corazón de la noche llamo a mi padre, que me responde con una voz presente, como si me estuviera esperando.

—Papá…

—Cielo mío.

No habla, respira, siento el susurro de sus pulmones, de su vida en este auricular gris y austero.

Hace mucho que no lo llamo.

—¿Necesitas algo?

—No.

—¿Qué es ese ruido?

—Llueve.

—¿Cuándo volveréis?

Charlamos un rato más y me habla del perro.

—Ya no cocino, ahora vamos a cenar siempre al restaurante mexicano.

Al perro le gusta la carne y a papá, el tequila, dice que se complementan a la perfección. Me hace reír. Sigo bromeando con él, intentando vencer a esa lluvia que no deja de entristecerme.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta una vez más.

Ahora soy yo quien respira en el teléfono.

Un trueno, le digo. Pero no, es una ráfaga de disparos. Sorda, insolente.

—Id con cuidado.

Le digo que está lejos y no puede entenderlo.

—Aquí la gente está mezclada como el agua, una gota dentro de otra.

Dice que los telediarios en Italia no son muy reconfortantes.

—Pajarracos de mal agüero… —mascullo, y me río porque ya hablo como Gojko.

Cuelgo el teléfono, Diego duerme, con una pierna blanca fuera de la cama, uno de sus pies tan largos.

Fue Aska quien señaló la fecha del calendario, tres días, los mejores, los más fecundos, los que caían justo entre regla y regla. Y en lugar de un círculo había dibujado un corazón. Nos decidimos por el segundo día, el que quedaba en el centro del corazón. Unimos una vez más nuestras manos para celebrar un pequeño rito propiciatorio.

Ahora pensaba en el corazón. El calendario estaba allí, colgado en la pared de nuestra habitación, lo miraba cada noche y contaba las horas.

Unos días antes elegimos el lugar de encuentro, una pensión que parecía un refugio, una casa aislada. En realidad estaba en las afueras de la ciudad, era una de las últimas construcciones que quedaba al abrigo del Trebevic. En el piso superior había pocas habitaciones, un único pasillo y un par de baños al fondo. Entramos en una habitación inmaculada y perfumada como la de una clínica. Había una pequeña ventana que daba al bosque y estaba enrejada. «¿Por los ladrones?». Anela, la propietaria, se rió. «No, por las

ardillas». Se colaban en las habitaciones para coger cualquier resto de comida. Me tumbé en la cama, cubierta por una tela blanca bordada a mano. Y me sentí audaz y atolondrada como Gojko, como el tercer inquilino de un único corazón. Aska y Diego se habían quedado de pie, apoyados en la pared, como dos ardillas tímidas.

OceanofPDF.com

La mujer de la pensión

La mujer de la pensión a los pies del Trebevic siguió poniendo las mesas para el desayuno cada mañana. No había nada, ni pan duro para las gallinas, solo tazas desportilladas y cristales rotos de las ventanas. A pesar de todo siguió con su rutina, para no darles un gusto a los de allí arriba. Aguantó como los animales, que mientras están de pie no mueren. Madrugaba todas las mañanas, sacaba agua del pozo y preparaba el café, en espera de la paz. Escrutaba el alba, el viejo gallo de hierro sobre el portal, acribillado por los disparos de los soldados borrachos que jugaban al tiro al blanco. ¿Qué clientes podían llegar en esos tiempos que corrían? Ningún turista, ninguna parejita huyendo, ningún comercial de Dubrovnik, de Mostar. A pesar de eso, Anela puso las mesas de madera durante los infinitos días de aquel asedio. Los ladrones ya habían pasado, se había llevado todo lo que se podía robar, no quedaba ni una cereza. Ella recogió las tazas, las pegó, y todas las mañana las ponía en esas mesas desnudas. Palomas cansadas, inmóviles, es espera de la paz. Era su orgullo, y su orgullo fue su resistencia.

Llevo la mochila al hombro y mis gafas de sol de cristales convexos, que parecen dos huevos negros encajados en las órbitas de los ojos. Tengo la sensación de que hace más calor, tengo la blusa empapada, siento que la tela se me pega por detrás, en la espalda. Me dirijo hacia Bistrik. Hay rastros de explosiones de granada en los muros, en las partes bajas, en los zócalos de piedra ennegrecidos por el humo. Casitas otomanas con sus miradores de madera oscura. Me detengo, parece que la vieja pensión se me cae encima.

Reconozco la forma, el error de un arquitecto distraído, la base más estrecha y los muros que, mientras suben, parecen abrirse hacia los costados, inclinados. Te hacen pensar en los antiguos *nisan* del cementerio musulmán.

La mujer se encuentra en la parte trasera, en un pequeño patio con el suelo de cemento donde se amontonan las cajas de plástico amarillo con los cascos de cerveza y las bombonas de gas. Está dando un poco de maíz a un par de gallinas que se le pegan a los pies. La saludo y no me reconoce, pero yo tampoco la habría reconocido fuera de este lugar. Sé que es ella porque está aquí, porque la estaba buscando. Lo primero que pienso es que está viva. Es una anciana vestida de negro, con las mejillas rojas y una sonrisa desdentada. Anela nunca abandonó su casa.

Entablamos conversación a pesar del poco bosnio que sé, le cuento que me había alojado en su pensión antes del asedio. Se vuelve, señala los bosques, la línea de fuego estaba allí, a un centenar de metros. Salía al alba a coger los huevos, se inclinaba frente a las jaulas de madera, volvía toda manchada de plumas y los freía para sus clientes. Le miro las manos rojas, el rostro agrietado de campesina. Conserva la misma expresión cuando hablas con ella, finge que no te entiende y, mientras tanto, piensa. De modo que está viva. También ha regresado a la vida… la había echado de mi cabeza como todo lo que se perdió, una figura lateral, una cáscara rota. Sin embargo ahora tengo ganas de abrazarla… La arrastro de un brazo hasta el mundo, la coloco en su lugar.

Anela no se acuerda de mí, pero me mira. Y sus ojos son pantanos que a duras penas contienen el llanto.

Tras la guerra tuvo que vender, no tenía dinero para restaurar las habitaciones destrozadas por las granadas. Se hace entender mediante gestos y con alguna palabra en alemán e italiano. Se ha quedado con una habitación de la planta baja, lo demás es todo propiedad de una imprenta. El salón del desayuno está ocupado por las máquinas. Se tapa las orejas con las manos para darme a entender que el ruido no la deja dormir. Dice que se acostumbró a las granadas, pero ahora es mayor y le molesta mucho estar todo el día temblando, como las paredes de su habitación.

Strpljenje, mala suerte, dice.

No la han echado, el propietario es un hombre rico, uno de los que se forraron con el túnel que se cavó bajo el aeropuerto, con el mercado negro, con los huevos que entraban en Butmir por un marco y al salir en Dobrinja costaban diez, pero no es una mala persona; la ha dejado allí como una especie de guardiana y le pasa una pequeña mensualidad.

Le pregunto si puedo echar un vistazo a las habitaciones del primer piso. Me dice que no hay nada, solo son almacenes.

—Me alojé en una de ellas con mi marido…

Me mira. Por un instante pienso que me ha reconocido.

—Era fotógrafo.

Asiente y dice que pasaron muchos fotógrafos; pone los brazos en jarras para enseñarme cómo posaba para ellos.

Se aleja, abre la puerta metálica de la imprenta y vuelve con un manojo de llaves. Me dice que no me entretenga y que no toque nada. No me acompaña porque ya no puede subir escaleras. Me empuja con un gesto brusco, el mismo con el que ahuyentaba a las gallinas.

Fue ella, Anela, quien nos dio las llaves esa noche; pagamos por adelantado y asintió como una madre. Cogió el pasaporte de Diego y se lo devolvió sin tomar ningún dato. Se volvió hacia el tablero del que colgaban las llaves de las pocas habitaciones que había.

Una mano contra la pared. Una mano. Mi mano contra esta vieja pared. Subo, sin quitarla. Tengo más de cincuenta años y estoy aquí sin ningún motivo. Éste es el pasillo, lo reconozco enseguida. Respiro y avanzo. Las habitaciones están todas en el mismo lado. En realidad, aquí arriba no ha cambiado nada, tan solo está más oscuro y más sucio. Aún se percibe el olor de la guerra, rezuma por las paredes, por las rendijas de las puertas. Esta ciudad aún debe de estar llena de sitios así… Edificios que en apariencia están reformados, que vuelven a estar en uso, pero cuyo interior permanece abandonado, siniestro como un cadáver insepulto. Aquí y allí se ven manchas granulosas en las paredes, en el estuco remachado, heridas cerradas. Puntos de sutura en las paredes como en un cuerpo enfermo. Hace un calor bochornoso, asfixiante, y un olor desagradable a cloaca. Empujo

una puerta. Los baños siguen en el mismo sitio, los retretes no tienen tapa, están muy sucios, tienen el fondo negro; esa es la causa de tan mal olor. Cuento las puertas y entro en la habitación. La que estaba al abrigo del bosque, de los pájaros, de las setas, de las ardillas; demasiado cerca de la línea de fuego. Estoy dentro, cierro la puerta. Espero a que el corazón recupere el ritmo normal. Cajas polvorientas, resmas de papel. La luz entra por la pequeña reja del fondo. Dejo caer la mochila al suelo. Me iré al cabo de unos minutos. Basta pensar que es un lugar como otro, una habitación consumida por el tiempo, invadida por un polvillo luminoso. El lavamanos seguía pegado a la pared, pequeño y solo como una pila bautismal en una iglesia olvidada por los vivos… Y luego montones de otras cosas, carpetas, pasta de papel… Invitaciones de bodas descoloridas, fajos de octavillas ennegrecidas y acartonadas por la humedad. Luego veo aquellas patas de hierro. Es el somier de un catre. De aquella cama, que también está sepultada bajo unos paquetes pesados envueltos en papel de estraza, sujetos con cordel, timbres municipales, como si fueran unos paquetes antiguos de correo jamás enviados.

Tropiezo pero no caigo. Diego está sentado frente a mí, en el catre… en el colchón, sin sábanas, que tiene varias quemaduras y manchas. Está con el pecho desnudo, toca la guitarra y lleva el pelo recogido con una goma que me ha robado. Tiene los pies manchados de sangre, los pies de un niño que ha caminado sobre cristales. No me mira, canta… «*Spring is here again*.… *Tender age in bloom*.… *Nevermind*…». Aska está junto a él en ese colchón que arde, tiembla. Los cristales de las ventanas están rotos, entran ráfagas de un viento gélido. Quiero taparlos con una chaqueta, con una manta… con algo. Cubrirlos. Sonrío, no tienen frío, pienso, porque están muertos. Hace años que permanecen inmóviles en esta vieja cama, prisioneros de esta habitación.

Aquella noche bromeábamos, nos abrazábamos. Subimos las callejuelas a pie, dejamos atrás la fuente de los Viandantes, sus bocas de hierro bruñido nos dijeron adiós. Llegamos en un estado despreocupación, aunque presas

del terror. Nos detuvimos, nos besamos, absorbimos el sabor del otro. Los disparos callaban. Parecía un juego lejano, que ya había acabado, de niños que estaban cansados y se iban a la cama.

Le doy las últimas indicaciones y un beso de tornillo.

—Estamos locos —dice.

Hemos reencontrado nuestra juventud… y este paseo nocturno se parece mucho al que dimos bajo la nieve cuando nos conocimos. Somos gatos vagabundos, la vida nos lleva al pasado, somos cuerpos que se arriesgan. A tomar por culo los buenos modales y el pensarse las cosas dos veces. Ahí está el portal, el álamo desvencijado, solo como un viejo, ahí el gallo de hierro y el cartel de «GOSTIONICA», pensión. Llamamos, nos abre Anela, que se queja, nos dice que es tarde porque a las cinco de la mañana ya está en pie y estaba a punto de irse a la cama. Nos hace entrar y sonríe. Es una noche como otra cualquiera. Nos da las llaves de la habitación, de la puerta de entrada y nos pide que no hagamos ruido.

Volvemos a la calle para esperar a Aska, nos sentamos en el escalón de la casa de al lado. Hay un hilo de luna, una rendija blanca sobre el cielo negro. Las ramas del álamo se mecen en el más absoluto silencio. Noto el aliento de Diego, que me abraza contra el muro. No hay señales de la oveja.

—¿Qué hacemos?

—Esperamos un rato.

No hace frío, es una agradable noche de abril. Si nos fuéramos, nada de lo que sucederá… pero la vida es como el agua, que desaparece y luego surge de nuevo donde puede, donde debe.

Yo le acariciaba el pelo, esos rizos suaves recién lavados. Tenía la cabeza apoyada en mis piernas, el tiempo pasaba y la espera, en un principio vibrante, devino más incierta. Mirábamos alrededor; una neblina perlada avanzaba en la oscuridad.

La fan de Nirvana nos había tomado el pelo, su coraje era falso, como los desgarrones de su ropa, su pulsera con tachuelas de guerrera del futuro. Nos había robado un poco de dinero y se había esfumado. Me vino a la cabeza la portada del disco *Nevermind*, la tenía junto a la cama como una reliquia, la miraba cada noche antes de dormirse. En ella se veía a un recién

nacido con los brazos abiertos, sumergido en el agua azul, que intentaba coger un billete de un dólar.

De repente se oye un disparo, luego un silencio agitado. Alzamos la vista hacia el Trebevic, escrutamos sus abetales inmóviles en la oscuridad. Aquí abajo hay espuma de almendras, un polvo blanco que avanza y devora las calles.

—Vámonos.

Sí, dejamos esta noche y esta ciudad que empieza a hacer daño y ya pensamos en consolarnos con una excursión en la costa, en aquellas islas paradisíacas, que ahora están vacías porque los turistas las han abandonado…

Sin embargo, Aska acaba apareciendo. Primero oímos el ruido de la moto que se apaga, luego vemos su figura avanzando en la neblina que devora sus pasos. Ahí está, frente al portal rojo, nos espera. Lleva la trompeta al hombro, encerrada en su cofre negro.

La saludamos con un silbido, con una mano. Nos dice «holalaa». Le gusta mucho decirlo. Lo pronuncia de un modo extraño y gutural, parece un reclamo salido del buche de un pavo salvaje.

—Llego tarde.

—Estábamos a punto de irnos.

—Había jaleo…

Es cierto, había jaleo en las calles, gente que no se retiraba.

No se dirige hacia nosotros, se queda allí, esperando a Diego. Solo veo un gesto, una mano que se acaricia una pierna. Un gesto lento y acaso un poco triste… Es como si acariciara otro cuerpo aparte del suyo, el lomo de un perro, la cabeza de una criatura.

Podría haber entrado detrás de ellos y esperar abajo. Dormirme en el sofá, junto a la sala del desayuno. Pero de repente me dio vergüenza, me sentía ridícula.

Diego y yo no nos entretuvimos en la despedida, había mucha humedad, nos pusimos en pie, atentos. No, no tenía ganas de quedarme allí a hacer de

perro guardián… No habría soportado el dolor, algo pornográfico. Nos abrazamos, Diego se volvió y vi sus ojos, teñidos de miedo y excitación.

Aska no se acercó a mí y yo tampoco hice el menor ademán de acercarme a ella. Cada una se quedó a un lado de la calle. La niebla subía cada vez más y lo engullía todo.

Emprendí el camino de vuelta sin fuerzas. Llevaba un jersey que se había dado un poco de sí por la humedad, con las manos hundidas en los bolsillos. Me había arrepentido, después de dar unos cuantos pasos ya me había arrepentido. La noche arrastraba fantasmas consigo. Oía los jadeos de ellos dos, en aquella habitación pequeña y perfumada. Me sentía miserable, perdida… Se apoderaba de mí una sensación de descontento de sabor acre, la misma de la infancia, cuando, al menor roce, dejaba a un lado a mis amigas, herida, ofendida mortalmente. Había vuelto a apoderarse de mí aquella niña huraña y ahora la abrazaba contra el jersey blando… Era la parte más verdadera de mi ser, la más desgraciada y sepultada, el destilado de mi incapacidad.

Y de nuevo pensé en mi madre… «Gemma, Gemma».

Entran ardillas por la ventana, para eso están las rejas… No puedo alejarme de la habitación, quizá una ardilla los está mirando en mi lugar. Veo cómo Diego besa esos ojos, esa boca ya sin carmín…

Han subido cogidos de la mano, cohibidos, han hablado un rato, se han sentado en la cama con las piernas cruzadas y se han puesto a tocar, bajito por los demás duermen. Luego Diego ha liado un porro, le apetece fumar, aturdirse un poco. Se miran con ojos vidriosos, en la poca luz que entra de fuera, ríen, se acercan… Él le acaricia una mano inmóvil en la cama, uno a uno, todos los dedos, luego ella acerca la cabeza, embotada, ahora posa la frente contra la de Diego, los labios se rozan, carne blanda y suave que se abre lentamente. Sienten el olor de la piel, del cuello, de las orejas… Cada uno siente el olor de la historia del otro, de la infancia y del resto, de los pequeños dolores, del polvo. De la muerte, que está tan cerca. Él le quita el vestido de felpa negra, de concertista. Ella levanta los brazos para ayudarlo, él acerca la cabeza al hueco de una axila… el pecho se acerca a ese torso de huesos, a los diminutos pezones del muchacho de Génova. No tienen

miedo. Ahora sienten el corazón, los latidos que vagan en ese universo rojo, oculto. El porro ha surtido efecto, todo resulta próximo y profundo. Adentrarse en el otro es apostarlo todo, es entrar en la vida. La oscuridad ahora es fosforescente. Las pupilas de Aska se dilatan en las de Diego… es un planeta lejano que se acerca. Le cae encima. Caen uno encima del otro en varias ocasiones. Planetas que se oscurecen, que se engullen. La oveja gime perdida en el bosque y baila para él, para ese pequeño lobo sin colmillos, que le lame la nuca y sangra…

Cruzo el puente Latino, me siento junto a la fuente de los Viandantes. Gojko me pone una mano en el hombro.

—¿Qué haces aquí?

—He bajado a sacar la basura.

Tira la bolsa y me mira.

—Estaba esperándote. No podía dejarte sola.

Lloro sobre su hombro y le doy las gracias a la noche por este cuerpo dulce y grande.

—¿Ya están follando esos dos?

—Sí.

Hablamos de esto y lo otro, le pregunto qué ha hecho, ha estado en la radio y luego ha ido al Parlamento. Saca un papel, quiere leerme uno de sus poemas, pero le digo que no, que no tengo ganas. Que estoy cansada de poesías. No se molesta, le prende fuego con el mechero, enciende un cigarrillo y le cojo uno.

Nos quedamos mirando el pedazo de papel negro que se retuerce en la noche, que danza moribundo.

—Lástima, era hermoso… —comenta, despidiéndose de su poema.

El alba se cuela en nuestros pasos. Se empiezan a ver los colores de los coches aparcados, de la hiedra que trepa por la pared donde nos hemos detenido. Siento la respiración de Gojko… Vuelvo a llorar, me tiembla la boca. De repente pienso que este es el último destello de vida, que no volveremos a vernos, que sucederá algo. Él se acerca aún más, tiene una mirada serena y plácida. Se le han pasado las ganas de bromear, de burlarse

de la vida con sus ocurrencias, con sus risas. Me echa la respiración en la cara.

—¿Huelo mal?

—No, al contrario.

Se acerca. Nos besamos como nunca; siento sus dientes, su lengua áspera como la de un gato… Siento su peso, que me cae encima, este jadeo quedo, siento el licor de su corazón, de todos los poemas que ha escrito y que nadie leerá.

—Vámonos a mi casa…

Baja la cabeza y la levanta de nuevo… Sus pequeños ojos se dilatan. Es nuestra noche.

—Vamos a hacer el amor una vez, antes de morir…

Fue un momento, un momento que pasó, que se quemó como el pedazo de papel carbonizado en la noche.

He ahí una pareja pegajosa, patética… dos estúpidos satélites de aquellos dos planetas jóvenes. Le acaricié la mejilla.

—Nosotros no moriremos, Gojko.

A dormir, a dormir. Como dos hermanos tontos.

La cama está aquí, frente a mis ojos. Lo que queda, una tela de hierro con las patas oxidadas por la lluvia. Demasiado grande para pasar por la puerta, de modo que nadie se ha molestado en tirarla, se han limitado a cubrirla de basura, de restos de la imprenta. Este catre me ha estado esperando estación tras estación, ha sobrevivido a la guerra, ha flotado en mis sueños con su incesante chirrido. Como un columpio en un jardín abandonado, que rechina a cada ráfaga de aire, terco en su ir y venir.

Me acerco a la cama y aparto paquetes, que pesan bastante y caen al suelo como ladrillos, y levantan el polvo. No necesito mucho espacio, estoy delgada, tan solo un trocito de esta tela de hierro. Me estiro, levanto las rodillas, los pies con los zapatos puestos.

Ha vuelto Pietro, camina encorvado, arrastrando los pies y apesta a cloro. Se queja de que se ha quemado la espalda, que Gojko le ha caído

encima y pesaba como una vaca, y que Dinka lo ha arañado: tiene las uñas demasiado largas y es muy miedosa.

Camina con unos pasos que hacen temblar el suelo, y también yo tiemblo, como el cristal de una vieja ventana.

Estoy hecha un ovillo sobre la cama, con los ojos abiertos en la penumbra.

—Ve despacio —le digo—, despacio…

Pietro abre los postigos y suelta:

—¿A qué viene esta oscuridad?

La luz me embiste con violencia.

—¿Qué has hecho, mamá?

—Nada… He estado caminando.

Me mira los pies.

—Ni te has quitado los zapatos.

—Déjame un rato tranquila.

—Ya has estado tranquila todo el día, ¿qué te pasa?

Le digo que no me encuentro bien, que quiero descansar un rato. Responde «qué mierda».

Me seco los ojos con la mano. No quiero que vea que he llorado, pero me espía con sus ojos de lince, a pesar de lo lejos que está.

No para de quejarse, ahora ha ampliado su radio de alcance. Se queja, entre resoplidos, de que en agosto sus amigos hacen viajes guays, van a Estados Unidos, a las cascadas, a Dubai, donde hay esa pista de tenis suspendida en el cielo, en la que jugó Federer. Y nosotros estamos en este asco de ciudad.

No le respondo, por mí que diga lo que quiera.

Ojalá pudiera quedarme acurrucada en la oscuridad. Ojalá estuviera aquí Diego, echo de menos el cariño con el que me abrazaba, como si fuera de cristal. En cambio, tengo que aguantar este vozarrón.

Se vuelve y camina de un lado a otro a pesar del poco espacio que hay en la habitación. Me tortura con sus pasos. Me grita, me dice que se ha quemado la espalda y que lo único que hago es quedarme ahí, sobre la cama, abatida.

Está acostumbrado a verme correr para satisfacer sus necesidades. Se ha quitado la camiseta, se da la vuelta como un mono enjaulado.

—Me duele, quema mucho…

—Pues date una ducha.

—¿No tienes crema?

—Mira en el baño.

Oigo que lo saca todo, que vacía mi bolso. Vuelve con un tubo.

—¿Es ésta?

Asiento.

—¿Me la pones?

—Póntela tú solito.

Se vuelve, enfadado.

—¡¿Por qué?!

—Porque no me encuentro bien, ya te lo he dicho.

Se sienta en el alféizar de la ventana y aprieta las teclas de su teléfono móvil.

—Hola, papá.

Déjame en paz, Pietro. Te he hecho la comida, te he doblado la ropa, me he pasado horas ayudándote con los deberes. Tienes toda la vida por delante… Yo solo tengo estas piernas maltrechas, estos huesos vacíos como cañas. Hoy doy tanta pena como esta ciudad, soy un gato enfermo que se restriega contra las paredes.

Lo oigo refunfuñar. Todo es un asco y yo empiezo a chochear.

—Ahora te la paso…

No me apetece hablar con Giuliano, solo tengo ganas de estar callada y quieta.

Pietro me tira el móvil en la cama.

—Toma, es papá.

Me excuso con una voz de ultratumba.

—Ya te llamaré —digo.

Quizá tengo fiebre.

Pietro baja del alféizar de la ventana y se me acerca.

—¿Por qué no has hablado con él?

—Le llamaré luego.

Me da una palmada en la espalda, en las piernas.

—¿Qué haces?

—Estás llena de polvo, ¿dónde te has apoyado?

Me cojo la falda, como haría un gato enfermo con la cola.

Es cierto, estoy sucia y sudada.

—Déjame en paz.

Coge el teléfono… Da vueltas alrededor de la cama.

—Porque… porque…

Empieza así, sin saber por dónde empezar, como de costumbre. Salvo que hoy la rabia es mayor, es una ola que le nubla la mirada.

—¡¿Quién te crees que eres?! ¿Por qué te has avergonzado siempre de papá…?

Le arrea una patada a la silla y tira la ropa.

—Porque papá tiene barriga, lleva uniforme…

—¿Qué dices, Pietro?

—… Y nunca has ido a las celebraciones del Ejército, porque no te gusta juntarte con las mujeres de los carabinieri… ¡Y a la celebración en honor de Salvo D'Acquisto fui yo! ¡Tú no! ¡Estabas muy ocupada!

—¿Pero qué estás diciendo?… ¿Qué tiene que ver…?

Ahora lo miro y tengo miedo, tengo que levantarme de la cama, ponerle la crema y cuidarlo. Aplacar esa rabia.

—¡Eres una egoísta! ¡No has vuelto aquí por mí! ¡Lo has hecho por ese Diego de los cojones!

Sigue gritando pero no lo escucho. Miro sus ojos azules que se han teñido de rojo, anegados de rabia. Le tiro la camiseta.

—Vete, desgraciado.

Se vuelve y, por un instante, creo que me saltará encima y me morderá. Ahora es un puma. Un puma joven que enseña los dientes. Me señala con una garra.

—¡Cuidado con lo que dices, mamá! ¡No eres nadie!

Se va, con la espalda quemada.

Se meterá en el café internet, en esa cueva de pantallas azules. Chateará con sus amigos, con ese ejército de homínidos por culpa de los cuales ha renegado de mí, de repente, en este último año. Volverá a mí con la mirada turbia por culpa de la pantalla del ordenador, me mirará como si fuera un familiar lejano.

Es cierto, no soy nadie.

Me meto en el baño para refrescarme la cara. Pero soy incapaz de dejar de llorar.

Me siento en la ventana y llamo a Giuliano.

—Perdóname, perdóname…

—¿Por qué?

—Por no haber ido a la celebración de Salvo D'Acquisto…

Ríe y se conmueve porque es una estupidez. Y las estupideces siempre nos conmueven un poco. Por lo demás, somos fuertes. Él ha estado en Líbano, yo en Bosnia.

Le cuento lo sucedido con Pietro, su rabia. Me dice:

—Pietro está celoso, es normal…

Suspira y me habla con su voz hermosa.

—Estás rodeada de hombres celosos.

Salgo a buscar a Pietro. Entro en el café internet. Hay un puñado de chicos inclinados sobre las pantallas, bajo una capa de humo blanco de los cigarrillos. Lo busco con la mirada. Salgo y me dirijo hacia la calle Titova. Y mientras camino me vacío, de todo. Siempre tengo miedo de no volver a verlo. Cuántas veces he esperado pegada a la ventana de la cocina hasta ver su moto, su casco chato. Y ya entonces no era yo, era la misma que ahora, una figura de papel en una hoja oscura, a la espera de la tijera que la recortara. Giuliano es más tranquilo, «eres muy ansiosa —me dice—, te amargas la vida». Es verdad. Todas las madres tienen miedo. Pero mi sufrimiento es distinto, más hondo, más desvalido.

Al cabo de poco lo encuentro sentado junto a la fuente de los Viandantes, entre palomas que no tienen prisa por regresar al nido y otros

noctámbulos.

La misma fuente, la Sebilj, donde Diego y yo nos detuvimos como viandantes cansados del viaje que acababa de empezar. Diego cogió un poco de agua con las manos… «Cuenta la leyenda que si bebes un sorbo de esta agua volverás a Sarajevo al menos una vez en la vida».

—Pietro…

Camina a mi lado, con la cabeza gacha, tiene un paquete en la mano, una especie de cucurucho rojo que se mete en el bolsillo.

—¿Qué es?

No me responde, tan solo se mira los pies, como un buscador de oro. Me acerco para olerlo… Por un instante tengo miedo de que me oculte algo en ese paquete rojo. Muchos de sus amigos fuman porros, se pasan el día entero atontados. No huele a hachís, no me lo parece.

Me siento en la cama y quitó el tapón de la crema. Pietro se acerca; se ha quitado la camiseta y encorva la espalda. La piel quemada absorbe el frescor del ungüento; lo embadurno con las manos, que se mueven sobre estas alas jóvenes. No me pide perdón. Lejos queda el tiempo de «perdona, mamá», pero respira lentamente, como un cordero que ha reencontrado la paz.

Había una gran manifestación contra la guerra, convocada por las fuerzas de paz, de la que se hablaba desde hacía varios días. Sarajevo estaba abarrotado de gente, muchos habían llegado de fuera, jóvenes, sobre todo. El aparcamiento al lado de la estación estaba lleno de autocares; los manifestantes invadieron las calles de la ciudad cuando empezó a despuntar el alba, gritando consignas, comiendo bocadillos, como los aficionados que seguían a su equipo a un partido fuera de casa. Me despertaron los gritos de la calle que resonaban en nuestra habitación. Me asomé a la ventana y vi a los manifestantes que pasaban por debajo. Al cabo de un rato fui a ver a Velida, comimos membrillo y tomamos café, acunadas por el tumulto de aquella ola humana que liberaba una energía contagiosa.

Salimos al balcón y pasamos casi todo el día allí, como dos cotillas, mirando a los manifestantes. De vez en cuando ella reconocía a algún amigo de la universidad y lo saludaba con el brazo. Parecía cualquier manifestación por la paz de las que se podían celebrar en otra parte del mundo. Un enjambre tranquilo de estudiantes, de mujeres y padres de familia con los hijos a hombros, de mineros con el mono de trabajo. Sobre los cuerpos ondeaba una larga pancarta con el lema «MI SMO ZA MIR», nosotros estamos a favor de la paz.

La última vez que había visto tal muchedumbre fue en la ceremonia de inauguración de las Olimpiadas en el estadio Kosevo… Recordé el atleta que portaba la antorcha, el momento en que encendió el pebetero, las majorettes, ese estúpido Vucko, el lobo mascota de Sarajevo 84… Y todo me pareció muy lejano. Ahora el lobo era otro, el que lanzaba disparos de advertencia contra las estrellas de noche, como si quisiera apagarlas todas.

Más tarde, cuando la manifestación se dirigió hacia el Parlamento, acompañé a Velida a hacer la compra. En el ultramarinos había un extraño desierto. Muchas estanterías estaban vacías. Una mujer arrastraba un carrito lleno de conservas. Velida negaba con la cabeza, caminando con el paso altivo de ciertos pajaritos pretenciosos.

—¿Qué le pasa a la gente que acapara tantos alimentos…? Se ha vuelto loca.

Le pregunté si quería aprovechar para llenar la despensa, tal vez había algún problema, una protesta de proveedores, algo de lo que no nos habían informado.

Al contrario, Velida compró menos de lo habitual. Había una encella de queso entera, se la podía llevar. Pero pidió que le cortaran tan solo un pedacito, lo justo para la cena.

—¡Nunca hemos hecho acopio de alimentos! ¡Y nunca lo haremos! ¡Si quieren reducirnos a esto, se equivocan!

Ya anochecía. La gente caminaba a paso veloz, pegada a las paredes de los edificios, todo el mundo parecía tener prisa por volver a casa. Por

debajo de nuestra ventana pasaban corriendo grupos de manifestantes, como si los persiguieran. Me vinieron a la mente las manifestaciones estudiantiles del setenta y siete, los lemas, las escaramuzas, las carreras.

Se hizo oscuro de golpe, el sol se ocultó tras los montes y apareció una luna filiforme tras las nubes espesas y lejanas. Aún se veía algo, pero no iba a durar mucho. Algunos gritos perforaban la oscuridad. Me puse los zapatos y la chaqueta. Diego aún no había vuelto y quería salir a buscarlo. Ya no soportaba quedarme allí, arrojando lúgubres sombras sobre aquella ausencia.

Llegué a la avenida. Las farolas estaban apagadas, apenas había recorrido unos cuantos metros cuando me paró un policía. Intenté decirle algo… No me escuchaba, escrutaba la oscuridad con los ojos desorbitados, alzó un brazo y gritó: «*Natrag! Natrag!*», atrás… atrás. ¡Ojalá hubiera podido volver atrás!

Le pedí a Velida que me dejara el gato esa noche, no quería dormir sin sentir un vida a mi lado. Me puse un jersey de Diego y me tumbé en la cama. Al alba oí los disparos. Distintos de los anteriores, más cercanos, más nerviosos. En ese instante aprendí a distinguir los disparos de advertencia, al cielo, al aire, de los que acaban impactando en la carne, para matar. El gato se había puesto en pie, el cuello erguido y las orejas vibrantes como pequeños radares. Fue el primero en percibir aquel silbido maligno. Se escondió bajo la cama y empezó a lanzar unos quejidos… Unos maullidos profundos, desdichados, que parecían gritos humanos.

No volvimos a asomarnos a las ventanas. Velida y Jovan ya habían vivido una guerra, yo no, no obstante sabía qué hacer por instinto. Bajamos las persianas y cerramos los postigos.

Nos quedamos todo el día encerrados en casa, frente al televisor, mirando a la gente que había entrado en el Parlamento. En la radio sonaba siempre la misma canción, «Sarajevo, amor mío».

Por la noche llegó Gojko. Tenía el pelo erizado, como el del gato, y un cristal de las gafas roto. Se había pasado dos días encerrado en el Parlamento junto con multitud inhumana, sumido en un clima irreal… De entusiasmo porque la Comunidad Europea había reconocido a Bosnia

Herzegovina, y de abatimiento por las amenazas de guerra. El presidente Izetbegovic había sido ridiculizado, los hombres de las unidades especiales de la policía habían recibido ovaciones.

Me narró lo que había sucedido. Alguien se había puesto a disparar desde las ventanas de las últimas plantas del Holiday Inn, donde estaban las habitaciones de los halcones del Partido Democrático Serbio. La gente reunida frente al palacio del Parlamento se tiró al suelo, intentaron esconderse unos debajo de otros, como un rebaño asustado. Muchos se pusieron a correr para alcanzar la otra orilla del Miljacka, pero también llegaban disparos desde ese lado… del cementerio judío, quizá… Era lo que había oído decir a la gente en la calle. El barrio de Grbavica había sido ocupado por las milicias serbias.

Luego la televisión nos dio la noticia: una chica había muerto tiroteada en el puente Vrbanja mientras intentaba huir. Pensé en Aska… Me preguntaba si aquel rostro pálido como la cera era un presagio.

Ahora el presentador del canal Jutel anunciaba que, en realidad, habían muerto dos chicas. Unas estudiantes que se manifestaban por la paz.

Gojko encendió un cigarrillo pero no le dio ni una calada. Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar con fuerza, sin reprimirse. Yo miraba el cigarrillo que se consumía entre los dedos cerrados, que acabó cayendo y murió en el suelo. Fue un llanto terrible, desconsolado como el de un animal. Con las manos pegadas en la cara sostenía los escombros de aquel futuro trágico que ya lo había alcanzado. Cuando lo pienso, me doy cuenta de que, para mí, ese llanto supuso el inicio de la guerra.

Recuperó la compostura y cesó el torrente de lágrimas, que le dejaron un rostro gris, congestionado. Sonrió. Y se preocupó por mí, como siempre.

—Vamos a buscar al fotógrafo.

Gojko conducía con las luces apagadas y con las gafas rotas sobre la nariz. Una serie de barricadas levantadas en una noche dividían la ciudad. Cruzamos el Miljacka pero no pudimos llegar a las casas que se encontraban a los pies del Trebevic. Hombres encapuchados vigilaban la oscuridad. El terror me paralizaba las piernas, me subía por la espalda como

un clavo largo; nos dispararon una ráfaga, una lluvia de balas que impactaron en el costado. Volvimos atrás.

No recuerdo exactamente cómo sucedió… No recuerdo exactamente el momento. Quizá nadie lo recuerda. Sebina sí, dijo que estaba mirando los *Simpson* en la televisión cuando se interrumpió la transmisión. Ella fue a buscar corriendo a su madre, que estaba corrigiendo los deberes de sus alumnos en la cocina, en la mesa donde comía.

—¿Qué pasa, mamá?

Mirna se quitó las gafas y miró a la hija, que se había detenido en la puerta.

—Tranquila.

Un estruendo llegaba de las montañas. Era la vida, que huía, para ceder su puesto a la locura. Aún no lo sabían y se abrazaron. Tenía que corregir esos deberes, Mirna los tocaba… flotaban ya a lo lejos, como las pequeñas vidas que los habían escrito, como la mesa, como ellas dos. Aquello duró poco, los *Simpson* no tardaron en volver a tomar la palabra con sus vocecitas de dibujos animados, de personajillos cómicos.

No, no recuerdo a ciencia cierta cuándo se interrumpió el hilo de la normalidad, cuándo corrieron a esconderse los perros…

Había ropa tendida, era primavera, la estación de la limpieza, de las ventanas abiertas. De vez en cuando se oía el graznido de un cuervo por la calle, pero nadie le prestaba atención. Era una ciudad pacífica, nadie se preguntaba de qué etnia era el otro, el vecino o la mujer. Se querían o se odiaban por simpatía, por intuición, como en cualquier otro lugar del mundo.

Habían empezado a disparar contra las casas. Las primeras granadas cayeron lejos de donde nos encontrábamos, oímos aquellos estallidos, que nos parecieron una grabación, como si surgieran de las rejillas de plástico de las radios.

Velida dijo:

—¿Quién puede tener interés en matarnos?

La granada cayó tan cerca que tuve la sensación de que me había entrado en la barriga y me había sacudido. Disparaban contra la zona de Bascarsija. Por un instante nos quedamos mirando, muertos. El pequeño rostro de Velida crispado en una parálisis torpe, como un rostro ya difunto.

Las tacitas temblaban, temblaban los libros… Los mirlos se habían escondido bajo un montón de guata.

Velida gritó:

—¡Jovan! ¡Jovan!

—Estoy aquí.

El anciano biólogo no se había movido de su butaca. Le estaba dando caladas a uno de sus cigarrillos, los dedos amarillentos como el pelo. Cayeron cosas de las estanterías. Los cristales estaban intactos, de momento. Temblaban como mis dientes. En cierto momento tuve que agarrarme el mentón con la mano, para detener aquel ruido, que sonaba como una trampa para animales. Recogí lo que había que recoger. Me encerré en el dormitorio y aferré una almohada. No era capaz de hacer que los dientes dejaran de castañetear, y sentía un dolor tremendo en el vientre… El mismo de los abortos. Una mano que lo arranca todo.

Diego regresó al cabo de tres días. Entró en la habitación, cortando la oscuridad en silencio, como un animal. Permanecimos quietos, fundidos en un largo abrazo, sin fuerza, inmóviles como dos sacos. Me dio la sensación de que pesaba muchísimo. Había corrido y sudado; mi mejilla, pegada a su cuello, quedó empapada.

—Amor mío.

Se tapaba las orejas con las manos e inclinaba un poco la cabeza. Una granada lo había ensordecido y ahora oía un soplo lacerante en el oído, como un remolino. No miró alrededor, se sentó en la cama. Se quitó las botas y las tiró con las últimas fuerzas que le quedaban. Se tumbó junto a mí. Lo dejé dormir. Me pequé a su espalda para impregnarme de su olor… Era el de siempre, salvo que un poco más fuerte, como cuando tenía la gripe y se metía en cama para que le bajara la fiebre, y yo encontraba ese olor de hombre-perro en las sábanas, en el cuello de su pijama. Me quedé con los

ojos cerrados en la penumbra. Había vuelto. Respiraba con dificultad, como si eso le supusiera un esfuerzo excesivo y tuviera la nariz tapada.

Al alba lo encontré despierto, estaba ordenando los carretes, sentado en la cama.

—¿Y Aska?

—¿Qué?

Parecía que ni se acordaba de ella, me hablaba desde un planeta lejano. Se tapó de nuevo las orejas. Empezó a sacudir la cabeza, como si fuera una hucha. Me miró.

—No pasó nada…

Se disculpó, casi, dijo:

—Lo siento —con una sonrisa triste—, causas de fuerza mayor.

Había quedado prisioneros en aquella pensión, junto con los demás huéspedes, y pasaron las horas más o menos como nosotros, como el resto de ciudadanos de Sarajevo, pegados al televisor en aquella sala de desayuno donde ya no quedaba ni una taza sana, porque los obuses estaban situados a pocos centenares de metros.

Sacudía la cabeza por culpa de aquel ruido que le había quedado dentro, y aún no se lo podía creer.

—Es demencial… todo esto es demencial…

Lo abracé, nos recuperamos rápidamente de aquellas horas terribles que habíamos pasado alejados.

—Dicen que no durará, que se acabará enseguida…

Al cabo de un rato me santigüé. No había sucedido nada. Le cogí la mano y me la llevé al pecho para que sintiera mis latidos. Diego la estiró y la estrechó contra mi corazón. Habíamos corrido un riesgo absurdo y ahora le pedía perdón.

Había sido toda una lección, la más dura de mi vida. Lo miraba, tenía la cara llena de arañazos y el pelo blanco, por el polvo.

—¿Has hecho alguna fotografía?

—No.

Se fue al baño, llenó la bañera y se sumergió hasta la cabeza. Me acerqué; tenía los ojos abiertos. Nos miramos a través del agua, inquilinos

de dos elementos distintos.

—¿Aún me quieres?

Salió a la superficie y escupió un poco de agua.

—Siempre y para siempre.

Queríamos irnos de inmediato y, sin embargo, fueron pasando los días. Gojko había estado en el aeropuerto. La gente asaltaba los aviones detenidos en la pista de Butmir; los últimos vuelos que dejaban la ciudad parecían carros de ganado, la gente se amontonaba en los pasillos y los lavabos.

Nos quedamos en casa frente al televisor. El presidente Izetbegovic tranquilizaba a la población, la guerra de Croacia no se trasladaría a Bosnia. Invitaba a los ciudadanos a salir tranquilamente a la calle.

Sin embargo, la ciudad estaba rodeada. En cada colina había cañones, morteros, obuses, kaláshnikov, metralletas y rifles de precisión.

La Armija, el glorioso ejército yugoslavo que debería haber protegido la ciudad, en realidad había vaciado los cuarteles. Durante meses, pieza a pieza, se habían llevado las armas para situarlas en los montes de alrededor. Por asuntos de defensa, dijeron. Ya era demasiado tarde para preguntarse por qué las armas de Sarajevo apuntaban contra Sarajevo.

Gojko seguía esperando.

—No durará… Dentro de unos días se habrá acabado. El mundo no nos quita los ojos de encima…

Acompañaba a grupos de periodistas por la ciudad, a grabar los cráteres de las granadas, las imágenes de aquella población civil inerte, desarmada.

—Lo importante es que se sepa lo que está sucediendo.

Las *kafana* aún estaban llenas de jóvenes que decían su opinión; eran lugares donde se entremezclaban cervezas, cigarros y voces. Voces libres, convencidas de que alguien las escuchaba, de que salvarían las montañas para rodar hasta las mesas de Europa, con fuerza y contundencia. Esos

muchachos aún creían que el mundo tenía orejas. El viejo Jovan, no. Era un judío serbio, de Sarajevo. Se quitaba los zapatos cuando entraba en casa, como los musulmanes, por respeto a su mujer. Ya no leía los periódicos ni escuchaba las noticias. Se pasaba horas mirándose los pies, enfundados en las babuchas de lana.

Era mayo. Mes de prímulas y jaramagos en flor, de golondrinas en la orilla del Miljacka.

Todo el mundo albergaba la ilusión de que solo iba a ser un ataque, una fase de nerviosismo que acabaría enseguida. Como un breve seísmo.

Pero los funcionarios de la ONU abandonaban la residencia de ancianos de Sarajevo y se trasladaban al Stojcevac.

Pero quemaban la oficina de Correos y el cuartel Mariscal Tito.

Pero se descubrían francotiradores apostados por toda la ciudad. Había empezado la vivisección cotidiana. Esas sofisticadas miras que seguían a las personas hasta verles el color de los ojos, el sudor bajo la nariz.

¿Quiénes eran? «Los chétniks, los animales». ¿Gente que había venido de fuera o gente que había huido de la ciudad? Muchachos que han subido a los montes arrastrándose para unirse al demonio, para matar a sus compañeros de clase de la universidad, a sus amigos de toda la vida…

Velida se tapaba los ojos con las manos, la espalda aún erguida.

—No es cierto, no puede ser cierto.

Nos habíamos quedado para hacer compañía a esos dos ancianos. De noche jugábamos a cartas en una pequeña mesa cubierta con un tapete verde. Velida repartía puñados de arándanos y dulces bañados en miel. Oíamos el ruido sordo de los disparos en la noche. Llovían granadas en Dobrinja, en Vojnicko Polje. En Mojmilo… Pensaba en Aska, en esa especie de caravana de cemento en la que vivía, justo allí, en Mojmilo, donde se había construido la villa olímpica.

«Para mí el acoplamiento no es un problema…».

Tenía la sensación de que había oído esas palabras hacía siglos.

Me preguntaba si ya había un destino en aquella mirada que siempre estaba en otra parte, en aquellos párpados que se movían como alas. Cada día leía la lista de muertos en *Oslobodjenje*, con miedo a encontrar su nombre.

Un día Diego regresó con el primer muerto en un carrete. Una mujer junto a una bolsa de manzanas que rodaban por el suelo.

Se arrancó la cinta de la cámara del cuello, apartó la máquina fotográfica del pecho como si le quemara y la tiró en la cama con rabia, como si odiara a ese ojo mecánico que lo obligaba a mirar… ese cuerpo que la imagen iba a fijar así, sepultado para siempre. Mientras sacaba los carretes y los depositaba en la oscuridad de una caja metálica me pareció que le temblaban las manos.

—Me siento como un sepulturero.

Nuestra *kafana* ya no existía. Pulverizada. Una granada había impactado de pleno en ella. Tan solo quedaba un boquete espectral, un amasijo metálico, futurista. Por suerte ninguno de nuestros amigos se encontraba allí en el momento de la explosión, que tuvo lugar a primeras horas de la mañana, cuando sólo había un pobre trabajador albanés, que dormía en la trastienda.

También cayeron los cristales de nuestras ventanas. Hicimos como los demás y pegamos unas telas de plástico en los marcos. Apenas se filtraba la luz por aquellas cortinas opacas. De noche se hacía oscuro enseguida. No había electricidad. Velida y Jovan se habían recluido en la zona más interior de la casa… De noche se quedaban allí, junto a una vela, a esperar que la llama muriese en la cera. No tenían intención de abandonar su ciudad. Ni de bajar al sótano, como hacían muchos.

—Se acerca el verano —decía Velida— y en verano la calefacción no sirve para nada, se puede vivir como en un cámping.

Ella y Jovan habían ido muchas veces de acampada, a los parques naturales de Bosnia y bajo las cascadas. Horas y horas inclinados sobre

charcos de agua, estudiando microorganismos.

Nos habíamos acostumbrado a las sirenas de las alarmas, a los silbidos de las granadas. Creía que no iba a poder dormir más, me quedaba despierta, con los ojos abiertos de par en par, aferrada a la mano de Diego. Pensaba en nuestra casa de Roma, en el salón, en la cocina, en las fotografías colgadas en la pared en aquel largo desfile. Pensaba en la calle silenciosa, que de noche solo era frecuentada por alguien que sacaba a pasear al perro. Papá tenía las llaves, iba a regar las flores del alféizar de la ventana, se sentaba en el silencio, se preparaba un café y luego limpiaba la taza. Hacía una semana que no oía su voz. La última vez apenas podía hablar, parecía que el dolor lo hubiera enmudecido.

Hablábamos poco. Había conseguido enviar algunos carretes de Diego a través de un amigo de Gojko que regresaba a Zagreb, y le pedí a papá que se asegurara de que las fotografías se publicasen con el nombre de Diego y no con las siglas de la agencia.

Al cabo de un tiempo aprendimos a dormir, a sumirnos en un profundo sueño y abandonar por unas horas aquel campo de concentración. Nos despertábamos pronto para aprovechar la luz del sol. Diego salía y yo le daba un fuerte abrazo. Ahora todo el mundo se abrazaba con fuerza cuando se encontraba con alguien, se despedía como si no fuera a verse nunca más.

El profesor de gimnasia de Sebina había muerto, y también la farmacéutica. Cuerpos que permanecían abandonados durante un rato… porque era demasiado peligroso acercarse a ellos, por si el francotirador esperaba sin apartar el ojo de la mira. Nadie los recogía hasta la noche, y de noche se enterraban en el viejo cementerio musulmán. Funerales silenciosos, gente liviana como mariposas nocturnas. Desafiaban a la muerte para honrar a los muertos.

Durante esos días de mayo lo aprendimos todo. Aprendimos a reconocer la garganta ronca de los kaláshnikov y el silbido de las granadas. La explosión del mortero y luego ese pitido. Si después de la explosión lo oías atravesar el cielo con su silbido, sobre tu cabeza, significaba que te habías

librado. Si no oías nada, ya había trazado su arco parabólico y quizá estaba a punto de caer en picado cerca de ti. Aprendimos que, al día siguiente, tras una orgía de explosiones, la montaña acostumbraba a guardar silencio. Aprendimos que a partir de cierta hora los francotiradores se tomaban un descanso para comer… y que por la tarde su puntería empeoraba porque iban hasta las cejas de *rakija*.

Aprendimos a movernos. A correr como liebres en las zonas descubiertas, los espacios entre edificios y los cruces desde los que se veían las colinas.

Solo tenía ganas de irme. Pero Diego era incapaz de abandonar la ciudad, cada día recorría varios kilómetros con la cámara fotográfica al cuello y la mochila al hombro, y volvía con algo para comer y velas para la noche.

Yo casi siempre me quedaba en casa. De vez en cuando acompañaba a Velida al mercado. No había casi nada, solo unas pocas verduras de los huertos de Sarajevo, y los precios se habían decuplicado. La panificadora aún funcionaba, pero había que hacer unas colas larguísimas.

Aprendimos que las treguas eran falsas, que duraban pocas horas y luego empezaba la música de nuevo. Las calles cambiaban de cara a diario; se exfoliaban, y luego componían su semblante de forma miserable. Ahora bloques de cemento, armazones de tranvía y telas de plástico tiradas entre un edificio y otro cortaban la visual de los francotiradores. La ciudad había empezado a organizarse con ejércitos de mercenarios y voluntarios. Las tropas regulares de la defensa territorial bosnia combatían en las trincheras. Y las tropas de delincuentes se aprovechaban de la situación, saqueando las casa de los ciudadanos serbios, los profesores y la pequeña burguesía. Había empezado el comercio de la guerra, de las expropiaciones, del mercado negro. Individuos extravagantes te asediaban para venderte de todo, para cambiar divisas. Los blindados blancos de la ONU aparcaban inertes como pollos aturdidos por el sol.

Sin embargo de noche continuaba la vida, la gente sobrevivía en las tabernas y en los locales a golpe de humor negro. Aún había cerveza, la mítica Sarajevsko pivo, pero había cambiado de sabor, era áspera, extraña,

como ese sentido del humor. Existía la esperanza de que todo fuera a acabar antes del verano.

Habíamos encontrado una nueva *kafana*. Bajabas unas escaleras y te sumergías en una gruta llena de un humo denso, pero, al menos, allí abajo te sentías a salvo. La música de radio Zid tapaba los eructos del cielo y las sirenas de las alarmas. Para llegar al local desafiábamos el toque de queda. Las chicas se vestían a la moda y se maquillaban. Ana y Dragana bailaban abrazadas. Mladjo, el pintor, cogía puertas de armario, recortaba siluetas humanas, las pintaba y luego las dejaba en mitad de la calle, para burlarse de los francotiradores. Todos tenían ganas de divertirse, de no claudicar ante los animales que acechaban en los montes.

De vez en cuando Gojko traía consigo a algún periodista poco más valiente que los demás, que quería saber cuál era el ambiente que se vivía entre bastidores en Sarajevo. Lo obligaba a que invitara a beber a todo el mundo, a que se desprendiera de sus marcos. Nos quedábamos con la mirada clavada en los vasos sucios. Una noche Gojko se levantó y recitó un poema por un amigo muerto:

No has dejado nada
en tu vieja casa,
solo la cama arrugada
y un cigarrillo encendido.
No has dejado nada
en tu antigua vida,
solo tu perro Igor,
con la vejiga llena
a la espera de tu regreso.

De noche caminamos pegados a los muros de los edificios. Junto a nosotros otras sombras humanas se deslizan en silencio como las algas en el mar. Nos movemos en un acuario negro. No hay luz, solo velas apagadas. La oscuridad es total. La luna es el farol de un fantasma. La luz roja de un

proyectil de fósforo nos ilumina unos segundos, luego cae, como una estrella fugaz.

Estamos solos. Diego huele a perro; escasea el agua. Nos lavamos con la misma palangana.

Mirna se ha puesto las gafas y ha empezado a preparar la clase para sus alumnos. La escuela está cerrada, pero sus colegas y ella están pensando en organizar pequeñas clases a domicilio. Los que pueden siguen yendo a trabajar a pie, los más afortunados en bicicleta. Los tranvías no circulan y ya no hay gasolina para los coches.

Sebina ríe, dice que su edificio estaba negro por culpa del humo y que está mejor así, sin coches.

Antes de salir Mirna se pone los zapatos de tacón. Sonrío, no son los más indicados. Ella se queda seria. No tiene intención de cambiar de vida, de pasarse el día saltando como las liebres. Tiene la gabardina lista. Se ciñe el cinturón con un gesto decidido. Vuelve a gastar la misma talla que de joven y el maquillaje no logra disimular su palidez. Tampoco ella tiene intención de abandonar Sarajevo.

—Los que quieran irse ya lo han hecho. Nosotros nos quedamos.

Le digo que en cuanto encontremos sitio en uno de aquellos convoyes que van directos a Zagreb o a Belgrado, nos iremos. También que me gustaría llevarme a Sebina con nosotros, a Italia.

—Para los extranjeros todo es más fácil —añado.

Mi ahijada me mira, llena de odio bosnio. Se parece al bisonte de su hermano. Responde, a gritos, que no tiene ninguna intención de irse conmigo, que quiere quedarse con su madre.

—Solo son unas vacaciones… —intento decirle.

Pero mi ahijada es la niña más lista de Sarajevo. Se calma, cruza las piernas en la butaca rosa de estrella y dice que con toda la tranquilidad de un jefe de Estado que las vacaciones se hacen en tiempos de paz, y que ellos, en cambio, están en guerra. En cualquier caso están mejor que los demás porque Gojko trabaja con los periodistas extranjeros. Han trasladado

la pecera de Sebina a la cocina, que da al patio interior del edificio. Gojko ha conseguido un pequeño generador de electricidad.

Cae la oscuridad y el acuario está iluminado. Es una burbuja azul, fluorescente en aquel diluvio negro. Nos quedamos allí como si estuviéramos en torno a una estufa. Voces que flotan, como flotan los peces, las narices apenas visibles, azules. Sebina tiene la barbilla hundida entre las rodillas y sonríe con su boca delgada. Gojko le toma el pelo, la incordia con su humor macabro, le dice que vaya con cuidado porque con el hambre que está pasando la gente, a alguien se le podría pasar por la cabeza la idea de robarle los peces, de pescarlos y zampárselos.

Cuando voy a verla sale a recibirme con los patines enganchados a las zapatillas luminosas que le regalé. Juega a ser una de esas muchachas que ha visto en la televisión, una de esas camareras de restaurante de comida rápida americano, con los patines, la minifalda y una coleta blanca. Se inclina sobre mí y me pone un plato vacío y un vaso. Lleva una libreta para tomar nota.

—¿Qué desea, señora?

—*Ustipci, kolaci* y pastel de fresas.

Me trae un libro, un agarrador de cocina y una taza del revés. Me doy un atracón masticando aire. Ella se ríe. Dice:

—Bien mirado… no estaría nada mal una tarta de fresas.

Nos faltan huevos y mantequilla, pero podemos intentar hacerla con mermelada de ciruelas, aceite de semillas y harina oscura. Nos sale algo duro, cocido en la sartén con el cámping gas, lleno de poros, como una cara con acné. Pero nos chupamos los dedos. Estamos rebañando el plato con las yemas de los dedos para no dejar ni una miga. Entonces tiene lugar la explosión que permanecerá en nuestros oídos durante mucho tiempo. La granada debe de haber caído muy cerca. La detonación nos coge de espaldas, desprevenidos, retruena en nuestro interior. Todo tiembla. Al cabo de unos instantes nos damos cuenta de que hemos salido indemnes por casualidad. Por esa casualidad que en Sarajevo ahora se llama milagro. Si nos hubiéramos quedado donde estábamos hace un rato, antes de ponernos a hacer el pastel…

El trozo de metralla está ahí, ha cortado el plástico de la ventana y se ha clavado en la pared. Un pedazo de metal retorcido, puntiagudo como una pala y más largo que un brazo. La pared ha quedado afectada, hay unas grietas profundas a través de las que se ve lo que hay al otro lado. La imagen de Tito no ha caído, se ha torcido pero sigue colgando del clavo. Creo que Diego le hará una foto.

El corazón, como un pequeño péndulo, va adelante y atrás, cuenta los segundos. No se produce ningún derrumbamiento. Esperamos, con la respiración contenida, que la casa violada encuentre de nuevo el equilibrio. La pecera aún permanece intacta. Sebina la mira… mira esas escamas multicolor que se deslizan en el agua agitada. Miramos la vida, que resiste. Es un instante, luego la grieta resquebraja el cristal, invisible. Un temblor oculto que había permanecido encarcelado en el agua y que no explota hasta ahora. La pecera se parte en dos y cae al suelo en mil pedazos. Los peces se retuercen en el polvo, saltan con el dorso sucio. Sebina chilla, le grito para que no se acerque ya que el suelo podría ceder. Pero se zambulle en la nube de polvo. Me dirijo hacia ella a gatas, nos movemos en aquel espacio pequeño y peligroso para intentar salvar a esos animales que no valen nada. O sí. Cojo una lata, pongo un poco de agua en una cazuela y metemos los peces dentro. Al cabo de un rato Sebina suelta unas lágrimas, que no habían salido hasta entonces; observamos el movimiento de los peces en la cazuela, en aquella agua sucia de polvo. Están todos vivos salvo uno, que flota como una colilla de cigarro.

—Se ha muerto el pequeño… —susurra Sebina—, mi *Bijeli*.

La consuelo. Ya es un milagro que los demás estén vivos.

Gojko le promete que le traerá una pecera nueva, y solo Dios sabe lo mal que lo llegará a pasar para cumplir con su palabra. Pero Sebina lo atormenta durante días y días, no puede dejar los peces en la cazuela. Gojko se arrepiente de habérselos regalado porque ni tan siquiera puede encontrar su comida en el mercado negro. «Porque las cosas vivas mueren». Sebina no está tranquila, cada vez quiere pasar más horas en el sótano. Y no quiere dejar sus pececitos en el piso.

—Se me parte el corazón —dice.

—Todo aquel a quien amas te hace sufrir, es una regla…

Se lo piensa un rato.

—¿Por eso no quieres tener niños?

Me entran ganas de llorar, le doy un pellizco y sonrío.

—Me basta contigo…

—Pero no soy tu hija.

—Un poco sí.

Se me queda mirando con esa cara de traviesa.

—Sí, un poco…

Hace el gesto con la mano, una pizca de amor contenida entre dos deditos.

Esa mañana la gente caminaba tranquila, las mujeres con fulares y los hombres con corbata. Había que enseñarles el puño con el dedo corazón estirado a aquellos de allí arriba, al club de los tres dedos chétniks. Es un mensaje para ellos, «meteos por el culo vuestros rifles de precisión». Esos fulares, esos pasos ordenados, servían para transmitir ese mensaje. Para dar fe de que la vida continuaba. La maternidad estaba dañada, el edificio de *Oslobodjenje* era un objetivo de los francotiradores ociosos. Quien no tenía nada que hacer disparaba contra el periódico. La ciudad parecía vacía, pero luego se reanimaba, como una pradera. En una pared del edificio había aparecido una pintada:

ESTA NOCHE NO ESTAMOS MUERTOS

La miraba todas las mañanas desde la ventana y se me hacía un nudo en la garganta.

El día anterior se había organizado un gran caos, había ardido el estadio Zetra, en la villa olímpica, se había fundido aquel sombrero metálico que tanto gustaba a la gente. Los bomberos y los voluntarios se esforzaron durante horas. Ahora la gente sabía que después de la lluvia de proyectiles

la montaña guardaba silencio durante un rato. Se había ordenado el alto el fuego, sin más anulaciones, y se habían impuesto sanciones a Belgrado. Era inevitable hacer cola. Para el agua, para el pan, para los medicamentos… La gente se jugaba el pellejo cuando se amontonaba en el mismo lugar, como palomas, pero era un día de confianza, de mujeres que hablaban en la acera, de niños que corrían entre las piernas. Brillaba el sol. La calle era Vase Miskina, donde ahora hay una de las rosas más grandes. También existe todavía la pequeña puerta, ya no venden pan pero ahí está.

La lista de nombres, pequeños y ordenados, se encuentra junto a la estrella y la luna musulmana, junto a un versículo del Corán.

Había mujeres, hombres y niños que jugaban… Y no sabían que sus nombres iban a quedar grabados en la pared, a ser fotografiados por los teléfonos móviles de los turistas hasta el infinito. Era la cola para el pan, olía muy bien. Era finales de mayo, las golondrinas picoteaban las migas dejadas por la gente que desmenuzaba el pan en la calle. Hubo algunos afortunados. Gente más rápida, con un mayor don de la oportunidad, que había empezado a hacer cola antes, antes que los demás, y se había ido con su barra de pan o una de aquellas hogazas sin levadura ni sal. Pero también hubo alguno que se quedó por casualidad, que se puso a charlar, a bromear con un conocido. Cayeron tres granadas, dos en la calle y una en el mercado de enfrente. Y todos los que estaban allí salieron despedidos, entre salpicaduras. La plaza se convirtió en un escenario teatral, con harapos ensangrentados por doquier. Esa escena repugnante iba a dar la vuelta al mundo. Ese pan empapado de sangre.

—No me podía creer que un niño tuviera un cerebro tan grande —dijo un anciano aferrado a un bastón—. Aquello no paraba de rezumar.

Una mujer sentada en un muro bajo no lloraba. Abrazaba a sus dos hijos muertos, uno a cada lado. Otra intentaba recuperar su pierna, se arrastraba por el suelo con los codos para alcanzarla. Había un hombre que tenía un aspecto más macabro que los demás. Estaba boca arriba como uno de esos guantes que la gente encuentra por la calle y deja apoyado en una valla, por si acaso quien lo ha perdido vuelve a pasar por allí. Guantes desparejados, tristes, sucios de barro. Ese hombre estaba ahí como un guante apoyado en

uno de aquellos tubos de hierro que dividen las calles. Pero no tenía barriga. Solo un gran agujero circular, algo deshilachado. Por detrás se veía huir a la gente, las camillas, y él seguía allí como si fuera un adorno extravagante.

Ese día Gojko pareció enloquecer, se dirigió rápidamente hacia el lugar de la explosión, gritaba a los periodistas para que grabaran…

—¡Así ahora la gente se dará cuenta de lo que pasa aquí!

Cogió una hogaza de pan y la abrió; la miga estaba empapada de sangre, como si fuera una salsa. Se la ofreció a los periodistas.

—Tomad y comed todos, esta es nuestra sangre…

Luego se fue, desesperado como un Judas que va a ahorcarse.

Más tarde la ciudad callaba. Había sido un día de confianza. Habían llegado aquellos jóvenes con los uniformes iguales y los cascos azules como el cielo… La gente se había ilusionado con que fueran ángeles custodios, con que la guerra hubiera acabado. Pero ahora el hospital estaba lleno de carne que esperaba sutura. También la montaña callaba. Las televisiones del mundo no hacían más que emitir una y otra vez aquella cinta truculenta. Y los animales de allí arriba habían regresado a su guarida para beber *rakija* y celebrar su fama.

Nos fuimos al cabo de dos días. Había vuelto la luz, todas las lavadoras de Sarajevo empezaron a funcionar aquella misma noche. Me pareció una buena señal. Llegamos a Zagreb en un autocar que incluso tenía aire acondicionado, era uno de los que acostumbraba a llevar a los peregrinos a Medjugorje. En la capital croata pudimos coger un avión tranquilamente. Quería decirle muchas cosas a Diego, voy y le pregunto:

—¿Qué tal un plato de espagueti?

Diego sonrió.

Tenía los ojos rojos. Había que llevarlo a un médico y era lo primero que pensaba hacer. Ahora pensaba que Dios no iba a lavarnos los ojos nunca más.

OceanofPDF.com

Miro el cielo

Miró el cielo a través de la ventanilla. El cielo limpio de los hombres en paz, de los aviones de turistas, de los pájaros que emigran y vuelven. Bajamos de aquel vuelo breve, bajo el ala blanca de este cielo afortunado.

Ha venido a esperarnos papá. Delgado, con las lentes oscuras caladas en las gafas y una de sus camisetas de algodón, de preso que está de permiso. Nos abraza con una sonrisa amplia y optimista. Como si hubiéramos vuelto de vacaciones. Agacha la cabeza rápidamente, me coge la maleta y, si fuera por él, también llevaría la de Diego.

Se parece a uno de esos guías demasiado solícitos que intentan ganarse una propina. Y nosotros parecemos dos turistas, despeinados y sucios, que acaban de volver de un safari.

«¿Qué tal ha ido la cacería? ¿Habéis traído algún trofeo? ¿Algún colmillo, alguna cola…?».

Sí, hemos traído una cola, sucia, que se agita y se mete entre las piernas. Una cola herida. Hay que darle tiempo, unos días, y caerá… Un miembro de carne que apesta y morirá. Y volveremos a ser nosotros, los de antes. Volveremos a tener el culo liso y tomaremos aperitivos al sol.

Papá abre el maletero y mete nuestro equipaje. Diego deja que le quite la mochila del hombro. Y es como si soltara un trozo de sí mismo, el cuerpo de un hijo.

Se sienta detrás y se tumba en el asiento. Papá mira la carretera. Tiene una sonrisa inane fija en la boca. No pregunta nada, espera a que sea yo quien diga algo.

Esta mañana papá corre, es un conductor intrépido. Como los que llevan ambulancias. Transporta a dos heridos.

Miro las señales viarias. Miro los largos carriles de asfalto liso que llevan a Roma. Los coches homologados, con los tubos de escape en orden, la tranquilidad de ese tráfico. Esta normalidad me parece un milagro, un efecto especial. Tengo grabados en los ojos aquellos coches incendiados, aquellos armazones en precario equilibrio. Me vuelvo hacia Diego.

—¿Qué tal los ojos?

Los tiene cerrados, dos ampollas rojas, hinchadas, surcadas de venitas… Parecen vientres de pájaros recién nacidos. Papá toma la iniciativa, llamará él al hospital oftalmológico, tiene un amigo allí, un jefe de departamento.

—Para un fotógrafo los ojos son importantes, son el visor y el objetivo.

Diego le pone una mano en el hombro y sonríe.

Se suceden los edificios. Elegantes, umbertinos, luego los del período fascista, balcones geométricos como la toldilla de un barco, los de los arquitectos de los años sesenta, los barrocos del centro, bañados por el sol rosado de los atardeceres romanos.

La araña blanca del Vaticano y alrededor la sombra de las iglesias, el oro de las galerías de arte, el mal olor de los almacenes de tejidos, la voz ronca del gueto y la voz pesada del potentado político, los rebaños de turistas, un noble vestido con andrajos sentado frente al quiosco de los helados, junto a las palomas que escrutan el músculo amarillo del Tíber.

Hace años que quiero irme y años que sigo aquí. Y hoy le doy gracias a Dios por este Occidente de paz inmunda, donde la gente hace sus cosas, sale de las tiendas, de las oficinas, cruza la calle, va a comer un bocadillo, corre al gimnasio.

En casa. El olor a cerrado, del último pensamiento que dejamos entre estos muros. En la mesa aún está el fajo de papeles blancos, ecografías e informes médicos, que examiné, tendida en la alfombra, la noche antes de irnos. Meto un pie dentro y camino. El ruido del reloj de la cocina. La boca oscura del frigorífico apagado, los agujeros vacíos para los huevos. El olor de la alfombra pegada al suelo. Las fotografías de Diego, de los pies que esperan en la estación de metro.

Abro los postigos, que se deslizan sobre los alféizares sucios. Una serpiente de sol repta sobre las fotografías. Diego se ha sentado en el sofá, ha dado unos cuantos pasos y se ha detenido allí, en ese foso blanco. Dice que esa hilera de pies es una gilipollez, que tenemos que arrancarlos de la pared.

No respondo. Pero ahora sé que no volverán a gustarle jamás sus fotografías de antes. Las mira y dice que le parece como si no las hubiera hecho él.

Lo abro todo. Que entre la luz. Recupero mis metros de parquet dando grandes zancadas. Estamos a salvo, en el vientre de nuestro apartamento. Papá se ha ido, no ha querido subir. Nos ha ayudado a meter el equipaje en el ascensor y se ha largado.

—Dormid —nos ha dicho—, cerrad los postigos y dormid, recuperaos.

Por suerte, hay cosas que hacer. Pasar la bayeta por la mesa de la cocina, poner las sábanas limpias en la cama. Diego me ayuda, se pone a fregar el suelo. Estruja el trapo como si estuviera agarrando a alguien del cuello, lo lanza contra el suelo. Es un desahogo que encontramos por casualidad, una cura. Podríamos mandarlo todo al cuerno, salir y llamar a una mujer de la limpieza. Sin embargo, preferimos hacerlo. Hoy el hecho de movernos, de pasar frente a las ventanas abiertas de par en par es un privilegio. No hay nada mejor que limpiar una casa… reaccionar con energía contra la inanidad, contra los pensamientos comprimidos. Llenamos una bolsa de basura de las grandes, Diego tira montones de tiras de prueba, de fotografías de mierda, yo tiro todos mis análisis y mis ecografías. La cierro. Nos abrazamos en medio del salón, sucios del polvo de Roma, sudados. Nos volvemos a la vez hacia la ventana como si fuera una fotografía. Quién sabe si el notario del edificio de enfrente tiene un rifle de precisión en el hueco del aire acondicionado.

Al cabo de un rato bajamos, nos perdemos en el mercado, entre los tenderetes colmados de verduras de temporada, el rojo de los tomates, las cajitas de cerezas, las bandejas con brotes de achicoria bañados en agua. Nos aferramos a la vida, hacemos la compra. Diego lleva puestas las

sandalias, que ha tenido que ir a buscar al trastero; son sus sandalias de apóstol. Alguien nos saluda, nos pregunta dónde hemos estado.

—En el extranjero —decimos. En el extranjero.

Llenamos la nevera de comida y nos preparamos una ensalada de todos los colores. Nos cargamos de vitaminas. Comemos pan recién hecho y abrimos una buena botella de vino blanco. He puesto los pies sobre la mesa. Diego me los acaricia. Tiene los ojos cerrados y un porro en la boca.

No hablamos. Lo sabemos todo. No hay necesidad de hablar. Hay que darle tiempo al cuerpo, hemos estado en el otro lugar y hemos vuelto.

Es de noche. Lo miro junto al cristal que nos separa del mundo, de las voces de la calle, de la gente que vuelve de los restaurantes. Desliza la mano sobre el milagro de un cristal intacto, pegado al marco de madera. Hemos visto todas esas telas de plástico en las ventanas, como las vendas que tapan los ojos de un herido. Me pregunto cuándo lograremos mirar más allá del cristal.

Retomamos nuestra vida anterior, interrumpida. Y fue como si nos cargáramos a la espalda el cuerpo de un amante a quien ya no queríamos, por quien no sentíamos más que un triste afecto, una sensación de deber que nos aprimía. Las duchas matinales y luego fuera, al encuentro de esos días que nos resultaban totalmente ajenos. Diego estaba muy ocupado, salía como en los viejos tiempos, había recuperado su moto, sus camisas blancas. Yo me quedaba junto a la puerta, con la espalda pegada a la pared, respirando. El silencio de la casa me inquietaba, sin darme cuenta caminaba como en Sarajevo, junto a las paredes maestras, como si tuviese miedo de que pudiera haber un derrumbamiento en cualquier momento.

Estoy en la oficina. El director se ha quejado de mi larga ausencia.

—Gemma, eres redactora jefa.

Estiro los brazos:

—Con contrato temporal…

Miro los ordenadores grises, las caras de los compañeros… Viola me trae un capuchino y un cruasán del bar. No me deja en paz, apoya el culo en mi mesa, se pone a hablar y no calla. Pienso que si hubiera vivido en Sarajevo no se habría salvado, no es lista, es torpe, se tiene en poca consideración a sí misma… No, su bondad no le habría permitido llegar al otro lado de la calle. Un francotirador habría seguido sus pasos, se habría divertido con ella. Es la típica presa. A fin de cuentas, yo también me he aprovechado de ella, solo la he utilizado para bromear, jamás la he considerado digna de ninguna confidencia. Miro a los compañeros de la redacción, chicos que ya han dejado atrás sus mejores años, se han licenciado a prisa y corriendo y luego se han quedado varados. Pequeños tiburones envejecidos en este estanque para sapos. Imagino que los golpeo, que les pego un tiro en la cabeza, que veo cómo se derrumban en sus miserables puestos de trabajo. ¿A cuántos de mis compañeros enviaría a tomar por saco hoy…? Con sus pequeñas manías y sus voces quejosas.

Llamo a Diego.

—¿Qué tal va?

—¿Y tú?

Estamos encerrados en nuestro silencio cómplice. No hablamos. Hacemos lo mismo, intentamos ir mar adentro, alejarnos de esos días metiendo de por medio otros días, unos días que tanto cuestan de pasar.

Escribo un artículo sobre el estiércol. En la India lo usan como combustible, en Noruega un hombre lo ha utilizado para construir una casa. De mierda, supongo. Me río. Hay un pensamiento que me consuela, que acuno como si fuera una muñeca. Me alegro de no tener hijos. Ayer por la noche vi un niño muerto en televisión, su madre le lavaba el cuerpo para enterrarlo. Estaba en la cocina, cortando el pan, y dejé el cuchillo para santiguarme. «Buen viaje, vida inútil». Apagué el televisor y seguí cortando el pan. «Ese niño no es tuyo, Gemma —me dije—. No tienes hijos, eres afortunada».

Vamos a cenar a casa de unos amigos. Hemos vuelto a la normalidad, a llevar la ropa a la tintorería. Es el cumpleaños de Duccio. Una vez pasado el invierno se ha abierto la terraza; el Tíber fluye por debajo, bañado en la luz

dorada de los acontecimientos estivales, presentaciones de libros y otras chorradas. Ahí está el castillo de Sant'Angelo, con su ángel suspendido en la noche. Me he puesto zapatos de tacón y voy con los hombros al aire. Diego lleva su chaqueta de lino ancha, el pelo suelto y las patillas largas. Estamos hartos de ser unas almas en pena, nos alegramos de poder salir cogidos de la mano, frescos y recién salidos de la ducha, recuperados. Esta noche somos una pareja de actores guapos. En cuanto llegamos nos tomamos una copa de champán, luego la segunda, aferrados a la bandeja de plata del camarero que no tiene cara, solo un brazo blanco tendido hacia nosotros. Copas divinas, opacas por la humedad que desprende el champán frío. Dos por cabeza para empezar a entonarnos.

Hay gente del mundo de Diego, frivolidad teñida de cultura. Un poco de todo, como en las copas de vinagreta, un manojo verde y una zanahoria, una tira de pimiento y un rábano.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

Picamos algo, un canapé de langosta, un bastoncito de pan con jamón.

Estamos en una esquina de la terraza, una mano sobre el hombro, la mirada turbia… Observando el lento rumiar de la fiesta. Entonces se acerca Duccio con un tipo, dice algo de Sarajevo, dice que hemos estado allí. Nos deja a ese hombre con cara de cera blanda, a esa carpa con gafas y un puro, no podía ser más odioso. Quiere saber, quiere hablar. Es un periodista, de los que se pasan el día sentados en la redacción y envían a los jóvenes a patearse las calles.

No tenemos ganas de abrir la boca; mascullamos algún «sí» y algún «no». A pesar de todo la carpa habla sola, lo sabe todos gracias a las crónicas de la prensa. Al cabo de rato empieza a acumularse demasiada gente a nuestro alrededor. Nos han arrastrado al gran sofá de mimbre. Sarajevo y la guerra están de moda, son el luto del año. Uno puede sacudir la cabeza y criticar a Estados Unidos y a Europa. Todo el mundo quiere noticias frescas de la ciudad que se ha transformado en un campo de liebres convertidas en presas de los francotiradores. Hago un esfuerzo para recordar, para devolver dignidad humana a esas liebres. ¿Pero cómo se

puede contar el olor que desprenden esas casas agradables, mejores que las nuestras, el valor que muestran las mujeres al salir, al maquillarse…? ¿Cómo se puede hablar de esa mano sin vida, un rastrillo de carne, inmóvil en el polvo?

El periodista de sillón suelta el disco rayado del odio étnico entre razas bárbaras. Un hombre muy a la última y una mujer con cara de intelectual discuten, el hombre dice que Europa tiene miedo del islam, la mujer dice que no, que Europa tiene miedo de Alemania, de sus bancos, de sus fábricas, como en la Segunda Guerra Mundial.

Uno siempre queda bien cuando habla de política internacional, no dice nada útil para el mundo y nada cierto sobre sí mismo. El niño muerto al que la madre musulmana lavaba se esfuma. En esta terraza se juega a Risk.

—¿En qué piensas?

—En Gojko.

Él habría tirado las copas, habría tirado al suelo las bandejas de canapés. O quizá se habría vendido por una buena propina, habría animado la velada, se habría puesto a decir estupideces. «Total, la verdad es demasiado evidente, demasiado estúpida, y todos quieren sentirse inteligentes…».

Diego no habla, no ha abierto la boca en toda la noche. Tiene una mancha de vino tinto en la chaqueta de lino, que enviaremos a la tintorería.

Hay una chica, la hija de alguien, tiene una melena tupida, unos pechos pequeños como guisantes. Le encanta el trabajo de Diego, los charcos. También le pregunta por Sarajevo, la ciudad de moda. Diego la coge del brazo y se la lleva a la balaustrada que da al Tíber, al pesebre romano de la ciudad santa, de la araña blanca. Estira un brazo y empieza a disparar, tatatata, tatatata, tatatata…

La chica no entiende nada y se ríe. Luego retrocede.

El fotógrafo ha bebido, apunta a las motos que pasan, a los muchachos que hacen cola en el quiosco que vende bebidas con colorantes, grita:

—*Enjoy Sarajevo…*

Todo el mundo se vuelve hacia él. Me acerco y finjo que río.

—Vámonos a casa, amor mío. Es tarde.

Duccio está en la puerta, lleva unos tirantes rojos sobre una camiseta negra.

—¿Qué coño te pasa?

Diego lo agarra de los tirantes, tira hacia sí y los suelta. Duccio recibe una descarga elástica, la última ráfaga del fotógrafo estúpido.

Una noche Diego grita. Estoy haciendo huevos para la cena, pero me voy corriendo al comedor. Gojko sale en televisión. Es él, está vivo, tiene el pelo más largo. Habla en italiano, dice:

—Esta guerra no es un problema humanitario, necesitamos defendernos. ¡Enviadnos kaláshnikovs en lugar de cajas de macarrones!

El periodista intenta recuperar el micrófono, pero Diego se aferra a él. Ahora grita en su idioma, se mete con Mitterrand, que no ha hecho más que pasearse por Sarajevo, con los cascos azules de la ONU, que están ahí «como semáforos averiados…».

—¿Está borracho?

—Completamente.

Se nos quedan grabados en la retina durante un rato los ojos desorbitados de Gojko, de nuestro amigo poeta, que esta noche parece un veterano de Vietnam.

Los huevos acaban quemándose y comemos un pedazo de queso.

Esperamos que acabe la guerra. Mientras tanto, ha caído una granada en los grandes almacenes, una en la calle Titova y otra en la plaza Rade Koncar. Diego se enfada con el televisor, le grita al enviado especial, que lleva un chaleco antibalas y una pashmina. Suelta: «Apártate, déjame ver qué hay detrás de ti». Pasa de un canal a otro, en busca de las noticias. Las crónicas son siempre iguales, repetidas hasta el último telediario del día. Aun así, no se aparta del televisor. Ve una y otra vez las imágenes como si esperara encontrar algo que se le ha pasado por alto antes… Como en los charcos, en las fotografías.

Buscamos a nuestros amigos en aquellas figuras asustadas que cruzan la pantalla durante unos instantes en los reportajes sobre Sarajevo. No miramos a los muertos, damos un paso atrás.

Busco la sonrisa de Sebina, desdentada, ya que han empezado a caerle los dientes de leche. Le escribo una carta casi a diario, pero nunca he recibido respuesta. Me pregunto si ese edificio con las rejas azules aún se tiene en pie… Miro fijamente la televisión, escudriño la pantalla. ¿Por qué no muestran esa calle de Novo Sarajevo? «¿A dónde vas con esa cámara?».

Tengo la sensación de que siempre nos enseñan las mismas calles, los mismos edificios. El cámara da unos cuantos pasos al aire libre y luego regresa de inmediato al vestíbulo del Holiday Inn, a los sofás de la prensa internacional.

Casi todas las noches intentamos ponernos en contacto con Gojko. El teléfono se llena de voces desconocidas, incomprensibles, frecuencias de radio o quién sabe qué… Parece el ruido de un vientre con problemas de digestión.

Una vez más, esta noche también se quema la cena, se carboniza en la olla. Hay una crónica sobre el zoo de Sarajevo… La pantera y los babuinos han muerto encerrados en sus jaulas. El cuidador ya no puede pasar a darles de comer y de beber. Miro los cuerpos cubiertos de pelo, inmóviles en el polvo, tengo la cara bañada en lágrimas. Recuerdo aquel día en el zoo con Aska, que se compró un paquete de cacahuetes, metió las manos entre los barrotes y dio la comida a los animales… Luego entró en aquella jaula vacía y se quedó allí dentro, balanceando la cabeza.

Esta noche también comemos queso. Diego juega con las costras, compone una letra, una «A». La veo luego, mientras lavo los platos.

Diego hace su trabajo: se levanta, se viste, quita el caballete de la moto y se va. Ahora viaja a Milán a menudo, trabaja todo el día y regresa con el último vuelo de la noche.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien.

Cuando vuelve intento preguntarle algo, pero noto que tiene que hacer un esfuerzo para no ponerse nervioso.

—Nada nuevo bajo el sol, ya sabes…

—¿Quién estaba?

—Los mismos. Quién demonios quieres que estuviera.

Acerca la cabeza, se restriega con su olor. Me pide perdón, los ojos lo están llevando por la calle de la amargura, es culpa de las telas negras que atraen el polvo, de esas malditas luces. Mete la cabeza bajo el chorro de agua fría de la cocina, y cuando la levanta tiene el pelo empapado. El agua también le moja la camisa, pero se seca casi de inmediato. De la calle sube un viento caliente como el de un secador. ¿Cómo se las apañarán Gojko y los demás sin agua?

Comemos sentados en la cocina, en el lugar de siempre, uno frente al otro, en esta mesa pegada a la pared, bajo la ventana. Nos gusta, es como comer en el tren. Puedes mirar fuera, echar un vistazo a la calle, a los peatones. Diego mastica mientras mira la noche. Luego me coge la mano y me estira los dedos sobre la mesa, lentamente.

—¿Quieres saber qué he hecho hoy?

Me toca las venas, que se insinúan en los espacios entre los dedos. Un gesto cansado, como su voz. Esta noche balbucea un poco.

—He estado el día entero fotografiando una lata de atún.

Primero cerrada, luego abierta. Se ha pasado horas buscando la luz adecuada para iluminar las vetas del atún, para que reluciera el aceite.

Nos reímos, me dice que también había una maquilladora para el atún, que lo humedecía con aceite, lo cambiaba en cuanto se secaba un poco por culpa de las luces, y lo llevaba al camerino como si fuera una modelo cansada. Me dice que han utilizado un montón de atún, que de todos modos no estaba destinado a la venta porque el que acaba en las latas, es obvio, es de peor calidad. No es ventresca, sino migas de atún.

—Así que es un timo.

—Como todo.

—El mundo se va a la mierda —dice—, y nosotros con él.

Ríe y enseña todos sus dientes torcidos.

Apenas ha comido.

Hay cerezas, abrazadas en parejas, como los enamorados. Engulle alguna, sin tan siquiera escupir el hueso.

Incide de nuevo en el tema:

—Me he pasado todo el día fotografiando una lata de atún.

Se levanta de la mesa con dos parejas de cerezas en las orejas. Da tres pasos y vomita en la alfombra. Se disculpa, dice que no ha tenido tiempo de llegar al baño.

—¿Estás mal?

—Estoy bien.

El domingo se encierra en el cuarto oscuro. Se pasa el día metido allí dentro, entre las bandejas y los líquidos. El ojo pegado en el ampliador, pasando los negativos sobre la superficie iluminada. Le gusta encerrarse en esa cárcel, el único rincón de nuestra casa que es suyo de verdad.

No ha vendido ni una fotografía de Sarajevo. Ha revelado pocas y se las ha quedado para él, en un montón gris.

La mujer somalí que viene a limpiar nuestro piso a veces trae a su hija. Ya no me molesta, es más, me gusta verla sentada en una esquina de la cocina. Estoy serena cuando está, y estoy serena cuando se va. No siento nada.

La madre vacía la papelera de Diego, donde hay fotografías rotas. Se le cae un pedazo. Es en blanco y negro, por lo que no se ve el pelo rojo, pero ese mechón y ese medio ojo claro son de Aska. Cuando me doy cuenta ya es tarde, la mujer ya se ha llevado la bolsa de la basura. Solo me queda ese fragmento, le echo un vistazo y lo tiro.

Es agosto y casi todo el mundo se ha ido de la ciudad. Solo han quedado los rehenes, los ancianos, los mendigos, los minusválidos… y los enfermos terminales que no pueden despegarse de las sábanas de los hospitales. La televisión envía las imágenes de las colas de coches en las carreteras. Ha

cerrado el bar, también el restaurante, por las ventanas ya no entra el olor de bistecs y alcachofas fritas.

Hemos encontrado un pequeño local donde no se vende alcohol, por lo que bebemos leche y horchata junto a la pobre clientela del barrio, mujeres gordas con las batas abiertas hasta el muslo y zapatillas, ancianos en camiseta. Es una asociación recreativa para los empleados de no sé que empresa; nos dejan entrar porque es verano, en invierno organizan bailes, esos bailes tan formales de antes, todos bailando como marionetas. Hay una pérgola y una pista de petanca, con una lámpara blanca de campo de concentración, y unos ancianos que juegan. Colgado de la pared hay uno de esos artilugios mortíferos, con un tubo luminoso azul que atrae a los insectos nocturnos. Lo han puesto por los mosquitos, pero cada noche mata muchas mariposas. Los cuerpos carbonizados caen en la base metálica, que luego será vaciada. Paladeamos la horchata y oímos ese ruido terrible, la sacudida, las alas que se fríen. Es la banda sonora de nuestro verano.

Tiempo atrás tan solo habría aguantado unos minutos en un lugar así. Pero ahora no me importa, dejo que las mariposas caigan y se mueran. Diego parece un niño, con ese vaso de leche que le deja bigote. Enciende un porro, un anciano nota el olor extraño y se vuelve. Diego levanta el canuto.

—Droga —dice.

El anciano asiente, tira la bola y gana el punto.

Es uno de esos lugares donde la gente no jode y va a lo suyo. Es un barrio de desesperados, de seres clandestinos, de alegres chiflados. Hemos tenido que dar varias vueltas con la moto para encontrarlo, aferrados a estas noches estivales. Y no ha sido una casualidad. Porque en todas las ciudades, si uno sabe buscar, hay un lugar que recuerda la guerra.

Diego dice:

—Quiero volver.

Lo dice mientras el artilugio chisporrotea. ¿Pero es que no lo ven, esos estúpidos insectos nocturnos, cómo acaban?

¿Por qué se ponen en fila para tocar esa luz, para morir? Y a mí ¿qué demonios me importa? Estoy borracha de horchata, tengo las piernas alargadas sobre la silla de plástico y me sudan las partes blandas. Diego está

gris. No ha tomado el sol ni un día, lleva la camiseta de cuando iba a correr, de un blanco envejecido, y tiene los ojos de un pajarito moribundo.

—¿Te has puesto las gotas en los ojos?

—Quiero quedarme ciego —se ríe.

Hace ya tiempo que lo sé, que lo siento. Nunca ha vuelto de allí. No está en paz. Y Aska ha venido con nosotros, nos ha seguido en estas noches de falsa tregua.

—Quieres volver con ella, ¿verdad?

No responde, sonríe, apenas frunce los labios. Ni siquiera puedo enfadarme. ¿Cómo puedes enfadarte con un hijo triste?

En las escaleras de casa la emprendo a patadas con él. Dejo que siga subiendo y luego me abalanzo sobre aquella camiseta de adolescente, le grito que he visto aquel pedazo de fotografía, que vi la «A» que hizo con las costras de queso.

Se vuelve y se protege con los codos.

Entro en casa y tiro lo que se me pone por delante, ni tan siquiera enciendo la luz, me voy directa al cuarto oscuro, me deshago de todo, vacío los botes de los líquidos, arrojo al suelo el exposímetro y los objetivos.

Diego no se mueve, me mira desde el sofá, inmóvil como una salamandra.

Al cabo de un rato dice:

—Joder, a ojo de buen cubero, has echado a perder material por valor de cinco o seis millones de liras…

Recojo los pedazos, a gatas. Me disculpo, me duele porque soy yo la hormiga, la más tacaña. A él no le importa un rábano.

—Tenía que estallar esa rabia —dice. No le desagrada descubrir que aún puedo sentirme celosa.

Me llama, con su voz de antes:

—Ven aquí…

Me da un beso largo, luego se seca los labios y me dice que soy el sabor de su vida.

En el baño, mientras me desmaquillo los ojos, me miro. No me gusto, por egoista. ¿Cómo puedo estar celosa de esa pobre chica que se está

muriendo junto con su ciudad? ¿De esa oveja punk que baila perseguida por el lobo?

Más tarde miramos la televisión, esta noche toca risas, un programa veraniego de bromas, de vídeos de aficionados, de gatos que dan lametazos a un loro, de mujeres que se quedan sin falda, de niños que tropiezan cientos de veces.

Decidimos cambiar de aires. Dejamos el campo vacío de la ciudad estival y vamos a ver a papá al mar, para hacerle compañía y oxigenarnos un poco.

Nos vamos en moto. Me agarro a Diego en el viento bochornoso de la autopista, en el sinuoso asfalto. La casa tiene el olor de antaño, como si el tiempo la hubiera convertido en su rehén. El olor de mi abuela, de los platos que cocinaba, de su sudor tras el largo paseo al volver del mar. El olor de sus suspiros, de sus reproches. ¿A quién? ¿A mí? ¿A los peces?

A primera hora de la mañana papá sale a pasear con el perro por la orilla mientras los bañistas peinan la playa y abren las sombrillas de los establecimientos.

Es un mar que da asco, llano, anodino.

Diego se da un baño triste.

—No se ve nada —dice.

Nos vamos antes de que lleguen la gente a jugar a palas, las radios y las cremas de coco.

Al otro lado del mar se encuentra esa costa lacerada. Las islas donde hasta el verano pasado la gente iba a pasar el día, con las lanchas, con los barcos de crucero. En los días más despejados se ve el perfil de los macizos abandonados por los bañistas, en los que ya nadie repara, como si pertenecieran a otro mar.

Aquí la gente se baña, come polos, compra bikinis, túnicas de gasa, regatea con los vendedores ambulantes cargados como camellos e intenta arrancarles el mejor precio posible bajo un sol de justicia.

Aquí me acuerdo de mí, en estas aguas bajas que nunca me han gustado. Recuerdo la vez que me picó un pez araña y sentí la sacudida que me

paralizó la pierna, y vino aquel chico a curarme con amoníaco. Fue la primera vez que miré a un hombre.

Papá dice que descubierto que no le disgusta este lugar asqueroso. Hablamos de ello una noche, mientras Diego escucha. En cierto momento papá me pide perdón por haberme dejado aquí todos esos veranos.

—Uno no puede permitir que un niño se deprima así. Ni tan siquiera un perro, imagínate, entonces, un niño…

—Vosotros trabajabais, papá, no podíais hacer otra cosa.

Lo piensa un rato.

—Siempre se puede hacer otra cosa —replica.

Desde que mamá se murió está más cabreado consigo mismo. Diego lo mira. Siempre ha echado en falta un padre y tengo la sensación de que esta noche ha venido aquí en busca de él.

Estamos todos bien, comemos en la cocina, con la puerta abierta, que da a un balcón demasiado estrecho para poner una mesa. Es un apartamento modesto, de paredes finas, se oyen las voces de los otros veraneantes, los televisores encendidos. No se ve el mar, solo antenas. Papá ha hecho mejillones con salsa y pescado frito.

Es la primera cena buena desde hace mucho tiempo, untamos el pan en la salsa de los mejillones. Abrimos otra botella de cerveza. Papá fuma, habla de mi infancia, de cuando era una niña antipática, demasiado introvertida para gustarle a nadie, de modo que él solo me tenía a mí y yo solo lo tenía a él.

Diego aprovecha la ocasión para que mi padre le cuente cómo era yo. Y papá se pone en pie y me imita. Pone los brazos como hacía yo, siempre cruzados, siempre un poco engreída. Me invade una sensación de tristeza al acordarme de cómo era.

—Madre abadesa, la llamaba su abuela… —ríe.

Le doy un golpe en el brazo.

Diego nos mira, es una noche dulce.

Aún no lo sabemos, pero es la última noche que pasaremos juntos. Pero quizá hay alguien ahí arriba que sí lo sabe.

Es la última cena del apóstol joven. Tiene un mechón de pelo empapado porque se ha dado un baño. Está fumando un porro y papá le pide una calada.

—¿Qué haces, papá?

Se encoge de hombros:

—Puees…

Papá se fue a dormir riendo y nosotros bajamos a tomar un helado. Había un local abierto, los clientes bailaban en la terraza de cemento, chicas tan morenas que parecían negras, con unos grandes pendientes de aro blancos, flequillos sobre los ojos como un Schnauzer y chicos con el pelo lacado y camisetas ajustadas, de colores estridentes… turismo local, traído del interior a la costa.

Luego Diego me pidió que hiciéramos el amor. Cerró los ojos. Reconocí esa actitud mendicante de perro ciego, recién nacido, que busca un pecho en la oscuridad… Estábamos en la playa como dos adolescentes, se oía el martilleo de la discoteca y las voces que llegaban del local…

—Vámonos a casa…

Me arrastró por la arena, entre las tumbonas. Se aferró a mí, como un remo a su tolete y luchó en aquella calma nocturna como si tuviera que ponerme a salvo y atravesar una tempestad.

A la mañana siguiente me desperté sola. Habíamos vuelto al apartamento y la cama deshecha estaba llena de arena. Pensé que Diego había bajado a aquel bar donde tenían cruasanes de pastelería y varios periódicos. Se levantaba hambriento y el desayuno era la única comida del día que no podía saltarse. Por un instante lo imaginé lleno, satisfecho, sentado a una de esas mesas de plástico, disfrutando del sol.

Bajé a hacer la compra y vi la puerta del garaje abierta. Papá estaba ordenando las estanterías, limpiando una llave inglesa oxidada con un trapo empapado en aguarrás.

—¿Dónde está Diego?

Llevaba media sandía en la bolsa, junto con unos tomates, y los dejé caer. Me apoyé en la pared, que estaba fría.

Papá alzó la vista de la llave inglesa. Dio dos pasos hacia mí.

—Lo siento.

Habla despacio, como cuando hablaba a sus estudiantes. Lo escucho en este clima irreal, en este garaje que parece un hangar. Me dice que Diego ha venido aquí por eso, para irse, porque Ancona está a dos pasos. Ha intentado hacerle cambiar de opinión, pero… Niega con la cabeza.

De modo que papá ha ido a una tienda de artículos militares y le ha comprado un chaleco antibalas.

—De los buenos —dice—, con placas… Como los que usan en Irlanda del Norte…

Le brillan los ojos como a un loco. Lo miro y pienso que ha perdido la chaveta.

Veo a este pobre anciano mientras se prueba el chaleco antibalas, lo toca, le da unos puñetazos para comprobar que resistirá. Y luego lo pone sobre los hombros huesudos de ese hijo que nunca ha tenido, de ese muchacho al que ama y que ha dejado marchar, como un hijo que parte hacia la guerra.

Se da unos golpecitos en la cabeza con los nudillos.

Ahora ha adoptado un semblante inútil de desesperación y culpabilidad. Casi me pide que lo ayude.

En el hangar está mi bicicleta de niña con su cestita blanca. Mi padre y yo pedaleábamos juntos bajo los pinos, yo delante y él detrás. Odio toda mi vida… mi infancia y esta edad adulta sin frutos.

—Mira, toma…

Es una hoja cuadriculada, doblada. Sin tan siquiera un sobre, como si no hubiera necesidad alguna de mantener el pudor.

Una línea.

«Amor mío, me voy. Diego».

En Roma soñé con ese viaje casi todas las noches. La moto que avanzaba a trompicones por los caminos asediados por las milicias irregulares, veía la cara del muchacho, los ojos cansados que hurgaban en la oscuridad de aquella tierra sin luz.

Vivía delante del televisor. Así vi arder la Biblioteca Nacional. El periodista decía que «la ciudad está rodeada por una lluvia de cenizas». Ahora el Miljacka se había teñido de negro por culpa del hollín, un largo cortejo fúnebre discurría por el lecho. Pensé que no iba a quedar nada. Me acordé de la chica delgada con gafas que cogía los libros de las estanterías y los llevaba en brazos por los largos pasillos, en pilas de tres o cuatro volúmenes, como máximo. Caminaba con cautela y gran respeto, con miedo a que se le cayeran, como si fueran un bebé, luego los depositaba frente a los estudiantes junto con el reglamento y los invitaba a pasar las páginas lentamente.

Ahora debía de estar ahí, a gatas, tiznada, entre los chicos de aquel cordón de voluntarios que se habían puesto a excavar para intentar salvar alguna página, algún pedazo de sí en aquel martirio. Por un instante me pareció ver a Diego, pero no era él.

Entonces llamó.

—Soy yo —dijo con voz metálica, pero increíblemente cercana.

—¿Dónde? ¡¿Dónde estás?!

Estaba en el Holiday Inn. Hablaba por el móvil de un periodista de un canal de televisión canadiense. Se oía un ruido infernal en el vestíbulo y alguien que estaba junto a él gritaba en inglés, se oían carcajadas, más distantes, pero audibles.

—¿Cómo estás…? ¡Habla más alto!

—Bien, estoy bien.

Parecía increíblemente tranquilo.

Quería decirle tantas cosas… Hacía más de seis días que esperaba ese momento, encerrada en casa sin despegarme del televisor y, sin embargo, me cogió desprevenida.

Le pregunté una estupidez.

—¿No te han disparado?

Hizo una pausa, lo oí toser.

—No, aún no…

Le pregunté por Gojko y Sebina, por Velida y Jovan, por Ana y los demás.

Todos estaban vivos.

—¿Y Aska? ¿La has visto?

Me quedé con el auricular en la mano, abandonado sobre las piernas, escuchando ese sonido repetitivo, sin decidirme a colgar, como si Diego pudiera volver desde la distancia…

Había pasado indemne todos aquellos kilómetros de aldeas incendiadas, de minas, de puentes que habían volado por los aires, y había regresado a la ciudad de la que todos intentaban escapar. Había hecho el viaje en dirección opuesta a la de los convoyes cargados de refugiados, de huérfanos que huían del asedio. Ahora estaba allí, en aquel ataúd.

Llamé a papá.

—Ha llegado.

Y lo oí llorar, cómo se le deshacía el nudo de la garganta.

—¿Te ha dicho dónde duerme?

—No sé nada.

Mi frente era éste. Esta ciudad tranquila. Esta casa limpia y vacía sin Diego. Ya no estaban sus vaqueros, sus colillas por todas partes, los carretes que rodaban bajo el sofá. El desorden era suyo y acaso también era suya la vida. Al estar sola no ensuciaba, no existía. Era neutra, inodora. Comía y limpiaba el plato. La cama siempre estaba intacta. Me quedaba frente al

piano. Me parecía una gran urna blanca que recogía las cenizas de nuestros mejores días. Esperaba la paz, las resoluciones de la ONU. Escuchaba al Papa, que imploraba la deposición de las armas. Mientras tanto, en Ginebra los ideólogos de aquel horror bebían agua mineral.

Él estaba allí, en el frente que había elegido. El de los cristales rotos. En medio, esta tierra de nadie que era mi cuerpo abandonado.

Así vagaba yo, incrédula y aturdida.

Seguía dándole migas a nuestro pájaro, pero tenía que dejárselas en el alféizar de la ventana, ya que no se fiaba. Se había acostumbrado a la mano de Diego, del muchacho que abría la ventana con el pecho desnudo incluso en invierno.

Iba casi a diario al ministerio de Asuntos Exteriores para obtener noticias, esperaba horas para hablar con un funcionario.

—Tengo que encontrar a mi marido.

Quería una autorización para volar en uno de los aviones militares que iban a Bosnia.

—Es un riesgo altísimo, le conviene esperar.

—No aguanto más.

Había decidido cruzar la tierra de nadie para llegar al otro frente. Entonces llamó Gojko. Su voz ronca, ajada por los cigarrillos. Al alba de un día de septiembre. Diego está bien, duerme con él, en la casa común. Es muy difícil llamar por teléfono, casi imposible. Tiene prisa, llama desde el búnker de la televisión, es un móvil de un amigo, le está haciendo un favor.

—¿Cómo va todo? ¿Cómo estáis?

—Resistimos.

Los telediarios dicen que la ciudad está totalmente destruida, que casi todos los edificios han sufrido graves daños. Gojko responde:

—No, aún nos tenemos en pie.

Le pregunto por Sebina. Me dice que ya no puede entrenarse.

—Envíala a Italia.

—Ahora es muy difícil salir.

Regreso al ministerio de Asuntos Exteriores. He trabado amistad con un funcionario, un chico joven que lleva una corbata grande, llamativa y optimista, como un agente inmobiliario.

—Escríbame el nombre y el apellido de esta niña.

Me quedo inmóvil, con el bolígrafo en la mano. Tengo la cabeza llena de agua, pero ya no flota nada.

—¿Recuerda la dirección?

—… Es una calle larga, de Novo Sarajevo…

El chico me mira mientras rompo a llorar.

—¿Le apetece un café?

Estamos a principios de septiembre, la televisión dice que un avión se ha estrellado a las puertas de Sarajevo, en las laderas del monte Zec. Se trata de un G222 del ejército italiano en misión de paz. Transportaba un cargamento de mantas para el invierno. Un misil destrozó una de las alas. Jóvenes mujeres esperan los resultados de las investigaciones, atónitas frente a los televisores. Los héroes son un montón de pedazos de carne humana desperdigados por unas cumbres inaccesibles de más de dos mil metros de altura, pero ellas siguen esperando. Abrazan a los hijos. Niños que sienten una gran curiosidad por toda esa gente, por los periodistas que hoy a ido a llamar a la puerta de su casa, donde nunca llama nadie, de donde salió el padre con su uniforme, solo como siempre.

De noche pienso en esas viudas, en estas camas grandes, compradas a plazos a medias vacías. Harán como yo, se quedarán inmóviles en la oscuridad, secándose las lágrimas para no manchar las fundas de las almohadas.

Los féretros aterrizan en la base militar de Pisa, envueltos en la bandera tricolor de la muerte. El puente aéreo se ha interrumpido. La ciudad mártir está aislada del resto del mundo, en manos de sus verdugos.

Hablo por teléfono con el funcionario, que se me quita de encima con voz brusca. No tiene tiempo para mí.

—Se han suspendido los vuelos humanitarios, señora.

—Pero tengo que ir.

—Esa ciudad es el infierno.

—Pues es mi marido quien está en el infierno.

—Lo siento.

Mi resistencia está hecha de pequeños bocados; basta con moverse lentamente para no perder el equilibrio. No cambiar nada. Así tal vez el mal se olvide de nosotros y pase de largo. Me despierto en mitad de la noche. He soñado que sonaba el teléfono, la voz del funcionario. «Señora, lo siento pero su marido era un idiota, hay gente que se busca los problemas. ¿Le apetece un café?».

En la redacción no aparto los ojos del teléfono. «Ahora —digo—. Ahora llamarán del ministerio de Asuntos Exteriores para darme la noticia». Descuelgo el auricular para comprobar que hay línea. Me tranquilizo, y se acerca Viola con su sonrisa inútil. Si hubiera sucedido algo ya lo habría sabido. Hay muchos periodistas y voluntarios que van y vuelven y no mueren. La cuestión es que lo conozco… su modo de andar, hacia las afueras, hacia los pequeños charcos de agua. Es ese centro descentrado lo que lo atrae. Tengo miedo de que no se ponga a cubierto.

En la pantalla pasan las imágenes de los campos de concentración de Bosnia; como mínimo han encontrado cinco. El más horrible es el que se encuentra junto a las viejas minas de hierro. Esqueletos humanos desdentados, mutilados, como no se veían hace tiempo.

Llama Diego y esta vez parece que tiene más tiempo. Oigo una deflagración, le pregunto y responde que es la música de ese día.

—Espera.

Oigo otros ruidos, discontinuos, deshilachados. Lo llamo.

—¡Diego! ¡Diego!

Vuelve:

—¿Lo has oído? Son ráfagas de metralleta. Obuses. Granadas. Disparos contra una ambulancia…

—¿También disparan a las ambulancias?

Ríe. Me pregunto si se ha vuelto loco o si solo está borracho.

Otra semana de silencio. Voy a la peluquería. Me siento en aquel oasis de bienestar, me dejo hacer la pedicura. Las mujeres que hay a mi alrededor llevan bolsos elegantes y compromisos que las esperan en esta ciudad que ha regresado a la normalidad tras la pausa veraniega. Yo no tengo nada, solo mi cuerpo abandonado. Esta cabeza a la que he intentado dar un orden exterior. Salgo de la peluquería y parezco una muñeca, impregnada de perfumes que no me pertenecen. Llueve y no abro el paraguas, dejo que la lluvia me desfigure con placer.

OceanofPDF.com

Pilas, vitaminas y lámparas de cámping

Pilas, vitaminas y lámparas de cámping. ¿Qué más? Todo valía, allí les faltaba de todo. Antibióticos, píldoras para desinfectar el agua. Cigarrillos, leche en polvo, carne enlatada. Entraba en las tiendas y sacaba un pedazo de papel arrugado. Gojko me había dictado la lista y yo obedecía. Después el miedo, el estímulo, no del valor, no, sino de un objetivo, por pequeño que fuera.

No era el primer paquete que preparaba, el anterior se lo había enviado por Caritas, pero nunca le llegó. Los mejores paquetes los abrían y saqueaban. Pero esta vez iba a llevar yo el paquete. Una maleta enorme, con ruedas, de un tejido flexible pero resistente.

La dependienta de la tienda de maletas se quedó mirando con cara de estupefacción a esa mujer delgada, extraña, que se sentó sobre la maleta negra para comprobar que el tejido aguantaba.

—¿Qué tiene que transportar?

—Un cadáver.

Se rió de mi ocurrencia, de un humor tan negro como la maleta. Pagué y me llevé la maleta a casa. He ahí una mujer delgada, consumida por el silencio. Una mujer estéril que arrastra por las calles, subiendo y bajando las aceras, una gran maleta vacía, que se llenará de todo. Y llenar gradualmente esa maleta será el objetivo de su vida durante los próximos días.

Las distintas capas, reordenadas una y otra vez de noche. Primero las cosas más duras, más voluminosas, luego los objetos pequeños, las cosas

más delicadas, los botes de cristal. Ahí está la maleta, me mira. Ahora ya no estoy sola.

Cada objeto que meto dentro es una esperanza de vida.

«Las mujeres se han quedado sin compresas, no te olvides de traer».

Paro en la farmacia y compro esas bolsitas rosa y violeta. Extrafinas, absorbentes y resistentes pero ultraplanas, las más caras, que no se ven ni con pantalones ajustados. Las que ocupan menos espacio. Meto los paquetes en la maleta, una gran capa de compresas. Estas delgadas son más que suficientes. ¿Qué flujo van a tener unas mujeres que están pasando tanta hambre?

Papá también trae cosas. Él sí que mira la maleta como si fuera un ataúd.

—Voy a llevármelo de vuelta —suelto.

No dice nada, obedece a mi dolor, a mi furia.

Es una maleta que exige su tiempo, a la que dedicamos días enteros y provoca discusiones. «¡No puedo meter algo tan voluminoso, ya te lo he dicho! ¡Ya no entra nada más, ¿es que no lo ves?!». Y saco las mantas que ha traído.

Parece que vaya a crecer durante la noche, a hincharse como una barriga grande, como un contenedor… ¡Parece que vaya a salvar, a dar de comer y a vestir a todo Sarajevo! Miro la maleta y me brillan los ojos. De noche me levanto para comprobar la fecha de caducidad de los antibióticos, de las barritas energéticas. Todo sirve, todo es útil… Lo besaría todo. Miro la maleta como una madre mira el ajuar de una hija.

Los pies, la vulva y la barriga han recuperado la vida.

En unos grandes almacenes, los UPIM, compro una montaña de rotuladores, de cuadernos para dibujar.

—¿Es usted maestra?

—Voy a Sarajevo.

De repente a esa mujer robusta, ajada por la rutina de su trabajo de cajera, le cambia la cara. Se convierte en una madre enardecida, cuya humanidad reluce en el rubor que le tiñe la cara. Entonces también nos ayuda el mozo de almacén, con el pendiente y los dientes de yonqui, y

también el director con la corbata de rayas. Suben ropa del sótano, restos de temporada.

—Tome, señora, cójalo y lléveselo.

El mozo es quien está más cabreado, traga saliva.

—Los cuchillos que nosotros usamos para deshuesar las olivas, esos animales los usan para arrancar los ojos…

Iba a Yugoslavia de vacaciones y tenía una novia de Split. «Un paraíso», dice.

En el gimnasio, las chicas saltan sin moverse de su sitio; hay un nuevo artilugio, el *step*, un escalón de plástico. Suben y bajan, sudan.

Estoy en el fondo de la sala, miro los culitos, los *bodies* de tanga. Bajo del escalón de plástico. Estoy en forma, corro un rato en la cinta. Hay que estar en forma para volver a Sarajevo, hay que saber correr, tener aguante para eludir a la muerte, para dejarla para alguien mayor, que esté menos en forma que tú.

En los vestuarios las chicas se ponen cremas, se contonean desnudas luciendo sus cuerpos esculturales… Hablan de hombres, de dietas, se maquillan, se ponen las medias.

Entrecierro los ojos una, dos veces, tengo sueño en este calor sofocante de duchas y secadores. Adiós, chicas, adiós. Adiós, gilipollas.

Papá se ha animado más que yo, vaga por los bancos de Porta Portese, compra pequeños juegos de llaves inglesas, bobinas de cobre, transistores e, incluso, un visor nocturno. Va a reventar la maleta. La miro, es la última noche. Por fin puedo irme, tengo un asiento en uno de los vuelos humanitarios, por fin.

Me llama Viola. Le han encontrado un nódulo en el pecho, llora por su pecho, llora porque me voy.

—Eres mi mejor amiga.

Nunca he sido amiga de verdad de esta chica desafortunada, lo ha hecho todo sola. Pero esta noche pienso que ha hecho algo de verdad, que ciertas personas entran en tu interior como el cáncer, sin que te des cuenta del momento exacto.

—¿Tienes miedo? —le pregunto.

—Que le den por culo al nódulo…

Ahora no sé si ríe o llora.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo?

Me da miedo todo, los camiones en la autopista, las muchedumbres en los conciertos. Me dan miedo los relámpagos, así que no digamos ya la guerra.

Papá trae una caja de melocotones, que aún no están demasiado maduros. Me rebelo pero acabamos añadiendo una capa más, antes de poner las prendas de lana.

Se sienta sobre la maleta y la aprieta con el culo mientras yo cierro la cremallera. Ahora la maleta es un gran cuerpo cerrado.

La arrastro por casa. Intento levantarla. Tengo que ser autónoma porque nadie me ayudará a descargar mi equipaje humanitario.

No me aparto de ella durante todo el vuelo, que me parece cortísimo porque el miedo ha vuelto de golpe, y si pudiera ahora me iría a Nueva York. El interior del avión no es más que una sobria estructura de hierro. Unos cuantos asientos desnudos anclados a las paredes y mucho espacio ocupado por cajas y montañas de objetos militares. Después del mar sobrevolamos tierra.

Un sabor acre me sube hasta la garganta, como si me estuviera fermentando el estómago. Tengo los brazos y la cabeza rígidos, los pies hacen fuerza contra el metal, que no para de vibrar. Hay un ruido ensordecedor de motores que queman el cielo. Ahora lo sé, lo siento. Ahora podría suceder. Estamos descendiendo. Ahora estamos dentro. Somos un objetivo para aquellos que están en los bosques. Me vienen a la cabeza las escenas que he visto, los fragmentos de los aviones abatidos, esos pedazos

de cabina, de alas que han derribado algunas ramas de unos abetales tupidos como el barro. Tengo la boca completamente seca, la lengua inerte, carne gris como migas de pan mohoso.

Aparte de mí hay tres civiles más, en misión de paz en esta tierra sin paz. Dos médicos y la voluntaria de una radio independiente, Vanda. Una chica robusta, masculina, más bien desaliñada, como ciertos hombres eslavos. Es la que está más relajada del grupo. Ya ha estado dos veces en Sarajevo desde el inicio del asedio, parece uno de esos ratones que saben cómo moverse en las situaciones complicadas, lleva una chaqueta llena de bolsillos, como los corresponsales de guerra de las películas, parecen escondites para granadas. Mastica chicle, hace pequeñas pompas sobre la punta de los labios y cuando estallan me asusto.

El olor de los melocotones de papá traspasa la maleta. Vanda sonríe, hace otro globo con el chicle; debo de parecerle una loca. Me pregunta si regreso esta misma noche, dice que, en general, los intelectuales se quedan pocas horas, el tiempo justo para decir que han estado, para percibir el olor de hormigas quemadas.

—¿Hormigas quemadas?

—Así es como huelen los muertos.

Tal vez cree que soy uno de esos chacales de la prensa.

—Voy a buscar a mi marido, es fotógrafo y está en Sarajevo desde hace unas semanas.

Me pregunta cómo se llama. Lo conoce, dice, lo vio, a finales de agosto.

—Es simpático, está chalado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se bañaba en el Miljacka mientras las balas le pasaban silbando por encima.

Sacudo la cabeza, pero está convencida. Dice:

—Tiene el pelo rizado y barba.

—No, no tiene barba.

—Entonces no es él, debe de ser otro Diego.

«Otro Diego —pienso—, otro Diego». Y, mientras tanto, el avión desciende. Aterrizaje de guerra, en espiral. Bajamos de golpe. Solo veo los

montes un instante, luego el golpe de las ruedas bajo los pies.

El aeropuerto tiene tres aduanas, tres barreras. Militares de ejércitos enfrentados toman café en la misma máquina de café, la única que ha quedado. Miro esa escena surrealista, enemigos que se inclinan frente al mismo agujero metálico. El aeropuerto está en manos de los cascos azules, que protegen la pista y realizan la clasificación de la ayuda humanitaria pero, en realidad, conviven con los milicianos serbios. No existe tensión, todos parecen muy cansados. Soldados egipcios dormitan en lo que queda de los asientos, los cascos azules se balancean sobre unos rostros delgados, ceñudos. Esperamos un buen rato, antes de que un jeep blindado de la Unprofor, la «fuerza de protección» de la ONU, nos lleve a la ciudad. Quizá están pactando una tregua porque oigo a uno de los cascos azules que trama algo con un tipo que lleva ropa de camuflaje y una boina negra con el águila:

—*Can they go now? Ok*?

—*… Slobodan? Free*?

El serbio asiente. ¿Cómo es posible, pienso, que un representante de la ONU le pida permiso a un militar del ejército agresor para que deje pasar un coche? Pero no hay tiempo para responder a estas preguntas. Este aeropuerto es una burla, es un pie gangrenado del cuerpo agonizante de la ciudad. Si esta es la puerta al mundo, no hay salvación para los ratones.

Subimos al jeep con la cabeza agachada, sin mirar alrededor. Superamos el primer punto de control, amasijos de hierros, raíles arrancados dispuestos en forma de cruz, montones de sacos de arena. Caras con pasamontañas, kaláshnikovs aferrados a los cuerpos. El muchacho que conduce grita.

—*Keep your head down*!

El jeep recorre la avenida de los francotiradores, derrapa para evitar los desechos que invaden la carretera. A través de la única rendija de luz veo pasar el edificio de *Oslobodjenje*, no queda nada, sólo el armazón del ascensor, como un palo de regaliz en un helado derretido.

Estábamos en el inmenso vestíbulo del Holiday Inn, después de bajar a toda velocidad por la rampa que conducía a la entrada subterránea. Un vientre oscuro, protegido por telas de plástico de la Unprofor, abarrotado de periodistas y equipos de televisión. Hombres aviesos se me acercaban para preguntarme si quería comprar un chaleco antibalas, si necesitaba un coche, si quería cambiar moneda, si quería comprar información. Un tipo paseaba a nuestro alrededor con una pierna desnuda, recién suturada, y una esquirla de granada bajo el brazo; buscaba a alguien que estuviera dispuesto a comprar su historia. Me quedé esperando en aquella kasba. No había habitaciones vacías, al menos en la zona segura; tan solo quedaban algunas que daban a Grbavica. Tenía miedo de quedarme dormida, miedo de que alguien me robara la maleta. La arrastré hasta una sala transformada en restaurante. Me sirvieron un plato caliente e insípido que me pareció buenísimo, sentada a una larga mesa común, llena de periodistas que hablaban en voz alta y reían.

—*Here you need to laugh*! —Un cámara alemán me guiñaba el ojo.

Al acabar de comer volvimos juntos a los sofás del vestíbulo. Me ofreció una cerveza y se puso a explicarme cómo había que moverse por la ciudad asediada. Parecía más bien excitado, ese día había grabado la trinchera de Zuc. Me puso una mano en la pierna y me preguntó si quería dormir con él en la habitación. Sonreía con un rostro morado, de idiota, le parecía normal que yo fuera a meterme en la cama con él por el mero hecho de que estábamos en guerra. Oí un estruendo y, al cabo de pocos segundos, otro más cercano. Reconocí el silbido de las granadas.

Miré hacia arriba, al largo balcón al que se asomaban las habitaciones. Pensé en esa noche en la que Diego y yo, desde ahí arriba, miramos nuestro reflejo en ese vestíbulo desierto y deslumbrante.

No recordaba haber visto ni una prostituta en Sarajevo. Sin embargo ahora había chicas con minifaldas, sentadas en los taburetes altos de la barra, acompañadas de periodistas extranjeros. En una mesa cercana a la mía un hombre sacó una pistola y la dejó como un paquete de cigarrillos,

mientras un tipo con una chaqueta de cuero negra contaba un fajo de marcos. Hablaban de apuestas, de un lugar, en Marijin Dvor, donde se organizaban peleas de perros.

Si recuerdo una sensación de aquellas horas, de aquel preludio, es esta… de algo grasiento, de cosas que centelleaban delante de mí y luego se alejaban, como una burbuja de aceite en agua.

Una mano me agarra del hombro, casi me golpea. Gojko se arrodilla a mi lado y me abraza sin mirarme. No me suelta.

—Preciosa.

Salimos por detrás, ahora arrastra él la maleta.

—¿Y Diego?

—Te está esperando.

Aún tiene su Golf, pero ahora parece salido de un tebeo, con la carrocería abollada, llena de agujeros, con una puerta distinta de la otra, cogida de otro coche, y sin cristal en las ventanillas.

—Son los nuevos modelos de Sarajevo city —ríe. Y me parece increíble que aún sea capaz de soltar estas carcajadas.

Está amaneciendo. Con este coche futurista nos precipitamos hacia un futuro que tal vez será así, hecho con los restos de lo que queda de antes. El cielo está helado, de un azul oscuro que empieza a iluminarse por dentro. Observo este paisaje ruinoso. Edificios ennegrecidos como chimeneas, amasijos de hierros, esqueletos de coches, de tranvías… fachadas duras de construcciones populares, que ahora parecen cartón quemado. Intentamos llegar a Bascarsija. Gojko atraviesa escombros, como si condujera un vehículo de los servicios de emergencia, por calles que nunca he visto. En los cruces al descubierto pisa el acelerador hasta el fondo y me baja la cabeza. Es un gesto de posesión. Quiere salvarme la vida, pero quizá también se divierte un poco y exagera. Grita, profiere unos largos aullidos animales. Si bien se mira, lo que ha quedado es él, un fanfarrón bosnio en esta ciudad sin fanfarria.

Entra como una exhalación en el patio, donde hay varios arcos caídos y la hierba está muy alta y amarillenta. La fachada exterior del edificio está picado por las ráfagas de balas, pero el interior se conserva intacto, tan solo

está más oscuro y sucio. Las losas de piedra de las escaleras se mueven. Subo corriendo. Diego.

Ahí está, en el centro de un pequeño jardín de velas que ha encendido para mí. Se me acerca. Lo abrazo y siento algo, una dureza que nunca había percibido. Sus huesos me parecen de hierro. Lo miro a la cara, está delgado y tiene los labios oscuros. Una barba larga que nunca había visto trepa hasta los ojos. Me cuesta tocarlo, reconocerlo. Tiene la misma cara que los edificios de ahí fuera.

Sonrío, le digo que huele un poco mal. Pues se ha duchado, con una regadera, a la sarajevita, dice.

Tiene un algo de animal prisionero. De uno de esos babuinos muertos del zoo.

Le cojo la mano y nos quedamos en un rincón. La casa está oscura, las ventanas están cubiertas de plástico y unas grandes grietas surcan las paredes.

—¿Cómo puedes vivir aquí…?

Se ha aferrado a mi mano y hunde la cara en ella. Se queda ahí dándome, restregándose, tragándose todo lo que ha echado de menos de mí.

Me mira fijamente. Pero sus ojos son extraños pantanos. De repente pienso que no está aquí, que no es a mí a quien busca, sino algo que ya no existe.

—Amor…

Nos tocamos como dos resucitados.

Me da un ramo de flores de papel.

La florista del Markale, la viejecita que parece una bruja buena, ya no tiene flores de verdad, de modo que ha empezado a hacer estas florecitas de papel que ella frunce y pinta. Las miro, son preciosas y tristísimas, pero guardan el perfume de la vida.

Está hambriento, abro la maleta, mi tesoro. Le da un mordisco a un melocotón y el zumo le gotea por la barbilla.

Entonces aparecen los demás, Ana, Mladjo… y caras que nunca he visto, gente que ha abandonado sus casas destruidas, refugiados de barrios ocupados. Empiezo a vaciar la maleta. Me abrazan con fuerza. Como si nos

conociéramos de toda la vida. «*Hvala, Gemma, hvala*». Y seguirán llegando personas a lo largo de todo el día. Hay una maleta llena de cosas para distribuir… Hoy este apartamento parece la Benevolencija. Esto es una fiesta, abrimos las latas de carne, las de los encurtidos, comemos el parmesano. Gojko saca una botella de *rakija* de su pequeña reserva personal.

Me acerco a la ventana, aparto la cortina de plástico y me asomo por la rendija. La ciudad es presa de la oscuridad… Está horadada como una mina de la que ya no se puede extraer nada, donde tan solo quedan agujeros y galerías abandonadas. La implacable oscuridad lo alivia todo. Solo entreveo el tronco claro de un minarete decapitado.

¿Dónde están los sonidos, el tañido de las campanas, el lamento de los muecines? ¿Dónde está el olor, el aroma harinoso que emergía del fondo de los cafés, aroma violento de las especias y de los *cevapcici*, el humo de los coches? ¿Dónde, la vida?

Ya no había intimidad. En esa casa, como en todas las casas de Sarajevo, todos dormían juntos, en colchones amontonados en el pasillo, lejos de las ventanas, de las zonas más expuestas a los disparos de los obuses, de los cañones.

Yo era la única que me sobresaltaba, los demás parecían acostumbrados, o quizá habían perdido el oído. Veía una hilera de ojos en la oscuridad de las velas caseras, hechas con trozos de cuerda que flotaban en cuencos de agua, con una fina capa de aceite en la superficie. Fumaban todos los cigarrillos que había traído, y quizá habían sido el regalo más agradecido, porque «no comer es duro, pero no fumar es atroz», y ahora lo fumaban todo, hojas de té y de manzanilla, la paja de los campos y las sillas. Ana escondió algún paquete de compresas en su bolso de tela turca y ahora lo agarraba con fuerza sobre la barriga, como si fuera un cojín. Yo miraba esos ojos, extraños como los de los animales que nos ven en la oscuridad… las bocas que aspiraban los cigarrillos, iluminando las brasas.

Eran los mismos ojos que tenía Diego, desorbitados, prisioneros de una mirada fija, muda. Parecía que todos miraban al mismo estanque, un espejo turbio que no reflejaba nada.

—¿Cómo estás?

—Bien, sí…

Pero mis palabras le llegaban desde muy lejos, como un eco. Levantó una mano y me pasó los dedos por la boca, como si quisiera sentir su espesor. Hundía las yemas en los labios, una sustancia caliente pero lejana.

Se apoyó en la pared y tocó la guitarra en la oscuridad.

Luego nos tumbamos sobre uno de los colchones. Diego hizo un único gesto para ponerse cómodo: se encerró en sí mismo como un feto, y ya dormía, le había cambiado la respiración. Tuve la sensación de que se había sumido en aquel sueño solo para separarse de mí. Quizá lo único que ocurría era que había bebido demasiado, como los demás. Fui la única que se quedó despierta en aquella oscuridad donde todos respiraban profundamente. Me levanté para alejar un frasco lleno de colillas. Había algunos bidones de plástico en un rincón, junto al montón de los zapatos. Las ventanas estaban cerradas con esas telas que ahora se movían y dejaban que entrara el frío. Estaba a punto de llegar el invierno. ¿Por qué estábamos allí, tumbados en el suelo con esa gente? En esto pensaba mientras miraba la espalda de Diego.

Al amanecer me desperté por culpa de un estallido sordo, tal vez de mortero, que me cayó encima en el sopor de un sueño que había llegado muy tarde… Me costaba moverme. Ya no había nadie, habían desaparecido todos. Solo quedaba Gojko, que estaba manoseando un transistor.

—¿Dónde está Diego?

—No quería despertarte.

Comimos unas cuantas galletas de las que había traído.

—¿Sabes si se ve con Aska?

No me respondía ni me miraba.

—¿Se ha ido? ¿Está viva?

—Aún está en Sarajevo.

—Dime dónde se ven.

—No lo sé, no sé qué hace Diego… Apenas lo veo.

Devoraba las galletas. Tenía la barba llena de migas.

—Nunca me he fiado de ti —le dije.

—No es grave, mala suerte.

Ahora que había más luz, me daba cuenta de que a Gojko se le había embrutecido la mirada, se había ensuciado durante todos esos meses de guerra. La juventud había desaparecido, se había esfumado. Arrastraba una gran carga de desilusión, de acritud… Incluso su humor se había deteriorado, apestaba a hormigas quemadas, como todo. Estaba convencida de que yo también iba a envejecer de golpe.

Diego regresó al cabo de unas horas. Había ido a buscar agua. Le dolían los brazos por culpa del cansancio, del peso de aquellos bidones que había transportado durante casi dos kilómetros.

—Así podrás lavarte.

Nos encerramos en el baño. Miré la bañera de porcelana ennegrecida, llena de vetas amarillentas, el grifo del que ya no salía ni una gota.

Pusimos el agua en una palangana. Me desvestí y, por primera vez, me sentí incómoda al estar desnuda frente a él. Era como si ya no tuviéramos intimidad. Diego también evitaba mirarme, jugaba con el agua, miraba cómo se le escurría entre los dedos, como si buscara algo… un reflejo lejano, una escapatoria.

—Mírame —le dije.

Alzó la mirada con cierto pesar, lentamente. Estaba desnuda. Era una planta muerta, sin corteza. Madera blanca, cortada.

—¿Qué pasa?

—Eres guapa.

—¿Qué pasa?

Me tocó el vientre, estiró un brazo, me rozó el ombligo y sentí una verdadera repulsión al notar su mano.

Me tocaba del mismo modo en que me había mirado, con la misma sensación de distanciamiento, como si fuera un maniquí.

Me puse en cuclillas y me agarré las rodillas, como si fuera un huevo.

Se desnudó, entro en aquella bañera sin agua y se puso a mi lado, mojó una esponja en la palangana y me lavó la espalda. Me volví a mirarlo… Miré sus huesos amarillentos bajo la piel fina y seca, sus miembro inerte entre la mata de pelo, como en un nido negro. Parecía un anciano.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy donde tengo que estar.

A la mañana siguiente me desperté al alba, con los demás. Diego estaba arrodillado junto a la maleta. Estaba llenando la mochila.

—¿A quién le llevas esa ropa?

A algunas familias que conoce, dice, ancianos que no pueden moverse y a viudas con niños.

Me visto después de él y lo sigo hasta el puente Cumurija.

Veo la ciudad de día. No queda ni un edificio intacto, las cúpulas de las mezquitas parecen cubiertas de metal perdidas entre los escombros. Las persianas de Bascarsija están cerradas; han arrancado hasta las estanterías de las tiendas. Me cae encima un pájaro cansado.

Carretes. Uno al lado del otro en la mesa de esta mísera habitación que ahora es nuestra prisión. Carretes como cartuchos, como casquillos. Como huevos negros. Me invento un juego para pasar el tiempo, amontono los carretes y hago construcciones fantasiosas que dejo ahí. Me tiendo en la cama y espero. Llega el temblor tras una explosión, recorre el suelo y las paredes… Sube por la mesa. Los carretes caen de golpe y ruedan por el suelo.

Quién sabe si llegarán a ver la luz, todas las imágenes grabadas en las tiras de celuloide encerradas en aquellas pequeñas jaulas metálicas, abolladas, apropiadas para usarlas como pasatiempo en este tiempo que no acaba de pasar, porque estamos encerrados en casa desde las tres de la tarde.

Una vez acabados los trapicheos del mercado negro, de los bidones de agua, no tiene sentido seguir arriesgando la vida.

Tengo la sensación de que nunca me he ido de esta ciudad.

Hemos vuelto a la vieja habitación de alquiler. Velida me tocó como si fuera un milagro, un cristal aún intacto. Estos meses han hecho mella en la pobre mujer, ahora parece uno de sus mirlos. Agita la cabeza con un leve movimiento perpetuo, un murmullo desconsolado. Le he traído un paquete de provisiones que había dejado aparte para ella. Cuando ha visto la linterna, Jovan ha cerrado la boca con fuerza para contener el llanto. Es lo que más ha echado de menos, un haz de luz para iluminar esas noches demasiado oscuras.

Ya no sale de casa, el viejo biólogo, se pasa todo el día en un rincón, junto a la jaula de los mirlos, que aún están vivos. En cambio, el gato ha muerto, salió de casa una mañana, dio unos cuantos pasos con su cola rota y no regresó.

Jovan y Velida esperan que llegue la paz, cada día. Pero apenas albergan esperanzas. Miran los blindados blancos de la ONU que están ahí, bajo las ventanas, sin hacer nada, inútiles como una calesa detenida en un parque desierto.

Le he pedido a Velida una escoba y un trapo para fregar el suelo; he limpiado la habitación. No ha parado de sacudir la cabeza en todo el rato.

—¿Estáis seguros de que queréis quedaros aquí con nosotros?

—Sí.

—Es mejor el hotel de los extranjeros, allí estaréis protegidos.

Hay un polvo imposible de eliminar, una capa gris, sólida como el cemento.

Velida se toca el pecho y dice que ese polvo de las cosas que caen ya está dentro de ellos, se ha pegado en sus pulmones.

—Es el polvo de los edificios donde vivimos… de nuestra biblioteca, de la vieja Vijecnica, de la universidad donde dimos clase, de las casas donde nacimos…

La cocina está llena de hojas, todos los estantes están cubiertos por una capa verde. Velida dice que la ortiga es el relleno ideal para el pan de pita.

—En Sarajevo todo el mundo come ortigas —sonríe, la dieta macrobiótica es algo bueno si logran sobrevivir a las granadas.

Sus estudios de biología se han vuelto útiles en esta época de escasez. Me ofrece una infusión de abeto.

—Es muy buena.

Me pregunta por qué he vuelto.

—Quiero estar con Diego, y él quiere estar aquí.

Sus ojos azules se tiñen de emoción.

Ella también ha seguido a Jovan durante toda la vida. Sin embargo ahora se avergüenza de este amor, ahora que la gente joven muere, y mueren los niños, y ellos dos siguen con vida y aún se besan en la boca.

Ya no hay cortinas bordadas en las ventanas, tan solo las telas clavadas en el marco; los cuadros de las paredes están torcidos y ninguno tiene cristal. Su bonita casa ha encogido, han trasladado las camas a la cocina. Es la única habitación con calefacción. Velida ha comprado una estufa vieja en el mercado negro, a cambio del rubí de su anillo de compromiso y del abrigo de piel. Han hecho un agujero en la pared a modo de respiradero. Todos los apartamentos tienen un agujero del que sale humo, chimeneas dictadas por la guerra, hechas con cualquier tubo.

Me da miedo salir, me quedo encerrada en la cocina con Velida; miro su espalda delgada y encorvada.

—¿Cómo os las apañaréis en invierno?

Han empezado a quemar muebles. Jovan los reduce a pedazos con las manos, arranca las patas de la pequeña mesa del comedor, desmonta los cajones de las mesillas de noche, del chinero. Velida ha cortado las alfombras a tiras, y ha hecho bolas amazacotadas que arden lentamente como si fueran carbón.

Los animales de las montañas siguen ensañándose con los escombros. Ha caído una granada sobre un grupo de niños que jugaban a pelota en una

zona tranquila, ya devastada, detrás de nuestra casa. Los chétniks han declarado que ese artefacto ha estallado ahí por error, y que han sido los Boinas Verdes los que la han lanzado, no ellos. Los niños muertos no han declarado nada. Pero el balón ha entrado en casa de Velida, ha roto la tela de la ventana. Hasta la noche no se ha enterado de lo que les había pasado a los niños. Ahora mira el balón que ha dejado en la caseta vacía del gato y me pregunta:

—¿A quién se lo devuelvo?

La noche no tiene fin. Diego regresa con los carretes, vacía la máquina y la deja en un rincón. No me dice qué fotografía.

De noche la ciudad parece una boca estropeada con edificios carcomidos en el interior, como los dientes devorados por una caries.

De noche solo queda el viento, que baja de las montañas y vaga como un espíritu inquieto por esta boca desdentada.

Diego dice que esto no es más que el comienzo y nosotros lo estamos viendo. Un día el mundo será todo así, quemado por dentro, herido de muerte. Solo quedarán escombros y amasijos de hierros, respiraderos de gases, lenguas negras de combustión infinita. Ahora lo estamos viendo, el fin del mundo, el de los tebeos, de las películas ambientadas en el futuro más apocalíptico e infecto. Sonríe. Al caer la noche se esfuman las esperanzas. Diego se pone triste. Observo esa mueca maliciosa, los ojos lacados en la oscuridad. Bebe mucho, varios litros de esa cerveza tan mala. Se levanta para mear y choca con algo. Cuando duerme, lo toco para saber si está vivo, si se mueve.

En algún lugar hay una pala excavando. En Sarajevo los muertos se entierran de noche, se arrastran por el suelo en silencio.

La única voz que se oye es el ladrido ronco de los perros, que deambulan por las calles en manadas, esqueléticos, con el vientre vacío y ojos de lobo. Perros de casa convertidos en callejeros por la guerra, abandonados por los amos que han huido o muerto, o que pasan demasiada hambre como para poder alimentarlos.

Raya el alba. En ocasiones no nos despiertan los obuses, sino los pájaros que vuelven y trinan. Entonces piensas que puede acabar.

Parece increíble que al alba vuelva a aparecer toda esa gente, te preguntas dónde se había escondido, si están todos vivos de verdad o si son muertos resucitados. Nadie se queda en casa, hay que salir a la caza de alimentos, de agua, de ocasiones en el mercado negro, de cupones para el pan, de alimentos enlatados procedentes de las ayudas humanitarias. La gente hace la ruta, llama a la puerta de Cáritas, de la iglesia evangélica, de la Benevolencija de los judíos, que son los más generosos y ayudan a todo el mundo. Ayudan a los musulmanes de Sarajevo, que a su vez los ayudaron a ellos, cuando los escondieron de los nazis. De este modo se ocupan las primeras horas del día. Quien se queda encerrado se muere.

Cada vez que sale Velida dice:

—Me voy. Hace una pausa y sonríe.

De vez en cuando cae alguien. No conviene detenerse a mirar… Permitir que los ojos tengan tiempo de ver, de encariñarse. No hay que darles tiempo a los muertos para que se revelen, para que se conviertan en seres reales, conviene seguir avanzando, no diferenciar un cuerpo de un saco de arena, sino dejarlos atrás, de forma indistinta, alejarse de lo verdadero, no apartar la mirada del propio camino. Solo así se puede resistir. Sin dar nombre a los muertos, sin ver el abrigo ni el color del pelo. Dejarlos. Aprender a eludirlos ya de lejos, fingir que no se los ha visto. Aparentar que no existen.

Porque si te paras, si te dejas arrastrar… Entonces aflojas el paso, inevitablemente.

Pero los niños son curiosos, estiran el cuello, miran mientras las madres tiran de ellos, los arrastran. Los niños se acercan a los muertos como las ardillas se acercan a las sobras de un picnic.

Gojko ha venido a buscarme, así que he vuelto a abrazar a Sebina. Al verla me parece que se ha convertido en una tortuga, tiene la cara chupada,

triangular; la boca, fina como una brizna de paja. La estrecho entre mis brazos. Estamos en la puerta de aquella casa que, milagrosamente, aún se tiene en pie. Siento su cabeza sobre mi barriga.

—¿Por qué sigues aquí, *Bijeli biber*?

No quiere irse en uno de esos convoyes de niños solos.

Recibe cartas de sus amigos que se han ido y le parece que todos están más tristes que ella. Dice que su habitación aún no se ha derrumbado y que, a fin de cuentas, no se está tan mal. Gojko va a verla casi a diario y no les falta de nada. Lo único que sucede es que está harta de comer arroz y macarrones.

—¡Y hay que aguantar esta peste! —ríe.

Son las latas de caballa de la ayuda humanitaria. Es un olor que se siente en todas las casas, en los eructos de la gente afortunada como ellos.

Me cuenta que ya se ha acostumbrado a las alarmas, al sótano. Le he traído un poco de chocolate; lo chupa y se pringa la boca.

Ya no entrena, el gimnasio se ha convertido en un centro de acogida de refugiados. Y ahora, después de todo el entusiasmo, se le quiebra la voz. Pero no llora, hace otra mueca, sube y baja los hombros. Agacha la cabeza, se apoya en la pared y se pone a caminar con las manos. El pelo roza el suelo. La falda le cae como una corola marchita. Me fijo en sus piernas sucias, en los nudos de las rodillas, en las venitas que se traslucen en la piel, en las braguitas de flores. Luego baja en arco… curva la espalda como si fuera una contorsionista.

—Te harás daño…

Entonces abre las piernas y acaba con un spagat perfecto. Es una pequeña exhibición para mí. Aplaudo. Queda su sonrisa. El sonido solitario de mis manos, que chocan una contra la otra.

Le pregunto qué es ese sobre colgado de la manija de la puerta. Me dice que contiene documentos, los papeles de la casa, los certificados de nacimiento con el grupo sanguíneo y también el carnet de conducir de Mirne, junto con el dinero, las joyas y el reloj de papá. Están ahí en caso de que tengan que huir, de que una granada impacte contra el edificio.

Tose, abre la boca e inhala su medicamento para el asma. Ríe, dice que tiene un sabor horrible.

—Sabe a piojo.

—¿Desde cuándo tienes asma?

Desde que se queda sola y se le cierra la garganta; pasa miedo por la madre, teme que no regrese. Camina de un lado a otro con aquellas zapatillas que se iluminan en el pasillo oscuro.

—Aún funcionan…

Salgo con Diego. Me pongo que chaleco antibalas que él nunca usa. Caminamos en silencio entre los escombros, uno al lado del otro. La gente no corre, va arreglada, apenas abre los ojos un poco más que los habitantes de una ciudad en paz. Los hombres son más desordenados, tienen el pelo sucio y la ropa arrugada de no habérsela quitado para dormir. Pero aún hay algunos que llevan americana y corbata, parecen profesores, trabajadores de cierto nivel. ¿A dónde van? Las escuelas y las oficinas están cerradas. Cruzan el polvo con sus mocasines, sus maletines negros para documentos, para los apuntes de sus clases de la universidad. Caminan con cautela, casi a cámara lenta, en este paisaje metafísico. Hay algo antinatural en la calma de este campo minado; estas personas causan un extraño efecto, parecen siluetas de cartón. El miedo las vuelve rígidas, austeras. Solo los ojos se mueven rápidamente, precavidos…

Los meses de asedio pueden contarse en la cabeza de las mujeres que no pueden teñirse el pelo, en esos mechones tristes de canas. No obstante las jóvenes mantienen su elegancia, caminan con la cara demacrada pero maquillada a la perfección.

Es la señal que persiste, el corte de mangas a aquellos de allí arriba, esta forma que tiene todo el mundo de salir, esta calma obstinada, estos tacones, este lápiz de labios, en los pasos que ha abierto la guerra, en los recorridos obligados entre las trincheras de sacos de arena, de cruces de hierro.

Llegamos a la fábrica de cerveza. Diego fotografía las largas colas para el agua, ese tubo descubierto, lleno de pequeños agujeros donde la gente

pone los bidones.

Las ruedas. Hay cosas que antes no importaban; como en cualquier otro lugar del mundo eran una cosa más entre otras tantas. Pero ahora… las ruedas. Todo el mundo habla de las ruedas, te preguntan si tienes alguna rueda vieja.

Tocak… Tocak…

Las ruedas sirven para transportar los bidones de agua, la leña, las piezas de coche, todo lo que consigues rapiñar.

Diego fotografía al anciano que empuja un cochecito en el que lleva las raíces de un árbol. Un pedazo de madera sucia de tierra que servirá para el invierno.

Los días transcurren en esa caza continua, en la calle, en el barro de los escombros. Mientras los francotiradores intentan cazarte a ti.

—¿Sabías que el blanco preferido son las madres?

No lo sabía.

—Los francotiradores se divierten al ver llorar a los niños, al ver cómo abren la boca y se desesperan.

Me pregunto si aún me quiere o si no soy más que un fantasma de su vida anterior. No para de mover la cabeza, se vuelve, mira alrededor. ¿Qué está buscando?

La mezquita de Bey también ha sido objetivo de varios ataques. Diego fotografía a los fieles que, al caer el sol, rezan frente al montón de escombros, arrodillados sobre sus alfombras. En la calle Titova está la hoja mecanografiada con la lista de muertos; la cuelgan de noche. La gente se detiene, la lee y baja la cabeza.

Entramos en una *kafana*, una sala sobria, con las mesas amontonadas lejos de la calle. En la barra solo hay una torta oscura. Pero también tienen ese Nescafé fuerte que hace espuma y puede pasar por un espresso italiano de verdad. Hay humo de Drina, gritos de hombres vestidos con uniformes militares cosidos en casa, milicianos de un ejército irregular, héroes combatientes y viejos delincuentes ascendidos a comandantes locales. Hay

una mujer inmóvil, con un codo en la mesa y el rostro apoyado con desgana en la palma de la mano. No se mueve; mantiene una pose que le resalta las facciones, le dilata la nariz, descubre sus dientes oscuros y le cierra un ojo. No parece darse cuenta de nada de lo que sucede a su alrededor. Quizá tan solo intente quitarse el susto del cuerpo.

Mujeres atónitas. Ancianos que parecen estatuas. Bebemos el Nescafé. Le pregunto a Diego por enésima vez qué sentido tiene quedarse ahí.

—¿Por qué estamos aquí?

¿Por qué esta absurdidad? ¿Este castigo?

No responde, se bebe hasta la última gota de café. Tiene la lengua blanca, sucia como la mía.

—No te he pedido que vengas.

Y en la habitación, más tarde, cuando no tenemos nada que comer porque no nos hemos preocupado por ello, y nuestros estómagos se vuelven verdes y ásperos, me llega la voz de Diego en la oscuridad:

—Vuelve a Italia, amor mío.

Llueve… el cielo se hunde, se viene abajo. La lluvia acribilla los plásticos de las ventanas y hace horas que dura este fragor terrible. Hace frío, avanza la estación y estas paredes sucias y surcadas de grietas que suben hasta el techo ya no nos protegen. Huele a humedad y a ropa sucia. Diego está hecho un ovillo bajo las sábanas, con la cabeza tapada, los pies desnudos, amarillos. La bombona de nuestro camping gas se ha acabado, ha expelido una última llama azul… que ha durado poquísimo y luego ha subido hacia el techo, como un alma exhausta. Bajo a la cocina comunitaria a buscar un poco de café. Velida está haciendo cola, con las piernas empapadas hasta las rodillas, y una jarra de hierro esmaltado en la mano. Da un salto, se sobresalta y le cae la jarra.

—Es un trueno, solo un trueno… —le digo.

Me agacho y le devuelvo la jarra que se ha desportillado en dos sitios, así que se le ve el alma de hierro.

—Otra cosa rota… —sonríe.

Ella también desprende un olor extraño. El olor de los ciudadanos de Sarajevo. Y no es solo por la escasez de agua, ya que hoy la gente puede lavarse con la lluvia, sino por el cansancio y el pánico que exuda el cuerpo. Es el olor que antecede a la muerte. Como el de los animales aterrorizados que de repente emanan un hedor insoportable para defenderse. Son cuerpos trastornados, estómagos alterados de gente que come hierba y no duerme y sale de casa con la certeza de que va a morir.

Llueve en esa pequeña cola del patio. Mujeres en zapatillas, que tiemblan.

—Mira en qué estado nos hemos quedado…

Esta mañana Velida puede llorar porque llueve tanto que nadie se percatará de sus lágrimas. Una mujer de la cola la empuja, ella se aparta a un lado y la deja pasar. Luego le cede también su ración de leche, que el vivandero ha encontrado quién sabe dónde; hace meses que no se ve una gota de leche de verdad. Me enfado, le digo que está demasiado delgada para permitirse esos lujos. Pero se niega a convertirse en un animal, rechaza esa lucha entre desesperados.

—Tiene hijos —dice—, y yo solo tengo la muerte.

Levanta la cabeza, el pelo empapado le deja al descubierto la cabeza, mechones de lana mojada.

—Ahora la veo. Hasta hace poco la tenía a distancia, pero ahora está aquí, la he dejado entrar… Se sienta en la cocina como yo, me mira delante de los fogones apagados, me hace compañía. Me invita a bailar. Esta noche se ha puesto mis zapatos italianos, los de la luna de miel, de color camello, abiertos en el talón.

Subo con un poco de café. Diego ya está listo para salir. Lleva un impermeable rojo, ligero y con un desgarrón en la espalda.

—¿A dónde vas?

No soporta estar encerrado ahí dentro; le da igual la lluvia, es más, le gusta.

Ha remendado el desgarrón del impermeable con dos trozos de esparadrapo blanco, el que estaba en nuestro botiquín de la caja de zapatos.

Se va con esa cruz en la espalda. Le digo que parece un blanco perfecto. Se encoge de espaldas y sonríe. Hasta hace poco me habría tirado encima de él para retenerlo, pero ya no tengo fuerzas. Se ha convertido en un fatalista, como todos los habitantes de esta ciudad.

Imbécil.

Lo sigo. Sin chaleco antibalas, porque pesa demasiado, porque hoy también yo bajo la guardia. Estoy cansada y el cansancio nos vuelve temerarios.

Además, quizá los rifles quedarán empapados por culpa de la lluvia, con la mira empañada, escamada. Quizá es más fácil salir indemne bajo la lluvia.

Lo sigo por los caminos encharcados, por los portales desiertos, entre los muros inclinados, afectados por las explosiones de las granadas, que han encontrado su propio equilibrio espectral. Se ve de qué está hecha una pared… de qué tramas, de qué polvo. Esta mirada al interior resulta obscena. La intimidad violada, destapada, expuesta al público en el dolor público. Los ojos son los únicos pedazos de cristal que no caen, que aguantan en su armazón entre los huesos, obligados a mirar, a engullir imágenes que corrompen el cuerpo.

Llueve. Camino detrás de mi marido, de vez en cuando lo pierdo de vista y lo encuentro de nuevo. Estoy hambrienta.

Diego lleva la cruz blanca sobre la espalda de plástico rojo. Entra en el mercado cubierto. Gente solitaria da vueltas sobre sí misma, parecen locos, encerrados en un hospital, caminan con la cabeza gacha como animales en un recinto. De vez en cuando alguien tiembla como si hubiera alcanzado ese umbral estremece y deteriora el sistema nervioso. No hay nada a la venta, tan solo un mercadillo de intercambio de míseros bienes, una jarra de cobre, una botella de licor… un bote de confitura de ciruelas, un encendedor Bic.

Diego se inclina, coge algo y saca un billete. Hace fotos.

Alrededor solo hay agua, que cae con sus violentas embestidas, como si la tiraran a calderadas.

Estoy calada hasta los huesos. En el suelo solo hay barro. De repente veo una cabeza calva, arrancada de un maniquí, que ha salido volando de una tienda, los labios rojos, brillantes por la lluvia, los falsos ojos abiertos de par en par. Me detengo a mirar esa cabeza absurda que me parece tan solitaria. Casi me entran ganas de agacharme, cogerla y llevármela conmigo, ponerla en la mesa de un bar y hablar con ella. Diego está cruzando el puente Cumurija. Por un momento pienso en regresar, pero sé que atrás no dejo nada. Corro tras él.

Pasa junto al Papagajka, ese edificio tan feo y de vistosos colores, ese papagayo medio derruido por las granadas. Sigue caminando, sin mirar atrás. Entra en un edificio más bajo que los otros, es una antigua escuela… un aula tras otra, negras como cuevas. Clases sin puertas ni ventanas, que han acabado en las estufas de la gente, como los asientos, de los que solo queda el armazón de hierro. Apesta a excrementos. Diego parece conocer de memoria el itinerario. Pasa junto a un muro donde aún hay un mapa de la antigua Yugoslavia y una fotografía de Tito acribillada a balazos. Hay un hombre que está cortando una plancha de madera que ha pasado inadvertida hasta ahora; ni siquiera me mira. Camino tras los pasos de mi marido. Se oyen voces de gente… No se sabe si ríen o lloran. De vez en cuando se ve una cortina, o una alfombra, clavadas en el hueco de una puerta, que intentan salvaguardar una miserable intimidad. Colchones amontonados en el suelo, estufas improvisadas. A buen seguro es un escondite de refugiados. Entonces siento el olor de madera y barniz que arden juntos. Diego ha llegado, levanta una esquina de una cortina de plástico y se une al grupo de personas agachadas en el centro de esa habitación, alrededor de una hoguera hecha en el suelo húmedo… La llama es muy débil y solo sale humo.

Me quedo detrás del plástico. Miro esas pobres espaldas. Cuando me doy cuenta trago saliva. El aire parece impregnado de un polvo de cristales que me lacera la garganta. Lleva la cabeza tapada y no se le ve el pelo, parece una más de tantas musulmanas extenuadas, campesinas que han huido de sus aldeas incendiadas. Diego abre la mochila y se sienta a su

lado. Ella se apoya en su hombro, lo estaba esperando. Beben el aguardiente que ha traído él, se pasan la botella. Luego se la dan a los demás.

Entonces Aska se levanta. Aún lleva las botas militares, pero viste a la turca, con los *salvare*, los pantalones a la zuava de las musulmanas. Diego y ella salen a la calle. La lluvia le echa hacia atrás el velo y ahora, además del arco blanco de la frente, se entrevé el rojo de su pelo.

Me llena de sangre una extraña euforia, una dicha violenta que me corta el aliento. Avanzo en el silencio irreal de esta lluvia que devora cualquier otro ruido. No caminan juntos, él va detrás, algo separado. Parecen una pareja que se ha peleado.

Los sigo por los terraplenes, entre cortinas de planchas y bloques de cemento. Ahora están al descubierto, en uno de esos pasos donde hay carteles que dicen «CUIDADO CON LOS FRANCOTIRADORES»…

Me detengo, siento el miedo en las piernas, en la barriga. Hay una abertura a través de la cual se entrevé el verde plúmbeo de las montañas. Los abetales sumergidos en la lluvia parecen guerrilleros que avanzan. Alguien corre en zigzag… y oigo la ráfaga. Un hombre que, por suerte, ahora está a salvo al otro lado del cruce respira doblado sobre sí mismo. Apesto a miedo… Sudo a pesar de tener la ropa empapada.

No me lo puedo creer, Aska sigue avanzando. Me quedo mirando, atónita, cómo cruza la calle. No corre, camina plácidamente, como si no fuera un cruce maldito de Sarajevo, sino de Roma o Copenhague.

Diego se ha detenido, como si ya no tuviera ganas de seguirla. Entonces, de repente, sale al descubierto, corre como el camillero de una ambulancia, con su impermeable rojo y la cruz de esparadrapo blanco en la espalda… Le da un tirón, la agarra de un brazo, le grita que corra, que se aparte de ahí. La protege con su propio cuerpo.

No llega la ráfaga de disparos; tal vez el francotirador haya acabado su turno, o quizá también él se haya quedado mirando con incredulidad esa oveja pelirroja, ese baile indolente.

Ahora Diego y Aska están a salvo, tras el armazón de un tranvía. Ella ha encendido un cigarrillo. Se quedan allí no sé cuánto tiempo, como dos animales empapados. Ella fuma otro cigarro. Él también. No me parece que

hablen. Están agazapados en silencio, las rodillas a la altura de la nariz. Entonces se abrazan, de forma inesperada, como si de repente hubieran hecho las paces y hace un instante ella hubiera cruzado la calle, arriesgado la vida a propósito, con el único fin de castigarlo. Él le quita el velo y le acaricia el pelo. Posa la frente sobre el pelo mojado de ella, se impregna de su aroma.

Y me parece percibir el olor de ese abrazo, el cálido olor de una caseta de perro, de un refugio.

Es un gesto que Diego hacía en los primeros tiempos, cuando había abandonado su ciudad y aún no se había adaptado del todo a Roma. Apoyaba la frente en mí, en mi hombro, derrotado por un cansancio interior. Se quedaba allí, quieto, pegado a mí, con la mirada oculta de un niño vencido, que no quiere que lo vean mientras pierde por falta de amor.

Aska parece mucho más fuerte que él. Lo consuela sin perder la rigidez, abochornada, casi molesta por esa muestra de debilidad.

Se pone en pie, es más alta y delgada de lo que recordaba, parece una vela negra. Y de esa delgadez aflora un vientre, una protuberancia redonda, una especie de hinchazón. Podría parecer el vientre de un cuerpo fatigado por la guerra, por la mala alimentación, por las ortigas, por las sopas de harina, por el agua indigesta teñida por las pastillas desinfectantes… Un vientre enfermo y verminoso. Pero sé que no es así. Ese vientre explota en mi interior como una granada. Retrocedo despanzurrada como aquel hombre de la calle Vase Miskina, ese guante agujereado, colgado de una valla.

Los dejo atrás. Vago por ese parque de atracciones incendiado. Recojo la cabeza del maniquí y me la llevo bajo el brazo.

He logrado volver a casa y meterme en la cama. Ni tan siquiera he cerrado la puerta, que sigue ahí, batiendo en sus goznes, marcando el tiempo de espera; entran ráfagas de viento, de lluvia que lo empapa todo. Diego regresa, sacude la cabeza, se quita el impermeable y los vaqueros mojados.

—Ahora ya sabes por qué no puedo irme.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Quería apañárselas él solo, no quería que yo arriesgara la vida, dice.

No está alterado, no llora, no hace nada. Se mantiene firme, como esta guerra.

Hemos recogido agua de la lluvia. Nuestra habitación se ha convertido en un cementerio de palanganas. ¿Estará infectada esta agua? ¿Qué importa? Quiero darme un baño. La fiebre me quema por dentro. Me sumerjo en el hielo que huele a charca.

Diego sabía que lo estaba siguiendo, dice, y me ha dejado hacer.

—No podía seguir así.

Está tranquilo, por primera vez desde hace meses.

Hicieron el amor esa noche, y todas las noches y días que pasaron juntos. Y no fue un acoplamiento, sino horas de amor, de absoluta dulzura.

Ahora que habla de ella le brillan los ojos… Cuando me cuenta lo que le ha costado separarse de ese cuerpo, de esa nuca.

Es fácil aferrarse a la vida cuando fuera llueven granadas.

¿Y dónde está nuestra vida?

Lejos, lejos… Es inútil mentirse. Vagamos medio moribundos por Croacia, por Ucrania… Nos detuvimos en el aeropuerto de Belgrado, y volvimos a morir a Sarajevo, la ciudad donde nacimos.

No sabía que estaba embarazada, ella no se puso en contacto con él. Lo descubrió cuando volvió a Sarajevo.

Mira la cabeza del maniquí, que ahora debe de parecerle la de Aska, ya que así es como vive ella, separada de su cuerpo.

Enseguida se arrepintió de esa historia, se enfadó y deprimió. Su familia fue exterminada en su pueblo, en Sokolac… Y ahora se siente culpable, cree que Dios la ha castigado.

Diego acaricia la cabeza, los ojos abiertos de par en par, que brillan con unas lágrimas que no salen, se pegan.

—¿La quieres?

—¿Cómo no voy a quererla?

—¿Y yo?

—Tú eres tú.

OceanofPDF.com

Después de la lluvia salen caracoles

Después de la lluvia salen caracoles, avanzan estirando sus cuerpos viscosos, invertebrados, fuera de su grácil casa. Después de la lluvia los habitantes de Sarajevo peinan los prados sin árboles, entre amasijos de hierros y tumbas recién cavadas… Se inclinan furtivamente, emocionados, para recoger estas criaturas resplandecientes. Hace meses que no comen un pedazo de carne. Ha llovido y hoy las mujeres sonríen, depositan su botín en las cocinas completamente vacías. Sonríen los niños, que ven cómo los caracoles se deslizan sobre la mesa y caen. Velida también ha llegado con una bolsa llena de caracoles. Los ha cogido a escondidas, en un huerto aislado… Le da vergüenza que la vean tan hambrienta.

Mojamos el pan en la olla. La cocina está impregnada de este olor dulzón. Caracoles cocidos en el caldo liofilizado de los paquetes humanitarios con especias turcas y vinagre bosnio. Una exquisitez.

Luego Velida dirá que ha sido culpa de esta comida demasiado buena, que les ha devuelto una felicidad que hacía tiempo no sentían, que los ha ilusionado, les ha hecho daño.

A Jovan le brillaban los ojos y tenía las mejillas levemente sonrosadas, tras varios meses de piel gris y manchas ásperas.

Después de comer encendió un cigarrillo del paquete que le había regalado Diego. Los Drina, que ahora se liaban con páginas de libros, porque no había papel de fumar y, obviamente, habían empezado con los libros en cirílico. A Jovan le disgustaba que su cultura se convirtiera en

humo, pero bueno, un cigarro después de un plato de caracoles era un verdadero lujo.

Cuando regresó el silencio, cuando Velida volvió a desmenuzar las ortigas y el buen olor de los caracoles se desvaneció para siempre, Jovan salió.

Hacía meses que no ponía un pie fuera de casa. Se vistió de punta en blanco, con el chaleco de lana, la bufanda ancha, tocado con su vieja kipá. Cogió la cartera que usaba cuando era profesor y dijo que se iba a dar una vuelta, que se encontraba bien.

Palabras irreales en esa ciudad fantasma, en esa casa sin luz, sin cristales, sin los mejores muebles, vendidos, ni los peores, cortados para arder en la estufa.

—¿A dónde vas, Jovan?

—A la universidad.

Velida no tuvo el valor de detenerlo, siempre había respetado la voluntad del marido y no le parecía el momento más apropiado para tratarlo como a una persona incapacitada. Únicamente intentó decirle que la universidad había recibido el impacto de los proyectiles, como todos los edificios más importantes, y Jovan asintió…

—Voy a ver si puedo hacer algo.

—Es peligroso…

Le lanzó una sonrisa y soltó.

«Si el destino de un hombre es ahogarse, se ahogará hasta en un vaso de agua».

Velida vino a llamar a mi puerta demasiado tarde, cuando ya era oscuro, cuando ya era la hora de la policía, y hacía mucho que Jovan había salido. No lloraba, pero la cabeza le temblaba más de lo habitual.

Estaba preocupada pero no había perdido el ánimo. Había hecho lo correcto.

Ese día de mediados de noviembre, tras un banquete de caracoles y dos vasos de aguardiente casero con el arroz de los paquetes humanitarios, el anciano Jovan, un judío serbio de Sarajevo, experto en biología de aguas dulces, después de haber estudiado durante toda la vida la evolución de los

oligoquetos y de las algas unicelulares flageladas, salió a echar un vistazo a la pocilga en la que se había convertido su ciudad, a la destrucción de su pacífica especie, la de los musulmanes, los serbios, los croatas y los judíos de Sarajevo.

La oscuridad devoraba el rostro de Velida, surcado por el río de los recuerdos. No se arrepentía, si Jovan había sentido la necesidad de salir, estaba bien así.

—Nunca nos hemos peleado, somos una pareja pacífica.

Cuando llegó la noticia Velida asintió. Fue un taxista el encargado de traerla, uno de aquellos héroes de la ciudad que se enfrentaban a los cruces más terribles con las puertas abiertas para coger a los heridos. Un hombre alto, de rostro bellísimo, demacrado por la fatiga de la guerra. Estiró los brazos, los cerró sobre el pecho, como los musulmanes, e inclinó la cabeza.

Jovan había sido abatido en el puente de la Unidad y la Fraternidad, se dirigía tranquilamente hacia los francotiradores de Grbavica. Era lo que hacía la gente demasiado cansada o demasiado orgullosa como él. Decidía morir de pie. Caminar hacia el propio francotirador, como un ángel.

Velida contuvo el llanto en la garganta, fueron pequeños sollozos de un dolor inmenso, y luego unos breves suspiros. Así enterraba cincuenta años de vida con Jovan. Yo le cogía la mano, solo una. Era una viuda fuerte, majestuosa, como la mujer de un combatiente. En la cocina tan solo se oía el ruido de la garganta, como el glugluteo de un pavo. Pocos días antes habían tenido una pelea, una de las pocas de todos aquellos años juntos. Jovan insistía en que Velida vendiera el microscopio, los libros y todos los aparatos de su laboratorio científico. Pero ella no quería ni oír hablar del tema, había vendido su oro, los pocos objetos de plata que tenían en casa, había quemado sus zapatos y sus libros para que la estufa siguiera funcionando, pero no quería vender los objetos de Jovan.

—No podía despojarlo de su vida.

No obstante, lo acabó haciendo él. Quedaba su sillón destartalado, el cárdigan gastado que le había dado calor durante todas las noches que había

pasado en el laboratorio.

Creo que simplemente quiso liberar a Velida de su peso. Sin él, tal vez ella pudiera irse, vender el microscopio, salvarse. Sabía que, en cualquier caso, no iba a sobrevivir al invierno, que estaba demasiado débil. En los últimos tiempos su tos parecía salir de un cráter. No era propio de él esperar el final sentado, en la oscuridad de los plásticos de la Unprofor. Esperó a la lluvia, a los caracoles. Ese banquete le restituyó un poco de fuerza. Y con esas fuerzas efímeras salió para despedirse de lo que quedaba de la ciudad donde había nacido y vivido.

Llegamos al hospital de Kosevo. El depósito de cadáveres está impregnado de un olor inconfundible, acre y dulzón. Pasamos junto al cuerpo de una chica con tejanos y sin brazos, a su lado hay un hombre carbonizado, con la piel negra, replegada sobre los huesos del cráneo, los dientes descubiertos. Nos han dado una máscara impregnada de desinfectante para protegernos de ese olor. Velida no se la ha puesto, parece no oler nada.

Jovan está intacto. Es él, absolutamente él, la misma cara de hace unas horas, de cuando hemos comido los caracoles. La muerte no lo ha ensuciado. El médico que nos acompaña explica que le han disparado en la nuca y que el proyectil ha salido junto a una oreja, nos señala un pequeño agujero de color arándano. Velida asiente. No hay nada sucio. Incluso la ropa está inmaculada. El médico se va y nos quedamos solas con todos esos muertos. Pienso «es carne que ya no sufre». Pienso que después de este abismo ya no hay nada. Que debería dejar de sufrir de inmediato porque aquí dentro simplemente se deja de sufrir. Se agacha la cabeza. Velida se inclina y besa en la boca a Jovan. Se queda un rato así, pegada a los labios del marido y, como él, con los ojos cerrados. Cuando se levanta no tiene lágrimas, pero sus labios parecen oscuros y muertos como los de Jovan.

Entonces reparo en el niño, es el siguiente cadáver, después de una camilla vacía. Parece un niño azul. Sí, tiene esa palidez levemente celestial de los santos de las iglesias. No tiene un aspecto demacrado, ni la cara manchada de sangre, tiene ese pelo que nunca se alborota, áspero, corto,

como si fuera un sombrero… Está tan vivo que me parece percibir el olor, el de la cabeza un poco sudada, de niño que ha estado jugando. Es una lagartija azul, este niño. Debe de haber muerto hace poco, poquísimo. Me acerco para mirarlo mejor, no hay nadie a su lado. Velida habla con Jovan, se despide de su marido. Está recordando sus mejores momentos. Así tengo tiempo de dar unos cuantos pasos por este lugar absurdo. El niño lleva un jersey a rayas. Le miro una mano, medio cerrada, abandonada como en el sueño. La inocencia inclinada humildemente ante la muerte. Le miro las uñas, donde me parece que se ha detenido el alma. Debería irme porque tengo la sensación de que no me libraré jamás de esta visión, que este niño entrará en mí y no saldrá hasta que me muera. Será lo último que veré y lo primero que querré alcanzar, luego, cuando busque las uñas de este niño en el vuelo azul de las almas. No me pregunto dónde está su madre porque no está aquí para llorar. Porque ahora soy yo la madre del niño, le toco la mano. Sé que no debería hacerlo, pero me parece que puedo. Acaba de morir, aún parece vivo. Da la sensación de que puede levantarse en cualquier momento, mirarme a los ojos e irse corriendo como un ratón asustado.

Ahora ya tengo el remedio para los poderosos del mundo, para los hombres que visten americana y corbata y que se sientan en torno a la mesa de la falsa paz. Habría que dejar el niño azul sobre una mesa. Tendrían que dejarlos encerrados en la sala, sin poder moverse. Quedarse ahí. Ver cómo la muerte cumple con su metódica tarea, cómo se lo come por dentro. Repartir pan, cigarrillos, agua mineral y dejarlos ahí, mientras el niño se vacía, se descompone hasta que solo quedan los huesos. Durante días. Durante tantos días como quieran. Eso es lo que haría yo.

¿Qué queda después de un niño muerto?

Nada, creo, tan solo la réplica sorda de nosotros mismos.

Se acerca Velida.

—Ya podemos irnos.

Entonces ella también se fija en el niño y se lleva una mano a la boca.

—¿De quién es? —susurra.

—No lo sé.

Mira alrededor como si buscara algo, a alguien… El motivo de todo esto. Ella tampoco ha tenido hijos, somos dos mujeres inútiles, dos bicicletas sin cadena.

—Es el hijo de la guerra… —digo, y no sé qué digo, qué pienso, no sé en qué me he convertido.

Nos dirigimos hacia la salida. La máscara empapada de desinfectante me protege del olor. No debo volverme. Atravesamos la oscuridad, el esqueleto de la ciudad.

De noche pienso en los caracoles, en sus cuerpos pequeños y viscosos, en el grupo de niños que he visto desde la ventana, que reían y cosechaban ese maná después de la lluvia. Pienso en el chaleco rojo de Jovan, en su pecho acatarrado que camina… Oigo el zumbido de su pecho, como si estuviera dentro, como en la sala de máquinas de un barco. Pienso en los ojos sonámbulos del niño azul, en esa calle entre las cejas… estrecha y viscosa, por la que se desliza un caracol. Cruza la calle lentamente, como Jovan, un anciano envuelto en un gabán brillante como el manto de un caracol. Es él, que acompaña al niño mientras cruzan la línea de la vida.

Más tarde Diego también irá a la morgue a despedirse de Jovan.

—Le he puesto un cigarro en el bolsillo. —Sonríe—. Se lo fumará durante el viaje.

—¿Has visto al niño?

—¿Qué niño?

—El niño azul, el que estaba al lado de Jovan…

Dice que no había ningún niño cuando él ha ido. Ningún niño.

—El cadáver de al lado… después de la camilla vacía —insisto.

Se encoge de hombros y se vuelve hacia mí.

—¿Por qué, qué tenía ese niño?

Me gustaría decírselo todo, pero no puedo.

—Estaba muerto —respondo.

Camino en el barro de las lágrimas, me ahogo en la rendija de esos ojos que no se habían cerrado del todo y que ahora ya estarán enterrados,

cubiertos de tierra como un caracol aplastado. No volveré a llorar así, ni cuando me quede sola. Ese día seré fuerte como una viuda bosnia, como Velida.

Cuando estábamos frente al niño dijo:

—Los maridos pueden morir, los hijos no.

Esta noche lloro todo lo que tengo dentro y todo lo que vendrá. Lo que he visto en la calle negra de esos ojos entrecerrados.

Luego me calmo, pero ya no soy yo. Soy lo que queda en la playa tras el paso de un huracán, un campo silencioso de destrucción, del que aflora algo, como una señal de tráfico derribada.

—¿Sabes a quién se parecía ese niño? ¿Te acuerdas de Ante?

Diego da un respingo, como si le hubiera picado un pez, de los que se ocultan bajo la arena y te dan una descarga.

—Ante…

Sí, él. Ese mocoso de pantalones raídos, que siempre andaba solo, encaramado a las rocas como un pájaro, que fingía saber nadar y se ahogaba con tanto de no pedir ayuda.

Durante unos días no siento nada. Me encierro en el fuego azul de aquella visión. En torno a mí solo hay materia fría. Estiro un pie y tiro hacia mí la puerta del armario. Me miro en el único pedazo de espejo que queda. Mi pelo empieza a recuperar su castaño opaco, el tinte solo queda en las puntas, amarillas como las plumas de gallina. Pienso en mi peluquero, en su cara, en su jerga… «tonos de luz, reflejos, baño revitalizante». Estoy en la otra parte del mundo. He dejado de ser yo misma, pero no me importa. Todo lo que ha sucedido antes de esta guerra me parece confinado a una solitaria prehistoria. Hubo un tiempo prebélico, antes del niño azul, en el que imaginé que podría quedarme junto a la oveja, que podría posar una mano, una oreja sobre su vientre. Y que íbamos a ser dos madres.

—¿Qué hará Aska con el niño? —le pregunto a Diego.

—No lo sé, no habla de ello.

—Tengo miedo.

Me mira por un instante.

—Ya es tarde para tener miedo.

Y empezó el invierno. Y se encarnizó la guerra. La florista del Markale decía:

—Este año hemos tenido suerte, se ha retrasado la nieve.

Seguía en su sitio a pesar de que le castañeaban los dientes, frente a su pequeño ramo de flores de papel. El gorro de lana hecho a mano parecía cada vez mayor sobre su rostro, que no paraba de menguar. Pero nunca dejó de sonreír.

Hay cosas que me llevaré conmigo, y que me salvarán. La sonrisa de la florista de la calle Titova es una de ellas.

Un día le pregunté cómo se llamaba. Tal vez pensó que era una pregunta con segundas intenciones, de periodista. A partir del apellido podría haber deducido su etnia.

—*Cvjecarka sarajevska* —respondió.

«¿Qué nombre es ése?», le pregunté a Gojko. Se rió de aquella anciana tan astuta. «No es un nombre propio, *cvjecarka* significa "florista"».

Cvjecarka de Sarajevo y basta.

Diego le hace fotografías, le compra ramos de flores y me los trae a mí; y seguro que también se los lleva a la oveja.

No estoy celosa, ya no soy nadie. Lo que hay a nuestro alrededor se lo lleva todo.

Es Diego quien me habla de ella, mientras caminamos, mientras esas flores se destiñen, dejan gotas de color. Me dice que Aska está muy débil y triste, su familia ha muerto y el bebé le pesa como una losa. Pero es el único ser vivo que le queda.

—Entonces quizá querrá quedárselo…

Se lo preguntará cuando llegue el momento.

—En tal caso…

Niega con la cabeza. Es una hipótesis remota. A ninguna mujer le gustaría tener un hijo bajo el diluvio de una guerra.

—Y tú te quedarás con el bebé y con ella, ¿verdad?

Me mareo, me pregunto qué hago aquí.

El oso también ha muerto, ha resistido más que los otros animales, meses y meses. Luego ha muerto. Su cuerpo peludo se arrodilló, se estiró, abrió la boca lentamente, y así se quedó.

Acompaño a Velida a la estación de tren, desde donde debería salir el convoy hacia Croacia. Gojko me ha ayudado a encontrarle sitio. No ha sido difícil ya que he desembolsado tres mil marcos, casi todo el dinero que me quedaba, pero esto ella no lo sabe. Y no debo decírselo jamás si quiero que siga siendo mi amiga. Le he dicho que es una anciana viuda y, por lo tanto, cumple los requisitos para entrar en la lista de civiles que son evacuados. Pero no es cierto, nadie puede irse sin pagar. Solo lleva una maleta consigo, pequeña, de color marrón oscuro, de piel sintética, atada con un par de cintas. La cojo por el mango y no pesa nada. No me gusta esta maleta medio vacía, no contiene una promesa de vida.

—¿Y qué más necesito? —pregunta—. El abrigo lo llevo puesto. ¿Qué me falta para mi nueva vida?

Aun así se ha llevado los mirlos, que están a sus pies, en una jaula demasiado pequeña, tapada con un trapo. Tiene miedo de que no la dejen subir con esa jaula, es su única preocupación. Sonríe. El pelo corto, entrecano, y el rostro áspero. Pero esta mañana tiene un color discreto. Hace un frío de mil demonios, ni tan siquiera podemos sentarnos, esperamos de pie frente a los escombros de esa que, en un tiempo, era la estación de ferrocarril… de donde salían los trenes para Ploce, para las excursiones hacia la playa. Hay más gente, sentada sobre su equipaje, mujeres que abrazan a niños. Si logran cruzar las casetas militares de los controles pasarán a engrosar el rebaño ya numeroso de los refugiados, de las personas en tránsito, con la hoja del permiso de residencia temporal en el pasaporte azul, con los lirios dorados de la recién nacida y ya difunta Bosnia. Llegarán a los centros de acogida, obtendrán trabajos humildes, serán

mirados con recelo por los ciudadanos de las naciones donde van a vivir, pero nunca más volver a ser sí mismos. Ésta es la nueva vida.

Los autocares llegan al atardecer, cuando nadie los esperaba. Hay un gran aplauso, bocas cariadas que ríen. Velida sube y se pone la jaula en las rodillas. Nos saludamos a través del cristal, picotea con la cabeza y cierra los ojos para darme a entender que está todo bien.

—Te escribiré.

Al final le he contado lo de Aska. Ya lo sabía todo porque la había visto con Diego.

—¿Dónde?

—En los antiguos baños turcos…

Caminaban cogidos de la mano. Le causaron una fuerte impresión. Tan jóvenes y ya tan perdidos, sonámbulos.

Me ha cogido la mano y me ha atraído hacia sí para darme un último abrazo.

—No hagas como yo —me ha dicho—, no respetes a la muerte. Lucha contra ella, aférrate a la vida, Gemma.

Las madres que hay a nuestro alrededor lloran; uno de los autocares transporta únicamente niños. Solo hay un acompañante, un hombre robusto con una bufanda de color melocotón, que recoge los pasaportes.

Esa bufanda me volverá a la mente, junto con el autocar lleno de niños, en el salón de mi casa de Roma, cuando un día lea que cientos de niños evacuados de Sarajevo desaparecieron en la nada. Tal vez fueron adoptados ilegalmente o tal vez sucedió algo mucho peor. Peor hasta el punto de decir: «Apágalo todo, ¿a qué coño, esperas, Dios? Quita el sol, ciégalo de una vez por todas. Acaba con todo, Dios. Y no tengas piedad, no tenemos derecho a ningún testigo».

De repente, una noche, unas ráfagas de viento gélido descienden de las montañas hasta el valle, barren los callejones de Bascarsija y paralizan la poca vida que quedaba. La temperatura baja a varios grados bajo cero, las mantas pesan sobre los cuerpos, rígidas y heladas como fundas metálicas.

El frío se cuela por todas partes en esas construcciones heridas. Las cortinas de plástico que tapan las ventanas están cubiertas de hielo, las manos que las tocan se queman. En los amaneceres neblinosos se empiezan a contar los primeros muertos por congelación, momias cubiertas por un velo de hielo, como galletas cubiertas de azúcar glaseado. En invierno los huertos resisten, adormecidos bajo pequeñas cubiertas de bolsas de celofán, atadas entre sí.

Los francotiradores de Grbavica, de Trebevic y de Poljine hacen turnos más breves por culpa del hielo, no distinguen la carne de la mano del hierro de los rifles.

Cae la nieve, comiéndose el cielo. La ciudad está encerrada en el silencio de sus pasos, los canalones de agua tienen coágulos de hielo en la boca. Los niños sacian la sed con la nieve, que devora las mucosas.

La nieve cubre los escombros, se aferra a los edificios negros en una sola noche y parece que lo limpia todo. Luego la ciudad se vuelve aún más tétrica, más abandonada, cuando la gente intenta limpiar las aceras y la nieve que cubría las calles se amontona en unos muros sucios, y del manto blanco sobresalen como lanzas rotas los minaretes derruidos. El hielo agarrota la vida… En la calle solo se ven figuras huesudas, esqueletos jorobados como los del Museo de Ciencias Naturales arrastran trineos, cochecitos de niño cargados de chatarra. Cae la primera granada del día y la nieve se tiñe de sangre.

Últimamente apenas veo a Gojko, que vive recluido en el búnker de la radio; se dedica a poner en contacto a la gente con sus familiares aislados en los barrios ocupados, recibe de las emisoras de radio de Croacia y Eslovenia las llamadas de los refugiados que quieren tener noticias de los familiares que han quedado bajo el asedio. Aun así, todavía encuentra fuerzas para sonreír. «Parecen voces del más allá», dice. Tiene buena mano para captar sonidos lejanos, comunicaciones que se interrumpen infinidad de veces, voces que afloran en un bosque distorsionado por otras voces, por sollozos, por ruidos que parecen interferencias telúricas.

—Un día de estos hablaré con los muertos —dice—. Cuando acabe esta guerra me habré convertido en médium.

Alguna que otra noche aún logramos vernos para beber juntos esa cerveza que sabe a jabón en los locales subterráneos que han vuelto a abrir, porque la vida empieza a reorganizarse a la sombra de la guerra. Y los muchachos tienen ganas de emborracharse, de enamorarse, de reír.

Así pues me reencuentro con Ana y Mladjo. Zoran fue capturado por uno de los grupos paramilitares y murió mientras cavaba trincheras en el monte Zuc. Se ríen porque Zoran era un intelectual que huía del trabajo físico como un gato del agua, y les divierte imaginárselo allí, con la pala en la mano y hasta las rodillas de barro.

—Además —dice Ana—, las lágrimas ahogan a los muertos, y las carcajadas los mantienen con vida.

Lleva un par de Levi's 501 y una camiseta negra; conserva toda su belleza a pesar de tener los dientes más oscuros.

—¿Qué haces todavía aquí? —me pregunta.

Mladjo me quiere enseñar su última obra. Nos dirigimos a un edificio de estilo austrohúngaro donde había una escuela primaria. El interior está destruido, pero la fachada aún se tiene en pie. Y ha rociado esa pared, solitaria como una tela colgada en la nada, con poliuretano expandido, ha creado la perspectiva de una clase… una inmensa formación de niños extraños. Reconozco muchas caras, Ana, Gojko y Zoran con su rostro picado de viruelas. Ha puesto a toda la gente que conoce en Sarajevo, a todos sus amigos, a los vivos y a los muertos.

¿Qué recuerdo del último mes? A Sebina con un gorro rojo de Papá Noel, que Gojko logró que le regalara un cámara irlandés. Iba con la madre a una fiesta en casa de una prima, Mirna tenía una bandeja de dulces, el pelo bien peinado y los labios pintados. Pasamos junto al Zemaljski Muzej, y lanzó una mirada a los antiguos *stecci* bogomil acribillados por los disparos. Pero Sebina no parecía darse cuenta de esa profanación, y continuaba saltando entre los sacos de tierra de las trincheras. Era feliz porque su maestro había logrado organizar una pequeña clase en su apartamento, así no iba a perder el año escolar.

La guerra rezumaba dentro de mí a través de las mismas grietas por las que tiempo atrás había fluido el amor, y ahora se había depositado en mis vísceras, en lo más profundo de mi ser. De noche solo la luz de los proyectiles trazadores atravesaba la oscuridad. Pensaba en ese vientre que crecía, hinchado y cándido, ahora sabía que ese vientre era Sarajevo.

Diego silba, mete la lengua entre los dientes y reproduce el silbido de las granadas. Ya no envía carretes como hacía antes, a través de algún periodista que regresaba a Italia. La cortina de plástico que tapa la ventana está llena de pequeños cortes causados por el viento y el hielo; Diego introduce el objetivo en esas rendijas, como hacen los francotiradores con los cañones de los rifles, orienta el cuerpo y elige un objetivo, alguien que pasa. Pero a menudo dispara sin película. Y si se lo digo se encoge de hombros.

—Da igual —dice—, no cambia una mierda.

No volvemos a hablar del después, dejamos pasar las horas enquistados en el presente. Somos como todos los demás prisioneros de este valle, no albergamos la menor certeza de que vayamos a resistir hasta mañana. Esta precariedad no me disgusta, es como caminar sobre las olas. Si tan solo él estuviera aquí conmigo. Sin embargo, nos escondemos el uno del otro, y este asedio es el nuestro, una cortina dura que nos protege de nosotros mismos. De noche está prohibido salir con linternas, pero a Diego no le importa y deja la cama. Lleva la barba larga, que le tapa el cuello, tiene los ojos adoloridos, se agita, dice que no puede dormir de noche. Vaga, alucinado, por el esqueleto de esta ciudad devorada… Es como adentrarse en el cuerpo de la muerte.

Le toco el pecho descarnado, me aparta las manos cuando intento ponerle el chaleco de plomo, no soporta ese peso. Se le ha endurecido la espalda, como la de un adulto. Ya no hay tiempo para las tonterías, para las frivolidades amorosas.

Lo que más echo de menos es el abandono atolondrado del después. Cuando Diego me acariciaba el pelo de la nuca y me besaba durante horas,

en ese hueco entre los huesos del cuello donde arranca el pelo, y donde él decía que aún quedaban restos del olor de mi nacimiento.

He dejado de albergar esperanzas con respecto al día de la resurrección, del avión que nos sacará de aquí. Quizá no volveremos jamás a casa, moriremos juntos en esta ciudad donde nos conocimos. Donde hicimos el amor por primera vez, en la cama de la madre de Gojko, frente a una cuna vacía.

Nunca hablamos de Aska. Ella se mueve en el fondo, vive en ese barrio periférico, más destruido que los demás, del que no quiere alejarse; es fácil olvidarse de ella. Sin embargo Diego la llama de noche, aúlla como un perro herido, se levanta de la cama. Por eso no logra dormir. Tiene miedo de que le disparen, ya que con ella también moriría su bebé, el de ambos. Ya está, ya lo he dicho: su bebé, de los dos. Y me gustaría tener el valor de Jovan, dirigirme hacia el francotirador con los brazos abiertos como un ángel. Pero esta no es mi ciudad, no es este mi ataúd. Me sumerjo bajo las mantas frías, somos peces sepultados en un lago helado. Peces que se han quedado ciegos por la profundidad, nos rozamos sin encontrarnos.

Diego dice que Aska no tiene nada que ver. Que se habría quedado igualmente, que no puede dejar sola a esta gente, que ahora no puede vivir en otro lugar. Ahora que conoce ese dolor, intentando alejarse sin lograrlo.

La vida está aquí, entre estos escombros cubiertos de hielo. Y nunca la había sentido con tanta fuerza. La vida es Khalia, la niña que arrastra el trineo con sus hermanos encima, pequeños como conejos; es Izet, el anciano que va a diario hasta su tienda cerrada de Bascarsija y se apoya en la persiana abollada; la vida es la florista que vende ramos de ilusión.

Diego no hace más que repetirme: «vete, vuelve a casa». Pero no puedo irme sin él, sin este amor que ahora él esparce como alpiste por las calles de Sarajevo.

—No me necesitas, te apañas a la perfección sin mí.

Pasa los días haciendo cola para llenar bidones de agua y luego los lleva a los ancianos, a la gente incapacitada que se ha quedado sola. Construye

estufas, transporta leña, limpia la nieve, va de los centros de distribución de ayuda humanitaria a las casas de las familias que ha adoptado y que ya lo esperan. Tiene la cara llena de manchas de las manos de los niños que coge en brazos, que sube por las escaleras de esos edificios sin luz, apestosos. Arriesga la vida, en lugar de dejar que la arriesguen las madres, porque los hombres aptos están casi todos combatiendo, cavando trincheras. Apenas hace fotografías, dice que no le interesa, que Sarajevo está llena de fotógrafos y de periodistas, gente que no sirve para nada, chacales. Los periódicos de todo el mundo están saturados de estos muertos destripados, de estos niños sucios con chándal, necesitan más espacio para la publicidad, para los *panettoni*, para esos diamantes que son para siempre.

Se le había metido en la cabeza la idea de morir en esa guerra, de acabar pagando él por todos aquellos mediadores de paz que no hacían nada. Y a mí me parecía que tras este sacrificio se escondía cierto desencanto hacia mí, hacia nosotros. La arrogancia de un crío herido.

¿Quién se creía que era este chico delgado y encorvado, con el pelo recogido con una cinta roja y un impermeable con una cruz de esparadrapo en la espalda?

Era el padre de todos, y lo llamaban por su nombre.

—*Zdravo, Diego!*

—*Zdravlje, Diego!*

Ya hablaba su idioma. Tenía las manos llenas de sabañones por culpa del frío y de aquellos bidones de agua que llevaba de un lado a otro.

—Tienes estigmas —le decía yo para tomarle el pelo.

Me había enamorado de un chico genovés con el acento ronco del casco antiguo, algún diente cariado por la droga, un cabeza loca. Alguien que se liaba a puñetazos en los campos de fútbol y luego era un cachorro conmigo.

Ahora era un anciano, con la barba larga de un eremita.

Cojo un puñado de nieve y se la tiro, buscando esos ojos de hombre bueno.

Cabrón. Amor.

Un día me meo en la nieve, cuando veo caer al chico con el abrigo de cuadros junto a mí. Por suerte no está muerto. Ha agachado la cabeza para recoger el cigarrillo que estaba fumando y el fragmento de la granada solo lo ha herido en el hombro. Se ha salvado porque tenía las manos entumecidas por el hielo y se le ha caído el cigarrillo.

Ha habido suerte. Hay sangre y este chico que no lo entiende, que no siente el dolor, solo se queja porque el cigarro se ha mojado y se ha apagado. Entonces ve la sangre en la nieve y me mira con ojos desorbitados porque cree que es mía, que la granada me ha herido. Piensa que la muerta soy yo y que caeré de un momento a otro. Me mira como si fuese un fantasma. Intenta encontrar la herida. Piensa que tal vez la tengo en la nuca y ahora empezaré a escupir sangre por la boca. Son esos ojos los que me dan miedo. Opacos, extranjeros, me ven morir. ¿Es esta la última mirada que me va a lanzar el mundo? Siento la orina cálida en el hielo, cae por una pierna, la que tiembla. Entonces es así cómo se muere, sin darse una cuenta.

Luego el chico dirá que no sintió nada, solo un golpe como un empujón. Después miró alrededor y vio la sangre, y me vio a mí. Y por un instante creyó que me habían herido a mí. Hasta al cabo de un rato no sintió el ardor de la herida.

Hoy, mientras hacía cola para el agua, he aprendido esto, que los fragmentos de granada no hacen daño, penetran en el cuerpo sin causar dolor porque la conmoción hace de anestésico.

No salgo más, espero escondida en el pasillo, lejos de la ventana.

—¿Has encontrado algo?

—Me apetecería mucho una zanahoria, eso… una zanahoria.

Podríamos irnos al hotel, trasladarnos al Holiday Inn junto con la prensa extranjera, donde hay un murmullo de lenguas conocidas, gente que va y viene, comida caliente y camareros. Pero Diego detesta ese ambiente falso.

Estoy aferrada a él, desnuda, sin el menor atisbo de dignidad, sin orgullo.

—He sido un monstruo… un monstruo. Quiero encontrar a Aska y pedirle perdón —digo.

Diego me mira como si fuera una fuente, un objeto inanimado que escupe agua.

—¿Qué puedo hacer? ¡¿Qué?!

—Llama a tu padre y dile que te envíe todo el dinero que pueda.

Una noche volvió con una caja de *pasteta*, una especie de paté bosnio, que en tiempos de paz me daba arcadas y que esa noche me pareció el mejor alimento de la tierra. Entonces lo miré para pedirle clemencia, dulzura. Estiré la mano, me la besó como se lame un sello para pegarlo en el sobre, solo para quitárseme de encima.

Nos quedamos un rato así, incliné la nuca para pedirle que me besara allí, en ese hueco que tanto le gustaba. Pero ni siquiera se fijó. Estaba mirando unas fotografías que había llevado a revelar a un laboratorio fotográfico, un cuartucho detrás de la calle Titova, donde había un anciano que imprimía las fotos en un papel viejo y opaco, cortado con un cuchillo.

—Déjamelas ver.

Personas posando, cortadas a la altura de los hombros. Imágenes sin profundidad, como las del expediente policial.

—¿Qué es?

—Son por encargo.

Ahora solo trabaja para la gente de Sarajevo. Son fotografías de recuerdo, para enviar a algún familiar o poner sobre las tumbas.

—No las toques…

—¿Por qué?

—Porque tienes las manos sucias…

Es cierto, tengo las manos pringadas de *pasteta*. Pero esta noche no aguanto más. Y, de repente, antes de que pueda evitarlo, estruyo las

fotografías, toda esa gente miserable que posa. Y me siento viva, porque solo me queda la rabia.

Lo sigo como una sombra sucia, enferma.

Juega a fútbol en la nieve con un grupo de niños, en aquel patio devastado. Ríe, salta, regatea. Luego se queda allí, en cuclillas, cansado. El aliento blanco de su respiración en el frío.

La clase de poliuretano expandido sigue colgada de la pared espectral. Mladjo ha muerto. Empujaba la silla de ruedas de su padre y el francotirador le disparó para divertirse y ver a ese viejo parapléjico solo, plantado en medio de la calle, incapaz de moverse, de socorrer a su hijo.

Sigo a Diego hasta el Markale, entra en esa construcción ruinosa donde hoy cuelga ropa sucia de nieve que gotea, ropa humanitaria que ha acabado en el mercado negro… Busca entre los montones de botas de goma usadas. A estas alturas ya me da asco todo. Estoy que reviento. No soporto este olor de cosas usadas y húmedas, de sopas que hierven en las ollas de aluminio, de alcantarillas atascadas… Tampoco soporto este barro mezclado con la nieve. Tengo miedo de los perros callejeros que devoran a los muertos, de los rostros demacrados de la gente, de esos pantalones habitados por piernas descarnadas y rígidas como muletas, de esos ojos alucinados que murmuran pegados al suelo. Bojan el mimo y su novia Dragana hacen un número especial bajo el pórtico de la calle peatonal, fingen que comen, preparan un banquete imaginario y son tan buenos que logran que se te haga la boca agua. Cogen de la mano a quien se para a mirarlos, lo invitan a sentarse con ellos para que participe en la comilona, sirven sopa a todos los comensales, pata de cordero, pan de pita… Se lamen los dedos, engullen, algunos ríen, algunos lloran, pero al final todos se sienten satisfechos.

Diego sale del Markale con un chaquetón de ante colgado de una percha. Lo lleva sobre los hombros, ese gabán de piel girada lleno de pelo, que parece el cuerpo de un animal. Lo arrastra por la nieve.

La última vez que veo a Aska lleva puesto este abrigo que la hace enorme. Los botones tensos, delante, sobre el vientre inmenso. Ha llegado a la mezquita de Ferhadija, se quita los zapatos y se lava en la fuente helada.

Diego la ayuda, le sirve de apoyo. Ella se frota la cara y el cuello. Luego se quita los zapatos y sumerge los pies en esa agua, que más que agua es hielo.

Camina descalza en la nieve. Se detiene en lo que queda de las *sofe*, los lugares destinados a las mujeres. Se agacha y se arrodilla. Permanece con el cuerpo inclinado, se esfuerza porque el vientre le impide llegar al suelo en esa sumisión total a su Dios.

Me acerco y me arrodillo a su lado. Sus ojos son peces inmóviles bajo una capa de hielo.

—Te daré el bebé —dice.

Se dibuja una sonrisa triste en su rostro, que no me parece el mismo.

—A menos que un francotirador se te adelante.

OceanofPDF.com

Pietro está frente al espejo

Pietro está frente al espejo. Se ha dado una de sus interminables duchas. Levanta los brazos desnudos y se mira un buen rato. Se me acerca y me pregunta si noto diferencia entre un músculo y el otro, si ya tiene brazo de tenista.

—Toca.

No veo ninguna diferencia. Palpo dos cilindros de carne, alargados y magros, y luego el hueso.

—Tengo que apuntarme al gimnasio para hacer pesas.

Ahora está sentado en la cama, con una toalla en torno a la cintura; ha dejado las sábanas empapadas, pero da igual porque, total, vamos a irnos.

Le miro la espalda, desnuda y encorvada, con los granos de la columna vertebral, los omóplatos que sobresalen de la piel como alas plegadas.

—Soy horrible —dice.

Lo repite continuamente, se encuentra muchos defectos, los hombros raquíticos, los ojos demasiado grandes, las pestañas demasiado largas, de chica. Le da asco esa manchita marrón con pelos que tiene en el muslo, junto a la ingle. Un «antojo», dice. Por culpa de esa mancha no se pone bañador slip en la playa, solo bermudas hasta las rodillas.

—Eres muy guapo, ¿qué dices?

Aún no ha tenido novia. La única mujer que le hace cumplidos soy yo y, por supuesto, no me cree.

Tiene una pelusa sobre el labio que parece un borrón, tiene los dientes, las orejas y la nariz demasiado grandes porque aún no le ha crecido la cara y sus facciones parecen las de un muchacho de Picasso: ojos de caballo cual dispuestos en un rostro de alubia.

Será guapísimo, lo delata su sonrisa, la mano que tiene para los niños pequeños o su encanto cuando saluda a desconocidos y les besa en la mejilla, como si fueran amigos muy queridos.

En su pasaporte consta que nació en Sarajevo. Para él esta ciudad es una tierra de nadie en la que me encontraba por error, para seguir a un padre al que nunca conoció.

Sólo me ha preguntado en una ocasión cómo nació. Estaba haciendo tercero de primaria, era para un trabajo. Pegamos su fotografía de recién nacido en una hoja de cartón con pegamento en barra.

—¿Qué escribo, mamá?

Tenía que contar su nacimiento y, naturalmente, me lo preguntaba a mí. Me levanté, abrí la nevera y saqué un bistec. Le hablé de espaldas… Me inventé algo mientras manoseaba ese trozo de carne fría.

Luego vi su trabajo pegado junto a los de los demás niños en el gran tablón escolar de fin de curso. Estaba allí, con el vaso de plástico lleno a rebosar de naranjada, en medio de aquel gallinero de madres a las que nunca había soportado. La confianza entre madres me da miedo, ninguna se me parece. Estaba ahí sola, frente a las palabras de mi hijo. Había descrito un nacimiento banal y almibarado. Y era justamente esa banalidad la que me conmovía. Éramos como todos los demás, yo una madre «dulcísima» y él un «recién nacido mofletudo». Nuestra absurda historia pasaba desapercibida entre todos aquellos relatos de partos canónicos, de lazos azules y rosas. Había hecho gala de una inventiva muy superior a la mía. Lo tenía a mi lado, el físico raquítico de su padre, la cara pálida de la ciudad. Los ojos serenos de un cómplice perfecto:

—¿Te gusta, mamá?

Se cayó una lágrima en la naranjada. Una lágrima estúpida como mi vida. No lograba responderle, me limitaba a asentir con la cabeza, como una gallina que picotea. Yo picoteaba sobre aquella mentira tibia y larguísima, untada con lápiz por el trazo aún inseguro de la caligrafía de mi hijo. Esa inocencia era mi excusa. Era él quien me había bautizado como su madre. Quien dijo «eres tú. Y este es el certificado».

¿Y qué debería haberle dicho?

Cada vez que iba a ver a una amiga que daba a luz entre almohadas blancas y lazos, cada vez que veía la limpieza inmaculada, cada vez que sentía ese olor indescriptible de carne recién nacida, de bebé con apenas unas horas de vida… aunque solo fuera el olor de los productos de limpieza, de los discos para desinfectar los pezones antes de dar el pecho, cada vez que sonreía, que decía «qué maravilla, qué encanto», cada vez me sentía un poco más sola, un poco peor. Y abandonaba esas madrigueras de guata después de haber depositado mi regalo, ofuscada. Y caminaba durante un rato, vagaba por las calles, sin ser yo misma.

Yo no he dado a luz. Una nunca se cura de aquello que le falta, se adapta, se cuenta otras verdades. Aprende a convivir consigo misma, con la nostalgia de la vida, como los ancianos.

Yo no he participado del acontecimiento primigenio, de la regeneración de mí misma. Mi cuerpo fue excluido de este banquete que las mujeres normales repiten a ráfagas, y una vez satisfechas se muestran indiferentes hacia las que son como yo.

Los partos cambian los huesos, los mueven. Mi abuela decía que cada nacimiento es un clavo en el cuerpo de una mujer, una herradura. Y que antes de morir las madres ven de nuevo los partos que han tenido, el cuerpo que se abre y el torrente de carbón blanco que libera. Ven los clavos, el rastro de su recorrido. ¿Qué recordaré cuando muera? ¿Cuál será mi herradura?

Pietro escribió que me lo puse sobre la barriga y que se durmió encima de mí. Debería haberme avergonzado, sin embargo, me sentía en paz. Todo lo demás eran clavos que se podían echar a la basura.

Vino a buscarme Gojko, oí los golpes en la puerta, no dormía. Estaba tumbada con los ojos cerrados junto a la pared, al fondo de la habitación, en el lugar al que había arrastrado la cama, no podía separarme de esa pared por la que se filtraba aire frío y a la que me pegaba solo por miedo. Empezaba a rayar el alba. En tiempos normales no me habría dado cuenta, pero ahora percibía cualquier variación de la luz.

Gojko no habla, tiene un encendedor en la mano para vernos en la oscuridad. Lo apaga, quizá para ahorrar gas.

—¿Qué pasa?

No veo su rostro, lo imagino en la tenue aureola de luz de hace un instante, de esa llama que apenas iluminaba. Hace un gesto, se lleva una mano a la cara y la deja allí, pegada a la mejilla como un apósito de carne, como si quisiera protegerse. Es un gesto insólito, femenino, que nunca le he visto hacer.

—¿Qué ha pasado?

Sacude la cabeza, farfulla algo incomprensible.

¿Por qué no habla este idiota? Estoy preparada. Lo estoy desde que entré en el depósito de cadáveres, desde que cayeron las primeras nieves. Jovan ya me lo ha enseñado todo. El cuerpo se vacía como un saco de arena agujereado, sientes cómo cae la arena. La calma es una virtud de Sarajevo. Es una calma que no sabes que posees, inesperada, como la de los muertos.

Cojo la linterna y le enfoco la cara. La aparta, agita la cabeza, se quita la mano de la mejilla y escupe al suelo.

—Aaah…

Siento un fuerte olor a alcohol, a aguardiente. Gojko suelta un par de palabrotas, se queja de que le duele un *zub*, una muela de las grandes, del fondo. Y dice que se pone aguardiente en la boca para dormir al niño, al molar. Lo miro, tiene una mejilla hinchada como si le hubiera picado un insecto, y los ojos entrecerrados, tristes.

Entonces me cuenta que está naciendo el bebé y que ha venido a buscarme. Se lo ha pedido Diego.

Vuelvo con la linterna a la habitación, me inclino, hurgo en la maleta que hay bajo la cama, la abro, cojo la mochila con el dinero que me mandó papá a través de Vanda, la voluntaria a la que conocí en el avión militar. Nos encontramos en una *kafana* y se había rapado la cabeza como un paracaidista. Compartimos un paquete de compresas como hermanas.

Es un alba lívida que quizá traerá un día radiante. Corremos por las callejuelas en ruinas de Bjelave sumergidos en este laberinto de esqueletos, de avenidas que parecen montañas rusas de un parque de atracciones del infierno. De repente pienso que lo peor no es esto, este presente sacudido por la locura. Lo peor aún está por venir. Cuando los cañones se vayan, se irán los periodistas y solo quedará la cara gris de esta ciudad, que seguirá padeciendo un dolor silencioso, extendido como el moho. Como la pus.

Gojko parece triste, ni tan siquiera perdido. Ahora conoce la topografía de esta nueva ciudad minada, dividida en zonas, por la que se mueve como en una máquina de *pinball*, y donde solo los mejores no acaban en el agujero. Y él es un buen jugador. Ya no se fija en las ruinas, se ha acostumbrado. Solo busca el camino libre, la ocasión.

—¿En qué piensas?

Me dice que tiene dolor de muelas y solo piensa en ese molar que lo atormenta.

La luz del hospital es el resplendor mortecina de un cementerio. Pequeños destellos de las zonas que están en servicio, solo de vez en cuando, luego largas zonas de oscuridad, de escaleras que se precipitan. Siento bajo los pies el suelo inestable, que parece construido sobre el barro. Un cable, un panel que cuelga me rozan la cabeza. Casi todas las secciones están afectadas, las camas se amontonan en los pasillos. Los cuerpos parecen sacos de arena en la oscuridad. Intento no mirar los pies que asoman bajo las sábanas, los tubos negros de sangre. Sigo la espalda de Gojko en este túnel. Varias figuras salen a nuestro paso, chocan con nosotros. Alguien grita. Empieza a despuntar el día, tengo la sensación de que avanzo en un crepúsculo mugriento. Un guerrillero de uniforme camina apoyado en una mujer con una bata azul. Un anciano con una pierna que acaba en la rodilla, en una cataplasma de vendas ensangrentadas, fuma sentado en una camilla. Gojko me tiende una mano, me ayuda a subir escaleras medio derruidas, a

través de las cuales se ven los pisos inferiores. En la maternidad hay una tregua, nadie se queja. Una mujer está doblada sobre su vientre hinchado como si se tratara de una maleta, como una viajera extenuada.

Diego está sentado en el último escalón de una de esas rampas sin barandillas.

No es un amanecer cualquiera. Parece que estamos sepultados en una mina submarina, que nos movemos lentamente en el agua. Gojko se aleja, va a buscar a alguien que le quite la maldita muela, y si no lo encuentra grita que intentará hacerlo solo, que le basta con unas pinzas. Diego me ve y se levanta. Me repliego en su olor. Hace tres días que no lo veo, que no viene a dormir.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, bien.

Pocas palabras y luego solo el aliento de la respiración, en aquella sección de maternidad que parece una chatarrería. No hay calefacción, es como si estuviéramos al raso. Un día tendría que hablar con Diego de ese olor. De cansancio y de frío. Del cuello de su padre, que temblaba como el de una oca a la que están a punto de agarrar.

—Dime algo.

—¿Qué?

—Lo que sea.

«Te quiero», tal vez era esto lo que quería oír. Estamos sentados juntos en este escalón y ha apoyado la cabeza en mis piernas.

—He traído el dinero —le digo—. Está aquí… —Y toco la mochila. No me la he puesto a la espalda, sino delante, bajo el anorak. Tenía miedo de que me robaran en algún bloqueo. Diego sonríe, lanza una sonrisa desconsolada, de viejo. Porque en esta barriga llena de dinero está todo, nuestra fortuna y nuestra tristeza.

¿Tendría que haberle dicho esto a Pietro? Mamá estaba embarazada de cincuenta mil marcos en billetes pequeños, que le pesaban en el vientre, bajo las tetas. Decirle, el fotógrafo y yo fuimos muy generosos, el abuelo se vendió la casa de la playa para ayudarnos. Era una cifra desproporcionada, hay gente que compró niños en Sarajevo por un puñado de calderilla.

Acuno esa barriga de dinero, la aferro contra mí. Nos abrazamos con este peso en medio, que nos mantiene un poco alejados.

Aska está de pie, camina de un lado a otro frente a las puertas de los baños. De vez en cuando se detiene, se apoya contra la pared, entre los dos lavamanos. Me acerco. Bastan pocos pasos en esa mina sumergida.

Hay un olor fuerte, de lavabos atascados, que los desinfectantes no pueden eliminar por completo. Nuestra respiración se convierte en aliento blanco. Estamos en un lago ártico, sepultados bajo la corteza del hielo. Volvemos a estar los tres juntos después de tanto tiempo.

También debería contarle esto a Pietro. Hablarle de ese otro olor, a cárcel, a abandono. Hablarle de ese encuentro.

La trompetista, la oveja indisciplinada de Andric, la rebelde que baila frente al lobo, me mira sin cambiar la expresión, como si no se acordase de mí.

Sin embargo tiempo atrás, un siglo antes de este asedio que ha devorado su ciudad, fuimos amigas. Una noche bailamos abrazadas frente a un póster de Janis Joplin y ella, que era más joven y más pobre, me aguantó; refulgía con su futuro salvaje de trompetista, mientras yo le decía «soy mucho más pobre que tú». Ahora tiene el pelo de un color más apagado que antes; recogido en una coleta, le cae sobre el cuello. El rostro, teñido de una luz gris, parece desprovisto de toda emoción. Miro hacia abajo.

Lleva el abrigo de piel de cordero que Diego compró en el Markale encima de la bata. Miro ese vientre que aflora y me parece enorme, que destaca en un cuerpo tan delgado. Se lleva las manos a la espalda, a los riñones, y se apoya en la pared con la cabeza. Diego está al lado, pero, en cierto sentido, no está, nos ha dejado solas. El vientre de Aska es grande y firme.

—¿Puedo tocar?

Es una voz que sube del pozo, no me parece la mía. Aska asiente, sin mirarme. Aleja los brazos del cuerpo para hacerme sitio. Y yo acerco la mano.

También esto debería contárselo a Pietro, un día, antes de morir, debería hablarle de este brazo que se aleja de mí y avanza hacia él.

La mano se posa insegura como el primer módulo lunar en la luna. Los dedos son garras rígidas, metálicas.

No soy nadie, tan solo un invasor, un pájaro de hierro en un planeta que no me pertenece. Hace un frío de mil demonios, pero esta mano parece estar en contacto con nieve caliente. Estoy aquí y no me iré. Respiro.

Ahora el agua es ésta, amniótica, sumergida.

—¿Has traído el dinero?

Asiento con todo el cuerpo, señalo la mochila que llevo delante, ese bulto bajo el anorak. Ese vientre de dinero que da más pena que todo lo demás me hace sentir miserable de verdad.

—*Dobra* —dice, «bien».

Entonces noto el golpe en la mano que estaba posada en su vientre. Y es una cabeza, como un pez que bate contra el hielo.

Grito. Siento el golpe desde dentro y grito.

¿Qué era? ¿Un pie? ¿Un codo? ¿Un puño?

Sin embargo no veo nada, solo un cielo de barro azul, una náusea que desciende de la cabeza… Y sé que me voy a marcar porque estoy en ayunas, porque ese golpe ha entrado en la ingle vacía, ha atravesado esa carne silenciosa y oculta entre los huesos del pubis, esos que en los esqueletos son llanos y blancos…

Soy un saco de arena roto, noto como van cayendo los granos, cómo atraviesan bruscamente mi cuerpo. Ahora tengo toda la arena en los pies, la cabeza vacía, es una luz que lo borra todo.

Estoy en los brazos de Gojko, abro de nuevo los ojos entre su pelo mugriento. Me pone la botella bajo la nariz.

—Respira, preciosa, huele esta maravilla.

Es aguardiente de Montenegro, el mítico Trece de Julio, una rareza. Deben de estar un poco alegres porque Diego tiene las manos calientes a pesar del hielo. Y Gojko está eufórico, se ha arrancado la muela. Abre la boca y me enseña el hueco negro, se ríe con los dientes teñidos de sangre.

Veo a Aska en el sopor de este duermevela, la cabeza apoyada contra la pared. Se arrodilla entre los lavabos y se pone a cuatro patas.

—¿Necesitas algo?

—Un cigarro.

Le pido a Gojko que me dé uno de sus Drina, me arrodillo junto a ella y se lo pongo en la boca ya encendido.

Mientras aspira no para de temblar y se le crispa la cara de dolor.

Ahora siento un fuerte dolor detrás. Lo recuerdo a la perfección, ese dolor bífido que nace en la espalda y se introduce en las entrañas. Dos cuchillas que se clavan en los riñones y hacen fuerza para unirse en la ingle.

El dolor de Aska se me pega. No estaba preparada para esto. Me alejo, vuelvo a sentarme en el escalón. Diego se acerca a Aska, le masajea la espalda y regresa junto a mí con la cabeza gacha.

Ahora es más fea, el cansancio la hace cojear como un perro rabioso. Se le ha caído el cigarrillo al suelo. Tendría que hablarle a Pietro de esta cabeza que choca contra el pie de un lavamanos… del cigarro que cayó al suelo, sucio, y que yo habría tirado, pero su madre quiere que se lo devuelva, lo pide a gritos en su idioma.

Le pongo la colilla en la boca. El humo sale a bocanadas, quizá le sirva para ahuyentar el dolor. Vuelve a gritar, agarrotada como antes, como si tuviera un trapo en la boca, un tapón.

Las mujeres saben esconderse, enterrarse, como la tierra al caer la noche, pero en el momento de dar a luz salen, como los dientes en la oscuridad; es entonces cuando aflora el alma, el valor, mientras se remacha el clavo.

Yo me he quedado a oscuras, no he tenido tiempo de mostrarme.

Pero Aska está obligada a pasar al descubierto. Y cuántas veces mirando al monte he pensado que su vientre apuntado hacia mí era un cañón.

—Hay que respirar —exclama Gojko.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi madre.

Respiramos todos, inhalamos el aire hasta la barriga y lo expulsamos de golpe, como una estufa averiada. Aska respira un poco con nosotros, luego gime y nos fulmina con la mirada. Gojko dice que dar a luz es como

arrancarse una muela, que dentro de poco estará bien, como él. Abre la boca y le enseña el agujero. Aska pide otro cigarro. Gojko me mira:

—Ya puedes ir preparándote, guapa, este bebé apestará a Sarajevo, a cenicero. —Ríe, y si no fuera una tragedia sería una farsa… Parecemos cuatro locos en el manicomio, caminamos a gatas junto a la oveja parturienta.

Se levanta. Se desliza por la pared como un insecto grande, se acerca a la ventana del lavabo, que está tapada con un plástico militar con un agujero en el centro para ventilar el aire, el mal olor. Aska asoma la cabeza por el agujero. Mira el cielo atravesado por el resplandor de uno de aquellos proyectiles… Mira Sarajevo, las casas incendiadas, el campo de fútbol convertido en cementerio.

Tendría que hablarle a Pietro de esa mirada de Aska, que sigue fumando mientras contempla la ciudad muerta, constreñida en el letargo del hielo y el barro.

Son los últimos instantes que pasa dentro de ella.

Su vientre vivo se expone por última vez a la ruleta de Sarajevo.

¿Por qué lo hace? Los francotiradores no están muy lejos de ahí, apostados en los esqueletos de las casas del lado occidental. Y tiene un cigarrillo encendido, un ascua que es una señal.

Ahora su barriga es la cúpula de una mezquita… de la mezquita de Ferhadija, donde la vi entrar y tenderse en el suelo.

Sin embargo no le digo nada. Que dicida ella por nosotros, por todos.

Es Diego quien la agarra de un brazo y la aparta de la ventana. Respiran de espaldas a la pared, uno al lado del otro. Ella jadea, la mirada fija en el agujero, y él la mira. Quizá la miraba así, con la misma ternura, la misma nostalgia, mientras hacían el amor.

¿Tendría que contarle todo esto a Pietro?

Esta mirada tan íntima, que me priva de todo una vez más. Hace un último gesto, le coge la mano a Diego y se la acerca a la cara, la muerde como un trapo, como un amor que te abandona.

—*Dosta… dosta…* —gime—, basta, basta, sacádmelo…

Al final viene alguien, una mujer con bata y unas medias de lana cortas y se la lleva.

Y todo sucede a dos pasos de nosotros, tras una cortina de plástico blanco. Mientras se dirigía hacia la camilla Aska me miró… Y no me puedo quitar esa mirada de la cabeza, como un peso que me oprime los hombros. Es la mirada inerte de los refugiados, de las personas que se separan de sí mismas.

Todo sucede en muy poco tiempo. Detrás de esa cortina blanca solo se ven sombras de extremidades, de gestos agitados. Un pie de Aska baila en el aire. Debería hablarle a Pietro de este pie, de estas sombras en las que se extienden nuestros miedos y nuestra miseria.

Veo la espalda de la comadrona, los codos… Parece que esté cavando. Habla en voz alta, a trompicones. Aska apenas se queja.

Estamos allí, los ojos clavados en esas sombras negras que bailan sobre esa cortina blanca.

Gestos bruscos, gritos entrecortados… Manos que hurgan en un cuerpo. Ahora la guerra está toda aquí, detrás de esta cortina, donde las manos parecen millones. La mujer hurga, tira, arrastra, anuda…

¿Debería contarle a Pietro qué pensaba mientras él venía al mundo?

En los francotiradores. En sus trágicas vidas. En esa entrevista grabada que vi. El muchacho tiene los ojos azules y sonríe, dice que «es como disparar a los conejos, lo mismo». Y veo al niño azul. Juega con su trineo, lo arrastra por la pendiente tirando de la cuerda; todo aquello supone un gran esfuerzo porque baja en un suspiro, pero tarda en subir… Aun así vale la pena. Hace un día radiante y hay nieve fresca. El francotirador bebe licor de ciruela, fuma y tira al suelo una colilla que aún no se ha apagado. Luego coge su pala, el rifle. Su madre lo trajo al mundo y lo bautizó, el francotirador lleva una cruz al cuello, cree en la divina trinidad, la de la gran Serbia. Al menos eso le parece recordar, porque han pasado pocos meses pero todo ha cambiado y no recuerda exactamente por qué subió a la montaña con los demás. Dispara a su ciudad, a su barrio. Alza el rifle,

acerca el ojo a la mira telescópica y busca… y le gusta buscar, le provoca un estremecimiento que baja del pecho hasta la barriga y llega a los testículos. Elige esa pendiente, ese sendero cubierto de nieve en el que él también jugaba de niño. Siente nostalgia de aquellos días, de su infancia, como todos los hombres.

Hay otros niños en la cuesta, entre dos edificios derruidos; el de la izquierda era la escuela de primaria a la que también fue él. Por un instante recuerda la maestra que untaba el pan con *pasteta* y le daba una rebanada. Y él sonreía, le decía «*hvala*». Le gustaba esa maestra. No sabe ahora si era serbia o musulmana; intenta pensar pero no lo recuerda.

Los niños juegan, los ha visto llegar, no los esperaba. Nunca sabe qué sucederá, en qué centrará su atención, en qué objetivo, qué *cilj*. Es una palabra que le gusta, *cilj*, porque es su trabajo de todos los días, porque es una palabra limpia. «Hombre», «mujer» y «niño» le parecen palabras que ensucian su misión. Los niños son objetivos pequeños, *maleni ciljevi*, y, por lo general, no acostumbra a disparar a objetivos pequeños, se mueven demasiado. Pero esta mañana es muy fácil, es una invitación. Los *maleni ciljevi* parecen conejos esparcidos sobre la nieve. Sus madres los han dejado salir, no podían mantenerlos encerrados todo el día en la humedad de los refugios, y quizá querían ser libres, hacer la colada o preparar una sopa de verduras. El francotirador busca. Los niños aún son manchas en la nieve, pequeñas figuras de contornos imprecisos. Gira la manopla que regula la mira telescópica de su rifle de precisión. Hay un batiburrillo de nieve, de retales de jersey, de fragmentos de caras. Ha ampliado demasiado la imagen, que está desenfocada. Intenta ajustarla, se acerca… los cuerpos afloran desde el anonimato, ya sean niños. Se desliza por la nieve con su mira telescópica, los sigue durante unos pasos, mientras juegan. Él también jugaba a lo mismo, se metía en una casita de plástico con su hermano. Una vez cayó sobre una piedra grande que sobresalía en la nieve. Se pregunta si aún estará; la busca y la encuentra. Le gusta encontrar señales de su vida pasada, aunque sabe que no volverá. No siente ninguna emoción, es como reconocer un territorio, algo importante para un cazador. Se detiene en un niño. No sabe por qué lo elige a él en lugar de a otro. Quizá porque no lleva

sombrero, tiene la frente descubierta y cuando se vuelve le ve el hueco de la nuca.

¿Debería contarle esto a Pietro? Cuando él nacía yo pensaba en la nuca del niño azul, la veía, estaba frente a mí, en la mira telescópica de un francotirador. El nacimiento del cabello, donde empieza la vida.

Mi corazón late dentro del corazón del francotirador. Soy yo quien elige al niño. Lo elijo porque tiene la nuca al aire y el pelo corto, una cabeza cubierta por una tupida mata de pelo. Es un pelo que huele. Y el francotirador percibe el olor. De niño él también tenía el pelo así, recio, endurecido por el sudor, silencioso. El niño da los últimos pasos de su vida sobre la nieve, ríe, tiene las mejillas rojas, el aliento blanco por el frío, arrastra el trineo pendiente arriba.

La mira sobre el cañón del rifle se mueve y sigue los pasos del niño, trepa con él por la nieve. El francotirador no sabe por qué ha acabado haciendo este trabajo, cómo ha ido todo. Han sido las circunstancias. Hay sacos de tierra amontonados en la nieve, podría desviar la mirada y disparar contra uno de esos sacos, para él no supondría ninguna diferencia. El hecho es que por cada objetivo alcanzado recibe una buena recompensa en marcos, y la necesita porque su paga de soldado es baja y quiere comprarse un BMW descapotable. Piensa en el coche, en los asientos negros, en el encendedor del salpicadero, piensa en el viento que le agitará el pelo. El conejo es un niño que avanza con el pelo rapado. El proyectil alcanza finalmente la nuca y el niño cae boca abajo. Los demás huyen, dejan los trineos y corren como conejos asustados. El francotirador regresa al lugar, lo examina con la mira telescópica y se fija en las pisadas que han quedado. Le gusta ese silencio, mientras observa su trabajo, cuando solo quedan él y la retícula de la mira. Ve el agujero de la nuca, perfecto. El objetivo pequeño, el *maleni cilj* ha muerto al recibir el impacto, ni tan siquiera se ha arrastrado con los codos. El hombre no tiene la necesidad de malgastar más balas para rematarlo.

Ahora sonríe, las mejillas fruncidas, los ojos inertes porque el corazón ha muerto. Pasará un rato antes de que vayan a buscar al niño, lo sabe. Esperarán a que se vaya, a que acabe su turno. El rostro del niño se está

poniendo lívido en la nieve. La colilla que el francotirador ha tirado al suelo aún está encendida. De vez en cuando sube un periodista hasta allí arriba, le dice «dispara, que te grabo mientras lo haces», y el francotirador dispara para él. Luego hace la entrevista, con los brazos doblados contra el pecho, la cruz sobre el uniforme de camuflaje y la gorra negra.

«Es como disparar a conejos», y sonríe. Luego las facciones se endurecen y solo queda un mísero estupor, el mismo del diablo cuando se mira a sí mismo.

Nos llegan los gritos del recién nacido, los gemidos ahogados en las mucosas sucias, como el quejido de un gato. Ninguno de nosotros se mueve. Solo Diego da un paso hacia su bebé, pero se detiene. Vuelve junto a mí y me da la mano.

La mujer nos llama, nos hace un gesto para que nos acerquemos. Nos lo enseña, es un niño. Nadie sabía qué era, pero va a ser Pietro.

—Pietro…

Lo miro pero no lo veré hasta más tarde. Ahora lo engullo. Abro la boca, estupefacta, y me sube a la garganta. La mujer de la bata lo está limpiando en la camilla, lo ha puesto del revés, lo frota con un paño que moja en un cuenco metálico. Hace un frío de mil demonios; el bebé es minúsculo, lívido, oscuro. Parece un molusco sucio envuelto en raíces marinas. La comadrona se da prisa, lo frota sin demasiados miramientos. Es su oficio, sacar peces del mar. Llega el lamento de una sirena, parpadea la luz, luego una explosión, pero nadie hace caso. La mujer se queja como haría con unos vecinos demasiado ruidosos. La guerra se le ha metido dentro, en sus brazos de sacaniños.

—*Odijeca… Odijeca…*

Quiere la ropa, nos mira, nos pregunta si hemos traído.

Niego con la cabeza, abro aún más la boca para no decir nada, solo murmura que lo siento, que no se me ha ocurrido. Diego le dice que espere, abre la bolsa de los carretes y saca un pelele de lana hecho a mano, de un blanco algo amarillento.

—¿Dónde lo has encontrado?

Lo ha comprado en el mercado. Me quedo de piedra al pensar que se le ha ocurrido esto. La mujer coge el pelele y se lo pone al bebé; le queda muy grande, no se le ven las manos y por debajo le cuelga como unos calcetines vacíos. Se lo pone en los brazos a Gojko, quizá porque es el único sarajevita, o quizá porque cree que es el padre. Gojko no dice nada, asiente y aparta el mentón, como si tuviera miedo de emborrachar al renacuajo con su aliento, que apesta a aguardiente. Desde que nació Sebina no cogía en brazos a un ser humano que apenas medía dos palmos, y aquello sucedió en otro mundo, en otra vida, muy lejos de esta herrumbre, de este frío, en un hospital que olía a té de frambuesa.

Acerca la nariz, con la boca cerrada, y aspira.

—Huele bien —dice.

¿Debería decírselo a Pietro? ¿Decirle, este búfalo bosnio, este superviviente que nos hace de guía y que te cae un poco antipático y que no tiene paciencia contigo y juega sucio a fútbol, este es quien te cogió en brazos por primera vez y quien por primera vez se impregnó de tu olor?

Miro a Diego, pero Diego no los mira.

¿Debería decirle, tu padre no te miraba, sino que miraba a la oveja sin vientre, con la cabeza roja apoyada en la almohada?

Y era una mirada tan profunda, que ni tan siquiera se fijaba en mí, en mi bochorno. Estaban solos. Parecían estar solos, eso es lo que recuerdo, hundidos en el pasado.

Ella tampoco miraba al bebé, no lo miró en ningún momento.

Y entonces tuve la sensación de que estaba junto a una cama que no era la mía, de que estaba espiando a dos amantes que se juraban amor.

Aska tenía las piernas encogidas, quizá por el dolor que había sufrido. La mujer de la bata se fue dándole una palmadita en la pierna doblada. Aska estaba medio incorporada, tenía algo debajo, un recipiente de acero para expulsar la placenta.

La mujer dijo que volvería a echar un vistazo.

Finalmente Gojko me da el bebé, y es como si me pasara un meteorito. Yo también me empapo de su olor. Huele a alma vieja que renace, que

vuelve a esperar junto a los hombres. Aún no sé si es mi hijo, si será mi hijo. Tendré que esperar al día en que sea él, en tercero de primaria, quien me bautice.

Al cabo de un rato quitan la cortina blanca, la mujer de las medias de lana y la bata se lleva la pantalla de las sombras. Solo queda esto, un recién nacido, arrugado como una manzana vieja, metido en un pelele de lana que parece un calcetín apelmazado.

Lo miro bajo esta luz incierta, mientras sale la arena de mi cuerpo y los órganos regresan a su sitio. Siento el corazón, como una lengua de fuego y de dolor entre las costillas.

¿Debería decirle esto a Pietro? ¿Hablarle del corazón que me devolvió, que yo hacía tiempo que no sentía y que ahora late?

Vuelve la mujer, le aprieta el vientre a Aska y mete las manos bajo las sábanas. Y la oveja escupe también la placenta.

Cuando la mujer coge el recipiente de acero que hay bajo el cuerpo de Aska veo esa pierna sucia de sangre y, por un instante, el sexo, un agujero ensangrentado como el agujero de la muela de Gojko. No me causa ninguna impresión. La vida tiene los mismos colores que la guerra, nieve y sangre.

Lo veo por un instante, ese pellejo gris, cuando la mujer pasa a mi lado. Ahora la oveja ya no sirve para nada, como esa bolsa de piel que ha mantenido con vida al bebé y que no es más que basura.

Debería sentir pena por ella, sin embargo solo tengo miedo de que cambie de opinión, de que se ponga a gritar que no va a cumplir con su palabra.

Ha perdido a su familia, tal vez quiera quedarse el niño.

Solo tengo miedo de que ponga algún reparo, por eso la miro, para averiguar si está inquieta, porque no me fío. Me he impregnado del olor del bebé, del olor de la sangre de Diego.

Oigo las palabras de Velida, que caen de sus ojos desorbitados, con los que he soñado cada noche. «No hagas como yo, Gemma, no respetes a la muerte. Lucha, aférrate a la vida».

El dinero… Tengo que darle el dinero, todos esos marcos en billetes pequeños, tal y como pidió ella, como la recompensa que dan a los francotiradores por cada objetivo alcanzado. Ella también se comprará un coche, un BMW descapotable, y se irá con él.

Vuelvo a ser yo. Para mí la guerra ha acabado. El niño azul está enterrado. El hijo de Diego está vivo. Esta oveja, esta criaturita debe desaparecer como hace poco su placenta, una tripa sucia.

No existen leyes, no existe justicia. Solo existe el valor.

Gojko se pone a gritar que cuando llegue a casa escribirá un poema, después de tanto tiempo escribirá, celebrará de este modo el nacimiento del niño. Declama, borracho:

Tengo los pies de cerdo y la cola de ratón
la vida me arrastra hacia arriba como un elefante que vuela…
adiós, espectros, hoy no estoy con vosotros…

—¿Y con quién estás?

Toma otro trago de aguardiente.

—Estoy aquí con mis amigos.

Pero, en realidad, parecemos espectros que se reflejan en un pozo metálico y añoran la vida.

Fui al baño, me quité la mochila, me senté en un retrete y le di un fajo de mil marcos a Gojko.

—¿Para qué los quieres?

Cogió también nuestros pasaportes.

—Vuelvo enseguida.

Vacié la mochila en la funda de una almohada. Me acerqué a la cama de Aska.

—Toma.

Cogió la funda llena de marcos con un gesto cansado y la escondió bajo las sábanas.

El recién nacido yacía en una cuna metálica, lejos de la madre. La enfermera le había puesto un trapo enrollado detrás de la espalda y lo había dejado allí. No se movió en ningún momento. Empezaban las explosiones, cada vez más cerca, luego las ráfagas aisladas de los katiusha. El pequeño ya estaba acostumbrado a esos ruidos. Aska también dormía, con la cabeza bajo las mantas. Solo se despertó un par de veces para pedir agua.

Vino otra mujer, más joven que la anterior, y nos explicó cómo teníamos que cuidar del bebé, cómo había que cambiarlo. Sacó del pelele de lana las dos piernas pequeñas y delgadas, poco más grandes que los dedos de Diego, y nos enseñó a cambiar los pañales. Sin embargo ellos no tenían y nos dio unas gasas y un poco de algodón. De momento parecía que el bebé no tenía hambre. Se dejó hacer como un hatillo y no lloró. Volvía a estar solo en la cuna, de lado, con el trapo enrollado detrás la espalda. La chica preguntó si la madre pensaba darle el pecho, y negué con la cabeza. No dijo nada, miró a Aska, tumbada en la cama; estaba acostumbrada a ver mujeres extenuadas. Nos pidió cien marcos, se disculpó, le dolía hacernos pagar, pero ella no ganaba nada. Volvió con un paquete de leche en polvo abierto y un biberón usado. De cristal. Era el primer objeto de cristal que veía entero desde hacía mucho tiempo. Lo metí todo en la mochila.

Ahora la guerra acudía a nuestro auxilio. Nadie nos había preguntado nada, nadie parecía tener ningún interés en retener durante demasiado tiempo a un recién nacido en un hospital tan cerca de la línea de fuego. Éramos dos extranjeros, podíamos abandonar esa ciudad de la que nadie salía ya. La chica nos preguntó cómo iba a viajar el bebé.

—En avión… Estamos esperando.

—¿Sois periodistas?

—Sí.

Nos dio una carta, era para su hermana, que se encontraba en un centro de acogida de Milán.

Empezaron de nuevo las explosiones, el trajín desesperado de las ambulancias, de los coches que se dedicaban a recoger a los heridos. Empezaba a haber luz natural y, sin embargo, el bebé no se despertaba.

Diego por fin lo miraba.

Y debería hablarle a Pietro de esa mirada, obviar lo demás y hablarle de estos ojos. Son los ojos de un perro sobre otro perro. He ahí el belén, el nuestro, ojos desorbitados, manos que tiemblan, ideas que van y vienen.

Gojko vuelve con el hombre que nos ha ayudado, que tiene una expresión de desconcierto de superviviente como los que venden las noticias a los periodistas del Hoiliday Inn. Hay un avión humanitario que regresa a Italia por la tarde, ha estado en el cuartel de la ONU y ha logrado meternos en la lista. Nos devuelve los pasaportes y el certificado de nacimiento del niño, bastará esto para pasar los controles. Leo, palabras en su idioma y nuestros nombres. Junto a la palabra «*otac*», padre, aparece el nombre de Diego y junto a «*majka*», madre, el mío.

Me parece imposible haber logrado este milagro.

Abrazo a Gojko.

—¿Cómo lo has hecho?

Nadie había rellenado el formulario de ingreso porque ya no hay formularios. De modo que bastó con nuestros pasaportes y el dinero.

Gojko se deja zarandear como una bolsa.

—Ahora ciertas cosas resultan más fáciles…

No lo habría hecho por ningún motivo del mundo, Gojko es una de esas personas que le daría una paliza a los traficantes del mercado negro, a los chacales que se alimentan de la guerra. Sin embargo, lo ha hecho por mí. Y ahora pienso que no querrá volver a verme jamás.

Aska está sentada en la cama. Se aferra a esa funda llena de marcos. Se encuentra mejor aunque todavía tiene la cara amarilla por culpa de la anemia.

«Gracias», le he dicho.

Asiente, y tal vez tenga ganas de llorar, pero no hay tiempo.

Nos vamos, la oveja no consta en los documentos, está fuera de la historia. Ese bebé, tan pequeño que cabe en la palma de una mano, tiene un

pedazo de tripa anudado en la barriga, oculto bajo la áspera lana; era el vínculo que lo unía al cuerpo de la oveja. Una tripa que se secará y caerá, y no será más que una concha de carne de un mar remoto. No se quedará en el valle de los lobos, nunca será un conejo, un *maleni cilj*.

En esta ocasión los encargados de trasladarnos al aeropuerto son los soldados ucranios, que nos ayudan a subir a un blindado blanco. Me vuelvo hacia Gojko. Volveremos a vernos al cabo de dieciséis años, pero aún no lo sé. Me vuelvo hacia un muerto, como ocurre siempre en Sarajevo cuando te despides de alguien.

—*Cuvaj se* —cuídate.

Es él quien ha hablado con los soldados, los ha convencido, les ha dado el dinero, todo el que quedaba. Es un servicio que tiene su precio, una lanzadera de la ONU al aeropuerto. Ahora estamos dentro de esa tortuga blanca que se pone en marcha. Hay un ruido infernal, el bebé es una muñeca, se mueve al compás del traqueteo del blindado, sin despertarse. Este bebé que se deja llevar sin peso, sin alma, como un pie en un calcetín, es todo lo que he querido, el motivo por el que hemos atravesado este infierno que nos esperaba como un clavo en el destino, y ahora estoy tan extenuada que se me podría caer de las manos. El blindado avanza entre los escombros, sentimos cómo sube y baja. El soldado ucranio ríe, habla en inglés, nos pregunta por el bebé, acerca una mano para apartar la mantita, para verle la cara.

Nos hacen parar al llegar a un bloqueo, el soldado asoma la cabeza por la ventanilla y habla con un paramilitar. Los agresores serbios y el ucranio de la ONU se ponen de acuerdo y se despiden con los tres dedos.

Bajamos del tanque y entramos en la caja vacía del aeropuerto. Diego me da una serie de indicaciones sobre lo que tengo que decir, que hacer… Nos acercamos a los controles. Hay una mujer delgada con uniforme de camuflaje, los pómulos recios como los de un caballo, me mira. Agacho la cabeza porque me da miedo su mirada. Me pego al pequeño grupo de civiles que esperan junto a nosotros, todos con los chalecos antibalas por

encima de los anoraks. Nadie se siente seguro, este es el último tramo, quizá el más temible. Y estos militares transmiten la sensación de que nos odian. Son tiburones de guerra, conocen todos los estados de ánimo de sus prisioneros… Un silencio tenso flota en el ambiente, huelen nuestro miedo, quizá se divierten. Da la sensación de que pueden dispararnos de un momento a otro. Nos movemos con prudencia, sin gestos bruscos. Todos tenemos miedo de que pueda suceder algo ya que, a menudo, los serbios disparan contra el aeropuerto, a pesar de que está controlado por los suyos. En el reflejo de una cristalera rota se ven las casitas de Butmir, con los tejados en precario equilibrio sobre las vigas. Entonces, de repente, todo el mundo grita. Hay combates en curso, en el frente de Dobrinja. El aire es gélido, me inclino sobre el bebé. La nariz, pequeña como una de mis uñas, parece un pedazo de hielo. Respiro encima de él. Diego me acaricia la espalda, es un gesto mecánico, extenuado. Entonces se inclina y mira al bebé.

—No tengas miedo de nada.

Y no sé si se lo dice a su hijo o a mí, o a sí mismo.

De pronto nos hacen levantar y nos dicen que corramos. Un casco azul grande como un gigante nos escolta hacia la pista. Junto a la puerta sin cristal, antes de salir al exterior, hay un policía que comprueba que los nombres aparecen en la lista. Es una operación rápida, pasamos con la cabeza gacha, como animales. Entrego mi pasaporte con la hoja del hospital dentro. El policía ni siquiera se ha dado cuenta de que llevo algo en brazos, no hace más que mirar hacia el lado opuesto, vuelve la cabeza hacia la barrera que hay en la pista, debajo de la torre de control, hacia donde corren algunos militares. Quizá espera una señal. Yo espero el sello, rojo, como el de los animales. Se me para el corazón. Levanta un poco la cabeza para mirar el bebé envuelto en la manta. Son las cinco de la tarde, ya es oscuro. El policía tiene la cara seca por el frío, la larga nariz, roja… No siento los brazos. Vuelvo a tener miedo de que se me caiga el bebé mientras ese hombre dirige una mano hacia la manta, y la aparta para ver la cara oculta. Hace una mueca extraña, casi de sorpresa, de amargo desconcierto. Aparta la mano y me deja pasar. Doy unos cuantos pasos en el hielo. Unas fuertes

ráfagas de viento bajan del Igman, levantan la nieve que cubre la pista. Me vuelvo porque siento el vacío. Es un vacío que reconozco, que me sigue desde hace meses como un presagio que he intentado rehuir. Diego no está detrás de mí. Lo he perdido. Me vuelvo pero sé que mi búsqueda es inútil. Porque ya hace mucho tiempo que lo perdí. Y sé que hace un instante se estaba despidiendo de nosotros.

«No tengas miedo de nada».

Y quizá debería contarle a su hijo la sensación de ese vacío, de esa vida en caída. Son los primeros pasos que damos solos, como huérfanos.

Miro el agujero apenas iluminado del aeropuerto que flota detrás de mí, ya lejos en aquella oscuridad manchada por las ráfagas de aguanieve. Solo veo siluetas, sombras. No entiendo qué pasa. Diego está junto al policía… lo hacen esperar y dejan pasar a los demás, a dos periodistas que me adelantan corriendo. Se revuelve, con ambos brazos levantados, y grita. Me dice que corra, que salga de allí.

Corro hacia delante sin apartar la mirada de él. Se oyen disparos en el este, se ven los destellos de los proyectiles trazadores.

Subo por las escaleras y me meto en aquel vientre de hierro. Espero, aferrada a la puerta, la cara lacerada por el frío, por el viento que corta como una cuchilla. He dejado al bebé en un banco, junto a un petate militar. Quizá podría dejarlo allí. Seguro que llegaría a Italia, alguien se encargaría de él… Podría dejarle el certificado de nacimiento, llamar a papá desde uno de los teléfonos por satélite del Holiday Inn. Sí, podría bajar, salir de este avión que no ha apagado los motores en ningún momento y volver a la cristalera sin cristal, regresar junto al cuerpo de mi amor.

¿Debería contarle también esto a Pietro? Estas ganas de abandonarlo, el cuerpo asomado fuera del avión, azotado por el viento que barría la pista.

—¿Por qué no han dejado pasar a mi marido?

—Ha perdido el pasaporte.

El militar es un chico alto con casco, tiene acento veneciano, se disculpa y dice que ellos no pueden hacer nada, que han descargado ayuda

humanitaria y van a emprender el viaje de regreso de inmediato, esas son las órdenes, ni tan siquiera sabían que iban a tener pasajeros. Miro el monte Igman, petrificado por el hielo.

El viento me empuja hacia dentro, la pista es inmensa y negra y tal vez me alcance una bala. Una vez dentro me derrumbo, quiero subir al cielo viva.

La verdad es que he elegido, y Diego lo sabe. Nunca me habría ido con las manos vacías, pero ahora llevo conmigo este paquete que tengo que entregar al mundo. Me llevo la mejor parte de él, la vida nueva, la que ningún dolor ha mancillado. Y me parece ver su sonrisa. Pego la cara a la única rendija por la que se ve el exterior. El avión se mueve. Miro al muchacho de Génova por última vez.

El cuerpo delgado, negro y lejano contra la burbuja de luz melancólica de ese aeropuerto sin cristales, sin personal, sin vuelos… Está ahí inmóvil, junto al policía. Su rostro joven, descarnado como el de un viejo, mira este C130 que avanza en la nevisca. Nos mira a nosotros, lo que está perdiendo, y yo nunca sabré si el pasaporte se le cayó en la nieve de verdad.

El avión señala hacia el cielo. Me han puesto un cinturón y me ordenan que agarre al bebé. Despega de este modo, sin maniobras suaves, apuntando directamente hacia el cielo porque aún podría alcanzarnos un misil. Los motores son bocas de fuego, el avión está en posición vertical, varios sacos caen rodando hacia atrás, acompañados por un latigazo brusco de la cabeza de todos los pasajeros. Se nota cómo ganamos altura, el esfuerzo violento para cortar la gravedad. Es una levitación dura, de guerra, duelen los tímpanos, queman. Me agarro al asiento sin soltar el hatillo.

Luego, la tregua. Hemos alcanzado los nueve mil metros, ahora ni un misil más sofisticado podría alcanzar el avión humanitario que sobrevuela el Igman. El cuello recupera su posición normal, los huesos contraídos aún duelen. El esfuerzo de los motores disminuye, lo que me permite oír su voz: el hatillo llora. Eso es tanto como decir que está vivo, no ha muerto ni de frío ni de miedo. Lo sostengo en los brazos como si fuera una barra de pan.

Aparto la manta, tiene la cara roja, cianótica de vida, abre la boca a intervalos, en ese llanto violento y desdentado.

El recién nacido abre la boca de encías desnudas como las de un viejo, un pájaro.

Se ha portado bien hasta el despegue, mientras estuvo, en el seno de la guerra, se ha quedado inmóvil como si no hubiera nacido… como si creyera que el menor gemido habría podido costarle la vida. Y ahora por fin puede nacer, a nueve mil metros de altura, en el cielo, donde los misiles ya no pueden alcanzarnos. Entonces llora, se hace oír, reclama atención.

Dentro de dieciséis años, cuando un amigo le pregunte por qué nació en Sarajevo, Pietro responderá «por casualidad, como los niños que nacen en un avión».

Y se me cortará la respiración. Me apoyaré en un armario, en la pared. Y oiré de nuevo su llanto al nacer en este C130, tras haber alcanzado los nueve mil metros.

Miro a través de la rendija, no se ve nada, solo la oscuridad y, en medio, el destello blanco de la luna. Como en las fotografías devoradas por la luz. Recuerdo un gesto que hacía Diego, se metía mi dedo meñique en la boca y se quedaba así, chupándolo de vez en cuando hasta que se dormía, y luego era yo quien lo dejaba entre sus labios. Tengo la manos sucias, mugrientas. Me lavo el meñique con saliva, lo chupo para limpiarlo, y lo introduzco en esa boca cianótica. Se agarra a él como un pájaro hambriento. Hace exactamente como su padre, chupa un poco y luego se duerme. Y lo beso por primera vez.

Atravesamos la alfombra de terciopelo del Adriático de noche y aterrizamos. Bajé del avión con el pelo apelmazado, el anorak desgarrado y mugriento, la mochila colgando desmadejada y el bebé envuelto en la manta. Busqué un lavabo. Me miré en el espejo, una gran pared intacta, terrible. Me encontré con la mirada de un animal, el rostro huesudo, las pupilas dilatadas, ausentes. Apestaba. Apestaba a Sarajevo, a guerra, a vida cautiva. No me había dado cuenta de ese olor, pero al encontrarme en un

baño limpio lo noté. No sabía qué hacer, había dos lavamanos y dejé al bebé en uno. Lo puse en esa cuna de cerámica y me aseé un poco. Me quité el anorak lentamente y levanté la camiseta. Me lavé la cara, tenía una costra fresca en el pómulo y una mancha negra en la frente. Pero había algo más, una pátina opaca, como la de la cerámica que ha perdido el esmalte y conserva las señales del paso del tiempo y de la suciedad.

Se abrió la puerta y entró un hombre que me miró bajo la luz del fluorescente. Me había quedado en sujetador y las costillas afloraban bajo la piel descarnada. El hombre llevaba un uniforme oscuro y sonrió.

—Es el lavabo de hombres…

Me tapé con la camiseta. Él cerró una puerta, lo oí orinar y salió. No me había movido, ni tan siquiera me había puesto la camiseta.

El hombre se acerca al otro lavamanos. Es alto, camina con firmeza y tiene hombros anchos. Lleva un uniforme con un gran cinturón de cuero. Alza la vista y su mirada se encuentra con la mía en el espejo. No es más que un hombre que ha orinado y tiene que lavarse las manos, pero no lo sé. Los lobos también orinan y se lavan las manos. Me dan miedo los hombres de uniforme, busco a mi novio, delgado como yo, con el pelo largo y descuidado como yo, y con una mirada que alberga la misma historia.

El hombre me mira en el espejo del baño.

—¿De quién es?

La vida de Giuliano se concentra toda ahí, en el lavabo en el que ha entrado por casualidad. Hasta hace un instante tenía pensado parar en la autopista para hacer sus necesidades, tenía prisa por irse enseguida después de ese día de paquetes de ayuda humanitaria, de refugiados a los que enviar a los centros de acogida. Ha distribuido comidas calientes, meriendas para los niños, ha cogido en brazos a los más pequeños, ha rellenado formularios, los ha sellado. Mira en el espejo al recién nacido que está en el lavamanos, mira a la mujer que intenta taparse con un harapo, los omóplatos azules iluminados por la luz fluorescente. Quizá es una refugiada que, por algún motivo, no ha subido al autobús y ha decidido esconderse en

este baño con su hijo. Tiene los ojos de un animal que se detiene frente a un precipicio.

—¿De quién es?

Ahora se da cuenta de que la mujer está llorando, aunque sin moverse, sin pestañear siquiera. Conoce la mirada de los refugiados, de la gente que busca en sus ojos la confirmación de la propia existencia, como si fuera él el encargado de permitir dejarlos con vida. Son miradas difíciles de sostener.

El hombre me mira. Tiene una cara ancha, compacta, italiana, la frente amplia de quien ha perdido el pelo.

—¿De quién es?

Y Giuliano no sabe que ese bebé será el suyo, que será él quien lo acompañe a la escuela y al pediatra. No sabe que vivirá por él. Es un momento largo, de plácido abatimiento, en aquel lavabo donde nos sorprende el destino.

—¡Es mío!

Y me abalanzo sobre el bebé para recuperarlo.

—Perdone…

Agacho la cabeza, me defiendo.

El hombre sonríe, tiene unos dientes bonitos, los veo flotar bajo mis ojos sucios y pegajosos a causa de viejas lágrimas que se han desprendido de golpe, como pedazos de hielo de una roca.

—Entonces, ¿es italiana?

—Sí, soy italiana.

Salgo del lavabo a toda prisa, camino por ese hangar oscuro, no sé a dónde ir. Tengo que llegar a la estación de ferrocarril y encontrar un tren a Roma. O buscar un hotel, llamar a papá… Tengo que cambiar al niño, que huele mal… y yo también. Debe de tener hambre, joder, tiene hambre, se me va a morir, joder, ¿dónde está la guerra? No soy capaz de manejarme en la paz, esa es la verdad. No soy capaz de controlar mis pasos. Aquí se darán cuenta de que el niño no es mío, aquí no hay guerra, no hay hospitales bombardeados sin ningún rincón en el que protegerme… Aquí estamos en la legalidad de la paz. Tengo que irme, me pararán. Le harán una prueba al

niño y se darán cuenta de que no es mío, de que ese certificado de nacimiento es falso, comprado. No iré lejos, daré unos cuantos pasos en la oscuridad y me detendré para morir junto a un muro, con el bebé escondido como un perro… como un cachorro muerto. Tengo frío, la espalda desnuda. Se me ha caído el anorak, me lo había puesto sobre los hombros para salir lo antes posible de este lavabo, para alejarme de ese hombre del uniforme que me seguirá… porque se ha dado cuenta de que hay algo extraño. Una madre no deja a su hijo en un lavamanos solo para asearse en el de al lado… para mirarse en el espejo y llorar.

Hay un banco y me siento. Dejo al bebé a mi lado y me visto lentamente, me pongo el jersey y el anorak.

Se acerca un chico, debe de tener poco más de veinte años.

—Disculpe, señora, ¿a dónde va?

Tiene acento del sur y uniforme sencillo.

—No sé…

El chico indica la silueta en la puerta… El hombre del baño quieto en la entrada.

—El capitán desea saber si necesita que la lleven a alguna parte.

—¿A la cárcel?

El chico se ríe, muestra unos dientes demasiado pequeños para esos labios tan grandes, le hace gracia la broma.

—Voy a llevar al capitán a Roma, al cuartel de Celio.

Nos dirigimos hacia ese coche negro, potente, con la inscripción «Carabinieri» y la franja roja del Ejército en los costados. Dentro reina una paz sin par, los asientos desprenden el buen olor del cuero recién estrenado. Esta berlina negra, perfumada y potente me recoge y me lleva a casa por una carretera de asfalto regular, sin baches, sin barricadas, lisa como una cinta de terciopelo. Y por un instante me siento como un animalillo, un corzo atropellado que un conductor de buen corazón ha decidido llevar a una clínica veterinaria. El chico no se ha quitado la gorra para conducir. El

capitán está sentado junto a él, con la cabeza descubierta, y lee un periódico con una lucecita encendida.

Antes de dejarme subir me ha dicho:

—Necesitaríamos un asiento especial para su hijo, un cuco de recién nacido, no deberíamos llevarlo así…

Esbozo una sonrisa torpe, lastimera.

—Tiene razón —he respondido. Guardo silencio—. ¿Qué hago?

— No importa, suba…

Una vez dentro, una carcajada áspera y absurda, preñada de humor negro, como los chistes de los ciudadanos de Sarajevo, lucha por salir de mi interior. Este niño es un cangrejo prehistórico, ha salido indemne de una guerra, y sin embargo, nada más llegar a estas dulces carreteras, ya necesita un asiento especial para sobrevivir. Qué estúpida es la vida en tiempos de paz.

Al capitán no debe de haberle gustado mi mirada… ha sentido algo, el eco de esa risa malévola. Ha encendido la luz, ha dejado la gorra con la llama de oro en el salpicadero y se ha puesto a leer. Quizá se ha arrepentido de ser tan generoso. Quizá ahora, en este espacio cerrado, siente mi olor, que debe de ser parecido al de las gitanas que detiene de vez en cuando y que gritan dentro del coche y lanzan maleficios.

Miro la libertad. Los bloques de edificios de la periferia, las hileras de chalets con los tejados perfectos, la señales de tráfico sin agujeros de bala.

Entonces el niño que llevo encima se mueve, se agita como un cangrejo. ¿Cuántas pinzas tiene? ¿Cuántos nervios?

Intento ponerle de nuevo el dedo meñique en la boca, pero esta vez no funciona. El capitán se vuelve.

—Puede que tenga hambre.

Paramos en un área de servicio, el coche se detiene bajo la marquesina del aparcamiento. El chófer se queda haciendo guardia y el capitán baja conmigo, caminamos en la oscuridad hacia el bar. Me meto en el lavabo. Hay un lugar para cambiar a los recién nacidos, una superficie de plástico

blanco que cuelga de la pared. Dejo al bebé ahí encima, busco en la mochila el algodón y las vendas que me han dado en el hospital, abro la manta e intento encontrar los botones de ese pelele de lana rígida como el cartón. Le saco las piernas. Nunca había visto nada tan pequeño. Abro las vendas, el algodón está empapado y los excrementos son amarillos como si hubiera bebido azafrán, pero no huelen mal. Es la primera vez que veo el cuerpo del bebé tan de cerca, entre mis manos. Tiene el vientre hinchado como un pollo. Llora, contrae las piernas, las mantiene pegadas al cuerpo como si fueran las patas de un animal. Respiro. Si no consigo cambiarlo lo envuelvo otra vez en la manta y listos. Le ha caído la gasa del ombligo, donde todavía está ese pedazo de tripa negro. Me inclino para comprobar si huele mal, pero solo noto el olor del alcohol. No debo pensar, debo mover las manos. Abro el grifo, mojo un trozo de algodón y se lo paso entre las piernas. Envuelvo el algodón que queda con la gasa y la corto con los dientes. El bebé sigue llorando, tengo que prepararle la leche, tengo que darle de comer. Me agacho para recoger el pelele, que ha caído al suelo. Oigo un ruido seco, tengo la mochila en la espalda y me he agachado deprisa. Abro y veo lo que imaginaba, cristal de Sarajevo, ¡cristal sin futuro!

Tiro lo que queda del biberón en la papelera. Alguien llama a la puerta.

—¿Necesita ayuda…?

Cojo el hatillo, abro la puerta y ahí está el capitán, con su calva.

—He roto el biberón.

Salimos de la autopista para buscar una farmacia nocturna.

Ahora el capitán se ha tomado a pecho la causa del cangrejo hambriento, quizá también porque Pietro tiene una voz que desgarra los tímpanos, que se te mete dentro.

—Sal —le ha dicho al chófer—, tenemos que encontrar un biberón, una tetina…

El chico no ha dicho nada, ha puesto el intermitente y se ha desviado en la oscuridad. ¿Qué salida es? Ni tan siquiera hay una casa, solo campo.

El capitán ya no lee el periódico, tampoco parece contrariado. Se vuelve hacia mí, me mira durante más tiempo del debido.

Le sonrío, con los ojos muy abiertos, como un corzo cautivo.

—¿Es que no tiene leche?

Señalo la mochila…

—Sí, tengo un poco, media caja.

Se me queda mirando fijamente.

—Quiero decir en los pechos… ¿No le ha subido la leche?

Me tapo instintivamente el pecho vacío con el hatillo, lo aprieto contra mí, contra los huesos.

—No, no tengo leche.

—Qué pena —vuelve a mirar la carretera—. Sería más fácil.

Encontramos la farmacia en uno de aquellos pueblos partido en dos por la carretera nacional. Pero la cruz está apagada. Hay varios hombres en el bar que juegan a cartas, el capitán entra y pregunta. Regresa escoltado hasta el interfono del farmacéutico, que se viste y baja. Es un hombrecillo delgado, con el pelo teñido; debe de ser un *bon vivant* de provincia. Pasamos entre los estantes oscuros, que de repente se iluminan para dejar entrar el uniforme, la gorra con la llama. El capitán me aconseja un biberón de plástico.

—Quizá sea mejor —sonríe.

El farmacéutico pregunta qué tipo de leche quiero.

—Para lactantes.

—¿De qué marca?

Miro al capitán, miro alrededor y miro al farmacéutico.

—La que tenga. Una buena.

El capitán se acerca al mostrador.

—Enséñenos lo que tiene.

El farmacéutico pone diversos botes en el mostrador. El capitán se pone las gafas porque la letra es demasiado pequeña y lee.

—Cojamos ésta, es hipoalergénica…

Me mira:

—¿Qué piensas?

Pienso que me ha tuteado. Asiento.

—Muy bien.

No tengo ni un centavo.

—He perdido el monedero —susurro, y devuelvo a su sitio los pañales que había cogido. Quizá el cangrejo no volverá a cagar azafrán antes de llegar a Roma.

El capitán coge los pañales y los pone en el mostrador, junto con lo demás. Mira al farmacéutico, con su pelo teñido de cantante viejo.

—¿Y no tiene una cosa de esas…?

El farmacéutico lo mira y espera.

—Un trasto de ésos, de los que hacen ruido… Un sonajero.

No es exactamente un sonajero, sino un juguetito de plástico con música. Cuando subimos al coche dice:

—Discúlpeme si me he excedido.

Y vuelve a hablarme de usted. Quizá antes solo quería hacerle creer al farmacéutico que era alguien de la familia, su hermana o su mujer.

Saca el juguete del envoltorio, le cuesta quitar el plástico; lo hace sonar junto al la cara cianótica del bebé, que no deja de llorar. Quizá ni tan siquiera la oye, esa musiquita de carillón. Es un hueso duro de roer, acostumbrado a las bombas. El capitán suspira:

—Se nota que no tengo hijos, ¿verdad?

Hemos parado de nuevo, en otra área de servicio. Sillas de plástico rojo, mesas pegadas a la pared como en los restaurantes de comida rápida y luces con pantallas de rayas.

—¿Tiene hambre?

—Gracias, luego.

Él, sin embargo, da buena cuenta de una *piadina* Primavera, se vuelve hacia mí y masculla:

—¿Tiene que estar muy caliente el agua?

—Un poco.

Asiente, mira al camarero:

—Un poco.

Hay un uniforme de por medio… de modo que el camarero se lo piensa dos veces antes de dar su opinión:

—Primero habría que hervir el agua y luego enfriarla.

El capitán se acerca a la barra y lo interroga.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo un hijo pequeño.

—Perdona, ¿cuántos años tienes?

—Veinte.

—Has empezado pronto.

—Ha empezado pronto mi novia.

El capitán y el camarero se ríen. Luego él señala la tobera del vapor.

—Procede.

Vuelve a la mesa con el agua y dos platitos llenos de comida. Tiene las manos prensiles, es una de las primeras cosas de las que me doy cuenta… Manos torneadas que imaginaba torpes y, sin embargo, son capaces de sostener varias cosas a la vez sin dejarlas caer, en un tranquilo equilibrio. Y también tiene unos pies planos, bien aferrados al suelo, como los de un camarero profesional. En este segundo bar quizá lo miro por primera vez, y lo hago con una cierta simpatía, me parece un buen hombre. De repente echo de menos a mi padre.

Giuliano lo deja todo en la mesa y me acerca el biberón.

—Primero hay que hervir el agua y luego enfriarla, ¿lo sabía?

—No.

Ríe y se me queda mirando.

Tal vez nota que le estoy ocultando algo. Me da igual, me reclino en el respaldo de la silla. Él se pone otra vez las gafas. Lee las indicaciones del bote de leche para saber las medidas necesarias. Pregunta si hay demasiada agua. Y ahora espera la respuesta, mientras me mira por encima de las gafas.

No respondo. Un día me dirá que se había dado cuenta de que no podía ser la madre natural. Que transmitía una sensación de enorme soledad frente a ese bote de leche artificial.

—Comerá hasta que se le haya pasado el hambre —dice.

Ni tan siquiera sé si le estoy metiendo la tetina demasiado adentro. El recién nacido la agarra con toda la boca, come en apnea, mirándome a los ojos. Parece el movimiento de una medusa en el agua. Entonces se le relaja la mirada. Cierra los párpados lentamente, abre la boca y lanza un suave gemido mientras se duerme. Debe de estar muy cansado, ha sudado mucho en este pelele.

El capitán se ha levantado, coge una botella de agua con gas y llena dos vasos.

—Tiene que eructar.

Me ofrece uno de los vasos.

—Es algo que recuerdo de mis sobrinos…

Y me cuenta que su hermana, cuando sus hijos eran pequeños, se los daba a él después de que hubieran tomado el biberón, para que les diera palmaditas en la espalda. Se ponía un pañuelo en el hombro para no mancharse el uniforme.

De modo que hace lo mismo en este bar decorado con un falso estilo country. Saca del bolsillo de los pantalones un pañuelo inmaculado de hombre, como los de antes, de una batista ligerísima, y se lo pone en el hombro, de modo que tapa el rango y las insignias.

—¿Me permite?

—Por supuesto.

Como sin levantar la mirada del plato, de los bocadillos, y hasta al cabo de un rato no me doy cuenta de que el capitán me mira fijamente. Llevo un anorak mugriento, tengo el pelo sucio, un hambre canina… No tengo ni un centavo en los bolsillos, solo un bebé que ha nacido hace apenas unas horas y al que he cebado de leche hasta reventar.

Un día me dirá que no se dio cuenta de que llevara el anorak y el pelo tan sucio, dirá que le parecí una mujer bella, audaz, extravagante… Y que mi hambre le gustó más que cualquier otra cosa porque había tenido una mujer que solo comía ensaladas, un corazón verde y áspero.

El bebé está pegado al uniforme. El capitán da unos cuantos pasos, llega hasta la estantería de los periódicos, junto a la caja, y luego vuelve. Es un hombre imponente, fornido, pero también armonioso, con un andar plácido y reposado.

El chófer ha bebido una Coca-Cola, estruja la lata y ahora espera. Cuando el capitán pasa frente a él se pone en pie, a la espera de una orden que no llega.

El capitán sostiene al bebé con una mano y con la otra le da suaves palmadas en su minúscula espalda. El hatillo suelta un eructo profundo y duro, como el ruido del desagüe de un lavamanos.

—¿Ha visto?

Hasta el chófer dice «caray».

El bebé apoya la cara en el hombro. El eructo lo ha sobresaltado, pero no le ha interrumpido el sueño. He acabado los bocadillos, bebo el agua con gas y también se me escapa un pequeño eructo. Ahora me siento satisfecha y tranquila como el bebé.

Miro a este hombre, bajo esta luz nocturna y con el recién nacido en brazos. De pronto noto una punzada de dolor, el mismo que sentiré en el futuro y que tiene un modo muy particular de agredirme. Me agarra de la nuca, me agarrota el cuello. Es Diego, que me sujeta por detrás, reconozco sus manos, su respiración, pero no puedo volverme. Es él quien debería tener en brazos al bebé, ese muchacho que iba a ser un padre maravilloso, un santo, un malabarista. Es él quien me agarra de la nuca y me susurra que mire mi destino, mi vida sin él.

El capitán regresa y se sienta frente a mí.

—¿Está cansada?

—Un poco, sí.

—Ha dado a luz en Sarajevo…

—Sí.

—Es usted muy valiente.

Nos ponemos a hablar, le cuento que mi marido se ha quedado allí, que es fotógrafo. Giuliano asiente, hablo de Diego, de cómo nos conocimos, de las fotografías que hace.

En este instante, el sentimiento de añoranza es atroz. Es un río que se desborda. Veo las piernas de Diego en el aeropuerto, delgadas y frías como tubos de hierro. Veo que se queda ahí… Hago una pausa, se me hincha el pecho, respiro y continúo. Giuliano baja los ojos, no dice nada.

Un día me dirá que se emocionó mucho al oír mi historia porque nunca había conocido a una mujer tan enamorada. Había tenido mujer y varias historias de todo tipo… Pero al escucharme esa noche sintió nostalgia de un amor que nunca le había calado tan hondo.

Me cuenta que no fue a la academia militar, que pertenecía a los cuerpos especiales y que estuvo en Líbano. Me habla de un paracaídas que no se abrió bien. Por eso ahora trabaja en tierra, en una oficina. Me hace reír, dice tiene el cuerpo lleno de placas metálicas, y en el aeropuerto, cuando pasa por el detector, se monta un órdago. Me dice:

Se levanta, va a la caja, compra unos bombones y me pregunta si quiero uno. Lo desenvuelve con una sola mano, mientras con la otra sostiene al bebé, que no se ha despertado.

Me dice que también le gusta la fotografía, que es un aficionado. Me pregunta si llevo algún trabajo de Diego encima para enseñárselo.

Le digo que no tengo nada, aparte del bebé.

—No pude volver al hotel.

—¿Y su marido?

—Perdió el pasaporte…

Me ofrece una tarjeta de visita:

—Por si necesita algo.

La ciudad se trasluce en la oscuridad de este día de invierno, los carteles de las tiendas, los edificios con las persianas en su sitio. Son las cinco de la mañana. Vidas que dentro de poco se levantarán de la cama, recuperarán la posición vertical y abarrotarán las calles. Empezará de nuevo el estúpido ajetreo de la paz. Un camión de la limpieza nos hace perder tiempo. Nos detenemos. Miro el brazo metálico que agarra los contenedores, los levanta y vacía. Vuelve a apoderarse de mí la sensación de que lo he perdido todo.

Llegamos a casa y el capitán baja para ayudarme con el bebé. Ha abierto la boca como si fuera a decir algo, pero al final ha guardado silencio. Ha hecho un gesto y se ha puesto la gorra. Tal vez ese viaje no era más que una excusa para vigilarme, y su amabilidad un treta para engañarme. Tiene la mirada de un perro de caza, de los que parecen que están vagando por el campo y luego, de repente, vuelven con la presa en la boca.

Un día me dirá que se pasó todo el viaje entre la espada del deber profesional y la pared de la necesidad de fiarse de mí. Un día me dirá también que en ocasiones la ley puede irse a paseo porque el amor tiene su propio curso.

OceanofPDF.com

La puerta se abre al silencio

La puerta se abre al silencio, sobre la moqueta que cubre el pasillo. Las persianas están bajadas, huele a cerrado, los radiadores están tibios. No tengo equipaje que deshacer, solo el bebé. En el perchero veo la chaqueta de Diego, la de terciopelo con parches, y una corbata, la de los días de fiesta, estrecha, roja. Un hilo de sangre.

Me quito las botas sucias de Sarajevo, de su barro, sin agacharme, sujetando el talón con el otro pie. Aún no he dejado el bebé. No es exactamente la vuelta a casa después de haber dado a luz en una clínica. No sé dónde dejarlo, no hay una habitación lista para él, no hay cuna ni cambiador. Hay el piano de su padre, el sofá blanco que necesita una buena limpieza. El olor de una casa cerrada, congelada en el silencio de una vida anterior.

Paso junto a los pies que esperan el metro y recuerdo que a Diego ya no le gustaban esas fotografías, que quería quitarlas. Abro la ventana del dormitorio para que entre un poco de aire. Dejo al bebé junto a mí, sobre la colcha; no le quito la manta y tampoco me quito el anorak. Me quedo dormida a su lado tal y como estoy. Prefiero dejarlo todo para después, me sumo en un letargo como un topo que se introduce en su madriguera, en una galería negra sin sueños ni pesadillas.

Cuando abro los ojos de nuevo me cuesta moverme, estoy molida, soy presa de un dolor que ataca a todos los huesos que intentan despertarse. Quizá porque el cuerpo se ha relajado, ha bajado la guardia. Los rayos de luz se filtran por las persianas y el bebé está despierto. No se queja, mira al techo con esos ojos que aún no ven.

Me duché dejando la puerta abierta. Cerraba a menudo el grifo por miedo a que el ruido del agua no me dejara oír el llanto del bebé. Toda la suciedad que llevaba pegada se fue por el desagüe. Llamé a papá. Volvía a llevar mi albornoz.

—¿Diga…? —era el susurro ronco de un anciano, de una boca paralizada por el silencio.

—Soy yo, papá.

Gritó mi nombre dos veces, y parecía gritar en un acantilado.

No le dije nada del bebé, tan solo que había vuelto y que acababa de darme una ducha.

Fui a la cocina, puse a hervir un poco de agua y llené el biberón. Era fácil porque me había fijado en que el bebé no podía moverse. Ahora lloraba y me apresuré a contar las medidas de leche en polvo. Era el primer día que pasábamos los dos a solas.

—¿Estás herida?

—Estoy de pie, ¿que no lo ves?

Me abraza con unas manos que no reconozco.

—¿Cuántos kilos has perdido?

Él también ha adelgazado, es todo huesos. Hace mucho que no hablo con él.

—Eso no se hace…

—Perdona, papá.

Está quieto en la puerta, no se decide a entrar.

—No, no os perdono.

Dice que no se trata así a un padre, ni tan siquiera a un perro. Que no es así como me ha educado.

—Sois dos egoístas. Tú y el otro.

Pan está a su lado, aúlla para saludarme, para entrar en casa y olisquearlo todo.

—El otro no ha vuelto, papá.

De repente, los ojos se transforman en dos granos de uva negra, la nuez de la garganta sube y baja. Mira a su alrededor en la mancha oscura del rellano, como si buscara una sombra.

—¿Cómo que no ha vuelto?

—Se ha quedado.

Se le cae la correa de Pan, que lo aprovecha para entrar.

—¿Cómo que se ha quedado…?

Entra detrás del perro para llamarlo… Entra porque no hay ninguna sombra ahí fuera, el muchacho no ha dejado ningún rastro. Entra para tocar esa chaqueta con parches, esa corbata roja… Mueve los ojos en silencio.

—Pan, ven aquí… Pan…

Sin embargo Pan se escabulle y entra en el dormitorio.

—¡Cuidado! —grito.

Papá sigue al perro y se vuelve hacia mí.

—¿Qué pasa?

—Mira…

No digo nada, prefiero dejar que lo vea por sí solo. Estamos en la puerta de la habitación. El perro ha apoyado el morro en la colcha, huele la caca del recién nacido, el pañal sucio que he dejado allí. Papá susurra «baja, aparta de ahí…». Ve a Pietro en la cama. No se le acerca, no habla. Entonces hace la misma pregunta que el capitán en el lavabo del aeropuerto militar.

—¿De quién es?

—Es nuestro, papá.

Da un paso hacia la cama y se inclina un poco.

—¿Pero es un bebé de verdad?

—Claro que sí.

Hurga en los bolsillos de la chaqueta y se pone las gafas. Observa la respiración del bebé con la misma atención que cuando corregía los deberes de sus estudiantes.

—¿Y qué tiempo tiene?

—Nada… Un día.

—¿Lo habéis adoptado?

—No. He alquilado un útero.

Me mira con el rostro desencajado de un ahorcado, de alguien que se ha desangrado.

Podría haberle dicho una mentira, que el bebé era el hijo de una aventura de Diego, y que yo había pagado a la chica para que no abortara, para salvar al bebé. Podría haber dibujado un retrato más favorable de mí misma. Pero no tengo ganas de mentir a mi padre, aun a riesgo de que deje de quererme.

Alza la vista y se balancea sobre sí mismo.

—Tengo que pensar… Tengo que pensar…

Cruza el pasillo, el salón y llega hasta la puerta. Llama al perro pero Pan no se mueve de aquí, monta guardia junto al bebé desconocido, que ha roto la soledad de esta casa.

Papá regresa, mira a su perro, impertérrito y noble como una estatua, como los lebreles a los pies del rey.

Me abraza en esa cama, él de pie y yo sentada, él alto y yo baja como de pequeña.

—¿Cómo voy a dejarte sola, santo Dios? ¿Cómo voy a hacerlo?

El bebé abre los ojos ciegos y ve la silueta del abuelo italiano que ha vendido la casa de su vejez para que él viniera al mundo; su dinero ha acabado en los bolsillos de una Madonna punk, de una trompetista enamorada de los Nirvana. Es una Natividad vulgar, un belén de tullidos.

Mi padre sonríe a Pietro, le dice lentamente:

—Tesoro, tesoro…

Y veo entonces por qué ha valido la pena, cómo nos ha devuelto la vida… Veo a mi padre que se inclina sobre mí, recién nacida, y me llama tesoro…

No pregunta nada más.

Da igual de dónde venga este bebé, ahora está aquí en esta cama. Lleva un pelele muy pesado de lana sucia y basta. Papá baja a la calle, en la

avenida hay una tienda que vende ropa para bebés. Al cabo de un rato vuelve con los ojos brillantes de su perro.

—He cogido la talla cero.

Quitamos el papel de celofán, las etiquetas y le ponemos al bebé de Sarajevo esta talla cero nueva, de estreno. Y ahora es un príncipe vestido de encaje y lana fina; ha desaparecido el hedor a cuadra, de la muerte.

Mi padre no me deja sola. Me da la sensación de que por la mañana llega mucho antes de cuando suena el interfono. Va al mercado y saca a pasear al perro por el barrio. En realidad es incapaz de separarse de nosotros. Tal vez ni tan siquiera duerme de noche, sueña con el bebé. Ha recuperado el color, parece un hombre nuevo. Tiene la tez sonrosada, los ojos son dos espejos de agua virginal. Cuando llama a la puerta respira entrecortadamente, como un perro que tiene miedo de que lo echen a patadas.

—¿Molesto?

—Entra, papá.

Trae fruta, el periódico y pan porque vivo atrincherada en casa, como en el asedio.

Siempre me encuentra en bata, que no me quito en toda la noche. Tengo que levantarme para darle esas tomas que me rompen el sueño que luego no vuelve y, sin embargo, sí vuelve el niño azul, vuelve Diego, vuelven esas colas en la línea de tiro del francotirador. De noche todo se amplifica, cuando el niño llora me desmorono enseguida, tengo miedo de que sus temblores sean un síntoma del síndrome de abstinencia, como los hijos de los toxicómanos. Tengo miedo de que un día se le alteren los nervios, como a mí, tarde, en este silencio. Lo abrazo, le pido ayuda. Lo acuno aturdida, camino de un lado a otro junto a los pies que esperan el metro, me detengo frente a la ventana, retrocedo, dejo el hatillo en su moisés, que llore. Me encierro en el baño, me siento en la bañera y me balanceo. Tengo un aspecto enfermizo y rozo la desesperación, como una mujer que ha tenido un mal parto y avanza hacia un abismo solitario.

Con la luz del día regresa la calma.

Papá ha comprado un libro sobre los primeros meses de vida de los bebés, lo hojea. Dice que los llantos más desesperados, cuando encoge las piernas, se deben a cólicos gaseosos, porque Pietro mama demasiado deprisa. Ahora, después de la toma, lo coge, lo pone boca abajo y le hace un masaje, lo calma.

En el transcurso de una semana Armando se ha vuelto más cuidadoso que un ama de cría veneciana. Apesta a leche, a regurgitaciones, a aceite de almendras. Cuando no está aquí está en la farmacia, se pone las gafas y examina minuciosamente los estantes de los neonatos. Pregunta a las chicas de la bata blanca y la cruz dorada, se ha hecho amigo de todas, las llama por el nombre. Debate con ellas sobre cacas, sollozos y erupciones cutáneas. Tiene la mirada lánguida de un enamorado durante los primeros tiempos. Sencillamente ha perdido la cabeza.

Pan está deprimido como yo, con la lengua fuera, se muere de celos como un hermano mayor, dejado de lado.

Hacemos la primera salida, llevamos a Pietro al pediatra.

Papá ha ido a buscar el coche y lo ha aparcado en la acera, frente al portal; le da igual que lo multen ya que su misión es escoltar al oráculo, el futuro de la humanidad. Me he puesto unas gafas de sol y un abrigo negro, estoy delgada y pálida, como una princesa triste, la madre del heredero del trono. Hace frío y papá ha puesto un velo sobre el cuco. Se acercan el portero, un vecino y la señora del bar.

Papá no atiende a razones y aparta el velo solo unos segundos.

La mujer del bar me sonríe.

—No sabía que estaba en estado…

—Mi yerno es fotógrafo, viajan por todo el mundo. No son aves de corral como usted y yo, son chicos de hoy en día. No se asustan, tienen hijos allí donde estén.

La mujer me da la enhorabuena. Posa la mirada en mi barriga. Dice que no parece que haya dado a luz, que tengo suerte de tener un físico tan elástico.

Una vez que estamos en el coche papá se muestra bastante alterado, no hace más que mirar por el espejo retrovisor, pienso que tal vez tenga un principio de arterioesclerosis, pone de vuelta y media a esa camarera estúpida.

—Hace los capuchinos muy cortos, racanea con la leche.

Se vuelve hacia mí y mira el cuco. Gruñe como un perro guardián. Ahora es él quien tiene miedo de que alguien pueda arrebatarnos al cangrejo. Yo solo tengo miedo de no ser capaz de criarlo.

Con el paso de los días el bebé se acostumbra a mí, y yo a él. Sé reconocer su voz. Sé cuándo se queja solo para que lo coja en brazos y cuándo llora porque tiene hambre, o porque no ha hecho bien la digestión. Tengo todas las camisetas sucias de manchas de cuajo de leche en el hombro, donde Pietro pone la boca.

Me lo llevo conmigo por casa, ya no tengo tanto miedo de hacerle daño. Me detengo frente a las fotografías de Diego. Le hablo de su padre. Le engaño, le digo «cuando vuelve papá haremos esto y lo otro».

Se le ha caído el cordón umbilical. Lo huelo, luego abro el piano y lo dejo allí dentro, sobre las teclas.

Ya casi me las apaño sola, sé lavar al bebé, sé cambiarlo y alimentarlo. Del resto no sé nada. Vivo con el alma en vilo, a la espera de alguna noticia, y mis gestos también reflejan esta intranquilidad. Lo hago todo pero sin involucrarme de verdad. Como una tata eficiente, como si me hubieran prestado el bebé y solo tuviera que cuidarlo bien para luego devolverlo. Ya tendría que quererlo, debería ser normal. Pero me parece que todo mi amor murió en Sarajevo, en esos canales de nieve sucia.

Cuando me despierta de noche no sé cómo salir de ese sueño pesado para ocuparme de él. Me levanto para prepararle la leche, me quemo las manos, ensucio la cocina. Siempre tiene hambre, este bebé de Sarajevo, el hambre de sus orígenes miserables.

Es cierto, huele bien, lo aspiro por la nariz. Aún es cielo y ya es lago. ¿Pero de qué me sirve? Este olor demasiado bueno me causa un gran dolor.

Me desgarra por dentro porque quizá es el olor de su padre cuando nació, y es él quien debería reconocerlo.

Cuido del bebé sin un verdadero amor, como si fuera un coche, le pongo gasolina, lo tengo limpio y lo guardo en el garaje, en la cuna. Y si vuelvo a mirarlo mientras duerme solo lo hago para buscar a su padre, para ver si se le parece. Hasta que no vuelva Diego este bebé no será mío de verdad, hasta que no sea nuestro.

Lo veo en sueños. Diego lleva a Pietro en la mochila portabebés, con una mano le agarra la cabeza y con la otra me abraza a mí. Caminamos junto al río, por la orilla, en paz. En el sueño, esta sensación de paz es tangible, no estamos en lucha con nosotros mismos ni con lo que nos rodea. El destino nos trata bien, como si nos necesitara. Y es la primera vez que lo sentimos, la primera vez que nos sentimos útiles para el flujo de las cosas. Y entendemos que esta es la paz, el sentido de este movimiento… Avanzar por el mundo sin sustraernos a nada, como esta agua que se arrastra a sí misma, atraída por el mero hecho de recorrer su propio curso. Caminamos hasta esa barcaza que sigue en su sitio, esperándonos. Para ver cómo acababa nuestra historia. Diego me dice «gracias por el bebé», porque solo ahora sabe qué es. Y solo ahora sabe que está a salvo.

Una idea me rondará por la cabeza toda la vida: si Diego hubiera tenido a Pietro en brazos, aunque solo hubiese sido durante una noche, si hubiera sentido su respiración, tal vez habría sobrevivido.

No llama y yo no espero junto al teléfono. De día los sueños se esfuman. Quedan las fotografías, los charcos, los pies y las caras desencajadas de los ultras.

Entonces llama un día, y es una voz muy alejada de la paz del sueño, agredida por el dolor de la vida.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no vuelves? ¿Y el pasaporte?

Parece que ni tan siquiera se acuerda de eso.

—Ah, sí, el pasaporte. Lo he encontrado, sí.

—¿Dónde estaba?

Tenía un bolsillo roto y se le cayó en una bota, dice.

No pregunta por el niño, soy yo quien le dice que está bien.

En Sarajevo aún hace mucho frío, todo sigue como antes porque ya no puede ir a peor, han alcanzado un punto infranqueable, solo existe la monotonía del dolor, como una cantinela que se repite una y otra vez, como una pieza de ropa que se arrastra por el barro y nadie volverá a limpiar jamás.

Se corta la línea. Ya hemos hablado suficiente, ha sido casi un milagro. Sin embargo, no nos hemos dado nada, ningún consuelo.

Cuelgo el teléfono y siento la ciudad de Sarajevo, el olor de las ortigas, de los zapatos que queman, de la gente que hace cola para morir. «No estás ahí, Gemma —me digo—. No estás ahí. Se ha acabado, ya estás fuera». Respiro, me ahogo. Papá me trae un vaso de agua.

—Bebe, cariño, bebe.

Sin embargo, sé por qué me encuentro mal. Porque ahora estoy convencida de que no querría encontrarme frente a esa muerte por ningún motivo del mundo.

Mi padre: hoy es él quien se encarga de poner a dormir al bebé, pasará la noche en el sofá, frente al piano.

—¿Qué me cuesta? —me ha dicho.

Canta una nana, su voz cura las heridas de la oscuridad, las sutura. Quiere mucho al bebé, le ha bastado mirarlo para quererlo. Sin embargo yo recelo de él y cada vez que lo miro a los ojos pienso en los ojos heridos de su padre, que a buen seguro nadie se molestará en curar. Me parece que el recién nacido está arrancando la vida a mordiscos a Diego; esto es lo que pienso y lo que no puedo decir.

Papá no me pregunta nada, tiene miedo de mis pensamientos.

Mientras canta, pienso en el vientre de la oveja, en su mirada mientras me iba. Quizá se habían puesto de acuerdo y la oveja sabía que Diego iba a volver con ella, y, en realidad, esa mirada abatida bullía de pensamientos ocultos. Sabía que había ganado. Quizá fue Diego quien la convenció de que me diera al bebé, para desembarazarse de mí, para darme algo. Ellos

podían tener más hijos y yo nunca iba a regresar de ese calvario con las manos vacías.

Me había dado lo que quería, el bebé era el precio de su libertad. No lo había pagado con marcos, sino que había sido un intercambio de seres humanos. Aska se había llevado la carne de mi amor.

Me he bebido casi una botella entera de grappa, papá dice «basta», pero yo digo «más». Beber me salva del infierno llevándome de nuevo al infierno. Junto a ellos. Grito que ya no quiero a este bebé, que esa puta bosnia me ha robado al marido, se ha aprovechado de mi debilidad para separarnos.

Me vuelve a la cabeza el azul del niño de la morgue. ¿Por qué no se salvó él en lugar del hijo de esos dos miserables?

El recién nacido llora, papá lo coge y lo levanta como si fuera una cruz. Como un exorcista que intenta hacer retroceder al Maligno.

Porque esta noche el diablo ha entrado en nuestra casa, en mi piso con el piano blanco. Miro la cuna… y solo veo a esas dos serpientes que siguen engulléndose en la pocilga de esa ciudad. Este mocoso es suyo, este pedazo de carne hambrienta. Debería haberlo dejado allí, donde su padre lo habría sacado a pasear con la mochila portabebés junto con su madre, en ese incendio recubierto de hielo…

El perro ladra. El recién nacido llora como un cerdo degollado. Papá me lo pone en los brazos de cualquier manera. Lo ha protegido hasta este momento y ahora lo abandona.

—Es tu hijo, haz lo que quieras con él.

¿Por qué corre este riesgo? No es un hombre que acostumbre a hacer gala de este valor.

Retrocedo unos pasos y caigo en el sofá. Dejo al bebé a mi lado. Si hubiera sido una serpiente habría podido morderme y luego escabullirse. Sin embargo se queda ahí, el llanto sofocado entre los cojines, incapaz de moverse como un insecto boca arriba.

Me levanto y me alejo. Me voy al baño a vomitar la grappa. Porque ahora me parece que no hay ninguna diferencia entre la vida y la muerte, entre el movimiento y el silencio.

Papá se ha ido y se ha llevado al perro consigo. He oído el portazo, parecía que con el golpe se iba a venir abajo el mundo. Se ha ido desolado, como un exorcista que ha fracasado.

Cojo al bebé, levanto los brazos por encima de la cabeza y lo sostengo así. Parece que le gusta la altura, deja de llorar. Los últimos sollozos agitan su cuerpo. Parece que no hace caso de ellos, como cuando regurgita. Lo hago volar un poco. Jugamos a hacer el avión. Cuando regresa al suelo ha recuperado la serenidad. Hace una mueca con la boca que recuerda una sonrisa. No lo pongo en la cuna, me lo quedo encima. Me lo pongo boca abajo en la barriga, es la primera vez que lo hago. No sé quién de los dos se dormirá antes. Sueño con una ciudad sobre mi barriga. Cuando abro los ojos ya es de día, es un lunes, y Pietro ha dormido toda la noche, ni tan siquiera se ha despertado para que le diera leche.

OceanofPDF.com

Papá recibió la llamada

Papá recibió la llamada.

En la cartera de Diego habían encontrado una hoja doblada con varios números de teléfono. Los agentes de policía de Dubrovnik marcaron el primero de aquella pequeña lista, que era el de mi padre. Aparecía junto al nombre de «PAPÁ», por lo que pensaron que era el número de teléfono del padre del muchacho. El funcionario hablaba italiano y todo resultó bastante fácil. Papá no preguntó nada, en ese momento era incapaz de hilvanar ningún pensamiento. Se limitó a decir «lo entiendo… lo entiendo… lo entiendo», de un modo automático.

Ni tan siquiera él sabía qué había entendido. Aquéllas no eran más que las palabras que se le habían pasado por la cabeza y las pronunció en voz alta, para taponar de manera digna la situación, la hemorragia que había empezado, imparable.

Mi padre era un hombre firme, reservado, más bien tímido. No estaba acostumbrado a dejarse llevar. De modo que su cuerpo soportó el dolor aprisionándolo.

Cuando al cabo de un par de horas llamó a la puerta de mi casa, tenía la boca torcida, como si el mentón tirara de ella hacia abajo, y un ojo más cerrado que el otro.

—¿Qué has hecho?

No se había dado cuenta de que tenía una parálisis facial. El perro entró después de él. Llevé a papá hasta el espejo del baño, se miró pero no

parecía verse, o como mínimo no parecía lo más mínimo interesado en su estado, se limitó a asentir.

Sin embargo, yo me había asustado, me impresionaba esa cara torcida que no reconocía, la voz gangosa, el entumecimiento del único ojo abierto. Había que llamar al médico, que le hicieran análisis. Tal vez no era más que un golpe de frío, pero podía ser una isquemia.

Había comprado nísperos, los llevaba en una bolsa de papel que no había soltado en ningún momento.

Eran los primeros de la temporada ya que la primavera acababa de empezar.

—¿Dónde los has encontrado?

Fuimos a la cocina y nos sentamos a la mesa.

—¿Y Pietro?

—Duerme.

Normalmente lo primero que hacía al entrar en casa era correr a la habitación para verlo.

Ha lavado los nísperos. Coge uno, lo frota con un trapo y le quita el peciolo lentamente. Le miro las manos para ver si también tiene algún problema. Hace unos gestos muy lentos, pero parece que mueve todos los dedos.

Abre el níspero y le quita el hueso brillante muy despacio, dividido en dos partes, como un corazón.

Me ofrece la mitad de la fruta, doy un mordisco y lo miro. Se ha llevado ese trozo de pulpa naranja y granulosa a la boca pero no puede tragarla por culpa del labio inerte.

Papá tiene un rostro armonioso, muy bien dibujado, una nariz regular y una tupida mata de pelo: es lo que se dice un hombre atractivo. Sin embargo, de vez en cuando le da por hacer el tonto, cuando abre los ojos de un modo desmesurado y enarca las cejas, o cuando mueve las orejas y la nariz a propósito. Lo hace muy de cuando en cuando, y solo para hacer reír a los niños. Tiene una semblante tan adusto que sorprende a todo el mundo

cuando hace estas muecas. Cuando era pequeña mis amigos se volvían locos con las orejas y las cejas de mi padre.

Y esta mañana, toda esa tontería se refleja en su rostro desencajado, paralizado en una mueca que parece una de sus bromas para niños, salvo que esta vez no recupera su expresión normal.

Papá no puede tragar el níspero.

Ahora llora, del único ojo abierto brota un reguero de lágrimas viscoso como una baba.

Pienso que se debe a la paresia, y me parece absurdo que estemos aquí comiendo nísperos en lugar de correr a un hospital.

Me levanto, le digo que voy a coger las llaves del coche.

Mi padre replica:

—Siéntate, cielo.

No es su voz, es un chillido ahogado.

Impresiona bastante, como su rostro demudado.

Abre otro níspero y me lo ofrece.

—Toma, come…

No puedo tragarlo, se me queda en la garganta… porque todo esto me parece absurdo, poco creíble. Porque ahora sé que tras esa cara míseramente alterada se esconde un secreto repugnante. Ese semblante parece contraído en un grito inmóvil junto a un río, como en el cuadro del hombre solo con su boca negra.

Dejo caer el níspero y me quito los trozos de la boca.

Busco el único ojo abierto, el que llora.

—¿Has sabido algo, papá?

Ahora recuerdo que los nísperos son la fruta preferida de Diego, y que papá se los traía siempre.

—¿Has sabido algo?

Y no entiendo por qué los ha traído justamente hoy, por qué ha ido hasta el centro a comprarlos ya que no es temporada, teniendo en cuenta que no me entusiasman y que él lo sabe bien.

Tenía miles de maneras de decírmelo, o quizá solo tenía ésta. Me ha traído a la boca el sabor de Diego mientras vivía, que ya es una muestra de

algo, de lo que haremos en el futuro.

Comeremos algún níspero de vez en cuando, en silencio, para recordarlo, al fotógrafo de Génova que había escrito el número de teléfono de Armando junto a la palabra que más había echado de menos, «papá».

Ahora estoy preparada. Me viene a la cabeza ese viejo recuerdo, ese estribillo que aprendí en Sarajevo.

Se trata de dejar pasar la arena, de dejar que se deslice hasta el fondo del cuerpo. Es la que nos tiene en pie a pesar de todo, como la base de cemento de una sombrilla.

—Está muerto, ¿verdad?

Papá se me queda mirando con esa cara desfigurada cuyo origen ahora ya conozco. Tan lejano como el grito del hombre de Munch.

No asiente, me mira fijamente con el ojo abierto y el resquicio del otro, agita un poco la cabeza, como un loco en un manicomio.

Lanza un leve gemido. «Oh… oh… oh…», tres veces.

Espero el derrumbamiento frente a este rostro descompuesto.

Entonces asiente lentamente, pero solo un poco, como si no estuviera convencido del todo. Le queda ese mentón desencajado, suspendido… Como si me lo preguntara a mí, a esos estúpidos nísperos… Para oírme decir que se han equivocado. Que el cadáver que han encontrado no es de Diego, sino de otro hombre.

Espero que se le recomponga la cara, que pueda dar vuelta atrás, como una película rebobinada. Pero sé que no puede suceder.

Bajo la vista, evito este rostro privado de sí mismo, de su dulzura. Privado de la paz. Me parece la última despedida de Sarajevo, que aprisiona todo mi futuro. La vida que está por llegar solo tendrá esta expresión contraída, esta mueca aterrada.

Quizá también se me crispará el semblante en un grito sin voz… Y mi padre y yo seremos dos tullidos para siempre.

Me da miedo el anciano, me da miedo que pueda morir ahora, en esta cocina. Derrumbarse sobre la mesa, entre los nísperos.

Me mira para ver si me estoy volviendo loca.

Tiene miedo. Puedo olerlo. Huelo también las manos que siguen tocando estas pequeñas frutas, con extraños espasmos.

—¿Ha muerto?

—Sí.

No me estoy volviendo loca. Ya lo he aprendido todo, formaba parte del viaje, del paquete. Estaba todo incluido.

Ya he vivido este momento. En el depósito de cadáveres del hospital Kosevo, entre Jovan y el niño azul había una de esas camillas de acero desnudo, vacía.

Ahora vuelve la camilla, que vi y olvidé. Ahora sé que estaba a la espera de un cuerpo, del tercer cuerpo entre el anciano y el niño. Como una cruz que hay que acabar. El muchacho de Génova con el que me casé ya me había anunciado su destino. El resto, el pasaporte que le cayó dentro de las botas, la propia Aska… no eran más que acontecimientos, todo estaba fijado de antemano. La vida y la muerte no se deciden, entre medio podemos tomar un camino más difícil, desafiar el destino, pero en el fondo solo le hacemos cosquillas.

De modo que aquí estoy, una viuda.

Sé que tendría que reaccionar, sin embargo miro los nísperos de la mesa. Mientras estoy quieta sé que es buena idea permanecer así, que el dolor llega luego, hay que llorar, derrumbarse. Resulta peligroso quedarse inmóvil, exactamente donde se está, sin moverse ni un milímetro, mientras todo cae. Es un heroísmo que no sirve para nada, como de nada sirve la dignidad.

—¿Ha sido una granada?

Y es normal hablar.

Papá babea cuando habla, le cae un poco de saliva de ese surco inclinado mientras dice:

—Un accidente… Se ha caído de las rocas… en la playa…

¿Qué está diciendo? En Sarajevo no hay mar.

—En Dubrovnik —papá dice que ha sucedido en una de esas islas que hay frente a Dubrovnik.

—¿Qué hacía ahí?

No lo sabe, no ha preguntado nada.

Da igual, no siento ninguna curiosidad.

Veo algo que ya he visto, que me ha esperado durante mucho tiempo.

Me levanto pero no sé por qué, doy tres pasos, pero parezco una de esas gallinas a las que les han arrancado el cuello, son los pasos de los espasmos nerviosos, de los músculos que conservan la memoria del movimiento. Me siento y vuelvo a mirar los nísperos.

Corazones de pulpa de un naranja pálido. Diego era capaz de devorar montañas de estas frutas, reía, escupía los huesos para intentar meterlos en el cubo de la basura.

Diego.

En el fondo, siempre lo he sabido. No es ninguna novedad, tan solo es el destino que se cumple, que se hace ver.

Siempre tuve miedo de perderlo.

Acerco dos huesos sobre la mesa y los miro. Nunca tuvimos una relación perfecta, siempre había algo que no encajaba… Una arista contra la que siempre chocas, el borde de un vestido que siempre sobresale del armario y de noche te molesta y dices «ahora me levanto y guardo bien ese vestido». Pero luego te quedas en la cama y dices «ya lo haré mañana». Ahora sé qué era, era este día, estos nísperos, esta muerte. Él tenía ventaja sobre mí.

Sonreí, había muerto de una caída, junto al mar como su padre.

Sonreí porque no estaba sorprendida. Como cuando de repente encuentras la solución de un enigma que te ha hecho enloquecer, te ha atormentado, y sin embargo era fácil, hasta demasiado, por eso eras incapaz de resolverlo. Buscabas en otra parte en lugar de buscar en los bolsillos.

Sonreí porque no sabía si iba a sobrevivir, pero no me preocupaba.

Bueno, no volveré a verlo.

Significa que no volveré a ver sus patas de ñu, significa que volveré a sentir el olor de su cuello. Se ha llevado los ojos que me miraban y no podré volver a preguntarle «¿cómo soy?», y no podrá volver a responderme «eres tú». Significa que su voz se encuentra atrapada en una garganta muerta y que esta garganta será enterrada.

Bueno. Ya está todo aquí.

Sonrío porque noto una brisa suave y agradable, veo a Diego que se vuelve hacia mí en la estación, ha traído esa sillita de plástico verde, la ha traído en tren desde Génova solo para enseñármela porque era la que usaba de niño, y ahora se sienta en la estación Termini en medio de la gente para demostrar que sigue ahí. Porque está más delgado que un galgo. «Como los pobres de verdad», dice. Los jornaleros de antes, los africanos. Río. Me está preguntando si lo amo, ha venido para dejarse ver, para que lo compre como un esclavo, porque me quiere mucho y no puede vivir sin mí. Me dice que sabe que se está equivocando, que no tiene atractivo porque no tiene vergüenza, le da igual quedar como un cretino, mostrarse tan enamorado. «Pero soy así», dice. Sonrío, le doy la espalda en la estación, pienso que es un idiota, un alucinado, un colgado. Que tiene los hombros demasiado estrechos y las piernas demasiado largas. Me vuelvo, está de pie pero aún tiene el culo pegado en la silla verde, y me sigue así. Cuando me paro, se sienta de nuevo, cruza las piernas, no tiene cigarros pero imita el gesto de alguien que fuma feliz. «Estoy esperando», dice.

«¿Qué esperas?».

«La vida, estoy esperando la vida».

Bueno. Quitamos los huesos de la mesa y los tiramos a la basura.

Papá pregunta:

—¿Qué hacemos ahora? ¿Cuáles son los pasos habituales?

Para él Diego era un hijo, y ahora quiere saber cómo se repatría el cuerpo de un hijo muerto.

—Hay que llamar al ministerio de Asuntos Exteriores.

—Claro, eso.

Me levanto, me pongo las gafas, pero luego no hago nada.

—Puedo ir a Dubrovnik si no te ves con ánimos.

¿A dónde va a ir con esa cara?

—Tú tienes que ir al hospital, papá.

Asiente, no puede creer que sea tan fácil, tan normal.

El bebé se despierta porque tiene hambre, de modo que le preparo un biberón de leche. Papá lo coge en brazos y Pietro llora, no lo reconoce, le impresiona esa mueca, lo que nos permite deducir que ya ve. Entonces reconoce el olor del abuelo y deja que sea esa cara desencajada quien le dé la leche. Me quedo mirando a papá, que le da el biberón y solloza, y las lágrimas mojan a su nieto.

Le digo:

—Ten cuidado.

Agacha la cabeza, la esconde. Se avergüenza porque yo soy fuerte y él, débil. El perro duerme a su lado con la cabeza apoyada en un pie.

Cojo el listín telefónico y busco el número del ministerio de Asuntos Exteriores. Lo escribo en una hoja de papel. Han recibido el aviso, pero la voz del funcionario dice:

—Aún desconocemos los detalles, señora.

El cielo se ha encapotado, me acerco a una ventana y recojo todos los peleles y baberos que había tendido. Cambio al bebé y, aprovechando que está despierto, lo dejo un rato entre nosotros; en la penumbra, el rostro de papá parece aún más siniestro, parece el de un anciano con algún problema mental, con ese ojo tan abierto.

Quería mucho a Diego, lo quiso desde el primer instante.

—No tiene ni una lira, viaja en tren sin billete. No tiene oficio ni beneficio…

Yo creía que era un reproche. Acababa de poner fin a ese matrimonio absurdo con Fabio. Papá tenía una expresión de enfado. Luego movió las orejas, la nariz e hizo una de sus muecas de mimo.

—Pero tiene todo lo demás: ¡date prisa, cabezona!

Luego habría de hacerle de ayudante, y Diego lo llevaría de paquete en la moto. Jamás fue tan feliz.

Pasaban los minutos y la arena bajaba por mi cuerpo. Pensaba en el mar, en Diego todo manchado de arena. No pensaba en el cadáver, no tenía ninguna prisa por zambullirme en la realidad de los teléfonos y de las voces desconocidas. Me sentía lenta, aturdida como una embarazada. Diego ya no estaba en este mundo, pero yo sentía que aún formaba parte de la vida, que aún podía llegar hasta él. Flotaba en el aceite del nacimiento, en las raíces líquidas de una gran placenta cósmica. Yo tenía una mano sobre la barriga del bebé. Era él quien me infundía esta seguridad autista. Estaba ahí tranquilo, balbuceando. Estaba acostumbrado a la casa, que ya reconocía, a esa vida. No sufría la tragedia, para él no existía. No había conocido a Diego, no lo buscaba con los ojos, que ya movía de un lado a otro. Era huérfano de padre, exactamente igual que su padre. Su destino había cambiado de golpe, pero no lo sabía, tan solo decía «gue, gue».

Su desconocimiento era un escudo que lo protegía del dolor, pero también del modo en que había muerto Diego.

Papá no quería dejarme sola, tenía miedo. Y me lo dijo mascullando con la boca torcida. Yo había llamado a su médico, que ya estaba en el hospital. En la calle había un taxi que lo esperaba.

—Estás demasiado calmada y no estoy tranquilo.

Sin embargo, quería quedarme a solas.

Llamé de nuevo al ministerio de Asuntos Exteriores, pero aún no tenían ninguna novedad.

«Estamos esperando», dijo la voz.

Me quedé dormida con el bebé sobre la barriga.

Me había acercado a la ventana, la abrí y me asomé con el bebé en brazos para tirarme al vacío. Fue una buena prueba porque descubrí que no tenía ninguna intención de hacerlo; pensé que difícilmente iba a morir si

saltaba desde un segundo piso. Había gente en la calle y me quedé mirando a una pareja que se besaba, apoyada en una moto aparcada.

Soñé con Sarajevo; la ciudad se recomponía como en una película rebobinada, las ruinas se levantaban, los cristales rotos volvían a formar ventanas intactas, escaparates. Las persianas de Bascarsija se abrían de nuevo, los arcos de la Biblioteca Nacional se alzaban hacia el cielo, volvió la chica que llevaba los libros a esas salas ordenadas. Volvió el lamento del muecín en los minaretes intactos. Volvió el verano y luego la nieve, las chimeneas encendidas, el desfile en honor de Tito, las majorettes con sus vestiditos de color turquesa, volvió ese refugio en Jahorina, volvió la mirada de Diego, la primera que posó en mí.

En el sueño lo agarré como un cuchillo, como un lirio. Era una herida sin sangre, blanca.

Al alba pensé no lo lograría nunca.

Sin embargo lo conseguí, puse a Pietro en la mochila portabebés y salí. Había encontrado la tarjeta del capitán de los carabinieri.

Esperé un poco y me hicieron entrar.

Giuliano alzó los ojos.

Me senté. Dijo algo sobre el bebé, que había crecido, y sonrió.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Le pedí un vaso de agua.

Le trajeron una botella. Bebí.

Él también bebió. Sonrió.

—Me ha dado sed al verla.

Y fue entonces, al encontrarme frente a ese hombre vestido de uniforme, un poco entrado en carnes y un poco calvo, cuando empecé a llorar. Fue un llanto largo y lento, al que Giuliano asistió mudo.

Luego habría de decirme que se enamoró de mí ese día, porque él esperaba un destino que nunca había visto y que entonces, por fin, tenía ante sí.

Me ayudó a repatriar el cadáver de Diego.

Decidí no ir a Dubrovnik, no tenía la menor intención de cruzar ese mar. Tenía el bebé y papá no estaba bien, se estaba recuperando de la paresia, pero no era el mismo. Éramos como esos personajes de las películas de ciencia ficción, unos mutantes expulsados de nuestro propio cuerpo, que había sido ocupado por autómatas.

Se oía un ruido distinto cuando nos dábamos el beso de rigor, chocábamos uno contra el dolor del otro, estaño en el cuerpo, en los brazos que parecían de hierro. Y nos resultaba incómodo mirarnos a la cara. Era mejor mirar a los desconocidos, a la gente que no lo sabía.

La casa tenía un ambiente malsano y, no obstante, parecía viva porque venía la mujer de la limpieza, porque papá siempre traía flores y fruta fresca e intentaba seguir haciendo lo mismo que antes. Hacía la compra, ponía a dormir al bebé, daba de beber al perro y reorganizaba la nevera. Pero luego, en cuanto podía, cuando Pietro dormía, se ponía frente a las fotografías de Diego y se las quedaba mirando un buen rato, ajeno a todo… Se sentaba en el sofá y, medio ausente, contemplaba un charco o una hilera de pies. Luego, al darse cuenta de mi presencia, bajaba la mirada. Poco a poco se le empezaba a abrir el ojo, pero aún estaba más cerrado que el otro y causaba impresión.

Yo flotaba en aquel dolor. Una membrana sutil me mantenía en la superficie. Como esos insectos que viven en las plantas acuáticas, no llegaba a tocar el suelo. En mi interior también explotaban paresias microscópicas. A ratos no me notaba un pecho, o un pie, o parte de un hombro… Eran partes de mi cuerpo que Diego había tocado, era el pensamiento de su mano que se posaba sobre mí… Me anestesiaba de un modo natural, como el dentista que duerme las encías.

Estaba leyendo un libro sobre los insectos, era una lectura que me gustaba porque no intentaba distraerme, hablaba de mí a través de otras formas de vida. Insectos que se inmovilizaban sobre las cortezas de los árboles, se adaptaban al miedo transformándose, mutando de color, paralizándose.

Llegó el informe médico de Dubrovnik: Diego murió a causa de una caída, tenía una lesión craneal y fracturas en todo el cuerpo, las manos y los antebrazos excoriados como si hubiera intentado agarrarse a algo.

Le pregunté al capitán si existía la posibilidad de que alguien lo hubiera empujado.

En la comisaría de Dubrovnik descartaban esa teoría ya que muchos testimonios habían visto pasear a Diego por el muelle de Korcula y luego trepar por los escollos.

—Estaba… confundido.

Giuliano inclinó la cabeza, abrió el cajón y sacó algo, una cajita de regaliz…

Ahora me miraba y yo sentía su pena, que se deslizaba por mi cuerpo.

El bebé, que estaba en la mochila, se movió, de repente apuntaló los pies en mis piernas inmóviles sobre la silla y se levantó. Le puse una mano en la cabeza, tenía miedo de que se volviera hacia el capitán, un miedo irracional de que, por sorpresa, del mismo modo en que se había levantado, pudiera hablar y decir que no era hijo mío.

Abrió la cajita de regalices y me ofreció una para perder aún más tiempo.

—¿Su marido consumía drogas?

Detrás de un arbusto, en el lugar donde Diego había pasado la noche, se había encontrado una jeringuilla, y la autopsia reveló que tenía heroína en la sangre.

Agaché la cabeza, me entraron ganas de golpearla contra la mesa. Pero me encontré con la cabeza del bebé. Quería golpearla cien veces y cien veces decir «no». El chico de los *carruggi* de Génova había elegido su final.

El capitán asintió, los ojos impasibles, como si fuera de cristal.

—No resulta fácil volver de una guerra…

Junto al informe médico había un sobre amarillo. Lo había visto desde hacía un rato. Era la parte más terrible, más escabrosa, Giuliano lo había

dejado a un lado pero ahora había que abrirlo. Eran las fotografías del cadáver.

Giuliano rasgó con el abrecartas aquel sobre que se negaba a ceder, era un papel resistente de la vieja burocracia yugoslava. Hojeó el contenido deprisa.

Yo lo observaba para buscar alguna reacción en su rostro… Besaba la cabeza perfumada del bebé, de repente esperaba un milagro, que el muerto, a pesar de los documentos, de las descripciones detalladas de la ropa y del anillo de plata, no fuera Diego.

El capitán debía de estar acostumbrado a mirar fotografías de cadáveres y no se le alteró el semblante. Me lanzó una mirada amable.

—Basta con que vea una, es necesario… Tiene que firmar una declaración.

Miré las fotografías del fotógrafo muerto, pasaron por delante de mí plácidas como las barcas que fluyen por un río.

—Sí, es él.

Mientras guardaba de nuevo las fotografías en el sobre, el capitán dijo:

—Parece el Che Guevara.

Tenía razón, era un muerto muy guapo. Un rostro lívido, devorado por las sombras, a pesar de lo cual aún se percibía la tensión del alma, la pasión por la vida.

Pasaron los días y descubrí que era mucho más fácil llevarse a un recién nacido de Sarajevo que lograr la repatriación de un cadáver de Dubrovnik. Al cabo de poco llegó el féretro.

En un día soleado, y en el silencio absoluto de un cielo líquido que movía el horizonte, el avión militar aterrizó en el suave asfalto de la pista. El capitán, ataviado con el uniforme inmaculado, se dirigió a grandes zancadas hacia el avión. Pasaron unos segundos irreales, como antes de un parto. Luego se abrió la compuerta y salió el ataúd del vientre metálico.

Empecé a sudar, la blusa se me pegó al cuerpo como un bañador.

Algunos años después, cuando Giuliano me pidió matrimonio, pensé de nuevo en esta llegada, el cuerpo de Diego en la caja y el capitán que lo esperó bajo aquel cielo cálido que lo movía todo. Un destino que se acababa y otro que empezaba.

Tuve que quedarme con el féretro un día entero, lo habían dejado en una habitación demasiado pequeña. Hubo problemas porque el funeral se fijó para la mañana siguiente y el personal del aeropuerto no tenía ninguna intención de hacerse cargo del ataúd. Diego no era un héroe de guerra ni nada por el estilo. Era un fotógrafo desconocido que había caído de un peñasco, colocado de heroína. El capitán asistía impasible a mi desorganización, que había dejado de sorprenderlo. Era obvio que era yo quien debía ocuparse del féretro en tierra italiana. Pero no se me había ocurrido. Ahí estaba, con un sombrerito de algodón en la cabeza y la blusa empapada, como una turista perdida. Empezó un torrente de llamadas, de discusiones.

Al final, cuatro soldados cogieron el ataúd y lo dejaron en una habitación pequeña y aireada, como la de una casa junto al mar. Había una puerta con una persiana metálica de color verde claro que pedí que dejaran abierta. Daba a una zona de servicio del aeropuerto, se veía un hangar metálico y el alambre de púas de la verja.

Me quedé hasta el anochecer.

Era madera, tan solo madera. Bañada por la penumbra de esa habitación apartada. Me distraía continuamente, miraba hacia el exterior, atraída por la luz, como una mosca que no encuentra la paz. Miraba las cañas que habían vuelto a crecer en los márgenes de la pista, resquebrajando el asfalto. Me concentraba, como de niña, cuando recibía la hostia en la iglesia y me encerraba en un recogimiento, pero a pesar de todos los esfuerzos flotaba en la nada, pensaba en mis cosas. Tan solo esperaba que pasara el tiempo. Era presa de una cierta incomodidad, como cuando te vas de viaje y tienes la sensación de que has olvidado algo. Te detienes, haces un pequeño

inventario, hurgas en los bolsillos, abres el bolso pero no logras recordar qué es lo que has olvidado.

Entonces sucedieron dos cosas.

La primera fue que Diego entró en aquella habitación y me habló. El sol empezaba a ponerse, era una hora que nos gustaba, en la que acostumbrábamos a tomarnos una copa de vino y charlábamos, de modo que no me sorprendió que la hubiera elegido para hacerme una visita. No salió del ataúd. Entró de fuera, agachándose para no darse un golpe con la persiana.

«Hola, pequeña».

Venía a hacerme compañía en esa vela, como cuando esperábamos juntos en las consultas de los médicos. No tenía la barba de Sarajevo, tenía la cara muy suave y llevaba esa vieja camisa blanca sin cuello, con la pechera rígida y sus pantalones de explorador. Acababa de darse una ducha y el pelo húmedo desprendía un aroma de champú.

Le pregunté si había sufrido.

Sonrió y movió la cabeza. «Un poco».

Le pregunté: «¿Qué es la muerte, Diego?».

No se lo pensó ni un segundo: «Es un río que sube».

El ataúd se encontraba entre ambos, y Diego había puesto los pies encima. Parecía el velatorio de un hombre que había muerto muchos años antes, de su padre, tal vez. Ahora tocaba la guitarra, yo miraba las suelas gastadas de sus botas, de quien ha caminado mucho. Había un avión frente al hangar, un pequeño avión militar de hélices.

«¿Tienes ganas de irte, amor?», le pregunté.

Me miró un buen rato con los ojos empañados y ancianos. Ojos fuertes de la vida, próximos a la fragilidad del cielo.

«No, me gustaría quedarme».

Solo entonces me preguntó por el bebé.

Le conté que esa mañana, mientras lo cambiaba, me había hecho pipí en la cara.

Se rió, me dijo que él también se meaba encima de su madre, que es algo típico de los hombres. Se llevó una mano a la cara, estiró los dedos y

se quedó así, bajo aquella jaula.

Al irse dejó un carrete sobre el ataúd.

La segunda cosa que sucedió fue que encontré un carrete de verdad, con la película abierta, enrollada. Estaba en el suelo, junto a la persiana, olvidado por alguien que quizá no había sabido sacarlo y lo había velado. Me guardé ese rollo de película quemada por la luz en el bolsillo. Y me sentí mejor, como si fuera esa la cosa que había buscado poco antes, sin encontrarla. Salí de la habitación.

Al día siguiente se celebra el funeral. Hay muchas caras jóvenes, de los muchachos de la escuela de fotografía. A Viola le ha crecido el pelo, ha derrotado al cáncer pero no logra tener a raya al pequeño afgano, que se escapa y da unos cuantos pasos hacia el ataúd. El cura es un antiguo compañero de escuela de papá, un tipo robusto, que nos da un sermón. Cada vez que dice «Diego» me estremezco. «¿Por qué lo llama?», pienso.

Se me acerca un tipo delgado, poco más alto que un niño.

—¿Eres la mujer?

Pronuncia las vocales muy abiertas y las consonantes se deshacen como el mar; es el acento fuerte de los *carruggi*, de Diego.

—Soy Pino.

Me da un fuerte abrazo.

Tiene rostro de púgil, gafas de sol y lleva el pelo engominado como un sepulturero.

Lo he visto muchas veces en fotografías, era el jefe de los ultras. Me cuesta creer que sea tan pequeño, en las fotos de Diego parecía un gigante.

Me presenta a los demás, al grupo de Génova, caras descarnadas de yonquis. Me preguntan si pueden poner la bandera. Es la histórica, la más mugrienta y deshilachada, con las firmas de los jugadores. La extienden lentamente sobre el ataúd como un sudario.

«La bandera es el padre, la madre, el trabajo que no tienes, la heroína, de la buena…».

La madre de Diego ha venido en coche con su pareja, setecientos kilómetros hasta esta iglesia vulgar, de barrio.

Está sentada en el banco, junto a mí, pegada. Aterrada. Pobre Rosa, es una flor marchita que no se recuperará jamás. Pero se ha peinado, salta a la vista que ha ido a la peluquería, luce unos rizos perfectos y voluminosos, de color violeta. Le cojo la mano y me la aprieta como si quisiera pedirme perdón.

Un día me dijo:

—No podía tenerlo en casa, tuve que meterlo en un internado, pero si volviera atrás…

No se puede volver atrás, Rosa.

Ahora quizá está pensando en esa época, cuando Diego era pequeño, «un alfeñique», y se movía tanto mientras dormía que se caía de la litera, y la llamaban de la enfermería porque el niño preguntaba por ella, pero Rosa no podía ir hasta Nervi, hasta el instituto, «un buen instituto, por el amor de Dios», porque tenía que trabajar en el comedor. De modo que le llamaba por teléfono, le decía «pórtate bien, pequeñín». Ahora se ha trasladado a Niza con su compañero, tienen una «casita», aunque es una pena que ella tenga esos temblores en las manos.

Ha besado al nieto en la frente, pero le ha dado miedo cogerlo en brazos. Parece absorta, en manos de fantasmas más miserables que ella. Respira en silencio el olor de su boca, que ha permanecido encerrada en el coche durante todas esas horas.

Le he preguntado si el bebé se parece a Diego de pequeño.

—Tengo una fotografía en la que está igualito… Ya te la enviaré.

Sonríe ausente, medio aturdida.

—Va hasta las cejas de Tavor —me dirá Pino más tarde.

La chica que lee el Evangelio es un poco retrasada, parece una foca con peluca. Diego la habría elegido como modelo.

He traído el casete. Me levanto y aprieto la tecla «play».

No hay ninguna flor sobre el ataúd. Solo la Leica rota y la bandera del Génova. «I Wanna Marry You» flota en aquel ambiente.

«Oh, darlin’, there’s something happy and there’s something sad…». Duccio se ha quedado todo el rato en la nave lateral, apoyado en la columna, con los brazos cruzados y las piernas abiertas, como un guardia de seguridad.

Los chicos de la escuela de fotografía levantan el féretro que contiene el cadáver de su joven profesor y se lo llevan.

El pequeño afgano se ha calmado y hace pompas de jabón. Charcos voladores que le habrían gustado a Diego. Por un instante me recuerdan a sus ojos, que caen.

Al final le tributan el típico aplauso.

Con la excusa del bebé papá se ha pasado toda la ceremonia dando vueltas en el fondo de la iglesia. No se ha afeitado, sus ojos celestes perdidos en la carne oscura. Las facciones han vuelto casi a su sitio. Ha dormido a Pietro en el cochecito, de vez en cuando se ha oído un gemido. Ahora se detiene frente al ataúd y estira una mano. No lo toca de inmediato, espera, como si entre su mano y la madera hubiera aún un pensamiento no realizado, una plegaria. Es un anciano, es la primera vez que es tan mayor. Inclina la cabeza y parece apoyarse en el ataúd, como si pidiera ayuda al muchacho inmóvil que yace en su interior, que no es más que una momia, un montón de restos humanos como corazones de manzanas comidas.

Me azota un desfile de mejillas, una tras otra, besos en el aire, besos de la muerte. Me escuece la piel. No me quito las gafas de sol para que mis ojos no se crucen con todas esas miradas que me buscan. Peces negros.

Oigo que su pareja le pregunta a Rosa:

—¿Hacía frío en la iglesia?

Han metido el ataúd en la furgoneta de la escuela de fotografía, nada de pompas fúnebres ni de coches negros.

Duccio mira estupefacto la carraca. Me abraza, con las gafas de espejo pegadas en su rostro macilento. Mueve un labio y se lo muerde con sus largos dientes, de depredador.

—… era un gran fotógrafo… Uno de los grandes.

Abre el coche con el mando a distancia y se dirige hacia el Jaguar aparcado junto a la entrada de la iglesia.

—No sé por qué engalanan tanto a los muertos… —dice Viola mientras le da una calada al cigarrillo—: total, ¿quién les presta atención?

Le arranco el cigarrillo y lo aplasto con el zapato:

—¡Deja de fumar, estúpida!

Ha cambiado la luz, que se ha teñido de gris y quizá no tarde en llover. Pietro va vestido de blanco, está despierto y ha apartado la sábana. Mira fijamente la abeja de colores chillones que cuelga del capazo. Los ojos enormes, la cabeza calva de un insecto. «Papá —dice—, ¿qué hacemos?».

Eso, ¿qué hacemos? No es una ceremonia de boda, no hay un refrigerio luego. Y ni tan siquiera es un funeral normal, no hay coche fúnebre, no hay tumba. Diego no quería, siempre dijo «al viento», y al viento será.

—Llévate a casa al niño, papá.

Atravesamos la ciudad, nos dirigimos al crematorio. Dejamos atrás una verja y echamos a andar por un camino de tierra. Es un buen refugio, diáfano, parece un invernadero. Los féretros que están a la espera parecen semilleros. Pino coge la bandera del Génova y la dobla con cuidado, no quiere que la quemen.

Hay una fuente, en la plaza donde nos detenemos, con un bar. Los chorros se alzan encabritados hacia el cielo, agua que en lugar de bajar, sube.

La madre de Diego se sube al coche. El compañero le cierra la puerta. Le engancha un trozo del vestido y miro cómo ondea cuando se ponen en marcha.

Solo quedamos Pino y yo. Nos acabamos un bocadillo.

—¿Cómo era el padre?

Hace una mueca desgarradora, muestra del dolor de una vida fracasada. A fin de cuentas, Diego era el que había tenido éxito.

—Era un cabrón, en casa repartía estopa, no se andaba con chiquitas.

—Diego hablaba de él como si fuera un héroe…

Pino lleva una chupa negra, tiene la cara llena de cicatrices de puñetazos. Salta, sonríe, como De Niro en *Toro salvaje*.

—Joder, Diego… Ya sabes como era Diego, ¿no?
No, no lo sé. Dímelo tú, Pino.
—… Nunca quería ver el mal, solo las cosas bonitas.
Mira la fuente. Los chorros de agua que suben. «Las cosas bonitas…».

OceanofPDF.com

El equipaje está preparado sobre la cama

El equipaje está cerrado sobre la cama. La habitación es un campo de toallas mojadas. Pietro se enfunda una camiseta limpia y se pone a sacar brillo a las Ray-Ban.

—¿Qué robamos, mamá?

Lo miro porque no entiendo a qué se refiere.

—¿Qué tienes que robar?

—Hay que robar algo en los hoteles, si no, significa que no has disfrutado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Papá.

No puedo rebatir sus argumentos porque ese a quien él llama «papá» ha sido ascendido a coronel de los carabinieri hace un mes.

Pietro coge el trozo de plástico que cuelga de la puerta.

—Pillo el «DO NOT DISTURB», ¿vale?

—¿Entonces has disfrutado?

Hace una mueca, se encoge de hombros y mete el cartelito en la mochila.

Arrastramos las maletas por el pasillo ya que la moqueta impide que las ruedas se deslicen suavemente.

—¿Te sabe mal irte, mamá?

—Un poco sí…

—A mí también.

Lo miro porque no puedo creer que le disguste irse de esta ciudad pobre y gris.

Quizá le disgusta dejar a Dinka, la camarera del piercing. Pero apenas se miran. Se abrazan por un instante, rígidos como dos insectos.

En la calle, mientras esperamos a Gojko, que da marcha atrás, Pietro dice:

—Antes no sabía dónde había nacido, ahora sí.

—¿Y estás contento?

—Bueno…

Miro su rostro apoyado en la ventanilla, los edificios reconstruidos alrededor de la estación ferroviaria pasan fugazmente… Y entiendo a qué se refiere con ese «bueno». Durante años Pietro ha imaginado el lugar donde nació por casualidad, como siempre ha dicho en la escuela, a los profesores y a sus amigos. Debe de haber pensado en ello, en esa casualidad que albergaba esta ciudad, mucho más de lo que yo imaginaba. Y quizá durante estos días la ha buscado, sin mirar casi nada, caminando con la cabeza gacha…

Ayer por la noche, en la cama, me preguntó:

—¿Diego tocaba mejor la guitarra que yo?

—No, tú lo haces mejor porque has estudiado. Papá tocaba de oído.

Se volvió, dio mil vueltas y me impidió conciliar el sueño que estaba a punto de llegar.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Se levantó como un tigre.

—Me fastidia que lo llames papá.

—Pero es tu padre.

—¡¿Y por qué no volvió a Roma con nosotros?!

—Estaba trabajando…

—No, porque nos abandonó.

Me agarró de un brazo.

—¿Es verdad?

Esperé a que se durmiera. Quizá había oído algo, en esta ciudad, que le había dicho, le había susurrado una verdad muerta pero que, no obstante,

existió y que está marcada en algún lado, junto con los nombres de las placas, junto con estos edificios heridos y suturados.

El cementerio del León está ahí, junto al estadio, a los edificios de cemento de los vestuarios. Las tumbas se amontonan en un terreno que desciende en una pendiente escalonada.

Las lápidas musulmanas están torcidas, todas miran hacia La Meca y parecen abatidas por el viento.

Gojko me ha preguntado si quiero parar.

Desde que llegamos tengo ganas de venir aquí, pero no he tenido fuerzas. Tampoco las tengo esta mañana. Pero como nos vamos hoy le toco en el hombro y le digo «sí, párate». Gojko ha puesto el intermitente y ha detenido el coche, como si nada. Como si hubiéramos decidido parar para tomar un café, la misma cara.

Ahora camina delante de nosotros, con la camiseta empapada por la espalda. No mira las lápidas, sabe a dónde vamos.

Y parece un agricultor que te guía por las viñas.

Aquí yace enterrada media ciudad de Sarajevo. Las fechas de nacimiento cambian, las de la muerte se repiten. Era como un saco negro, el destino. La muerte tuvo una cosecha extraordinaria esos tres años.

La muerte es soledad y ellos también se vieron privados de esa intimidad, obligados a morir en grupo, como insectos. Al final casi parecía aceptable que les robaran la vida, pero el hurto de la muerte es otra historia… acabar amontonados de cualquier modo, mezclados como la ropa sucia, como la fruta podrida.

Gojko traduce las inscripciones de algunas lápidas. Lo hace para Pietro, que ahora nunca lo deja en paz. Y él no se arredra, le cuenta las anécdotas más macabras.

—Al cabo de poco se acabaron los números negros para las lápidas, faltaban los doses para el año 1992, y todos esperaron a que empezara 1993, pero luego se acabaron los treses… —ríe—. Una verdadera tragedia.

Se ha detenido. Espera, se agacha y arranca algo, una enredadera.

Éste es el cementerio de las cruces católicas. Camino y no querría caminar. Me mira.

El declive ya había empezado. Pero ese día acabó todo. Murieron los yoyós, los Levi’s 501, las canciones de Bruce Springsteen y los poemas de Gojko.

Ese día ya no me encontraba en Sarajevo, desde hacía bastante tiempo. Lo supe muchos años después, por casualidad, en la sala de un cine de arte y ensayo. Veo a una chica que me mira a través de las gafas, lleva una chaqueta de noche de terciopelo negro verduzco y un par de tejanos caídos. Es ella quien me reconoce, le doy un beso, la abrazo y vuelvo a mirarla. Cada vez que me encuentro a alguien de entonces, nos damos un abrazo como ése, mudo y firme. Es el dolor, que se acuña de nuevo en un molde que lo esperaba. Era la vecina de Mirna y Sebina, a la sazón poco mayor que una niña. Subía las escaleras con la cabeza agachada, deslizando un brazo fláccido por la pared, como si fuera una cola. Le doy un gran beso porque está viva, a pesar de que no la conocía mucho y nunca he pensado en ella, nunca me he preguntado cuál había sido su destino. Traduce novelas del serbocroata, dice que después de la guerra se pusieron un poco de moda. No se gana muy bien la vida, salta la vista a juzgar por la chaqueta deslucida que lleva. Ha tenido un novio italiano, pero lo dejaron. Tiene las manos pequeñas y blanquísimas, el rostro dócil y fiero de su ciudad y una voz tan fina que me cuesta oírla. Estamos sentadas en un sofá rojo, que apesta a humedad, a moqueta que se moja y se seca.

Tiene la frente alta y el pelo lanoso, bañado por una luz demasiado blanca. Se fue el último año del sitio, cuando empezó a funcionar algún tranvía. Subió a uno, se sentó al fondo y no se agachó, ni tan siquiera en las zonas descubiertas, fue de Bascarsija hasta Ilidza. Era bonito el tranvía, como los cristales intactos. Había presenciado el proceso de decadencia de su ciudad, sentada como en el cine, las calles como una película que avanza. Y decidió no quedarse, no podía vivir allí, las cicatrices le parecían peor que las heridas.

—Ellas no lo lograron —dice.

La luz de la sala le blanquea la cabeza, borra una parte de su pelo, que es castaño y, sin embargo, parece blanco, avejentado. Me mira y me socorre con su mirada.

Yo no debería sufrir porque todo sucedió hace muchos años; no se trata de una herida abierta, sino de una cicatriz blanca, desaparecida en la piel del tiempo. Sin embargo el dolor es justamente ese tiempo transcurrido sin que yo lo haya sabido.

Me acerco a Gojko. Miro al suelo. Son dos tumbas gemelas, las lápidas poco más grandes que una normal, casi del tamaño de una cama de matrimonio.

Como esa cama donde dormían madre e hija, donde hice el amor por primera vez con Diego.

Sebina y Mirna reposan aquí.

Me santiguo, deslizo una mano sobre el rostro.

En las lápidas hay una inscripción larga, Gojko se la traduce a Pietro, sin titubeos, sin cambiar el tono de voz, del mismo modo en que tampoco se le altera el semblante en ningún momento.

Coge un extremo de la cuerda,
con el otro extremo en la mano
recorreré el mundo.
Y si jamás me pierdo
tú, mami, tira de él.

Pietro pregunta:

—¿Es un poema tuyo?

Gojko asiente de mala gana, es un fragmento de una balada que escribió para el último cumpleaños de Sebina; era el trece de febrero, caían bombas y nieve, pero aun así celebraron una fiesta sin que faltara de nada.

—Es uno de los peores que he escrito, pero a ella le gustaba…

—No es malo —replica Pietro.

Un sollozo me sacude la barriga y los hombros. Pietro me mira. Tengo ganas de dejarme arrastrar por un llanto desconsolado. Pero tengo pudor, por mi hijo, por Gojko, que lo perdió todo y permanece inmóvil, por esta edad penosa, madura, la llaman, aunque me siento mucho mayor.

—¿Cómo sucedió?

La muchacha habló sin variar un ápice el tono de voz, y me aferré a ese fino hilo que ahora sé que era la voz de los supervivientes, de aquellos que han seguido viviendo como hilos perdidos. Hablaba italiano con un deje peculiar, con una monotonía que casi anestesiaba. Los hechos sucedieron así:

Las sirenas de las alarmas suenan desde hace un rato, Sebina se ve obligada a bajar al sótano, no le gusta pero tampoco pone reparos. Ya se ha convertido en una costumbre, el sótano está equipado, hay la batería de un coche y, de vez en cuando, logran recargarla, lo que les permite escuchar la radio; también hay una olla grande para hacer la comida para todos y una cortina que oculta un cubo para las necesidades. Hay libros, mantas y unas pequeñas tumbonas para pasar la noche.

La madre le dice que se ponga en marcha porque Sebina está perdiendo el tiempo, da de comer a los peces, esos terrones negros de los paquetes humanitarios que, en teoría, es carne, pero que apesta como la comida de peces y les gusta. Preferiría ponerlos en el frasco vacío de las cerezas en almíbar, como hace de vez en cuando para bajarlos al refugio, pero Mirna se enfada, hoy las granadas parecen rocas de un desprendimiento que no cesa.

De modo que Sebina solo se lleva el libro de geografía. Le gusta Nueva Zelanda, le ha dicho a su hermano que quiere ir a ese país y Gojko le ha prometido que lo primero que harán cuando acabe todo será ese largo vuelo de veinticuatro horas. Baja las escaleras junto con los vecinos de casa, junto con esa chica mayor que ella, que roza la pared con el brazo, deslizándolo como si fuera una cola.

Hoy funciona la radio. Primero pasan las llamadas, las voces de aquellas personas lejanas que piden noticias, jadeantes como si salieran del buche de un pavo, y luego, al final, si Dios quiere, música.

Sebina baila, da algún saltito. La mujer que está preparando la sopa le dice que pare. Sebina abre el libro de geografía. Lo cierra, cuenta un chiste, uno de los de su hermano. Hace muecas, pone los brazos en jarras. Hasta la mujer huraña que revuelve la sopa se ríe.

Mirna aún no ha bajado, ha subido a la azotea a tender la colada, es el primer día de sol de verdad después de tanto frío, por eso los granaderos de las montañas están tan eufóricos.

Bien mirado, es un lugar tranquilo, la azotea, porque su edificio es más bajo que los demás y se encuentra en un lugar aislado.

Mirna tiene un pelo rubio que disimula las canas, lleva una falda ajustada y un jersey de cuello alto; es ropa de cuando era joven, y que ahora le sienta de fábula.

Es en esa azotea donde la veo y la saludo; son los últimos instantes de su vida. Acaba de empezar el segundo año del sitio. Aquí arriba, entre las chimeneas y las antenas de televisión hemos hablado alguna vez, he subido a acompañarla a recoger la colada y luego nos hemos quedado a fumar, a mirar abajo. La he apreciado mucho, y ella a mí también, a su manera, sin una verdadera intimidad. Todo por timidez, porque siempre me consideró una persona un poco distante. Para ella fui la mujer sin hijos y la madrina de su hija, pero nunca llegamos a conocernos demasiado, y dentro de poco, cuando caiga la granada, no tendremos modo alguno de conocernos más.

Por un instante veo su pecho, debajo del jersey, del sujetador, el pecho desnudo de una mujer viva que respira.

Regreso junto a Sebina, que está hojeando de nuevo su libro de geografía; se ha acostumbrado a la oscuridad. De día hay una ventanilla que se puede tener abierta; da a la calle y filtra un rayo de luz perlada y nada más, sirve para que podamos vernos algo mejor y para que salga el humo, porque ahí debajo quien tiene cigarrillos, fuma. A Sebina le molesta ese humo, sin embargo ya no le hace caso y hasta que no sale no se da cuenta de cómo apesta la ropa. Piensa en su madre. A veces le da permiso para

subir con ella a la azotea, momento que aprovecha para estirar las piernas, hacer algún spagat, para dar grandes saltos y girar sobre sí misma, caminar boca abajo, entre las chimeneas y las antenas.

Tiene unas piernas fuertes, macizas. No obstante ha perdido algo de músculo porque está desentrenada, pero cuando se ponga manos a la obra recuperará el tiempo perdido, porque por suerte es una atleta joven, y esa guerra no le robará ninguna Olimpiada.

Es el momento.

Veo a Sebina, me parece que puedo alcanzarla. Con ella sí que existe intimidad, la he tenido en brazos desde que nació, al cabo de pocas horas, la he bautizado.

Estoy sentada en la cafetería de este cine de arte y ensayo, donde dan una película que nunca veré, al que he entrado una tarde de lluvia por error. Y ahora es esta la película que veo: Sarajevo, mayo de 1993. Muerte de Sebina y de su madre, Mirna.

Estoy sentada y la chica habla, lo recuerda todo con pelos y señales, hasta los detalles más nimios. Le pregunto si solo traduce libros de los demás o si también escribe. Me pregunta: «¿Cómo lo has sabido?».

Lo he sabido por los detalles, que son los de alguien que tiene una memoria de escritor. Un cuchillo que separa y elige.

Mis detalles son: un pañuelo sucio, Sebina ha comido un helado y le he limpiado la boca. Y ahora, absurdamente, me pregunto dónde he puesto ese pañuelo con la huella de sus labios.

Mis detalles son: su olor a pescado.

Ella está de pie, su cabeza me llega a la altura de la barriga. Me agacho para darle un beso y siento el olor de la caballa de los paquetes humanitarios.

Mis detalles son: sus peces, que se retuercen en el polvo.

La primera granada explota muy cerca, la olla cae del fuego y la sopa acaba en el suelo. La mujer grita, maldice la guerra, recoge lo que puede con las manos, se quema.

Sebina mira el caldo que avanza hacia ella, arrastrando trozos de verduras de invierno, de miseria.

Alza la cabeza y dice que quiere salir, que quiere ir a buscar a su madre.

La muchacha hace una pausa y prosigue: «nadie se lo impidió, fue la cosa más absurda, no se podía dejar salir a una niña». La muchacha calla.

Sebina sube corriendo las escaleras del edificio.

La chica que desliza el brazo por la pared no la detuvo, estaba jugando a ajedrez con un amigo, las piezas, hechas de corcho, cayeron y ambos discutían por la posición de éstas.

Ahora piensa en ese brazo inútil que deslizaba por la pared para no sentirse sola, piensa que podría haberlo usado para detener a la niña, a su vecina, para impedir que saliera a la calle negra.

La muchacha hace una pausa. Es una escritora, sabe que el destino se desliza como la tinta y que no se puede detener a una niña que debe morir.

Sebina sube porque así estaba escrito. ¿Dónde? ¿En qué maldito libro?

Sebina tiene una cara especial, el pelo completamente liso, la cabeza un poco cuadrada, unas orejas que sobresalen entre la melena, hilos rosa de carne transparente, y esa boca indescriptible; hay que haberla visto como mínimo una vez para entender que la alegría de vivir puede contenerse en una boca, en dos franjas de carne móviles como estrellas fugaces.

Sebina no es guapa, nunca lo ha sido, es la más fea de su familia, es bajita, tiene los brazos demasiado largos, y una cara que parece la del muñeco que sale en la caja de las galletas de naranja.

Sin embargo, es la niña más linda del mundo. Es mi ahijada, es vida en estado puro; como una piedra preciosa separada de la roca brilla con toda la luz que no encuentra en otra parte.

Es ella quien me ha guiado de la mano hacia la maternidad. Cada vez que la he abrazado he dicho «esta criatura tiene algo de mí. Tiene un regalo para mí en alguna parte».

De su cuerpo recuerdo los codos, con el nudo de los huesos muy marcado, las esferas de los ojos, el pelo que le cubre la frente, como un visillo.

Sube. Como el agua que abandona el plácido curso de la pendiente y sube como una llama.

Mirna ha dejado la ropa. La onda expansiva de la granada que ha hecho temblar el sótano ha llegado hasta ahí arriba con fuerza, como un terremoto, y la ha tirado por el suelo, junto a una de esas antenas que no son más que un montón de chatarra, sin corriente. Piensa en Sebina, piensa que está enterrada allí debajo… Una nube de humo sube de la calle, tiene que ir corriendo a comprobar que estén todos bien, que no haya habido ningún derrumbe. Nunca se ha fiado de esos refugios, que no habían sido construidos con ese objetivo, sino para guardar el tocino, las máquinas de coser viejas…

De modo que baja.

Sí, así sucedió.

Y la chica bosnia de la frente triste y el pelo luminoso dice que, a pesar de todo, nunca escribirá esta historia, porque es demasiado estúpida, porque a veces la muerte es demasiado estúpida y empalagosa.

Pero sucedió exactamente así.

Se encontraron a medio camino, madre e hija. Corrían, una subía, la otra bajaba, por la misma escalera, en busca de la otra.

Si se hubieran quedado donde estaban habrían tragado un poco de polvo, un poco de miedo y nada más.

Estaban a punto de abandonar el asedio. Las habían convencido. Gojko había encontrado a un amigo periodista, un chico de Belgrado que iba a llevárselas consigo.

Sin embargo, se movieron, se salieron del tablero de la vida, sin saberlo. Caminaban, arrastradas por la cuerda que las unía.

Coge un extremo de la cuerda,
con el otro extremo en la mano
recorreré el mundo.
Y si jamás me pierdo
tú, mami, tira de él.

Tiró la muerte por ellas, tiró con fuerza. Cayó una granada, atravesó el edificio protegido.

En ese preciso instante ya se habían encontrado. Madre e hija. Vientre y fruto.

Gojko se ha sentado en el escalón de tierra, Pietro está junto a él y miran un partido de fútbol, de unos chicos que se persiguen, camisetas, carne.

Deben de tener la edad de Pietro, la generación de la posguerra.

Flores blancas de la reconciliación.

Gojko dice:

—No murió enseguida.

Enciende un cigarrillo, escupe el humo, levanta un brazo y grita que es falta, se enerva. Fútbol y cementerio.

Nos levantamos y descendemos por la pendiente del cementerio.

Gojko necesita un trago.

Se echa un par de cervezas al coleto, sentado en un banco junto al quiosco que hay frente al cementerio.

Mirna quedó descuartizada. Los vecinos ocultaron sus restos bajo una sábana para que Gojko no la encontrara así, despedazada, como la olla de sopa que había caído, con los trocitos que flotaban en el caldo. Era el cuerpo que le había dado la vida. Era su madre y, sin embargo, no se inmutó, sino que corrió junto a la hermana.

A Sebina le faltaban las piernas. La parte superior estaba intacta. Lo miraba con ojos impasibles, como si fueran de cristal. La había encontrado en una cama blanca, aseada, con las manos llenas de tubos, en una especie de trastero bajo las escaleras del hospital de Kosevo. Vio las sábanas pegadas al colchón de la parte inferior y se preguntó si su hermana era consciente de lo que le había sucedido.

Quería ganar las Olimpiadas, era la más baja de su equipo, la que estaba más cerca del suelo. Gojko cerró los ojos dos veces. La primera porque no quería creer lo que estaba viendo, y la segunda para dar gracias a Dios de que estuviera viva.

Los médicos abrigaban muchas esperanzas para ese caso desesperado que tantas veces se había repetido en la ciudad. Y Gojko, sentado junto a la hermana y con los ojos desorbitados, ya se había puesto a fantasear, como cuando vendía los yoyós y timaba a los montenegrinos, imaginaba extremidades ortopédicas, relucientes, el último grito en ortopedia reconstructiva. Iba a encargarse de que le pusieran las prótesis más bonitas de la historia, iba a gastarse todo el dinero que tenía y el que iba a ganar con los periodistas, a los que estaba dispuesto a llevar a las trincheras incluso de noche.

Había una zapatilla sobre la mesita de hierro junto a la cama, esto lo recuerda. Es un detalle inquietante que se le ha quedado grabado. Mueve las manos, las junta para enseñarme lo pequeña que era la zapatilla que ve, que tiene aquí, en las manos. Pobre Gojko, pobre hermano. Ahora le tiembla la voz, como un ogro atormentado por un ratón pequeñito pero increíblemente fuerte y cruel. Quería quitar esa zapatilla de en medio, que alguien había recogido en las escaleras y metido en el coche que iba a transportar a la niña desmembrada. Alguien que, presa del pánico, se ofuscó y no se percató de lo macabro de su gesto precipitado. Pero Gojko no la quitó, no se atrevía. Sebina estaba despierta, sus ojos eran canicas de luz en la noche, diamantes. Y él no estaba convencido de que hubiera recuperado todos los sentidos, de que supiera que había perdido las piernas. La parte de su cuerpo que se veía estaba intacta, no tenía ni un rasguño en la cara. De modo que dejó la zapatilla para no quitarle la ilusión. Le hablaba y ella parecía escucharlo.

Le preguntó por la madre, la llamó.

Gojko le dijo que estaba bien, que la habían puesto en otra sección.

Sebina escuchó la mentira, no quiso beber, no quiso nada.

No llegó a mover las manos. El zapato estaba al lado.

Y ahora veo ese avión, esa lucecita de «EXIT», esa mujer desconocida que me enseñaba las zapatillas luminosas…

Gojko dice que debió de estropearse por culpa de la explosión, ya que la luz de la suela no se apagaba.

Era una lengua de luz pálida sobre la mesita de hierro. Sebina podía mirarla. Gojko la dejó donde estaba, pensó: «si sobrevive esta zapatilla, ella

también lo conseguirá». Era una de sus bromas, la peor.

Sebina murió al alba, y la zapatilla le sobrevivió unas cuantas horas.

—Y luego me fui.

Se fue a combatir, primero a Dobrinja y luego al Zuc. Era un poeta, un vendedor ambulante, un locutor de radio aficionado, un guía turístico, un estúpido que nunca había disparado ni a una paloma. Sin embargo, aprendió rápido, «porque el odio se aprende en una noche».

Se pasó meses en el barro, con los cartuchos de munición a la espalda.

—Aunque podía combatir con el cuchillo, o con las manos desnudas…

Hace una pausa. Incendiaron una aldea. Campesinos serbios, civiles que no habían hecho daño a nadie. No tomó parte, pero tampoco dijo nada. Se quedó fumando en la cima de una montaña.

Pietro escucha, ha dejado de mirar a los chicos que juegan a fútbol, mira a un héroe de esta guerra asquerosa, a alguien que volvió cargado de medallas como un burro en un día de fiesta.

—¿A cuántos te cargaste?

Gojko sonríe, le acaricia la cabeza porque ahora Pietro lo mira de un modo distinto, con unos ojos brillantes y asustados.

—Son cosas feas que es mejor olvidar…

—Cuéntame un episodio…

Le digo «basta ya, Pietro, no seas idiota».

Gojko señala a los chicos que juegan a fútbol.

—Un día estaba en un lugar como éste, en un campo, con mis compañeros de brigada, jugando… Salvo que en lugar de pelota usábamos una cabeza, la cabeza que le habíamos cortado a un chétnik. Jugábamos con ella, la hacíamos rodar por un campo verde lleno de florecitas amarillas y azules… Sudábamos, reíamos, era un juego, era algo normal, lo único que nos disgustaba era mancharnos los pantalones de sangre, por eso nos los arremangamos.

Pietro pregunta:

—¿Es verdad?

Gojko se levanta, tira la botella de cerveza en el cesto para el plástico.

—Es cierto. No había vuelto a jugar a fútbol hasta que lo hice contigo el otro día.

OceanofPDF.com

Nos vamos de Sarajevo

Nos vamos de Sarajevo. Gojko camina hacia el coche y le miro la espalda. La espalda es la parte que no puedes verte, la que dejas a los demás. Sobre la espalda pesan los pensamientos, los hombros que has vuelto cuando has decidido irte.

Así tiene la espalda Gojko, más baja de un lado, en el lugar donde recibió el disparo, donde cambió la vida. El pasado se ha detenido ahí encima, como un halcón sobre el hombro de un cetrero.

Le miro una mano antes de cogérsela, carne rosa, hinchada. Es la mano de un hombre dócil que gritaba por la radio que nunca, por ningún motivo, había que ceder al odio, un pobre bobalicón que acabó matando, que abrazó la ley de la guerra y abandonó la suya.

Le pregunto qué hizo luego. Cuando la hipérbole se acabó y tuvo que enfrentarse al estanque. En qué estado lo encontró la vida cuando se quitó la ropa de camuflaje, la cartuchera, cuando se limpió el barro del cuerpo a sabiendas de que jamás podría ser de nuevo el mismo hombre que antes. Me dice que se encerró en un hotel durante una semana, a beber, a dormir frente al televisor encendido.

Solo sus poemas le hablaban de él, de su alma antes de descubrir el mal.

Por eso lo odia. Por eso no ha vuelto a escribir, porque su alma estaba sucia y un poeta no puede engañarse a sí mismo. Para Bosnia él era un héroe, para sí mismo era un fracasado, un pusilánime.

Le cojo la mano y él me agarra con fuerza, como un niño que necesita algo, que confía en mí. Caminamos un rato así, como en los buenos tiempos, cuando las personas a las que amábamos estaban vivas. Pietro nos

está mirando y debe de pensar que somos dos idiotas. Antes de subir al coche Gojko me pregunta:

—¿Te doy asco?

Niego con la cabeza.

Me besa la mano antes de devolvérmela, «gracias».

La carretera no es exactamente una autopista, pero creía que estaría en peor estado. Subimos hacia el verde intenso de los bosques. Hace tanto calor que apetecería pararse a tomar el fresco. Los árboles no tienen heridas. Aquí se libraron combates, el terreno aún está salpicado de minas. Sin embargo, la naturaleza está intacta, estos bosques solo hacen pensar en setas, en moras, en la humedad que debe de reinar bajo los abetos.

Pietro se ha sentado delante, le gusta ver la carretera, los coches que se acercan por el carril contrario. Le he cedido mi asiento.

—Así podré tumbarme —le he dicho.

Pero no es cierto, no estoy cansada.

Éste es el último viaje que hizo Diego, y quiero pensar en él en paz, ver cómo baja y toma las curvas a mi lado. Estamos recorriendo la misma carretera, en una tranquila mañana de verano, como unos turistas cansados que visitan el interior y tienen ganas de darse un baño.

Nos dirigimos hacia el sur, siguiendo el valle del Neretva.

Pietro guarda silencio desde hace un rato y no aparta la mirada de la carretera. Sabe que está al lado de un guerrillero, de un veterano de guerra, y ahora imagina que pueden salir fantasmas de este bosque en cualquier momento.

Lleva puestos los auriculares del iPod y tiene un mapa de Bosnia Herzegovina abierto sobre las piernas. Gojko conduce sacando un brazo por la ventana, suelta el volante una y otra vez para meter la mano en el paquete de patatas con sabor a queso de Pietro o para señalarle algo en el mapa.

—¿Qué escuchas?

Pietro se quita un auricular y se lo pone en la oreja a Gojko.

—Vasco Rossi.

Se acerca un camión en dirección opuesta, nos pasa rozando peligrosamente e inunda el coche de su mal olor. Gojko no parece ni darse cuenta, ya que va mirando a Pietro.

—¿Y quién es?

Pietro se queda pasmado.

—¿No lo conoces?

—No.

—Es un poeta.

Gojko se quita el auricular.

—Pues suena como un tipo que está metido en el lavabo y no puede cagar…

—Llena estadios.

El ex poeta bosnio se encoge de hombros.

—¡A tomar por culo los poetas que llenan estadios!

—¡Vete tú a tomar por culo, él los llena!

—¿Qué es la poesía para ti?

Pietro ríe, exclama un «bah», se vuelve hacia mí y pregunta:

—¡¿Qué pasa, estamos en clase?!

Gojko insiste.

—¿De qué habla un poema de los buenos?

Pietro intenta responder y farfulla:

—Pues de las cosas que te hacen daño… Pero que si las escuchas te hacen sentir bien… y te dejan con hambre…

Gojko grita de alegría:

—¡Bravo!

Le pregunta a quema ropa:

—¿Hambre de qué?

Lo mira, espera una respuesta, quizá son los mismos ojos que ponía cuando estaba a punto de matar a alguien y deslizaba el dedo en el gatillo, y permanecía unos instantes en silencio…

—Pues… de un bocadillo, de una chica.

Pietro suelta una risa nerviosa con la intención de cambiar el tema de la conversación, que se ha vuelto seria como la cara de Gojko.

—Deja el bocadillo y quédate con la chica.

Pietro asiente, y estoy convencida de que se está sonrojando. Gojko espera un poco y quita el dedo del gatillo.

—Hambre de amor —dice, y ahora es él quien titubea.

Pietro asiente. Sabía la respuesta, pero le daba vergüenza decirla porque estaba yo delante.

—Un buen poeta deja a la gente ávida de amor.

Gojko suelta el volante para darle un golpecito en la barriga a Pietro.

—¡Aquí! Recuérdalo.

—Vasco Rossi deja a mucha gente hambrienta de amor.

Gojko se inclina sobre el volante y lo muerte.

—¡De cascártela! ¡Te deja con ganas de cascártela!

Me enfado. Otro camión nos ha pasado rozando, la carretera es estrecha, discurre a lo largo de un precipicio. Gojko me dice que esté tranquila porque es un excelente conductor y en esas carreteras se conduce así, con la fantasía. Le digo que la fantasía bosnia me importa un comino, que no quiero caer en uno de esos desfiladeros que cortan la montaña. Tengo miedo de que pueda pasarle algo a Pietro… Un accidente estúpido, como a Diego.

Gojko me busca en el espejo retrovisor con su mirada dulce.

—Ya os llevé una vez y no os pasó nada… Cálmate.

Me guiña el ojo y me parece que lo hace con un poco de maldad. Esta mirada es una salpicadura de barro.

El Neretva se ha ensanchado, se ha abierto… En lugar de un río parece un mar, un gran lago cristalino. Nos detenemos. Un vapor fresco sube del agua.

Estamos apoyados en la baranda del largo puente de hierro que corta las aguas. Pietro me saca una fotografía con el móvil, me hace posar dos veces: en un lado hay demasiada luz, en el otro no se ve el río.

—¿Dónde quieres que me ponga?

Me hace retroceder unos cuantos pasos. Pero aun así no parece contento.

Cuando su padre me fotografiaba nunca me pedía que posara, sino que me sacaba la foto de improviso, cuando menos me lo esperaba. No soportaba que posara… sus fotografías eran una bofetada, una sorpresa. De vez en cuando aparecía yo en sus carretes, «no puedo dejarte en paz, al final siempre acabo volviendo a ti», decía. Y mucho tiempo después, cuando estaba sola, en los momentos en que peor me sentía, más desvalida, pensaba que entonces, en esa época de mezquindad, él me habría fotografiado y me habría permitido reencontrarme conmigo misma en un pedazo de papel brillante, me habría contado mis pensamientos. «Mira cómo eres, Gemma, cómo te atormentas, lo tonta que eres…».

Caminamos un rato por la orilla del río. Llega un olor de carne a la brasa. Hay más de una familia y también varios niños. Están haciendo una barbacoa en el área de descanso. Pietro les pregunta si puede hacerles una fotografía. Una mujer le ofrece un trozo de cordero. Él niega con la cabeza pero acaba aceptándolo.

—*Hvala!*

—*Dobar dan!*

Mientras subimos de nuevo al coche, Gojko le pregunta qué tal está el cordero. Pietro se lame los dedos. «Está bueno», dice. Le ofrece un trozo de carne, que sujeta por el hueso.

—¿Quieres probarla?

Gojko da un mordisco demasiado grande y Pietro se enfada. Durante un rato se pelean como si tuvieran la misma edad, como dos muchachos hambrientos que tienen que crecer.

Entonces Gojko suelta un eructo sonoro. Pietro grita «¡qué asco!». Gojko, impasible, replica:

—Es una pequeña composición lírica…

Pietro se parte de la risa, se concentra, y suelta un eructo horrible, más bosnio que el del antiguo poeta.

—¿Qué te ha parecido mi soneto…?

Gojko rebosa felicidad.

—¡Qué versos tan fluidos! —exclama a pesar del hipo. Les grito que quiero bajar, que son un par de cerdos.

Más curvas, más desfiladeros plateados, como barbas canosas entre los bosques.

Ahora mi hijo y mi amigo comparten de nuevo el iPod y Gojko canta el estribillo del poeta italiano que llena estadios.

«*Vivere… vivere… vivere…*».

Estos árboles son muy altos y solitarios, son los bastidores que cierran el cielo en esta carretera demasiado estrecha para albergar dos carriles, donde los vehículos se rozan pero logran sobrevivir.

Un perro, un tendedero con ropa, un huerto de lechugas, una mezquita de campo. Escenas de vida cotidiana.

Aquí la guerra pasó con sus águilas y sus tigres, con los viejos ultras del Estrella Roja de Belgrado encapuchados como verdugos.

Pasaban y quemaban los pueblos, asesinaban a los hombres y violaban a las mujeres. Solo quedaban filas de supervivientes que huían por carreteras que conducían a otros pueblos que habían corrido la misma suerte. La muerte avanzaba así, como el viento que sopla del mar. Te preguntas cómo logran cultivar esta tierra, plantar estas tomateras, estas coles. Y si de noche las abubillas, al salir de los bosques, se llevan el grito de las almas. Muertos cargados en camiones, que luego se vacían como si fueran de la basura.

Gojko nos cuenta lo que han hecho los supervivientes durante estos años. Han esperado que los llamaran para hacer el reconocimiento. Se han puesto en fila frente a una mesa a mirar trozos de huesos, gafas rotas, zapatillas Adidas, jirones de vaqueros Rifle o Levi’s, relojes Swatch.

—Porque son muertos de nuestros tiempos, y llevaban las mismas marcas que nosotros ahora.

Pietro deja de sacar fotografías.

¿Cuánto tiempo va a tener que pasar para purgar una tierra en la que el mal ha echado unas raíces tan profundas?

Apenas han pasado dieciséis años, la edad de mi hijo, de la joven nuca sentada ante mí.

Su padre decía que la nuca conserva el olor del nacimiento, del aire que trajo la semilla. Como un surco en la tierra.

Paramos en Mostar. Pietro quiere fotografiar el famoso puente. Recorremos los caminos sembrados de guijarros plantados en la arcilla. Reina un ambiente alegre, de turistas que pasean en sandalias, de pequeñas tiendas de recuerdos.

La ciudad es este puente, lo llamaban «el viejo», y se referían a un viejo amigo, un dorso de piedra blanca que unía ambas partes de la ciudad, la cristiana y la musulmana. «El viejo» vivió durante casi cinco siglos, y fue destruido en pocos minutos.

Pietro no entiende por qué combatieron cristianos contra musulmanes.

—Pero si al principio se unieron contra los serbios…

Gojko le explica que el odio se extiende fácilmente, como un reguero de pólvora.

—Al final también lucharon musulmanes contra musulmanes.

Estamos sentados en un restaurante frente al puente, hemos pedido huevos duros y una ensalada de tomate y pepino.

Pietro está hablando del *paintball*, de ese lugar al que va de vez en cuando con sus amigos, donde juegan a la guerra, con cascos y todo, pero disparan bolas de pintura.

—¿Jugáis por equipos?

—Sí, pero a veces también todos contra todos.

—Como nosotros al final.

Pietro ríe.

Este puente es una obra maestra de las reconstrucciones de la Unesco ya que se construyó de nuevo con un único arco, y con las mismas piedras que el antiguo. Pero sin la misma intención.

Los puentes unen los pasos de los hombres, sus pensamientos, a los novios que se encuentran a medio camino. Sin embargo, el nuevo puente solo es atravesado por turistas. Ellos, los ciudadanos de esta ciudad

dividida, permanecen cada uno en su lado. El puente es el esqueleto blanco de una ilusión de paz.

El muecín canta, su lamento surca el cielo acompañado de unos pájaros oscuros. Gojko deja un billete sobre la mesa y se levanta.

—Ahora empezarán a tocar las campanas en el otro lado, compiten a ver quién hace más ruido.

Pietro quiere ver al chico que se tira al agua para los turistas. Se le parece un poco, es delgado y peludo. Se sube a la balaustrada y abre los brazos como un ángel. Se concentra, monta un numerito. Él no había nacido, o si había nacido era muy pequeño. Para él el puente es toda una suerte. Se lanza con las piernas dobladas y realiza un vuelo impresionante, de casi treinta metros, antes de zambullirse en las aguas del Neretva. Permanecemos en vilo y se hace el silencio ya que las oscuras aguas del río no muestran rastro de vida. Entonces aflora la cabeza, el muchacho mira hacia lo alto, saca un brazo y hace la «V» de victoria. Aplaudimos junto con los demás turistas. Un pequeño amigo del saltador pasa el platito.

Pietro me pregunta si puede intentarlo, dice que ha entendido la técnica y ya se está quitando los zapatos. Le digo «sube al coche, venga». Solo me faltaba que se tirara de un puente.

El sol se está poniendo y las siluetas de los árboles me parecen más dolorosas.

Quizá era ya de noche cuando el muchacho de Génova pasó por aquí, conducía la moto con las luces apagadas, era fácil, estaba acostumbrado a la oscuridad de Sarajevo. Quizá decidió atajar por los senderos de los bosques. Quizá lo acompañaba Aska y era ella quien le indicaba la ruta. Y por un instante los veo: a la oveja pegada al cuerpo de Diego, que la ha hecho madre en vano.

¿A dónde iban? Tal vez solo huían. Solo tenían planes en los sueños.

Acaso pensaban ganar un poco de dinero tocando en la calle. Sí, iban a vivir así, como refugiados, en el metro, en los túneles del mundo. Aska cantaría una de sus *sevdalinke* ebrias de melancolía y de amor… Tocaría la

trompeta para transmitir su dolor de bosnia a la gente, en fila para comprar el billete. Y él la acompañaría con su guitarra, le haría una fotografía de vez en cuando para contarle algo de ella misma. La habría curado, poco a poco, con su aliento de muchacho.

Esa casa y esa vida que yo había tejido a su alrededor no eran su casa ni su vida. Lo había intentado, pero no lo había conseguido. Un día me dijo:

—Me siento como un perro en el escaparate de una tienda que está esperando a que alguien lo compre.

Ella se habría puesto de nuevo su camiseta con la cara descolorida de Kurt Cobain… Habrían viajado con la moto, habrían parado a dormir en campings, o simplemente en un prado, bajo una arcada frente a un cine cerrado. Como esas parejas de artistas vagabundos que venden lo que saben hacer, que se dedican a los juegos malabares con mazas.

Como los que te encuentras en verano y te paras a mirar mientras tomas un helado. Ojos que deambulan y que ahora se detienen por casualidad en la muchedumbre… una soledad entre la multitud, una canción, una caricia… Así habrían vivido, sin violencia, inertes, intentando huir del sabor amargo del infierno con esa vida sumida en la contemplación de sí misma, con esa música.

Ésa es la vida que les habría gustado, en un viaje constante, cuyo único hogar sería el objetivo de su Leica.

Se habrían quedado un tiempo en Ámsterdam ya que Aska tenía amigos allí. Habrían vivido en una de esas barcazas del río, como nosotros durante los primeros tiempos. Sí, habría vuelto a empezar en un río.

Habrían dejado una flor bajo esa ventana del hotel Prins Hendrik, por la que cayó Chet Baker, hasta las cejas de heroína.

Papá me dijo:

—No creía que fueras a ser tan fuerte…

Le respondí que tenía el bebé y que era necesario.

Aunque, en realidad, sentía que la muerte de Diego no me había robado ningún futuro. E incluso ahora, mientras miro esta calle, siento una verdadera emoción, solo el latido sofocado en el fondo del vientre, esa molestia.

Se iban sin mí, esos dos, a lomos de la moto en la oscuridad lagunera de la tierra teñida de sangre, como una almadraba roja de atunes muertos.

Yo había sido la ballena, la espalda fuerte en la que él se había apoyado, como un pájaro que espera que llegue el viento que le permita emprender su viaje. Y antes de irse, para recompensarme, me había traído con el pico un pez, recogido del mar para mí.

Ahora el pez duerme, saca un pie por la ventanilla y tiene el otro en el salpicadero. Gojko me ha dicho «no le estés tan encima, eres una madre muy plasta». Le he preguntado «¿cuánto falta?» y me ha respondido «poco».

Ahora el Neretva desciende, las montañas son más secas, la vegetación cambia, empiezan a verse las matas espesas como el musgo alto de la flora mediterránea, sus arbustos de retama, algún geranio silvestre. La roca es más brillante, casi blanca.

Al cabo de unas cuantas curvas aparece el mar.

Azul e inconmensurable como todos los mares, un agua que inunda la vista, el cielo sumergido. Mar en lo alto. Las islas de abajo parecen una columna rota de piedras y figuras que se han alejado unas de otras sin llegar a separarse por completo del cuello de la tierra. El mar. La sangre azul de estas rocas, de estos bosques.

Pietro está radiante, quiere que paremos, sacar unas cuantas fotografías. De modo que bajamos del coche y nos acercamos a un mirador.

El viento salado me tapa la cara con el pelo, es tan fuerte que me obliga a cerrar los ojos. El sol es una esfera perfecta, apenas blanqueada por la neblina, y se encuentra un poco más bajo que nosotros, en el cielo, empieza a ponerse.

A buen seguro Diego se detuvo en este golfo. Finalmente bajó de la moto y caminó sin esconderse, sin descender en zig zag, sin miedo a caer.

«No me dispararán del mar», pensó. Se abrazó a su oveja de pelo rubio.

«Se ha acabado, Aska, eres libre».

—Date prisa, mamá.

Ahora Pietro tiene ganas de bajar, quiere darse un baño antes de que el sol se haya puesto. Se detiene junto a mí y me mira, mientras yo no aparto la vista de la playa.

Está inquieto, reconoce esta mirada.

Cuántas veces él y yo, inmóviles, hemos contemplado nuestra vida sin decirnos una palabra. La primera vez debió de ser cuando Pietro tenía tres años, estábamos en un parque y se dio un golpe en la frente con un columpio. Me lo llevé a la fuente mientras él no paraba de llorar y patalear. Al final, le hice daño, lo agarré del cuello para que no me pegara. Cuando lo solté, un hilo de sangre le corría aún por la cara, se la teñía como una máscara roja. Me dijo «eres mala», y también «imbécil».

Dejé que se alejara un poco, «tendrás que pedirme perdón antes de volver a dirigirme la palabra».

Se quedó cerca del banco donde estaba yo y se pasó todo el rato removiendo la arena con el zapato. Yo fingía que leía.

Al final tuve que ceder, «venga, date prisa que se hace tarde». No esperaba otra cosa. Estaba solo en el mundo, en ese momento, pero su orgullo le impedía dar el primer paso y acercarse a mí. «Pide perdón». «Perdón». Estaba muy solo. Y fue la primera vez que contemplamos el mundo juntos, lo que nos habían quitado y lo que nos quedaba.

Diego no ha asistido al viaje de su hijo, al ascenso de un niño que se hace mayor. Se encaramó a una roca. ¿Para ver qué?

Su máquina fotográfica estaba abollada, como su cabeza, vacía. Ya no le ponía carrete, le daba igual. Le bastaba el gesto, la señal. La última fotografía debía ser ese río que subía mientras él caía.

El pueblo que hay abajo es feo, mucho cemento y tráfico. Las boyas rojas de los criaderos de ostras bordean el mar entre tierra firme y la península de Pelješac.

El sol se está poniendo, viajamos por una carretera que sigue la costa y de vez en cuando se desvía hacia el interior, se aleja brevemente del mar entre higueras y matas de romero. Atravesamos algunos centros habitados, pequeñas casas de pescadores, campanarios teñidos de rojo por la sal como faros, tiendas que venden calzado especial para caminar por las rocas. Nos vemos obligados a aminorar la marcha ya que se ha formado una cola de coches, hay gente que se detiene, se saluda. Es sábado, mañana es fiesta. Encontramos una pareja de novios, los toques de claxon de su grupo de amigos nos siguen hasta la extremo opuesto de la península, donde está el muelle de los transbordadores que comunican las islas.

El último ferry a Korcula ya ha salido, vemos cómo se aleja en el mar metálico de la noche.

Gojko y yo nos quedamos en el muelle. Él lleva sus gafas de sol de espejo, que no se quita ni de noche, y tiene sus robustos brazos separados del cuerpo.

Este barco que se va sin nosotros es triste, pero solo por poco. Se lleva consigo una carga… algo que se aleja sin que podamos hacer nada, solo despedirnos de ella de lejos. Quizá este transbordador que ha zarpado nos hará más libres después de tanto tiempo. Nos devolverá la alegría de algo perdido. De un error. Reímos como dos idiotas. Gojko hace un gesto elocuente, se lleva la mano al brazo estirado, como diciendo vete… vete a tomar por ahí, barco. Vete a tomar por ahí, vida.

Pietro se ha quitado la camiseta, camina con una toalla en torno a la cintura, se tira al mar y luego sale. La playa que hay al lado del muelle es blanca y huele a romero; es una pena que ya sea tan oscuro y el agua esté llena de sombras.

Pietro ha pescado un cangrejo y nos lo trae, dice que es grande y que se puede comer, sin embargo, se da la vuelta y lo devuelve al mar.

Mi hijo es muy delgado, y la noche resalta aún más su delgadez.

Estamos sentados en la playa, mirándolo mientras sigue nadando, y por un instante somos una familia. Porque quizá esta última noche, inesperada, cambiará los destinos.

—Habríamos podido casarnos —dice Gojko—. Pero tú nunca me has querido —dice, y aún no se ha quitado las gafas.

Río y le doy un codazo.

—¿Eres feliz con tu mujer?

Asiente, tienen una niña preciosa, un pequeño restaurante junto al mar y han creado una asociación cultural que los llena de vida.

—¿Y tú?

Le digo que estoy bien con Giuliano.

—Lo quiero —digo.

Pero me cuesta decirlo, y trago saliva. Me parece una palabra huera, que no siento del todo, quizá porque el viaje ha sido largo, ha sido una travesía. Al pronunciar esas palabras pienso en un anzuelo, un gancho de hierro clavado en el paladar de un pez. Pietro nos grita desde el agua:

—¡Eh, vamos, venid a bañaros!

Gojko se pone pie de un salto, como un oso. Ha conducido y está muy sudado. Pero quizá es el hecho de estar a mi lado esta noche, de haber perdido ese transbordador que iba a reunirlo con su mujer y su vida, lo que provoca que tenga ganas de meterse en el agua fría, para desprenderse del sopor de nuestra añoranza.

Al final también me tiro al agua.

Con Giuliano no lo habría hecho porque no me gustan los baños nocturnos. Tengo miedo de los erizos, del agua negra, de una mano que podría agarrarme por debajo. Tengo miedo de coger frío cuando salga con el pelo empapado.

También tengo miedo en Roma, tengo miedo de la vida que se ha ido como ese transbordador. Pero esta noche no tengo miedo, esta noche tengo ganas de unirme a los demás. Pietro se sube a hombros de Gojko y se tira al agua, grita, se da un planchazo. Luego me subo yo y me agarra de los tobillos blancos y frágiles. Caminamos un poco así, balanceándonos en el mar oscuro. Soy vieja, he cumplido los cincuenta y nunca me había reído tanto.

Hay un pequeño restaurante, con unas luces que cuelgan de la barandilla de madera y cañas. Comemos erizos y ostras, exprimimos el limón. Hasta

Pietro los come, él que nunca ha querido probar los moluscos crudos, sin embargo esta noche quiere saborearlo todo, incluso el vino, que es denso y de un amarillo oscuro y tiene el sabor de esas vides que crecen junto al mar. Luego nos traen unos pequeños cuencos de ensalada y queso de cabra cubierto de pimentón. A Pietro le arde la boca, de modo que se levanta para coger un helado de la nevera que tiene al lado, y que hace tanto ruido como un tractor. Gojko aparta la botella para mirarme.

—Soy vieja —le digo—, déjame…

—Nunca serás vieja, el tiempo solo desentierra la belleza.

El poeta chiflado me sirve las últimas gotas, agita la botella vacía y pide otra; esta vez de vino dulce, de esa especie de moscatel que hacen en las islas.

Regresamos al muelle, balanceándonos en la oscuridad. Pietro camina haciendo eses, como un perro sin correa; está exhausto pero ahora dice que quiere quedarse, que tenemos que cambiar los billetes del avión, que le gusta ese mar, que quiere pescar, alquilar una tabla de windsurf.

Se queda junto a los pescadores que están pescando sin caña en las rocas, en un mar de fuerte oleaje. Esta noche el mar está embravecido, parece suelo lunar, barro metálico.

Dormiremos en el coche, no pensamos buscar un hotel. Pietro entra, se tumba en el asiento posterior y se queda dormido enseguida como hacía de pequeño. Tiene las piernas muy largas, las manos cerradas bajo una mejilla y la boca abierta, con el labio superior que sobresale, más hinchado que el otro.

Gojko dice:

—Es un muchacho puro.

Me acaricia el pelo, lleno de sal.

—Has sido una buena madre…

—No he hecho nada, simplemente él es así.

Caminamos hasta el final del muelle, donde empieza el mar. Nos estiramos en el suelo de piedra, que conserva el calor del sol. Miramos el firmamento, estrellas fugaces que surcan un cielo sucio y fosforescente.

Hace ya muchas horas que ha zarpado el transbordador y nos hemos quedado aquí para contemplar este cielo en paz. Gojko, hermano mío, hermano de Diego, Gojko croata cristiano, san José loco, padre putativo de Pietro. Esta noche somos hijos necios de ese vino dulce, somos algas calientes, espectros de carne, apariciones del pasado.

Pero hacer el amor ahora sería hacerlo con las vidas difuntas, con unas esperanzas ridiculizadas. Para hacer el amor ahora necesitaríamos un valor que no podemos tener. No a dos pasos de este hijo puro.

Nos vamos a dormir al coche, en los asientos delanteros, con los pies fuera. Mi Gojko ronca con la boca abierta, le quito las gafas y lo beso en la frente roja y sudada.

«Querido —digo—, querido». Querido porque a todos nos arrebatarán la vida.

OceanofPDF.com

El día amanece con un cielo intenso

El día amanece con un cielo intenso. En cuanto hemos subido al transbordador Pietro se ha apartado de nosotros. Está descalzo, sentado en uno de esos bancos resbaladizos por culpa de la sal… Lleva puestas sus Ray-Ban. Tiene una pierna doblada y un brazo apoyado en ella, una postura insólita en él, de hombre que mira el mar.

Casas nuevas con los tejados rojos, ruido de coches, de tiendas para turistas, rejillas llenas de sandalias y bañadores, carteles de bares, de restaurantes, carteles con dibujos de bogavantes enormes y otros de habitaciones en alquiler con la palabra «SOBE». Subimos por una carretera con vistas panorámicas y muchas curvas que cortan la roca, y bajamos al otro lado de la isla.

La sede de la asociación cultural es un gran palacete de estilo veneciano. Tiene el aire de una antigua casa señorial, las paredes claras, apenas desconchadas, que dejan entrever un fondo rosa, pálido como la carne. Unas ventanas frágiles, una puerta alta, ojival, y una puerta ventana en el primer piso abierta de par en par a una terraza, con una barandilla de hierro ondulante. Caminamos entre arena y grava, en un jardín desordenado y alegre, lleno de juguetes para niños y de caballitos de madera con fotografías y dibujos. Reina un ambiente de fiesta, tal vez de pueblo. Hay unas cuantas mujeres inclinadas sobre una gran mesa que están cosiendo un bordado gigante. Me acerco y enseguida me sonríen, se apartan para enseñarme ese bordado infinito.

Gojko me presenta:

—Ésta es mi amiga Gemma, viene de Roma; y este es su hijo Pietro.

Pietro se deja besar por todas esas madres, y les pregunta cuánto tiempo han invertido para bordar ese gigantesco símbolo de la paz. El número de lirios no es casual, me explica una chica, es el número de niños muertos durante la guerra, por eso no decidieron ellas el tamaño de esa sábana de flores.

Se me acerca una mujer que viste de lino negro, lleva unas gafas de sol grandes, tiene un aire sofisticado y habla por el móvil. Cuando cuelga el teléfono me da una palmada en el hombro.

—¿Cómo estás?

Es Ana, me pregunta si la reconozco, le digo que no, que no la habría reconocido nunca, parece una actriz. Pero entonces nos abrazamos, la miro de nuevo y me doy cuenta de que sí la reconozco.

Se ha casado con un dentista. Trabajan juntos, ella se encarga de llevarle la agenda. No han tenido hijos por culpa del tratamiento que ha tenido que hacer, «las radiaciones —dice—, y no me refiero a las del sol», y se ríe. Porque Ana tuvo un problema después, al igual que muchas otras mujeres después de la guerra.

Gojko y ella nunca han perdido el contacto. Hay muchas otras mujeres de Sarajevo, me las presenta, rostros envejecidos de mi generación. A algunas las reconozco, son las antiguas chicas de Sarajevo, las de la comuna, que antes de la guerra vestían minifaldas negras, escuchaban a REM y rock bosnio, y se intercambiaban los novios para sentirse parte de Europa.

Hay una mesa con garrafas de bebidas caseras. Bebemos un zumo de arándanos sentadas en una mecedora, como dos veraneantes de otra época.

Ana me habla de la asociación, formada por mujeres de diversas etnias que se unieron para ayudar a otras mujeres después de la guerra. En verano proyectan películas, organizan exposiciones fotográficas, conciertos y lecturas. En invierno hay cursos de formación profesional, de informática, de idiomas, y tienen una escuela de danza y otra de música.

Me señala a una chica muy guapa, con una larga melena negra y la piel blanquísima. Se llama Vesna.

—Un día reconoció a su padre en un documental de televisión, era uno de los carniceros de Srebrenica. Vesna se pasó seis años sin hablar. Su madre abandonó al marido y trajo a esta niña muda aquí. El día que volvió a hablar lloramos todas, estábamos en la playa y la primera palabra que pronunció fue «*sidro*», que en nuestro idioma significa «ancla», por eso decidimos llamar Sidro a nuestra asociación.

Es un edificio construido al abrigo de la playa, de tonos claros, con persianas rojas y tejados planos con desagües para el agua de la lluvia y una veranda con macetas bajas de las que sobresalen unos geranios doblados por el viento.

—Aquí es donde vivo.

En el muro que rodea la finca hay un cartel con la palabra «RESTORAN», que ahora está apagado. Nos dirigimos hacia la parte trasera y pasamos por una valla de madera que tiene toda la pinta de estar siempre abierta. Recorremos un largo camino de cemento. Bajo un cobertizo de tejas verdes hay una bicicleta pequeña con las ruedas que usan los niños que aún no saben montar bien, y una moto, una Piaggio descolorida por el sol con el asiento rasgado, del que salen trozos de gomaespuma. Y luego hay latas de conservas, cajas de agua y de cerveza y un barril metálico ennegrecido.

En el alambre para tender la ropa hay un vestido de niña y una colchoneta de playa desinflada. Damos unos cuantos pasos y vemos unos jarrones vacíos y amontonados y una Blancanieves de yeso que nos recibe con los brazos abiertos.

Pietro pregunta dónde están los siete enanitos.

Gojko dice que su hija no los quiso, que los odia, los llama los «niños viejos».

Bajo la veranda hay algunas mesitas de hierro y una chica descalza con el pelo recogido en dos coletas que lleva una blusa de gasa sobre el vestido y está poniendo unos ganchos para sujetar los manteles.

—*Zdravo, Gojko*.

—*Zdravo, Nina*.

Le da un beso, le tira de una de las coletas y le pide que nos traiga algo de beber.

Nos sentamos al aire libre, bajo el techo de caña. Se ve el mar, una franja azul devorada por la luz. Una suave brisa de las dunas nos acaricia la espalda. Vuelve la chica, que nos deja una jarra de vino, un plato de olivas, otro para los huesos, uno de pimientos verdes y una lata de Coca-Cola para Pietro.

Gojko vuelve con una niña en brazos, aferrada a él como un pulpo.

No veo nada, solo dos piernas, unos pantalones de algodón a rayas y una cabeza de ricitos rubios, casi blancos, que se esconde en el cuerpo del padre.

—Ésta es Sebina.

Gojko no me mira y yo tampoco busco su mirada. No aparto los ojos de la mesa, de una hormiga que camina sobre el hule. Siento una punzada de dolor, como cuando te das un golpe en el codo.

—Hola… Sebina.

La toco, le acaricio una pierna. Está delgada, demasiado delgada. Pienso en esas piernas macizas y musculosas.

Pietro intenta hacerle cosquillas, ella se revuelve, patalea pero no aparta la cara.

—Estaba durmiendo… —Gojko se sienta con la hija en brazos y nos dice que por eso está un poco enfadada. Me llena el vaso y hace lo propio con el suyo.

Bebemos acompañados por esta niña sin rostro, que se encuentra entre nosotros dos.

—Esto es muy bonito.

—Es sencillo.

Gojko me habla del menú, de las parrilladas que hacen de noche… Si Pietro quiere puede acompañarlo a pescar sipias esta noche. También alquilan habitaciones, pocas, a turistas discretos.

Mientras habla no deja de acariciar la cabeza de su hija. Me cuesta mirar esta mano pesada, que se hunde en los rizos rubios con ansia,

cansada…

Hay una cortina que se agita, una ventana abierta… Una cortina blanca que se hincha, respira, como una vela pequeña.

Sigo el ritmo de esa respiración blanca que transmite paz, serena, que te hace sentir que el tiempo ha pasado y se ha apaciguado, que ha dejado nuevas semillas y rizos.

Del interior nos llega el sonido de música de verano.

La niña ha alzado la cara y mira a Pietro.

No se parece en nada a Sebina. Es guapísima, tiene el semblante levemente impasible de algunas muñecas, los ojos transparentes, los labios hinchados y la cara bronceada. Sebina tenía los ojos de color plomo, los labios sinuosos como un anzuelo y las orejas grandes.

Pietro saca la lengua, mueve las cejas y las orejas como le enseñó el abuelo Armando.

La pequeña ríe, le falta uno de los dientes delanteros. Se le ha caído la noche anterior y nos enseña el agujero. No habla italiano pero sabe un poco de inglés. Nos explica que está triste porque no encuentra el diente. Pietro le dice que si quiere pueden buscarlo juntos.

—*We go and look for the tooth.*…

La niña se aparta del padre y le da la mano a Pietro. Los miro mientras se alejan, mi hijo y esta segunda Sebina que no parece de Sarajevo, sino una niña holandesa, alemana… Una pequeña turista.

¿Cuántos años tendría hoy *Bijeli biber*? ¿Se habría colgado al cuello alguna medalla olímpica o se habría convertido en una fumadora empedernida como su hermano?

Debería sentir algo de ternura por esta niña. Creía que me emocionaría, sin embargo me siento derrotada e, incluso, enfadada. Tal vez es por el vino, que sube a la cabeza y luego baja y arremete contra el corazón. Pero me parece que esta niña nueva, esta segunda Sebina, no es una reencarnación. Es una niña distinta, una vida diferente. No me interesa esta niña superficial y guapísima. Quiero esa cara imperfecta y llena de

pensamientos, esa audacia pobre. Hoy me gusta todo lo que he perdido, todo lo que no volveré a ver.

—Es bonita, ¿verdad?

Es demasiado bonita. Es estúpida como esta vida de después.

Dentro hay un olor que reconozco, a ciertas casas de mar sencillas… olor a orégano, a manteles limpios, a almendras.

Las paredes están llenas de los dibujos de la niña, con la firma debajo, ese «SEBINA» trazado por una mano que escribe por primera vez.

Deslizo los dedos por la pared fría de un pasillo, el respaldo con un ribete azul de una silla.

Y ahora me parece que Gojko me empuja hacia delante…

Tropiezo con un escalón sin llegar a caer y entro en una pequeña sala de estar en la que hay dos sillones de cuero raído, un revistero… y en la pared el viejo retrato de Tito.

—Es lo único que quedó intacto…

Ríe.

—Se quemó todo pero el mariscal logró resistir, por eso decidí traerlo con nosotros.

Me parece que tiene los ojos rojos, la camisa empapada en sudor, abierta hasta la barriga.

—Tengo que decirte una cosa…

Detrás de Gojko, en un mueble bajo de bambú, hay una fotografía de él en un bote, con el pecho desnudo, y una fotografía que tomó Diego de Mirna y Sebina. Me vuelvo, hay una puerta de cristal que separa este pequeño salón de otra estancia… Miro hacia una ventana, una cortina que ondea, que se mueve. La cortina que he visto desde la veranda, de gasa clara.

Gojko está fumando, gira el cigarrillo en el borde del cenicero que tiene en la otra mano y mira fijamente la brasa.

Siento algo a mis espaldas y no sé de qué se trata; es una sensación de calor, de algo que me oprime, bajo el cuello.

Gojko sigue jugando con el cigarrillo y el cenicero.

—¿Qué pasa?

Y ahora retrocedo. Pero él me agarra por detrás, me corta la respiración con un brazo. Quizá es lo que hacía cuando sujetaba un cuerpo aterrorizado con un brazo y con el otro le retorcía el cuello.

Siento su aliento en la oreja.

—Perdóname… Quería decírtelo la primera noche.

¿Qué tienes que decirme, idiota? ¿Qué tienes que decirme que no me haya dicho ya la vida?

Entro en la habitación. Hay un par de alpargatas tiradas en un lado; miro los pies desnudos de la mujer que me está esperando.

Lleva una camisa blanca, unos vaqueros y el pelo recogido con un lápiz. Es mucho más alta de como la recuerdo. O quizá soy yo, que me he hecho más pequeña. No está maquillada, no ha envejecido, los años tan solo le han regalado un porte que antes no tenía.

—Hola, Gemma.

—Hola, Aska.

Levanto el brazo. Es un movimiento lento y pesado, que divide el aire, corta el mundo. Dejo mi mano entre las suyas.

Si no se la hubiera dado tampoco sabría qué hacer con ella. Pienso que este es el último movimiento que haré, que mi brazo se mueve hacia esta mujer alta de pelo rubio y ojos verdes, guapa como una modelo que apenas ha envejecido, que ha perdido la pátina desagradable que tenía y solo le ha quedado la belleza… Ahora este brazo es la cola de un animal que cae en una trampa y no se mueve, que aguarda su muerte, despierto y atento.

La mujer me pide que me siente a su lado.

No escucho, he perdido el sentido del oído, solo veo el movimiento de la cortina.

Aska abre la boca, tiene unos dientes bonitos, los miro, me recreo en ellos, como en el resto de su belleza.

Ya no es ella, no queda el menor vestigio de sus trastornos del pasado. ¿Qué recordaba? A una persona que ya no existe. A una chica teñida, embrutecida por el maquillaje, que tocaba la trompeta y se reía de un modo demasiado escandaloso.

La he imaginado muerta muchas veces.

Aunque también la he imaginado viva. Pero no así. Sino como la imagen confusa de una mujer superficial y que había sufrido mucho.

Así pues, Gojko y ella se casaron. Aska me está contando que se encontraron después de la guerra en París, en casa de amigos comunes, en uno de aquellos encuentros de refugiados bosnios, y que se ayudaron. El amor llegó luego.

—¿Aún escuchas a Nirvana?

—De vez en cuando.

—Kurt Cobain murió.

—Sí, hace mucho tiempo.

—Se pegó un tiro. Hay que tener valor para hacerlo.

—Si vas colocado, no.

Diego también está muerto. Él también tomaba drogas. Sí, es el lobo estúpido el que muere. La astuta oveja baila y se salva.

El último disco de Nirvana se llamaba *In Utero*. Recuerdo que lo compré. La vida es ridícula. Se te adelanta. Y te da por culo.

La cortina se mueve. No escucho nada, me atraviesa una fisura blanca. Una herida limpia, sin sangre, que me parte en dos el rostro.

Este viaje era un enredo… Todo lo era, la exposición fotográfica, los paseos por Sarajevo, el transbordador que perdimos.

Esta mujer es sencilla y elegante. Tiene el aire de una mujer de hoy en día.

Ahora me dirá que nunca ha dejado de pensar en su hijo, que tiene derecho a abrazarlo… a decirle la verdad.

Y no podré decirle que no. No puedo hacer nada, no conozco las leyes de este país, estoy lejos, en un pueblo del que no recuerdo ni tan siquiera el nombre. Me he subido a un transbordador, ebria de nostalgia, he seguido a un desconocido, a alguien de quien no sé nada, a un poeta que se convirtió

en soldado, en asesino. Necesitaba amigos y recuerdos. No me bastaba mi vida. Necesitaba a alguien que me obligara a sufrir, un testigo, alguien que hubiera pasado por lo mismo. He vuelto sola, por voluntad propia.

Gojko le sonríe y le coge una mano. A su lado parece más guapo, incluso menos desgarbado, más sensual, más tranquilo.

No han venido a buscarme a Italia. Me han hecho venir aquí. Ella le habrá dicho «quiero a mi hijo, quiero verlo de nuevo, quiero ver al hijo del hombre al que amé y que murió. No lo soporto más, lo he meditado durante mucho tiempo, pero ahora quiero abrazarlo y contarle la verdad, y que pase lo que tenga que pasar».

Tengo que llamar a Giuliano, necesito que venga, tengo que proteger a Pietro. Tengo que mantenerme entera.

—¿No te fías de mí?

—¿Qué quieres?

—Verlo.

—Asómate a la ventana y lo verás.

—Lo he visto hablar con Sebina… con su hermana.

—Cállate… cállate.

Llora pero sería capaz de matarla porque ahora veo algo, un poso turbio, un olor de miseria que reconozco.

—¿Necesitáis dinero? ¿Es eso?

Abre la boca, niega con la cabeza firmemente. Parece desesperada.

—No me ofendas.

La cortina se mueve. Solo nos mira una salamanquesa, inmóvil en la pared, con su cuerpo antiguo y transparente.

—¿Por qué no estás muerta?

Me mira sin asombro.

—No lo sé.

Me levanto y me aliso la falda. ¿Dónde está mi chaqueta, mi chaqueta arrugada? ¿Dónde está mi bolso lleno de trastos, con los pasaportes, los billetes de avión, con ese lápiz de labios que me tapa las arrugas? Me

pregunta si quiero uvas, si quiero asearme, podemos dormir ahí, Pietro y yo, comer pescado en la playa, Gojko lo prepara muy bien a la parrilla.

De repente siento un odio indescriptible… una distancia que se transforma en odio. A tomar por culo, me has robado la vida, puta, me has robado lo mejor de mí. Te llevaste al padre de Pietro, él está muerto y tú estás aquí, siempre has estado aquí. Cojo mi bolso, mis gafas y mi vejez. Hace un año me llegó la menopausia y no me importó una mierda porque nunca me ha servido para nada mi ciclo. El fin de la sangre fue el fin de la rabia hacia mí misma.

Dejé a esta mujer en una cama de hospital durante el asedio, contando marcos. Al principio tenía miedo de que volviera a aparecer. Daba dinero a todos los mendigos del mundo, a todas las refugiadas del Este que veía en los semáforos. Era un acto reflejo, me volvía y cogía el bolso del asiento. Seguía pagando. Imaginé que estaba muerta, que estaba en una de esas fotografías de ataúdes, de campos sembrados de lápidas. Sin embargo esta mujer es guapa, lleva una camisa blanca, aún es joven, aún está a tiempo de tener hijos.

—Pietro es italiano, es mi hijo. Ahora voy a levantarme, lo cogeré de la mano y nos iremos. Y no intentes tocarme… No intentes tocarnos…

Aska agacha la cabeza. Le miro la nuca, el pelo recogido, y algún mechón que cae. Veo algo… Una mancha. Quiero irme, como esa otra vez. Sin embargo me detengo al ver la mancha… Es un tatuaje. Una especie de flor, rojiza, deformada.

Entonces veo la fotografía de Diego, la que estaba al final de la exposición, sobre el paragüero. Esa extraña rosa dibujada en aquella extraña pared. Y ahora ya sé que no era una pared.

Aska se tapa la nuca con la mano, se balancea un poco.

Entra una abeja por la ventana, se aleja de nosotros y vuelve. Habría que echarla, pero nos quedamos inmóviles.

Así pues, esta es la historia, y tal vez un día debería armarme de valor para contársela a mi hijo, como una fábula.

Ellos dos están ahí, en esa pensión rodeada de bosques. Han subido cogidos de la mano. Aska lleva un vestidito negro, brillante. Él le había dicho «no vengas con esos pinchos, que pareces un cactus», y ella le ha obedecido. Se ha puesto el vestido de los conciertos. Diego contempla el tejido ligero que se posa sobre sus carnes, mientras suben las escaleras.

Posee la belleza típica de la zona, el pelo cobrizo, tupido, los ojos verdes que parecen dos hojas, los pómulos abiertos, la nariz recta y un poco chata… Es como esa ciudad anómala, tiene un poco de Estambul y un poco de aldea de montaña, ella es así, parece una chica árabe blanca. Tiene el perfil de ciertas cabras de Cachemira.

Diego no sabe qué va a ocurrir.

Está nervioso, aunque intenta ocultarlo; le gusta esta chica que inspira compasión, provinciana, un poco chiflada, con un gran deseo de sentirse alguien, una Janis Joplin. Le recuerda a sí mismo… conoce la sensación, esos escalofríos… la Leica comprada en el mercado de los ladrones… De joven él también se sintió un Robert Capa.

Ella le ha inspirado ternura, ha contemplado ese rostro embadurnado, esos agujeros posmodernos en las medias, los imperdibles en la oreja. No le gustan los punks, pero ella le ha inspirado ternura. Empezó a mirarla de un modo distinto, la ha visto engullir dulces, lamerse los dedos hasta la última miga, la ha visto reír. Han hablado, y ella no es tonta, tiene la cabeza llena de tonterías pero tiene una luz, una batería siempre cargada, algo que él ya ha perdido.

En la habitación Aska mira la cama y ríe. Se tumba, levanta los brazos y respira. Deja que él se recree con la mirada, es descarada, le gusta ese juego. Diego está más tenso, dice que empezará por las botas, se las quita y se sienta en el borde de esa cama sin estirarse. Todavía no acaba de creerse que Aska haya acudido a la cita, que esa historia siga adelante.

En los últimos días han empezado a mirarse de un modo distinto, han realizado una especie de cortejo. Ahora que se encuentran en esa habitación donde prácticamente solo hay una cama, se sienten algo cohibidos. Ella cruza las piernas como en una postura de yoga, ha traído la trompeta y toca «My funny Valentine». Él la escucha y piensa «qué gran capacidad

pulmonar». Le dice «tienes futuro», ella aparta la trompeta, se lame los labios y replica «me gustaría tenerlo contigo».

Diego sonríe, «déjalo ya, no bromees».

«No estoy bromeando, por esta noche podríamos fingir que tenemos un futuro».

Tiene una gran capacidad pulmonar, es una chica muy descarada. Diego la mira: «Tienes que estar en tu lugar».

Sin embargo ella nunca ha estado en su lugar porque siempre ha sido una rebelde. Por eso está ahí.

Se tumban uno al lado del otro y hablan durante un rato. Él le enseña cómo funciona la máquina fotográfica, cómo se enfoca con el objetivo. Estira un brazo y hace una fotografía de sus caras sobre la almohada. Aska levanta las piernas como un mono, quiere jugar con los pies. Está harta de la tristeza de esos días. Ha estado en la manifestación, lleva el signo de la paz que su amiga Haira le ha dibujado con un rotulador en la frente. Exclama que esa noche quiere divertirse como una loca. Diego cede a sus deseos, levanta sus largas piernas, las dobla y pega los pies a los de Aska. Forcejean un rato sobre la cama y paran. Él le mira los ojos, la boca y siente la respiración del pecho.

De cerca es increíblemente bella, increíblemente joven. Diego sonríe y le da un largo beso, incapaz de separar sus labios. La boca de Aska es fresca como el agua de manantial. Nota que le cambia la respiración, siente el sabor del primer beso que ha dado, ahora él es un hombre y ese recuerdo lo aturde y lo llena de pudor.

Se aparta un poco triste, es él quien se muestra más tímido. El más viejo de los dos, el engañado. Le gustaría darle algún consejo de padre, de hermano mayor, como hace con sus alumnas de la escuela de fotografía. Sin embargo está ahí para hacer el amor con ella, que es una chica libre, que se ha ofrecido para alquilar su propio cuerpo. De repente se encuentra en una situación erótica y extraña que lo excita y, al mismo tiempo, lo humilla.

Ha puesto demasiada pasión en el beso, demasiada nostalgia. La mira, le acaricia la cabeza, suspira, piensa un rato.

Ella es una pequeña sarajevita maliciosa, «¿no te gusto?», susurra.

«Me gustas, ya lo sabes». Y quizá me gustaría tener otra vida, coger mi mochila y huir como cuando era joven. Abrazar un cuerpo en la oscuridad, aceptar un regalo ocasional como un destino.

Lo ha intentado, pero esta noche Diego está cansado de la uniformidad de la vida, del trabajo sin resultados.

Mira la ventana oscura en la noche, piensa en mí, en nuestro pacto. Se pregunta cómo hemos podido alejarnos tanto de nosotros mismos, dejarnos arrastrar a esta locura pactada y mesurada.

«Bueno, qué, ¿vamos a hacer este hijo?», Aska lo agarra, se ha quitado el vestido. Lleva unos pantys de rayas y un sujetador negro, pesado, como una faja pequeña. Los ojos de Diego se posan en el vientre blanco, como algunas rocas que ha visto en la costa dálmata.

Tiene el nombre de una oveja loca, de un cuento que él nunca ha leído… Ella bromea y bala, «beee, beee». Diego responde «beee».

«Fumémonos un porro».

Fuman en silencio, el papel de liar húmedo, el humo que entra y se consume dentro. Ella le toca la cara, la barba irregular, rala y que pincha, como un campo mal regado. Diego dice «tengo una barba fea, lo sé». Ella replica «me gusta». La mano es un pequeño rastrillo que se desliza por su rostro.

La mira de cerca, la frente blanca, alta. Ahora parece una virgen que veía en la iglesia de niño y también una drogadicta de la plaza Corvetto, que se parecía a una virgen. No sabe cómo nace el gusto por las mujeres, si acaso te recuerdan a alguien, a una madre más bella.

Ahora se acuerda de todas las malditas velas que su madre le obligaba a encender por su padre a los pies de esa virgen demasiado bella y demasiado muerta para poder mirarla.

Aska le lame el lóbulo de una oreja y él se ríe. No sabe cómo debe comportarse con las mujeres, nunca ha desarrollado una técnica especial. Sabe estar conmigo, sabe ponerme una mano bajo la axila porque me gusta dormir así.

Ella le ha dicho «tu mujer me mira con los ojos de los campesinos cuando eligen la vaca para el toro». Diego la contempla, «no soy un toro».

Resulta un poco molesto tener a una chica enamorada de ti dando vueltas a tu alrededor todo el día. Él le ha dado consejos, le ha dicho que no se abandone, que se concentre en la música, en su futuro, que deje a todos esos mitos malditos, a esos músicos drogadictos. Un día la fotografió en una jaula vacía del zoo y le embargó una sensación de nostalgia, una gran ansia. Desde entonces no ha vuelto a fotografiar, le ha dicho «sal de la jaula, muévete».

«Quiero a mi mujer». Ella se ríe, «parece una condena, pareces triste».

Bosnia entera se refleja en los ojos de esta chica, su melancolía, su macabro sentido del humor, incluso el fragor de ciertos ríos cuando desembocan en sus cuencas naturales, como bofetadas de Dios.

El porro se ha acabado, les ha dejado un sabor fuerte en la boca. Diego sonríe, se levanta y se inclina en el lavamanos. Piensa en mí, sola en aquellas calles oscuras. Sigue mis pasos, mi espalda. Le gustaría tocarme un hombro. Le gustaría tener esos pantalones ajustados de torero y la silla verde de cuando era niño. Sentarse en medio de la calle y decirme «estoy aquí, ¿me quieres?».

«¿Te la has tirado?».

«No, no he podido».

«Da igual».

«No soy un toro».

«Lo sé».

«Tú eres el toro, yo soy tu polvo».

Un estruendo inunda la calle, como el ruido de cajas que caen. Por las escaleras sube un buen olor; deben de estar preparando los desayunos en la cocina. Ella dice «baja a que te den unas tortitas, tengo hambre».

Diego baja las escaleras descalzo, dando saltos, la camisa abierta sobre el pecho que se estremece. Está aturdido por el porro… Se siente relajado, más ligero. Siente el cuerpo, hacía tiempo que no le ocurría. Son solo dos tramos de escaleras, un momento.

Ni tan siquiera tiene tiempo de darse cuenta de lo que está sucediendo, en el comedor las tazas y las mesas están tiradas por el suelo… Hay sombras que se mueven en la oscuridad, que dan patadas y gritan. Una única mirada, un vistazo. La puerta que da a la calle está abierta… Llegan más gritos de fuera, entonces se oye el ruido sordo de una ráfaga de metralleta, tan cerca que cree que lo han visto, que están a punto de dispararle. Un instante de silencio y más gritos, más ráfagas… Las gallinas cluecan asustadas, se oye un nuevo estruendo, como de frascos que caen y ruedan por el suelo.

Diego está en la penumbra, ha bajado a buscar algo de comer, siguiendo ese olor dulce, estaba a punto de hacer el amor. Lo que logra ver a través de la oscuridad está demasiado lejos de su cuerpo paralizado, rígido. No entiende lo que está sucediendo, cree que son ladrones. Da dos pasos hacia la cocina. Alguien apunta a la propietaria de la pensión con un rifle en la barriga, un charco de aceite derramado avanza por el suelo negro, quemándolo todo a su paso, como un ácido. Entonces ve la ropa de camuflaje, las capuchas. «Es la guerra, ha llegado». Es el último pensamiento verdaderamente suyo que tiene.

Es como un dique roto, agua dura como el metal que lo inunda todo. A partir de entonces es todo instinto, si le preguntaran cómo se llama y por qué motivo se encuentra ahí no sabría qué responder. Regresa sobre sus pasos sin volverse, tropieza con los escalones. Sus ojos escrutan la oscuridad como un visor nocturno. Palpa la pared mientras sube, como un cangrejo que se desliza sobre la arena. Se mete en el primer hueco que encuentra… una cortina plastificada como la de las duchas, que sirve para tapar el armario de las escobas.

Ese plástico parece salvarle la vida, porque mientras tanto ha visto el primer muerto. Hay un hombre en las escaleras, tumbado boca arriba, un anciano con pantalones de lana… ha visto al chico que le disparaba en la nuca, se había quitado la capucha para comer una de esas tortitas que aún estaban calientes… El anciano alzaba los brazos y decía «hijo mío, hijo mío».

El armario de las escobas está en el rellano, a tan solo unos escalones del pasillo. A través de la rendija de la cortina Diego ve la puerta entrecerrada. Están muy cerca de Aska pero no puede moverse, el puente se ha derrumbado, esos pocos escalones son agua dura, un aluvión que lo echa hacia atrás.

Aska está esperando las tortitas, quizá no ha oído nada, ve cómo se asoma. Se ha puesto el vestido… El vestido negro y brillante de los conciertos. No puede verla entera, solo las piernas y un pedazo de tela. Quiere gritarle, decirle que cierre la puerta, que se esconda, que huya por esa ventana que da al bosque. Intenta abrir la boca para hablar, traga sal, no tiene voz. Las cuerdas vocales se han vuelto rígidas, son dos cables de hierro que no vibran. Es el instinto… el instinto que le dice que permanezca callado, que no se atreva ni a respirar. Porque entonces pasa a su lado un grupo de hombres que suben acompañados del olor a frito, del aceite hirviendo que ha caído al suelo. Botas con cordones y la suela pesada como zuecos de montaña suben los escalones, devorándolos. Una mano roza la cortina que lo oculta, se hunde en el plástico.

Todo sucede demasiado deprisa como para decir «fue así». Habrá fogonazos, fragmentos de imágenes de los que no podrá desprenderse, como si fueran su propia piel. El miedo es un anestésico que paraliza y dilata.

Para él todo sucede en esa rendija. Ese resquicio entre la cortina y la pared. Ve a los hombres que se dividen en el pasillo, oye cómo llaman a las puertas… oye las ráfagas, caen cristales, caen trozos de pared. Han llegado a la habitación de Aska. La ve fugazmente, sus pies enfundados en los pantys de rayas. La oye gritar.

Es la primera vez que Aska ve a los lobos, retrocede hacia la ventana. Se pregunta de dónde han salido, si han bajado del bosque… Parecen la personificación de la muerte, llevan pasamontañas. Hablan su lengua, le piden los documentos. Llenan la habitación con sus cuerpos, pertrechados con dos cartucheras que se cruzan en el pecho. Uno de ellos le da una patada a la única silla que hay, se sienta con las piernas abiertas sobre la mesa, ella deduce que es el comandante, lleva un escudo con una calavera

en el pecho. Ha encendido un cigarro y le da una calada a través de la abertura de la boca. Aska es una oveja rebelde, el miedo la vuelve agresiva. Les grita que se vayan. Les pregunta quién son, por qué llevan la cara tapada. Dice que quiere hablar con alguien de la policía.

El comandante se quita el pasamontañas y muestra un rostro joven, de facciones marcadas. Ojos claros como el cristal. Se vuelve para reír con el gordinflón que tiene al lado.

Diego solo ve los pasos, las botas y los pantalones de camuflaje… Ve caer otro objeto, un cajón, la silla donde estaba colgada su chaqueta. La están golpeando, la ha oído gritar, defenderse. Ahora solo gime. Ha caído al suelo, ve una mano que se desliza, una bota que la pisa, la aplasta. Oye una voz que le ordena que se levante.

Tiene que salir a defenderla, tiene que decir «soy un fotógrafo italiano y es mi novia, dejadla en paz». Quizá bastará con amenazarlos con el carnet de periodista, lo tiene en el bolsillo de la chaqueta. Tiene que recuperarla. Se imagina que sale, que agarra a Aska del brazo y blande el carnet de prensa como una cruz.

Le están preguntando qué hace en ese hotel, le han cogido la documentación, ahora la llaman puta musulmana.

«Levántate, puta musulmana».

Aska se pone en pie. Siente un dolor punzante en la mano, ya no puede cerrarla. Se ha dado cuenta de que ya no hay policía, que no hay orden, que eso es la guerra. Ahora es consciente de lo que sucede en el exterior… Los disparos en la calle, los ruidos de las otras habitaciones, los gritos… Ve que fuera no hay luz, tal vez han cortado los cables. Oye los gemidos, gente atrapada como ella, sorprendida en pleno sueño, en la normalidad de ese barrio de la periferia. No sabe si es un simple ataque o si toda la ciudad ha sido ya ocupada. Si le está sucediendo lo mismo a todo el mundo, como en un apagón… También a su amiga Haira, a su abuela y a su hermanito. Siente que su sentido de la percepción se amplía, se dilata, abarca varios kilómetros como el de los animales… Tiene que percibir el mundo que la rodea para no quedarse aislada en esa habitación… en esa pesadilla, aún muy turbia y confusa. Siente el aroma de las tortitas que ahora se mezcla

con el olor de los hombres, que apestan a tierra, a sudor y a alcohol. Ellos también deben de tener miedo. Están nerviosos, se van y vuelven, dan patadas a las puertas… Oye unos gritos de mujer, roncos como los de un gato. Quizá es una de las estudiantes de Zenica, las ha oído hablar y bromear en el pasillo hace poco rato, han venido en tren a la manifestación. Ve algo que pasa por el pasillo, un cuerpo arrastrado por el pelo. No se pregunta nada, deja pasar esa imagen que parece llegar de otro mundo. Sabe que ella no gritará. Es una chica libre, ha crecido en una ciudad libre. Aún confía en que bastarán las palabras para calmarlos. Deben de ser todos chicos jóvenes, más o menos de su edad.

Se pregunta qué le habrá sucedido a Diego, quizá le han cerrado el paso. Espera verlo reaparecer. Es un fotógrafo extranjero y estos imbéciles tienen miedo de la prensa internacional.

Ahora el comandante está mirando una hoja, quizá un mapa de la ciudad, confabula con el gordinflón. La mira, le pide que toque la trompeta. Aska lo intenta, no siente los dedos y apenas puede respirar, pero se lleva la boquilla de latón a la boca y se entrega a fondo.

Diego oye la trompeta e imagina las mejillas de Aska que se hinchan como las de un pez.

Se ha puesto a tocar una melodía alegre, una pequeña sinfonía de notas agudas como las de las antiguas películas mudas. Está frente al lobo, como la oveja del cuento de Andric… Ella también es una rebelde que se ha alejado del rebaño. Confía en que su música bastará para mantener a raya al lobo. Pero sabe que no es tan buena.

Ve su futuro, el que ha imaginado… Un escenario lleno de luz y humo que sube como el vapor, como en un concierto de Nirvana.

El fotógrafo italiano se parece a Kurt Cobain, piensa en su cuello… es la imagen más dulce que le viene a la cabeza, ese beso que le ha dado hace un rato, esa cara tan cerca de la suya, que le sonreía. Le ha pasado un pulgar por la boca, acariciándole los labios. Quizá él también siente algo por ella.

El comandante le dice que deje la trompeta, que suena como un chirrido. Es cierto, la oveja no puede respirar bien y lo que toca parece, más

que música, pedorretas. El miedo la ha dejado sin aire. Le ordena que se desnude.

Diego permanece detrás de la cortina. Ve caer la trompeta. Ve que Aska da un salto con sus pantys de rayas, que tropieza. Ve que la levantan.

Hay un fusil en la cama, un kaláshnikov, un bazuca, quién sabe. Se pregunta qué habitación es ésa, y si lo que sucede es cierto. La apuntan con el fusil entre los pechos, han disparado contra la pared para que obedezca, pero ella se ha quedado inmóvil, sin dejar de mirarlos. Quiere desnudarse, obedecerlos… Pero ahora no sabe dónde tiene los brazos, las manos. Son como los remos de una barca abandonada. Tiene que llegar a los ganchos, el vestido está pegado a la piel por culpa del sudor, que le empaña la mirada. Se acercan dos manos y le arrancan el sujetador. Aska ve un pezón entre la tela rasgada, no sabe si es el suyo o el de otra mujer, de su madre, de una amiga suya.

Sabe que no hay salvación, que la muerte está ahí, a su lado. En esos fusiles que la miran. No tiene intención de rebelarse, quiere vivir. Aún está presente, a pesar de que no puede moverse, de que no ha movido ni un brazo para defenderse. Tiene la sensación de que ya ha ocurrido en otras ocasiones, de que no se trata de algo fortuito, de que esos hombres lo han hecho antes. Ni tan siquiera parecen excitados, no hay confusión, esos gestos están arraigados. La insultan, la abofetean sin demasiada convicción, como si ya estuvieran cansados.

Como si fuera una suerte de ritual que se repite, una ceremonia satánica llevada a cabo por un puñado de tristes diablos.

En el campo, de niña, Aska había visto al castrador, el hombre que iba a cortar los testículos a los animales. Era bajo, llevaba una silla plegable, un maletín y un chaleco de médico. Se agachaba bajo los animales, los mutilaba… Las bestias proferían unos mugidos impresionantes. Al castrador nunca se le alteraba la expresión. Al final del día cobraba y se iba con su semblante triste, con su nuca sudada y sucia y la boca aún impregnada del sabor de aquel estofado de criadillas que las mujeres habían cocinado y del que se había comido un plato.

Estos hombres tienen la misma compostura feroz, la misma inevitabilidad triste en sus gestos. ¿Dónde se han entrenado? ¿Qué cuerpos han usado?

Se le mojan las piernas, imagina que acaba en el suelo, que se funde y mezcla con esa orina. Eso es lo que desea, irse, transformarse en líquido, deslizarse bajo la cama y desparecer por el suelo de madera. Hace poco era una chica libre. Tiene un símbolo de la paz en la frente, uno de los hombres ha escupido en él y la saliva le ha entrado en los ojos. Se pregunta qué le ha pasado a la paz. Hace poco era una chica más valiente que las demás… Ahora es un agujero, un cráter habitado por el miedo. ¿Cómo es posible que lo que ve le esté sucediendo a ella? El pánico tiene el sabor abrasador de los jugos gástricos. Es como si todos los órganos hicieran presión hacia arriba, contra la garganta, para defenderse de la emboscada. No nota nada debajo, como si le hubieran puesto anestesia epidural… Las manos que la agarran, los dedos que se clavan en la carne parecen posarse en un cuerpo lejano.

La han tumbado en la cama, donde hasta hace poco jugaba, luchaba con los pies de Diego. Las cartucheras le caen encima, junto con el olor de hierro y muerte.

Diego ya no oye tocar a Aska. Se ha agachado entre las escobas… Una, más dura que las otras, de sorgo, le rasca una mejilla. Huele a moho, a paja sucia, podrida. La ve caer, tropezar con sus pantys bajados, como si fueran un saco. Tiene que salir de ese nido de escobas, tirarse encima de esos tipos vestidos con ropa de camuflaje y arrancarles los pasamontañas. Pero sabe que no lo hará. Quizá no sobrevivirá a esa noche, pero sabe que no saldrá de ese hueco de la pared. Se pregunta si ese va a ser su ataúd, si va a morir así. Si le dispararán sin tan siquiera abrir la cortina, como en las películas.

Está acostumbrado a esconderse.

Cuando su padre pegaba a su madre él desaparecía, se metía en cualquier agujero y se tapaba los oídos. Estaba tranquilo. Se meaba encima sin darse cuenta. Miraba esos charcos amarillos del suelo. Se iba, pensaba en «algo bonito». No salía hasta que todo regresaba a su orden, cuando la madre volvía a la cocina, a batir huevos. Le sonreía, le hacía entender que

no debía sufrir ni avergonzarse porque él no había visto nada, solo algo bonito.

Ahora sabe qué es esa cosa bonita, es la boca de Aska, hace un instante, cuando la ha besado, fresca como el agua de manantial. Se había alejado por pudor, había visto ese retazo de carne blanca en el que se alzaban los pechos como dos bollos, y se había sentido como cuando era pequeño y se sumía en un sueño que le gustaba tanto que se tapaba hasta la cabeza con la sábana para dejarse arrastrar por éste.

Ve una bota sobre la cama, la pierna blanca abierta como un ala de pollo. Piensa en una fotografía. Ve el gesto brusco, la pierna blanca y la bota negra. La oveja y el lobo. Ahora sabe que no puede salir, es un testigo. No lo dejarían marchar.

El corazón late con fuerza, como una mano que golpea contra una puerta que nadie abre. Es la puerta del valor, que no podrá abrir esta noche.

La tiran de la cama al suelo. Diego ve ese cuerpo arrastrado como si fuera una carretilla, permanece oculto tras la rendija, que es la de la vida que se cierra. Al principio la cortina le parecía un refugio, ahora sabe que habría sido mejor morir en las escaleras. Ha cerrado los ojos, oye los golpes, reiterados… La carretilla que bate contra la pared.

Aska está pensando en su madre, la última vez que la vio con vida le cocinó rollitos de col. Piensa en el aroma que inundaba la cocina. El hermano miraba la MTV, ella había pasado a comer con ellos en aquella pequeña mesa frente al televisor… Habían reído. Desde que Aska se había ido de casa su madre se había vuelto más nerviosa, más petulante. Sin embargo, ese día le pareció que había recuperado la serenidad. Le había dejado un poco de dinero, la había abrazado por detrás, le había palpado la carne de la cintura.

Aska siente el sabor de esa dulzura. Ha huido de sí misma para defenderse. Oye un ruido lejano, donde resuenan los recuerdos de la infancia. El puente que cruzaba para ir a la escuela de música. Ve un arado que surca un campo, la reja que remueve la tierra. Sabe que ese campo es su cuerpo, y el ruido es el de la cabeza que choca contra la pared en la que la han empotrado.

Cuando se presentó en casa vestida de punk, su padre le retiró el saludo. Había empezado a trabajar para poder independizarse. Luego le llegó ese golpe de suerte, alquilar su vientre a cambio de una montaña de marcos. Mira su trompeta en el suelo. Se pregunta dónde está esa barba rala, dónde están esos ojos del joven marido triste… Si la estarán mirando.

Diego había estado enganchado a las drogas muchos años antes. Le vuelven a la cabeza esas imágenes deprimentes, de cuerpos sobre el asfalto acatarrados y llenos de babas. En una ocasión también él acabó así, salvado gracias al milagro de una ambulancia que llegó a tiempo, de una inyección directa al corazón. Se agacha junto a las escobas. Tiene la sensación de que nunca se ha movido de esa acera de Brignole.

A lo lejos ve ese pie blanco que se agita.

Aska está en el suelo, entre la cama y la ventana. No ha perdido el conocimiento en ningún momento, no ha tenido ese consuelo. Ha permanecido lúcida, se ha tragado toda esa maldad, sin la menor posibilidad de eludirla. Él no ha movido ni un dedo para defenderla. No tenía sentido hacer que lo mataran, que le pegaran un tiro en la cabeza, en la boca. Ha retrocedido un poco, se ha colocado entre las escobas polvorientas para no ver nada. Se ha tapado las orejas con las manos para no oír los gritos.

Clarea el día cuando los lobos se van, se retiran hacia las montañas con sus todoterrenos, sus cartucheras, pegan los últimos tiros en la aurora.

Diego ha visto pasar las sombras… Aska estaba de pie, ha pasado a su lado, a empujones. Le ha parecido que tenía su vestido de felpa, su trompeta. Tal vez nada de lo que ha visto ha sucedido de verdad.

Diego deja pasar el tiempo, espera que el silencio se consolide. Que engulla los gritos, el acto de maldad que acaba de ver, que ha explotado de la tierra. Siente la violación en los huesos, en el ano, en el bazo. Todos sus órganos están fuera de lugar, carne que bate contra el cerebro.

No ha hecho nada, no ha movido ni un dedo. Cuando Aska ha pasado junto a él le ha parecido una figura de lava petrificada.

Sale de su escondite, de la cortina que lo ha ocultado pero que no lo ha separado del mal. No ha muerto, pero tampoco está del todo vivo. Tiene las piernas rígidas, los ojos como piedras, a punto de salirse de las órbitas. Registran imágenes que no se quedan grabadas, sino que se precipitan hacia su estómago, como si desaparecieran por una boca de alcantarilla. Se asoma a esa habitación arrasada, engulle el olor que ha quedado, un horno de exhalaciones orgánicas y de nicotina. Las sábanas con las huellas de las botas, la silla tirada por el suelo, los trozos de barro. Coge su chaqueta, su máquina fotográfica y baja.

Oye una canción. Es Anela, desde abajo, la propietaria de esa pensión para estudiantes, para viajantes, que se ha transformado en un burdel para ogros. La mujer está agachada bajo las mesas que ha vuelto a colocar en su sitio, está recogiendo los restos de las tazas. No los tira, los guarda en el delantal y luego los deposita en la mesa de los desayunos, los pone en fila como si fueran restos arqueológicos.

Diego asiste alucinado a esa recogida de fragmentos de loza; la mujer intenta aplacar su locura cantando plácidamente, como un campesino que espiga.

En cuanto ve a ese muchacho del pecho desnudo bajo la camisa da un paso atrás y, por un instante, piensa que es uno de esos demonios.

Diego le pregunta qué ha pasado con las chicas, a dónde las han llevado.

La mujer se encoge de hombros, no lo sabe. Tiene que enterrar a su marido, el anciano que yace muerto en las escaleras. Se pone un pañuelo y salen juntos al patio. Las gallinas están todas muertas, esparcidas por el jardín. Les han disparado por mera diversión, para probar esas armas nuevas. Diego se queda mirando el viento que agita las plumas.

Se dirige hacia esa luz de tinta azul, submarina. Entra en el primer sitio abierto que encuentra, no sabe si es un cine o una iglesia. Solo ve esos bancos oscuros, se tumba en uno de ellos y se duerme. Sueña algo. Sueña con la heroína, cuando le daba el subidón. Sueña con ese colocón, cuando la sangre se diluía y los nervios se transformaban en hilos dóciles… Las

espinas se desprendían del cuerpo, se abría la piel, se cubría de suaves escamas… y un mar cálido inundaba los canales. Era «la cosa bonita», la fuga.

Aska ha viajado en una camioneta y la han descargado. No sabe dónde está, quizá sea una fábrica abandonada. De pequeña, en su pueblo, se burlaban de ella y le llamaban «*mrkva*», zanahoria, por el pelo. Tener un color así es ya un destino, llamas la atención de los pájaros, como una calabaza abierta en medio de un campo.

Se toca las piernas para que se mantengan firmes, pero los músculos tiemblan como unas salchichas en la sartén.

No siente dolor, pero nota un reguero líquido en alguna parte, en la cabeza o el cuello, detrás. Le gustaría ver más de aquello que ve, pero los párpados parecen dos ratones que se mueven en una trampa.

Las demás mujeres se quejan, ella no. La hacen caminar, la empujan con los rifles. Ve un almacén con una maraña de cables plateados, con mucha maquinaria.

Las encierran en una sala largar, con una hilera de ventanas altas. Se deslizan junto a una pared, agotadas, se duermen en cuclillas, como las gallinas.

Aska se pregunta dónde está el mundo. Dónde queda la escuela de música, la *kafana* a la que iba a desayunar. Al día siguiente, cuando se llevan a la primera mujer, se pone en pie, espera que la llamen a ella. Quiere gritar, denunciar lo que le han hecho. Quiere hablar con el militar que vieron al entrar, el del uniforme impecable, que mandó que les llevaran galletas y sopa de verduras.

Cuando la mujer vuelve al cabo de muchas horas, sangra por la nariz, resbala en sus propios zapatos como si tuviera aceite dentro. Ninguna tiene el valor de acercarse a ella, de preguntarle qué hay allí fuera. Si al principio estaban unidas como un rebaño de ovejas en la oscuridad, durante los días posteriores se separan lentamente. Buscan esquinas en las que esconderse.

Pero no hay ningún lugar para ocultarse, para ello tendrían que atravesar la pared, y para ello tendrían que desprenderse de su cuerpo.

Aska tiene la trompeta. La aprieta contra el pecho como un corazón. Toca. Con el aire que le falta. Quiere consolar a las mujeres, quiere irse.

Le dice que se calle, le tiran algo.

Los militares traen un montón de mantas de color marrón que tiran en cualquier lado. Al fondo de la sala hay un baño; Aska espera su turno para lavarse. El agua es lo único que desea. La embarga una dicha infantil, torpe, como cuando se tiraba al río con sus amigos, se quedaba saltando en el agua helada y se miraba la piel blanca y transparente en el verde de la corriente.

A través de las grietas del techo se filtra una luz, empañada por el polvo. No se oye ningún ruido de coches, de ciudad. Habla con las mujeres, algunas son campesinas, pero muchas son mujeres con estudios, licenciadas universitarias. A todas les parece imposible que esté ocurriendo algo así, que ese lugar se un campo de prisioneros.

Ahora Aska trabaja en las cocinas, junto con las demás. Cuando toca, los hombres la felicitan, les levanta el ánimo oír un poco de música, que haya un poco de alegría en aquella sala triste, de ovejas asustadas que empiezan a oler mal.

De noche las visitan. Aska se esconde. Se llevan a dos o tres mujeres a la vez. Cuando vuelven, nadie las mira. Saben que tienen que olvidar enseguida. Las traen de vuelta al alba. No quieren que las demás las miren. Se dirigen a trompicones al baño. También se la llevan a ella, que destaca por el color de su pelo, es un pececillo rojo, es fácil pescarla. Los ojos se posan sobre ella en la oscuridad, oye las risas.

Aska resiste. Entonces, un día se llevan también a la pequeña, a una niña de doce años. Y no vuelve.

Aska sigue tocando, está convencida de que la música la salvará. Ha dejado de preguntarse dónde está su vida, dónde está el muchacho italiano, dónde está la *kafana* que frecuentaba con los amigos para bromear y tocar jazz. Tiene los labios secos como la sal. Se pregunta dónde está la pequeña. Cuando los encapuchados la eligieron, los siguió con la misma diligencia

que debía de mostrar en la escuela, cuando sus maestros la llamaban para hacerla salir a la pizarra.

De vez en cuando la hacen tocar desnuda. Insufla a la trompeta todo su miedo. El chico que parecía el más educado, el de la mancha oscura bajo un ojo, le llena la boca como un orinal, le apaga el cigarrillo en el cuello, como si su nuca fuera el suelo de un bar.

Vuelven a buscarla varias veces más.

Entiende por qué la pequeña no ha sobrevivido. El cuerpo.

El cuerpo de Aska parece anestesiado. El dolor es sordo, permanece encarcelado en otra parte. Parece atravesar un cuerpo que está a su lado. Como un rayo que cae al suelo y te da una sacudida, tras haber atravesado otras cosas.

El problema llega después, en las horas posteriores a esa demostración de violencia. Cuando se percata de que no puede regresar a su cuerpo.

Desde que no ha vuelto la pequeña, Aska sollo ve una luz que se cierra como la puerta de la estufa en la que se escondía de pequeña. Era un buen escondite que, sin embargo, la asustaba, tenía miedo de quedarse encerrada allí dentro y no poder salir nunca más, y de que su madre encendiera el fuego sin darse cuenta de que ella estaba ahí dentro. Mira el fuego que se desliza por su piel, que se le mete dentro como una mecha.

Las notas musicales no la abandonan nunca, caen del cielo mientras la violan… son pelos que caen de un cepillo.

Aska deja de oír sus voces, las palabras son siempre las mismas. «Puta musulmana, zorra turca, llama a Izetbegovic, llama a tu presidente, pregúntale dónde está…». Ríen, se divierten.

¿Por qué siguen llamándola «puta musulmana»? Hace años que no pisa una mezquita. Es una chica moderna, laica, una trompetista, ha estudiado solfeo, sabe componer, habla italiano, inglés y alemán, tomaba la píldora anticonceptiva.

Son monótonos, todo es monótono. El crescendo de las violaciones es siempre, más o menos, el mismo. Por un lado están aquellos que se dan prisa; hay un chico nuevo que quizá no querría hacerlo y que ni tan siquiera se atreve a mirarla, pero que tiene miedo de los demás. Porque tienen que

estar todos juntos, en el mismo establo, con la misma oveja. Por otro lado, hay los que están demasiado borrachos y también un par que solo querrían matarla, Aska lo oye, retorcerle el cuello hasta el final. Pero quizá tienen órdenes precisas.

Una de las mujeres ha visto a la pequeña, lo que quedaba de ella. Ha oído los gritos de uno de los comandantes. Estaba enfurecido con sus chicos, que se habían dejado llevar. Luego los ha perdonado, les ha dicho que tiren a la niña al río.

De noche Aska sueña con narices largas de látex grisáceo, como las que hacían en la escuela en la asignatura de expresión artística y que los chicos usaban en la fiesta de fin de curso. Las narices se despegan del hilo, vuelan un poco como murciélagos y se detienen en los hombros de hombres como capas, como gabanes. Son hombres pálidos, quizá ya muertos. Quizá son la muerte. Solo llevan estas capas, y luego calcetines negros hasta la rodilla, zapatos brillantes y nada más. Es el alba, es la luz gélida de un duelo. Los hombres son jueces, se abrazan en círculo, como murciélagos. Ella está en el centro, como en la fiesta de fin de curso de la escuela, cuando los chicos disfrazados con la nariz hacían el tren alrededor de la chica elegida de antemano y gritaban «próxima estación, próxima estación…».

Aska sabe cuál es la próxima estación. Intenta ahorcarse pero no lo consigue porque la cuerda no es una cuerda de verdad, sino un par de vulgares medias.

Ya no toca la trompeta. El chico que siempre la felicitaba, el de los ojos azules como el cristal, la ha usado con su cuerpo.

Ahora podría morir como la pequeña.

El cuerpo. El cuerpo es un saco vuelto del revés, tendido para que se seque y hacer alforjas con él. El cuerpo es una larga cadena de cuerpos que sufren. Se pregunta qué habrá pasado con las hojas de col de su madre y las gafas de su hermano.

Luego, sin embargo, la dejan en paz y no vuelven a llamarla. La dejan vagar en la cocina.

Diego no volvió a lograrlo. Antes siempre podía, pero a partir de esa noche le resultó imposible encontrar «las cosas bonitas». Regresó a Italia. La buscó en todos los cristales que tocó. Un día se pasó varias horas fotografiando una lata de atún… Vio ese pez macerado en aceite, esa carne rosada. Penó en la vida de ese gran pez antes de ser pescado. Esa noche, al volver a casa del aeropuerto, se paró en el puerto de hidroaviones de Ostia. Había recuperado el olfato perdido tiempo atrás, sabía qué ojos debía buscar. Se metió un pico de heroína de pie, con la espalda apoyada en un cartel de Campari descolorido por la sal.

Regresó al infierno. De vez en cuando alguien de la Cruz Roja Internacional visita los campos, entonces los torturadores intentan poner orden y hacen desaparecer a las mujeres que se encuentran en peor estado. Los cámaras graban a un rebaño humano desnutrido como en los campos de concentración de la segunda Guerra Mundial. Ahora Diego sabe que está ahí. Ha logrado entrar en el campo. Ha trabado amistad con uno de los carceleros, un chico con una mancha oscura bajo el ojo. Ha traído una Polaroid. Ha sido una buena idea, volver a Sarajevo cargado con esos grandes cartuchos cuadrados. Los ha traído para los niños, que adoran esa lengua brillante que sale de la máquina fotográfica, como de una boca. No podía imaginar que fueran a gustarles tanto a los chétniks del campo. Ahora todos quieren una Polaroid. Posan para él, con sus uniformes, los pasamontañas levantados sobre la cabeza, mostrando sus largas barbas negras. Miran las fotografías que salen de inmediato, escriben algo debajo, en la franja blanca: su nombre, un mensaje para la novia o para la madre. Ahora Diego también dispara rápido con la Leica. Poco a poco los chétniks le van cogiendo confianza, mientras posan le cuenta lo dura que es la vida en las montañas. Son vanidosos, coquetos. Les gusta el objetivo, les gusta que los miren. Y Diego los mira. Hasta el comandante posa, un hombre grande, con un rostro amable y los ojos azules como el mar. Quiere que lo fotografíe solo y con sus chicos detrás, los rifles apoyados en el suelo. Pregunta si la luz es buena. Diego se toma su tiempo, busca el encuadre

adecuado. El comandante intenta mostrar su mejor perfil, estira un poco el cuello, porque es el único defecto que tiene, el cuello un poco corto. Con él se muestran dóciles, posan con sus cuchillos, con su soledad de asesinos. Diego fotografía a los demonios, ríe, bromea con ellos. Los rostros se imprimen en la película.

Lo invitan a cenar. Las mujeres se mueven como medusas en torno a la mesa, traen sopa y estofado de cordero. Entonces la ve, la reconoce por el pelo. No se vuelve, permanece inclinado sobre el plato. Únicamente le queda la sensación de un movimiento rotatorio, es ella quien mueve la cabeza como un planeta a la deriva.

Después de cenar el comandante abre el cajón, saca polvos de los buenos y esnifan unas rayas.

Al comandante le gusta su Polaroid, es modernísima, hace fotografías en color. Diego también se quita el reloj, es un cronógrafo, marca la hora de todo el mundo. Lo deja sobre la mesa del comandante de los ojos azules como el mar. Y le pide ese favor, el intercambio: la prisionera pelirroja. La conocen, vaya que si la conocen. El muchacho de Génova asiente a sus carcajadas, a sus gestos. Abre la mochila y saca diez mil marcos envueltos en papel de estraza, y los deja junto a la Polaroid y el reloj. Sonríe.

Aska camina por fuera y la llevan a aquella sala. El intercambio tiene lugar allí mismo. Se ha puesto un anorak que le queda grande. Diego apenas alza los ojos, hace un gesto con la cabeza, sí, es ella.

Aska no lo reconoce de inmediato, los ratones le pesan en los ojos. Por un instante piensa que tan solo se trata de un nuevo torturador. Él también ha cambiado, ya no tiene su barba de cabra, sino una barba larga y espinosa que parece una mata quemada.

Salen del campo de concentración así, como si nada. Cruzan el claro plateado del campo y dejan atrás la verja. A ella le cuesta un gran esfuerzo mantenerse sobre la motocicleta, se desmaya en diversas ocasiones, ni siquiera el viento la sostiene.

El médico musulmán es un hombre bajo, de piel lívida, lleva una túnica extraña y ridícula, con las mangas un poco cortas, como las de un niño que ha crecido. La cabeza calva está surcada de venas que se hinchan mientras habla, parecen serpientes prisioneras. Asiente, se abotona los puños de la camisa. Aska tiene alguna fractura calcificada y un tímpano perforado. Por lo demás, no tiene lesiones internas, ni siquiera en el bazo. Es una mujer fuerte. El médico baja la mirada, los orificios tardarán su tiempo en volver a su sitio, como después de un parto.

No quiere dinero, le aparta la mano a Diego, baja la cabeza. Una pátina de sudor reluce en ese cráneo oscuro, surcado por grandes venas. Dice «Dios no perdonará a nadie». Se avergüenza de pertenecer a la raza humana. Cuando le comunica que Aska está embarazada Diego no lo entiende, tiene que repetírselo.

Tiene un carrete en el bolsillo y lo busca. Lo aprieta con fuerza con la mano sudada.

Diego no sabe nada de mujeres usadas como trincheras en las que clavar el fusil. El medico lo sabe. Es una práctica de la guerra, fecundar los campos de semillas malignas.

Aska está embarazada de cinco meses, no puede abortar.

El médico musulmán dice «Dios no perdonará ni siquiera a los niños».

Es un anciano musulmán, lleva un símbolo clavado en la chaqueta. Cura a la oveja. De vez en cuando desenrolla la pequeña alfombra que ha traído consigo y reza, se inclina hasta el suelo. Parece como si quisiera que Dios lo engullera.

Digo observa el cuerpo del anciano arrodillado y se pregunta dónde está su fe. Le gustaría tener un consuelo parecido.

Se lía un porro. Se ha puesto a pensar en la historia de Herodes, que era una de las que más gustaban a los niños de catecismo; a él también le encantaba, estaba aterrorizado. Ha visto cómo se hinchaban las venas sobre la cabeza calva del médico. Ahora imagina que se deslizan por el cráneo como serpientes apacibles, que suben a una cuna atraídas por el olor de la leche, que se enroscan alrededor del cuello de un recién nacido y lo

estrangulan, para luego regresar lentamente a la piel de la cabeza del médico, satisfechas y silenciosas.

Aska no se mueve en la cama, de vez en cuando siente esas manos que se deslizan por su piel para desinfectar las heridas, para curarla. Son manos lejanas, mariposas sobre una fruta podrida. Ese cuerpo ya no le pertenece, ya no es el suyo, tan solo dormita junto a ella.

El cuerpo como un planeta que vaga en el cosmos, que pasa de un vacío al otro. El cuerpo como un cubo abandonado que recoge agua de lluvia, las goteras de techos, suciedad y óxido. El cuerpo como un agujero atravesado por un cohete, un transbordador, un sputnik, que entra por la vagina y sale por la cabeza. Dejando una estela de fuego, como la llama eterna. El cuerpo como un conjunto de puntos que tiran, de células que combaten entre sí.

El médico le pone unas inyecciones que la calman, que mitigan el dolor, pero no las necesita, mantendría la calma aun sin ellas. Y ni siquiera se pregunta por qué la tienen ahí, por qué no la dejan morir en paz, como un animal en un lecho de hojas.

Está en el interior del vientre que la alumbró, se mantiene inmóvil en la misma postura. El dolor es una membrana que comprime, como un saco amniótico.

Diego prepara un caldo. La boca de Aska es un cajón abierto, una boca de carne muerta… El consomé le cae por el mentón, como el agua de una fuente.

Diego toca la guitarra mientras la luz se desvanece en la noche. Quizá la música la ayudará.

Aska apenas se mueve, solo de vez en cuando la sacude un temblor, leve como el de una hoja que está a punto de caer.

Es una tortura estar vivo. Presenciar ese dolor le parece peor que el propio dolor. La vela del suelo mueve las sombras, ilumina los fantasmas. No movió ni un dedo para defenderla, se quedó escondido para no ver, se tapó las orejas con las manos para no oír los gritos.

Ahora no puede separarse de ese cuerpo. Bate las pestañas en la oscuridad, lentamente. El cuerpo que yace sobre la cama es negro, parece el

Igman de noche. La piel rasgada de Aska hormiguea, crece de nuevo. Se tensa para cerrar las heridas. La carne se sutura.

Es horrible sentir cómo el cuerpo se despierta, renace como todo, como el alba, como la hierba. Los ratones han abandonado sus ojos, que se están hinchando, la lividez da paso a un tono amarillento. Aska ve los tejanos de Diego, oye su respiración.

Bebe la primera taza de caldo. El fotógrafo le aguanta la cabeza. Ella no puede mirarlo a la cara, no quiere. Se avergüenza de sí misma, de lo que le han hecho. No alza la vista en ningún momento.

Tiene una costra en la boca, y Diego espera que caiga. Mira el mechón de pelo rubio que sobresale de entre las sábanas. Espera el día en que ella le preguntará «¿dónde te escondiste?».

Diego tiene ese carrete de fotos. Tiene a los torturadores en el bolsillo.

Sabe que el mal avanza en manada, porque es vil y no puede estar solo. Necesita saberse observado. Y él lo ha mirado. También ha violado.

Aska tiene una marca en la nuca, ese cráter de cigarrillos. Es el ojo de su torturador que la mira, un regalo que no será eterno. Porque por suerte el cuerpo tampoco lo es.

No se ha dado cuenta de que está embarazada ya que ha tenido varias hemorragias. Ahora quiere abortar, es lo único que quiere, vomitar las mucosidades de los demonios.

El médico musulmán dijo que «Dios no perdonará ni siquiera a los niños».

Lo escupirá, está escrito. Es un destino necesario. Está escrito en las venas del anciano médico y en las tablas del cuerpo. Es una ley antigua, como la del Corán.

Se detiene frente a las mezquitas, se acerca a la fuente, se lava las manos y la nuca donde hay ese botón negro. Ese agujero. Piensa en las palabras del imán, cuando de niña iba a la mezquita pequeña con los padres y el hermano.

«El día del juicio aquella que ha sido enterrada viva deberá dar explicaciones de por qué le ha tocado esa suerte tan terrible».

Ahora la trompetista punk, que recela de las leyes de la tierra, se aferra a un cielo poblado de profetas. Le pide a Dios que le arranque ese coágulo de los demonios. En las zonas abiertas reduce la marcha. Espera que un francotirador le dispare en la barriga, que sea un chétnik quien la libere de esa sangre infecta.

Diego le ha llevado ropa nueva, un chaquetón de color crema, y ella se ha abrochado hasta el último botón. Tiene un aspecto virginal.

Él también tiene miedo. A menudo los hombres no saben qué sucede en el cuerpo de las mujeres. Pero él lo sabe todo, ha pasado mucho tiempo en los centros de asistencia a parejas estériles. Sabe perfectamente cómo se lleva a cabo la fecundación, lo ha visto en el microscopio. Ve el gameto que se desliza en el interior de la esfera del óvulo, una esfera que se contrae y engulle como una medusa. Ve esa separación de células, como un corazón, como los huesos de los nísperos.

Mira a Aska, que descansa. Oye el ruido de la multiplicación que tiene lugar en su cuerpo. Todo muy alejado de la fría asepsia del cristal… Piensa en un erizo, en un óvulo atravesado por miles de punzones negros. Ve ese erizo desprendido de la roca que se mueve en el fondo del mar.

Ve esa concepción oscura. Insectos, unos sobre otros, en el mismo agujero.

Mira ese cuerpo lapidado que mientras muere, florece.

Le entran ganas de abandonarse a la fatalidad muda del dolor de Aska y creer, al igual que ella, al igual que el médico musulmán, que ese ser que se está formando en su interior no merece el agua amniótica de la vida.

Ha fotografiado charcos, no sabe por qué motivo, probablemente porque nació en una ciudad de mar y de lluvia, de agujeros que se llenan y vacían. Siempre se ha sentido atraído por esos huecos en los que dormita el agua, siniestra y refulgente, engullendo los humores de la luz, de los paisajes. Hinchándose desde dentro como un corazón líquido. Se ha inclinado, atraído por esos ojos que lo han mirado y a los que ha correspondido. No son pozos de verdad, sino una suerte de cubiertas líquidas de pocos centímetros de espesor. Planetas de tierra, flecos de agua. Los charcos le

han enseñado mucho. Han sido una pizarra, como un cielo nocturno impregnado de antiguos destellos.

Nunca ha creído que fuera un rabdomante, solo ha fotografiado pequeños charcos urbanos. Es un muchacho, no cree en la profundidad, siempre le ha gustado sentirse un medio deficiente.

Es una noche de lluvia, el estruendo de los obuses se confunde entre los truenos.

Cuando se asoma a la ventana ya es de día y ha dejado de llover. Ve dos arco iris. Nunca había visto dos juntos. Uno está increíblemente cerca, da la sensación de que nace ahí al lado mismo, que es una fuente de luz estriada de colores que atraviesa el cielo con un arco impecable… el otro es más pequeño, menos intenso… un arco iris menos, como él. Está descolorido y parece el reflejo pálido del otro.

Este arco iris más pequeño, destinado a tener un fin inminente, lo conmueve.

Piensa en el bebé. En el que no hemos tenido en el mejor de los mundos, amándonos. Piensa en el bebé que Aska lleva en el vientre, concebido del peor modo. Piensa que la vida es atrevida. Ahora esas dos desgracias ya no están muy alejadas. Entiende que, simplemente, ese es el designio.

No es una casualidad que él haya entrado en esa habitación. Sabe que lo han pescado. Como un pez, como el atún de la lata.

No está contento, pero no importa. Ha visto ese arco iris pequeño y desteñido, esa verdad inferior. Ahí se ha mostrado Dios.

El muchacho se muestra inseguro, tal vez el horror insensato también tiene su lugar, en la geometría flexible del mundo. Y quizá el sentido es ese bebé que va a llegar por una verja negra. También tiene miedo de que el bebé nazca con tres cabezas, cinco colas y un corazón malvado. También tiene miedo de que ese mal tan solo pueda engendrar más mal. Pero está dispuesto a arriesgarse.

Quizá el bebé será la recompensa.

Le dará el dinero pactado, incluso el doble. Le dirá a su mujer que el bebé es suyo. Y ella podrá tocar de nuevo.

Aska se encuentra mejor. Ya se ha sentado en la cama. Le ha llevado unos cuantos melocotones de los que había enviado Armando. Ella muerde uno y le cae el zumo por el mentón. Ese sabor tan dulce e inesperado es peor que lo demás. Es una nostalgia que Aska no quiere sentir.

Diego le dice que «tienes que volver a tocar, a cantar». Sería una voz nueva preñada de valor que recogería el grito de las mujeres como ella, de las mujeres de la sala del matadero. De la niña que no regresó jamás. Trazar el hilo blanco que separa las tinieblas de la aurora.

Esa vida se estanca como el estiércol en un establo, tan silencioso que ella se olvida de que alberga una vida en su interior. No quiere dejar su ciudad. Siempre había querido irse y ahora desea quedarse. Le gusta la cárcel de esas calles ineludibles, la gente que contempla el propio destino reducido a pura locura.

Otra imagen del Corán, el Sejtan maldecido por Dios porque no quiere arrodillarse frente al hombre hecho de arcilla.

Un día estaba sentada en un banco. Un cámara algo excitado surge tras los escombros mientras ella dormita al sol; se encuentra relativamente bien. No se da cuenta de ese micrófono que le acercan a la boca.

El periodista le pregunta «¿qué esperanzas alberga sobre su futuro y el de su país?».

Aska le pregunta si ese micrófono es de verdad, si funciona.

El periodista se queda desconcertado, claro que funciona.

Ella sabe que no tiene esperanzas, que su cuerpo es un nido de serpientes, y nota cómo se mueven.

Piensa en ese micrófono que funciona pero que no sirve para nada ya que nadie oirá su voz.

El único sonido que se le ocurre es el de una oveja que se ha perdido.

«Beee, beee».

Diego no sabe si esa desesperación que los une es amor. De niño podía elegir otro camino. «Solo hay un camino —piensa—, el que hemos recorrido». La vida humana es un trapo que siempre limpia la misma superficie.

Le coge una mano. Ahora ya ha pasado un poco de tiempo, puede tocarla.

No le mira el vientre, no se atreve. Le mira la nuca. Ha traído las tintas y las agujas consigo. Una noche, al cabo de unos días, le clava la aguja en la piel. Es ella quien se lo pide, no soporta la visión de esa cicatriz granulosa como un orificio, esa marca de cigarrillo en la nuca que se ha cerrado mal.

A Diego le tiembla la mano, tiene miedo de hacerle daño. Aska se mantiene inmóvil. ¿Acaso puede dolerle esa pequeña aguja? Su cuerpo está insensibilizado por el dolor. Esos aguijones que se clavan en la piel casi son un placer. Tiene una piedra en el cuello que cada noche la obliga a doblarse más. A gatas en esa habitación.

Diego tiene muy buenas manos y logra su cometido. Primero hace el dibujo con bolígrafo y luego lo repasa con la aguja. Un punto tras otro. En el puerto de Génova no había ni un solo estibador sin la piel tatuada, de modo que le resultó fácil aprender.

Los tatuajes son una marca que tú eliges, algo que interpones entre la piel y el destino. Un sorbo de coraje.

Aska ha elegido una rosa, aconsejada por él. Los pétalos parecen de verdad sobre esa cicatriz rugosa. El horror queda sepultado bajo una flor.

Cuando caen las costras florece la rosa. Aska la toca. Es la primera vez que se toca la nuca. No puede verla. Entonces Diego le levanta el pelo y le hace una fotografía muy de cerca.

La lleva a revelar a un laboratorio que aún funciona. Cuando se la regala ella dice «es como una flor depositada en una tumba», ya es algo.

Es una rosa de Sarajevo.

Están sentados en un bar sin puertas, fuera se oyen disparos, las tacitas turcas tiemblan, tiemblan los posos del café que deberían desvelar el futuro.

Diego está sucio, es un fotógrafo de guerra, por fin es aquello que siempre había querido ser. Le dice «piénsalo, ganarías una fortuna. Solo tienes que resistir un poco más, es como abortar al cabo de unos meses. Ni tan siquiera tendrás que verlo».

Ella vuelve la mirada a un lado y a otro, hacia las mesas sucias, hacia la gente que espera a salir entre las bombas. No puede soportar el pensamiento de tener esa cosa viva en su interior, de dar a luz a sus torturadores, de alargarles la vida en el mundo. Le parece absurdo que esa violencia pueda proporcionarle semejante cantidad de dinero.

Ese niño nacerá corrompido por fuerza. No hay ni una sola buena palabra para él.

Diego apoya la barbilla y la mira. Se acuerda de la primera vez que la oyó tocar. Hace una guerra, hace una vida.

Le dice «de acuerdo», lo mantendrá en el establo durante unos meses. Tiene razón él, es un buen negocio. Como ya está tan avanzado es una pena echarlo todo a perder.

Sin embargo, cuando el bebé se mueve Aska tiembla. Aparta los brazos del cuerpo, grita. Sueña que da a luz a unos hijos que la violan.

Sueña que toca, que se funde con su trompeta. Hasta su pelo llora.

Diego quería decirme la verdad, pero ya es tarde. Quería sentarse conmigo en esa silla verde, hacerme cosquillas, que nos cayéramos juntos. Me mira la espalda, mira el silencio. Posa una mano sobre ese silencio. La verdad permanece custodiada en los pliegues de esa guerra. En la película de ese carrete que le quema en el bolsillo.

Es alguien que nunca ha sabido guardar un secreto. Es incapaz, es algo superior a él. Es un bobo. Y ahora tiene que hacer frente a ese secreto absurdo. No puede decirme que el bebé es hijo de los demonios, que ha sido

concebido en el infierno. Que es hijo de una pared sucia. No quiere darme este susto. No quiere darme este destino.

En la fuente de la mezquita ya no hay agua, de modo que Aska se lava con nieve, que le quema la piel. Esas abluciones nunca podrán limpiarla del todo. A veces desearía arrancarse la carne porque la suciedad ha llegado a su interior.

Cuando se inclina en el suelo nota el vientre hinchado, el demonio. Reza con la intención de sofocarlo. Mientras ella moría, él se aferraba a sus entrañas, por eso lo odia y lo odiará siempre. Diego le ha regalado un largo abrigo de pelo oscuro; le gusta parecer un lobo. Nunca la abandona, siempre está ahí, tras sus pasos. De vez en cuando se vuelve y lo ahuyenta, de vez en cuando se deja abrazar junto a una hoguera nocturna.

Cuando empiezan las contracciones es él quien suda. Ella no quiere que la toquen, agoniza, se apoya contra una pared con la fuerza de la cabeza. Siente de nuevo los golpes. Ponerse de parto le hace revivir la violación; siente que le arrancan las vísceras con un arado.

Una vez su madre le habló del parto y le transmitió una imagen muy fuerte, como un animal que te desgarra por dentro. Un animal que muere cuando el bebé se rinde a la vida y se desliza por el canal del parto. Es al final, en la última fase de la expulsión, cuando oculta el dolor con su peso. Entonces solo queda ese gran peso, que ya es el de la futura responsabilidad.

Su madre decía que en el parto ya hay una enseñanza.

Aska se pregunta qué enseñanza hay en una violación.

Piensa en los campos por donde corría de niña, los atravesaba con una bicicleta para ir a la escuela. En primavera se llenaban de flores amarillas y violetas.

Piensa en la pequeña. Cuando los chétniks se la llevaron agachó la cabeza y los siguió, obediente.

Se pregunta por qué Dios no intervino en ese momento, por qué no la salvó. Al menos a ella. Que era, de verdad, demasiado pequeña. Solo una

por todas las mujeres violadas.

Habría bastado con que esa niña virgen hubiera salido indemne. Se abre una puerta en la luz y se, tranquila, con esa sonrisa ambigua. Juega a pelota contra una pared y cuenta. Cuando el balón cae al suelo el bebé ya ha nacido. De repente Aska se siente mejor. Vuelve la cabeza, así nunca sabrá a qué demonio se parece más el bebé, si al de los ojos azules, al de la nariz grande o al de la mancha oscura debajo de un ojo.

Cuando la mucosidad de los diablos viene al mundo, nace con la perfección de la carne. Sin embargo Diego no lo mira de inmediato. Echa un vistazo al cordón gris como el cabo de un barco.

Su vida anterior se ha alejado de él durante esos meses. Y ahora le parece inalcanzable. Acaricia a la oveja, le susurra «ha nacido, ya ha acabado».

Diego mira al recién nacido. Ese cuerpo rojo y delgado que chilla. No parece un diablo, sino un pollito, como los que dan vueltas en el asador cuando aún están medio crudos. Quizá tendrá el mal corazón de su padre, ¿pero quién puede decirlo? Su voz recuerda a la de un cordero abandonado junto a un matorral.

Aska la oye. Piensa en la voz de la pequeña, en esa dulce cantinela.

Piensa que no es justo que la pequeña haya desaparecido de la Tierra, que haya ido al cielo como un saco de piel descompuesta. Y que, sin embargo, el bebé de los chétniks haya nacido. Esta noche el diablo abrirá una botella de champán.

Diego le pregunta «¿no quieres ver cómo es?».

Ella responde «sé cómo ha sido. Llévatelo».

Antes de irme la miro. Doy un paso hacia la camilla. Si se lo preguntara ahora, diría la verdad. No tiene nada que perder. Me diría «el fotógrafo y yo nunca hemos hecho el amor. El pollito es hijo del Espíritu Santo de esta guerra, de la mucosidad de los demonios». Pero no me acerco. No quiero saber nada. El bebé seguirá siendo virgen.

Un arco iris en este cielo inferior.

Aska está vacía. Le cuelga el vientre y la leche empieza a hincharle los pechos. Entre las piernas aún nota ese cordón cortado que la ha separado

del hijo de la violación. Ahora ya no está habitada, vuelve a ser sí misma.

Tiene el dinero, lo cuenta bajo las sábanas. Puede intentar irse, meterse en el portaequipajes de un coche de noche. Sin embargo, sabe que no hará nada de todo eso. Era el niño quien la mantenía con vida, ahora lo sabe. Se da cuenta de que, en realidad, a pesar de que lo odiaba, ha querido salvarlo. Se ha sincerado consigo misma. Toca la trompeta silbando, moviendo los dedos en el aire, cerrando los ojos.

Ahora sabe que también es posible recorrer el camino inverso, que un diablo puede convertirse en ángel. Y que tal vez sea esta la enseñanza.

Diego ni tan siquiera se percata de que hemos llegado al aeropuerto. Mira algo que centellea en la red de los ojos empañados.

No sube al avión. Se vuelve y camina hacia sí mismo.

Esta vez Aska no entiende qué hace ahí el fotógrafo. Ha vuelto para la expulsión de la placenta.

Se queda a su lado, toca la guitarra y va a comprar algo de comer al Markale. Hasta que un día ella le dirá que ya se ha curado, que no piensa quitarse la vida. Con el dinero abrirá una escuela de música.

Pasan la última noche juntos en la isla de Korcula. Él trepa a una roca. Ve algo que quiere fotografiar. Un niño que pesca con la mano, un Ante. Es la heroína que fluye por su sangre, es la «cosa bonita». Si una mano interrumpiera ese vuelo para preguntarle si está contento con la vida que ha tenido, Diego sonreiría, levantaría el dedo pulgar, ha tenido una buena vida.

Se sienta sobre el ataúd. Estira las piernas y me mira. En el bolsillo todavía guarda el carrete en el que aparecen los rostros de los demonios: uno de ellos asesinó al niño azul, otro es el padre de Pietro. El joven fotógrafo, tan bobo como siempre, nunca vendió la exclusiva. Desenrolla la película, la quema en la luz. Quita a Pietro de la historia y lo devuelve al mundo.

OceanofPDF.com

Camino por la arena

Camino por la arena, noto cómo se levanta en torno a mis pies. He salido de la habitación, me he levantado como un robot. Aska no ha vuelto a llorar, ha hablado sin apartar la vista de la cortina blanca que se hinchaba. Me ha parecido un canto ausente, una *sevdalinka*. La atrocidad alejada de su embudo no es nada, se convierte en cenizas que vuelan. Ha quedado el olor de su casa, de su paz.

Su hija la ha llamado y ha movido la cabeza con un gesto inquieto. No ha vuelto a recuperar el oído de la oreja derecha. Oye un ruido fijo, como de olas que rompen en la orilla. Ha sonreído y a ha dicho «es la oreja de la historia».

Camino. Me gustaría tropezar pero no tropiezo. Me gustaría tumbarme en la arena, abrazarla y darle las gracias a alguien, a algo, a una hormiga que pasa, al camino infinito de todas las vidas.

Veo el cuerpo de mi hijo a contraluz. Está saltando, dando puñetazos a las olas. Es el niño que se pelea con el chico, que le dice «déjame jugar un día más».

Sale del agua, se tira en la arena y echa a correr de nuevo hacia las olas.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—Más que Cerdeña.

Me pregunta si puedo hacerle alguna fotografía con el móvil, quiere enseñarles ese mar turquesa a sus amigos. «Seguro que se mueren de la envidia», dice.

Pone los brazos en jarra, sonríe con la nariz fruncida y con los ojos cerrados porque el sol lo deslumbra.

Me meto en el agua hasta las rodillas, lo fotografío mientras salta. Su cuerpo en el aire y salpicaduras de mar blanco.

Se tira sobre la toalla, tiene el pelo lleno de arena, sus rizos parecen los de una estatua marina. Se vuelve y me dice:

—Mamá, me he hecho daño en un pie. ¿Tienes una tirita?

Hurgo en el bolso, hurgo como si me fuera la vida en ello, mientras el viento me tapa los ojos con el pelo. Abro la cartera, busco la tirita que siempre llevo encima, metida entre los papeles.

La llevo por él, porque siempre se hace algún corte, es una antigua costumbre, tan antigua como nuestra costumbre de madre e hijo, de dar largos paseos juntos. Pietro espera, me mira, observa mis gestos alterados. Encuentro la tirita y me comporto como si hubiera hallado quién sabe qué. Él también sonríe.

—¿La has encontrado?

—Sí, aquí está.

Acerca el pie, que está manchado de arena. Se ha dado un golpe contra una roca y se le ha roto un trozo de uña, que sangra.

—Límpiatelo en el mar.

No quiere levantarse, le duele.

Me agacho y acerco la boca. Chupo esa sangre, esa arena. Le seco el pie con una esquina de la falda.

La tirita no se pega bien porque el dedo se ha quedado un poco húmedo y, además, no encuentro las gafas. Pietro no se queja, incluso me da las gracias.

¿Quién eres? Cuántas veces me lo habré preguntado. Cuántas veces te habré mirado con recelo. Ríes como reía Diego, como ríen los chicos. Eres tonto e inteligente, eres inofensivo y peligroso. Eres una posibilidad entre varios millones. Un muchacho de 2008, nacido a finales de diciembre de 1992 en Sarajevo. Eres uno de los primeros hijos de las violaciones étnicas.

Respira.

Está apoyado en un costado, inerte como una barca en la orilla, el culo huesudo enfundado en un traje de surfista australiano. Se vuelve, le miro el diente que se ha roto, las mejillas demasiado chupadas. Respira.

¿De cuántos fragmentos se compone un cuerpo? El pliegue del que pende una oreja. El dibujo de un puño. Un ojo con sus cejas, que se mueven. El hueso de la rodilla. Los pelos, como hierba marchita.

Miro los fragmentos que conforman mi hijo. Quizá siempre lo he sabido, esta es la verdad. Y nunca he querido saberlo. «Eres libre —debería decirle—, no eres su hijo. Eres hijo de un puñado de diablos embriagados por el odio».

Camina dando saltos con un solo pie, apoyado en mí.

—Cuidado, que no puedo aguantarte…

—Claro que sí.

Reconozco algo, la pescadería, que me parece que sigue igual, con su cortina de lenguas de plástico para que no entren las moscas. Y luego un arbusto de geranios silvestres, grande como un árbol.

Pietro me ha dicho «quiero ir. Quiero ir al sitio donde murió papá». De repente lo llama «papá», y todo me parece muy absurdo.

Camino tras esta mentira. Pietro se encarama a la roca en silencio.

Ha sido Aska quien me ha indicado el lugar, es fácil; tan solo hay esta gran roca que parece la cabeza de un dinosaurio con la boca abierta.

Diego se mete en las fauces.

Aska me dijo «iba a volver contigo, estaba preparado».

Sigue subiendo.

Hay la luz perfecta, la que se puede apreciar en los momentos previos a la puesta de sol. La luz de sus mejores fotografías.

Pietro mira alrededor. Es más rápido que yo, ya está en la cima.

—¡Ve con cuidado!

Tengo miedo, miedo.

—¡No hay nada! —grita.

Cuando llego junto a él repite lentamente:

—No hay nada, mamá…

¿Qué esperaba? ¿Un santuario? ¿Una lápida? ¿Una máquina fotográfica esculpida en la roca?

Estoy sudada y soy vieja, y él es joven como una de esas gaviotas. Nos sentamos, contemplamos el mar, que parece infinito. Pietro me pone una mano sobre el hombro. Quizá es la primera vez que me protege. Luego deposita algo en mi mano, con uno de sus típicos gestos bruscos. Me tiembla la barbilla.

—El envoltorio es horrible —dice.

Abro el papel de regalo rojo, arrugado, que debe de llevar en el bolsillo desde quién sabe cuando, desde aquel día, en la fuente. Es un broche, una rosa de lata. Es la que había en aquel escaparate de Bascarsija…

—¿Te gusta?

—Sí.

—Estaba convencido.

Hurga entre los matorrales, coge un trozo de caña y la parte con la rodilla. Hace una cruz, intenta atarla con una larga hebra de hierba pero no lo consigue. Entonces coge el pañuelo que tiene en el bolsillo y ata los trozos de caña. Coge la cruz y la clava en el suelo de tierra.

—¿Cuánto durará?

Sopla un viento fuerte…

Pietro me da su móvil y me pide que le haga una fotografía junto a la cruz.

Hablamos un rato más.

—¿Qué voy a hacer de mayor?

—¿Qué te gustaría hacer?

—No lo sé.

—Te gusta tocar, quizá acabes siendo músico…

Me dice que le gustaría abrir una cadena de hoteles de siete estrellas. Que le gustaría diseñar la suite más grande del mundo, que tendría un campo de golf de dieciocho hoyos.

Entonces me mira.

—Ya sé por qué subió aquí arriba papá.

Levanta un brazo y señala el mar.

—Porque desde aquí se ve Italia.

Sonríe.

—Nos echaba de menos a los dos…

Aska se ha quedado bajo la pérgola, no ha tenido el valor de acercarse. Se ha lavado el pelo y está dejando que se seque con el aire. La he mirado mientras se movía, ponía la mesa y se agachaba a recoger un juguete de su hija. Una mujer como yo.

Ahora nos mira mientras nos dirigimos hacia ella.

Durante la guerra muchas mujeres mataron a estos hijos, las madres ayudaron a sus hijas a deshacerse de ellos. Mujeres tranquilas se transformaron en asesinas desesperadas. Aska acudió a uno de esos centros de ayuda a mujeres víctimas de la guerra, pero hasta que nació su hija, cuando su cuerpo se abrió por segunda vez y Gojko y ella lloraron a lágrima viva, aferrado uno al otro, no sintió que el odio se separaba de ella como la bolsa inútil de la placenta.

Aska agacha la cabeza y se toca el pelo húmedo con una mano.

Mientras me acerco, veo ese gesto que repite, veo su rostro que se demuda, la boca que se abre y se cierra.

Pietro no aparta la mirada del teléfono móvil y le doy un golpe suave.

—Ésta es Aska, la mujer de Gojko.

Pietro alza sus ojos azules. Sonríe, frunce sus mejillas descarnadas y le tiende una mano.

—Hola, soy Pietro.

Aska le coge la mano y es incapaz de soltarla.

Entonces Pietro se inclina hacia delante, con la cabeza. Le da dos besos en las mejillas y ella abre los brazos y lo estrecha.

Veo ese destino que se cierra.

Se da la vuelta y dice que va a buscar los vasos.

La encuentro en la cocina, de espaldas a la pared. Llora, inmóvil. Cuando me ve, sonríe.

Se tapa la boca y la nariz con una mano y respira en ella.

Gojko se acerca y la abraza con todo su cuerpo ruidoso.

Antes de convertirse en pareja fueron amigos durante mucho tiempo. Fueron juntos al cine, hablaron en los bares de las películas que habían visto y de otras tonterías. De lo demás no hablaban, era fácil, ya lo sabían todo. Hablaba el silencio, que era de por sí una terapia.

Gojko ha preparado la parrilla, se afana en torno a las brasas en el viento que sopla de mar. Comemos pescado con las escamas quemadas que se caen como cortezas, y dejan una carne blanca y aromática, impregnada con su sabor. Esta noche, comemos mar.

Pietro me pregunta si puede beber un poco de vino, y Gojko le llena el vaso antes de que pueda decir sí. Pietro ríe y exclama «me quedaría toda la vida aquí».

Aska lo mira. Ha comido despacito, como una criada, como una monja. No le ha quitado los ojos de encima, aunque, en realidad, apenas ha alzado la vista. La ha posado en los vasos, en los platos, en su vida. Como si no quisiera causar trastorno alguno en la mía.

Quizá se avergüenza. Durante años la ha acosado la vergüenza y tal vez sean estos sus últimos embates. Parece sentirse desplazada, como si fuera una intrusa, una ladrona.

Es un pequeño dolor en esta noche dulce, sin embargo no puedo hacer nada. Cada uno de nosotros lo lleva en su interior. Luchar para perder es el estúpido espíritu agónico de las almas.

El viento aviva las brasas, que parecen apagarse y, sin embargo, nunca se apagan. Pietro habla con Sebina, escriben palabras en servilletas de papel, juegan con el pan.

Gojko decide participar en su juego, les pregunta «¿cuál es la palabra más bonita del mundo?».

Sebina dice «mar».

Pietro está indeciso entre «libertad» y «tenis».

El cielo está cuajado de estrellas. Las estrellas de siempre, las cercanas y las lejanas. Las que hacen que nos rindamos.

Los ojos de Gojko son los de un guerrero que ha sido derrotado. De un poeta borracho. Mira a Pietro y dice:

—Para mí la palabra más bonita del mundo es «gracias».

Levanta el vaso, hace un brindis con la botella, luego lo alza al cielo, a una estrella y dice:

—Gracias.

El mal ha muerto esta noche.

Nos despedimos en el muelle, como amigos que quedan en volver a verse, con nuestras sandalias y mochilas. Un desfile de cuerpos a nuestro alrededor. ¿Quién habría podido imaginar una historia como la nuestra, protagonizada por unos cuerpos como los nuestros, que se despiden al alba? El mar guarda silencio mientras engulle las últimas horas de la noche.

Gojko nos lleva en coche, es un trayecto que se hace increíblemente corto. Tomamos un café en el aeropuerto de Sarajevo, con los codos apoyados en esa barra en forma de herradura, rodeados de gente que fuma.

—¿Qué harás ahora?

—Dentro de dos semanas se inaugura el festival de cine de Sarajevo y este año viene Kevin Spacey… Quizá lo llevaré a dar un paseo, le enseñaré los lugares desde los que nos disparaban, le haré *the war tour*.

Ríe pero luego se queda triste. Es como Pietro.

Tenemos que irnos porque están dando el aviso de embarque de nuestro vuelo, porque hemos estado tristes y alegres demasiadas veces. Le doy un golpe suave con el puño en el hombro a mi Gojko, que asiente, como un animal salvaje, como un jabalí.

No vamos a llorar, ese es el pacto. Me rasca con su barba.

Somos mar que va y vuelve. ¿Volverá a repetirse?

Me llevo conmigo la última vaharada de este olor, de esta Bosnia, de este amor.

En el avión Pietro dice que el despegue es el peor momento, que podemos caer, que los motores aceleran al máximo. Está nervioso. Ha pegado el chicle que masticaba bajo la mesita. Todo sucede según lo previsto.

Llevo puestas mis gafas de sol, mis faros negros. Asiento en silencio. Pienso «cálmate, hijo mío. Nunca te callas ni te estás quieto. ¿Cuánta vida tienes en tu interior?».

El Igman es muy pequeño, como el lomo de un gato. Y pequeñas son las casas, que parecen las del Monopoly.

Me siento como ese enano de escayola de un jardín inglés que ha dado la vuelta al mundo. Sí, un muñeco que ha tenido un viaje más ajetreado de lo debido.

Al cabo de un rato Pietro se queda dormido, con la cabeza apoyada en la ventanilla y una pierna levantada sobre el asiento. Descansan sus pensamientos, su confusión adolescente. Pasan las nubes, teñidas por los rayos de sol, que se está poniendo.

Miro el ala del avión que, como siempre, parece inmóvil. Pienso en mi padre. Tal vez Diego se sinceró con él en ese garaje junto al mar… Tal vez Armando siempre lo supo. Y sus ojos guardaron el secreto. Murió hace dos años. Lo había acompañado a una visita de control del marcapasos. Me paré en doble fila y bajé para comprar un par de cosas en el supermercado, con prisas, como siempre. Le dejé las llaves del coche, «si pita alguien, muévelo». Cuando salí con las bolsas, oí las bocinas. Papá permanecía inmóvil en su asiento, con la cabeza echada hacia atrás. Parecía como si estuviera durmiendo. Dejé caer las bolsas al suelo, no me sentía los brazos. Era una situación surrealista, la gente no paraba de insultarme por haber aparcado mal. Tuve que esperar a que llegara la policía para mover el coche. Llovía, me quedé bajo los cristales empañados junto al cuerpo de mi padre, en esta ciudad impaciente.

Aire de Roma, de mar. El inmenso techo del aeropuerto lleno de luces, hileras de aviones que hacen cola para despegar. Pietro camina a grandes zancadas, feliz. Está en su ciudad, en la que ha crecido y cuyas calles recorre con moto.

Me mira:

—¿Qué pasa?

—Nada, que empiezo a chochear.

—Tiene razón papá, deberías comer papaya.

Una vez en tierra, en la jardinera que nos lleva a la salida, Pietro enciende el móvil y consulta los mensajes. Miro la pantalla de reojo y veo la fotografía del ombligo de Dinka, su *piercing*.

Giuliano nos espera junto a los chóferes con cartelitos. Me fijo en cómo se estremece cuando nos ve. Abraza a Pietro, le pone una mano en la nuca, lo huele.

—Hola, Pietro.

—Hola, papá.

Conmigo se muestra tan tímido como mi padre, me da un beso y apenas me mira. No me pierde de vista mientras coge las bolsas. Tiene miedo de mi estado de humor.

—¿Ha ido todo bien?

—Todo bien.

Tiene prisa, ahora que hemos vuelto tiene prisa por salir del aeropuerto, ese lugar donde la gente se separa.

—¿Qué has hecho? ¿Has cenado fuera todas las noches?

—¿Has vuelto enfadada?

Sonrío, y nos entendemos.

La primera vez que vino a buscarme de civil para ir a cenar nos quedamos sin gasolina. Hacía un frío de mil demonios y solo pasaba algún camión de vez en cuando. «Estoy acostumbrado a los coches oficiales, lo

siento». Seguimos caminando a pie, pegados al guardarraíl, mientras los faros de los coches nos deslumbraban. Giuliano estiraba los brazos, «yo te guío». Entonces descubrí que no tenía prácticamente nada más aparte de su trabajo, su casa parecía un aparthotel, y quizá lo era. Recuerdo un montón de tenedores y cucharas sin sacar de las cajas. Se las lavé y las guardé en el cajón. Siempre hemos sido una pareja peculiar, y creo que ese es nuestro encanto. La vida es un agujero que se mete en otro agujero. Y, por extraño que parezca, lo llena.

En el coche Pietro no deja de hablar de todo lo que ha visto. Recuerda fechas y nombres. Habla con el acento de Gojko. «Europa no hizo nada… A Karadzic lo han detenido ahora porque se han puesto de acuerdo…».

Giuliano gira la llave, se abre la puerta de casa, se enciende la luz y vuelven los libros y el sofá.

Pietro mira un partido de tenis en la televisión, yo me desmaquillo y tiro el algodón sucio en la papelera. Apago las luces y echo un vistazo al gas. No hay nada en la nevera, solo lo que dejé, una ensalada pasada y un par de yogures.

Salgo a la terraza y me apoyo en la barandilla. Giuliano me sigue y pone una mano sobre la mía. Miramos el bar de abajo, a los chicos apoyados en los coches.

—¿Qué has hecho hoy?

Se ha levantado al alba para desalojar un campamento ilegal de emigrantes del Este.

Es el trabajo de este verano. Un trabajo que lo deprime. Cada vez le gusta menos este mundo que le toma las huellas digitales a los niños gitanos, que ficha a los menores.

Se lo cuento todo. Giuliano escucha, de brazos cruzados, en pose militar. Traga saliva. Es él quien me lleva hasta Pietro. Siente la necesidad de verlo. De ver su respiración.

La puerta está cerrada, de la manija cuelga el cartel de «DO NOT DISTURB» que robó del hotel de Sarajevo. Aun así entramos. El chétnik duerme en la cama de Ikea extensible, que ya no puede hacerse más grande, la guitarra en el suelo junto al móvil, los tejanos arrugados. Giuliano se inclina y le huele la nuca. Como el último perro, como el último padre. Coge la guitarra, la apoya contra la pared, coge el teléfono, lo pone a cargar, y coge los vaqueros y los dobla. Da una vuelta a la habitación… y yo también. Trazamos ese círculo juntos.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Gracias a Renata Colorni, centinela de mi trabajo.
Gracias a Antonio Franchini, agitador silencioso.
A Giulia Ichino por su lectura apasionada.
A Moira Mazzantini, porque siempre está ahí.
A Gloria Piccioni, que ha caminado durante la vida.
A Mario Boccia, sus fotografías me han hecho ver.
Gracias a Asja, por su alma.

OceanofPDF.com